
Arthur Conan Doyle
Cuentos góticos completos
(1880-1922)
Lectulandia

Aunque fue sin duda Sherlock Holmes quien le dio su fama y su lugar en la historia de la literatura, Arthur Conan Doyle se sentía un poco molesto por esa identificación tan absoluta con el relato detectivesco: de hecho, él siempre quiso que se le recordara como novelista histórico. Pero fue el género gótico el que quizá ocupó más ampliamente su imaginación.

Darryl Jones ha reunido en este volumen sus *Cuentos góticos completos*, treinta y cuatro piezas que, de 1880 a 1922, revelan la original contribución a ese género que acabó sacando a la luz algunas de las obsesiones y tensiones no resueltas de la cultura victoriana: la posibilidad de que lo familiar se convierta en monstruoso, el temor a una venganza colonial que destruya el Imperio británico, la existencia de espíritus más allá de la muerte que se comunican con los vivos, la duda —en fin— de que el pensamiento científico y racional sobre el que se asiente la sociedad pueda explicarlo todo. O quizá lo siniestro y lo infame formen parte de la misma naturaleza. Con prudencia, casi con la seguridad de que no van a ser creídos, muchos de los narradores de estos cuentos exponen su testimonio de misteriosas desapariciones, malignas influencias hipnóticas, llamadas irresistibles al suicidio y a la muerte, animales grotescos, unicornios furiosos, momias que vuelven a la vida, objetos que conservan escenas truculentas del pasado que ciertos espíritus sensibles pueden reconstruir…

Una colección extraordinaria de personajes y tramas de la mano de uno de los escritores más imaginativos de la literatura británica.

Arthur Conan Doyle

Cuentos góticos completos

(1880-1922)

ePub r1.0
Titivillus 12.04.2021

Título original: *Gothic Tales*
Arthur Conan Doyle, 2016
Traducción: Catalina Martínez Muñoz
Selección, introducción y notas: Darryl Jones

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

Los lectores que no conozcan estos relatos quizá prefieran leer esta introducción al terminar el libro.

Arthur Conan Doyle es, en Gran Bretaña, el mayor escritor de género de todos los tiempos. En el curso de su larga y prolífica carrera cosechó una enorme popularidad y el aplauso del público, además de cierta influencia política, el título de sir, unos ingresos importantes y, hacia el final de su vida, no poco ridículo y desprecio. Tenía una personalidad arrolladora: era un hombre grande, orgulloso de su físico —se definía como «fuerte y activo»[1] — y de notable inteligencia, con una energía infinita y una confianza en sí mismo inquebrantable. Puso estas cualidades al servicio de diversas actividades, en especial la literaria, de la que nos dejó una abundante cantidad de muestras en una asombrosa variedad de géneros.

Los escritores no son siempre los mejores jueces de su propia obra. En un grado muy significativo, Doyle debe su éxito y su fama a la creación de Sherlock Holmes, un personaje literario verdaderamente inmortal, famoso en el mundo entero y con una aceptación comercial que no da señales de declive. Doyle es incuestionablemente uno de los escritores de literatura criminal más importantes de la historia. Sin embargo, Holmes se convirtió con el tiempo en una fuente de malestar para su creador, convencido de que su verdadero talento estaba en otra parte. En su opinión, su obra más perdurable había que buscarla en el género de la ficción histórica. Repasando su carrera, en su autobiografía de 1924 titulada *Memorias y aventuras*, Doyle señalaba sus novelas históricas ambientadas en el siglo XIV, *La compañía blanca* (1891) y *Sir Nigel* (1906), como «lo más completo y convincente que he hecho en la vida. Todo encuentra la horma de su zapato pero creo que, si nunca hubiera tocado a Holmes, que ha tendido a eclipsar mi trabajo superior, ahora ocuparía un puesto de mayor autoridad en la literatura»[2].

Además de su enorme éxito como autor de literatura criminal y de esta trayectoria ligeramente frustrada como novelista histórico, Doyle fue también

un gran narrador de aventuras imperiales, sobre todo con la primera novela de su profesor Challenger, *El mundo perdido* (1912). Escribió también relatos de piratas (la serie del capitán Sharkey) e hizo una distinguida aportación a la literatura deportiva con sus relatos de boxeo. Si bien es cierto que una mezcla de clamor popular y sabiduría económica le hizo volver intermitentemente a Holmes a lo largo de su carrera —reconociendo de mala gana: «No quiero ser desagradecido con Holmes, que ha sido un buen amigo en muchos aspectos»[3]—, hubo un género que cultivó sin interrupción con gran entusiasmo. Arthur Conan Doyle fue una de las principales figuras del gran período histórico del relato gótico[4].

Despreciado en buena parte del siglo XX como una versión barata del melodrama popular, el género gótico (o de terror) se ha entendido en las últimas décadas como un importante medio de expresión para expresar la incertidumbre y la angustia[5]. Con sus características tensiones entre pasado y presente, entre naturalismo científico racional y lo irracional y sobrenatural, entre centro y periferia, entre campo y ciudad, el género gótico condensa muchas de las preocupaciones de Doyle[6]. Le facilitó un vehículo con el que expresar su identidad nacional dividida y su doble conciencia. Dio forma a su preocupación, imposible de expresar en el discurso público oficial, por la misión moral del Imperio británico. Le permitió explorar, desde los comienzos de su carrera literaria, las posibilidades de la metafísica y los estados emocionales extremos rechazados en el marco de la economía realista de la literatura ortodoxa. «En nuestros informes policiales vemos el realismo llevado a sus límites extremos», insinúa el doctor Watson[7]. El relato gótico permitió a la imaginación de Doyle aventurarse incluso mucho más allá de estos límites. Los cuentos incluidos en este volumen abarcan la panoplia completa de las inquietudes típicas de la imaginación gótica victoriana: espiritismo, fenómenos sobrenaturales y el mundo oculto; la realidad colonial, la egiptomanía y el pánico al peligro amarillo; horrores médicos y quirúrgicos; relatos psicológicos de locura, obsesión y asesinato; historias de premoniciones y fenómenos inexplicables.

Doyle tuvo la suerte de escribir en una época en que el mercado literario era especialmente receptivo a las facetas de su talento personal. La hegemonía de la novela clásica victoriana «mastodóntica» se derrumbó estrepitosamente en la década de 1890: en 1897 el número de novelas en tres volúmenes publicadas anualmente en Gran Bretaña se había reducido a solo cuatro títulos[8]. La novela en tres volúmenes fue el producto distintivo de una eficaz alianza entre editores y libreros para mantener artificialmente alto —hasta que

resultó insostenible— el precio de las novelas. Sobre el vacío que dejó la desaparición de la novela en tres volúmenes floreció una abundancia de nuevas publicaciones periódicas, principalmente la *Strand Magazine* (fundada en 1891), pero también *The Idler* (1892), la *Pall Mall Magazine* (1893, nacida de la *Pall Mall Gazette*, fundada en 1865), *The Windsor* (1895) o *Pearson's* (1896) entre muchas otras**[9]**. Dirigidas abiertamente a un público popular, estas revistas fueron el vehículo principal para el desarrollo y la publicación del género del relato. Es más, la *Blackwood's Edinburgh Magazine*, la primera de las grandes revistas del siglo XIX, fundada en 1817, no tardó en encontrar un lucrativo mercado para el género de terror sensacionalista, un mercado que se prolongó a lo largo de todo el siglo al calor de la floreciente cultura de las publicaciones periódicas y que creció con la avalancha de nuevas revistas en la década de 1890**[10]**.

Doyle estableció una relación muy estrecha con las revistas. Debe su éxito principalmente a *Strand Magazine*. Su agente literario, A. P. Watt, envió uno de sus cuentos, «La voz de la ciencia», a Herbert Greenhough Smith, editor de la recién fundada publicación. El relato en cuestión se publicó en la tercera edición de *Strand* (marzo de 1891) y supuso el comienzo de una larga y fructífera colaboración entre el autor y la revista**[11]**. Cuatro meses más tarde, en julio de 1891, *Strand* publicó la primera aventura de Holmes, «Un escándalo en Bohemia», y Arthur Conan Doyle se convirtió en una celebridad literaria. No menos de quince de los cuentos incluidos en el presente volumen vieron la luz por primera vez en *Strand*. La inmensa mayoría de los demás —menos uno, concretamente «La tercera generación»— se publicaron en *The Idler*, *Pearson's*, *Cornhill Magazine* o en alguna de las múltiples revistas y periódicos de la época. Al escribir sus cuentos góticos para publicaciones periódicas, Doyle estaba prolongando una importante tradición literaria decimonónica.

Al tiempo que se labraba un nombre como escritor, Doyle se convirtió igualmente, con mucho empeño, en una figura pública, de una manera que sugiere la gran importancia que concedía a la idea que el propio autor tenía de sí mismo, hasta ocupar un lugar de influencia reconocido en la esfera pública. De hecho, como señala Douglas Kerr, Doyle bien puede haber sido «el último escritor nacional británico»**[12]**. Fue, en primer lugar, un comprometido corresponsal de prensa. Tal como afirman los editores de sus cartas, John Michael Gibson y Richard Lancelyn Green: «Es probable que ningún otro

escritor haya mostrado con anterioridad un abanico de intereses tan amplio, ni creído con tanto fervor en su talento para captar la sensibilidad de la sociedad, y por tanto en su derecho a tratar temas de lo más diverso»[13]. Su primer cuento publicado, «El misterio del valle Sasassa», apareció en *Chambers's Magazine* en septiembre de 1879, el mismísimo mes en que el *British Medical Journal* publicó la primera carta del autor: un documento extraordinario en el que el estudiante de medicina Arthur Conan Doyle, a sus veinte años, analiza el resultado de una serie de experimentos personales después de envenenarse sistemáticamente con gelsemio («un paralizador del movimiento», entre cuyos efectos figuraban «dolor de cabeza, con diarrea y una lasitud extrema»[14]).

Aunque fortuita, la publicación simultánea del relato y la carta no se dio exactamente por casualidad, ya que Doyle había entendido que escribir ficción y adoptar posiciones públicas eran actividades relacionadas y que se favorecían mutuamente. Desde 1879 hasta su muerte en 1930, se dio el gusto de transmitir, con gran seguridad y a un público masivo, su opinión sobre una amplia variedad de asuntos ante los que generalmente adoptaría una postura intransigente. El Estatuto de Autonomía de Irlanda, la Ley de Enfermedades Contagiosas, la Guerra de los Bóeres, la religión organizada, el proteccionismo comercial, las milicias voluntarias, el cuerpo de fusileros montados, las matanzas del Congo, la conveniencia de construir un túnel en el Canal de La Mancha, las atrocidades cometidas por Alemania en la Primera Guerra Mundial, la necesidad de tomar represalias contra los ataques con zepelín y la realidad del espiritismo. En estas y otras muchas cuestiones, la opinión pública británica jamás dudó de qué pensaba Arthur Conan Doyle. De hecho, fue un político frustrado que en dos ocasiones, en las elecciones de 1900 y 1905, intentó sin éxito acceder al Parlamento a través de la candidatura del Partido Unionista Liberal de Escocia, y aprovechó su fama como plataforma para expresar su visión política y social.

Sin embargo, la habitual confianza que mostraba en sus pronunciamientos públicos escondía, puede que deliberadamente, algunas contradicciones. Uno de los rasgos más fascinantes de Doyle es que era un individuo en profundo conflicto personal, incluso escindido. Siendo médico de formación y plenamente consciente de la importancia del naturalismo científico, con el personaje de Sherlock Holmes se convirtió en el creador del mayor racionalista de la literatura: un brillante exponente del empirismo (dispuesto, como su creador, a experimentar consigo mismo) y materialista convencido. Al mismo tiempo, Doyle sintió una creciente atracción por el espiritismo, del

que con el tiempo llegó a convertirse en paladín, al extremo, en opinión de muchos observadores, de caer en una credulidad profundamente dañina para sí mismo. Las instituciones educativas con las que el autor tuvo una estrecha relación expresan asimismo esta dualidad: Doyle cambió la antimodernidad ultramontana de la academia de los jesuitas Stonyhurst por el cientificismo ilustrado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo. Más adelante recordaría con sentimientos ambivalentes su educación jesuita: «No hay nada que supere el fanatismo y la intransigencia de la teología jesuita o su aparente ignorancia del horror que esta actitud inspira en la conciencia moderna», aseguraba, al tiempo que reconocía de los jesuitas que «en todos los aspectos, aparte de su teología, eran admirables»[15]. Su ascendencia católica irlandesa (por las dos ramas de su familia) y su adscripción política al Partido Unionista Liberal entraban en contradicción directa, hasta el punto de que cambió de opinión sobre el Estatuto de Autonomía de Irlanda, que había llegado a apoyar en la década de 1910. Andrew Lycett, uno de sus biógrafos, encuentra en estas dualidades la clave para comprender tanto al escritor como al hombre, y sitúa su origen en Edimburgo, su ciudad natal, «una ciudad de profundos contrastes que han llegado a tolerarse gracias a un acuerdo muy cuidadoso»[16]. Edimburgo es una ciudad casi freudiana en su geografía: una Ciudad Nueva neoclásica, ordenada, racional y planificada, en convivencia con una Ciudad Vieja oscura, laberíntica y, en el siglo XIX, a veces peligrosa, como el consciente y el inconsciente. Edimburgo es la ciudad que inspiró una de las grandes parábolas góticas del ser escindido, la novela de Robert Louis Stevenson, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, publicada en 1886, poco después de que Doyle se graduara en la Facultad de Medicina de Edimburgo, y es también el escenario de otro de los cuentos de terror de Stevenson en torno a la dualidad entre virtud pública y vicio privado, *El ladrón de cadáveres* (1884). Estos conflictos y dualidades son un elemento central del gótico victoriano, por lo que no sorprende que Doyle sintiera tal atracción por el género y volviera a él con tanta frecuencia a lo largo de su carrera.

La ficción gótica de Doyle busca a menudo paisajes remotos y en los márgenes del orden social británico. Holmes es fundamentalmente una creación urbana. Su sensibilidad es metropolitana de principio a fin: odia y teme la vida rural: «el más pobre y vil callejón de Londres no cuenta con un historial de pecado más escandaloso que la sonriente y bucólica campiña»[17]. *El sabueso de los Baskerville* (1902), siempre al borde de convertirse en una sangrienta novela gótica, transforma la remota región de Dartmoor en un

lugar fantasmagórico, «como un paisaje fantástico en un sueño»: «todo es posible en el páramo», dice Stapleton, el cerebro criminal[18]. Pero esa no fue ni mucho menos la primera visita de Doyle a Dartmoor en la ficción. Uno de sus primeros cuentos, «El disparo ganador» (1883), está ambientado en Toynby Hall, en la misma orilla del «desolado páramo de Dartmoor, tendido hasta el horizonte». Hasta este escenario recóndito, como atraído por una fuerza irresistible, llega el ocultista y nigromante sueco, el doctor Octavius Gaster, que hace una aparición espectacular a la hora del ocaso, subido a un peñasco, «en un osario» del páramo, donde «el ruido del agua parece el estertor de un moribundo». Gaster es una especie de vampiro: «Algo en sus rasgos angulosos y en la blancura de la cara, combinado con la capa negra que aleteaba desde los hombros, me recordó inevitablemente a una especie de murciélago chupasangre». En sintonía con buena parte de la literatura gótica del siglo XIX, en esa línea que va de *Frankenstein* a *William Wilson*, pasando por *El doctor Jekyll y el señor Hyde* y *El retrato de Dorian Gray*, «El disparo ganador» es un cuento sobre el ser escindido. Gaster recita un conjuro de un antiguo libro de magia árabe que le permite dividir en dos a su rival, Charley Pillar, y hacer que este mate a su doble y así se quite la vida. Es cierto que en el páramo todo es posible.

Un eco explícito del doctor Gaster reaparece con una forma distinta en «El cirujano del páramo de Gaster» (1890), otro relato gótico de ocultistas en los páramos que ya por su mismo título sugiere una relación de similitud con «El disparo ganador». Este es también un cuento que, si no directamente autobiográfico, sin duda entrelaza elementos de la vida de Doyle. Al igual que una pieza ligeramente anterior, «La casa del tío Jeremy» (1887), «El cirujano del páramo de Gaster» transcurre en los páramos del nordeste de Yorkshire, una región que Doyle conocía bien: los dos relatos se sitúan en los alrededores de versiones ficticias del pueblo de Masongill, donde la madre del autor vivió de 1882 a 1917. En «El cirujano del páramo de Gaster», James Upperton, un soldado desmovilizado, vuelve al «inhóspito y azotado por el viento […] imponente y hostil […] aislado y solitario pueblecito de Kirkby-Malhouse» buscando soledad para continuar sus «estudios místicos» sobre la posibilidad de descubrir la inmortalidad humana en antiguos textos egipcios y neoplatónicos. Los vecinos de Upperton —el médico local y su hermosa hermana— han ido al páramo de Gaster para esconder un secreto familiar: su padre, un exhausto médico de cabecera de Birmingham, ha desarrollado una manía asesina y su familia lo ha encerrado allí, lejos de la sociedad. Esta es una grotesca refiguración de la historia familiar de Doyle. Su padre, el artista

Charles Altamont Doyle, quizá no tuviera una manía asesina pero era alcohólico crónico, proclive a episodios de trastorno mental y con tendencia, en palabras de Lycett, a un comportamiento «violento y agresivo», y pasó los últimos años de su vida en diversos manicomios, donde se le clasificó oficialmente como «loco»[19]. Doyle vuelve en varias ocasiones a la historia de un médico al que se avisa para atender a un loco elegante. En su novela autobiográfica *Las cartas de Stark Munro* (1895), el joven doctor Munro consigue trabajo para cuidar del honorable James Derwent, a quien su enfermedad mental ha convertido en un «grosero malhablado»[20]. En la entrevista para el puesto, su futuro jefe insiste en conocer su estatura y su peso, porque el médico elegido necesitará bastante fuerza física para reducir al loco llegado el caso. Este mismo episodio se recicla en el cuento de «El cazador de escarabajos» (1898), sobre un médico recién licenciado que responde a un anuncio en el periódico donde se requiere a un médico «fuerte, resolutivo y con temple» y se hace cargo de un distinguido aristócrata y entomólogo que, una vez más, ha sucumbido a una manía asesina.

Comprensiblemente, Doyle era muy reacio a hablar en público de su padre. En su autobiografía no hace mención explícita al alcoholismo ni a la locura de Charles Altamont Doyle:

> La salud de mi padre estaba destrozada; tuvo que retirarse a esa casa de reposo en la que pasó los últimos veinte años de su vida […]. La vida de mi padre estuvo marcada por la tragedia de las promesas incumplidas y el talento no desarrollado. Tenía sus debilidades, como las tenemos todos, pero también tenía algunas cualidades muy notables[21].

Por razones quizá desconocidas para Doyle, el género de terror, con su capacidad para explorar estados emocionales extremos y para articular indirectamente lo inexpresable, le proporcionó un vehículo con el que indagar las consecuencias psicológicas de la «tragedia de las promesas incumplidas».

En diciembre de 1899, Doyle se encontraba en Hounslow, «en una larga cola de hombres que esperaban para alistarse en el Regimiento de Caballería Voluntario de Middlesex»[22]. La Guerra de los Bóeres acababa de estallar en Sudáfrica, y el escritor tenía muchas ganas de alistarse, pero el coronel del regimiento, al ver a un hombre de cuarenta años sin experiencia ni entrenamiento militar, tenía otras ideas. Así, en lugar de servir como soldado,

Doyle fue enviado a Bloemfontein a trabajar como médico en un hospital militar habilitado en un hipódromo. Allí tuvo que enfrentarse a un violento brote de fiebre tifoidea que se cobró 5000 vidas: «la muerte en su forma más sucia y más vil […] la enfermedad causa una contaminación constante, y esta contaminación es sumamente peligrosa; sus efluvios son inmundos»[23].

De vuelta en Gran Bretaña, su primera reacción literaria a esta experiencia no fue, como quizá cabría esperar, un cuento de terror, sino un relato de la guerra, *La gran Guerra de los Bóeres* (1900). El libro fue polémico, entre otras cosas por su justificación de los campos de concentración británicos. Una crítica hostil hizo particularmente mella en el ánimo del autor: «El libro de Doyle parece un texto escrito por encargo o bajo la influencia del Partido Nacionalista Inglés»[24]. La respuesta de Doyle a las críticas que recibió el gobierno británico por su manera de dirigir la Guerra de los Bóeres fue un inspirado ejercicio de propaganda, *The War in South Africa: Its Cause and Conduct*, un panfleto de 6000 palabras que alcanzó una difusión masiva. Doyle supervisó una enérgica campaña de suscripciones para asegurarse de que el panfleto se traducía cuanto antes al mayor número de idiomas, y en febrero de 1902 anunció con orgullo, en una carta a *The Times*, que se estaba traduciendo no solo al neerlandés (por razones obvias, puesto que los bóeres eran los descendientes de los colonos holandeses), sino también al alemán, el francés, el noruego, el italiano, el español, el ruso, el húngaro, el portugués y el galés[25]. El éxito de esta campaña —los servicios prestados no a la literatura, sino a la propaganda militar— fue la razón de que el rey Eduardo VII le otorgara el título de sir en 1902.

Puede que Doyle no fuera exactamente nacionalista, pero era imperialista hasta la médula. De hecho, si tuviéramos que elegir la preocupación y el tema principal, recurrente y explícito, de su literatura y su pensamiento, señalaríamos su fe y su apoyo inquebrantables al Imperio británico. «Soy imperialista —escribió en una carta dirigida al *Irish Times* en 1912— porque creo que el todo es más grande que la parte, y estaría dispuesto a sacrificar cualquier parte si creyera que eso va en beneficio del todo»[26]. El Imperio británico es la base de la conciencia y la personalidad de Doyle, su identidad nacional y supranacional: «El Imperio no es en absoluto una cosa inglesa. Escoceses e irlandeses han contribuido a su construcción y sienten el mismo orgullo y el mismo interés por su inmenso futuro»[27]. En 1924, reflexionando sobre un viaje a Canadá, se refería efusivamente al futuro del Imperio, que «seguirá siendo exactamente tal como es hoy en lo que queda de siglo»:

> El imperialismo [canadiense] es tan ardiente como el nuestro, si no más. Y en todas partes se ha tomado conciencia de la gloria del Imperio, su espléndido futuro y las inmensas posibilidades de esas grandes naciones que crecen bajo la misma bandera y con el mismo idioma y destino[28].

Es incuestionable que la guerra imperial era para Doyle una especie de aventura como las que se publicaban en la revista infantil y juvenil *Boys' Own* (1879-1967). Doyle llegó a darse cuenta de que, en realidad, «la mejor versión del oficial británico era una edición ampliada del alumno de colegio privado»[29]. Durante su estancia en Bloemfontein, en la Guerra de los Bóeres, hizo un viaje por el *veldt*, donde encontró el cadáver de un soldado australiano anónimo: «Así encontró su final […] el hijo de alguien. Lucha justa, aire libre y causa noble: no conozco una muerte mejor»[30]. En todas sus cartas, Doyle lamenta sistemáticamente la reticencia del Imperio británico a hacer propaganda de sus valores. Él no era nada reticente y, como ya hemos visto, fue un propagandista de lo más eficaz, convencido de que la literatura era un instrumento muy poderoso. Tanto *La compañía blanca* como *Sir Nigel* son un himno a las proezas militares. Poco después del comienzo de *El mundo perdido*, el periodista Malone, reprendido por su querida Gladys, que quiere amar a «un hombre de grandes hazañas y extrañas experiencias» como sir Richard Burton o Henry Morton Stanley, habla con su editor, y este le dice: «Los grandes espacios en blanco de los mapas se están llenando poco a poco y ya no hay cabida para el romanticismo en ninguna parte»[31]. *El mundo perdido* hace explícito lo que muchos textos de Doyle se limitan a dejar implícito: recupera un espacio para el romanticismo en un mapa del mundo cada vez más utilitario.

Pocos años antes de su aventura en la Guerra de los Bóeres, en 1896, Doyle hace un viaje a Egipto y mientras está allí se agencia un pase de prensa para cubrir un levantamiento mahdista en Nubia, «la siguiente aventura que se nos ofrecía, a nosotros y al Imperio británico»[32]. Él ya había tratado el mahdismo en sus cuentos: Bellingham, el villano egiptólogo y ocultista de «El lote n.º 249» (1892), tiene que huir de Inglaterra, por su comportamiento deshonroso, y «la última vez que se supo de él se encontraba en Sudán», posiblemente envuelto en una insurrección mahdista, mientras que los reclutas fenianos de «La bandera verde» (1893) acaban comprendiendo dónde depositar su lealtad y mueren como héroes, defendiendo el Imperio en Sudán. Esta aventura de 1896 ofreció a Doyle un impulso y un material nuevo que se

plasmó en la publicación de «Los tres corresponsales» (1896), un relato autobiográfico, así como en la novela profundamente proimperialista *La tragedia del Korosko* (publicada como libro en 1898 pero difundida por entregas en 1897) y en «El debut de Bimbashi Joyce» (1900), otro relato de un soldado irlandés que se hace bueno en Egipto y Sudán. Las guerras mahdistas de la década de 1890 culminarían con la batalla de Omdurman, el 2 de septiembre de 1898, la mayor matanza perpetrada en la historia del Imperio británico, donde el ejército imperial, con ametralladoras Maxim, acabó con la vida de 10 000 soldados mahdistas, muchos de ellos armados únicamente con azagayas. No es así, hay que señalar, como Doyle veía estos acontecimientos:

> El árabe de Sudán es un fanático sin remedio que se lanza a la muerte con el frenesí de un loco, y busca el lugar y la ocasión para hundir su lanza en la carne del enemigo, aunque cuando finalmente consiga encontrarlo lleve ya varias balas en el cuerpo[33].

Como señala Lindqvist, fue con el fin de evitar esta condena a muerte de los heridos como se desarrolló la bala expansiva, también «llamada Dum-Dum, por la fábrica de Calcuta donde se producía, y patentada en 1897 […]. El uso de balas expansivas entre países “civilizados” estaba prohibido. Se reservaban para la caza mayor y las guerras coloniales»[34]. El propio Doyle plantea el uso de las balas expansivas en su defensa del Imperio en la Guerra de los Bóeres, subrayando «que los británicos, que normalmente combaten contra los salvajes, tenían preparadas ingentes cantidades de balas dumdum. […] Sin embargo, hay que decir, en justicia, que nunca pretendieron dispararlas contra las razas blancas»[35].

Sin embargo, la rotunda confianza en la misión civilizadora del Imperio británico, de la que Doyle hacía gala públicamente, no se observa al leer estos cuentos góticos, de sensibilidad más moderna, o que al menos parecen más del gusto de la sensibilidad moderna. De hecho, hay en ellos una gran carga de inquietud por las monstruosidades o la capacidad de venganza del imperialismo y sus consecuencias. De un modo inusualmente explícito en Doyle, el cuento de temática sobrenatural «*De Profundis*» (1892) arranca con el reconocimiento de que el éxito «del inmenso y glorioso Imperio británico […] tiene un precio, y el precio es doloroso. Si en la antigüedad el diablo exigía el sacrificio anual de una vida humana joven, ahora ofrecemos a nuestro Imperio día tras día lo mejor de nuestra juventud». El Imperio, por tanto, es un monstruo que devora a los jóvenes del país.

En otra exploración recurrente de esta imagen gótica, en un puñado de relatos de Doyle aparecen animales exóticos que causan estragos en las colonias o, peor todavía, en suelo británico: como apunta Christopher Frayling, Doyle era muy aficionado a escribir narraciones sobre «biología descontrolada», concretamente sobre «bestias monstruosas que causan pesadillas a la aristocracia de la Inglaterra profunda»[36]. Estos cuentos son la contribución más personal de Doyle a la exploración literaria de la extendida angustia cultural *fin-de-siècle* que producía la colonización en sentido inverso, plasmada en una serie de «Otros»: continentales, orientales, imperiales o interplanetarios que siembran el caos en tierras británicas. Solo en 1897 —el año del Jubileo de Diamante de la reina Victoria, del que podría decirse que supuso el punto máximo del imperialismo británico— se publicaron tres obras canónicas de colonización inversa: el *Drácula* de Bram Stoker, *El escarabajo* de Richard Marsh y (por entregas) *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Varios cuentos de Doyle, a partir de la década de 1890 —«El anillo de Thoth», «El lote n.º 249», «El caso de lady Sannox», «El demonio de la tonelería», «El gato brasileño» y «La mano morena», además de infinidad de casos de Sherlock Holmes, particularmente «El signo de los cuatro» (1890) y «La banda moteada» (1892)— son relatos clásicos de terror colonial, atravesados por diversas modalidades de pánico imperial.

Recién salido de la Facultad de Medicina a principios de la década de 1880 y en busca de ocupación y aventura, el joven Doyle embarcó como médico naval en un par de viajes totalmente alejados del romanticismo imperial. En 1880 pasó varios meses en el ballenero Hope, que faenaba en las aguas más septentrionales de Groenlandia: «una región romántica», recordaría años más tarde, en la que «uno se encuentra al filo de lo desconocido […] una tierra que los mapas no conocen»[37]. Mayor influencia tuvo su viaje a África Occidental a bordo del Mayumba en 1881-1882, embrión de varias décadas de compromiso político y creativo con la región. Su primera reacción a África, como revela su autobiografía, se expresa sin rodeos con el clásico discurso racista de la «misión civilizadora» del colonialismo europeo. África es una tierra salvaje y exótica:

> Los indígenas eran unos completos salvajes que ofrecían sacrificios humanos a serpientes y cocodrilos. El capitán había oído los gritos de las víctimas y había presenciado cómo las arrastraban hasta la orilla del agua, mientras que en otra ocasión vio sobresalir de la tierra el cráneo de un hombre enterrado en un hormiguero. Está muy bien burlarse de

> los misioneros pero ¿cómo va a mejorar esta gente si no es gracias al esfuerzo de estos hombres entregados?[38]

Todo esto parece directamente sacado del informe destinado a la Sociedad para la Abolición de las Costumbres Salvajes que redacta Kurtz en *El corazón de las tinieblas* de Conrad (1899), cuya lógica delirante le lleva a la famosa conclusión de «¡Exterminar a todas las bestias!». Pero lo cierto es que el compromiso de Doyle con África Occidental fue algo más matizado. Uno de los pasajeros del Mayumba era Henry Highland Garnet, un diplomático afroamericano y «el hombre más inteligente y culto al que conocí en la costa». Garnet instruyó a Doyle en las complejidades del intercambio cultural entre Europa y África:

> «La única forma de explorar África [le dijo Garnet a Doyle] es ir sin armas y con pocos criados. A los ingleses no les gustaría que un montón de hombres armados hasta los dientes recorriera su país. Los africanos son igual de sensibles». Era el método de Livingstone en oposición al método de Stanley. El primero requiere a un hombre mejor y más valiente[39].

El primer compromiso literario de Doyle con las implicaciones de este viaje fue un relato de una imaginación desbordante, «Declaración de J. Habakuk Jephson» (1884), que une el misterio del Mary Celeste —encontrado sin tripulación en aguas del Atlántico Norte en 1872— con la fundación, en 1847, de la República de Liberia por parte de esclavos americanos liberados, para contar la historia de Septimius Goring, un afroamericano separatista y asesino. Goring expone sus intenciones políticas al narrador, el abolicionista doctor Jephson: «Me propuse encontrar negros valerosos y libres y unir mi destino al suyo, cultivar sus poderes latentes y formar el núcleo de una gran nación de personas negras». Al final del relato, cuando Jephson se encuentra a la deriva en el Atlántico, es rescatado «por el Monrovia, un barco de la Compañía de Navegación a Vapor Británica y Africana», así llamado en honor a la capital de Liberia.

Viajando «por los oscuros y tremendos manglares» de Creek Town, un antiguo puerto esclavista de la costa nigeriana «donde nada que no sea horrible puede existir […] un lugar inmundo», Doyle recuerda haber visto un monstruo autóctono: «Una vez, en un árbol aislado por las aguas de la inundación, vi una serpiente de aspecto maligno, del color de una lombriz y alrededor de un metro de largo»[40]. Este episodio fue objeto de una

extraordinaria transformación literaria en uno de los mejores cuentos de Doyle[41] sobre la angustia colonial, «El demonio de la tonelería» (1897), en el que lo imaginado como «extrañas leyendas de vudú» y «brujería» resulta ser una gigantesca pitón de África Occidental que asesina de un modo horrible a Walker, un agente colonial, «unionista duro de pelar» y «un hombre decente y temeroso de Dios, un inglés de su tiempo y miembro de la Primrose League». El compañero de Walker, el doctor Severall, «un radical redomado» y defensor del Estatuto de Autonomía de Irlanda, explica que su instalación se encuentra «en los márgenes de la inmensidad desconocida […] en un terreno sin explorar», hogar de fauna exótica: «Ese país es Gabón, la tierra de los grandes simios». La gran pitón del Gabón, la serpiente que da título al cuento, surge de lo desconocido africano para vengarse del colonizador inglés.

La serpiente colonial, que amenaza o se venga, es una imagen a la que Doyle recurre en diversas ocasiones: puede que la más famosa sea *La aventura de la banda moteada* (1892), que según el propio autor es la mejor de las peripecias de Holmes. Anterior aún es «La casa del tío Jeremy» (1887), uno de sus relatos más explícitos de venganza colonial, en el que «la señorita Warrender», que en realidad es una princesa india desposeída por los británicos a raíz del papel que desempeña su padre en la Primera Guerra de Independencia India de 1857, entra a trabajar como institutriz en una casa aislada en los páramos de Yorkshire: «Es hija de un jefe tribal indio, casado con una inglesa, al que asesinaron en el Motín[42], peleando contra nosotros, y, cuando el gobierno confiscó sus propiedades, la muchacha, que tenía entonces quince años, quedó prácticamente en la indigencia». La señorita Warrender se reúne en los páramos con un estrangulador de su secta que viene a ejecutar el asesinato planeado por ella, y a quien el narrador se refiere explícitamente como una serpiente humana.

> Mientras estaba mirando me fijé en algo que se deslizaba hacia abajo por esta rama iluminada: una cosa indefinida y temblorosa que apenas se distinguía de la propia rama avanzaba contorsionándose, despacio y a un ritmo constante. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, este algo borroso cobró forma y sustancia. Era un ser humano, un hombre: el indio al que había visto en el pueblo. Sujetándose con brazos y piernas, se arrastraba por la rama con el mismo sigilo y casi con la misma rapidez que las serpientes de su país natal.

Lawrence, el narrador de «La casa del tío Jeremy», es un claro *alter ego* del Arthur Conan Doyle de la década de 1880: un estudiante que «prepara con ahínco el examen final que me convertiría en médico titulado», que en ese momento vive en «una pensión de Londres», a quien sus relaciones personales llevan a los páramos, una región que, como ya hemos visto, es un escenario común de los primeros relatos de su autor y con la que este tenía vínculos directos. Lawrence está claramente embriagado por la belleza de la institutriz india que lleva «el esplendor del trópico a aquella fría vivienda inglesa» y la narración no se decide a condenar sin paliativos los actos de la joven. La víctima de la princesa es el vil chantajista Copperthorne, que maniobra con engaños para hacerse con la fortuna del tío Jeremy. La joven desaparece así del relato y de la vida de Lawrence: «Más tarde se supo que la señorita Warrender había cogido el tren de las 7:20 con destino a Londres y que llegó a salvo a la ciudad antes de que fuera posible emprender su búsqueda». La princesa se propone regresar a la India, especula Lawrence, «para volver con los miembros de su tribu dispersa» y ejercer su legítimo derecho como reina de los thugs.

El hecho de que Severall y Walker, los agentes coloniales de «El demonio de la tonelería», dediquen todas las noches «dos horas enteras a hablar del Estatuto de Autonomía de Irlanda» en su puesto de África Occidental sugiere que había en la imaginación de Doyle una relación muy intensa entre las inquietudes nacionales derivadas de su propio origen irlandés, por un lado, y las inquietudes globales del «inmenso y glorioso Imperio británico» por otro. Doyle, como ya se ha dicho, concurrió dos veces a las elecciones al Parlamento británico con la candidatura del Partido Liberal Unionista escocés, contrario al Estatuto de Autonomía de Irlanda impulsado por William Gladstone, primer ministro británico; y, como ha señalado Catherine Wynne, «la cuestión irlandesa» está presente en todas sus obras, que a menudo se plantean la «convergencia normalmente problemática del nacionalismo irlandés y el nacionalismo británico»[43]. El nacionalismo irlandés y el imperialismo británico constituyen las dos mitades de una de las dualidades más intrigantes y arraigadas de Doyle. De hecho, es un rasgo clave en «El disparo ganador», el relato más explícito sobre el tema del doble: el coronel Pillar, el infortunado padre de Charley, se pasa la vida maldiciendo a la «administración liberal» de Gladstone por sus medidas políticas sobre Irlanda, hasta el punto de que su hijo teme que «esa cuestión de Irlanda le hará enfermar y acabará con él». De hecho, es muy posible que el nacionalismo irlandés esté inscrito en uno de los miembros de la pareja de

dobles más famosos de Doyle: Holmes y Moriarty. ¿Es Moriarty irlandés? Su apellido es sin duda una adaptación del irlandés Ó Muircheartaigh; su segundo de a bordo, el coronel Sebastian Moran, también tiene apellido irlandés; y *El valle del miedo* (1915) revela la estrecha relación de Moriarty con las organizaciones criminales de irlandeses y estadounidenses.

En su autobiografía, Doyle recuerda que, de joven, cuando volvía a Inglaterra, después de una temporada en la academia Stella Matutina en Feldkirch, en el Tirol austríaco (un episodio biográfico recuperado en clave de terror en el cuento que lleva por título «Un horror bucólico»), hizo un alto en el viaje para visitar a su tío abuelo Michael Conan en París. Es un episodio del que Doyle guarda cariñosos recuerdos. Michael había estudiado en el Trinity College de Dublín, era nacionalista, «un hombre distinguido, un intelectual irlandés, como los fundadores originales del movimiento Sinn Fein». Michael y el joven Arthur descubrieron que tenían muchas cosas en común: el tío abuelo era «un maravilloso irlandés volcánico […] y soy de todos los Doyle el que más se le parece, tanto en lo físico como en el carácter. Surgió entre nosotros una amistad sincera»[44]. Doyle pasó un mes en casa de su tío abuelo, en la Avenue de Wagram, y más tarde se serviría de este escenario para ambientar uno de sus relatos más macabros: «El embudo de cuero».

A lo largo de buena parte de su vida, Doyle manifestó pública y sistemáticamente su idea de una Irlanda sólida e inseparable de la Unión. «Una vez más nos topamos con la cuestión irlandesa —se dirigió por escrito a sus electores de la circunscripción de Border Burghs en las elecciones de 1905—. Mi postura sigue siendo la misma que tenía en 1900 cuando me presentaba por Edimburgo Centro […]. Jamás aceptaré una asamblea legislativa independiente para Irlanda»[45]. Esta actividad pública lo llevó a relacionarse con hombres cuyo compromiso con la causa nacionalista irlandesa terminaría por costarles la vida: el popular novelista convertido luego en político del Sinn Fein, Erskine Childers, y el administrador colonial convertido en revolucionario, Roger Casement. Su amistad con Casement, en particular, cambió las cosas e hizo de Doyle un defensor del Estatuto de Autonomía de Irlanda[46]. El cambio de opinión comenzó con su participación en la campaña contra las atrocidades cometidas en el Congo, que Casement, que había sido cónsul británico en este país, publicó en un formidable artículo de 1905 en el que exponía la matanza a gran escala y enumeraba los horrorosos actos de brutalidad cometidos por la administración del rey Leopoldo de Bélgica. Doyle, que nunca se resistía a comprometerse con una

causa, participaría de lleno en las actividades de la Asociación para la Reforma del Congo, fundada en Dublín, en 1903, por Casement y el periodista y político anglo-francés Edmund Dene Morel. Estas actividades culminarían en la publicación en 1909 de *El crimen del Congo*, donde presenta la causa contra Leopoldo con contundencia y sin concesiones:

> Nunca hasta hoy se había visto semejante mezcla de expropiación y matanza sistemáticas, cometidas bajo una odiosa apariencia de filantropía y con la más vil avaricia comercial como argumento. Por tan sórdida motivación y tan empalagosa hipocresía, el horror que produce este crimen no tiene parangón**[47]**.

En un artículo complementario publicado en *The Times*, Doyle calificaría las atrocidades del Congo del «mayor crimen jamás cometido en la historia mundial»**[48]**. Había tomado conciencia de que «Leopoldo de Bélgica era un diablo encarnado que, motivado por la codicia, practicó la tortura y el asesinato en una amplia región de África»**[49]**.

Fueron sus experiencias en el Congo, aseguraba Casement, las que le aportaron los aspectos que le faltaban de la realidad del colonialismo y lo transformaron de imperialista británico en nacionalista irlandés: «En estas solitarias tierras del Congo —escribió— encuentro a Leopoldo y me encuentro también conmigo mismo, el irlandés incorregible»; y, en otra parte, añade: «Creo que si llegué a comprender *plenamente* el plan global de maldad que se está ejecutando en el Congo fue gracias a que era irlandés»**[50]**. Aunque menos radical, el pensamiento del propio Doyle sigue una trayectoria similar que lo atrae irresistiblemente hacia el Estatuto de Autonomía de Irlanda. En las primeras páginas de *El crimen del Congo*, reconoce que los actos de Leopoldo no son históricamente *sui generis*, y al hacerlo pone su mirada en Irlanda: «Ha habido grandes expropiaciones anteriores, como la de los normandos en Inglaterra o la de los ingleses en Irlanda»**[51]**. Doyle se dejó aconsejar por Casement, y por su madre, antes de hacer pública su adhesión al Estatuto de Autonomía de Irlanda en una serie de cartas y panfletos publicados en 1911, principalmente el folleto oficial del Partido Liberal, titulado *Why He is Now in Favour of Home Rule*? [¿Por qué ahora está a favor del Estatuto de Autonomía?]**[52]**.

La defensa del Estatuto de Autonomía no modificó, sin embargo, su fe en el Imperio británico, públicamente proclamada. Así, en una carta dirigida al *Belfast Telegraph*, afirmaba: «Creo que una Irlanda sólida es lo que el

Imperio necesita para hacerlo inexpugnable»[53]. De todos modos, quien sepa dónde y cómo mirar encontrará indicios de esta nueva ambivalencia en su obra literaria de esa etapa. *El mundo perdido*, publicado en 1912, es, como ya hemos dicho, una de las obras más abiertamente imperialistas de Doyle. Aun así, uno de sus héroes, el cazador y amañador imperial lord John Roxton, es un personaje inspirado en Casement, quien, después de su primer informe sobre el Congo, redactó otro —esta vez sobre las atrocidades cometidas contra los indios putomayo del Perú por la industria del caucho—, en el marco de una campaña por la que recibió el título de sir en 1911. Bajo la influencia inequívoca de Casement, y en mitad de una serie de artículos en torno al Estatuto de Autonomía de Irlanda, Doyle dirigió una carta al *Daily News* en marzo de 1912, con el título de «Rubber Atrocities» [Las atrocidades del caucho][54]. *El mundo perdido* se cierra con dos imágenes relacionadas: la de un pterodáctilo sobrevolando el cielo de Londres (¡bestias monstruosas sueltas en Inglaterra!) y la de Malone, el periodista y narrador irlandés, estrechando la «mano morena» de Roxton en el momento de emprender una nueva aventura[55].

El mundo perdido, con sus iguanodontes y sus alosaurios, es el ejercicio más extenso en la representación de la fauna monstruosa, pero no su única obra de este género y de la misma época. En cierto modo, «El terror de la cueva de Blue John» es una pieza aún más interesante (1910). En este caso, la bestia no es un producto del colonialismo que siembra la venganza en suelo británico, sino una criatura de origen autóctono, un gigantesco oso cavernario que causa estragos en el distrito de los Picos de Derbyshire.

> Esta cueva desarrolló así una flora y una fauna propias, entre ellos monstruos como el que yo había visto, que bien pudiera ser un descendiente del antiguo oso cavernario, muchísimo más grande y modificado por su nuevo entorno. Estos mundos interior y exterior pasaron milenios separados y en continua evolución, muy lejos el uno del otro. En algún momento se abrió una grieta en las profundidades de la montaña que permitió a algún animal subir y, gracias al túnel romano, salir al aire libre.

Alrededor de 1910, Doyle había llegado a darse cuenta de que los monstruos también podían criarse en casa[56].

Tal vez sea posible imaginar un Arthur Conan Doyle plenamente comprometido con la causa del nacionalismo irlandés y, quizá también, como Casement y Childers, dispuesto a dar su vida por ella. Pero no es eso lo que ocurrió. Al contrario, Doyle pasó sus últimas décadas entregado casi en exclusiva a un único interés irresistible para él: el espiritismo.

El movimiento espiritista de finales del siglo XIX fue, o así llegó a creerlo Doyle, «con diferencia el mayor acontecimiento religioso desde la muerte de Cristo […]. Un hecho importantísimo, el mayor en la historia de la humanidad»[57]. Este tipo de afirmaciones, que no son infrecuentes en su obra posterior, suenan de lo más absurdas en los oídos del siglo XXI y fueron seguramente muy nocivas para el buen nombre de Doyle en los últimos años de su vida. Sin embargo, es importante destacar que, en su contexto, son totalmente comprensibles y, aun cuando cabe la posibilidad de que Doyle las formulara con su característica contundencia extrema, y acaso a destiempo, estas opiniones no eran particularmente raras en una persona de su generación.

De hecho, es imposible entender la cultura de la Gran Bretaña victoriana, la cultura que configuró la sensibilidad de Doyle, sin entender tanto el espiritismo —la creencia en que la personalidad humana sobrevive a la muerte y en que los muertos intentan comunicarse continuamente con los vivos, que siguen interesándose por nuestras actividades y nuestro bienestar— como las prácticas, diferentes aunque solapadas, del ocultismo y la investigación paranormal. Hacia el final del segundo volumen de *La historia del espiritismo* (1926), una obra monumental, Doyle da la siguiente definición de la realidad del espiritismo:

> Así pues, el cielo espiritual sería una reproducción sublimada y etérea de la tierra y de la vida en la tierra en mejores y más nobles condiciones […]. El cuerpo sigue adelante con sus cualidades intelectuales y espirituales intactas después de esta transición de una estancia de la gran mansión universal a la siguiente[58].

Como afirma Janet Oppenheim en *The Other World*, su historia definitiva sobre el tema, en las últimas décadas del siglo XIX los espiritistas, «por sus preocupaciones y aspiraciones —alejados de los sectores radicales de la sociedad—, se sitúan directamente en el centro de las tendencias emocionales, intelectuales y culturales de la época»[59]. Este aspecto es importante. La intelectualidad occidental, al menos, tiende a percibirse como si habitara en

una modernidad laica caracterizada, según la famosa expresión de Max Weber, por el *Entzauberung* (desencanto): en 1917 Weber afirmó que «el destino de nuestro tiempo está marcado por el racionalismo y la intelectualización, y, sobre todo, por el "desencanto del mundo"»**[60]**. En las últimas décadas del siglo XIX hubo gente muy seria que se tomó muy en serio el espiritualismo. La Sociedad para la Investigación Psíquica (SPR), de la que Doyle era miembro, fue fundada en el Trinity College de Cambridge en 1891 por un grupo de investigadores entre los que figuraban Henry Sidgwick, titular de la cátedra de filosofía Knightsbridge y antiguo alumno del Trinity, y Frederic W. H. Myers, también antiguo alumno del Trinity. Como señala Roger Luckhurst, tanto Sidgwick como Myers tenían excelentes relaciones, por vínculos de sangre, matrimonio y amistad, con la elite intelectual y social victoriana: Sidgwick con las familias Balfour y Benson (primeros ministros, arzobispos de Canterbury y decanos de facultades de Cambridge); Myers con George Eliot y William James. Ambos tenían relación con Tennyson. Gladstone, Tennyson y Ruskin se afiliaron a la SPR, entre cuyos primeros presidentes figuraron el propio Sidgwick, A. J. Balfour, William James y Henri Bergson**[61]**. Es decir, componían un grupo ni mucho menos marginal.

Doyle no se presentó formalmente como espiritista hasta la publicación de *La nueva revelación* en 1918, pero quien preste atención a su carrera literaria podrá seguir el rastro de este interés como un elemento importante, incluso central, en su obra narrativa desde el principio. El espiritismo fue una gran fuente de inspiración para su imaginación gótica, y viceversa. En sus cuentos de la década de 1890 y los primeros años del decenio posterior, «El disparo ganador», «El cirujano del páramo de Gaster», «El lote n.º 249» y «*De Profundis*», se observa la profunda influencia de esta creciente fascinación por el espiritismo y el ocultismo. Su tercera novela, *El misterio de Cloomber* (1889), combina ocultismo y venganza colonial en una historia de yoguis hindúes, en posesión de conocimientos esotéricos, que persiguen sin remordimientos al general Heatherstone hasta su muerte en el «foso de Cree», una sima sin fondo en la frontera de Escocia, en venganza porque el militar ha matado a su líder espiritual «Gulab Shah, el sumo sacerdote budista» en las guerras afganas**[62]**. La novela, llena de disquisiciones teosóficas, termina con un largo «Addendum» sobre «La filosofía oculta» en la que el autor reconoce haber leído las obras del escritor esotérico Alfred Percy Simmett, más específicamente *The Occult World* (1883). En el momento de afiliarse a la SPR, «alrededor de 1891 —decía Doyle—, leí ese trabajo monumental de [Frederic] Myers, *La personalidad humana*, una enorme raíz de la que crecerá

todo un mundo de conocimiento»[63]. Así, desde el principio, los cuentos góticos de Doyle representan la lucha del escritor por reconciliar su creciente aceptación de la realidad del mundo de los espíritus con su formación profesional en ciencia y medicina. Como han señalado diversos comentaristas, el espiritismo fue la respuesta más característica del siglo XIX al materialismo que despertó la publicación de *El origen de las especies* de Darwin en 1859 y al auge del naturalismo científico a partir de la década de 1870, que negaba rotundamente cualquier base metafísica de la existencia[64]. Esta tensión entre el materialismo y la metafísica, presente en toda la obra de Doyle, se revela con especial claridad en dos de sus obras largas menos conocidas de la década de 1890, la novela *El parásito* y el relato autobiográfico *Las cartas de Stark Munro*. El narrador de *El parásito*, Austin Gilroy, es un joven profesor de fisiología además de autoproclamado «materialista […] acérrimo», que inicialmente presume de tener «el cerebro empapado de conocimiento exacto. Me he formado para trabajar únicamente con hechos y pruebas. Las conjeturas y las fantasías no tienen cabida en mi esquema mental»[65]. Gilroy recibe una exhaustiva lección de metafísica de la señorita Penelosa, una hipnotizadora antillana, creyente en lo sobrenatural. *Stark Munro* es un atormentado ejercicio de autocrítica epistemológica cuyo narrador, una versión levemente ficticia del propio Doyle, interrumpe constantemente su propia narración con largas disquisiciones que se proponen reconciliar su rechazo de la religión organizada convencional —«he estudiado a fondo los principios de varias religiones. Todas me han impresionado por la violencia que tendría que infligir a mi razón para aceptar los dogmas de cualquiera de ellas»— con su conciencia de los límites del naturalismo científico: «No conozco nada más insoportable que el científico complaciente que sabe con absoluta exactitud todo lo que sabe pero no tiene la imaginación suficiente para comprender que su pequeño caudal de dudosa erudición es una mota de polvo comparada con la inmensidad de nuestra ignorancia»[66].

Doyle no estaba solo en estas dudas y cuestionamientos. La tensión entre materialismo y metafísica es, en realidad, característica del relato sobrenatural victoriano y eduardiano. Un coetáneo de Doyle, el gran escritor inglés de cuentos de fantasmas M. R. James, creía que era la clave del éxito del género: «A veces no está mal dejar un resquicio para la explicación natural; pero yo propondría que sea un resquicio lo bastante estrecho para que no resulte del todo practicable»[67]. Este es exactamente el estrecho resquicio que Doyle explora en «*De Profundis*» cuando, al final, plantea dos explicaciones contradictorias para la aparición del cuerpo de John Vansittart, que salta

aparentemente de su sepultura submarina para saludar a su mujer cuando esta va navegando rumbo a Madeira, donde ha quedado en verse con él. O bien, sugiere el narrador, este relato sirve «para respaldar la reciente teoría de la telepatía […] que en mi opinión […] está demostrada», o bien «el médico me dice que la plomada que le pusieron no estaba bien sujeta y que en siete días el cuerpo experimenta cambios que lo hacen aflorar a la superficie. En su opinión, al venir de la considerable profundidad a la que lo habría hundido el peso de la plomada, puede alcanzar velocidad suficiente para saltar del agua. Esta es mi explicación del caso». El resquicio, sin embargo, parece estrecharse cada vez más a medida que Doyle avanza en su carrera: aunque el unicornio enfurecido al que se convoca en la sesión de espiritismo de «Jugar con fuego» (1900) podría ser una ilusión, hay pocas dudas en cuanto al fantasma indio de «La mano morena» (1899) o las visiones del pasado de «El espejo de plata» (1908) y «A través del velo» (1910), y ninguna en absoluto en cuanto al testimonio de vida eterna de «Cómo ocurrió» (1913) o el boxeador que no ha muerto de «El matón de Brocas Court» (1921).

Esto, claro está, explica la creciente frustración de Doyle con Sherlock Holmes, un materialista científico contumaz con quien se le asociaba irremediablemente, de quien no podía desligarse y cuyo racionalismo era la pieza clave de su atractivo. El profesor Challenger, el biólogo evolutivo de *El mundo perdido*, fue reclutado para la causa espiritista: la última novela de Challenger, *El país de la bruma* (1926), es casi un ejercicio ilegible de ficción espiritista, la obra de un escritor que parece, casi por única vez, desviarse de su rumbo como profesional del género consciente de lo que quiere su público. Pero Challenger no era Holmes. *El sabueso de los Baskerville*, aunque despliega la imaginería del género gótico con notable eficacia, transforma a Holmes en un investigador escéptico de fenómenos paranormales —el tipo que precisamente el Doyle posterior, el de *La historia del espiritismo*, deploraría sin contemplaciones— que ridiculiza al demonio encarnado en un perro sobrenatural de la laguna Grimpen. Uno de los últimos casos de Holmes, «El vampiro de Sussex», escrito mucho después de la conversión pública del autor al espiritismo, empieza con una despectiva réplica del detective que niega la posibilidad de lo sobrenatural: «¡Tonterías, Watson, tonterías! ¿Qué tenemos que ver nosotros con muertos vivientes a los que solo se puede retener en la tumba clavándoles una estaca en el corazón? Eso es simple locura […]. Esta Criatura se apoya firmemente en el suelo con los pies, y ahí debe quedarse. Hay sitio suficiente para nosotros en el mundo. No necesitamos imaginar fantasmas»[68].

El propio materialismo científico, según llegó a creer Doyle, estaba en la raíz de todos los problemas de la modernidad. Este es un tema que retoma una y otra vez en sus grandes obras sobre espiritismo de finales de la década de 1910 y la de 1920. Es importante recalcar que, aunque imaginativamente comprometido con el espiritismo ya desde la década de 1880, Doyle no se declara expresamente espiritista hasta 1918, hacia el final de la Primera Guerra Mundial. Las relaciones entre el espiritismo y la guerra fueron, para el autor, vivamente reales. La guerra era el efecto del «materialismo organizado de Alemania», porque «cuando muere la religión se activa el materialismo, y ya hemos visto en Alemania lo que es capaz de hacer el materialismo en acción»[69]. El estallido de la guerra sorprendió a Doyle dirigiendo con su beligerancia característica una campaña de prensa en la que denunciaba públicamente la «política homicida de Alemania», y defendía, ante la vergüenza de los «objetores de conciencia», el servicio militar obligatorio; presionaba, además, para que se tomaran represalias, sin remordimientos, por los ataques con zepelines[70]. Pero la guerra tuvo consecuencias traumáticas también para él. El mayor de sus hijos, Kingsley, murió de la neumonía que contrajo después de ser herido en combate en 1918, mientras que su querido hermano menor, Innes, que sobrevivió a la guerra ascendido a general adjunto, murió en la pandemia de gripe de 1919. El escritor perdió además a dos cuñados y dos sobrinos.

Si Doyle se interesó por el espiritismo antes de la guerra no se comprometió con él hasta después. De hecho, no es de extrañar que, como tantas otras personas, buscara consuelo en el espiritismo, una creencia que afirmaba que la muerte no es el final y que los muertos siguen estando con nosotros, sin cambios esenciales en su personalidad y sus vínculos afectivos, preocupados aún por nuestro bienestar. Hay un importante elemento de autosatisfacción en el plano del deseo en el espiritismo ligado a la Primera Guerra Mundial. «El cuerpo —escribió Doyle en 1919— es un objeto perfecto. Esto tiene su trascendencia cuando tantos héroes nuestros han quedado mutilados en una u otra guerra. El cuerpo etérico no se puede mutilar y siempre se conserva intacto». Doyle veía el más allá como «un mundo de alegría y felicidad» donde «se practican toda clase de juegos y deportes, pero ninguno que haga daño a las especies inferiores»[71]. Tanto Kingsley como Innes se comunicaron póstumamente con Doyle en alguna de las muchas sesiones de espiritismo a las que asistió el escritor y le garantizaron que todo estaba bien. En la época de *La historia del espiritismo*, después de casi una década pronunciándose públicamente sobre el particular, se refirió

explícitamente a la relación entre el espiritismo y la guerra: «Mucha gente no supo lo que era el espiritismo hasta la etapa que empezó en 1914, cuando el Ángel de la Muerte entró de pronto en tantos hogares»[72].

Doyle no fue ni mucho menos el único escritor de su generación o de su género que quiso huir de los terrores de la modernidad a raíz de la guerra. M. R. James, irremediablemente traumatizado por la muerte de tantos colegas y estudiantes de su Universidad de Cambridge, buscó refugio en la eterna niñez de una sinecura como rector del Eton College, donde había sido un alumno muy feliz. A medida que se suceden las primeras décadas del siglo XX, se observa en los relatos de Doyle una nota de angustia muy singular. En «Cómo ocurrió» (1913), un conductor pierde el control de su automóvil y muere precipitándose por una cuesta abajo. En «El horror de las alturas» (1913), un aviador descubre un ecosistema hostil en las capas altas de la estratosfera. En «La habitación de la pesadilla» (1921), un inquietante ambiente doméstico se despliega gradualmente en todo su horror como el escenario del rodaje de una película. En «El ascensor» (1922), un grupo de turistas quedan atrapados en un ascensor, a muchos metros del suelo y a merced de un homicida con manía religiosa. A medida que se iba haciendo mayor, el mundo moderno se volvió para Arthur Conan Doyle cada vez más aterrador.

Nota sobre los textos

El texto de la mayoría de los relatos procede de *The Conan Doyle Stories* (John Murray, Londres, 1929), parte de una edición en varios volúmenes que el autor revisó en sus últimos años de vida. Los textos que no se incluyeron en esta edición se han reproducido a partir de su primera publicación en periódicos o revistas, exceptuando «John Barrington Cowles», que procede de *The Captain of the «Pole Star» and Other Tales* (Longmans, Green and Co., Londres, 1892).

Primeras publicaciones de los textos

«La historia del americano» (*The American's Tale*): *London Society*, número de Navidad, 1880.

«El capitán del Polestar» (*The Captain of the «Polestar»*): *Temple Bar*, enero de 1883.

«El disparo ganador» (*The Winning Shot*): *Bow Bells*, 11 de julio de 1883.

«Declaración de J. Habakuk Jephson» (*J. Habakuk Jephson's Statement*): *Cornhill Magazine*, enero de 1884.

«John Barrington Cowles»: *Cassell's Saturday Magazine*, 12-19 de abril de 1884.

«La casa del tío Jeremy» (*Uncle Jeremy's Household*): *Boy's Own Paper*, enero-febrero de 1887.

«El anillo de Thoth» (*The Ring of Thoth*): *Cornhill Magazine*, enero de 1890.

«El cirujano del páramo de Gaster» (*The Surgeon of Gaster Fell*): *Chamber's Journal*, 6-27 de diciembre de 1890.

«Un horror bucólico» (*A Pastoral Horror*): *People*, 21 de diciembre de 1890.

«*De profundis*»: *The Idler*, marzo de 1892.

«El lote n.º 249» (*Lot No. 249*): *Harper's*, septiembre de 1892.

«El fiasco de Los Amigos» (*The Los Amigos Fiasco*): *The Idler*, diciembre de 1892.

«El caso de lady Sannox» (*The Case of Lady Sannox*): *The Idler*, noviembre de 1893.

«El señor de Château Noir» (*The Lord of Château Noir*): *Strand Magazine*, julio de 1894.

«La tercera generación» (*The Third Generation*): *La lámpara roja* (*Round the Red Lamp*), 1894.

«El arcón de rayas» (*The Striped Chest*): *Pearson's Magazine*, julio de 1897.

«El demonio de la tonelería» (*The Fiend of the Cooperage*): *Manchester Weekly Times*, 1 de octubre de 1897.

«El cazador de escarabajos» (*The Beetle Hunter*): *Strand Magazine*, junio de 1898.

«La habitación sellada» (*The Sealed Room*): *Strand Magazine*, septiembre de 1898, con el título de «The Story of the Sealed Room».

«El gato brasileño» (*The Brazilian Cat*): *Strand Magazine*, diciembre de 1898, con el título de «The Story of the Brazilian Cat».

«La nueva catacumba» (*The New Catacomb*): *The Sunlight Yearbook*, 1898, con el título de «Burger's Secret».

«El retiro del *signor* Lambert» (*The Retirement of Signor Lambert*): *Pearson's Magazine*, diciembre de 1898.

«La mano morena» (*The Brown Hand*): *Strand Magazine*, mayo de 1899, con el título de «The Story of the Brown Hand».

«Jugar con fuego» (*Playing with Fire*): *Strand Magazine*, marzo de 1900.

«El embudo de cuero» (*The Leather Funnel*): *McClure's*, noviembre de 1902.

«El tarro de caviar» (*The Pot of Caviare*): *Strand Magazine*, marzo de 1908.

«El espejo de plata» (*The Silver Mirror*): *Strand Magazine*, agosto de 1908.

«El terror de la cueva de Blue John» (*The Terror of Blue John Gap*): *Strand Magazine*, agosto de 1910.

«A través del velo» (*Through the Veil*): *Strand Magazine*, noviembre de 1910.

«Cómo ocurrió» (*How It Happened*): *Strand Magazine*, septiembre de 1913.

«El horror de las alturas» (*The Horror of the Heights*): *Strand Magazine*, noviembre de 1913.

«El matón de Brocas Court» (*The Bully of Brocas Court*): *Strand Magazine*, noviembre de 1921.

«Un saloncito de pesadilla» (*The Nightmare Room*): *Strand Magazine*, diciembre de 1921.

«El ascensor» (*The Lift*): *Strand Magazine*, junio de 1922.

CUENTOS

LA HISTORIA DEL AMERICANO

(1880)

—Parece extraño, sí —estaba diciendo cuando abrí la puerta del salón donde se reunía nuestra pequeña sociedad semiliteraria—, pero podría contarles cosas aún más raras, cosas rarísimas. No todo se puede aprender en los libros, señores, de ningún modo. Ya ven que en los sitios tan extraordinarios que he conocido los hombres apenas pueden hilar un par de frases en inglés y tampoco han recibido una buena educación. En general son toscos, señores, casi incapaces de hablar como es debido y mucho menos de coger pluma y tintero para contar las cosas que han visto; pero, si pudieran, los dejarían mudos de asombro, señores. ¡No lo duden!

Se llamaba Jefferson Adams, creo. Sé que sus iniciales eran J. A., porque siguen bien talladas en el panel superior derecho de nuestra sala de fumadores. Nos dejó este legado, además de unas manchas artísticas de tabaco en nuestra alfombra turca, pero, al margen de estos recuerdos, el rastro de nuestro narrador americano se ha esfumado por completo. Pasó por nuestra habitual y tranquila tertulia como un brillante meteoro y se perdió después en las tinieblas del universo. Esa noche, sin embargo, nuestro amigo de Nevada estaba en plena forma, así que encendí tranquilamente mi pipa y me instalé en la butaca que tenía más a mano, con el ánimo de no interrumpir su relato.

—Que conste —añadió— que no tengo yo nada en contra de sus hombres de ciencia. Me agrada y me inspira respeto el que sabe señalar cualquier animal o planta, del arándano al oso pardo, con uno de esos nombres que te descoyunta la mandíbula; pero, si lo que buscan son hechos interesantes de verdad, cosas con un poco de sustancia, pregunten a sus balleneros y a sus hombres de la frontera, a sus exploradores y a sus gentes de la bahía de Hudson en Canadá, tipos que en su mayoría apenas saben estampar su firma.

Hubo una pausa entonces, mientras el señor Jefferson Adams sacaba un largo puro y lo encendía. Guardamos un estricto silencio en la sala, pues sabíamos que, a la más mínima interrupción, nuestro yanqui se replegaba en su caparazón. Esbozó una sonrisa de satisfacción al ver nuestra actitud expectante y continuó entre un halo de humo.

—Díganme, caballeros, ¿quién de ustedes ha estado en Arizona? Nadie, seguro. Y, de todos los ingleses o americanos que saben empuñar una pluma y escribir, ¿cuántos han estado en Arizona? Poquísimos, calculo. Yo he estado allí, señores, he vivido allí años y, cuando pienso en las cosas que he visto, ahora casi me cuesta creerlas.

»¡Ah, qué gran país! Yo era uno de los filibusteros de Walker, como se les ocurrió llamarnos[73], y cuando estábamos destrozados y habían matado a nuestro jefe, algunos liamos el petate y nos establecimos por ahí. Éramos una colonia inglesa y americana normal, con nuestras mujeres, nuestros hijos y todo. Supongo que algunos todavía siguen por esas tierras y no han olvidado lo que voy a contarles. No, les garantizo, señores, que nadie que siga a este lado de la tumba ha podido olvidarlo.

»Pero les estaba hablando del país, y creo que aunque no les hablara de otra cosa los dejaría mudos de asombro. ¡Pensar que esa tierra se construyó para un puñado de gachupines! Eso es un despilfarro de los dones de la Providencia, así lo llamo yo. La hierba nos llegaba a la cabeza cuando la atravesábamos a caballo, y los árboles eran tan densos que no se veía un trozo de cielo azul en muchas leguas a la redonda, y ¡las orquídeas eran como paraguas! ¿Alguno de ustedes ha visto esa planta a la que en Estados Unidos llaman “papamoscas”?

—*Dianoea muscipula* —murmuró Dawson, nuestro científico *par excellence*.

—Sí. «Díñala en la municipalidad». ¡Justamente! Ves que una mosca se posa en esa planta, y al momento los dos lados de una hoja se cierran con un chasquido, la atrapan y la trituran hasta hacerla papilla, igualito que haría un pulpo enorme; y al cabo de unas horas, si abres la hoja, te encuentras con el cuerpo de la mosca a medio digerir, despedazado. Pues bien, yo he visto papamoscas de esas en Arizona, con las hojas de hasta veinte y treinta centímetros de largo, y con espinas o dientes de más de treinta; hasta podrían… ¡Caray, me estoy precipitando!

»Es de la muerte de Joe Hawkins de lo que iba a hablarles; creo yo que la cosa más rara que hayan oído nunca. No había nadie en Montana que no conociese a Joe Hawkins: Alabama Joe, así lo llamaban allí. Un delincuente redomado: yo diría que el mayor canalla de la historia. Era un tipo agradable, ¡ojo!, siempre y cuando le doraras la píldora; pero como se acalorase se revolvía igual que un gato montés. Lo he visto vaciar las seis balas de la recámara contra un grupo de hombres que lo empujaron sin querer cuando entraba en la taberna de Simpson un día de baile; y clavarle el cuchillo a Tom

Hooper, porque sin darse cuenta le derramó el licor encima del chaleco. Joe no se contentaba con matar gente; era un hombre del que uno no se podía fiar y al que no se veía venir.

»El caso es que en la época de la que hablo, cuando Joe Hawkins se pavoneaba por el pueblo quebrantando la ley a tiro limpio, andaba por allí un inglés de apellido Scott: Tom Scott, si mal no recuerdo. Este Scott era británico de los pies a la cabeza (con perdón de los aquí presentes), aunque no congeniaba demasiado con los británicos del lugar, ni ellos congeniaban demasiado con él. Era un hombre sencillo y callado, el tal Scott, demasiado callado para aquella caterva de brutos; lo tenían por un soplón, pero no era eso. En general, vivía apartado, sin meterse con nadie mientras lo dejasen en paz. Algunos decían que en su país lo habían tratado mal, que era un cartista radical**[74]** o algo por el estilo y había tenido que largarse corriendo; pero él nunca hablaba de sí mismo y nunca se quejaba. Tuviera buena o mala suerte, era un tipo que no se inmutaba por nada.

»El tal Scott era en cierto modo el blanco de las bromas entre los hombres de Montana, por ser tan sencillo y callado. Tampoco tenía adónde ir a reclamar porque, como ya he dicho, los británicos apenas lo consideraban uno de los suyos y le gastaron más de una broma pesada. Scott nunca se puso bravo: era un modelo de cortesía. Creo que los chicos llegaron a pensar que no tenía agallas, hasta que les demostró su error.

»Fue en la taberna de Simpson donde se armó la gresca, y eso llevó a la cosa tan rara que iba a contarles. Alabama Joe y un par de alborotadores más se llevaban a matar con los británicos por aquel entonces, y expresaban sus opiniones con plena libertad, a pesar de que yo les había advertido de que se iba a montar un lío tremendo. Esa noche en particular, Joe estaba medio borracho, y andaba muy farruco por el pueblo con su revólver de seis balas, buscando pelea. Por fin entró en la taberna, donde sabía que encontraría a algunos ingleses con tantas ganas de bronca como él. Efectivamente, había media docena de británicos holgazaneando por ahí, y Tom Scott estaba solo, al lado de la estufa. Joe se sentó a una mesa y dejó su revólver y su cuchillo delante de él. "Aquí están mis argumentos, Jeff —me dijo—, por si alguno de esos británicos pusilánimes se atreve a mentirme". Intenté tranquilizarlo, señores, pero no era de los que se dejan fácilmente, y empezó a hablar de un modo que nadie podría tolerar. ¡Hasta un "gachupín" se encendería si alguien dijera semejantes cosas de su país! Se armó un escándalo en la taberna, y todos echaron las manos a las armas; pero, antes de que pudieran desenfundar, se oyó una voz serena desde la estufa: "¡Ya puedes ir rezando,

Joe Hawkins, pues por Dios que eres hombre muerto!”. Joe dio media vuelta con ademán de coger el revólver, pero sin la menor posibilidad de dispararlo. Tom Scott estaba erguido, apuntándolo con su Derringer, con una sonrisa en la cara blanca y el mismo diablo brillando en sus ojos. “No es que en mi país me hayan tratado demasiado bien —añadió—, pero quien lo critique delante de mí no sale con vida”. Vi que empezaba a apretar el gatillo pero luego soltó una carcajada y tiró el arma al suelo. “No. No puedo disparar a un hombre medio ebrio. Lárgate de aquí, Joe, y dedica tu sucia vida a algo mejor de lo que vienes haciendo. No volverás a estar tan cerca de la tumba como esta noche hasta que llegue tu hora. Anda, coge el portante. Y no me mires con esa rabia que no tengo miedo de tu revólver. Un matón es casi siempre un cobarde”. Le volvió la espalda con desprecio y encendió de nuevo la pipa a medio fumar con la llama de la estufa mientras Alabama salía del bar con el rabo entre las piernas y las carcajadas de los británicos sonando aún en sus oídos. Lo miré a la cara cuando pasó a mi lado y vi en ella, señores, el ansia de matar, clara como jamás había visto nada en la vida.

»Me quedé en el bar después del altercado, mientras Tom Scott estrechaba la mano de los parroquianos. Se me hizo raro verlo tan alegre y risueño, pues sabía que Joe era un hombre de carácter sanguinario y que el inglés no tenía muchas posibilidades de volver a ver la luz de la mañana. Vivía en un lugar algo retirado, a los pies de las vías del tren, y tenía que pasar por el Barranco de las Papamoscas para llegar a casa. Este barranco era un terreno pantanoso y lúgubre, muy solitario incluso de día, porque daba como un escalofrío ver cómo se cerraban esas hojas de veinte y treinta centímetros cuando algo las rozaba, y de noche ni un alma se acercaba por allí. Además, el pantano tenía zonas de terreno blando y profundo en las que un cuerpo podía desaparecer en pocas horas. Veía a Alabama Joe agazapado entre las hojas de las grandes papamoscas en la parte más oscura del pantano, con el ceño fruncido y el revólver en la mano; lo veía, señores, como si lo tuviera delante de los ojos.

»Simpson cerraba la taberna alrededor de medianoche, así que tuvimos que marcharnos. Tom Scott se dispuso a hacer su recorrido de cinco kilómetros a paso ligero. Algo le dije a modo de advertencia cuando pasó a mi lado, porque le tenía simpatía. “Lleve su Derringer bien a mano en el cinturón, señor. Podría necesitarla”. Me miró con su sonrisa serena y lo perdí de vista en la penumbra. Pensaba que no volvería a verlo. Acababa de irse Scott cuando viene y me dice Simpson: “Esta noche habrá follón en el Barranco de las Papamoscas, Jeff; los chicos dicen que Hawkins se fue hace

media hora para esperar a Scott y pegarle un tiro nada más verlo. Me da que mañana tendrá que venir el juez”.

»¿Qué pasó esa noche en el barranco? Esa era la pregunta que se hacía todo el mundo al día siguiente. Un mestizo apareció en el almacén de Ferguson a poco de amanecer, diciendo que a eso de la una de la madrugada estaba por casualidad cerca del barranco. No era fácil entenderlo, porque el susto que traía en el cuerpo no era normal; por fin nos contó que había oído unos gritos aterradores en la quietud de la noche. No hubo disparos, solo gritos, sofocados, como si a un hombre le hubieran puesto una manta en la cabeza, y eran de dolor mortal. Abner Brandon y yo, con unos cuantos más, estábamos en el almacén en ese momento, así que montamos los caballos y fuimos hacia casa de Scott, pasando por el barranco de camino. No vimos nada que llamara la atención: ni sangre ni señales de pelea ni nada; y, cuando llegamos a casa de Scott, allí que sale a recibirnos, tan campante. “Hola, Jeff —dice—, al final no me hizo falta la pistola. Entrad y echad un trago, amigos”. “¿Oíste o viste algo anoche cuando volvías a casa?”, le pregunté. “No, todo estaba muy tranquilo. Solo unos gemidos en el Barranco de las Papamoscas, como de una lechuza: nada más. Vamos, pasad a beber un vaso”. Abner le dio las gracias. Entonces entramos, y luego Tom Scott se vino al pueblo con nosotros.

»Había un revuelo tremendo en la calle principal cuando llegamos. Los americanos parecían haberse vuelto locos. Alabama Joe se había esfumado; no quedaba ni rastro de él. Desde que se fue camino del pantano, nadie había vuelto a verlo. Se había juntado un gentío a las puertas de la taberna de Simpson cuando descabalgamos, y les aseguro que Tom Scott fue objeto de algunas miradas feas. Se oyeron chasquidos de pistolas, y vi que Scott también se llevaba la mano al pecho. No había allí ni una sola cara inglesa. “No te metas en esto, Jeff Adams —me dice Zebb Humphrey, un sinvergüenza de tomo y lomo—. No tienes vela en este entierro. Decidme, muchachos: nosotros, americanos libres, ¿vamos a permitir que un maldito británico nos mate?”. Fue la cosa más rápida que he visto en la vida. Se oyó un rumor y un crujido, y Zebb cayó, con una bala de Scott en el muslo; y el propio Scott se vio en tierra con media docena de hombres encima. No servía de nada luchar, así que se quedó quieto. Al principio no estaban seguros de qué hacer con él, hasta que uno de los compinches de Alabama, su mejor amigo, los convenció. “Joe ha desaparecido —dijo—, y está claro que aquí tenemos al hombre que lo ha matado. Algunos sabéis que Joe fue a hacer negocios al barranco anoche y no volvió. Ese británico pasó por el barranco

después de Joe; se pelearon, y se oyeron gritos entre las papamoscas. Yo creo que ese le ha jugado una mala pasada y lo ha tirado al pantano. No es raro que el cuerpo haya desaparecido. Pero ¿vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo los ingleses matan a nuestros amigos? Yo diría que no. Que lo juzgue el juez Lynch, eso es lo que propongo". "¡Linchadlo!", gritaron cien voces airadas, pues para entonces hasta el último mono del poblado nos rodeaba. "Vamos, chicos, traed una soga y ahorcadlo. ¡Metedlo en la taberna de Simpson!". "Espera —dijo uno, dando un paso al frente—, mejor lo llevamos al barranco y lo colgamos de esa papamoscas grande. Que Joe vea cómo lo vengamos, si es que está enterrado por ahí". Vitorearon la propuesta y allá que se fueron, con Scott atado a su mustang en el centro del grupo y una guardia de hombres a caballo con las armas amartilladas alrededor de él, porque supimos que había unos veinte británicos cerca, que por lo visto no sabían quién era el juez Lynch y estaban dispuestos a dar batalla.

»Me fui con ellos, penando por Scott, a pesar de que no parecía nada alterado. Era valiente hasta la médula. Suena raro, señores, lo de colgar a un hombre de una papamoscas, pero es que las nuestras no eran un árbol normal, y tenían las hojas como maromas de barco, con un gozne entre medias y espinas dentro.

»Bajamos por el barranco hasta el punto donde crece la papamoscas más grande, y la divisamos a lo lejos, con algunas hojas abiertas y otras cerradas. Pero vimos algo peor que eso. Alrededor del árbol había unos treinta hombres, británicos todos, armados hasta los dientes. Era evidente que nos estaban esperando, muy serios, como si hubieran ido a hacer algo concreto, dispuestos a salirse con la suya. Había materia prima para una escaramuza de las buenas. Cuando nos acercábamos, un escocés grande y de barba roja, Cameron se llamaba, se plantó delante del grupo, con el revólver amartillado en la mano. "Veréis, muchachos —dijo—, no se os ocurra tocarle ni un pelo a ese hombre. Aún no habéis demostrado que Joe esté muerto y, aunque así fuera, no habéis demostrado que Scott lo mató. Si lo hubiera hecho, habría sido en defensa propia, porque todos sabéis que Joe lo estaba esperando para matarlo en cuanto lo viese; así que, os lo repito, no hagáis daño a ese hombre; es más, tengo treinta argumentos cargados con seis balas cada uno para oponerme a que lo hagáis". "Es un argumento interesante, y merece la pena discutirlo", contestó el compinche de Joe Alabama. Chasquearon las pistolas, centellearon los cuchillos y los dos bandos formaron frente a frente, y todo indicaba que el índice de mortalidad iba a elevarse en Montana. Scott estaba en pie, con un revólver apuntándole en la oreja para que no se moviera y un

aire tranquilo y sereno, como si la cosa no fuera con él, cuando de repente da un respingo y un grito que resonó en todos los oídos como una trompeta. “¡Es Joe! —gritó—. ¡Es Joe! ¡Miradlo! ¡Está en la papamoscas!”. Todos nos volvimos a mirar hacia donde señalaba. ¡Dios mío! Creo que nunca podremos olvidar la escena. Una de las enormes hojas de la planta, que estaba cerrada y rozando la tierra, abrió sus goznes poco a poco. Dentro, acurrucado como un niño en la cuna, estaba Alabama Joe, en el hueco de la hoja. Las grandes espinas le habían atravesado lentamente el corazón al cerrarse sobre él. Vimos que había intentado escapar, porque había un corte en la carne de la hoja gruesa y Joe tenía el cuchillo en la mano; pero la planta lo había asfixiado primero. Debió de echarse al suelo debajo de ella, probablemente para protegerse de la humedad mientras esperaba a Scott, y las hojas se lo tragaron, como han visto ustedes que se tragan a una mosca en un invernadero; y ahí seguía cuando lo encontramos, desgarrado, hecho pulpa por los enormes dientes de sierra de la planta carnívora. Creo, señores, que me reconocerán que es una historia curiosa.

—Y ¿qué fue de Scott? —preguntó Jack Sinclair.

—Pues lo llevamos a hombros hasta la taberna de Simpson, y nos invitó a una ronda. También pronunció un discurso desde la barra, un discurso espléndido. Dijo algo así como que el león británico y el águila americana algún día marcharían codo con codo para siempre. Y ahora, señores, el relato ha sido largo y se me ha consumido el cigarro, así que creo que voy a coger el portante antes de que se me haga tarde.

Y, con un «buenas noches», abandonó la sala.

—¡Qué historia tan extraordinaria! —exclamó Dawson—. ¿Quién iba a imaginarse que una *Dianoea* tuviera ese poder?

—¡Extraña como nada! —dijo el joven Sinclair.

—Está claro que es un hombre realista y veraz —señaló el doctor.

—O el mentiroso más original que ha pisado este mundo —contesté.

Sigo sin saberlo.

EL CAPITÁN DEL POLESTAR

(1883)

Fragmento del extraño diario de John M’Alister Ray, estudiante de medicina (1883)

11 de septiembre. Latitud 81° 40′ norte; longitud 2° este. Seguimos varados entre inmensos campos de hielo. El que se extiende al norte, y al que está echada el ancla, no puede ser más pequeño que un condado de Inglaterra. A derecha y a izquierda, las placas intactas se pierden en el horizonte. Esta mañana, el contramaestre ha informado de que se han visto indicios de una banquisa al sur. Si tuviera el grosor suficiente para impedirnos regresar, nos veremos en una situación de peligro porque he oído que la comida empieza a escasear. Esta mañana vi brillar una estrella justo encima de la verga mayor, la primera desde principios de mayo. Hay un gran descontento entre la tripulación y muchos desean volver a casa a tiempo para la temporada del arenque, cuando el trabajo se cotiza a buen precio en la costa escocesa. Por ahora, su malestar únicamente se ha manifestado con caras largas y miradas torvas, pero esta tarde he sabido por el segundo oficial que están considerando la idea de enviar a una delegación para hablar con el capitán y exponerle sus quejas. No sé cómo va a tomárselo, porque es un hombre de carácter violento y muy sensible a todo lo que se parezca a incumplir la ley. Esta noche, después de cenar, me atreveré a decirle unas palabras. He visto que en mí siempre tolera lo que en otros miembros de la tripulación le sienta mal. La isla de Ámsterdam, en el extremo noroeste de Spitzbergen, se ve desde el costado de estribor: es una línea quebrada de rocas volcánicas, entrecruzada por las costuras blancas de los glaciares. Es curioso pensar que, probablemente, ahora mismo no haya un ser humano más cerca de nosotros que los que viven en las colonias danesas del sur de Groenlandia, a unos 1500 kilómetros a vuelo de pájaro. Un capitán afronta una gran responsabilidad cuando pone en riesgo su barco en circunstancias similares. Ningún ballenero ha estado mucho tiempo por estas latitudes en una época del año tan avanzada.

9 p. m. He hablado con el capitán Craigie y, aunque el resultado no ha sido ni mucho menos satisfactorio, tengo la obligación de reconocer que me

ha escuchado con mucha atención, incluso con respeto. Cuando terminé de exponerle la situación, adoptó ese gesto de férrea voluntad que he visto a menudo en su rostro, y estuvo un buen rato dando vueltas por el estrecho camarote a paso rápido. Al principio temí haberlo ofendido gravemente, pero disipó mi impresión volviéndose a sentar y poniéndome una mano en el brazo de un modo que casi equivalía a una caricia. Había también en sus ojos desesperados y oscuros una profunda ternura que me sorprendió notablemente.

—Verá, doctor —dijo—. Siento haberlo traído, de verdad que lo siento, y ahora mismo daría cincuenta libras por dejarlo a salvo en el muelle de Dundee. Me veo en una situación muy incierta. Tenemos pesca al norte. ¿Cómo se atreve a decir que no con la cabeza, señor, cuando le digo que las he visto saltar desde la cofa? —Esto con un arrebato de ira, a pesar de que yo no era consciente de haber dado la menor impresión de duda—. Veintidós veces en otros tantos minutos, como que estoy vivo, y ninguna medía menos de tres metros. Dígame, doctor, ¿usted cree que puedo irme de aquí cuando lo único que me separa de mi fortuna es una franja de hielo infernal? Si el viento mañana soplara del norte podríamos cargar el barco y marcharnos antes de que el hielo nos atrape. Si soplara del sur… Bueno, supongo que a los hombres se les paga por arriesgar la vida y, en lo que a mí respecta, eso me preocupa muy poco porque hay más cosas que me atan al otro mundo que a este. De todos modos, le confieso que lo siento por usted. Ojalá contara con el bueno de Angus Tait, que vino conmigo en el último viaje, porque era un hombre al que nadie echaría de menos, mientras que usted… Una vez dijo que estaba prometido, ¿no?

—Sí —contesté, apretando el resorte del guardapelo que llevaba colgado en la cadena del reloj para enseñarle la pequeña estampa de Flora.

—¡Maldito sea! —bramó, levantándose de un salto con la barba erizada de furia—. ¿Qué más me da a mí su felicidad? ¿Qué tengo yo que ver con ella para que me ponga su fotografía delante de los ojos? —Casi pensé que iba a agredirme en aquel paroxismo de ira pero, con una nueva imprecación, corrió a abrir la puerta del camarote y salió precipitadamente a cubierta, dejándome más que asombrado por este arranque de violencia desmedida. Es la primera vez que me ha tratado sin cortesía ni amabilidad. Lo estoy oyendo ir y venir encima de mí, muy alterado, mientras escribo estas líneas.

Me gustaría hacer un esbozo del carácter de este hombre, aunque parece un intento presuntuoso cuando la idea que tengo es en el mejor de los casos incierta y vaga. En más de una ocasión he creído encontrar la pista que podría

explicar su actitud, pero luego me he visto defraudado, al mostrarme el capitán una faceta nueva que alteraba todas mis conclusiones. Aun cuando mis ojos sean los únicos que lleguen a detenerse sobre estas líneas, me propongo dejar un testimonio del capitán Nicholas Craigie, siquiera como estudio psicológico.

La fachada de un hombre rara vez aporta indicios del alma que lleva dentro. El capitán es alto y de buena constitución, moreno y atractivo, y tiene un modo curioso de mover las extremidades que podría ser fruto de su nerviosismo o simple consecuencia de su exceso de energía. Tanto la mandíbula como el conjunto de sus facciones denotan virilidad y determinación, pero los ojos son el rasgo más distintivo de su fisonomía. Son unos ojos de color avellana muy oscuro, brillantes y ávidos, con una singular mezcla de temeridad y algo que a veces he pensado que guardaba más relación con el horror que con cualquier otra emoción. En general predomina lo primero, pero alguna vez, y más concretamente cuando está pensativo, un velo de temor cubre su rostro y se intensifica hasta darle otro aspecto. Es en esos momentos cuando el capitán tiende más a los arranques de ira tempestuosa, y parece consciente de su actitud, porque lo he visto encerrarse para que nadie se le acerque hasta que la hora de oscuridad haya pasado. Duerme mal, y lo he oído dar voces de noche, pero como su camarote está algo lejos del mío nunca he podido distinguir lo que decía.

Esta es una de las facetas de su carácter, y la más desagradable de todas. Si me ha sido posible observarla ha sido por mi estrecha relación con él, forzados como estamos a convivir día tras día. Por lo demás, es un compañero agradable, leído y ameno, y el marino más valiente que jamás haya pisado una cubierta. No olvidaré con facilidad su manera de gobernar el barco cuando, a principios de abril, nos sorprendió un temporal entre las masas de hielo a la deriva. Nunca lo he visto tan alegre y animado como esa noche, mientras daba vueltas por el puente entre el resplandor de los relámpagos y el aullido del viento. Más de una vez me ha dicho que la idea de la muerte es agradable para él, y resulta triste que un hombre joven diga eso. No puede tener más de treinta años, aunque el pelo y el bigote ya empiezan a encanecer ligeramente. Un dolor muy profundo debe de haber hecho mella en él hasta destrozarle la vida por completo. Es posible que a mí me ocurriera lo mismo si perdiese a mi Flora… ¿Quién sabe? Creo que si no fuera por ella me preocuparía muy poco si el viento sopla mañana del norte o del sur. Ahora oigo que baja por la escalera y se encierra en su camarote, lo que demuestra que sigue de mal humor. Y con esto a la cama, como diría el viejo Pepys[75], porque la vela se

está consumiendo (ahora que la noche cae temprano tenemos que recurrir mucho a ellas) y el camarero ya se ha retirado, así que no tengo esperanza de conseguir otra.

12 de septiembre. Día sereno y claro, y aún estamos en la misma posición. El poco viento que sopla viene del sureste, pero es muy ligero. El capitán está de mejor ánimo y, en el desayuno, me ha pedido disculpas por su grosería. Sin embargo, todavía parece algo preocupado y sigue teniendo esa mirada extraña que entre los habitantes de las Tierras Altas significaría que está condenado a muerte, al menos eso me dijo nuestro jefe de máquinas, que tiene fama entre los celtas de la tripulación de vidente y transmisor de augurios.

Es curioso que la superstición haya calado tanto en esta gente obstinada y práctica. No habría creído hasta qué punto les afecta si no lo hubiera visto personalmente. Hemos tenido una epidemia de superstición perfecta en este viaje, al extremo de verme tentado a dispensar sedantes y tónicos para los nervios con la ración de ponche de los sábados. El primer síntoma se presentó poco después de salir de las Shetland, cuando los timoneles se quejaban con frecuencia de oír lamentos y gritos en la estela del barco, como si algo nos persiguiera y le fuera imposible alcanzarnos. Esta ilusión nos ha acompañado a lo largo de todo el viaje y, las noches oscuras, al principio de la pesca de las focas, costaba mucho instar a los hombres a cumplir con su deber. Lo que oían, sin duda, era el crujido de las cadenas del timón o el graznido de algún ave marina. Varias veces me han sacado de la cama para que lo escuchara, aunque huelga decir que nunca detecté nada sobrenatural. Los hombres, sin embargo, están tan absurdamente convencidos que es inútil discutir con ellos. Un día le mencioné el asunto al capitán y, para mi sorpresa, se lo tomó muy en serio, incluso me dio la sensación de que se alarmaba bastante. Yo creía que al menos él estaría por encima de ilusiones tan vulgares.

Toda esta disquisición sobre las supersticiones me lleva al hecho de que el señor Manson, nuestro segundo oficial, vio un fantasma anoche, o al menos dice que lo vio, y eso por supuesto es lo mismo. Es muy refrescante tener un nuevo tema de conversación después de la eterna rutina de osos y ballenas que llevamos soportando desde hace tantos meses. Manson jura que el barco está hechizado y dice que no se quedaría ni un solo día más si tuviera adónde ir. Lo cierto es que el hombre está sinceramente asustado, y tuve que darle un poco de hidrato de cloral y bromuro de potasio esta mañana para que se calmara. Se indignó mucho cuando le insinué que se había tomado una copa de más la noche anterior, y me vi en la obligación de apaciguarlo poniendo la

cara más seria posible mientras me contaba su historia, que narró ciertamente con la mayor sencillez y naturalidad.

—Estaba en el puente —dijo—, a unas cuatro campanadas en mitad de la primera guardia[76], justo cuando la noche es más oscura. Había un poco de luna, pero las nubes que pasaban por delante no dejaban ver mucho más allá del barco. John M'Leod, el arponero, vino a popa desde el castillo de proa para informar de un ruido extraño a estribor. Fui con él y los dos lo oímos: unas veces como el llanto de un niño y otras veces como una muchacha dolorida. Llevo diecisiete años viniendo a esta región y nunca he oído a una foca, ni vieja ni joven, hacer un ruido así. Mientras estábamos en el castillo de proa, la luna salió de detrás de una nube y vimos una especie de figura blanca que se movía por el campo de hielo de donde venían los gritos. La perdimos de vista un rato, pero apareció de nuevo a babor, aunque apenas veíamos más que una sombra en el hielo. Mandé a un marinero a popa a por los rifles, y M'Leod y yo bajamos a la banquisa, pensando que podía tratarse de un oso. Cuando pisamos el hielo, perdí de vista a M'Leod pero eché a andar de todos modos hacia donde se oían los gritos. Los seguí más de un kilómetro y medio, y entonces, al rodear un montículo a la carrera, lo vi justo en la cima, de pie y como esperándome. No sé lo que era pero no era un oso. Era una figura alta, blanca y erguida, y, si no era ni un hombre ni una mujer, empeño mi palabra en que era algo peor. Volví al barco corriendo con todas mis fuerzas y me alegré muchísimo de verme a bordo. He firmado un contrato que me compromete a cumplir con mi deber en el barco, y en el barco pienso quedarme, pero a mí no me vuelven a ver en la banquisa después de que se ponga el sol.

Este es su relato, reproducido con sus propias palabras en la medida de lo posible. Supongo que lo que vio, a pesar de que lo niega, debía de ser un oso joven levantado sobre las patas traseras, en una postura que adoptan a menudo cuando se asustan. En la penumbra de la noche, guardaría cierto parecido con un ser humano, sobre todo para un hombre que ya tenía los nervios algo alterados. Sea lo que fuere, el incidente es inoportuno, pues ha causado un efecto de lo más desagradable entre la tripulación. Están más huraños que de costumbre y su descontento es más palpable. La doble queja de verse excluidos de la pesca del arenque y retenidos en lo que ellos llaman un barco hechizado puede llevarlos a cometer una imprudencia. Hasta los arponeros, que son los mayores y los más tranquilos, se están sumando a la agitación general.

Al margen de este absurdo brote de superstición, las perspectivas son más alentadoras. La masa de hielo que empezaba a formarse al sur se ha derretido parcialmente, y el agua está tan templada que me ha llevado a creer que estamos en uno de los ramales de la corriente del Golfo que pasa entre Groenlandia y Spitzbergen. Hay montones de medusas pequeñas y babosas de mar alrededor del barco, y gambas en abundancia, lo que indica que es muy probable que avistemos «pesca». De hecho, hemos visto el surtidor de una ballena a la hora de cenar, aunque en una posición imposible para que los botes pudieran seguirla.

13 de septiembre. He tenido una interesante conversación con el primer oficial, el señor Milne, en el puente de mando. Parece que nuestro capitán es un enigma tan grande para los marinos, incluso para los dueños del barco, como lo es para mí. El señor Milne me ha contado que cuando el barco ha cumplido su misión, a la vuelta de un viaje, el capitán Craigie desaparece y nadie vuelve a verlo hasta que se acerca la siguiente temporada. Entonces entra sigilosamente en las oficinas de la compañía y pregunta si van a necesitar sus servicios. No tiene ningún amigo en Dundee y nadie parece conocer su vida pasada. Su puesto depende enteramente de su destreza como navegante, y de la fama de valor y frialdad que se labró como primer oficial antes de que le confiaran el mando del barco. La opinión unánime parece ser que no es escocés y que su apellido es adoptado. El señor Milne cree que se ha dedicado a la pesca de ballenas por la sencilla razón de que es la ocupación más peligrosa que podía elegir y que Craigie corteja a la muerte de todos los modos posibles. Me dio varios ejemplos, uno de ellos bastante curioso aunque verídico. Por lo visto, en cierta ocasión, no se presentó en la oficina y hubo que poner un sustituto. Fue en la época de la última guerra entre Rusia y Turquía. Cuando volvió a dar señales de vida, la primavera siguiente, tenía una herida a un lado del cuello que intentaba ocultar con el fular. Desconozco si la deducción del primer oficial —que Craigie había participado en la guerra — es acertada. Sin duda fue una coincidencia extraña.

El viento está rolando al este pero sigue siendo muy débil. Creo que tenemos el hielo más cerca que ayer. Hasta donde alcanza la vista, por todas partes se extiende una inmensa llanura de un blanco inmaculado, interrumpida únicamente por una grieta o por la sombra oscura de un montículo. Al sur se encuentra el estrecho canal de agua azul que es nuestra única vía de escape y que se va cerrando día tras día. Es mucha la responsabilidad que pesa sobre el capitán. He oído que el tanque de patatas se ha acabado e incluso las galletas escasean, pero Craigie no pierde su aire impasible y pasa la mayor parte del

día en la cofa, barriendo el horizonte con su catalejo. Está de un humor muy cambiante y parece evitar mi compañía, aunque el arranque de violencia de la otra noche no ha vuelto a repetirse.

7:30 p. m. He llegado a la conclusión de que estamos gobernados por un loco. Ninguna otra cosa puede explicar las extraordinarias rarezas del capitán Craigie. Es una suerte haber llevado este diario de nuestra travesía, pues servirá para justificarnos en el caso de que tuviéramos que imponerle algún tipo de restricción, circunstancia que yo solo consentiría como último recurso. Lo curioso es que fue él mismo quien sugirió que el secreto de su extraña conducta era la locura y no una simple excentricidad. Hace una hora estaba en el puente, escudriñando como siempre el horizonte con su catalejo, mientras yo paseaba por la cubierta de popa. La mayoría de los hombres se encontraban abajo, cenando, pues de un tiempo a esta parte las guardias no se hacen con regularidad. Cansado de dar vueltas, me apoyé en la borda a contemplar el tenue resplandor que irradiaba el sol poniente sobre la inmensa banquisa que nos rodea. Una voz áspera me sacó bruscamente de la ensoñación en que me había sumido, y al volverme, con un sobresalto, vi que el capitán había salido a cubierta y estaba a mi lado. Observaba el hielo con una expresión en la que el horror, la sorpresa y algo cercano a la alegría pugnaban por prevalecer. A pesar del frío, le caían gruesas gotas de sudor por la frente y era evidente que estaba muy alterado. Sacudió las extremidades como si estuviera a punto de sufrir un ataque epiléptico y tensó las comisuras de los labios.

—¡Mire! —exclamó, cogiéndome de la muñeca pero sin apartar la vista del hielo, mientras movía la cabeza horizontalmente, como si siguiera la trayectoria de algún objeto que se desplazaba a lo lejos por su campo visual —. ¡Mire! ¡Allí, hombre, allí! ¡Entre los montículos! ¡Ahora está saliendo del que está más lejos! ¿La ve? ¡Tiene que verla! ¡Sigue ahí! Se me escapa, por Dios, se me escapa… ¡Se ha ido!

Pronunció las tres últimas palabras con un susurro de intensa agonía que nunca se borrará de mi memoria. Colgándose de los obenques, intentó subir a la mesa de guarnición con la esperanza de echar un último vistazo al objeto que se alejaba. Pero sus fuerzas no estuvieron a la altura del empeño y cayó de espaldas contra las claraboyas del comedor, donde quedó jadeante y exhausto. Estaba tan blanco que pensé que iba a perder el conocimiento, así que no perdí un instante en ayudarlo a bajar la escalera y tenderse en uno de los sofás del comedor. Le serví entonces un poco de *brandy*, que le acerqué a los labios y que operó un efecto prodigioso: le devolvió la sangre a las

mejillas y calmó el temblor de sus pobres extremidades. Se incorporó sobre un codo, echó un vistazo para comprobar que estábamos a solas y me indicó que me sentara a su lado.

—La ha visto, ¿verdad? —preguntó, en ese mismo tono de asombro contenido tan impropio de él.

—No, no he visto nada.

Volvió a hundir la cabeza en el brazo del sofá y empezó a murmurar:

—No, sin el catalejo no podía verla. No podía. Yo la he visto gracias al catalejo, y luego los ojos del amor… los ojos del amor. Por favor, doctor, ¡no deje que entre el camarero! Pensará que estoy loco. Haga el favor de cerrar el pestillo.

Me levanté para hacer lo que me pedía.

Estuvo un rato callado, como perdido en sus pensamientos, hasta que volvió a incorporarse sobre el codo y me pidió un poco más de *brandy*.

—Usted no cree que esté loco, ¿verdad, doctor? —preguntó mientras yo dejaba la botella en el pañol de popa—. Dígame, de hombre a hombre, ¿cree que estoy loco?

—Creo que tiene algo en la cabeza que le está alterando y haciendo mucho daño —contesté.

—¡Eso es, muchacho! —gritó, con los ojos chispeantes por los efectos del *brandy*—. Tengo muchas cosas en la cabeza, ¡muchas! Pero puedo determinar la latitud y la longitud, manejar el sextante y calcular mis logaritmos. No podría usted demostrar mi locura ante un tribunal, ¿o sí? —Era curioso verlo acostado y debatiendo fríamente la cuestión de su propia cordura.

—Puede que no —asentí—, pero sigo pensando que le conviene volver a casa lo antes posible y pasar una temporada tranquila.

—¿Volver a casa? —refunfuñó, con una mueca de desprecio—. Eso lo dice más por usted que por mí. Vivir con Flora… la preciosa Flora. ¿Las pesadillas son señal de locura?

—A veces —dije.

—¿Qué más? ¿Cuáles serían los primeros síntomas?

—Dolores de cabeza, ruidos en los oídos, destellos, delirios…

—¡Ah! ¿De qué tipo? —interrumpió—. ¿A qué llamaría usted delirio?

—Ver algo que no existe es un delirio.

—Pero ¡estaba ahí! —protestó para sus adentros—. ¡Estaba ahí! —Y, levantándose, retiró el pestillo y fue con paso lento e inseguro a su camarote, donde supe que se encerraría hasta la mañana siguiente. Da la impresión de que su sistema nervioso ha recibido una conmoción tremenda. Cada día me

resulta más misterioso, aunque me temo que la explicación que él mismo ha sugerido es acertada y que su razón está afectada. No creo que su conducta tenga nada que ver con la mala conciencia. Aunque esta sea la idea más generalizada entre los oficiales, y creo que también entre la tripulación, no he visto nada que la respalde. El capitán no parece un hombre culpable, sino un ser terriblemente maltratado por la fortuna, a quien debería considerarse un mártir y no un criminal.

El viento está rolando al sur esta noche. ¡Dios no quiera que nos cierre ese estrecho canal que es nuestra única vía de salvación! Varados como estamos en el filo de la principal banquisa ártica, o la «barrera», como la llaman los balleneros, cualquier viento del norte produce un agrietamiento en el hielo que nos permitiría escapar, mientras que el viento del sur arrastra las placas de hielo sueltas que tenemos detrás y nos encierra entre dos banquisas. ¡Dios no lo quiera!, insisto.

14 de septiembre. Domingo y día de descanso. Mis temores se han confirmado, y la fina franja de agua azul al sur ha desaparecido. Todo lo que nos rodea es un inmenso campo de hielo inmóvil, con sus extraños montículos y sus fantásticos pináculos. Hay en la llanura un aterrador silencio sepulcral. No se oye el chapoteo de las olas, el graznido de las gaviotas ni el chasquido de las velas: solo un profundo silencio universal en el que los murmullos de los marinos y el crujido de sus botas en la cubierta blanca y resplandeciente parece discordante y fuera de lugar. Nuestra única visita ha sido un zorro ártico, un animal raro en la banquisa aunque bastante común en tierra. No llegó a acercarse al barco, sino que nos inspeccionó desde lejos y huyó rápidamente por el hielo. Su comportamiento fue extraño, porque estos animales en general no saben nada del hombre y son curiosos por naturaleza, se confían tanto que es fácil capturarlos. Por increíble que parezca, incluso este incidente menor ha causado un efecto negativo en la tripulación. «¡Esa pobre bestia sabe más y ve mejor que tú y que yo!», fue el comentario de uno de los arponeros principales, y los demás asintieron con la cabeza. Es inútil discutir una superstición tan pueril. Se han convencido de que una maldición ha caído sobre el barco y nada les quitará la idea de la cabeza.

El capitán ha pasado todo el día recluido, menos media hora por la tarde que salió a la amura. Observé que no apartaba los ojos del punto en el que apareció su visión de ayer, y le faltó muy poco para tener otro ataque, pero no llegó a producirse. Parecía no verme, a pesar de que estaba muy cerca de él. El jefe de máquinas ofició como de costumbre el servicio religioso. Es curioso que, en los balleneros, el Libro de Oración Común de la Iglesia de

Inglaterra se lea a todas horas, aunque nunca haya un solo miembro de esa Iglesia entre los oficiales o la tripulación. Nuestros hombres son católicos o presbiterianos, mayoritariamente lo primero. Como la liturgia les es ajena a todos, nadie puede quejarse de que se favorezca a unos sobre otros, y, viendo el interés y la devoción con que escuchan, parece que el método es recomendable.

Una puesta de sol gloriosa ha convertido la banquisa en un lago de sangre. Nunca he visto nada más hermoso y chocante al mismo tiempo. El viento está rolando. Si sigue soplando del norte otras veinticuatro horas, todo irá bien.

15 de septiembre. Hoy es el cumpleaños de Flora. ¡Mi querida Flora! Es una suerte que no pueda ver a su niño, como ella me llamaba, encerrado en estos campos de hielo con un capitán loco y provisiones para unas pocas semanas. Seguro que mira de arriba abajo la lista de embarques del Scotsman todas las mañanas para ver si hay alguna noticia de nosotros desde las Shetland. Tengo que dar ejemplo a los hombres y mostrarme alegre y despreocupado, aunque Dios sabe que a veces me asalta la pesadumbre.

El termómetro marca siete grados bajo cero. Apenas sopla el viento y cuando sopla no viene de una dirección propicia. El capitán está de un humor espléndido. Creo que se imagina, pobrecillo, que ha vuelto a ver un augurio o una visión esta noche, porque entró en mi camarote a primera hora de la mañana, se inclinó sobre mi litera y susurró: «No era un delirio, doctor. ¡No me pasa nada!». Después del desayuno me pidió que averiguase cuánta comida quedaba, y me encargué de hacerlo con el segundo oficial. Es todavía menos de lo que esperábamos. En proa tienen medio tanque de galletas, tres barriles de carne en salazón y unas reservas muy escasas de granos de café y azúcar. A popa y en los pañoles hay lujos en abundancia, como salmón en lata, sopas, cordero con nabos y más cosas, pero durarán muy poco para cincuenta personas. En el almacén hay dos barriles de harina y tabaco sin límites. En conjunto tenemos lo justo para subsistir con medias raciones unos dieciocho o veinte días, más seguro que no. Cuando dimos parte de la situación al capitán, ordenó que reuniéramos a la tripulación en cubierta y se dirigió a sus hombres desde la amura. Nunca lo he visto más imponente: alto, fornido y con un gesto animado en la tez morena, parecía nacido para ostentar el mando y expuso la situación con la frialdad de un marino que, aun consciente del peligro, está atento a cualquier posibilidad de escapar de él.

—Muchachos —dijo—, seguramente pensáis que yo os he puesto en este apuro, si es que se trata de un apuro, y puede que algunos estéis resentidos conmigo. Sin embargo, tenéis que recordar que, durante muchos años, ningún

barco ha vuelto a casa con tanto dinero en aceite de ballena como el Polestar, y todos habéis recibido vuestra parte. Podéis dejar a vuestras mujeres en casa cómodamente, mientras que otros pobres hombres las encuentran viviendo de la caridad de la Iglesia cuando vuelven. Si tenéis que darme las gracias por lo uno, también tenéis que dármelas por lo otro, y podemos decir que estamos en paz. Hemos salido airosos de otras aventuras audaces, y, si esta vez no lo conseguimos, no tenemos motivos para lamentarnos. En el peor de los casos, podemos alcanzar tierra por el hielo y subsistir con carne de foca hasta la primavera. Pero no llegaremos a eso, porque veréis la costa de Escocia antes de tres semanas. De momento, tenemos que conformarnos con medias raciones, repartidas por igual, sin favoritismo para nadie. Animaos y superaréis esto como habéis superado otros muchos peligros.

Las sencillas palabras del capitán tuvieron una influencia asombrosa en los hombres. Se olvidaron de su hostilidad, y el viejo arponero al que ya me he referido por su superstición lideró los vítores a los que todos se sumaron efusivamente.

16 de septiembre. El viento ha rolado al norte a lo largo de la noche y el hielo empieza a dar señales de abrirse. Los hombres están de buen humor, pese a la escasez que se les ha impuesto. En la sala de máquinas han abierto las válvulas de vapor, para no retrasarnos si se presenta la oportunidad de escapar. El capitán está exultante, aunque sigue teniendo esa extraña expresión de «condenado a muerte» que ya he señalado. Su alegría me desconcierta más que su pesimismo anterior. No lo entiendo. Creo que en un pasaje anterior de este diario he dicho que una de sus rarezas es que nunca permite a nadie entrar en su camarote, sino que insiste en hacerse la cama y en encargarse de todas las demás tareas domésticas personalmente. Para mi sorpresa, hoy me ha dado la llave y me ha pedido que bajase y calculara el tiempo con su cronómetro mientras él medía la altitud del sol a mediodía. Es un camarote pequeño y sobrio, con un lavamanos y unos cuantos libros, sin muchos más lujos aparte de algunos cuadros en las paredes. La mayoría de los cuadros son cromolitografías baratas, pero había una acuarela que me ha llamado la atención: el busto de una joven. Estaba claro que se trataba de un retrato, y no de la clásica belleza femenina que gusta especialmente a los marinos. Ningún artista habría podido crear a partir de su imaginación una mezcla tan curiosa de fortaleza y debilidad. Los ojos lánguidos y soñadores, con las pestañas caídas y la frente amplia y baja, libre de ideas o de preocupación, contrastaban vivamente con el corte limpio de la mandíbula firme y el rictus de determinación del labio superior. Debajo, en una de las

esquinas, decía: «M. B. 19 años». Que en el breve lapso de diecinueve años de vida pueda alguien desarrollar una fuerza de voluntad como la que vi impresa en aquellas facciones me resultó entonces casi increíble. Debía de ser una mujer extraordinaria. Sus rasgos me fascinaron tanto, a pesar de que apenas los vi unos momentos, que de ser yo dibujante podría reproducirlos línea a línea en esta página de mi diario. No sé qué habrá significado esta muchacha en la vida de nuestro capitán. Ha colgado su retrato a los pies de la cama, para poder mirarla continuamente. Si no fuera un hombre tan reservado, le haría alguna observación. Entre las demás cosas de su camarote no había nada digno de reseñar: casacas de uniforme, un taburete de campaña, un espejo pequeño, una caja de tabaco y muchas pipas, entre ellas un narguile oriental que, por cierto, da color a la historia del señor Milne sobre la participación de Craigie en la guerra, aunque la relación puede ser remota.

11:20 p. m. El capitán acaba de acostarse después de una larga e interesante conversación sobre temas generales. Cuando quiere puede ser un compañero fascinante, extraordinariamente culto y capaz de formular sus opiniones con contundencia sin parecer dogmático. No soporto que nadie me pise intelectualmente. Me ha hablado de la naturaleza del alma, esbozando las visiones de Aristóteles y Platón sobre este asunto de un modo magistral. Parece que siente inclinación por la metempsicosis y la doctrina de Pitágoras. A lo largo del debate, hicimos referencia al espiritismo moderno, y yo me permití una alusión jocosa a la impostura de Slade[77], a lo que él, para mi sorpresa, me advirtió de una manera impresionante de que no confundiera la inocencia con la culpabilidad y argumentó que sería lógico calificar el cristianismo de error, porque Judas, que profesaba esta religión, era un villano. Poco después me dio las buenas noches y se retiró a su camarote.

El viento está refrescando y sopla del norte sin interrupción. Las noches son ahora tan oscuras como en Inglaterra. Tengo la esperanza de que mañana nos veamos libres de estos grilletes de hielo.

17 de septiembre. Duendes otra vez. ¡Gracias a Dios que tengo los nervios fuertes! La superstición de estos pobres hombres, y las descripciones tan detalladas que ofrecen, con la máxima seriedad y convicción, aterrarían a cualquiera que no conozca sus costumbres. Circulan muchas versiones del caso pero en general todas ellas se reducen a que algo asombroso ha estado revoloteando alrededor del barco toda la noche, y a que Sandie M’Donald de Peterhead y Peter Williamson de las Shetland, apodado el Largo, lo han visto, y también lo vio el señor Milne desde el puente; por tanto hay tres testigos que pueden defenderlo mejor que el segundo oficial. He hablado con Milne

después del desayuno y le he dicho que, como oficial, tendría que estar por encima de esas tonterías y dar mejor ejemplo a la tripulación. Negó con la cabeza y vi en su cara curtida un gesto que no presagiaba nada bueno, pero contestó con su característica cautela: «Tal vez sí o tal vez no, doctor. Yo no lo llamaría un fantasma. No puedo decir que me enorgullezca de creer en los duendes del mar y esas cosas, aunque muchos aseguran haberlos visto; eso y cosas aún peores. No me asusto fácilmente, pero es probable que a usted también se le helara un poco la sangre si en vez de venir a preguntarme a la luz del día hubiera estado conmigo anoche y hubiera visto esa cosa horrible, blanca y truculenta, tan pronto aquí como allá, llamando en la oscuridad como un corderillo que ha perdido a su madre. Creo que no diría usted tan a la ligera que eso son cuentos de viejas». Era inútil razonar con él, así que me contenté con pedirle, como un favor personal, que me avisara la próxima vez que apareciese el espectro, a lo que Milne accedió entre ardientes exclamaciones con las que manifestaba el deseo de que dicha oportunidad no llegara a presentarse nunca.

Tal como esperaba, el desierto blanco que teníamos detrás se ha quebrado en multitud de finas vetas de agua entrecruzadas en todas las direcciones. Nuestra latitud es hoy 80° 52′ norte, lo que indica que una fuerte corriente del sur recorre la banquisa. Si el viento sigue siendo favorable, el hielo se romperá a la misma velocidad a la que se formó. Por ahora no podemos hacer nada más que fumar, esperar y confiar en que todo salga bien. Me estoy convirtiendo en un fatalista por momentos. Ante factores tan imprevisibles como el viento y el hielo, es imposible ser otra cosa. Tal vez fuera el viento y la arena de los desiertos de Arabia lo que infundió en el ánimo de los primeros seguidores de Mahoma la tendencia a plegarse a la voluntad de Alá.

Estas alarmantes apariciones son muy perjudiciales para el capitán. Por temor a que alteren sus nervios delicados, he tratado de ocultarle por todos los medios la absurda historia, pero lamentablemente ha oído un comentario de alguno de los hombres y ha exigido que se le informe. Como me temía, el incidente ha acentuado y desatado su locura latente. Me cuesta creer que sea la misma persona que en nuestra conversación filosófica de anoche manifestó la mayor perspicacia crítica y el juicio más sereno. Está dando vueltas por la amura como un tigre enjaulado, parándose de vez en cuando para tender los brazos con un gesto de anhelo y observar el hielo lleno de impaciencia. No para de farfullar consigo mismo y una vez ha dicho en voz alta: «Muy poco tiempo, amor… ¡muy poco tiempo!». Es triste ver a un marino tan valiente y un caballero consumado reducido a tal extremo y pensar que la imaginación y

el delirio puedan acobardar a un espíritu para el que el peligro más grave no era sino la sal de la vida. ¿Se habrá visto alguna vez un hombre en una posición como la mía, atrapado entre un capitán demente y una tripulación que ve fantasmas? A veces creo que soy el único cuerdo en el barco, aparte del segundo de máquinas, quizá, que es bastante meditabundo y no se inmuta lo más mínimo ni por todos los demonios del mar Rojo mientras lo dejen en paz y no le desordenen sus herramientas.

El hielo se está abriendo muy deprisa, y es muy probable que podamos zarpar. Cuando cuente en casa las cosas tan extrañas que me han ocurrido, pensarán que me las invento.

12 p. m. Me he asustado mucho, aunque empiezo a tranquilizarme gracias a un buen vaso de *brandy*. De todos modos, sigo sin ser yo mismo, como atestiguará mi letra temblorosa. Lo cierto es que he tenido una experiencia insólita y empiezo a dudar de mis motivos para tildar de locos a todos los hombres de a bordo por afirmar que han visto cosas que a mi entendimiento no le parecían razonables. ¡Bah! Soy tonto si permito que una nimiedad me afecte tanto; sin embargo, después de tantas alarmas, el incidente tiene un significado adicional, pues no puedo dudar del relato del señor Manson y tampoco del del contramaestre ahora que he experimentado eso que antes era el blanco de mis burlas.

En realidad no ha sido demasiado alarmante: un simple ruido; nada más. No espero que quien lea estas líneas, si es que alguien llega a leerlas, simpatice con mis sentimientos o comprenda la impresión que me ha causado en su momento. Habíamos terminado de cenar, y salí a cubierta a fumar una pipa tranquilamente antes de retirarme. La noche era muy oscura, tanto que, desde debajo del bote colgado de la aleta, no veía al oficial en el puente. Creo que ya he hablado del prodigioso silencio que reina en estos mares helados. En otras regiones del mundo, aunque puedan ser igual de yermas, siempre hay una ligera vibración en el aire, un zumbido leve, ya sea de los hombres que merodean a lo lejos, de las hojas de los árboles o de las alas de los pájaros, incluso del suave rumor de la hierba que cubre el terreno. Es posible no oír el ruido propiamente y, aun así, echarlo de menos si desaparece. Solamente aquí, en estos mares árticos, esa quietud inconmensurable y severa se impone en toda su cruda realidad. Uno se sorprende forzando el tímpano para captar algún murmullo y deteniéndose a escuchar ávidamente cualquier ruido accidental dentro del barco. En semejante estado me encontraba, acodado en la borda, cuando del hielo, casi justo a mis pies, me llegó un grito fuerte y estridente en el aire callado de la noche, que, según me pareció, arrancaba con

una nota tan aguda como jamás haya dado la mejor *prima donna* y aumentaba poco a poco hasta culminar en un largo gemido de agonía que bien podía ser el lamento de un alma en pena. El horrendo alarido aún sigue resonando en mis oídos. Dolor, un dolor inenarrable era lo que parecía expresar, y también un anhelo profundo, mezclado al mismo tiempo con una insinuación de euforia ocasional. A pesar de que sonó justo a mi lado, no conseguí ver nada por más que escudriñé la oscuridad. Esperé un rato, pero el ruido no volvió a repetirse y bajé al camarote temblando como nunca en la vida. En la escalera me encontré con el señor Milne, que subía a hacer el relevo en la guardia. «Bueno, doctor. ¿Son cuentos de viejas? ¿No ha oído esos gritos? ¿Puede ser una superstición? ¿Qué piensa ahora?». Me vi en la obligación de disculparme con aquel hombre honrado y de admitir que estaba tan desconcertado como él. Quizá mañana vea las cosas de otra manera. Ahora mismo, casi no me atrevo a escribir todo lo que pienso. Cuando relea lo escrito dentro de unos días, libre de estas impresiones, me despreciaré por haber sido tan débil.

18 de septiembre. He pasado la noche inquieto y preocupado, obsesionado todavía por ese ruido extraño. El capitán tampoco tiene cara de haber descansado mucho, porque está demacrado y con los ojos inyectados de sangre. No le he hablado de mi aventura y no tengo intención de hacerlo. Está muy intranquilo y alterado: se levanta, se sienta, como si no pudiera estarse quieto.

Esta mañana se ha abierto una buena grieta en la banquisa, tal como esperaba, y hemos podido levar el ancla y navegar unas doce millas en dirección suroeste-oeste. Luego tuvimos que detenernos al encontrar un bloque de hielo tan grande como todos los que hemos dejado atrás. Nos cierra el paso por completo, así que no podemos hacer nada más que fondear de nuevo y esperar a que se rompa, cosa que ocurrirá probablemente en cuestión de veinticuatro horas si el viento no cambia. Han visto nadando en el agua varias focas capuchinas y han arponeado a una, un ejemplar enorme, de más de tres metros de largo. Estos animales son agresivos y belicosos, y dicen que están más que a la altura de los osos. Por fortuna, son lentos y torpes en sus movimientos fuera del agua, y no hay peligro de que ataquen en el hielo.

Es evidente que el capitán no cree que nuestras dificultades hayan terminado, aunque no alcanzo a entender por qué tiene una visión tan pesimista cuando a bordo todos piensan que nuestra fuga ha sido un milagro y ahora están seguros de que llegaremos a mar abierto.

—Supongo que cree que nuestras complicaciones han terminado, doctor —me dijo después de cenar.

—Eso espero —contesté.

—No podemos confiarnos demasiado, aunque seguro que tiene usted razón. Pronto estaremos en brazos de nuestros familiares y amigos, ¿verdad, muchacho? Pero no podemos confiarnos demasiado… no podemos confiarnos demasiado. —Se quedó un rato callado, balanceando una pierna adelante y atrás—. Verá —añadió—. Este sitio es peligroso, incluso en su mejor momento: es un sitio peligroso y traicionero. Sé de hombres que se han visto aislados de repente en estos mares. A veces basta un desliz, un simple desliz, para caer por una grieta y que solamente una burbuja en el agua verde indique dónde te has ido a pique. Es una cosa rara —continuó con una risa nerviosa— pero en todos los años que llevo viniendo a esta región jamás se me ha pasado por la cabeza hacer testamento… No es que tenga algo que dejar en particular pero, de todas formas, cuando un hombre se expone al peligro debe tener sus asuntos en orden, ¿no cree?

—Por supuesto —asentí, sin la menor idea de adónde quería llegar.

—Uno se siente mejor cuando sabe que todo está ordenado —siguió diciendo—. Si me ocurriera algo, espero que usted se ocupe de mis cosas. Hay muy poco en el camarote, pero me gustaría que todo se vendiera y que el dinero se repartiera entre la tripulación en la misma proporción que las ganancias de nuestras capturas. El cronómetro me gustaría que se lo quedara usted, como pequeño recuerdo de nuestro viaje. Naturalmente, todo esto es una mera precaución, pero quería tener la oportunidad de decírselo. ¿Puedo confiar en usted en caso de necesidad?

—Eso está fuera de toda duda —dije—; y, ya que da usted este paso, yo también quisiera…

—¡Usted! ¡Usted! —me interrumpió—. Usted está perfectamente. ¿Qué demonios le pasa? Mire, no pretendo ser un cascarrabias pero no me gusta oír a un joven que apenas ha empezado a vivir especulando sobre la muerte. Suba a cubierta a respirar un poco de aire fresco en vez de quedarse en el camarote diciendo tonterías y animándome a hacer lo mismo.

Cuanto más pienso en esta conversación, menos me gusta. ¿Por qué quiere el capitán poner en orden sus asuntos justo cuando parece que salimos del peligro? Tiene que haber algún método en su locura. ¿Es posible que esté acariciando la idea de quitarse la vida? Recuerdo que en cierta ocasión habló con profundo respeto de un delito tan atroz como el suicidio. Voy a vigilarlo

atentamente y, aunque no pueda inmiscuirme en la intimidad de su camarote, insistiré al menos en que pase la mayor parte del tiempo en cubierta.

El señor Milne se ha reído de mis temores y dice que solo son «cosas del patrón». Él ve las cosas color de rosa. Según me ha dicho, pasado mañana estaremos fuera del hielo, dos días más tarde habremos dejado atrás Jan Meyen y en menos de una semana avistaremos las Shetland. Confío en que no peque de exceso de optimismo. Su opinión puede ser un buen contrapeso a las lúgubres precauciones del capitán, porque Milne es un viejo marino, un veterano, y sopesa sus palabras antes de pronunciarlas.

La inminente catástrofe ha ocurrido por fin. Casi no sé cómo contarlo. El capitán ha desaparecido. Es posible que volvamos a verlo con vida, aunque me temo… Me temo lo peor. Ahora mismo son las siete de la mañana del día 19 de septiembre. Me he pasado la noche recorriendo el gigantesco bloque de hielo que tenemos delante con un grupo de marinos, sin perder la esperanza de encontrar algún rastro de Craigie, pero ha sido inútil. Intentaré explicar las circunstancias que envuelven su desaparición. Si alguien llega a leer estas palabras, confío en que tenga presente que no escribo de oídas, y tampoco me baso en conjeturas, sino que, como hombre culto y en su sano juicio, consigno aquí fielmente lo que vi con mis propios ojos. Aun cuando mis conclusiones sean subjetivas, respondo de la veracidad de los hechos.

El capitán seguía de un humor espléndido desde que tuvimos esa conversación de la que he dejado constancia. Aun así, se le notaba impaciente y nervioso: cambiaba de postura con frecuencia y hacía con los brazos esa absurda coreografía que a veces le es característica. En el intervalo de un cuarto de hora subimos a cubierta siete veces y bajamos de nuevo precipitadamente después de dar apenas unos pasos. No me separé de él en ningún momento, pues tenía un gesto que me ratificó en la intención de no perderlo de vista. Tuve la sensación de que era consciente del efecto que causaban sus idas y venidas, porque mostraba una hilaridad desmedida y reía a carcajadas la broma más insignificante para aplacar mis temores.

Después de cenar salió a popa una vez más, y yo con él. La noche era oscura y muy silenciosa, aparte del gemido melancólico del viento entre los palos. Un nubarrón se acercaba desde el noroeste, y los jirones que lanzaba hacia nosotros como tentáculos velaban la faz de la luna, que solo asomaba de vez en cuando a través de una grieta en la nube. El capitán iba de un lado a otro con paso vivo y luego, al ver que yo seguía pisándole los talones, se

acercó a mí y me insinuó que estaría mejor en mi camarote, cosa que, no hace falta decirlo, reforzó mi determinación de no abandonar la cubierta.

Creo que después de esto se olvidó de mí, porque se quedó en silencio, apoyado en el pasamanos, examinando el gran desierto de nieve oscuro en algunas zonas y vagamente iluminado en otras por la luna. Varias veces noté, por sus movimientos, que miraba el reloj, y en una ocasión murmuró una frase breve, de la que únicamente entendí la palabra «dispuesto». Confieso haber sentido un escalofrío mientras contemplaba su imponente figura envuelta en la oscuridad con una actitud que se correspondía totalmente con la de un hombre que acude a una cita. ¿A una cita con quién? Una vaga impresión empezaba a cobrar forma en mis pensamientos mientras reconstruía diversos incidentes, pero no estaba en modo alguno preparado para las consecuencias. La súbita tensión que cobró su postura me llevó a pensar que había visto algo. Me acerqué por detrás, sin hacer ruido. Con un gesto de impaciente intriga, el capitán observaba algo semejante a un jirón de niebla que se desplazaba rápidamente en paralelo al barco. Era un cuerpo oscuro y nebuloso, desprovisto de forma, unas veces más claro y otras menos, según le diera la luz. Un finísimo dosel de nubes, como la piel de una anémona, atenuaba el brillo de la luna en ese momento.

—Acércate, muchacha, acércate —dijo el capitán, con una ternura y una compasión inconmensurables, como quien agradece a alguna persona querida un favor largamente esperado y tan grato de conceder como de recibir.

Lo que vino a continuación sucedió en un instante. No tuve posibilidad de intervenir. Craigie subió de un salto a la mesa de guarnición y de otro bajó al hielo, aterrizando casi a los pies de la figura nebulosa y pálida. Alargó las manos, como si quisiera cogerla, y echó a correr en la oscuridad con los brazos tendidos, murmurando palabras de amor. Rígido e inmóvil, seguí atentamente el movimiento de su silueta a la fuga hasta que su voz se perdió en la distancia. Pensé que no volvería a verlo pero justo en ese momento un vivo rayo de luna asomó por una rendija en el cielo nublado e iluminó la inmensa banquisa. Entonces vi su oscura figura, muy lejos ya, cruzando la llanura helada a una velocidad prodigiosa. Fue la última imagen que tuvimos de él, puede la última que tengamos nunca. Se organizó una batida para seguirlo, y me sumé al grupo, pero los hombres no pusieron demasiado empeño en la tarea y no lo encontramos. Se formaría otro grupo unas horas más tarde. Mientras escribo estas líneas, me cuesta creer que no haya sido un sueño, o una pesadilla atroz.

7:30 a. m. Acabo de llegar, reventado y exhausto de una segunda búsqueda infructuosa del capitán. El bloque de hielo tiene una extensión enorme, pues hemos recorrido más de treinta kilómetros sin ver señales de que termine en algún punto. Las heladas han sido tan fuertes últimamente que la capa de nieve superficial está congelada y dura como el granito y por eso nos ha sido imposible rastrear las huellas. La tripulación está impaciente por soltar amarras, rodear la banquisa y poner rumbo al sur, porque el hielo se ha abierto a lo largo de la noche y se vislumbra el mar en el horizonte. Dicen que el capitán sin duda ha muerto, y que estamos arriesgando la vida inútilmente quedándonos aquí mientras tenemos la oportunidad de irnos. Nos ha costado mucho, al señor Milne y a mí, convencer a los hombres de esperar hasta mañana por la noche, y nos hemos visto impelidos a prometer que bajo ningún concepto aplazaremos la salida por más tiempo. Así, hemos propuesto dormir un par de horas y emprender después una búsqueda final.

20 de septiembre al atardecer. Atravesé el hielo esta mañana con un grupo de hombres para peinar la zona sur de la banquisa mientras el señor Milne buscaba por el norte. Recorrimos quince o veinte kilómetros sin ver más señal de vida que un pájaro solitario que aleteaba a mucha altura y que, a juzgar por su manera de volar, yo habría dicho que era un halcón. El extremo sur de la banquisa se estrechaba a lo lejos en una punta larga que llegaba hasta el mar. Al llegar a la base de este promontorio, los hombres se detuvieron, pero les pedí que continuáramos hasta el final, para quedarnos con la satisfacción de no haber desaprovechado ninguna oportunidad.

No habíamos avanzado cien metros cuando M'Donald de Peterhead gritó que veía algo delante y echó a correr. Todos lo vimos y salimos tras él. Al principio no era más que una vaga oscuridad perfilada contra el fondo del hielo blanco pero a medida que nos acercábamos cobró la forma de un hombre y finalmente la del hombre al que buscábamos. Estaba tendido de bruces sobre la orilla helada. Un montón de cristales de hielo y penachos de nieve se habían acumulado sobre su cuerpo y centelleaban en su oscura chaqueta de marinero. Cuando ya llegábamos a él, una ráfaga de viento extraviada atrapó los minúsculos copos en un vórtice, formando un remolino ascendente que no tardó en debilitarse, hasta que otra corriente volvió a atraparlos y se los llevó enseguida hacia el mar. A mí me pareció una simple nube de nieve dispersada, pero muchos de mis compañeros aseguraron que cobró la forma de una mujer, que se inclinó sobre el cadáver, lo besó y se escabulló a toda prisa por la llanura de hielo. He aprendido a no ridiculizar nunca una opinión, por extraña que parezca. Es indudable que el capitán

Nicholas Craigie no ha tenido un final doloroso, pues había en su rostro azulado y contraído una sonrisa radiante, y las manos seguían tendidas, como sujetando la extraña presencia que lo había llamado y atraído hasta el mundo de penumbra que se encuentra al otro lado de la sepultura.

Lo enterramos esa misma tarde, envuelto en la enseña del barco, y atamos a sus pies una bala de cañón de quince kilos. Oficié el funeral rodeado de rudos marineros que lloraban como niños, pues muchos estaban en deuda con su generoso capitán y le mostraban ahora el afecto que, por sus rarezas, le habían negado en vida. Cayó por la borda con un chapoteo tenue y triste, y, al mirar el agua verde, lo vi hundirse poco a poco, hasta convertirse en un retal de tela blanco y parpadeante colgado de los bordes de la oscuridad eterna. Luego, hasta eso se desvaneció definitivamente. Ahí yacerá, con su secreto, sus penas y su misterio sepultados todavía en su pecho, hasta el gran día en que el mar devuelva su cadáver y Nicholas Craigie resurja del hielo con una sonrisa en los labios y los brazos rígidos tendidos en un gesto de acogida. Rezo por que su suerte en esa otra vida sea más feliz de lo que ha sido en esta.

No voy a continuar este diario. Nuestro camino a casa se extiende ante nosotros cierto y claro, y la inmensa llanura de hielo pronto será un recuerdo del pasado. Pasará algún tiempo hasta que consiga recuperarme de la impresión que me han causado los recientes acontecimientos. Cuando empecé esta crónica de nuestro viaje, poco me detuve a pensar cómo me vería obligado a terminarla. Escribo estas últimas palabras en el camarote solitario, sobresaltándome a veces todavía e imaginando que oigo los pasos rápidos y nerviosos del hombre muerto en cubierta, encima de mí. Entré en su camarote esta noche, como era mi deber, para hacer una lista de sus efectos personales e incorporarla al diario de navegación. Todo estaba como el día de mi visita anterior, menos el retrato que describí colgado a los pies de la cama del capitán, que alguien había cortado del marco, como a cuchillo, y había desaparecido. Con este último eslabón de una extraña cadena de pruebas, cierro mi diario del viaje del Polestar.

> [Nota del doctor John M’Alister Ray, padre. He leído los extraños acontecimientos relacionados con la muerte del capitán del Polestar narrados por mi hijo en su diario. Tengo no solo plena confianza en que todo ocurrió exactamente tal como se describe, sino también la más indiscutible certeza, pues sé bien que mi hijo es un hombre de escasa imaginación y nervios firmes que guarda el más estricto respeto por la verdad. Aun así, la narración es tan improbable y vaga que hace ya mucho tiempo me opuse a su publicación. Sin embargo, en los últimos

días he recibido un testimonio independiente que viene a dar un cariz nuevo a los hechos. Iba yo corriendo a Edimburgo para asistir a una reunión de la Asociación Médica Británica cuando me encontré por casualidad con el doctor P., un antiguo amigo de la universidad que ahora ejerce en Saltash, en Devonshire. Al hablarle de esta experiencia de mi hijo, manifestó que conocía al capitán y procedió, con no poco asombro de mi parte, a ofrecerme una descripción de él que encajaba notablemente bien con la dada en el diario, a excepción de que mi amigo lo retrataba como un hombre más joven. Según me contó, había estado prometido con una joven de excepcional belleza que vivía en la costa de Cornualles. Durante uno de sus viajes por mar, su prometida murió en circunstancias pavorosas].

EL DISPARO GANADOR

(1883)

> AVISO. Por la presente se alerta al público sobre un hombre que se hace llamar Octavius Gaster. Se le reconoce por su alta estatura, el pelo muy rubio y una profunda cicatriz en la mejilla izquierda que se extiende desde el ojo hasta el ángulo de la boca. Su predilección por los colores vivos —pañuelos verdes y cosas similares— puede contribuir a identificarlo. Se detecta en su habla un leve acento extranjero. Este individuo está fuera del alcance de la ley pero es más peligroso que un perro rabioso. Huyan de él como huirían de la peste que llega a mediodía[78]. Cualquier información sobre su paradero será agradecida por A. C. U., Lincoln's Inn, Londres.

Lo anterior es copia de un anuncio que muchos lectores probablemente han visto en las columnas de los periódicos matinales de Londres en los primeros meses del presente año. Ha suscitado, creo, considerable curiosidad en determinados círculos y se han hecho numerosas conjeturas sobre la identidad de Octavius Gaster y la naturaleza de las acusaciones formuladas contra él. Si señalo que el «aviso» fue publicado por mi hermano mayor, Arthur Cooper Underwood, abogado, en representación mía, se reconocerá que soy la persona más indicada para ofrecer una explicación veraz.

Hasta este momento, el horror y la vaguedad de mis sospechas, sumadas al dolor por la pérdida de mi amor en vísperas de nuestra boda, me han impedido revelar los acontecimientos del pasado mes de agosto a nadie más que a mi hermano.

Ahora, sin embargo, al volver la vista atrás, puedo encajar muchos detalles entonces casi inadvertidos que componen una cadena de pruebas que, si bien no servirían de nada ante un tribunal, pueden ser de algún interés para la opinión pública.

Me dispongo por tanto a relatar, sin exageración ni prejuicios, todo lo que ocurrió desde el día en que este individuo, Octavius Gaster, apareció en Toynby Hall hasta el día de la gran competición de tiro. Sé que muchos siempre ridiculizan lo sobrenatural, o lo que nuestra limitada inteligencia

decide considerar sobrenatural, y sé que el hecho de que yo sea una mujer vendrá a debilitar las pruebas que presento. Solo puedo alegar que nunca he sido impresionable o débil de carácter, y que otras personas se formaron la misma opinión que yo de Octavius Gaster.

Pasemos al relato.

Estábamos pasando las vacaciones con el coronel Pillar en su casa de Roborough, en el agradable condado de Devon. Yo llevaba unos meses prometida con Charley, su hijo mayor, y esperábamos que la boda se celebrara antes del final de las largas vacaciones de verano.

A Charley se le tenía por un buen partido, a la vista de su posición social, y en todo caso era lo suficientemente rico para ser casi independiente económicamente, mientras que yo ni mucho menos estaba en la miseria.

El viejo coronel estaba encantado con la perspectiva de nuestra unión, y mi madre lo mismo. Así, mirásemos por donde mirásemos, ninguna nube acechaba nuestro horizonte.

No es extraño por tanto que aquel agosto fuera tan feliz. Hasta el más miserable ser humano habría olvidado sus penas bajo la jovial influencia de la alegre compañía de Toynby Hall.

Allí estaba el teniente Daseby, «Jack», como todos lo llamaban, recién llegado de Japón en el Shark —uno de los buques de la flota de su majestad —, que tenía la misma emocionante relación con Fanny Pillar, la hermana de Charley, que Charley conmigo, y por tanto podíamos brindarnos mutuamente cierto apoyo moral.

También estaba Harry, el hermano menor de Charley, y Trevor, su amigo del alma de Cambridge.

Y además estaba mi madre, la mujer más cariñosa del mundo, que nos miraba radiante de felicidad con sus lentes de montura dorada, empeñada en allanar la más mínima dificultad que se interpusiera en el camino de las dos jóvenes parejas y sin cansarse nunca de detallar sus propias dudas, temores y perplejidades cuando aquel muchacho alegre, el señor Nicholas Underwood, vino a cortejar a las provincias y renunció a los clubes de Crockford y Tattersall[79] por la hija del párroco de la comarca.

No puedo olvidar, naturalmente, al valiente y viejo guerrero que era nuestro anfitrión, con sus bromas añejas, su gota y su inofensiva afectación de fiereza.

—No sé qué le pasa al jefe últimamente —decía Charley a menudo—. No ha maldecido ni una sola vez a la Administración Liberal desde que estás tú

aquí, Lottie; y creo que, a menos que un buen golpe lo impida, esa cuestión de Irlanda[80] le hará enfermar y acabará con él.

Es posible que en la intimidad de sus habitaciones el veterano se resarciera de la abnegación que demostraba a lo largo del día.

Parecía haberme tomado un cariño especial y me lo manifestaba con cientos de pequeñas atenciones.

—Es usted una buena chica —dijo una noche, con un susurro afectado por el vino de Oporto—. Charley es un tipo con suerte, ¡pardiez!, y tiene mejor juicio de lo que me imaginaba. Recuerde lo que le digo, señorita Underwood: ¡ya verá cómo ese joven caballero no es tan tonto como parece!

Con este equívoco cumplido, el coronel se cubrió solemnemente el rostro con su pañuelo y se retiró al país de los sueños.

¡Qué bien recuerdo el día en el que comenzaron todas nuestras desgracias!

Habíamos terminado de cenar y estábamos en el salón, con las ventanas abiertas a la templada brisa del sur.

Mi madre estaba sentada en el rincón, atareada con un bordado, susurrando de vez en cuando algún lugar común que a la pobrecilla le parecía un comentario de lo más original y exclusivamente basado en sus experiencias personales.

Fanny y el joven teniente se habían acurrucado en el sofá como dos tortolitos mientras Charley iba de un lado a otro con inquietud.

Yo estaba sentada al lado de la ventana, contemplando con ojos soñadores el desolado páramo de Dartmoor, tendido hasta el horizonte, rojizo y bañado en fulgor por la luz del sol poniente, excepto allí donde un peñasco escarpado se recortaba en llamativo relieve contra el fondo escarlata.

—Me parece una vergüenza desperdiciar un atardecer como este —dijo Charley, acercándose a la ventana.

—¡Al demonio el atardecer! —contestó Jack Daseby—. Siempre estás victimizándote por el tiempo que hace. Fan y yo no vamos a movernos de este sofá, ¿verdad que no, Fan?

La joven proclamó su intención de seguir anidando entre los almohadones y miró a su hermano con gesto desafiante.

—Besuquearse es desmoralizante, ¿no crees, Lottie? —dijo Charley, apelando a mí en broma.

—Escandalosamente —asentí.

—Me acuerdo de cuando Daseby era el joven más activo de Devon, y ¡míralo ahora! ¡Fanny, Fanny, tú tienes mucha culpa de eso!

—No le hagas caso, querida —dijo mi madre desde su rincón—. La experiencia me ha enseñado que la moderación es muy recomendable para la gente joven. Mi pobre Nicholas también lo creía. Nunca se iba a la cama sin dar un salto de la longitud de la alfombra de la chimenea. Yo le decía que era peligroso, pero él lo hacía de todos modos, hasta que una noche se cayó contra el guardafuegos y se rompió un músculo de la pierna que lo dejó cojo hasta el día de su muerte, porque el doctor Pearson lo confundió con una fractura del hueso y se lo entablilló, y se le agarrotó la rodilla. Decían que el pobre hombre estaba muy abrumado en ese momento, porque su hija pequeña se había tragado medio penique, y que esa había sido la causa del error.

Mi madre tenía la curiosa costumbre de desviarse de la conversación y salirse a veces por la tangente, lo que hacía bastante difícil recordar la idea original. En esta ocasión, sin embargo, Charley había tomado nota para aplicar el consejo de inmediato.

—Muy recomendable, señora Underwood, como bien dice —observó—, y hoy no hemos salido de casa. Mira, Lottie, aún nos queda una hora de luz. ¿Qué tal si intentamos pescar una trucha, si tu madre no tiene inconveniente?

—Ponte algo en el cuello, hija —dijo mi madre, con la sensación de que la habían manipulado.

—Muy bien, querido —acepté—. Subo en un momento y me pongo el sombrero.

—Y volveremos paseando mientras el sol se pone —dijo Charley mientras yo me acercaba a la puerta.

Cuando bajé, mi prometido me esperaba con impaciencia en el vestíbulo.

Cruzamos juntos el césped y pasamos por delante de las ventanas abiertas del salón, donde tres caras nos miraron con malicia.

—Besuquearse es desmoralizante —dijo Jack, contemplando las nubes con aire reflexivo.

—Escandalosamente —asintió Fan; y los tres nos reímos hasta que el coronel, que se había quedado dormido, se despertó, y oímos cómo explicaban la broma al maltratado veterano que, por lo visto, se negaba obstinadamente a verle la gracia.

Recorrimos el sinuoso sendero del jardín y pasamos por la portezuela de madera que da al camino de Tavistock.

Charley se detuvo un momento, como si dudara por dónde ir.

Poco podíamos imaginar que nuestro destino dependía de esa cuestión trivial.

—¿Vamos por el río, cariño, o probamos por uno de los arroyos del páramo?

—¿Qué te apetece más?

—Bueno, voto por cruzar el páramo. Así el paseo de vuelta será más largo —añadió, mirando con cariño a la joven menuda del chal blanco que estaba a su lado.

El arroyo en cuestión atraviesa un paraje de lo más desolado. Por carretera se encuentra a varios kilómetros de Toynby Hall, pero éramos jóvenes y activos, y echamos a andar por el páramo a pesar de las piedras y los tojos.

Ni un solo ser vivo encontramos en todo nuestro camino solitario, aparte de unas pocas ovejas escuálidas de Devonshire que nos miraron con añoranza y nos siguieron un buen trecho, como intrigadas por la razón que nos había llevado a entrar en sus dominios.

Casi había oscurecido cuando llegamos al arroyuelo que cae a borbotones por una abrupta cañada y se aleja dando vueltas y revueltas para desembocar en el canal de Plymouth.

Sobre nosotros se alzaban dos imponentes columnas de roca entre las que corría el agua hasta formar una poza profunda y tranquila. Esta poza siempre había sido uno de los rincones favoritos de Charley, y de día era un lugar muy alegre; pero en ese momento, con la luna reflejada en el espejo de las aguas y las sombras que proyectaban las rocas, tenía un aspecto muy distinto de la guarida de un amante del placer.

—Creo que al final no voy a pescar, cariño —dijo Charley cuando nos sentamos en un banco de musgo—. Es un sitio un poco tétrico, ¿no?

—Mucho —asentí, con un escalofrío.

—Descansaremos un ratito antes de volver por el camino. Estás tiritando. No tienes frío, ¿verdad?

—No —contesté, haciendo un esfuerzo por conservar el valor—. No tengo frío pero estoy muy asustada, aunque es una tontería.

—¡Diantre! —exclamó mi prometido—. No me extraña: también yo estoy algo apocado. El ruido del agua parece el estertor de un moribundo.

—No digas eso, Charley. ¡Me asustas!

—Vamos, cariño, no nos pongamos tristes —dijo con una carcajada, tratando de tranquilizarme—. Huyamos de este osario y… ¡Mira! ¡Ahí! ¡Dios Santo! ¿Qué es eso?

Charley se había tambaleado y estaba mirando hacia arriba con la cara muy pálida.

Seguí su mirada y a duras penas pude aguantar un grito.

Ya he dicho que la poza a la que habíamos llegado se encontraba a los pies de un peñasco escarpado. En lo alto del peñasco, a unos veinte metros por encima, vimos una figura alta que parecía mirar hacia abajo, a la oquedad donde nos encontrábamos.

La luna empezaba a asomar justo por detrás del risco, y los rasgos demacrados y angulosos del desconocido destacaban con fuerza y claridad en el resplandor plateado.

Había algo horrendo en la inesperada y silenciosa aparición del paseante solitario, aún más si se comparaba con la extraña naturaleza de la escena.

Me cogí del brazo de mi prometido, muda de horror, mientras observaba la figura del desconocido.

—¡Eh, señor! —dijo Charley, pasando del miedo a la ira, como suelen hacer los ingleses—. ¿Quién es usted y qué demonios está haciendo?

—¡Ah! ¡Me lo imaginaba, me lo imaginaba! —dijo el hombre, sin hacernos caso, y desapareció de la cima del peñasco.

Lo oímos andar entre las piedras sueltas y, en unos momentos, salió a la orilla del arroyo y se detuvo delante de nosotros.

Si su apariencia ya nos había resultado rara a primera vista, la impresión se intensificó en vez de atenuarse al verlo de cerca.

La luna iluminaba de lleno una cara alargada, flaca y con la palidez de un espectro, y la sensación se acentuaba por el contraste del pañuelo verde vivo que llevaba al cuello.

Una cicatriz mal curada en la mejilla le había dejado un frunce desagradable a un lado de la boca que distorsionaba profundamente sus facciones, sobre todo cuando sonreía.

El macuto a la espalda y el recio bastón en la mano señalaban que era un turista, mientras que la elegancia natural con que se levantó el sombrero al reparar en la presencia de una dama indicaba que podía arrogarse el *savoir faire* de un hombre de mundo.

Algo en sus rasgos angulosos y en la blancura de la cara, combinado con la capa negra que aleteaba desde los hombros, me recordó inevitablemente a una especie de murciélago chupasangre que Jack Daseby había traído de Japón en su viaje anterior y que era la pesadilla de la servidumbre en Toynby Hall.

—Disculpen mi intrusión —dijo, con un leve acento extranjero que daba a su voz una belleza peculiar—. Me habría visto obligado a dormir en el páramo si no hubiera tenido la buena suerte de encontrarme con ustedes.

—¡Caray! —protestó Charley—. ¿No podía haber dado una voz o alguna señal de advertencia? Ha asustado mucho a la señorita Underwood cuando lo ha visto aparecer ahí arriba.

El desconocido volvió a levantarse el sombrero mientras me pedía disculpas por haberme sobresaltado.

—Soy sueco —dijo con su entonación peculiar— y estoy visitando su bonito país. Permítanme que me presente como el doctor Octavius Gaster. Quizá puedan indicarme dónde dormir y cómo salir de este páramo, que es verdaderamente grande.

—Ha tenido mucha suerte de dar con nosotros —contestó Charley—. No es nada fácil encontrar la salida del páramo.

—Le creo sinceramente —asintió nuestro recién conocido.

—No es la primera vez que aparecen forasteros muertos —añadió Charley —. Se pierden y dan vueltas en círculo hasta que caen rendidos.

—¡Ja, ja! —se rió el sueco—. No seré yo, que me he visto a la deriva en un bote desde Cabo Blanco a las islas Canarias, quien se muera de hambre en un páramo inglés. Pero ¿dónde puedo encontrar una posada?

—Verá —dijo Charley, a quien esta alusión del extranjero había picado el interés y que era siempre el hombre más generoso del mundo—. No hay ninguna posada en muchos kilómetros a la redonda, y yo diría que hoy se ha dado usted ya una buena caminata. Venga a casa con nosotros. Mi padre, el coronel, estará encantado de conocerlo y encontrará una cama libre para usted.

—¿Cómo puedo agradecerle tanta amabilidad? —preguntó el viajero—. Está claro que, cuando vuelva a Suecia, tendré curiosas historias que contar sobre la hospitalidad de los ingleses.

—¡Tonterías! —dijo Charley—. Y ahora hay que ponerse en marcha, porque la señorita Underwood tiene frío. Abrígate bien el cuello con el chal, Lottie. Enseguida estaremos en casa.

Echamos a andar en silencio, procurando no apartarnos del camino pedregoso, perdiéndolo a veces cuando una nube velaba la luna y recuperándolo un poco más adelante con el regreso de la luz.

El extranjero parecía absorto en sus pensamientos, pero un par de veces tuve la sensación de que me observaba en la oscuridad.

—Entonces —dijo Charley, rompiendo el silencio por fin—, ¿dice usted que navegó en un bote a la deriva?

—Pues sí. He visto muchas cosas extrañas y he desafiado muchos peligros, pero ninguno tan grave como aquel. De todos modos, es una historia demasiado tétrica para los oídos de una señorita. Ya se ha asustado una vez esta noche.

—Ah, no se preocupe por asustarme —dije, apoyándome en el brazo de Charley.

—Lo cierto es que no hay gran cosa que contar aunque es muy triste. Un amigo mío de Upsala, Karl Osgood, y yo emprendimos una aventura comercial. Pocos hombres blancos han estado entre los moros nómadas de Cabo Blanco, pero allá fuimos, y vivimos muy bien unos meses, vendiendo esto y aquello y reuniendo mucho oro y marfil.

»Es un país extraño, en el que no hay madera ni piedra, y construyen las chozas con algas marinas.

»Al final, cuando decidimos que ya teníamos suficiente, los moros se confabularon para matarnos y nos atacaron una noche.

»Nos sorprendieron desprevenidos, pero conseguimos llegar a la playa, lanzar una canoa y hacernos a la mar, sin llevarnos nada.

»Los moros se lanzaron a perseguirnos pero nos perdieron en la oscuridad; y, cuando amaneció, no había tierra a la vista.

»No teníamos la esperanza de encontrar comida más cerca que en las islas Canarias, y allá fuimos.

»Yo llegué con vida, aunque muy débil y desquiciado, pero el pobre Karl murió un día antes de avistar las islas.

»¡Se lo advertí!

»No puedo culparme de lo que ocurrió.

»Le dije: “Karl, las fuerzas que ganarías comiéndote eso no bastarían para compensar la sangre que perderías”.

»Se rió de mí, me quitó el cuchillo de la cintura, se las cortó y se las comió. Y murió.

—Se comió ¿qué? —preguntó Charley.

—¡Sus orejas! —dijo el extranjero.

Lo miramos los dos horrorizados.

No había ni rastro de sonrisa o burla en su rostro cadavérico.

—Era lo que ustedes llaman un cabezota —continuó—, pero no debería haberlo hecho. Si hubiera puesto más voluntad, habría vivido igual que yo.

—¿Usted cree que la voluntad puede evitar que un hombre tenga hambre? —dijo Charley.

—Lo puede todo —afirmó Octavius Gaster, y volvió a sumirse en un silencio que nada interrumpió hasta que llegamos a Toynby Hall.

Nuestra tardanza había causado una alarma notable, y justo en ese momento Jack Daseby salía a buscarnos con Trevor, el amigo de Charley. Se alegraron mucho de cruzarse con nosotros y se asombraron bastante al ver a nuestro compañero.

—¿De dónde narices habéis sacado a ese cadáver de segunda mano? —le preguntó Jack a Charley, llevándoselo a la sala de fumar.

—Calla, hombre. Te va a oír —le reprendió Charley—. Es un médico sueco que está de viaje, y un buen hombre, ¡qué diablos! Ha navegado en un bote de no sé dónde a no sé dónde. Le he ofrecido una cama para esta noche.

—Bueno, yo solo digo que con esa cara nunca hará fortuna —señaló Jack.

—¡Ja, ja! ¡Muy bien! ¡Muy bien! —rió el objeto de este comentario de Jack, entrando tranquilamente en la sala mientras el marinero no sabía dónde meterse—. No, como bien dice, nunca haré fortuna con ella en este país. —Y sonrió hasta que el espantoso tajo que le cruzaba el ángulo de la boca dio a su rostro el aspecto de un reflejo en un cristal roto.

—Venga arriba y lávese un poco; puedo prestarle unas zapatillas —ofreció Charley a nuestro invitado, con el ánimo de sacarlo de allí y poner fin a una situación ligeramente embarazosa.

El coronel Pillar era la hospitalidad personificada, y acogió al doctor Gaster con tanta efusividad como si fuera un viejo amigo de la familia.

—¡Pardiez, señor! —dijo—. Está usted en su casa, es bienvenido y puede quedarse todo el tiempo que guste. Aquí vivimos muy tranquilos, y una visita es toda una adquisición.

Mi madre se mostró algo más fría.

—Es un joven muy bien informado, Lottie —observó—, pero me gustaría que parpadease un poco más. No me agrada la gente que nunca parpadea. Aun así, querida, la vida me ha enseñado una lección, y es que la apariencia de un hombre tiene muy poca importancia en comparación con sus actos.

Con esta observación tan novedosa y eminentemente original, mi madre me dio un beso y me dejó entregada a mis reflexiones.

Al margen de cuál fuera su físico, el doctor Octavius Gaster obtuvo un gran éxito social.

Al día siguiente, se había integrado perfectamente en la casa, y el coronel no quería ni oír hablar de que se marchara.

Asombraba a todo el mundo con la amplitud y variedad de sus conocimientos. Pudo contarle al veterano militar muchas más cosas sobre la guerra de Crimea de las que él sabía; dio al marinero información sobre la costa de Japón e incluso se enfrentó a mi atlético compañero en cuestiones relacionadas con la práctica del remo, disertando sobre palancas y puntos de apoyo hasta que el compungido deportista de Cambridge prefirió dejar el tema.

Y todo esto lo hizo con una modestia, incluso un respeto, que nadie podía sentirse ofendido al verse derrotado en su propio terreno. Había en sus comentarios y en sus actos un sereno poder que causaba sensación.

Recuerdo un ejemplo que en su día nos impresionó a todos.

Trevor tenía un bulldog que era una bestia salvaje. Sin embargo, quería mucho a su amo y reaccionaba con ferocidad cuando alguien se tomaba alguna libertad con él. El perro, como es de imaginar, despertaba muy pocas simpatías pero, como era el orgullo del estudiante, en lugar de desterrarlo por completo lo encerraban en los establos y le ofrecían un buen lecho.

Desde el primer momento, pareció que el perro le tomaba una aversión manifiesta a nuestro visitante, y le enseñaba hasta el último diente cada vez que se le acercaba.

El segundo día de su visita, pasábamos todos por delante del establo cuando los gruñidos del animal llamaron la atención del doctor Gaster.

—¡Ja! —dijo—. Ese es su perro, señor Trevor, ¿no?

—Sí, es Towzer —asintió Trevor.

—Es un bulldog, creo. ¿Cómo llaman a esta raza típica de Inglaterra en el continente?

—Pura sangre —respondió el estudiante con orgullo.

—Son perros feos… ¡muy feos! ¿Podría entrar en el establo y soltarlo, para que pueda verlo bien? Es una lástima tener en cautividad a un animal tan poderoso y lleno de vida.

—Muerde a menudo —dijo Trevor, con un brillo malicioso en la mirada —, pero supongo que usted no tendrá miedo de un perro.

—¿Miedo? No. ¿Por qué iba a tener miedo?

La expresión maliciosa de Trevor se acentuó mientras abría la puerta del establo. Oí que Charley le decía al oído que no se excediera con la broma, pero el gruñido del perro no dejó oír la respuesta de Trevor.

Los demás nos alejamos a una distancia respetable mientras Octavius Gaster se quedaba en la puerta con un gesto de leve curiosidad en la cara pálida.

—Y ¿eso tan rojo que veo brillar en la oscuridad… son sus ojos?

—Exactamente —dijo el estudiante, agachándose para soltar la correa.

—¡Ven! —llamó Octavius Gaster.

El gruñido del perro se transformó de pronto en un largo gemido, y, lejos de lanzarse a un ataque furioso, tal como esperábamos, el animal se revolvió entre la paja como si quisiera acurrucarse en un rincón.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó su perplejo amo.

—¡Ven! —repitió Gaster, con un intenso tono metálico en el que había una nota de autoridad indescriptible—. ¡Ven!

Para nuestro asombro, el perro salió trotando y se detuvo delante de Gaster, pero no se parecía en nada al siempre pugnaz Towzer. Tenía las orejas gachas y el rabo caído, y en conjunto parecía la viva imagen de la humillación canina.

—Un perro magnífico, aunque curiosamente tranquilo —señaló el sueco mientras lo acariciaba.

—Y ahora, señor, ¡vuelva a su sitio!

El perro dio media vuelta y volvió a su rincón. Oímos el ruido de la cadena mientras lo ataban, y al momento Trevor salió por la puerta del establo sangrando por un dedo.

—¡Maldita bestia! —exclamó—. No entiendo qué le ha pasado. Hace tres años que lo tengo y nunca me había mordido.

Me pareció, no puedo asegurarlo a ciencia cierta pero me lo pareció, que un tirón espasmódico en la cicatriz de nuestro invitado delató sus ganas de reír.

Ahora que lo pienso, creo que desde ese momento empecé a sentir un temor extraño y difuso y una gran antipatía por aquel hombre.

Se sucedieron las semanas, y la fecha prevista para mi boda empezaba a acercarse.

Octavius Gaster seguía invitado en Toynby Hall, y lo cierto es que había congeniado tan bien con el dueño de la casa que la más mínima alusión de partir el digno coronel la recibía con burla y desdén.

—Aquí ha venido, señor, y aquí se quedará. Aquí se quedará, ¡pardiez!

A lo que Octavius sonreía, se encogía de hombros y hacía algún comentario sobre los encantos de Devon que dejaba al coronel de buen humor para todo el día.

Mi prometido y yo estábamos demasiado absortos el uno en el otro para fijarnos demasiado en las actividades del viajero. Nos encontrábamos a veces con él en nuestros paseos por los bosques, leyendo sentado en los rincones más solitarios.

Siempre se guardaba el libro en el bolsillo cuando nos veía llegar. Sin embargo, recuerdo que una vez lo sorprendimos tan de repente que vimos el volumen abierto delante de él.

—¡Ah, Gaster —dijo Charley—, siempre estudiando! ¡Es un ratón de biblioteca! ¿Qué está leyendo? Ah, en lengua extranjera; en sueco, supongo.

—No, no es sueco, es árabe.

—¿No me diga que sabe árabe?

—Pues sí, muy bien, la verdad es que sí.

—Y ¿de qué trata? —pregunté, pasando las páginas del viejo y mohoso volumen.

—De nada que pueda interesar a una persona tan joven y hermosa como usted, señorita Underwood —contestó, mirándome de un modo que últimamente empezaba a ser habitual—. Habla de los tiempos en que el espíritu era más poderoso que lo que ustedes llaman materia; cuando vivían grandes espíritus capaces de existir sin estos cuerpos toscos y de modelar todas las cosas con su poderosa voluntad.

—Ah, ya lo entiendo; es una especie de historia de fantasmas —dijo Charley—. Bueno, *adieu*; no queremos apartarlo de sus estudios.

Lo dejamos sentado en la pequeña cañada, absorto en su tratado místico. Debió de ser la imaginación lo que me indujo media hora más tarde, cuando de pronto dimos media vuelta, a creer que había visto su figura familiar escabullirse rápidamente detrás de un árbol.

Se lo dije a Charley enseguida, pero se burló de mí.

Acabo de aludir a la peculiar manera de mirarme que tenía Gaster. Sus ojos parecían perder la habitual expresión de acero cuando me observaba y suavizarse hasta lo que se podría definir como una caricia. Ejercían una influencia extraña sobre mí, pues siempre era consciente, sin necesidad de comprobarlo, de en qué momento me estaba examinando.

A veces me imaginaba que esta idea era la simple manifestación de un trastorno nervioso de mi imaginación mórbida, pero mi madre me quitó semejante fantasía de la cabeza.

—¿Sabes? —dijo, entrando en mi dormitorio una noche y tomando la precaución de cerrar la puerta—. Si la idea no fuera tan ridícula, Lottie, yo diría que el doctor se ha enamorado locamente de ti.

—¡Qué tonterías dices, mamá! —contesté. Y casi se me cayó la vela de la consternación que me produjo la mera idea.

—Lo creo de verdad, Lottie. Tiene una forma de mirar muy parecida a la de Nicholas, tu pobre padre, antes de que nos casáramos. Algo así: mira.

Y se puso a mirar con profundo desconsuelo el poste de la cama.

—Vete a la cama —dije—, y no pienses cosas raras. El pobre doctor Gaster sabe tan bien como tú que estoy prometida.

—El tiempo lo dirá —sentenció mi madre mientras se retiraba; y me fui a la cama con sus palabras resonando aún en los oídos.

Lo cierto es que extrañamente, esa misma noche, un escalofrío que había llegado a serme familiar me estremeció y me sacó de la cama.

Me acerqué sin hacer ruido a la ventana y miré entre los listones de las persianas; y ahí vi a nuestro invitado sueco, demacrado y con aire de vampiro, parado en el sendero de gravilla y observando aparentemente mi ventana.

Es posible que detectara algún movimiento detrás de la persiana porque encendió un cigarrillo y empezó a dar vueltas por la avenida.

La mañana siguiente, en el desayuno, me fijé en que no escatimaba esfuerzos para explicar que había pasado la noche inquieto y había tenido que salir a dar un paseo y fumar un cigarrillo para aplacar los nervios.

Al fin y al cabo, cuando lo pienso serenamente, los motivos para justificar mi desconfianza y aversión eran muy endebles. Un hombre podía tener una cara extraña y una afición a la literatura curiosa, incluso deleitarse en contemplar a una joven prometida sin ser por ello un peligro para la sociedad.

Digo esto para recalcar que, incluso en ese momento, mi opinión de Octavius Gaster era totalmente imparcial y libre de prejuicios.

—¡Oíd! —dijo el teniente Daseby una mañana—. ¿Qué os parece si hacemos pícnic hoy?

—¡Perfecto! —fue la exclamación general.

—Veréis, dicen que el Shark pronto entrará en servicio, y nuestro Trevor tendrá que volver a su puesto, así que más vale que nos divirtamos todo lo posible mientras tanto.

—¿A qué llaman ustedes hacer un *nicpic*?

—Es otra de nuestras instituciones inglesas que quizá le interese a usted estudiar —explicó Charley—. Nuestra versión de una *fête champêtre*.

—¡Ah, ya lo entiendo! ¡Será muy agradable! —asintió.

—Podemos elegir entre media docena de sitios —añadió el teniente—. Tenemos el Salto del Enamorado, el Risco Negro o la Abadía de Beer Ferris.

—La Abadía es lo mejor —dijo Charley—. No hay nada como unas ruinas para un pícnic.

—A la Abadía, entonces. ¿A qué distancia está?

—A unos diez kilómetros —dijo Trevor.

—Alguno más por la carretera —señaló el coronel con precisión militar —. La señora Underwood y yo nos quedaremos en casa, para que quepáis todos en la carretela. Tendréis que hacer de carabina unos de otros.

Ni que decir tiene que esta propuesta también se aceptó sin división de opiniones.

—Muy bien —dijo Charley—, voy a pedir que tengan listo el coche en media hora, así que no hay tiempo que perder. Necesitaremos salmón, ensalada, huevos duros, licores y algunas otras cosas. Yo me encargo del departamento de licores. ¿Qué haces tú, Lottie?

—Yo me ocuparé de la vajilla.

—Yo traeré el pescado —se ofreció Daseby.

—Y yo las verduras —dijo Fan.

—¿Y usted, señor Gaster? —preguntó Charley.

—La verdad —contestó el sueco con su extraña tonalidad musical—, no me dejan mucho que hacer. Pero puedo atender a las señoras y preparar lo que ustedes llaman una ensalada.

—Tendrá usted más admiradores con lo segundo que con lo primero —dije, riéndome.

—Ah, ¿eso cree? —dijo, volviéndose bruscamente hacia mí y ruborizándose hasta la raíz del pelo—. Sí. ¡Ja, ja! ¡Muy bien!

Y, con una risotada discordante, se marchó a grandes zancadas.

—Lottie —me reprochó mi prometido—, has herido los sentimientos de ese pobre hombre.

—Te aseguro que no quería. Si quieres, voy a disculparme.

—No, déjalo —dijo Daseby—. Un hombre con esa jeta no tiene derecho a ser tan susceptible. Ya se le pasará.

Era cierto que yo no tenía la más mínima intención de ofender a Gaster y aun así lamenté haberlo disgustado.

Cuando terminé de guardar la vajilla y los cubiertos en su cesto, los demás seguían atareados con sus diversos cometidos. Parecía un momento propicio para pedir disculpas por mi irreflexivo comentario y, sin decírselo a nadie, me escabullí por el pasillo hacia el dormitorio de nuestro invitado.

Supongo que debí de acercarme con paso muy leve, o tal vez fueran las gruesas alfombras de Toynby Hall: lo cierto es que el señor Gaster no pareció darse cuenta de mi llegada.

La puerta estaba abierta y, al acercarme y verlo en el dormitorio, noté algo tan raro que me detuve, literalmente petrificada de asombro unos momentos.

Gaster estaba leyendo un pequeño recorte de periódico que tenía en la mano y que al parecer le hacía mucha gracia. Había también algo horrible en su regocijo, pues aunque se retorcía, como de risa, de sus labios no salía ningún ruido.

Su cara, vuelta de perfil, tenía una expresión que yo no había visto jamás y que únicamente puedo definir como de exultación salvaje.

Estaba recuperando el aplomo necesario para dar un paso adelante y llamar a la puerta cuando, de repente, con una última convulsión de risa, lanzó el recorte sobre la mesa y salió precipitadamente por la otra puerta de su habitación, que llevaba al vestíbulo a través de la sala de billar.

Oí cómo se perdían sus pasos a lo lejos, y me asomé una vez más al dormitorio.

¿Cuál podía ser la broma que tanto divertía a este hombre adusto? Debía tratarse de una obra maestra del humor.

¿Ha existido alguna vez una mujer de principios tan firmes que le permitan dominar su curiosidad?

Con cautela, asegurándome de que no había nadie en el pasillo, entré a hurtadillas en el dormitorio y examiné el papel que Gaster había estado leyendo.

Era un recorte de un diario inglés y parecía evidente que lo conservaba desde hacía mucho tiempo y lo examinaba a menudo, pues algunos pasajes resultaban casi ilegibles. Sin embargo, por lo que acerté a ver, el asunto que trataba difícilmente podía llevar a risa. Decía, en la medida en que soy capaz de recordar, lo siguiente:

> Muerte repentina en los Muelles. El capitán del bricbarca a vapor Olga, de Tromsberg, ha sido hallado muerto en su camarote la tarde del miércoles. El difunto era, al parecer, un hombre de disposición violenta y había tenido frecuentes altercados con el médico de a bordo. En la fecha del suceso, se mostró más ofensivo de lo habitual y acusó al cirujano de ser un nigromante y adorador del diablo. Este último se retiró a cubierta para huir del acoso. Poco después, el camarero tuvo oportunidad de entrar en el camarote y encontró al capitán muerto, tendido sobre la mesa. El fallecimiento se atribuye a una dolencia

cardíaca acelerada por la pasión excesiva. Hoy se emprenderá una investigación.

¡Este era el párrafo que aquel hombre tan singular consideraba la cumbre del humor!

Bajé las escaleras corriendo, con una sensación predominante de asombro no exento de repugnancia. Tan justa era yo, a pesar de todo, que la siniestra deducción que en muchas ocasiones se me ha ocurrido desde entonces ni por un instante se me pasó por la cabeza en ese momento. Gaster era para mí un enigma curioso y bastante repulsivo, nada más.

Cuando volví a verlo en el pícnic, parecía que todo recuerdo de mi desafortunado comentario se hubiera borrado de sus pensamientos. Estuvo tan agradable como de costumbre y su ensalada se declaró una *chef-d’oeuvre*, a la vez que sus pintorescas cancioncillas suecas y sus relatos de todo tipo de climas y países nos estremecieron tanto como nos divirtieron. Fue después del almuerzo cuando la conversación se centró en un asunto que, por lo visto, tenía un encanto especial para el espíritu audaz del sueco.

No recuerdo quién sacó el tema de lo sobrenatural. Creo que fue Trevor, por cierta historia de una broma que había gastado en Cambridge. Pareció que la anécdota causaba un efecto inesperado en Octavius Gaster, quien, con exagerados movimientos de sus largos brazos, profirió vehementes improperios mientras ridiculizaba a quienes se atrevían a dudar de la existencia de lo invisible.

—Díganme —nos conminó, poniéndose en pie acaloradamente— quién de ustedes ha tenido alguna vez eso que llaman instinto de fracaso. El ave tiene un instinto que la guía al peñasco solitario sobre el mar infinito para poner sus huevos, y ¿se ve defraudada? La golondrina emigra al sur cuando se aproxima el invierno, y ¿la ha llevado su instinto a extraviarse alguna vez? Y ¿puede ser falso este instinto que nos habla de la presencia de espíritus desconocidos entre nosotros y que domina tanto al niño ignorante como a todas las tribus primitivas? Yo digo que ¡jamás!

—Adelante, Gaster —lo animó Charley.

—Largue velas y vuelva a entrar en trance —pidió el marinero.

—No, jamás —repitió el sueco, sin hacer caso de nuestro alboroto—. Vemos que la materia existe al margen del espíritu; entonces ¿por qué no puede existir el espíritu al margen de la materia?

—Me rindo —dijo Daseby.

—¿No tenemos pruebas? —continuó Gaster, con los ojos grises chispeantes de emoción—. ¿Quién que haya leído el libro de Steinberg sobre

los espíritus o el de la eminente *madame* Crowe de Estados Unidos puede ponerlo en duda? ¿No se encontró Gustav von Spee con su hermano Leopold en las calles de Estrasburgo? ¿Con el mismo hermano que se había ahogado tres meses antes en el Pacífico? ¿No voló el espiritista Home a plena luz del día sobre los tejados de París? ¿Quién no ha oído voces de los difuntos? Yo mismo…

—Usted ¿qué? —preguntamos tres de nosotros con el corazón en un puño.

—¡Bah! No tiene importancia —dijo, pasándose la mano por la frente con evidente dificultad para dominarse—. Es una conversación demasiado triste para una ocasión como esta. —Y, por más que le insistimos, no logramos sonsacarle ninguna confesión de sus experiencias personales en el ámbito de lo sobrenatural.

Fue un día alegre. Nuestra separación inminente parecía despertar en todos el deseo de hacer el máximo esfuerzo para contribuir al buen humor general. Ya se había confirmado que, después del próximo torneo de tiro, Jack volvería a su barco y Trevor a su universidad. En cuanto a Charley y a mí, íbamos a convertirnos en una pareja respetable y formal.

El torneo fue uno de los principales temas de conversación. Charley siempre había sido aficionado al tiro, y era el capitán de la compañía de voluntarios de Roborough, que se jactaban de contar en su haber con algunos de los mejores tiradores del condado de Devon. Competirían contra un equipo seleccionado entre los militares de Plymouth, y, como no eran adversarios ni mucho menos desdeñables, el pronóstico era incierto. Charley estaba claramente empeñado en ganar y analizó sus posibilidades a voz en grito.

—El campo de tiro está solo a un kilómetro y medio de Toynby Hall —dijo—. Iremos todos, y veréis qué bien lo pasamos. Tú me traerás suerte, Lottie —susurró—. Lo sé.

¡Ah, mi pobre amor perdido, qué suerte te traje!

Un nubarrón oscureció el brillo de ese día feliz.

No podía seguir ocultándome que las sospechas de mi madre eran ciertas y que Octavius Gaster me amaba.

A lo largo de la excursión, sus atenciones habían sido constantes y sus ojos rara vez se apartaban de mí. Había algo también, en todo lo que decía, que resonaba con más fuerza que las palabras.

Yo estaba muy incómoda y temía que Charley se diera cuenta, pues conocía bien su temperamento exaltado, pero la idea de semejante traición no cabía en el honrado corazón de mi prometido.

Una vez miró con leve sorpresa cuando el sueco insistió en liberarme de un helecho que se me había enganchado; sin embargo, su expresión inicial se transformó en una sonrisa por lo que consideraba una muestra de la efusiva amabilidad de Gaster. Mi reacción personal fue de lástima por el pobre extranjero y de tristeza por ser la causa de su infelicidad.

Pensé en la tortura que entrañaba para un espíritu intenso y libre como el suyo tener una pasión que le corroía el corazón y que tanto el honor como el orgullo le impedían expresar jamás con palabras. Por desgracia, no había contado con la enorme temeridad y falta de principios de aquel hombre, aunque no tardé en salir de mi engaño.

Había una casita al fondo del jardín, invadida por la yedra y la madreselva, que era uno de los rincones favoritos de Charley y míos. Nos era doblemente querida porque fue allí, en mi visita anterior a Toynby Hall, donde nos dijimos las primeras palabras de amor.

El día siguiente al pícnic, después de cenar, fui paseando hasta la casita como de costumbre, mientras Charley terminaba de fumar un cigarro con los demás caballeros; luego venía a buscarme.

Esa noche en particular parecía que tardaba más de lo habitual. Esperé su llegada con impaciencia, asomándome a la puerta de vez en cuando para ver si daba señales de acercarse.

Acababa de sentarme de nuevo, después de una de estas excursiones infructuosas, cuando oí unas pisadas masculinas en la gravilla, y una figura surgió de los arbustos.

Me levanté de un salto, con una sonrisa de alegría que se transformó en una expresión de perplejidad, incluso de temor, al ver la cara demacrada y pálida de Octavius Gaster mirándome por la ventana.

Había en su actitud, sin lugar a dudas, algo que habría inspirado desconfianza a cualquiera que se encontrara en mi posición. En vez de saludarme, recorrió el jardín con la mirada, como si quisiera asegurarse de que estábamos a solas. Luego entró a hurtadillas en la casita y se sentó en una silla de tal modo que me cerraba el paso a la puerta.

—No tenga miedo —dijo, al notar mi gesto asustado—. No hay nada que temer. Solo he venido a ver si podía tener una conversación con usted.

—¿Ha visto al señor Pillar? —pregunté, haciendo un esfuerzo enorme por aparentar tranquilidad.

—¡Ja! ¿Que si he visto a su Charley? —contestó, marcando las últimas palabras con un deje de desprecio—. ¿Tan impaciente está por que venga? ¿Es que nadie más que Charley puede hablar contigo, pequeña?

—Señor Gaster —protesté—, está usted perdiendo los buenos modales.

—¡Charley, Charley, siempre Charley! —continuó, sin hacer caso de mi interrupción—. Sí, he visto a Charley. Le he dicho que lo estabas esperando en la orilla del río, y allí se ha ido volando como un hombre enamorado.

—¿Por qué le ha dicho esa mentira? —pregunté, tratando de dominarme.

—Para verte, para hablar contigo. ¿De verdad lo quieres tanto? ¿No pueden la gloria, la riqueza y el poder, en un grado superior a lo concebible, apartarte de este primer capricho de chiquilla? ¡Huye conmigo, Charlotte, y todo eso, y mucho más, será tuyo! ¡Ven!

Y tendió los largos brazos con un ardiente gesto de súplica.

Incluso entonces pensé fugazmente lo mucho que se parecían esos brazos a los tentáculos de un insecto venenoso.

—¡Me insulta usted, señor! —exclamé, levantándome—. ¡Le va a costar muy caro tratar así a una muchacha desprotegida!

—Sí, eso dices, pero no es lo que sientes. En tu tierno corazón aún queda piedad por el más miserable de los hombres. No, no vas a pasar… ¡Antes tienes que oírme!

—¡Déjeme salir, señor!

—No. No te irás hasta que me digas que no puedo hacer nada para ganarme tu amor.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —le dije casi chillando, tan indignada que le perdí el miedo—. ¡Es usted el invitado de mi futuro marido! ¡Deje que le diga, de una vez por todas, que lo único que me ha inspirado desde el principio es repugnancia y desprecio, sentimientos que ahora ha convertido usted definitivamente en odio!

—¿Es cierto? —exclamó con la voz entrecortada, tambaleándose de espaldas hacia la puerta y llevándose una mano a la garganta como si le costara articular las palabras—. ¿Es odio lo que se me ofrece a cambio de amor? ¡Ja! —añadió, acercando la cara a un palmo de la mía mientras yo me apartaba de sus ojos vidriosos—. Ahora lo sé. ¡Es eso… es eso! —Y se dio un puñetazo en la horrible cicatriz de la mejilla—. ¡Las muchachas no se enamoran de caras como esta! No soy guapo y moreno y con rizos como ese Charley… ese colegial sin cerebro; esa bestia humana que solo piensa en sus diversiones y sus…

—¡Déjeme pasar! —grité mientras trataba de alcanzar la puerta.

—No. No te irás… ¡No te irás! —bufó, empujándome.

Forcejeé enérgicamente para que me soltara. Esos brazos largos me aprisionaban como unos barrotes de acero. Sentí que perdía las fuerzas y estaba a punto de hacer un último y desesperado intento por liberarme cuando una fuerza irresistible separó a mi agresor de mí y lo lanzó de espaldas contra el camino de grava.

Levanté los ojos y vi en la puerta la imponente figura de Charley y sus hombros cuadrados.

—¡Cariño mío! —dijo, cogiéndome entre sus brazos—. Siéntate aquí… aquí, en la esquina. Ya no hay peligro. Ahora mismo vuelvo.

—¡No, Charley, no! —murmuré, cuando ya estaba dando media vuelta.

Pero se mostró sordo a mis súplicas y salió de la casita hecho una furia.

Desde donde me había dejado, no lo veía ni a él ni a su oponente, pero oí todo lo que dijeron.

—¡Villano! —exclamó una voz en la que apenas reconocí a mi prometido —. ¿Por esto me has hecho seguir una pista falsa?

—Por esto —dijo el extranjero, en un tono de serena indiferencia.

—¿Así es como correspondes a nuestra hospitalidad, maldito canalla?

—Sí; nos estábamos divirtiendo en tu linda casita de verano.

—¡Nos! Sigues en mi casa y eres mi invitado, y me gustaría quitarte las manos de encima, pero ¡por Dios…!

La voz de Charley disminuyó entonces en intensidad.

—¿Por qué juras? ¿Qué me vas a hacer? —preguntó Octavius Gaster lánguidamente.

—Como te atrevas a inmiscuir en esto a la señorita Underwood y a insinuar que…

—¿Insinuar? Yo no insinúo nada. Lo que tengo que decir lo digo a las claras para que todo el mundo se entere. Y digo que esta muchacha tan casta me ha pedido…

Oí un golpe fuerte y muchos crujidos en la gravilla.

Estaba demasiado débil para levantarme, y únicamente pude entrelazar las manos y lanzar un pequeño grito.

—¡Bellaco! —dijo Charley—. ¡Repite eso y te cierro la boca para siempre!

Hubo un silencio, y luego oí que Gaster hablaba con una voz extraña y áspera:

—¡Me has dado un puñetazo! ¡Me has hecho sangre!

—Sí, y te daré otro si vuelves a asomar esa maldita cara por aquí. ¡No me mires así! ¿No creerás que me asustan tus tejemanejes?

Un temor indefinido se apoderó de mí mientras Charley decía estas palabras. Conseguí levantarme y mirarlos, apoyada en la puerta.

Vi a Charley, erguido y desafiante, con la cabeza bien alta, como quien se enorgullece de la causa por la que pelea.

Octavius Gaster, enfrente de él, lo observada con los labios apretados y una mirada torva en los ojos crueles. Sangraba mucho por un corte profundo en el labio y se miraba el pañuelo verde y el chaleco blanco. Se fijó en mí en el mismo instante en que salí de la casita.

—¡Ja, ja! —Soltó una carcajada diabólica—. ¡Ahora sale la novia! ¡Mírenla! ¡Dejen paso a la novia! Ah, ¡la feliz pareja! ¡La feliz pareja!

Y, con otro estallido de maléfica alegría, dio media vuelta y saltó la tapia desmoronada del jardín a tal velocidad que desapareció antes de que nos diéramos cuenta de lo que iba a hacer.

—¡Ay, Charley! —dije cuando mi prometido volvió a mi lado—. ¡Lo has herido!

—¿Que lo he herido? ¡Eso espero! Vamos, cariño, estás asustada y cansada. No te ha hecho daño, ¿verdad?

—No, pero estoy muy mareada y débil.

—Ven, volveremos a casa despacio. ¡Qué granuja! Ha sido un plan astuto y deliberado. Me dijo que te había visto en el río, y ya iba a buscarte cuando me encontré con Stokes, el hijo del guarda, que volvía de pescar, y me dijo que allí no había nadie. No sé por qué, al decirme Stokes eso, de pronto se me pasaron por la cabeza mil detalles a la vez, y en un instante concluí que Gaster era un villano y vine corriendo a la casita lo más deprisa que pude.

—Charley —me agarré del brazo de mi prometido—, temo que pueda hacerte daño. ¿Has visto su mirada antes de saltar la tapia?

—¡Bah! Esos extranjeros siempre fruncen el ceño y miran mal cuando se enfadan, pero luego no hacen nada.

—De todos modos, este hombre me da miedo —dije, profundamente triste, mientras subíamos las escaleras de la entrada—, y me gustaría que no le hubieras pegado.

—A mí también —contestó Charley—, porque a pesar de su granujería era nuestro invitado. Pero a lo hecho, pecho: ya no tiene remedio, como dice la cocinera en *Los papeles de Picwick*, y la verdad es que eso no hay quien lo aguante.

Tengo que referir someramente los acontecimientos de los días que siguieron. Al menos para mí, fueron de absoluta felicidad. Con la partida de Gaster sentí como si una nube se disipara en mi alma, y el abatimiento que se había apoderado de todos en la casa se esfumó por completo.

Volví a ser la muchacha alegre que era antes de la llegada del extranjero. Incluso el coronel se olvidó de lamentar su ausencia, absorto como estaba en la inminente competición en la que iba a participar su hijo.

Era nuestro principal tema de conversación y los caballeros apostaban a manos llenas por el éxito del equipo de Roborough, aunque al aceptar las apuestas nadie tuvo la desconsideración de manifestar que apoyaba a los adversarios.

Jack Daseby se fue a Plymouth y se ocupó de establecer las apuestas con algunos oficiales de la Marina, tan a la ligera que calculamos que en el caso de que ganara Roborough nuestro amigo perdería diecisiete chelines mientras que si ocurría lo contrario contraería deudas imposibles de pagar.

Charley y yo teníamos el acuerdo tácito de no nombrar a Gaster ni aludir en modo alguno a lo que había pasado.

La mañana siguiente a nuestra escena en el jardín, Charley envió a una criada a la habitación del sueco con órdenes de empaquetar lo que encontrase y dejarlo en la posada más próxima.

Resultó, sin embargo, que todos los efectos personales de Gaster ya se habían retirado, aunque cómo y cuándo era un completo misterio para los criados.

Conozco pocos sitios más bonitos que el campo de tiro de Roborough. Se encuentra en una cañada de aproximadamente un kilómetro y medio de largo y totalmente llana, para que las dianas puedan colocarse a una distancia de entre doscientos y setecientos metros, y las más alejadas son poco más que puntos blancos contra el verde de las colinas que se levantan detrás.

La cañada en sí es parte del gran páramo, y sus lados, que se elevan gradualmente, se pierden en la inmensa llanura pedregosa. Su carácter simétrico sugería al espíritu imaginativo que un gigante de tiempos antiguos excavó el páramo con una enorme pala de remover el queso pero al primer intento llegó a la conclusión de que aquel terreno no valía para nada.

Incluso se podría imaginar que dejó el montón de tierra desechada en la boca del corte que había abierto, pues allí se formaba un montículo considerable, desde donde disparaban los concursantes y hacia donde nos encaminamos esa tarde aciaga.

Nuestros adversarios habían llegado antes, acompañados de un buen número de oficiales de la Marina y el Ejército, y una larga fila de vehículos modestos indicaba que los buenos vecinos de Plymouth habían querido aprovechar la oportunidad de ofrecer a sus mujeres e hijos una excursión al páramo.

En la cima del cerro, se había habilitado un recinto, para las señoras y los invitados más distinguidos, que animaba la escena con su marquesina y sus carpas con refrigerios.

Los campesinos no podían faltar a la cita, y estaban como locos, apostando por sus campeones del lugar medias coronas que los admiradores de los adversarios aceptaban con el mismo entusiasmo.

En este ambiente de bullicio y confusión, cruzamos la explanada conducidos por Charley, con ayuda de Jack y Trevor, que finalmente nos dejaron en una especie de tribuna rudimentaria desde la que podríamos contemplar cómodamente el espectáculo.

Sin embargo, pronto quedamos tan fascinados por las maravillosas vistas que nos olvidamos por completo de las apuestas, los empujones y el alboroto de la multitud que teníamos delante.

Al sur se veían las volutas de humo azul de Plymouth flotando en el aire sereno del verano, y más allá el ancho mar, tendido hasta el horizonte, inabarcable y oscuro menos donde una ola petulante trazaba una línea de espuma, como si se rebelara contra la calma profunda de la naturaleza.

Desde el faro de Eddystone hasta el de Start, la línea recortada de la costa de Devonshire se desplegaba como un mapa.

Yo seguía admirando absorta el paisaje cuando Charley, con un deje de reproche, me dijo al oído:

—¡Oye, Lottie, no pareces ni un poquito interesada!

—Claro que sí, cariño. Es que el paisaje es precioso y el mar ha sido siempre mi debilidad. Siéntate aquí conmigo y cuéntame cómo va a ser la competición y cómo sabemos si vamos ganando o perdiendo.

—Acabo de explicarlo —dijo Charley—. Pero lo repetiré.

—Anda, sé bueno y cuéntamelo —le pedí, y me concentré en tomar nota, aprender y asimilar los detalles.

—Bien, hay diez hombres a cada lado. Disparamos por turnos; primero uno de los nuestros, luego uno de los suyos, y así sucesivamente… ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Primero disparamos a doscientos metros, a las dianas que están más cerca. Cada uno dispara cinco tiros a esas dianas. Después disparamos cinco tiros a quinientos metros, a las del centro; y terminamos disparando a setecientos metros… ¿Ves las dianas al fondo, a un lado de la colina? El que consiga más puntos gana. ¿Ya lo has entendido?

—Claro, es muy sencillo.

—¿Sabes lo que es un ojo de buey? —preguntó mi prometido.

—¿No es una especie de caramelo?

Charley parecía asombrado de mi ignorancia.

—El ojo de buey es ese punto negro que está en el centro de la diana. Si le das, te anotas cinco puntos. Hay otro anillo alrededor, que no se ve, y que se llama «centro»: si disparas ahí, te anotas cuatro puntos. Alrededor de ese anillo hay otro «exterior», que solo vale tres puntos. Se ve dónde ha dado el disparo, porque el apuntador pone encima un disco de colores.

—Ya lo entiendo todo —dije con entusiasmo—. ¿Sabes qué voy a hacer, Charley? Voy a anotar en un papel los puntos de todos los disparos que se hagan, y así siempre sabré cómo va Roborough.

—Me parece estupendo —se rió, y volvió con sus hombres, porque una campana anunció en ese momento que la competición estaba a punto de empezar.

Se ondearon muchas banderas y se dieron muchas voces antes de que el terreno quedara despejado, y entonces vi un grupo de casacas rojas alineadas en la pradera, mientras otro grupo similar, de gris, tomaba posiciones a su izquierda.

—¡Bang! —Sonó el disparo de un fusil, y una voluta de humo azul se elevó de la hierba.

Fanny lanzó un grito y yo una exclamación de entusiasmo al ver que levantaban el disco blanco que indicaba un ojo de buey, y que el disparo era de uno de los hombres de Roborough. Mi alegría, sin embargo, se diluyó al instante, cuando el equipo contrario respondió con un disparo de cinco puntos. El siguiente también fue un ojo de buey, rápidamente anulado por otro. Al terminar la prueba a menor distancia, cada equipo se había anotado cuarenta y nueve puntos de los cincuenta posibles y la victoria estaba más reñida que nunca.

—La cosa se está poniendo emocionante —dijo Charley, acercándose a la tribuna—. Dentro de unos minutos empezaremos los disparos a quinientos metros.

—¡Ay, Charlie —gritó Fanny, llena de emoción—, no falles por nada del mundo!

—No fallaré, si puedo evitarlo —contestó él alegremente.

—Hasta ahora habéis hecho ojo de buey en todos los disparos —señalé.

—Sí, pero cuando aumenta la distancia no es tan fácil. Haremos todo lo posible; más no podemos hacer. Ellos tienen en el equipo a uno que es buenísimo a larga distancia. Ven aquí un momento, Lottie.

—¿Qué pasa, Charley? —le pregunté mientras me apartaba de los demás. Vi, en su expresión, que algo le preocupaba.

—Es ese hombre —refunfuñó—. ¿Qué narices ha venido a hacer aquí? ¡Tenía la esperanza de no volver a verlo!

—¿Cómo? ¿Gaster? ¿Ese sueco infernal?

Seguí la dirección de la mirada de Charley, y allí, sin la menor duda, encima de un montículo y cerca de la zona donde se encontraban los tiradores, vi la figura alta y angulosa del extranjero.

Parecía completamente ajeno a la sensación que su apariencia singular y su rostro horrendo causaban entre los fornidos campesinos que lo rodeaban, pues tenía el cuello estirado y miraba a todas partes, como si buscase a alguien.

Mientras lo observábamos, nos vio de repente, y tuve la impresión, incluso a esa distancia, de que un espasmo de odio y victoria alteraba sus rasgos blancos.

Un extraño presentimiento se apoderó de mí, y estreché la mano de mi prometido entre las mías.

—¡Ay, Charley! ¡No vuelvas a la competición! ¡Di que te encuentras mal, pon alguna excusa y déjala!

—¡No digas tonterías, chiquilla! —exclamó, riéndose con ganas de mi pánico—. ¿De qué tienes tanto miedo?

—¡De él!

—No seas boba, mi vida. Quien te oyera hablar así de él pensaría que es un semidiós. ¡Ah! Ya suena la campana y tengo que irme.

—Bueno, al menos prométeme que no te acercarás a él —grité, siguiéndolo.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —dijo.

Y tuve que conformarme con esta pequeña concesión.

La prueba a quinientos metros estuvo igual de emocionante y reñida. Roborough se puso temporalmente en cabeza por unos puntos de diferencia,

hasta que una serie de ojos de buey de uno de los mejores tiradores del equipo rival cambió las tornas.

Al terminar, los voluntarios iban perdiendo por tres puntos, y el resultado se recibió con vítores del contingente de Plymouth y malas caras entre los vecinos del páramo.

Octavius Gaster observó la prueba de principio a fin, completamente inmóvil en lo alto del montículo donde se había instalado.

Me dio la sensación de que no entendía muy bien lo que pasaba, porque no miraba al apuntador, sino que tenía la cabeza vuelta y la mirada perdida en la distancia.

Una vez vi su perfil y me pareció que movía los labios muy deprisa, como si rezara, aunque quizá me engañase el resplandor del aire caliente del veranillo de san Martín. Sin embargo, esa fue mi impresión.

Por fin llegó el momento de la prueba decisiva a larga distancia.

Los hombres de Roborough se aplicaron sin descanso a la tarea de recuperar el terreno perdido, mientras que los adversarios parecían determinados a no desperdiciar ninguna oportunidad por exceso de confianza.

Se sucedieron los disparos, y la emoción de los espectadores era tan grande que se apiñaron alrededor del apuntador, jaleando con entusiasmo cada ojo de buey.

Estábamos tan contagiados del alboroto general que abandonamos nuestro refugio y soportamos sin rechistar los empujones y malos modos de la muchedumbre para ver más de cerca la actividad de los campeones.

Los militares se habían anotado diecisiete puntos frente a dieciséis de los voluntarios, y el pesimismo cundía entre la gente del campo.

Las cosas empezaron a pintar algo mejor cuando los dos equipos empataron a veinticuatro, y aún mejor cuando un disparo certero del equipo local elevó su puntuación a treinta y dos frente a treinta de los oponentes.

De todos modos, aún tenían que recuperar los tres puntos perdidos en la prueba anterior.

El marcador subía poco a poco, y los esfuerzos de ambos equipos para alzarse con la victoria eran desesperados.

Un escalofrío recorrió a la multitud cuando se supo que el último de los casacas rojas ya había disparado, que aún tenía que disparar un voluntario, y que los soldados llevaban cuatro puntos de ventaja.

Incluso la gente tan poco aficionada al deporte como nosotros vivió con emoción extrema la crítica situación que se presentaba.

Si el último representante de nuestro pueblo alcanzaba el ojo de buey, la competición estaba ganada.

La copa de plata, la gloria, el dinero de las apuestas, todo dependía de ese único disparo.

El lector podrá imaginar que mi interés no decayó ni mucho menos cuando, estirando el cuello y poniéndome de puntillas, vi que Charley cargaba fríamente un cartucho en el fusil y comprendí que de su destreza dependía el honor de Roborough.

Fue esto, creo, lo que me dio fuerza para abrirme paso a empujones entre el gentío y ponerme casi en primera fila, donde tenía una vista excelente del desarrollo del torneo.

Estaba entre dos ganaderos gigantescos y, mientras esperábamos que se lanzara el tiro decisivo, me fue imposible no oír la conversación que, con marcado acento de Devon, tenían por encima de mi cabeza.

—Es un hombre raro y feo —dijo uno.

—Lo es —asintió el otro con cordialidad.

—¿Has visto qué ojos tiene?

—¡Eh, Jock, mira qué boca tiene ese de ahí! Si hasta parece que echa espuma como el perro de Watson, el cachorro de bulldog que murió loco de rabia.

Me volví a mirar al objeto de estos elogiosos comentarios y mis ojos dieron con el doctor Octavius Gaster, de cuya presencia me había olvidado totalmente con la emoción.

Tenía la cara vuelta hacia mí, pero era evidente que no me veía, porque su mirada estaba puesta, con una insistencia férrea, entre un punto situado a media distancia entre nosotros, las dianas del fondo y él.

Nunca he visto nada que se pueda comparar con la extraordinaria concentración de esa mirada con las córneas como hinchadas, como si fueran a reventar en cualquier momento, mientras que las pupilas se contraían en un punto diminuto.

Le caían chorros de sudor por la cara larga y cadavérica, y, tal como acababa de observar el ganadero, tenía restos de espuma en las comisuras de los labios. La mandíbula estaba tensa, como en un denodado esfuerzo de la voluntad que necesitaba de toda la energía de su ser.

Este rostro no se borrará de mi memoria hasta el día de mi muerte ni dejará de perseguirme en sueños. Me estremecí, y aparté la cabeza con la vana esperanza de que el franco ganadero tuviera razón y una enfermedad mental fuera la causa de las extravagancias de aquel hombre singular.

Un imponente silencio se cernió sobre la muchedumbre mientras Charley, que ya había cargado su fusil, cerraba alegremente la recámara con un chasquido y avanzaba hacia su posición.

—¡Muy bien, señor Charles, muy bien! —oí susurrar al anciano McIntosh, el sargento de los voluntarios, cuando pasé a su lado—. ¡Cabeza fría y pulso firme es lo que hace falta, señor!

Mi prometido sonrió al canoso soldado mientras se tumbaba en la pradera y dirigía la vista por la mira del rifle en mitad de un silencio en el que se oía con toda claridad el rumor de la brisa entre las briznas de hierba.

Más de un minuto estuvo apuntando. Pareció que apretaba el gatillo con el dedo, y todas las miradas se centraron en la remota diana cuando, de repente, en vez de disparar, se puso de rodillas y dejó el arma en el suelo.

Para sorpresa de todos, estaba blanco como un cadáver y tenía la frente sudorosa.

—¡Oye, McIntosh! —dijo con una voz extraña y jadeante—. ¿Hay alguien entre la diana y yo?

—¿Entremedias, señor? Ni un alma —contestó el atónito sargento.

—¡Ese hombre de ahí! —gritó Charley con enérgico ardor, a la vez que agarraba al sargento del brazo y señalaba hacia la diana—. ¿No lo ves ahí, justo en medio de la línea de fuego?

—¡No hay nadie! —gritaron media docena de voces.

—¿No hay nadie? Bueno, habrán sido imaginaciones mías —admitió Charley, pasándose despacio una mano por la frente—. Aunque lo habría jurado… ¡Vamos, dame el fusil!

Volvió a tenderse en la hierba y se llevó el arma lentamente a los ojos. Apenas había mirado a lo largo del cañón cuando otra vez dio un salto y un grito fuerte.

—¡Ahí! ¡Os digo que lo estoy viendo! Va vestido con el uniforme de los voluntarios y se parece mucho a mí: es mi viva imagen. ¿Esto es una conspiración? —añadió, volviéndose hacia la multitud con fiereza—. ¿Me estáis diciendo que nadie ve a un hombre que se parece a mí, acercándose desde esa diana, a menos de doscientos metros de donde estoy?

Habría ido corriendo a su lado si no hubiera sabido cuánto le molestaban las intromisiones femeninas y todo lo que se pareciera a una escena. Tuve que conformarme con escuchar en silencio sus desconcertantes frases.

—¡Protesto! —exclamó un oficial, dando un paso adelante—. Este caballero tiene que disparar, o retiraremos a nuestros hombres del campo y nos proclamaremos vencedores.

—Pero ¡puedo matarlo! —contestó el pobre Charley, con la voz jadeante.

—¡Patrañas! ¡Tonterías! ¡Mátalo, entonces! —rugió una docena de voces masculinas.

—Lo cierto —le dijo uno de los militares que estaba delante de mí a su compañero— es que los nervios del joven no están a la altura de la ocasión, y lo sabe, y está intentando echarse atrás.

Poco podía adivinar, el imbécil teniente, las ganas que tenía mi mano de alargarse y darle un sonoro sopapo en las orejas.

—Es por el *brandy* de tres estrellas de Martell, es por eso —susurró el otro—. Lo «malo» por conocer. A mí me ha pasado y sé reconocerlo cuando lo veo.

Este último comentario era demasiado críptico para mí, de lo contrario quien lo hizo habría corrido el mismo riesgo que su compañero.

—Bueno, ¿va a disparar o no? —gritaron varias voces.

—Sí, voy a disparar —refunfuñó Charlie—. ¡Lo atravesaré con el disparo! ¡Esto es un asesinato… puro asesinato!

Nunca podré olvidar la tristeza con que miró a la multitud.

—Estoy apuntando con ese hombre en medio, McIntosh —murmuró, mientras se tendía en la hierba y apoyaba el arma en el hombro por tercera vez.

Hubo un momento de expectación, una llamarada, el chasquido de un fusil y un estallido de vítores que resonó en el páramo y que debió de oírse hasta en el pueblo.

—¡Buen tiro, muchacho, buen tiro! —aclamaron cien sinceras voces de Devonshire mientras el pequeño disco blanco asomaba por detrás del escudo del apuntador y borraba el ojo de buey, proclamando al vencedor del torneo.

—¡Buen tiro, muchacho! Ha sido el señor Pillar de Toynby Hall. Venga, vamos a llevarlo a casa a hombros, por el honor de Roborough. ¡Venid, muchachos! Está en la hierba. Espabile, sargento McIntosh. Pero ¿qué le pasa? ¿Eh? ¿Qué?

Se hizo un silencio sepulcral, seguido de un murmullo de incredulidad que se transformó en otro de compasión, con susurros de «¡Dejadla tranquila, pobre muchacha, dejadla sola!», y, una vez más, silencio, salpicado por los gemidos de una mujer y sus gritos de desesperación.

Y es que, lector, mi Charley, mi hermoso y valiente Charley, estaba tendido en la hierba, frío y muerto, sujetando todavía el fusil con los dedos agarrotados.

Oí expresiones de condolencia. Oí la voz del teniente Daseby, rota de dolor, suplicándome que dominara mi pena, y sentí su mano cuando me apartó con dulzura del cadáver de mi pobre niño muerto. Esto lo recuerdo: a partir de ahí todo se ha borrado hasta que me recuperé de mi enfermedad, cuando desperté en la enfermería de Toynby Hall y supe que llevaba tres angustiosas semanas delirando desde aquel día fatídico.

¡Un momento! ¿No recuerdo nada más?

A veces creo que sí. A veces creo recordar un intervalo de lucidez en mis desvaríos. Tengo el vago recuerdo de ver salir de mi habitación a mi buena enfermera, de ver un rostro demacrado y blanco mirando por la ventana entreabierta, y de oír una voz que decía: «Ya me he ocupado de tu hermoso enamorado, y ahora tengo que ocuparme de ti». Las palabras me resultaban familiares, como si ya las hubiera oído antes, y sin embargo puede que fuera solo un sueño.

«Y ¿ya está? —dirán ustedes—. ¿Por eso una mujer histérica acosa a un erudito inofensivo en las columnas de anuncios de los diarios? ¿Con pruebas tan poco consistentes insinúa los delitos más monstruosos?».

Bueno, no puedo esperar que estas cosas les afecten tanto como a mí. Únicamente puedo decir que, si hubiera un puente, y Octavius Gaster se encontrara en un extremo, y el tigre más despiadado que jamás se haya visto merodear por las selvas de la India estuviera en el otro, correría a buscar protección en el animal salvaje.

Mi vida está destrozada y condenada. No me preocupa que mi hora llegue pronto, pero, si mis palabras sirven para alejar a este hombre de una familia honrada, no las habré escrito en vano.

Dos semanas después de escribir este relato, mi pobre hija desapareció. Nadie ha logrado encontrarla. Un mozo de la estación de tren declaró haber visto a una joven que encajaba con su descripción, subiendo a un vagón de primera clase con un caballero alto y delgado. Sin embargo, es absurdo pensar que se haya fugado después de su reciente dolor y sin que yo sospechase nada. Los detectives, no obstante, están siguiendo esta pista.

Emily Underwood

DECLARACIÓN DE J. HABAKUK JEPHSON

(1884)

El mes de diciembre del año 1873, el buque británico Dei Gratia entró en Gibraltar remolcando el derrelicto del bergantín Marie Celeste[81], recuperado a 38° 40′ de latitud y 17° 15′ de longitud. Fueron varias las circunstancias relacionadas con el estado y el aspecto de este navío abandonado que suscitaron abundantes comentarios en su día y despertaron una curiosidad que nunca ha sido satisfecha. Dichas circunstancias se resumen en un perspicaz artículo aparecido en la *Gibraltar Gazette*. Las personas curiosas pueden encontrarlo en la publicación del 4 de enero de 1874, si la memoria no me falla. En beneficio de quienes, sin embargo, no tengan la posibilidad de consultar el diario en cuestión, transcribo aquí algunos pasajes que refieren los principales elementos del caso.

> Hemos encontrado —dice el autor anónimo de la *Gazette*— el derrelicto del Marie Celeste e interrogado detenidamente a los oficiales del Dei Gratia sobre cualquier detalle que pudiera esclarecer los hechos. Sostienen la opinión de que el buque llevaba varios días abandonado, puede que semanas, antes de la fecha del rescate. El cuaderno de bitácora, que se encontró en un camarote, consigna que el navío zarpó de Boston con rumbo a Lisboa el día 16 de octubre. Sus anotaciones son, no obstante, sumamente inexactas y aportan escasa información. No se hace referencia alguna al mal tiempo y, lo que es más, el estado de la pintura y los aparejos descarta la idea de que se abandonara por esa razón. El casco está completamente estanco. No se aprecian señales de combate o violencia, y ninguna circunstancia puede explicar la desaparición de sus tripulantes. Hay diversos indicios de que una dama viajaba a bordo, pues se han encontrado en un camarote una máquina de coser y algunas prendas femeninas. Probablemente fueran de la mujer del capitán, ya que el cuaderno de bitácora deja constancia de que iba acompañando a su marido. Como ejemplo de bonanza cabe señalar que había una bobina de seda encima de la máquina de coser, teniendo en cuenta que el menor zarandeo del barco la habría tirado al

> suelo. Los botes salvavidas estaban intactos y colgados de sus grúas, y el cargamento, que consistía en sebo y relojes americanos, se encontraba en perfecto estado. Una espada antigua de curiosa fabricación artesanal se descubrió en un trastero del castillo de proa, y se dice que se veía en el arma una marca longitudinal en el acero, como si alguien la hubiera limpiado recientemente. Se ha entregado a la policía y sometido al reconocimiento del analista, el doctor Monaghan. El resultado de su examen no se ha publicado de momento. Podemos señalar, en conclusión, que el capitán Dalton, del Dei Gratia, un marino inteligente y diestro, es de la opinión de que el Marie Celeste pudo ser abandonado a una distancia considerable del lugar en el que se recuperó, puesto que una fuerte corriente de la costa africana recorre esa latitud. El capitán se confesó aun así incapaz de aventurar alguna hipótesis que permita dilucidar todos los hechos del caso. Dada la absoluta falta de pistas o pruebas, se teme que el destino de la tripulación del Marie Celeste pueda sumarse a los numerosos misterios de las profundidades que no se resolverán hasta el gran día en que el mar devuelva a sus difuntos. De haberse cometido un delito, tal como se sospecha, hay escasas esperanzas de llevar a sus autores ante la justicia.

Voy a complementar este pasaje de la *Gibraltar Gazette* con la cita de un telegrama de Boston que circuló por los periódicos ingleses y que constituía toda la información que había sido posible recabar sobre el Marie Celeste. En él se decía:

> Era un bergantín con capacidad de 170 toneladas de carga, propiedad de White, Russell & White, importadores de vino de esta ciudad. El capitán J. W. Tibbs era un antiguo empleado de la naviera y un hombre de reconocida capacidad y probidad contrastada. Viajaba en compañía de su mujer, de treinta y un años, y de su hijo menor, de cinco años. Siete hombres integraban la tripulación, entre ellos dos marineros de raza negra y un criado. A bordo iban tres pasajeros, uno de ellos un famoso especialista en tisis, el doctor Habakuk Jephson de Brooklyn, distinguido partidario de la abolición de la esclavitud desde los primeros días del movimiento y autor de un panfleto titulado «¿Dónde está tu hermano?»[82] que ejerció una profunda influencia en la opinión pública antes de la guerra. Los otros pasajeros eran el señor J. Harton, un escribiente empleado de la compañía, y el señor Septimius

> Goring, un caballero mestizo de Nueva Orleans. Ninguna de las diligencias practicadas ha logrado esclarecer el destino de estos catorce seres humanos. La pérdida del doctor Jephson será muy lamentada en los círculos políticos y académicos.

Hasta aquí he resumido, para la opinión pública, todo cuanto por ahora se sabe del Marie Celeste y su tripulación, pues los diez años transcurridos desde entonces no han ayudado en nada a aclarar el misterio. Empuño ahora la pluma con la intención de contar lo que sé de aquel fatídico viaje. Lo considero un deber social, pues síntomas que en otros me resultan familiares me inducen a creer que no faltan demasiados meses para que tanto mi lengua como mi mano sean quizá incapaces de transmitir información alguna. Permítanme señalar, como preámbulo de mi relato, que soy Joseph Habakuk Jephson, doctor en Medicina por la Universidad de Harvard y antiguo asesor del Hospital Samaritano de Brooklyn.

Muchos sin duda se preguntarán por qué no me he presentado antes, y por qué he consentido que tantas conjeturas y suposiciones hayan quedado hasta ahora sin respuesta. De haber podido servir a la justicia de algún modo revelando los datos que obran en mi poder lo habría hecho sin vacilación. Me pareció, sin embargo, que no existía ninguna posibilidad de obtener ese resultado; y cuando, poco después del suceso, intenté exponer el caso a un funcionario inglés, me encontré con una incredulidad tan ofensiva que decidí no volver a exponerme nunca a semejante indignidad. Puedo, a pesar de todo, disculpar la descortesía del magistrado de Liverpool cuando pienso en el trato que recibí de mi propia familia, quien, conociendo mi carácter intachable, acogió mi declaración con una sonrisa benévola, como quien sigue la corriente a los delirios de un monomaníaco. Esta afrenta a mi veracidad motivó mi disputa con John Vanburger, el hermano de mi mujer, y me ratificó en la decisión de dejar que el asunto cayera en el olvido, una determinación que únicamente he alterado a instancias de mi hijo. Con el fin de ofrecer un relato inteligible, es ineludible hacer una alusión somera a un par de incidentes de mi vida anterior que arrojan luz sobre los acontecimientos posteriores. Mi padre, William K. Jephson, era un predicador de la secta conocida como los Hermanos de Plymouth, y uno de los ciudadanos más respetados de Lowell. Como la mayoría de los puritanos de Nueva Inglaterra, se oponía firmemente a la esclavitud, y fueron sus labios los que impartieron las lecciones que han teñido mis actos a lo largo de mi vida. Mientras estudiaba Medicina en la Universidad de Harvard, ya me había significado como abolicionista adelantado a su tiempo, y cuando después de titularme

compré la tercera parte de la consulta del doctor Willis, en Brooklyn, conseguí, a pesar de mis obligaciones profesionales, dedicar un tiempo considerable a la causa en la que había puesto todo mi entusiasmo, mi panfleto «¿Dónde está tu hermano?» (Swarburgh, Lister & Co., 1859), que despertó un interés notable.

Cuando estalló la guerra, dejé Brooklyn para acompañar en la campaña al 113.º Regimiento de Nueva York. Participé en la segunda batalla de Bull’s Run y en la batalla de Gettysburg. Más tarde resulté gravemente herido en Antietam y habría muerto probablemente en el frente de no haber sido por la bondad de un caballero llamado Murray, que me llevó a su casa y me ofreció todas las comodidades posibles. Gracias a su caridad, y a los cuidados que recibí de sus criados negros, pronto estuve en condiciones de pasear por la plantación con ayuda de un bastón. Fue en este período de convalecencia cuando se produjo un incidente estrechamente relacionado con mi relato.

Entre las más asiduas de las criadas negras que velaron mi lecho a lo largo de mi enfermedad, había una anciana que parecía ejercer una notable autoridad sobre las demás. Era sumamente atenta conmigo y, por las pocas palabras que cruzamos, deduje que había oído hablar de mí y que me estaba agradecida por defender a su raza oprimida.

Un día en que estaba yo sentado en el porche, tomando el sol y debatiendo si debía incorporarme de nuevo al ejército del general Grant, me sorprendió ver que la anciana se me acercaba renqueando. Después de dirigir una cauta mirada a un lado y a otro, para cerciorarse de que estábamos solos, se palpó la pechera del vestido y sacó una bolsita de gamuza negra que llevaba colgada al cuello de una cuerda blanca.

—Señor —dijo, inclinándose para hablarme al oído con voz ronca—, moriré pronto. Soy mujer muy vieja. No seguiré mucho en la plantación del señor Murray.

—Aún puede usted vivir mucho tiempo, Martha —contesté—. Ya sabe que soy médico. Si se siente mal, dígamelo y trataré de curarla.

—No quiero vivir… Quiero morir. Ir con las huestes celestiales. —Cayó entonces en uno de esos éxtasis semipaganos a los que se abandonan los negros—. Pero, señor, una cosa tengo que darle antes de irme. No puedo cruzar con ella el Jordán. Una cosa muy valiosa, más valiosa y más sagrada que nada en el mundo. Yo, una pobre vieja negra, tengo esto porque mi gente, gente muy grande, cree que venía del antiguo país. Pero usted no puede entenderlo igual que la gente negra. Mi padre me lo da, y su padre se lo da a él, pero ¿a quién se lo doy yo ahora? La pobre Martha no tiene hijos ni

familia: nadie. Por todas partes solo veo hombres negros muy malos. Mujeres negras muy estúpidas. Nadie digno de la piedra. Y entonces digo: «Aquí tienes al señor Jephson que escribe libros y lucha por mi gente». Tiene que ser un buen hombre, y para él será la piedra, aunque sea blanco y nunca pueda saber qué significa o de dónde viene. —La mujer rebuscó entonces en la bolsa de gamuza y sacó una piedra grande y plana con un agujero en el centro—. Tome —dijo, poniéndomela en la mano—. Tome. Nada malo viene nunca de algo bueno. Guárdela bien… ¡No la pierda nunca! —Y, con un gesto de advertencia, la mujer se alejó renqueando con la misma cautela con que había venido, mirando de nuevo por todas partes para ver si alguien nos observaba.

La seriedad de la anciana me divirtió, más que impresionarme, y si me abstuve de reírme mientras soltaba esta perorata fue por temor a herir sus sentimientos. Cuando se marchó, examiné la piedra que me había dado. Era de un color negro intenso, extremadamente dura y de forma ovalada, la típica piedra que se coge en la orilla para lanzarla al agua. Medía unos ocho centímetros de largo y unos cuatro de ancho en el centro, y tenía los bordes redondeados. Lo más curioso eran varias muescas, bien marcadas y semicirculares, que cubrían la superficie y le daban la apariencia exacta de una oreja humana. En conjunto estaba muy interesado por esta nueva adquisición y decidí enseñársela, como muestra geológica, a mi amigo el profesor Shroeder, del Instituto de Nueva York, en cuanto se me presentara la oportunidad. Mientras tanto, guardé la piedra en el bolsillo y, levantándome de la butaca, fui a dar un paseo entre los arbustos sin pensar más en el incidente.

Como mi herida ya estaba casi curada por aquel entonces, poco después me despedí del señor Murray. Viendo que los ejércitos de la Unión se alzaban con la victoria en todas partes y ya empezaban a reunirse en Richmond, mi utilidad parecía innecesaria, así que volví a Brooklyn. Allí reanudé mi actividad profesional y me casé con la segunda hija de Josiah Vanburger, el famoso grabador en madera. En el curso de unos pocos años establecí buenas relaciones y me gané una considerable reputación en el tratamiento de las enfermedades pulmonares. Seguía llevando la piedra negra en el bolsillo, y a menudo contaba la historia de las curiosas circunstancias en que llegó a mis manos. Cumplí también la decisión de enseñársela al profesor Shroeder, que se mostró muy interesado tanto por la anécdota como por el ejemplar. Lo clasificó como un fragmento de meteorito y llamó mi atención sobre el hecho de que su parecido con una oreja no era accidental, sino que se había tallado con sumo cuidado hasta darle esa forma. Doce pequeños puntos anatómicos

indicaban que quien la talló era tan preciso como hábil. «No me extrañaría —dijo el profesor— que sea un fragmento roto de una estatua, aunque la perfección con que se ha trabajado ese material tan duro escapa a mi entendimiento. ¡Si hay una estatua en la que encaje, me gustaría verla!». Lo mismo pensé yo entonces, pero ahora he cambiado de opinión.

Los siete u ocho años siguientes de mi vida transcurrieron en calma y sin novedades. La primavera dio paso al verano y el invierno dio paso a la primavera sin ninguna variación en mis obligaciones. Como la clínica había crecido, acepté en calidad de socio a J. S. Jackson, que recibiría la cuarta parte de las ganancias. La tensión continuada había pasado factura a mi salud, y al cabo de algún tiempo me sentía tan mal que mi mujer insistió en que consultara con el doctor Kavanagh Smith, un colega del Hospital Samaritano. Este caballero me examinó y diagnosticó que el vértice de mi pulmón izquierdo se había solidificado, y me hizo la doble recomendación de someterme a un tratamiento médico y hacer un largo viaje por mar.

Mi carácter, inquieto por naturaleza, me inclinó plenamente a seguir su segundo consejo, y el asunto se zanjó al encontrarme con el joven Russell, de la naviera White, Russell & White, quien me ofreció un pasaje en uno de los barcos de su padre, el Marie Celeste, a punto de zarpar de Boston. «Es un barquito muy acogedor —dijo—. Y Tibbs, el capitán, es un tipo excelente. No hay nada como un velero para un enfermo». Yo era de la misma opinión, por lo que acepté la oferta en el acto.

El plan inicial era que mi mujer me acompañara en mis viajes, pero siempre ha sido mala marinera y había importantes razones familiares para no exponerla a un riesgo en ese momento, así que decidimos que se quedaría en casa. No soy un hombre religioso ni efusivo pero ¡doy gracias a Dios de que no viniera! Ausentarme de la clínica me resultó más sencillo, porque Jackson, mi socio, era un hombre de total confianza, además de muy trabajador.

Llegué a Boston el 12 de octubre de 1873 y fui de inmediato a las oficinas de la naviera para agradecerles su cortesía. Estaba sentado en la sala de contabilidad, esperando a que pudieran recibirme, cuando las palabras Marie Celeste llamaron bruscamente mi atención. Volví la cabeza y vi a un hombre muy alto y enjuto, apoyado en el mostrador de caoba, que estaba haciendo unas preguntas al empleado. Al fijarme en su perfil, vi que tenía una parte importante de sangre negra, que era probablemente cuarterón, incluso más negro que otra cosa. La nariz aguileña y el pelo lacio daban fe de su sangre blanca, mientras que los ojos inquietos y oscuros, la boca sensual y los labios brillantes revelaban su origen africano. Tenía la tez de un tono amarillento y

enfermizo, con profundas marcas de viruela, y en conjunto causaba una impresión desagradable, casi repulsiva. Hablaba, sin embargo, con voz suave y melodiosa y con palabras bien escogidas, y era sin lugar a dudas un hombre de cierta educación.

—Quisiera hacerle unas preguntas sobre el Marie Celeste —repitió, acercándose al empleado—. Zarpa pasado mañana, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo el joven empleado, a quien el brillo de un gran diamante que el desconocido llevaba en la camisa predispuso a mostrar una cortesía desacostumbrada.

—¿Cuál es su destino?

—Lisboa.

—¿Cuántos tripulantes?

—Siete, señor.

—¿Pasajeros?

—Sí, dos. Uno de nuestros empleados y un médico de Nueva York.

—¿Ningún caballero del sur? —preguntó el desconocido con impaciencia.

—Ninguno, señor.

—¿Hay sitio para otro pasajero?

—Alojamiento para tres más —contestó el empleado.

—Iré —dijo el cuarterón con contundencia—. Iré. Compraré el pasaje ahora mismo. Haga el favor de anotarlo: señor Septimius Goring de Nueva Orleans.

El empleado rellenó un formulario y se lo entregó al desconocido señalando un espacio en blanco al pie del papel. Cuando el señor Goring se inclinó para firmar, me horrorizó ver que le faltaban los dedos de la mano derecha y sostenía el papel con el pulgar y la palma. He visto a miles de heridos en combate y colaborado en todas las operaciones quirúrgicas imaginables, pero no recuerdo nada que me repugnara tanto como esa mano semejante a una esponja marrón y con un solo dedo. La empleaba pese a todo con mucha habilidad, pues estampó su firma rápidamente, asintió con la cabeza y salió de la oficina justo cuando el señor White enviaba el recado de que ya podía atenderme.

Fui al Marie Celeste a última hora de la tarde para ver mi camarote, que era sumamente cómodo considerando el tamaño mediano del barco. El señor Goring, a quien había visto esa mañana, ocuparía el de al lado. En frente se encontraban el camarote del capitán y otro más pequeño para el señor Harton, un caballero enviado por la naviera en viaje de negocios. Los cuatro habitáculos se encontraban a ambos lados de un pasillo que iba de la cubierta

principal a la cámara. Esta última era una habitación amplia y de buen gusto, con las paredes de roble y caoba, una suntuosa alfombra de Bruselas y lujosos sofás. Me agradó mucho el alojamiento, y también Tibbs, el capitán, un marino campechano, de voz fuerte y actitud cordial, que me dio la bienvenida a bordo efusivamente e insistió en que compartiéramos una botella de vino en su camarote. Me dijo que tenía intención de llevar a su mujer y a su hijo menor en el viaje, y confiaba en que, con buena suerte, en tres semanas llegaríamos a Lisboa. Tuvimos una agradable conversación y nos despedimos como excelentes amigos, con la advertencia por su parte de que me preparase para salir el día siguiente, pues el barco ya estaba cargado y pensaba zarpar a mediodía, con la marea alta. Volví a mi hotel, donde me esperaba una carta de mi mujer, y después de una noche de sueño reparador me dirigí al barco por la mañana. Lo que ocurrió a partir de ese momento quedó registrado en el diario que llevé para paliar la monotonía del largo viaje por mar. Pese a lo escueto de algunos pasajes, al menos puedo confiar en la exactitud de los detalles, pues escribí puntualmente a diario.

16 de octubre. Soltamos amarras a las dos y media, y los remolcadores nos llevaron hasta la boca de la bahía, donde salimos a toda vela a una velocidad de nueve nudos por hora. Estuve en popa, contemplando cómo la costa baja de América se hundía poco a poco en el horizonte hasta perderse de vista en la neblina del atardecer. Una única luz roja brillaba torvamente detrás de nosotros, trazando una estela larga, como un reguero de sangre en el agua, y aún sigue siendo visible mientras escribo, aunque reducida ahora a una mota minúscula. El capitán está de mal humor, porque dos de sus tripulantes lo dejaron plantado en el último momento y ha tenido que contratar a un par de negros que estaban en el muelle por casualidad. Contaba con aquellos otros dos hombres, marinos veteranos y fiables, que lo habían acompañado en varias travesías, y el hecho de que no se presentaran le ha causado tanta sorpresa como irritación. Cuando siete tripulantes tienen que hacerse cargo de un barco de tamaño mediano, la pérdida de dos marineros con experiencia es grave, pues, a pesar de que los negros pueden llevar un rato el timón o limpiar las cubiertas, sirven de escasa o ninguna ayuda si hace mal tiempo. Nuestro cocinero también es negro, y el criado del señor Septimius Goring es un muchacho de piel oscura, así que somos una comunidad bastante moteada. John Harton, el contable de la naviera, promete ser una buena adquisición, pues parece un joven alegre y divertido. ¡Es extraño lo poco que influye la riqueza en la felicidad! Harton tiene la vida entera por delante y va en busca

de fortuna en tierra extranjera, pero salta a la vista que es todo lo feliz que un hombre puede ser. Goring es rico, si no me equivoco, y yo también; aunque yo sé que tengo una dolencia pulmonar y a Goring le pasa algo más grave, a juzgar por su aspecto. ¡Qué pobres parecemos los dos comparados con el despreocupado contable que no tiene ni un céntimo!

17 de octubre. La señora Tibbs ha salido a cubierta por primera vez esta mañana: es una mujer alegre y enérgica, y tiene un hijo encantador que todavía se tambalea y balbucea un poco. El joven Harton se abalanzó sobre el pequeño nada más verlo, y se lo ha llevado a su camarote, donde sin duda sembrará la simiente de la dispepsia en el estómago del niño. ¡La medicina nos vuelve a todos cínicos! El tiempo sigue espléndido y sopla una agradable y fresca brisa del oeste-suroeste. El bergantín es tan estable que, de no ser por los chasquidos de los cabos, la hinchazón de las velas y el largo surco blanco de nuestra estela, casi no se notaría su movimiento. He estado toda la mañana paseando por la cubierta de popa con el capitán, y creo que el aire fresco y puro ya ha sentado bien a mi respiración, porque no me he cansado nada con el ejercicio. Tibbs es un hombre de notable inteligencia, y hemos tenido una conversación tan interesante al hilo de las observaciones de Maury[83] sobre las corrientes marinas que hemos acabado bajando a su camarote para consultar el texto original. Allí nos encontramos con Goring, para sorpresa del capitán, pues no es habitual que los pasajeros entren en este santuario sin una invitación expresa. Goring, no obstante, se disculpó por la intrusión, alegando su ignorancia de las costumbres de la vida en el barco, y el amable patrón se limitó a reírse del incidente y le pidió que se quedara y nos honrase con su compañía. Goring, que había abierto el estuche de los cronómetros, los señaló y dijo que los estaba admirando. Es evidente que tiene cierto conocimiento práctico de estos instrumentos matemáticos, pues le bastó con echar un vistazo para saber cuál era el más fiable de los tres y calcular también su precio con un margen de error de pocos dólares. Habló asimismo con el capitán de la variación de la brújula y, cuando volvimos al tema de las corrientes marinas, hizo gala de conocerlas a fondo. En conjunto, Goring mejora mucho con el trato y es un hombre definitivamente culto y refinado. Su voz armoniza con su conversación, y ambas son la antítesis de su cara y su presencia física.

Las observaciones de mediodía señalan que hemos recorrido doscientas veinte millas. Hacia el atardecer, la brisa refrescó, y el primer oficial ordenó arrizar las gavias y los juanetes, en previsión de una noche ventosa. Veo que el barómetro ha caído a veintinueve. Confío en que la navegación no se

complique, porque no soy buen marinero y una travesía tormentosa seguramente me haría más mal que bien, aunque tengo la máxima confianza en la destreza del capitán y la solidez del barco. He jugado a los naipes con la señora Tibbs después de cenar, y Harton nos ha deleitado con unas melodías al violín.

18 de octubre. Los pronósticos pesimistas de anoche no se han cumplido. El viento ha amainado de nuevo y navegamos entre olas largas y resbaladizas, empujados por una brisa suave que apenas araña el mar y no basta para hinchar las velas. El aire es más fresco que ayer y he tenido que ponerme uno de los jerséis de lana gruesa que mi mujer tejió para mí. Harton vino a mi camarote esta mañana y fumamos un cigarro juntos. Dice que recuerda haber visto a Goring en Cleveland, Ohio, en el año 89. Por lo visto, ya entonces era tan misterioso como ahora, deambulaba sin ocupación conocida y siempre sumamente reacio a hablar de sus asuntos. Me interesa este individuo como estudio psicológico. Esta mañana, en el desayuno, me asaltó de pronto esa vaga inquietud que alguna gente siente cuando se la observa muy de cerca y, al levantar la vista, vi los ojos de Goring clavados en mí con una intensidad casi violenta, aunque su expresión se suavizó al instante para hacer un comentario intrascendente sobre el tiempo. Lo curioso es que Harton dice que tuvo una experiencia muy similar ayer, en cubierta. He observado que Goring habla a menudo con los marineros negros mientras pasea por el barco, gesto que admiro mucho, pues es común que los mestizos se olviden de su sangre oscura y traten a sus congéneres negros con mayor intolerancia que un hombre blanco. El criado que lo acompaña parece entregado a su servicio, lo que indica que recibe un buen trato de su amo. Goring es, en general, una curiosa mezcla de cualidades incongruentes y, si no me equivoco, va a darme motivos para reflexionar a lo largo del viaje.

El capitán está protestando por sus cronómetros, que no registran exactamente la misma hora. Dice que es la primera vez que no coinciden. A mediodía, por culpa de la bruma, no nos fue posible hacer el cálculo correspondiente. Creemos que habremos recorrido unas ciento setenta millas en las últimas veinticuatro horas. Los marineros negros han demostrado, como vaticinaba el Tibbs, ser muy poco profesionales, pero como saben manejar el timón se les ha asignado esta tarea y el gobierno del barco se ha dejado en manos de los más veteranos. Por triviales que puedan parecer estos detalles, la cosa más nimia es motivo de habladurías en un barco. El avistamiento de una ballena al atardecer ha causado mucho revuelo. Por la

cola negra y en forma de horquilla yo diría que era un rorcual, como las llaman los pescadores.

19 de octubre. El viento era frío, así que he tenido la prudencia de pasar el día en el camarote y únicamente he salido a cenar. La ventaja de vivir en un espacio pequeño es que, acostado en la litera, puedo, sin necesidad de moverme, alcanzar los libros, las pipas y todo lo que necesite. Mi vieja herida ha empezado a dolerme un poco hoy, probablemente por el frío. He aliviado el dolor leyendo los *Ensayos* de Montaigne. Harton ha venido esta tarde con Doddy, el hijo del capitán, y el propio capitán apareció más tarde, así que he disfrutado de una buena fiesta.

20 y 21 de octubre. Sigue haciendo frío, acompañado de una llovizna constante, y no he podido salir del camarote. Este encierro me debilita y me deprime. Goring vino a verme, pero su compañía no me ha alegrado gran cosa, pues apenas abrió la boca y se limitó a observarme de un modo bastante peculiar e irritante. Luego se levantó y salió del camarote sin decir palabra. Empiezo a sospechar que es un demente. Creo que ya he señalado que su camarote está al lado del mío, dividido por un tabique fino y cuarteado en muchos puntos, con grietas tan grandes que casi no puedo evitar, cuando estoy tumbado en la litera, ver lo que hace. Sin la menor intención de jugar a los espías, lo veo inclinado a todas horas sobre lo que parece una carta náutica, trabajando con un lápiz y compases. Ya he hablado del interés que muestra por los asuntos relacionados con la navegación, pero me sorprende que se moleste en calcular el rumbo del barco. Por otro lado, es una distracción inofensiva, y seguro que contrasta sus resultados con los del capitán.

Me gustaría que este hombre no ocupara tanto mis pensamientos. La noche del 20, tuve una pesadilla en la que creí que mi litera era un féretro en el que yacía yo, y Goring clavaba la tapa mientras forcejeaba con todas mis fuerzas. Incluso cuando me desperté, me costó convencerme de que no estaba dentro de un féretro. Aunque sé, como médico, que una pesadilla es un simple trastorno vascular de los hemisferios cerebrales, en mi estado de debilidad no consigo desprenderme de la morbosa sensación que produce.

22 de octubre. Buen día, sin apenas una sola nube en el cielo y con una brisa fresca del suroeste que nos empuja alegremente. Es evidente que ha habido mal tiempo cerca de donde estamos, porque el oleaje es tremendo y el barco se escora hasta que el extremo de la verga más baja casi roza el agua. He dado un refrescante paseo por popa, aunque de momento no consigo

sincronizar las piernas al movimiento del barco. He visto varios pájaros, creo que eran pinzones, posados en las jarcias.

4:40 p. m. Esta mañana, en cubierta, de repente oí una explosión que venía de mi camarote y, al bajar a toda prisa, vi que había estado a punto de sufrir un accidente grave. Al parecer, Goring estaba limpiando un revólver en su camarote cuando una de las recámaras, que él creía vacías, se disparó. La bala atravesó el tabique lateral y se incrustó en el extremo de las cuadernas, justo donde suelo apoyar la cabeza. He pasado demasiado tiempo entre armas de fuego para exagerar detalles sin importancia, pero no cabe duda de que si hubiera estado en la litera en ese momento me habría matado. Goring, el pobre hombre, no sabía que yo estaba en cubierta, y debe de haberse llevado un susto tremendo. Nunca he visto semejante emoción en el rostro de un hombre como cuando, al salir corriendo de su camarote con la pistola todavía humeando en la mano, se dio de bruces conmigo, que bajaba de cubierta. Como es natural, se deshizo en disculpas, a pesar de que yo me reí del percance.

11 p. m. Ha ocurrido una desgracia tan horrible e inesperada que ha reducido a la insignificancia el peligro del que por poco me libro esta mañana. La señora Tibbs y su hijo han desaparecido del todo, sin dejar rastro. A duras penas puedo encontrar serenidad para referir detalles tan tristes. Alrededor de las ocho y media, Tibbs entró bruscamente en mi camarote, con la cara muy blanca, y me preguntó si había visto a su mujer. Le dije que no. Luego fue corriendo como loco a la cámara de oficiales en busca de algún rastro de su mujer mientras yo lo seguía y, totalmente en vano, intentaba convencerlo de que sus temores eran absurdos. Hemos registrado el barco por espacio de una hora y media sin encontrar la más mínima señal de la señora Tibbs y el niño. El pobre capitán se ha quedado completamente afónico de tanto llamarla. Hasta los marineros, normalmente impasibles, parecían muy afectados viéndolo deambular por cubierta con la cabeza descubierta y despeinada, examinando con una angustia febril los rincones más inauditos y volviendo sobre ellos una y otra vez con una persistencia digna de lástima. La última vez que se ha visto a la señora Tibbs ha sido alrededor de las siete de la tarde, cuando llevó a Doddy a popa a tomar el aire un rato antes de acostarlo. En ese momento no había nadie en cubierta más que un marinero negro que llevaba el timón y que niega haberla visto. El caso es un misterio. Mi teoría es que, cuando la madre estaba con el niño de la mano, cerca de la mesa de guarnición, al pequeño le debió de dar por subirse allí y cayó por la borda, y, en el convulso intento de cogerlo y salvarlo, la mujer fue detrás él. No

consigo explicarme de otro modo la doble desaparición. Es muy posible que la tragedia ocurriera sin que el hombre que estaba al timón se diera cuenta, porque ya había oscurecido a esa hora y las altas claraboyas de la cámara ocultan la mayor parte de la cubierta de popa. Sea cual sea la verdad, se trata de una tragedia atroz que nos ha sumido a todos en la más negra pesadumbre. El contramaestre ha virado el rumbo en dirección contraria, aunque no hay ya la más mínima esperanza de encontrarlos. El capitán está en su camarote, en un profundo estado de estupor. Le he puesto en el café una dosis potente de opio, para adormecer su angustia al menos unas horas.

23 de octubre. Me he despertado con una vaga sensación de pesadumbre, aunque he tardado unos momentos en recordar la pérdida de la noche de ayer. Al subir a cubierta, he visto al pobre capitán contemplando el desierto de agua que se ha llevado lo que más quería en este mundo. Intenté hablar con él, pero se apartó bruscamente y se puso a dar vueltas por la toldilla con la cabeza hundida en el pecho. Incluso ahora que la verdad es tan palpable, Tibbs no puede pasar al lado de un bote o una vela caída sin mirar debajo. Parece diez años más viejo que ayer por la mañana. Harton está totalmente destrozado, pues le había tomado mucho cariño al pequeño Doddy, y Goring también parece afligido. Al menos, se ha pasado el día encerrado en su camarote y, una vez que lo he visto por casualidad, tenía la cabeza entre las manos, como dominado por la melancolía. Me temo que somos la tripulación más abatida que se haya visto jamás. ¡Qué impresión se llevaría mi mujer si tuviera noticia del desastre! El oleaje ha amainado y navegamos a unos ocho nudos, a todo trapo y con buena brisa. Hyson está prácticamente al mando del barco ahora que Tibbs, aun cuando hace lo posible por aguantar el tipo y aparentar entereza, es incapaz de ocuparse de ningún trabajo importante.

24 de octubre. ¿Está maldito el barco? ¿Alguna otra travesía ha podido empezar bien y dar un giro tan desastroso? Tibbs se ha pegado un tiro en la cabeza esta noche. Me despertó una explosión a eso de las tres de la madrugada y salí de la cama de un salto para ir corriendo al camarote del capitán, donde descubrí la causa con un terrible presentimiento en el corazón. A pesar de que apenas tardé unos momentos en llegar, Goring había llegado aún más deprisa, y ya estaba en el camarote, inclinado sobre el cadáver del capitán. La escena era horrorosa: Tibbs tenía la cara reventada, y todo estaba encharcado de sangre. La pistola seguía en el suelo, a su lado, donde se le había caído de la mano. Era evidente que se la había metido en la boca antes de apretar el gatillo. Goring y yo lo levantamos con el mayor respeto y lo acostamos en su cama. La tripulación se había amontonado en el camarote, y

los seis hombres blancos estaban hondamente consternados, pues habían navegado muchos años con el capitán. Me fijé también en que murmuraban y cruzaban miradas aprensivas, y uno de ellos dijo abiertamente que el barco estaba hechizado. Harton ayudó a sacar al pobre capitán, y entre todos lo envolvimos en lonas. A las doce izamos la vela del trinquete y entregamos su cuerpo a las profundidades mientras Goring leía el responso de la Iglesia de Inglaterra. La brisa ha refrescado y hemos navegado a una velocidad media de diez nudos todo el día, a veces de doce. Cuanto antes lleguemos a Lisboa y salgamos de este barco maldito, más me alegraré. Parece que estemos dentro de un ataúd flotante. No me extraña que los pobres marineros sean supersticiosos cuando yo mismo, que soy un hombre educado, tengo una sensación tan intensa.

25 de octubre. Buen ritmo de avance todo el día. Estoy apático y deprimido.

26 de octubre. Goring, Harton y yo hemos tenido una charla en cubierta esta mañana. Harton ha intentado sonsacarle a Goring su profesión y el motivo de su viaje a Europa, pero el cuarterón ha esquivado todas sus preguntas sin darnos ninguna información. Lo cierto es que parecía algo ofendido por la insistencia de Harton, y se retiró a su camarote. ¡No entiendo por qué nos interesa tanto este individuo! Supongo que es su pinta llamativa, sumada a su riqueza aparente, lo que nos pica la curiosidad. Harton tiene la teoría de que es un detective que está buscando a cierto delincuente huido a Portugal, y que elige esta singular forma de hacer el viaje para pasar desapercibido y caer sobre su presa sin previo aviso. A mí me parece una suposición muy rocambolesca, pero Harton se basa en un libro que Goring olvidó en cubierta y que ha estado hojeando. Por lo visto era una especie de álbum de recortes, con bastantes fragmentos de periódicos. Todos ellos se relacionaban con diversos asesinatos cometidos en Estados Unidos a lo largo de los últimos veinte años. Sin embargo, una curiosidad que detectó Harton es que en ninguno de los casos los asesinos habían llegado a comparecer ante la justicia. Dice que los detalles eran completamente distintos y lo mismo ocurría con el tipo de ejecución y la posición social de la víctima, pero todos coincidían en que el asesino seguía suelto, aunque, por supuesto, la policía tenía fundadas razones para confiar en su captura inminente. Esta particularidad ciertamente parece refrendar la teoría de Harton, si bien podría tratarse de una simple afición de Goring o, como le sugerí a Harton, quizá nuestro compañero de viaje esté recopilando información para un libro que rivalice con De Quincey[84]. En todo caso, no es asunto nuestro.

27 y 28 de octubre. El viento continúa propicio y avanzamos a buen ritmo. ¡Es extraña la facilidad con que un ser humano puede desaparecer y caer en el olvido! Casi nadie se acuerda ya de Tibbs; Hyson se ha trasladado a su camarote y todo sigue su curso. Si no fuera por la máquina de coser de la señora Tibbs a un lado de la mesa, podríamos olvidarnos de que esa desgraciada familia existió alguna vez. Hoy ha ocurrido otro accidente a bordo, aunque por fortuna no demasiado grave. Uno de los marineros blancos había bajado a la bodega de popa a por una cuerda de repuesto cuando una de las escotillas que retiró para entrar se le cayó encima. Salvó la vida apartándose de un salto, pero la plancha le ha machacado un pie y no podrá hacer gran cosa en lo que queda de viaje. Atribuye el percance al descuido de su compañero negro, que lo había ayudado a retirar las escotillas. Este último, por su parte, lo achaca al balanceo del barco. Al margen de la causa, esto reduce aún más nuestra tripulación. Parece que la racha de mala suerte está deprimiendo a Harton, porque ha perdido su jovialidad y su buen ánimo de costumbre. Goring es el único que conserva la alegría. Veo que sigue trabajando en el camarote con su carta náutica. Sus conocimientos de navegación podrían ser útiles si algo le ocurriera a Hyson, ¡Dios no lo quiera!

29 y 30 de octubre. Seguimos navegando de bolina con una brisa fresca. Todo en calma y nada digno de mención.

31 de octubre. Mi debilidad pulmonar, sumada a los alarmantes episodios del viaje, ha alterado tanto mi sistema nervioso que ahora me afecta hasta el incidente más trivial. Me cuesta creer que soy el mismo hombre que ligaba la arteria ilíaca externa —una operación que exige la máxima precisión— bajo una lluvia de balas en Antietam. Estoy nervioso como un niño. Anoche, a cuatro campanadas en mitad de la primera guardia, seguía en duermevela, tratando inútilmente de entregarme a un sueño reparador. No había luz en mi camarote pero un rayo de luna entraba por el ojo de buey, proyectando sobre la puerta un círculo de plata parpadeante. Estaba contemplando, con los ojos adormilados este círculo, consciente de cómo se iba borrando a medida que mis sentidos me abandonaban, cuando la repentina aparición de un objeto pequeño y oscuro justo en el centro del disco luminoso me espabiló por completo. Me quedé quieto, observándolo con la respiración agitada. El punto se volvió gradualmente más grande y más claro, hasta que vi que se trataba de una mano que se había colado con sigilo por el hueco de la puerta entreabierta, una mano que, según observé con un escalofrío de terror, no tenía dedos. La puerta se abrió despacio y la cabeza de Goring siguió a la mano. Apareció en el centro del rayo de luna, enmarcada por una especie de

halo difuso y espectral que dejaba ver pese a todo sus facciones nítidamente. Pensé que jamás había visto una expresión tan diabólica y cruel en un rostro humano. Tenía las pupilas dilatadas y brillantes, los labios tan retraídos que asomaban los dientes blancos y el pelo negro y liso levantado en la frente como la capucha de una cobra. La inesperada y silenciosa aparición me impresionó tanto que di un salto en la cama, temblando de pies a cabeza, y busqué mi revólver con una mano. Me avergoncé sinceramente de mi precipitación cuando me explicó el motivo de su intrusión, cosa que hizo de inmediato y con la mayor cortesía. Al pobre hombre ¡le dolían las muelas! y venía a pedirme un poco de láudano, sabiendo que yo tenía un botiquín. En cuanto a su expresión siniestra, Goring nunca es una belleza, y entre mi estado de tensión nerviosa y el efecto cambiante de la luz de la luna era fácil evocar una visión horrenda. Le di veinte gotas y se marchó, con repetidas expresiones de gratitud. Casi no acierto a decir lo mucho que me ha afectado este incidente trivial. He estado alterado todo el día.

Se omite aquí la crónica de una semana de viaje, que transcurrió sin acontecimientos reseñables, pues lo que se consigna en mi diario son, en unas cuantas páginas, habladurías sin importancia.

7 de noviembre. Harton y yo hemos pasado la mañana sentados a popa, porque el clima empieza a ser muy templado en estas latitudes meridionales. Calculamos que hemos hecho dos terceras partes del viaje. ¡Cuánto nos alegraremos de ver las verdes riveras del Tajo y dejar para siempre este infausto bergantín! Hoy he hecho lo posible por animar a mi joven compañero y distraerlo con algunas experiencias de mi vida pasada. Entre otras cosas, le conté cómo llegó a mis manos la piedra negra y, como apoteosis, saqué el objeto en cuestión del bolsillo lateral de mi vieja cazadora. Estábamos observándolo juntos, mientras yo le señalaba las curiosas protuberancias talladas en la superficie, cuando notamos que una sombra se interponía entre nosotros y el sol, y, al volver la cabeza, vimos que teníamos a Goring detrás, examinando la piedra por encima de nuestros hombros. Por alguna razón, parecía entusiasmado, aunque era evidente que intentaba dominarse y ocultar su emoción. Señaló un par de veces mi reliquia con el pulgar pequeño y grueso antes de recuperarse lo suficiente para preguntar qué era y cómo lo había conseguido, pregunta que hizo con tanta brusquedad que me habría ofendido de no haber sabido lo excéntrico que es este hombre. Le conté la historia de un modo muy parecido a como acababa de contársela a Harton.

Me escuchó con el mayor interés y preguntó a continuación si tenía yo alguna idea de qué tipo de piedra era. Le dije que no, más allá de que era un meteorito. Quiso saber si había probado alguna vez sus efectos sobre un negro. Le contesté que no.

—Veamos qué piensa de ella nuestro timonel negro —dijo.

Cogió la piedra y se acercó al marinero, y los dos la examinaron atentamente. Vi que el otro gesticulaba, se alteraba y movía la cabeza como si afirmara algo, a la vez que su expresión delataba la más profunda perplejidad mezclada, creo, con cierto respeto. Goring volvió entonces con nosotros, con la piedra todavía en la mano.

—Dice que es una piedra inútil y sin valor —explicó—, que solo sirve para lanzarla por la borda. —Con esto levantó la mano y no cabe duda de que se habría desecho de mi reliquia si el marinero negro, que estaba detrás de él, no se hubiera abalanzado para sujetarle la muñeca. Al verse inmovilizado, Goring soltó la piedra y se fue de muy mal talante para librarse de mis airadas protestas por esta violación de mi buena fe. El negro recuperó la piedra y me la devolvió con reverencia y muestras de profundo respeto. El asunto es inexplicable. Estoy cada vez más convencido de que Goring está loco o le falta muy poco. A pesar de todo, si comparo el efecto que la piedra causó en el marinero con el respeto con que Martha me la entregó en la plantación y la sorpresa de Goring al verla, no puedo sino llegar a la conclusión de que tengo en mi poder un poderoso talismán de enorme atractivo para la raza negra. No volveré a confiársela de nuevo a Goring.

8 y 9 de noviembre. ¡Estamos disfrutando de un tiempo espléndido! Aparte de un pequeño vendaval, no hemos tenido más que brisas frescas a lo largo de todo el viaje. Estos dos días hemos registrado la mejor velocidad hasta la fecha. Es precioso ver cómo salta la espuma en la proa cuando esta corta las olas. El resplandor del sol la atraviesa y la rompe en diminutos arcoíris, a los que los marineros llaman fulguraciones. Hoy he estado varias horas en el castillo de proa contemplando el fenómeno y envuelto en un halo de colores prismáticos. Es evidente que el timonel ha hablado con los otros negros de mi piedra prodigiosa, porque todos me tratan con el mayor de los respetos. Hablando de fenómenos ópticos, ayer tuvimos uno curioso, al atardecer, sobre el que Hyson me llamó la atención. Fue la aparición de una forma triangular y bien definida en lo alto del cielo, al norte. Me dijo que era exactamente como el pico del Teide visto desde muy lejos. Sin embargo, el pico se encontraba en ese momento como mínimo a quinientas millas al sur. Podía tratarse de una nube, o uno de esos reflejos extraños sobre los que a

veces lee uno. La temperatura es muy templada. El contramaestre dice que nunca había pasado tanto calor en estas latitudes. Por la noche he jugado al ajedrez con Harton.

10 de noviembre. Hace cada vez más calor. Varias aves terrestres han venido a posarse hoy en las jarcias, aunque seguimos todavía bastante lejos de nuestro destino. El calor es tan intenso que la pereza no nos permite más que holgazanear en cubierta y fumar. Goring ha venido hoy a verme y me ha hecho más preguntas sobre mi piedra; le he contestado con bastante sequedad, pues sigo sin perdonarle el descaro con que intentó privarme de ella.

11 y 12 de noviembre. Avanzamos a buen ritmo. No tenía la menor idea de que Portugal fuera tan caluroso, aunque seguramente hará más fresco en tierra. Hyson también parece sorprendido, lo mismo que los demás.

13 de noviembre. Ha ocurrido algo extraordinario, tanto que es casi inexplicable. Una de dos: o Hyson se ha confundido asombrosamente o alguna influencia magnética ha alterado los instrumentos de navegación. Poco antes del amanecer, el hombre que estaba de guardia en el castillo de proa dio la voz de que había oído romper las olas al sur, y Hyson creyó avistar tierra. Hemos virado en redondo y, a pesar de que no vemos ninguna luz, nadie pone en duda que hemos llegado a la costa portuguesa un poco antes de lo que esperábamos. ¡Cuál fue nuestra sorpresa al contemplar la escena que se nos reveló al despuntar el día! Allí donde mirásemos, todo era una larga línea de rompientes, de olas grandes y verdes que estallaban en una nube de espuma. Pero ¿qué había detrás de las rompientes? No las verdes orillas ni los altos arrecifes de la costa de Portugal, sino un erial de arena que se perdía de vista hasta fundirse con la línea del cielo. A derecha y a izquierda, en todas partes, todo era arena amarilla, amontonada en algunas zonas en fantásticos montículos, algunos de treinta metros de alto, mientras que en otras se veían largas franjas de apariencia tan lisa como una mesa de billar. Harton y yo, que subimos juntos a cubierta, nos miramos con perplejidad, y Harton estalló en carcajadas. Hyson está abochornado y no para de protestar por que alguien haya andado toqueteando los instrumentos de navegación. No cabe duda de que esto es el continente africano y lo que vimos hace un par de días al norte, en el horizonte, era el Teide. En el momento en que avisté las aves terrestres debíamos de estar pasando cerca de alguna de las islas Canarias. Si hemos seguido el mismo rumbo, ahora nos encontramos al norte de Cabo Blanco, cerca del territorio inexplorado que bordea el gran Sahara. No podemos hacer nada más que reparar los instrumentos del mejor modo posible y poner de nuevo rumbo a nuestro destino.

8:30 p. m. Hemos pasado el día al pairo. Nos encontramos a una milla y media de la costa. Hyson ha examinado los instrumentos y no encuentra ninguna explicación que justifique un desvío tan extraordinario.

Aquí concluye mi diario personal, y tengo que tirar de la memoria para completar mi declaración. Hay pocas posibilidades de que confunda los datos, pues los llevo marcados a fuego en mi recuerdo. Esa misma noche, la tormenta que llevaba algún tiempo gestándose por fin descargó sobre nosotros, y entonces comprendí dónde confluían todos los pequeños incidentes que había registrado sin ninguna finalidad. ¡Qué ceguera la mía de no verlo antes! Paso a explicar lo que sucedió con la mayor exactitud posible.

Bajé a mi camarote alrededor de las once y media, y me estaba preparando para acostarme cuando llamaron a la puerta. Al abrirla, vi al criado negro de Goring, que venía a decirme que su amo quería hablar conmigo en cubierta. Me sorprendió bastante, por lo tarde que era, pero subí sin vacilación. Apenas había puesto un pie en la cubierta de popa cuando me agarraron por detrás, me arrastraron de espaldas y me pusieron un pañuelo en la boca. Forcejeé con todas mis fuerzas, pero me anudaron rápidamente con una cuerda bien ceñida y me vi atado a la grúa de uno de los botes, incapaz de moverme o decir nada, mientras la punta de un cuchillo apretado en la garganta me advertía de que dejara de resistirme. La noche era tan oscura que no me fue posible reconocer a mis asaltantes hasta que mis ojos se acostumbraron a la penumbra y la luna asomó entre las nubes que la oscurecían. Vi entonces a los dos marineros negros, al cocinero negro y a mi compañero de viaje, Goring. Había otro hombre agachado en la cubierta, a mis pies, pero estaba en la sombra y no pude identificarlo.

Todo ocurrió tan deprisa que difícilmente había pasado un minuto desde el momento en que subí por la escalera hasta quedar amordazado e indefenso. Fue tan repentino que apenas advertí ni llegué a comprender el significado de todo aquello. Oía el intercambio de susurros entrecortados y violentos del grupo que me rodeaba, y cierto instinto me indicó que mi vida estaba en peligro. Goring hablaba en un tono autoritario y agresivo, y los demás protestaban a una, como si discutieran sus órdenes. Se alejaron en bloque hasta el lado contrario de la cubierta, desde donde seguí oyendo sus cuchicheos, pese a que las claraboyas de la cámara de oficiales me impedían verlos.

Al mismo tiempo, me llegaban la conversación y las risas de los que estaban de guardia en la otra punta del barco, y los veía reunidos, incapaces de imaginar las oscuras maniobras que se estaban practicando a treinta metros de ellos. ¡Ojalá pudiera haber dado la voz de alarma aunque me hubiese costado la vida! Pero era imposible. La luna brillaba intermitentemente entre las nubes dispersas, dejando ver el resplandor plateado de las olas y el inmenso y extraño desierto con sus fantásticas dunas al fondo. Al bajar los ojos, vi que el hombre que estaba agazapado en cubierta seguía allí y, mientras lo observaba, un rayo de luna iluminó su rostro vuelto hacia mí. ¡Dios mío! Incluso ahora que han pasado ya más de doce años me tiembla la mano al escribir que, a pesar de los rasgos distorsionados y los ojos como a punto de salirse de las órbitas, reconocí el rostro de Harton, el alegre y joven contable que había sido mi compañero de viaje. No hacía falta ser médico para ver que estaba muerto, a la vez que el pañuelo retorcido alrededor del cuello y la mordaza en la boca daban cuenta del sigilo con que aquellos demonios habían ejecutado su tarea. La clave que explicaba todos los acontecimientos del viaje se me reveló como un fogonazo mientras contemplaba el cadáver del pobre Harton. En buena parte era un enigma inexplicable, pero tuve algo más que una vaga intuición de la verdad.

Oí que se encendía una cerilla al otro lado de las claraboyas y vi a continuación la figura alta y enjuta de Goring, subido en la mesa de guarnición y sosteniendo entre las manos lo que parecía un farol. Lo bajó un momento por el costado del barco y, para mi indecible asombro, un destello entre las dunas de la costa respondió de inmediato a la señal, aunque apareció y desapareció tan deprisa que de no haber seguido la dirección de la mirada de Goring nunca habría llegado a detectarlo. De nuevo repitió el movimiento del farol y de nuevo recibió la respuesta de la costa. Bajó entonces de la mesa de guarnición y tropezó, haciendo tanto ruido que por unos momentos se me disparó el corazón pensando que esto alertaría a los hombres que estaban de guardia. Fue una esperanza vana. La serenidad de la noche y la quietud del barco desplazaban toda idea de obediencia al deber y toda necesidad de vigilancia. Hyson, que a raíz de la muerte de Tibbs estaba al mando de ambas guardias, había bajado a dormir un par de horas, y el contramaestre, que había quedado a cargo del barco, estaba con los otros dos hombres al pie del trinquete. Indefenso, mudo, con las cuerdas clavadas en la carne y el hombre asesinado a mis pies, esperé el siguiente acto de la tragedia.

Los cuatro rufianes habían pasado ahora al otro lado de la cubierta. El cocinero iba armado con algo parecido a un tajo de carnicero, mientras que

los demás tenían cuchillos y Goring un revólver. Estaban inclinados en la borda y con la vista en el agua, como si observaran algo. Vi que uno de ellos agarraba a otro del brazo y señalaba algún objeto, y mirando en esa dirección vislumbré el movimiento de una masa grande que se acercaba al bergantín. Cuando surgió de las tinieblas, pude ver que era una canoa grande, abarrotada de hombres e impulsada como mínimo por una decena de remos. Al pasar disparada por debajo de la proa, los marinos de guardia también la vieron y, lanzando un grito, corrieron hacia allá. Pero llegaron demasiado tarde. Un enjambre de negros gigantescos escaló por la aleta y, siguiendo las indicaciones de Goring, barrió la cubierta como un torrente imparable. Toda posibilidad de oponer resistencia se esfumó en un instante: los agresores derribaron y ataron a los marinos desarmados, y a los que estaban durmiendo los sacaron a rastras de las literas y los amarraron del mismo modo. Hyson intentó defender el estrecho pasillo que llevaba a su camarote, y oí la refriega y su voz pidiendo auxilio. Pero nadie podía ayudarlo, y lo subieron a popa sangrando por un corte profundo en la frente. Allí lo amordazaron igual que a los demás y deliberaron a continuación sobre nuestro destino. Vi que los negros de la tripulación me señalaban y hacían algún comentario que se recibía con murmullos de asombro e incredulidad por parte de los salvajes. Uno de ellos se me acercó y me metió la mano en el bolsillo para sacar la piedra negra y examinarla. Después se la pasó a otro que tenía pinta de ser el jefe y que observó la piedra todo lo minuciosamente que la luz le permitía; murmurando unas palabras, se la dio al guerrero que tenía al lado, quien la examinó y la pasó a su vez, hasta que la piedra terminó de correr de mano en mano por todo el círculo. El jefe le dijo entonces unas palabras a Goring en su lengua materna, y el cuarterón se dirigió a mí en inglés. Ahora mismo me parece estar viendo la escena. Los altos mástiles del barco bañados por la luz de la luna que plateaba las velas y mostraba los duros relieves de la trama del cordaje; el grupo de guerreros de piel oscura apoyados en sus lanzas; el hombre muerto a mis pies; las caras blancas de los prisioneros puestos en fila y el despreciable mestizo delante de mí, con su elegante traje de lino blanco, en extraño contraste con sus socios.

—Tenga por seguro —dijo, con su acento más suave— que no soy partidario de perdonarle la vida. Si de mí dependiera, moriría igual que estos hombres están a punto de morir. Personalmente, no tengo nada en contra de usted ni de ellos, pero he consagrado mi vida a la destrucción de la raza blanca y es usted el primero que se me ha escapado de las manos. Dé las gracias a esa piedra suya. Estos pobres hombres la veneran y si de verdad lo

creen así es porque tienen motivos. Si cuando vayamos a tierra se demuestra que están equivocados, y que la forma y la composición de la piedra son mero producto del azar, nada podrá salvarle la vida. Mientras tanto, tenemos la intención de tratarlo bien, así que, si quiere llevarse alguna cosa de su pertenencia, es libre de ir a buscarla.

Al concluir, dio una señal, y un par de negros me desataron, aunque sin quitarme la mordaza. Me llevaron al camarote, donde me guardé en los bolsillos los pocos bienes de valor, además de una brújula y mi diario de viaje. Luego me empujaron por la borda hasta una canoa pequeña que estaba al lado de la grande, y mis guardias me siguieron y empezaron a remar hacia la costa. Nos habíamos alejado unos cien metros del bergantín cuando nuestro timonel levantó la mano y los remeros se detuvieron un momento a escuchar. Entonces, en la quietud de la noche, oí una especie de gemido débil, seguido de una serie de chapoteos en el agua. Es todo cuanto sé de la suerte de mis pobres compañeros. La canoa grande nos siguió casi inmediatamente después, y el barco desierto quedó a la deriva, con su casco flotando como un espectro tenebroso. La diabólica operación se efectuó con el decoro y la mesura de un rito religioso.

Las primeras luces del día tiñeron el cielo de gris a levante mientras surcábamos las olas y tocábamos tierra. Dejando a media docena de hombres con las canoas, los negros echaron a andar entre las dunas y me llevaron con ellos, tratándome con mucha amabilidad y respeto. Era difícil andar, porque los tobillos se hundían a cada paso en la arena suelta y cambiante, y cuando por fin llegamos a la aldea, o mejor dicho, el pueblo, pues tenía un tamaño considerable, yo estaba reventado. Las casas eran estructuras cónicas, muy parecidas a colmenas, y estaban hechas de algas comprimidas y cimentadas con una especie de mortero tosco, pues no había palos ni piedras en la costa ni en muchos cientos de kilómetros a la redonda. Cuando entramos en el pueblo, una muchedumbre de ambos sexos salió a recibirnos tocando tantanes entre aullidos y alaridos. Al verme, redoblaron los chillidos y adoptaron una actitud amenazadora que se aplacó al instante con unas palabras voceadas por mi escolta. Un murmullo de asombro siguió a los gritos de guerra, y la densa masa, con mi escolta y yo en el centro, se encaminó a la amplia calle central del pueblo.

Lo hasta aquí expuesto es tan extraño que puede suscitar la duda en quienes no me conocen, pero es lo que ahora me dispongo a relatar lo que llevó a mi cuñado a insultarme con su incredulidad. No queda sino contar lo que ocurrió de la manera más sencilla y confiar en que el tiempo y la suerte

demuestren su veracidad. En el centro de esa calle principal había un edificio grande, construido con los mismos materiales primitivos que los demás, pero mucho más alto; estaba rodeado por una empalizada de precioso ébano pulido, con la puerta enmarcada por dos magníficos colmillos de elefante, uno a cada lado, clavados en la tierra y tocándose las puntas, y el vano cerrado por una cortina de una tela exquisita bordada con hilo de oro. Nos dirigimos a esa imponente estructura y, cuando llegamos a la entrada de la empalizada, la multitud se detuvo y se sentó en cuclillas mientras unos cuantos jefes y ancianos de la tribu me conducían al recinto, en compañía de Goring, que dirigía las operaciones. Al llegar a la cortina que cerraba el templo —pues eso era evidentemente—, me quitaron el sombrero y los zapatos y me hicieron seguir al venerable anciano que encabezaba la comitiva llevando en la mano la piedra que me habían sacado del bolsillo. El edificio estaba iluminado únicamente por unas aberturas largas en el techo, por las que el sol tropical, que entraba a raudales, derramaba, entre franjas de sombra, amplias barras doradas en el suelo de arcilla.

El interior era más grande de lo que uno se imaginaba desde fuera. Habían decorado las paredes con esteras, conchas y otros adornos, pero el resto del espacio estaba vacío, a excepción de un objeto que ocupaba el centro. Ante mí se alzaba la figura de un negro colosal que, a primera vista, podía tomarse por un rey o un sumo sacerdote de tamaño titánico, pero, al acercarme, el particular reflejo de la luz me hizo ver que se trataba de una estatua admirablemente tallada en piedra negra como la tinta. Me llevaron hasta el ídolo, pues eso parecía, y al examinarlo de cerca vi que, aunque era perfecto en todos sus detalles, una de las orejas estaba partida. El negro de pelo gris que llevaba mi reliquia se subió a un taburete y levantó el brazo para poner la piedra negra de Martha en la parte cortada a un lado de la cabeza de la estatua. No cabía la menor duda de que la una era parte de la otra. Las dos piezas encajaban con tal perfección que, cuando el anciano retiró la mano, la oreja tardó unos segundos en caer en la palma de la mano abierta. El grupo que me rodeaba se postró al verlo con una exclamación de reverencia, mientras que la multitud que esperaba fuera, a quien se comunicó lo ocurrido, prorrumpió en vítores y alaridos.

En unos instantes pasé de prisionero a semidiós. Me guiaron de nuevo por el pueblo en cortejo triunfal, mientras el gentío se amontonaba para tocarme la ropa y recoger la tierra que habían pisado mis pies. Pusieron a mi disposición una de las cabañas más grandes y me ofrecieron un banquete con todas las exquisiteces del lugar. Aun así, seguía sin sentirme libre, porque

varios lanceros custodiaban la entrada de mi cabaña. Pasé el día ocupado en idear planes de fuga pero ninguno me parecía factible. A un lado estaba el inmenso y árido desierto que se extendía hasta Tombuctú, y al otro un mar por el que no pasaba ningún barco. Cuanto más sopesaba la situación, más desesperada me parecía. No podía imaginarme lo cerca que tenía la solución.

Había caído la noche, y el clamor de los negros se fue apagando poco a poco. Estaba tumbado en el lecho de pieles que me habían proporcionado, meditando aún sobre mi futuro, cuando Goring entró a hurtadillas en la cabaña. Lo primero que se me ocurrió fue que venía a completar su sangrienta matanza, a deshacerse de mí, el último superviviente, y me levanté de un salto, dispuesto a defenderme hasta el final. Sonrió al ver mi reacción y me hizo una señal para que volviera a sentarme mientras él se acomodaba en el otro lado del lecho.

—¿Qué piensa de mí? —Fue la asombrosa pregunta con que comenzó nuestra conversación.

—¿Qué pienso de usted? —casi vociferé—. Pienso que es el ser más vil, canalla y depravado que ha pisado jamás este mundo. Si estuviéramos lejos de esos diablos suyos, ¡lo estrangularía con mis propias manos!

—No hable tan alto —dijo, sin la menor muestra de irritación—. No quiero que interrumpan nuestra charla. O sea, ¡me estrangularía! —añadió, con una sonrisa divertida—. Supongo que vengo a devolverle bien por mal, porque estoy aquí para ayudarlo a escapar.

—¡Usted! —exclamé con perplejidad.

—Sí, yo. No me atribuya ningún mérito. Solo soy coherente. No hay ningún motivo para que no sea totalmente sincero con usted. Quiero ser el rey de esta gente… No es una ambición muy elevada pero ya sabe lo que dijo César la primera vez que estuvo en una aldea de la Galia. Bueno, esta infausta piedra no solo le ha salvado la vida, sino que les ha hecho creer a todos que viene usted del cielo, y mi influencia se esfumará si está usted en medio. Por eso voy a ayudarlo a escapar, ya que no puedo matarlo. —Hablaba con la mayor dulzura y naturalidad, como si sus ganas de quitarme la vida no necesitaran explicación—. Daría usted el mundo entero por hacerme algunas preguntas —añadió después de una pausa—, pero es demasiado orgulloso. Da igual: le diré un par de cosas, porque quiero que los blancos las sepan cuando vuelva con ellos, si es que tiene esa suerte. Sobre esa maldita piedra, por ejemplo. Estos negros, al menos eso cuenta la leyenda, eran originalmente mahometanos. En vida del propio Mahoma, hubo un cisma entre sus seguidores, y el grupo minoritario se marchó de Arabia y con el tiempo

atravesó África entera. Se llevaron consigo, en su exilio, una valiosa reliquia de su antigua fe, un buen trozo de la piedra negra de La Meca. La piedra era un meteorito, como probablemente sabrá, y al caer en la tierra se rompió en dos pedazos. Uno de ellos sigue estando en La Meca. El más grande se llevó a Berbería, donde un hábil escultor talló la estatua que ha visto usted hoy. Estos hombres son los descendientes de aquellos mahometanos que se apartaron de la doctrina, y custodiaron la reliquia en su larga peregrinación hasta que se establecieron en este extraño lugar, donde el desierto los protege de sus enemigos.

—¿Y la oreja? —pregunté, casi sin querer.

—Es un capítulo de la misma historia. Parte de la tribu se desplazó hacia el sur hace un par de siglos y, uno de ellos, para tener buena suerte en la empresa, entró en el templo de noche y se llevó una de las orejas. Los negros han alimentado desde entonces la tradición de que la oreja se recuperaría algún día. El hombre que se la llevó fue capturado por algún negrero, seguramente, y así fue como la piedra llegó primero a América y después a sus manos, y usted ha tenido el honor de cumplir la profecía.

Se quedó un rato callado, con la cabeza entre las manos, al parecer esperando que yo dijese algo. Cuando volvió a mirarme, su expresión había cambiado por completo. Tenía un gesto firme y decidido, y cambió el tono casi frívolo con que me había hablado hasta entonces por uno de dureza casi violenta.

—Quiero que lleve un mensaje a la raza blanca, a la gran raza dominante a la que odio y desafío. Dígales que llevo veinte años alimentándome con su sangre, que los he asesinado hasta que me harté de ese placer, que he hecho todo esto sin que nadie lo advirtiera ni sospechara nada a pesar del sinfín de precauciones que tomaba su civilización. No hay satisfacción en la venganza cuando tu enemigo no sabe quién lo ha abatido. No lamento por tanto que sea usted mi mensajero. No hay necesidad de que le cuente cómo se gestó en mí este odio inmenso. Mire —dijo, mostrándome la mano mutilada—, esto lo hizo el cuchillo de un hombre blanco. Mi padre era blanco y mi madre esclava. Cuando él murió, a ella la vendieron de nuevo, y yo, que entonces era un niño, vi cómo la mataban a latigazos en castigo por los ligeros aires de grandeza que su amo anterior había fomentado en ella. A mi mujer le hicieron lo mismo. ¡Ay, mi mujer! —Un escalofrío le sacudió todo el cuerpo—. ¡Da igual! Hice mi juramento y lo he cumplido. De Maine a Florida y de Boston a San Francisco, puede usted seguir mis pasos a través de las muertes violentas que desconcertaron a la policía. Estoy en guerra con la raza blanca en su

totalidad, lo mismo que ellos llevan siglos en guerra con la negra. Por fin, como le digo, me harté de sangre. De todos modos, ver una cara blanca me repugnaba, y me propuse encontrar a negros valerosos y libres y unir mi destino al suyo, cultivar sus poderes latentes y formar el núcleo de una gran nación de personas negras. Esta idea se apoderó de mí, y llevo dos años recorriendo el mundo en busca de lo que deseaba. Ya casi había renunciado a encontrarlo. No había esperanzas de regeneración para los esclavistas de Sudán, los abyectos fanti[85] o los negros americanizados de Liberia. Había dado mi búsqueda por concluida cuando el azar me puso en contacto con esta magnífica tribu de habitantes del desierto, y a ellos uní mi destino. Antes de eso, sin embargo, mi viejo instinto de venganza me animó a hacer una última visita a Estados Unidos y volver de allí en el Marie Celeste.

»En cuanto al viaje, ahora ya habrá caído en la cuenta de que, gracias a mi manipulación, tanto las brújulas como los cronómetros quedaron inservibles. Yo mismo tracé el rumbo con mis propios instrumentos, mientras los timoneles negros seguían mis instrucciones. Arrojé a la mujer de Tibbs por la borda. ¿Qué? Parece que le sorprende y le repugna. A estas alturas seguramente ya debería haberlo adivinado. Le habría matado a usted ese día, a través del tabique, pero por desgracia había salido del camarote. Lo intenté una vez más, pero estaba usted despierto. Le pegué un tiro a Tibbs. Creo que la idea del suicidio funcionó muy bien. Naturalmente, una vez que llegáramos a la costa lo demás sería sencillo. Contaba con liquidar a todos los que iban a bordo, pero esa piedra suya alteró mis planes. También contaba con que no hubiera saqueo. Que nadie pueda decir que somos piratas. Hemos actuado por principios, no por motivaciones sórdidas.

Escuché atónito el resumen que este hombre extraño me ofreció de sus delitos, siempre con la voz más serena y sosegada, como si detallara pequeños incidentes de la vida cotidiana. Todavía me parece verlo sentado como una espantosa pesadilla al otro lado del lecho, con la cruda luz de la lámpara parpadeando en sus rasgos cadavéricos.

—Y ahora —continuó—, su huida no es complicada. Estos estúpidos hijos adoptivos míos dirán que ha vuelto usted al cielo, de donde vino. El viento borra las huellas. Tengo un bote listo para usted, bien provisto de víveres y de agua. Estoy impaciente por perderlo de vista, así que puede confiar en que no he descuidado ningún detalle. Levántese y sígame.

Hice lo que me ordenaba, y salimos por la puerta de la cabaña. Los centinelas o bien se había retirado o bien habían llegado a un acuerdo con Goring. Salimos del pueblo sin contratiempos y atravesamos la llanura de

arena. Una vez más oí el rugido del mar y vi la larga línea de la rompiente. Dos hombres esperaban en la orilla, montando el aparejo de una embarcación pequeña. Eran los dos marineros que venían con nosotros en el viaje.

—Sacadlo de la zona donde rompen las olas —dijo Goring. Los hombres subieron a la embarcación de un salto, soltaron las amarras y me metieron de un tirón. Con la mayor y el foque, nos alejamos de la orilla y sorteamos sin percances la barra de arena. Allí, sin una palabra de despedida, mis acompañantes saltaron por la borda y sus cabezas se convirtieron en puntos negros sobre la espuma blanca que volvían a la playa mientras yo me adentraba en la negrura de la noche. Vislumbré por última vez, en lo alto de una duna, la figura enjuta y angulosa de Goring, perfilada con duros contornos por la luz de la luna. Vi que hacía aspavientos con los brazos, quizá para animarme en mi travesía, aunque en ese momento me parecieron gestos de amenaza, y a menudo he pensado que más bien era como si hubiera recobrado su instinto salvaje al comprender que había perdido su poder sobre mí. Sea como fuere, eso es lo último que vi o que veré de Septimius Goring.

No hace falta que me extienda en los detalles de mi solitario viaje. Puse rumbo a las islas Canarias lo mejor que pude y al cabo de cinco días fui rescatado por el Monrovia, un barco de la Compañía de Navegación a Vapor Británica y Africana. Aprovecho la oportunidad para dar mi más sincero agradecimiento al capitán Stornoway y sus oficiales, por la amabilidad con que me trataron desde ese momento hasta nuestra llegada a Liverpool, donde pude embarcar en uno de los vapores de la naviera Guion con rumbo a Nueva York.

Desde el día en que volví a casa, con mi familia, he hablado muy poco de mis peripecias. La experiencia sigue siendo muy dolorosa para mí, y lo poco que he contado se ha puesto en tela de juicio. Expongo ahora los hechos ante la opinión pública tal como ocurrieron, sin preocuparme de hasta qué punto se me crea, por la sencilla razón de que mi pulmón se está debilitando y tengo la responsabilidad de quedar en paz conmigo mismo. Mi declaración es cierta. Consulten el mapa de África. Encima de Cabo Blanco, donde la tierra se extiende al norte y al sur desde el extremo más occidental del continente, Septimius Goring sigue reinando sobre sus súbditos negros, a menos que haya recibido su castigo; y allí, donde las largas y veloces olas verdes se precipitan sobre la arena amarilla y caliente entre rugidos y silbidos, yacen los restos de Harton y Hyson, junto a los otros pobres hombres asesinados en el Marie Celeste.

JOHN BARRINGTON COWLES

(1884)

Sería una imprudencia de mi parte decir que atribuyo la muerte de mi pobre amigo, John Barrington Cowles, a algún fenómeno sobrenatural. Soy consciente de que, en el estado actual de la opinión pública, sería necesaria una cadena de pruebas muy sólidas para admitir la posibilidad de semejante conclusión.

Me limitaré por tanto a exponer las circunstancias que condujeron a este triste suceso con la mayor concisión y claridad posibles, y a dejar que cada cual saque sus propias deducciones. Tal vez alguien pueda iluminar lo que para mí sigue estando oscuro.

Conocí a Barrington Cowles cuando fui a la Universidad de Edimburgo a estudiar medicina. Mi casera en Northumberland Street tenía una casa grande, y como era una viuda sin hijos, se ganaba la vida ofreciendo alojamiento a estudiantes.

Resultó que Barrington Cowles había alquilado un cuarto en la misma planta que yo, y cuando nos conocimos algo mejor empezamos a compartir una salita de estar en la que también comíamos. Surgió así entre nosotros una amistad que nunca se vio afectada por el más mínimo desacuerdo hasta el día de su muerte.

El padre de Cowles era el coronel de un regimiento sij y había pasado muchos años en la India. Sostenía a su hijo con una generosa asignación pero rara vez daba otras muestras de afecto paternal: sus cartas eran irregulares y breves.

A mi amigo, que había nacido en la India y tenía un ardiente temperamento tropical, le dolía mucho este abandono. Su madre había muerto, y no contaba con nadie más en el mundo para suplir este vacío.

Así, con el tiempo, Cowles llegó a concentrar todo su afecto en mí y a mostrarme una confianza que es infrecuente entre los hombres. Ni siquiera cuando se vio dominado por una pasión más honda y más fuerte, faltó al cariño que nos teníamos.

Era un joven alto y delgado, de facciones velazqueñas, con la piel aceitunada y unos ojos tiernos y oscuros. Pocas veces he visto a un hombre

más capaz de despertar el interés de las mujeres o cautivar su imaginación. Tenía, por norma, una expresión soñadora, incluso lánguida, pero cuando surgía en la conversación un tema que le interesaba, en un instante se volvía todo animación. En estas ocasiones, el color de su piel se acentuaba, le chispeaban los ojos y hablaba con una elocuencia fascinante para sus interlocutores.

A pesar de estas ventajas naturales, Cowles llevaba una vida solitaria, evitaba la compañía femenina y era un lector incansable. Se encontraba entre los primeros de su curso y había obtenido la medalla de honor en Anatomía y el Premio de Física Neil Arnott.

¡Qué bien recuerdo la primera vez que la vimos! Muchas veces he repasado las circunstancias y he intentado rememorar la impresión exacta que me causó entonces. Cuando llegamos a conocerla, mi opinión cambió, de ahí que tenga curiosidad por recordar cuál fue objetivamente mi reacción instintiva. Sin embargo, es difícil eliminar los sentimientos que la razón o los prejuicios crearon en mí más adelante.

Fue en una exposición de la Royal Scottish Academy, en la primavera de 1879. Mi pobre amigo Cowles era un apasionado del arte en todas sus modalidades, y un dulce acorde musical o un delicado efecto sobre un lienzo procuraban a su excitable naturaleza un placer exquisito. Habíamos ido juntos a ver los cuadros y estábamos en la sala central cuando me fijé en una mujer de gran belleza que se encontraba al otro extremo. En la vida he visto unos rasgos de semejante perfección clásica. Era el auténtico modelo griego: la frente amplia, muy baja y blanca como el mármol, enmarcada por una corona de rizos delicados; la nariz recta y de líneas puras; los labios más bien finos; la barbilla y la mandíbula inferior modeladas con una redondez deliciosa a la vez que lo suficientemente bien definidas para insinuar una fortaleza de carácter poco común.

Y los ojos: ¡qué maravilla de ojos! Ojalá pudiera dar una vaga idea de su expresión cambiante, su dureza de acero, su dulzura femenina, su poder de mando, su penetrante intensidad que se fundía de pronto en un gesto de debilidad… Pero ¡estoy hablando de impresiones futuras!

Esta mujer iba acompañada por un joven rubio al que identifiqué al momento como un estudiante de Derecho con el que tenía yo una relación superficial.

Archibald Reeves —así se llamaba— era un joven elegante y atractivo que había sido en otro tiempo el cabecilla de todas las trifulcas universitarias, aunque últimamente lo había visto muy poco y corría el rumor de que estaba

prometido e iba a casarse. Supuse así que su acompañante era su *fiancée*. Me senté en el diván de terciopelo que había en el centro de la sala y espié furtivamente a la pareja escondido detrás de mi catálogo.

Cuánto más miraba a aquella mujer, más me impresionaba su belleza. Es verdad que era algo baja, pero tenía una figura perfecta, y un porte tal que únicamente una comparación minuciosa podría revelar que su estatura se encontraba por debajo de la media.

Seguía observándolos cuando alguien llamó a Reeves por algún motivo y la joven se quedó a solas. Dando la espalda a los cuadros, se entretuvo hasta que volvió su acompañante examinando deliberadamente al público sin prestar la menor atención a la docena de ojos que, atraídos por su elegancia y su belleza, se habían fijado en ella con curiosidad. Con una mano apoyada en el cordón de seda roja que impedía acercarse a los cuadros, esperaba con aire lánguido, recorriendo las caras de la gente con la misma desinhibición con que miraría los lienzos que tenía detrás. De repente, vi que sus ojos se fijaban en algo y se volvían intensos, por así decir. Seguí la dirección de su mirada, preguntándome qué podía haberla atraído tanto.

John Barrington Cowles se encontraba delante de un cuadro —creo que uno de Noel Paton— de tema noble y etéreo. Estaba de perfil con respecto a la mujer y a mí, y nunca lo he visto tan favorecido. Ya he dicho que su atractivo llamaba la atención, pero en ese momento tenía un aspecto magnífico. Era evidente que se había olvidado del entorno momentáneamente y que su espíritu estaba en armonía con el cuadro que tenía delante. Le chispeaban los ojos, y sus mejillas claras y aceitunadas habían cobrado un brillo rosa oscuro. La joven siguió observándolo sin pestañear, con un gesto de interés, hasta que Cowles salió de su ensoñación dando un respingo y, al volverse sin previo aviso, su mirada se encontró con la de ella. La mujer apartó la vista inmediatamente, pero los ojos de Cowles se detuvieron a observarla unos momentos. Se había olvidado ya del cuadro, y su espíritu había vuelto a la tierra.

Volvimos a ver a la mujer un par de veces antes de marcharnos, y en cada ocasión me di cuenta de que mi amigo la seguía con la mirada. De todos modos, no hizo ningún comentario hasta que nos vimos al aire libre en Princess Street y echamos a andar codo con codo.

—¿Te has fijado en esa mujer tan guapa? ¿La del vestido oscuro y pieles blancas? —dijo.

—Sí, la he visto —contesté.

—¿La conoces? —preguntó con impaciencia—. ¿Tienes alguna idea de quién es?

—No la conozco personalmente. Pero podría indagar todo lo que haga falta, porque creo que está prometida con Archie Reeves, y él y yo tenemos muchos amigos comunes.

—¡Prometida! —exclamó Cowles.

—¡Vaya, amigo mío! —me reí—. ¿Eres tan susceptible que te alteras porque una mujer con la que no has hablado en la vida esté prometida?

—Bueno, no es que me altere exactamente —dijo con una risa forzada—, pero no tengo reparo en confesarte, Armitage, que nadie me había impresionado tanto en la vida. No ha sido solo su belleza, aunque tenía una cara perfecta, sino la personalidad y la inteligencia que dejaba ver. Si está prometida, espero que ese hombre sea digno de ella.

—¡Has hablado con mucho sentimiento! —señalé—. Es un caso claro de flechazo, Jack. De todas formas, para que tu perturbado espíritu descanse, intentaré averiguarlo todo cuando me encuentre con alguien que pueda estar al tanto.

Barrington Cowles me dio las gracias y la conversación siguió por otros derroteros. En varios días, ninguno de los dos hizo alusión al asunto, aunque es posible que mi compañero estuviera algo más soñador y distraído que de costumbre. El incidente casi se había borrado de mi memoria hasta un día en que Brodie, primo segundo mío, se me acercó en la escalera de la universidad con cara de traer noticias frescas.

—Oye —empezó a decir—, tú conoces a Reeves, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Su compromiso se ha anulado.

—¡Se ha anulado! —exclamé—. Pero si solo hace unos días que me enteré de que estaba prometido.

—Pues sí: se acabó. Me lo ha contado su hermano. Es una maldad por parte de Reeves, si es que ha sido él quien se ha echado atrás, porque la chica era excepcionalmente guapa.

—La he visto —asentí—, aunque no sé cómo se llama.

—Es una tal señorita Northcott y vive con una tía suya en Abercrombie Place. Nadie sabe nada de su familia ni de dónde viene. El caso es que es casi la chica más desgraciada del mundo, ¡pobrecilla!

—¿Por qué desgraciada?

—Pues porque este era su segundo compromiso —dijo Brodie, que tenía un don maravilloso para enterarse de los entresijos de todo el mundo—.

Estuvo prometida con Prescott: William Prescott, el que murió. Fue un asunto muy triste. Ya habían fijado la fecha de la boda y todo parecía ir de maravilla cuando vino el mazazo.

—¿Qué mazazo? —pregunté, recordando vagamente las circunstancias.

—Pues ¡la muerte de Prescott! Una noche fue a Abercrombie Place y se quedó hasta muy tarde. Nadie sabe exactamente a qué hora se marchó pero, alrededor de la una de la madrugada, un tipo que lo conocía lo vio andando muy deprisa camino de Queen's Park. Le dio las buenas noches, pero Prescott pasó de largo sin hacerle caso y esa fue la última vez que alguien lo vio con vida. Tres días más tarde encontraron su cadáver flotando en el lago St. Margaret, debajo de la Capilla de San Antonio. Nadie podía entenderlo, aunque el dictamen fue locura transitoria.

—Fue muy extraño —asentí.

—Sí, ¡y durísimo para la pobre chica! —dijo Brodie—. Y este otro golpe la aplastará del todo. ¡Con lo amable y elegante que es!

—¿La conoces personalmente?

—Sí, la conozco. La he visto varias veces. Puedo arreglar fácilmente que te la presenten.

—Bueno, en realidad no es por mí, sino por un amigo. De todos modos, supongo que después de esto pasará algún tiempo sin salir de casa muy a menudo. Cuando salga, aceptaré tu ofrecimiento.

Nos dimos la mano y no volví a pensar en el asunto hasta tiempo después.

El incidente que me dispongo a relatar, por su relación directa con el caso de la señorita Northcott, es muy desagradable. Aun así, tengo que detallarlo con la mayor exactitud posible, dado que puede esclarecer lo que ocurrió a continuación. Una noche fría, varios meses después de la conversación con mi primo segundo que he citado más arriba, volvía yo de atender un caso por una de las calles más humildes de la ciudad. Era muy tarde, e iba atento a un corrillo de mugrientos holgazanes reunidos a las puertas de un establecimiento público cuando un hombre se separó del grupo, tambaleándose, y tendió una mano mirándome con ojos ebrios. La luz de un farol le daba de lleno en la cara y me quedé pasmado al reconocer en aquel individuo degradado a mi antiguo conocido, el joven Archibald Reeves, antes considerado uno de los alumnos más elegantes y singulares de toda la Facultad. Me asombró tanto que por un momento casi dudé de los datos que me mostraban mis sentidos, pero no había confusión posible en aquellos rasgos que, aunque hinchados por el alcohol, conservaban todavía parte de su

atractivo. Decidí rescatarlo, al menos por esa noche, de la compañía en la que había caído.

—¡Hola, Reeves! —dije—. Ven conmigo. Voy en la misma dirección que tú.

Murmuró una disculpa incoherente por su mal estado y se cogió de mi brazo. Mientras lo llevaba a su pensión vi que no sufría solo por los efectos de una orgía reciente, sino que una larga temporada de excesos le había afectado a los nervios y al cerebro. Tenía la mano seca y febril cuando se la toqué, y se sobresaltaba con cada sombra que oscurecía la acera. Divagaba también de una manera que parecía indicar el delirio de una enfermedad más que la palabrería de un borracho.

En su habitación, lo desnudé parcialmente y lo acosté en la cama. En ese momento tenía el pulso muy acelerado y fiebre extremadamente alta. Creí que se había adormilado, y estaba a punto de salir a hurtadillas para avisar a la casera de la situación cuando Reeves dio un respingo y me agarró de la manga del abrigo.

—¡No te vayas! —gritó—. Me siento mejor si estás aquí. Así estoy a salvo de ella.

—¿De ella? —exclamé—. ¿De quién?

—¡De ella! ¡De ella! —contestó de malos modos—. ¡Ah! Tú no la conoces. ¡Es el diablo! Hermosa… hermosa, pero ¡el diablo!

—Estás alterado por la fiebre. Intenta dormir un poco. Te encontrarás mejor cuando te despiertes.

—¡Dormir! —protestó—. ¿Cómo voy a dormir si la estoy viendo ahí sentada, a los pies de la cama, vigilándome hora tras hora con esos ojos enormes? Te juro que me mina por completo la fuerza y la virilidad. Por eso bebo. Que Dios me ayude: ¡ahora mismo estoy medio borracho!

—Estás muy enfermo —dije, refrescándole las sienes con vinagre— y estás delirando. No sabes lo que dices.

—Sí lo sé —me interrumpió bruscamente, mirándome a la cara—. Sé muy bien lo que digo. Yo me lo he buscado. La decisión ha sido mía. Pero no podía, ¡por Dios!, no, no podía aceptar la alternativa. No podía seguir confiando en ella. Ningún hombre podría.

Me senté al lado de la cama, con una de las manos de Reeves ardiendo entre las mías, y pensé en sus extrañas palabras. Estuvo un rato quieto y luego, alzando los ojos y con voz lastimera, dijo:

—¿Por qué no me avisó antes? ¿Por qué esperó a que me hubiera acostumbrado a quererla tanto?

Repitió varias veces la misma pregunta, moviendo la cabeza febril de lado a lado, y se sumió luego en un sueño agitado. Salí de la habitación con sigilo y, habiéndome asegurado de que estaría bien atendido, abandoné la casa. Sin embargo, sus palabras siguieron resonando en mis oídos muchos días después y cobraron un significado más profundo al sumarse a lo que estaba por venir.

Mi amigo Barrington Cowles estaba pasando las vacaciones de verano fuera de la ciudad, y no supe nada de él en varios meses. Pero al comienzo del trimestre de invierno recibí un telegrama en el que me pedía que le reservara su antigua habitación en Northumberland Street y me anunciaba en qué tren llegaría. Fui a recibirlo y me alegré de encontrarlo tan pletórico.

—Por cierto —dijo esa noche por sorpresa, cuando estábamos sentados al calor del fuego, hablando de los acontecimientos de las vacaciones—, ¡todavía no me has felicitado!

—¿Por qué, amigo mío? —pregunté.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que no estás al corriente de mi compromiso?

—¡Compromiso! ¡No! Pero me alegro mucho, y te felicito de todo corazón.

—No sabía si habría llegado a tus oídos —dijo—. Fue una cosa rarísima. ¿Te acuerdas de esa chica de la Academia que nos produjo tanta admiración?

—¿Qué? —exclamé, con una vaga sensación de temor—. ¿No irás a decirme que te has prometido con ella?

—Me imaginaba que te sorprendería. Estaba pasando unos días con una tía mía en Peterhead, en Aberdeenshire, cuando las Northcott pasaron por allí de visita y, como teníamos amigos comunes, no tardamos en conocernos. Descubrí que lo de su compromiso era una falsa alarma y… bueno, ya sabes lo que pasa cuando te ves en compañía de una joven como ella en un sitio como Peterhead. Que conste —añadió— que no creo haberme precipitado ni haber hecho ninguna tontería. No me he arrepentido en ningún momento. Cuanto mejor conozco a Kate, más la admiro y la quiero. De todos modos, lo que tengo que hacer es presentártela, para que te formes tu propia opinión.

Le contesté que sería un placer y me esforcé para hablar del asunto con la mayor ligereza posible, aunque estaba desanimado y preocupado. Las palabras de Reeves y el triste destino del joven Prescott volvían continuamente a mi memoria y, aun cuando no podía atribuirlo a una razón concreta, un temor tan vago y difuso como la desconfianza que me inspiraba aquella mujer se apoderó de mí. Puede que me dejase llevar por prejuicios y supersticiones absurdas y que torciera involuntariamente los actos y las palabras posteriores de la joven hasta hacerlos encajar por la fuerza en una

descabellada teoría que ya tenía yo medio formulada. Algunos así lo han sugerido como explicación de mi relato. Que piensen lo que quieran siempre que puedan conciliar su opinión con los hechos que tengo que contar.

Unos días más tarde fui con mi amigo a visitar a la señorita Northcott. Recuerdo que, cuando estábamos cerca de Abercrombie Place, el potente aullido de un perro llamó nuestra atención, y más tarde veríamos que el ruido venía de la casa a la que íbamos. Nos llevaron al piso de arriba y allí me presentaron a la anciana señora Merton, la tía de la señorita Northcott, y a la joven en cuestión. Me pareció tan guapa como la primera vez, y no pude extrañarme de que mi amigo estuviera prendado. Tenía las mejillas algo acaloradas, y en la mano empuñaba un látigo grueso con el que había castigado al pequeño terrier escocés al que habíamos oído aullar desde la calle. El pobre animal estaba encogido contra la pared, evidentemente acobardado, y gemía lastimeramente.

—Dime, Kate, ¿has vuelto a enfadarte con Carlo? —preguntó mi amigo cuando nos sentamos.

—Esta vez ha sido una riña sin importancia —contestó la joven, con una sonrisa encantadora—. Es un perro bueno y cariñoso pero necesita un correctivo de vez en cuando. —Y, dirigiéndose a mí, añadió—: ¿No lo necesitamos todos, señor Armitage? Sería estupendo que en vez de recibir un castigo colectivo al final de nuestra vida se nos impusiera, como a los perros, justo en el momento en que hacemos algo malo. Nos volveríamos más cuidadosos, ¿no cree?

Reconocí que sí.

—Si cada vez que un hombre se porta mal una mano gigantesca lo cogiera y lo azotara con un látigo hasta que perdiera el conocimiento —cerró los dedos blancos y blandió el látigo con furia—, eso le ayudaría más que cualquier noble teoría moral a no apartarse del camino del bien.

—¡Caramba, Kate! —dijo mi amigo—. Hoy estás muy lanzada.

—No, Jack —se rió ella—, simplemente estoy sometiendo una teoría a la consideración del señor Armitage.

Empezaron a charlar entonces de algún recuerdo de Aberdeenshire, y tuve ocasión de observar a la señora Merton, que había estado callada mientras teníamos esta breve conversación. Era una anciana con una pinta muy extraña. Lo que más llamaba la atención en ella era la absoluta falta de color. Tenía el pelo blanco como la nieve y la cara extremadamente pálida; los labios blanquecinos y los ojos de un azul tan claro que a duras penas atenuaban la palidez general. Llevaba un vestido de seda gris en armonía con

el conjunto de su apariencia. Había en su semblante una expresión que en ese momento fui incapaz de atribuir a su verdadera causa.

Estaba haciendo un anticuado bordado ornamental, y cada vez que movía los brazos el vestido hacía un rumor seco y melancólico como el crujido de las hojas en otoño. Había en la anciana algo triste y deprimente. Acerqué mi silla un poco para preguntarle qué le parecía Edimburgo y si llevaba mucho tiempo allí.

Al dirigirme a ella, se sobresaltó y me miró con cara de susto. Entonces vi al instante la causa de esa expresión que no sabía a qué atribuir. Era miedo: un miedo profundo y abrumador. Era un gesto tan nítido que me habría apostado la vida a que la mujer que tenía delante había sufrido una experiencia terrible o una desgracia atroz en algún momento de su vida.

—Sí, me gusta —dijo en voz baja y tímida—, y llevamos aquí mucho tiempo… Bueno, no demasiado. Nos movemos mucho. —Hablaba con vacilación, como si temiera comprometerse.

—Supongo que es usted escocesa —dije.

—No… Bueno, no del todo. No somos de ninguna parte. Somos cosmopolitas. —Y miró entonces a la señorita Northcott, que estaba charlando con Cowles cerca de la ventana. De pronto se inclinó hacia mí con un gesto muy serio—. No hable más conmigo, por favor —me rogó—. A ella no le gusta, y luego tendré que sufrir las consecuencias. Por favor, no me hable.

Yo estaba a punto de preguntarle el motivo de esta extraña petición pero, al ver que iba a decirle algo, se levantó y salió despacio. Mientras se retiraba noté que los enamorados habían dejado de hablar y que la señorita Northcott me observaba con sus penetrantes ojos grises.

—Disculpe a mi tía, señor Armitage —dijo—. Es un poco rara y se cansa con facilidad. Venga a ver mi álbum.

Pasamos un rato viendo los retratos. El padre y la madre de la señorita Northcott eran en apariencia personas corrientes, y no detecté en ellos los rasgos de carácter que se manifestaban en las facciones de su hija. Sin embargo, vi un antiguo daguerrotipo que me llamó la atención. Representaba a un hombre de unos cuarenta años y una belleza deslumbrante. Iba bien afeitado, y tanto los labios rectos como la mandíbula inferior, firme y prominente, expresaban un poder extraordinario. Los ojos algo hundidos y la parte alta de la frente aplastada como una culebra desmerecían su atractivo. Al ver la cabeza, casi involuntariamente la señalé y exclamé:

—Este es su prototipo, señorita Northcott.

—¿Usted cree? Me temo que no me hace un buen cumplido. El tío Anthony siempre fue la oveja negra de la familia.

—En tal caso, mi comentario ha sido muy desafortunado.

—No se preocupe. Siempre he creído que él valía más que todos ellos juntos. Era oficial del 41.º Regimiento, y cayó en combate en la guerra anglo-persa[86], así que al menos tuvo una muerte noble.

—Esa es la forma de morir que yo querría para mí —dijo Cowles con los ojos centelleantes, como se le ponían cuando se emocionaba—. A veces me arrepiento de no haber seguido la profesión de mi padre en vez de dedicarme a esta desagradable y monótona composición de fármacos.

—Vamos, Jack, por ahora no vas a morir de ninguna manera —contestó la señorita Northcott con ternura, cogiendo entre las suyas la mano de mi amigo.

Yo no entendía a aquella mujer. Tenía una mezcla asombrosa de decisión masculina y ternura femenina, sumada a la conciencia de algo muy suyo y secreto que me desconcertaba profundamente. Por eso, casi no supe cómo responder a Cowles cuando, volviendo juntos por la calle, me hizo la pregunta definitiva.

—Bueno, ¿qué piensas de ella?

—Creo que es guapísima —dije con cautela.

—Eso es evidente —contestó con fastidio—. ¡Ya lo sabías antes de venir!

—También creo que es muy lista —señalé.

Barrington Cowles siguió adelante sin decir nada y luego, volviéndose hacia mí, me lanzó a bocajarro esta extraña pregunta:

—¿Te parece que es cruel? ¿Crees que es de esas chicas que disfrutan haciendo sufrir?

—Bueno, en realidad no he tenido tiempo de formarme una opinión.

Caminamos en silencio unos momentos.

—Es una vieja idiota —murmuró por fin Cowles—. Está loca.

—¿Quién? —pregunté.

—Esa vieja, la tía de Kate, la señora Merton o como se llame.

Entonces comprendí que mi pobre amiga pálida había hablado con Cowles, pero él nunca dijo nada más sobre la naturaleza de su conversación.

Mi compañero se acostó temprano esa noche, mientras yo me entretuve un buen rato al lado del fuego, repasando todo lo que había visto y oído. Tenía la sensación de que había algo misterioso en la muchacha: una oscura fatalidad tan extraña que desafiaba cualquier conjetura. Pensé en la última visita que le hizo Prescott antes de la boda y en su fatídico desenlace, y lo relacioné con el grito ebrio y lastimero del pobre Reeves —«¿Por qué no me avisó antes?»—

y las demás cosas que dijo. Mis pensamientos saltaron entonces a la advertencia de la señora Merton, al comentario que había hecho Cowles sobre ella e incluso al incidente del látigo y el perro acobardado.

El efecto general de mis impresiones fue sumamente desagradable, aun cuando no pudiera formular ninguna acusación concreta contra aquella mujer. Sería peor que inútil tratar de prevenir a mi amigo antes de haber tomado una decisión definitiva sobre contra qué prevenirlo. Cowles se burlaría de cualquier acusación contra su prometida. ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo llegar a alguna conclusión veraz del carácter y los antecedentes de la señorita Northcott? En Edimburgo nadie sabía nada de las dos mujeres, aparte de unos pocos conocidos recientes. Ella era huérfana y, que yo supiera, nunca había revelado dónde vivía antes. De pronto se me ocurrió una idea. Entre los amigos de mi padre se encontraba el coronel Joyce, que había prestado servicio muchos años en la India, en el Estado Mayor, y conocía probablemente a la mayor parte de los oficiales que pasaron por allí desde el Motín[87]. Me senté a la mesa en ese mismo instante y, una vez regulada la lámpara, procedí a escribirle una carta. Le manifestaba mi curiosidad por conocer ciertos detalles sobre un tal capitán Northcott que había servido en el 41.º Regimiento de Infantería y caído en la guerra anglo-persa. Le describí al individuo que había visto en el daguerrotipo todo lo bien que fui capaz de recordar, luego puse la dirección en el sobre y lo eché al correo esa misma noche, y entonces, con la sensación de haber hecho cuanto estaba en mi mano, me fui a la cama demasiado inquieto para poder dormir.

SEGUNDA PARTE

Recibí respuesta de Leicester, donde vivía el coronel, en el plazo de dos días. La tengo delante de mí en este momento y la transcribo literalmente.

> Querido Bob:
>
> Me acuerdo bien de ese hombre. Estuve con él en Calcuta y más adelante en Hyderabad. Era un hombre peculiar y solitario, aunque un soldado bien valeroso que se distinguió en Sobraon y, si mal no recuerdo, resultó herido. No era popular entre sus compañeros: decían que era un tipo despiadado y de sangre fría, sin una pizca de cordialidad. Circulaba también el rumor de que rendía culto al diablo o algo parecido, y también de que echaba mal de ojo: una sarta de tonterías, naturalmente. Recuerdo que tenía ciertas teorías extrañas sobre el poder de la voluntad humana y los efectos del espíritu sobre la materia.
>
> ¿Cómo van tus estudios de medicina? No olvides nunca, querido muchacho, que como hijo de tu padre tienes pleno derecho a acudir a mí cuando lo necesites y que si me es posible servirte de algún modo me encontrarás siempre a tu disposición.
>
> Afectuosamente tuyo,
>
> Edward Joyce
>
> P. S. Por cierto, Northcott no cayó en combate. Lo mataron después de que se declarara la paz en el descabellado intento de robar parte del fuego eterno del templo de los adoradores del sol. Su muerte se vio envuelta en el misterio.

Leí la misiva varias veces, al principio con satisfacción y después con decepción. Había dado con una información curiosa, pero ni mucho menos era lo que buscaba. Northcott era un hombre excéntrico, venerador del diablo y con poder para el mal de ojo, según los rumores. Llegué a creer que los ojos

de la señorita Northcott, cuando cobraban ese brillo frío y gris que yo había observado en un par de ocasiones, eran capaces de cualquier maldad que pudiera ejecutar un ojo humano; pero la superstición seguía siendo inútil. ¿No tenía más sentido la frase que venía a continuación: «Tenía ciertas teorías sobre el poder de la voluntad humana y el efecto del espíritu sobre la materia»? Recuerdo haber leído una vez un pintoresco tratado, que en su día me pareció pura charlatanería, sobre el poder mental de algunas personas y los efectos que inducían a distancia. ¿Estaba dotada la señorita Northcott de algún poder excepcional? La idea se afianzó en mí, y muy poco después encontré la prueba que me convenció de la veracidad de mis suposiciones.

Resultó que, justo cuando estaba yo cavilando sobre este asunto, leí en el periódico la noticia de que el doctor Messinger, un famoso médium e hipnotizador, iba a visitar nuestra ciudad. Varios jueces competentes habían dictaminado una y otra vez que la actuación de Messinger era incuestionablemente auténtica. Messinger estaba muy por encima de hacer trampas y tenía fama de ser la mayor autoridad viva en el campo de las extrañas pseudociencias del magnetismo animal y la electrobiología. Decidido a comprobar lo que era capaz de hacer la voluntad humana, pese a las muchas desventajas de las deslumbrantes candilejas y la tribuna pública, compré una entrada para la primera sesión de la noche y fui con varios compañeros.

Habíamos conseguido uno de los palcos laterales y llegamos con la actuación ya empezada. Casi no tuve tiempo de sentarme cuando reconocí a Barrington Cowles, con su prometida y la señora Merton, en la tercera o cuarta fila del patio de butacas. Me vieron casi al momento y nos saludamos con la cabeza. La primera parte de la charla fue algo trillada, y el conferenciante se limitó a hacer simples trucos de manos, acompañados de un par de ejemplos de hipnotismo que practicó con un individuo que lo acompañaba. Nos ofreció también una exhibición de clarividencia, haciendo que su acompañante entrara en trance y pidiéndole entonces detalles de los movimientos de amigos ausentes y el paradero de objetos escondidos, pruebas que, al parecer, el individuo superó cumplidamente. Pero yo había visto todo eso antes. Lo que quería ver era el efecto de la voluntad de Messinger sobre una persona del público no vinculada a él.

Reservó este número para el final de su espectáculo.

—Les he demostrado —dijo— que un individuo en estado de hipnosis está completamente dominado por la voluntad del hipnotizador. Pierde toda su capacidad volitiva y sus pensamientos son los que le sugiere el cerebro de quien lo domina. Es posible obtener el mismo resultado sin ningún proceso

preliminar. Una voluntad firme, simplemente por su propia fuerza, puede adueñarse de una más débil, incluso a distancia, y regular los impulsos y los actos de la otra persona. Si existiera en el mundo un hombre con una voluntad mucho más desarrollada que la del resto de la humanidad, no habría ningún motivo para que no pudiera gobernar sobre sus semejantes y reducirlos a la condición de autómatas. Felizmente, nuestro poder mental, mejor dicho, nuestra debilidad mental, es tan parecido que no es probable que ocurra semejante catástrofe; aun a pesar de nuestro limitado alcance hay variaciones que producen efectos asombrosos. Voy a escoger a una persona del público y a ordenarle *únicamente con el poder de la voluntad* que suba al escenario y haga y diga lo que yo quiera. Les aseguro que no estoy en connivencia con nadie, y que la persona a la que elija tiene toda la libertad de rechazar cualquier impulso que yo pueda transmitirle.

Con estas palabras, el conferenciante se acercó al borde del escenario y recorrió con la mirada las primeras filas de butacas. Es indudable que la piel morena y los ojos vivos de Cowles lo señalaban como hombre de temperamento muy nervioso, pues el hipnotizador lo escogió sin dudarlo, clavando los ojos en él. Vi que mi amigo daba un respingo, sorprendido, y se acomodaba en el asiento, como para expresar que no tenía intención de ceder a la influencia del embaucador. Messinger no era un hombre de grandes capacidades intelectuales, a juzgar por su cráneo, pero tenía una mirada singularmente intensa y penetrante. Bajo esta influencia, Cowles hizo un par de movimientos espasmódicos con las manos, como si quisiera sujetarse a los lados del asiento, y luego hizo amago de levantarse pero se volvió a sentar, aunque con un esfuerzo evidente. Yo estaba observando la escena con sumo interés cuando vi de reojo la cara de la señorita Northcott. Miraba al hipnotizador sin pestañear, con un gesto de concentración que jamás he visto en un ser humano. Tenía la mandíbula tensa, los labios apretados y el rostro duro de una hermosa escultura tallada con el mármol más blanco. Sus ojos grises, entornados debajo de las cejas, parecían brillar y centellear con una luz fría.

Miré de nuevo a Cowles, esperando que se levantara en cualquier momento para seguir las órdenes del hipnotizador, cuando en el escenario se oyó un grito breve y débil, como el de un hombre rendido y postrado tras una larga batalla. Messinger estaba apoyado en la mesa, con una mano en la frente y sudando a chorros.

—No puedo seguir —gritó, dirigiéndose al público—. Hay una voluntad más fuerte que la mía ejerciendo su fuerza contra mí. Discúlpenme por esta

noche.

Saltaba a la vista que estaba enfermo y le era totalmente imposible continuar, así que se cerró el telón y el público se dispersó comentando ampliamente la repentina indisposición del hipnotizador.

Esperé en el vestíbulo a que mi amigo saliera con las señoras. Cowles se estaba riendo de su reciente experiencia.

—No ha podido conmigo, Bob —exclamó en tono triunfal mientras me daba la mano—. Creo que se ha topado con un hueso duro de roer.

—Sí —asintió la señorita Northcott—, creo que Jack tiene motivos para estar orgulloso de su poder mental, ¿no le parece, señor Armitage?

—Aunque me ha costado lo mío —dijo mi amigo, hablando ahora serio —. No os imagináis la sensación tan rara que he tenido un par de veces. Era como si se me agotaran las fuerzas; sobre todo justo antes de que él se derrumbara.

Fui con Cowles a acompañar a las señoras a casa. Él iba delante con la señora Merton y yo detrás con la muchacha. Estuve alrededor de un minuto andando a su lado sin hacer ninguna observación, hasta que de improviso, de un modo que seguramente debió de parecerle brusco, le solté:

—Ha sido usted quien ha hecho eso, señorita Northcott.

—¿Qué he hecho? —preguntó con sequedad.

—Hipnotizar al hipnotizador: supongo que es la mejor manera de definir lo que ha ocurrido.

—¡Qué ocurrencia tan rara! —se rió—. ¿Cree que tengo una voluntad tan fuerte?

—Sí. Peligrosamente fuerte.

—¿Por qué peligrosa? —parecía sorprendida.

—Creo que cualquier voluntad capaz de ejercer semejante poder es peligrosa, porque siempre cabe la posibilidad de que se utilice con malos fines.

—Me pinta usted como una persona espantosa, señor Armitage —dijo, y mirándome de repente a la cara añadió—: Nunca le he caído bien. Sospecha y desconfía de mí, aunque nunca le haya dado motivos.

La acusación fue tan inesperada y certera que no me fue posible encontrar palabras para responder. La señorita Northcott se quedó un momento callada y habló por fin con una voz dura y fría.

—De todos modos, no permita que sus prejuicios lo lleven a entrometerse en mis asuntos, y no le diga a su amigo, el señor Cowles, nada que pueda crear diferencias entre nosotros. Descubriría usted que es una política pésima.

Hubo algo en su manera de expresarse que dio a estas palabras un aire de amenaza indescriptible.

—No tengo poder para inmiscuirme en sus planes para el futuro —respondí—. Sin embargo, por lo que he visto y oído, me es inevitable temer por mi amigo.

—¡Temer! —repitió con desprecio—. Y ¿se puede saber qué ha visto y oído? Algo debe de haberle dicho el señor Reeves… Tengo entendido que también es amigo suyo.

—Jamás ha pronunciado su nombre en mi presencia —dije; y era cierto—. Lamentará usted saber que Reeves se está muriendo.

Justo en ese momento pasamos por delante de un escaparate iluminado, y miré a la señorita Northcott para ver qué efecto causaban en ella mis palabras. Se estaba riendo: no cabía la menor duda; se estaba riendo para sus adentros. Todos sus rasgos denotaban alegría. Desde ese instante, desconfié de ella y la temí más que nunca.

Esa noche hablamos poco más. Al despedirnos, me dirigió una mirada amenazante, como si quisiera recordarme la advertencia sobre el peligro que corría si me entrometía. Sus avisos me habrían preocupado muy poco si hubiera visto el modo de beneficiar a Barrington Cowles con algo que yo pudiera decir. Pero ¿qué podía decir? Podía decir que sus pretendientes anteriores habían tenido mala suerte. Podía decir que la consideraba una mujer cruel. Podía decir que creía que tenía poderes increíbles y casi sobrenaturales. ¿Qué impresión causaría cualquiera de estas acusaciones en un hombre como mi amigo, locamente enamorado y de temperamento entusiasta? Sentí que no servirían de nada, y por tanto me callé.

Y ahora llego al principio del fin. Hasta la fecha, casi todo han sido conjeturas, deducciones y habladurías. Es mi dolorosa obligación relatar, con la mayor exactitud y ecuanimidad posibles, exclusivamente lo que ocurrió en mi presencia, y limitarme a referir los acontecimientos que precedieron a la muerte de mi amigo.

Hacia el final del invierno, Cowles me habló de su intención de casarse con la señorita Northcott cuanto antes, probablemente en primavera. Como ya he señalado, mi amigo era un hombre adinerado y su prometida también contaba con algún dinero propio, de ahí que no hubiera motivos pecuniarios para alargar el compromiso.

—Vamos a alquilar una casita en Corstorphine —anunció—, y esperamos que te sientes a nuestra mesa, Bob, siempre que te sea posible venir.

Le di las gracias y procuré olvidar mis temores y convencerme de que aún podía salir todo bien.

Unas tres semanas antes de la fecha fijada para la boda, Cowles me dijo a última hora que se temía que esa noche llegaría tarde a sus habitaciones.

—He recibido una nota de Kate en la que me pide que pase a verla esta noche a las once. No son horas de ir de visita, pero quizá quiera hablarme de algo tranquilamente cuando la señora Merton se haya retirado.

Ya había salido mi amigo cuando me acordé de golpe de la misteriosa entrevista que, según me habían contado, precedió al suicidio del joven Prescott. A continuación pensé en los desvaríos del pobre Reeves, que tomaron un cariz más trágico por el hecho de que ese mismo día me había llegado la noticia de su muerte. ¿Qué significaba esto? ¿Tenía aquella mujer un siniestro secreto que revelar forzosamente antes de casarse? ¿Sería alguna razón que le impedía casarse? Estaba tan intranquilo que habría seguido a Cowles, aun a riesgo de que pudiera ofenderse, para intentar convencerlo de que no acudiera a esa cita, pero una mirada al reloj me indicó que ya era demasiado tarde.

Decidí esperarlo levantado, así que eché un poco de carbón al fuego y cogí una novela de la librería. Mis reflexiones, sin embargo, eran más interesantes que el libro, y lo aparté de un manotazo. Una indefinible sensación de angustia y abatimiento se apoderó de mí. Dieron las doce y después las doce y media sin señales de mi amigo. Era casi la una cuando oí pasos en la calle y unos toques en la puerta. Me sorprendió, porque sabía que Cowles siempre llevaba una llave. De todas formas, corrí a la puerta y retiré el cerrojo. Al abrirse la puerta, comprendí en un instante que mis peores temores se habían cumplido. Barrington Cowles estaba apoyado en la barandilla de la escalera, con la cabeza hundida en el pecho y un aire de profundo desaliento. Se tambaleó al entrar en casa, y se habría caído si no lo hubiera sujetado con el brazo izquierdo. Sosteniéndolo de este modo, y con la lámpara en la otra mano, lo llevé despacio a nuestra sala de estar en el piso de arriba. Se desmoronó en el sofá sin decir palabra. Ahora que podía verlo bien, me horrorizó el cambio que había experimentado. Estaba mortalmente pálido y tenía los labios sin color. Tenía la frente y las mejillas sudorosas y los ojos vidriosos, y su expresión se había alterado totalmente. Parecía un hombre que ha pasado por un suplicio atroz y estaba hecho un manojo de nervios.

—Querido amigo, ¿qué pasa? —pregunté, rompiendo el silencio—. Nada malo, espero. ¿Te encuentras indispuesto?

—¡Brandy! —pidió, casi sin voz—. ¡Dame un poco de *brandy*!

Cogí la licorera, y estaba a punto de servirle cuando me la arrebató con una mano temblorosa y llenó casi medio vaso de licor. Normalmente era abstemio, pero se bebió el *brandy* de un trago, sin rebajarlo con agua. Dio la impresión de que le sentaba bien, porque recuperó el color en la cara y se apoyó en un codo.

—El compromiso se ha anulado, Bob —anunció, procurando hablar con serenidad, aunque no conseguía disimular el temblor de su voz—. Todo ha terminado.

—¡Anímate! —dije, con la intención de darle esperanzas—. No dejes que te afecte una mala racha. ¿Qué ha pasado? ¿A qué viene todo esto?

—¿A qué viene? —gimió, cubriéndose la cara con las manos—. Si te lo contara, Bob, no me creerías. ¡Es espantoso, es aterrador, es una atrocidad, es increíble! ¡Ay, Kate, Kate! —Empezó a moverse adelante y atrás, muerto de pena—. Te imaginaba un ángel y resulta que eres un…

—¿Un qué? —pregunté, porque se había interrumpido.

Me miró con aire ausente y de pronto se puso a hacer aspavientos.

—¡Un demonio! —gritó—. ¡Un espíritu del infierno! ¡Un vampiro escondido detrás de una cara adorable! ¡Que Dios me perdone! —En voz más baja, volviendo la cara a la pared, murmuró—: He dicho más de lo que debía. La quería demasiado para hablar de ella tal como es en realidad. Aún la sigo queriendo demasiado.

Estuvo un rato en silencio, y confié en que el *brandy* lo adormeciera, cuando volvió a mirarme de sopetón.

—¿Has leído algo sobre los hombres lobo? —preguntó.

Le contesté que sí.

—Hay una historia —dijo con aire pensativo— en uno de los libros de Marryat[88] de una mujer hermosa que de noche se transformaba en loba y devoraba a sus hijos. ¿Cómo se le ocurriría a Marryat esa idea?

Se quedó pensativo unos momentos y después pidió a gritos más *brandy*. Había un frasco de láudano encima de la mesa, e insistí en servirle yo para ponerle en el vaso medio dracma de la tintura. Cowles bebió la mezcla y una vez más hundió la cabeza en la almohada.

—Cualquier cosa es mejor que esto —gimió—. La muerte es mejor que esto. Crimen y crueldad; crueldad y crimen. Cualquier cosa es mejor que esto. —Y siguió con el monótono estribillo hasta que las últimas palabras se volvieron incomprensibles, se le cerraron los párpados sobre los ojos cansados y cayó rendido de sueño. Lo llevé a su cuarto sin despertarlo y me hice una cama con las butacas para quedarme toda la noche a su lado.

Por la mañana, Barrington Cowles tenía fiebre alta. Estuvo varias semanas debatiéndose entre la vida y la muerte. Se avisó a los médicos más competentes de Edimburgo, y la constitución vigorosa del paciente consiguió poco a poco derrotar a la enfermedad. Cuidé de él en este angustioso período y, pese a la intensidad de sus delirios y desvaríos, en ningún momento se le escapó una palabra que explicase el misterio asociado a la señorita Northcott. Unas veces hablaba de ella con la mayor ternura y la voz más cariñosa. Otras veces gritaba que era un demonio y tendía los brazos como si quisiera protegerse de ella. En varias ocasiones, también a gritos, dijo que no vendería su alma por una cara bonita y se quejó a continuación con voz lastimera: «Pero la quiero; la quiero a pesar de todo; nunca dejaré de quererla».

Cuando volvió en sí era un hombre cambiado. Sin embargo, aunque la grave enfermedad lo había consumido, sus ojos oscuros no perdieron ni una chispa de brillo. Resplandecían con un fulgor inquietante por debajo del borde de las cejas. Su actitud era excéntrica y variable —a ratos se irritaba y a ratos derrochaba alegría— pero nunca natural. Su mirada tenía un aire receloso y extraño, como si temiera algo y al mismo tiempo no supiera qué temía. Nunca nombró a la señorita Northcott: nunca, hasta esa tarde fatídica de la que ahora tengo que hablar.

Con afán de romper la cadena de sus pensamientos mediante frecuentes cambios de escenario, hice un viaje con él a las Tierras Altas de Escocia y otro por la costa oriental. En una de estas peregrinaciones visitamos la isla de May, que se encuentra cerca de la desembocadura del estuario de Forth y que, fuera de la temporada turística, es un lugar particularmente yermo y desolado. Además del farero, solo viven allí unas pocas familias de pescadores pobres que subsisten con precariedad gracias a lo que cae en sus redes y a la captura de cormoranes y alcatraces. Esta tierra inhóspita ejercía tal fascinación sobre Cowles que alquilamos un cuarto en una de las cabañas de los pescadores con la intención de pasar una o dos semanas. Yo solo encontraba allí aburrimiento, pero la soledad parecía tranquilizar a mi amigo. Perdió la mirada aprensiva que se había vuelto habitual en él y volvió a ser un poco el mismo de siempre. Daba largas caminatas por la isla de sol a sol y, desde la cima de los grandes acantilados que la rodeaban, contemplaba las olas largas y verdes que rompían contra las rocas en una lluvia de espuma.

Una noche —creo que fue nuestra tercera o cuarta en la isla—, salimos con idea de tomar un poco el aire fresco antes de retirarnos a descansar, pues nuestra habitación era pequeña y la tosca lámpara olía muy mal. ¡Qué bien recuerdo los detalles de esa noche! Prometía ser tempestuosa: las nubes

empezaban a concentrarse al noroeste y un velo de cirros oscurecía la cara de la luna, cubriendo alternativamente con franjas de luz y sombra la superficie escarpada de la isla y el mar inquieto.

Estábamos charlando a la puerta de la cabaña, y yo pensaba que mi amigo parecía más contento que nunca desde que cayó enfermo, cuando sin previo aviso dio un grito agudo, y al mirarlo a la luz de la luna vi que un gesto de horror indescriptible le mudaba el semblante. Miraba sin pestañear, como fascinado, algo que se acercaba, y extendió temblorosamente el índice esbelto para señalarlo.

—¡Mira! —gritó—. ¡Es ella! ¡Es ella! ¿Ves que viene bajando la cuesta? —Me agarró bruscamente de la muñeca—. ¡Es ella y viene hacia nosotros!

—¿Quién? —exclamé, forzando la vista en la oscuridad.

—¡Ella… Kate… Kate Northcott! Viene a por mí. Sujétame con fuerza, amigo mío. ¡No me sueltes!

—Tranquilízate, amigo —contesté, dándole una palmada en el hombro—. ¡Calma! Estás soñando. No hay nada que temer.

—¡Se ha ido! —gritó, con un suspiro de alivio—. ¡No, por Dios! ¡Ya viene otra vez, y está más cerca, se está acercando! Me dijo que vendría a por mí y ha cumplido su palabra.

—Entra en casa —dije. Y, al cogerle de la mano, la noté fría como el hielo.

—¡Lo sabía! —gritó—. Está ahí, haciéndome señas con los brazos. Es la señal. Tengo que irme. ¡Ya voy, Kate! ¡Ya voy!

Lo rodeé con los brazos y se zafó de mí con una fuerza sobrehumana para lanzarse a la oscuridad de la noche. Fui tras él, rogándole que parase, pero aceleró el paso. Cuando la luna asomó entre las nubes, distinguí su figura oscura corriendo en línea recta como en pos de un objetivo concreto. Pudo ser mi imaginación, pero entre el parpadeo de la luz me pareció vislumbrar algo delante de él: una forma resplandeciente que no se dejaba atrapar y le obligaba a seguir adelante. Vi la silueta de Cowles perfilada contra el cielo al coronar la cima de un cerro. Al momento desapareció, y esa fue la última vez que alguien vio a Barrington Cowles.

Los pescadores y yo recorrimos la isla con linternas toda la noche, registrando hasta el último hueco y rincón sin encontrar ni rastro de mi pobre amigo. El camino que había seguido en su carrera acababa en la línea de un acantilado recortado y abrupto que formaba un saliente sobre el mar. El borde estaba ligeramente desmoronado en una zona, y en la turba vimos marcas que podían ser de unos pies. Nos tumbamos de bruces y, mirando con las linternas

desde el filo, contemplamos la fuerza arrolladora del oleaje desde sesenta metros de altura. Seguíamos allí cuando, entre el azote de las olas y el aullido del viento, oímos de repente un extraño alarido salvaje en el abismo que se abría a nuestros pies. Los pescadores —gente supersticiosa por naturaleza— aseguraban que era la carcajada de una mujer, y me costó convencerlos de que prosiguiéramos la búsqueda. Por mi parte, creo que pudo ser el grito de un ave marina sobresaltada en su nido por el destello de las linternas. Fuera lo que fuera, no quiero volver a oírlo nunca.

Y así llego al final de la dolorosa obligación que me impuse. He contado con la mayor claridad y exactitud posibles la historia de la muerte de John Barrington Cowles y la cadena de acontecimientos previos. Comprendo que para otras personas, este triste episodio parezca un asunto corriente. Transcribo a continuación la prosaica crónica que apareció en *The Scotsman* un par de días después:

> Triste suceso en la isla de May. La isla de May ha sido escenario de una triste tragedia. El señor John Barrington Cowles, un caballero bien conocido en los círculos universitarios, distinguido estudiante y ganador del Premio de Física Neil Arnott, se encontraba en este tranquilo retiro con el fin de restablecer su salud. La noche de anteayer, se separó de repente de su amigo, el señor Robert Armitage, y desde entonces no se sabe nada de él. Es casi seguro que ha encontrado la muerte al caer por los acantilados que bordean la isla. El señor Cowles llevaba algún tiempo frágil de salud, en parte por el exceso de estudio y en parte por preocupaciones relacionadas con asuntos familiares. Con su fallecimiento, la Universidad pierde a uno de sus alumnos más prometedores.

No tengo nada más que añadir a mi declaración. He volcado aquí todo cuanto sé. Me imagino que mucha gente, una vez sopesado mi relato, no encontrará motivos para acusar a la señorita Northcott. Dirán que el hecho de que un hombre de temperamento excitable por naturaleza diga y haga cosas descabelladas, y llegue hasta a suicidarse a raíz de un desengaño repentino y grave, no es razón para insinuar acusaciones contra una muchacha. A esto respondo yo que son libres de formarse la opinión que gusten. Por mi parte, atribuyo la muerte de William Prescott, de Archibald Reeves y de John Barrington Cowles a esta mujer con tanta confianza como si la hubiera visto clavarles una daga en el corazón.

Me preguntarán, sin duda, cuál es mi teoría para explicar estos sucesos tan extraños. No tengo ninguna o, en el mejor de los casos, es confusa y vaga. Estoy convencido de que la señorita Northcott era capaz de ejercer un poder extraordinario sobre la mente de los demás, y, a través de la mente, sobre el cuerpo de los demás, y también de consagrar instintivamente este poder a fines crueles y abyectos. Que estos hechos coinciden con una fase aún más diabólica y terrible de su personalidad —cierto rasgo aterrador que necesitaba revelar antes de casarse— se deduce de la experiencia de sus tres enamorados, mientras que la atroz naturaleza del misterio así revelado solo puede intuirse por el hecho de que su conocimiento apartaba instantáneamente de ella a quienes la habían querido con tanta pasión. El destino de todos ellos fue, en mi opinión, consecuencia del rencor que esta mujer les guardaba por su abandono, y las palabras tanto de Reeves como de Cowles demuestran que ambos fueron debidamente advertidos en su momento. Aparte de esto no me es posible decir nada más. Expongo los hechos ante la opinión pública tal como fui testigo de ellos. No he vuelto a ver a la señorita Northcott desde entonces ni tengo ganas de verla. Si con estas palabras puedo salvar a un ser humano de esta hermosa serpiente de ojos brillantes, dejo la pluma con la certeza de que mi pobre amigo no ha muerto del todo en vano.

LA CASA DEL TÍO JEREMY

(1887)

I

He tenido una vida algo accidentada, y a lo largo de los años ha querido la suerte que viviera unas cuantas experiencias insólitas. Hay, sin embargo, un episodio tan incomparablemente extraño que reduce a la insignificancia a todos los demás siempre que lo recuerdo. Surge de entre las brumas del pasado, lúgubre y fabuloso, ensombreciendo los anodinos años anteriores y posteriores.

No es una historia que acostumbre a contar a menudo. Solo unos pocos que me conocen bien han oído los hechos de mis labios. Algunos me han pedido de vez en cuando que la narrara en una reunión de amigos, pero me he negado invariablemente, pues no tengo ningunas ganas de ganar fama de Munchausen[89] *amateur*. He accedido no obstante a sus deseos redactando esta declaración de los sucesos relacionados con mi visita a Dunkelthwaite.

Esta es la primera carta que me envió John Thurston. Lleva fecha de abril de 1862. La saco de mi escritorio y la transcribo literalmente:

> Mi querido Lawrence:
>
> Si supieras lo solo y mortalmente aburrido que estoy, seguro que me compadecerías y vendrías a compartir mi aislamiento. Más de una vez has hecho vagas promesas de venir a Dunkelthwaite y visitar los montes del norte de Yorkshire. ¿Qué mejor momento que este? Comprendo, por supuesto, que tienes mucho trabajo, pero puesto que ahora no estás asistiendo a clase puedes dedicarte a la lectura aquí tan bien como en Baker Street. ¡Coge tus libros, sé un buen amigo, y ven! Tenemos un dormitorio muy acogedor, con butaca y escritorio, que puede ser perfecto para que estudies. Hazme saber para cuándo te esperamos.
>
> Cuando digo que estoy solo no me refiero a que no haya nadie en la casa. Al contrario, formamos un grupo bastante numeroso. En primer lugar y como es lógico, está mi pobre tío Jeremy, senil y charlatán, que va de un lado a otro en zapatillas, renqueando y componiendo como

tiene por costumbre decenas de malos versos. Creo haberte hablado la última vez que nos vimos de este rasgo suyo. Ha llegado al extremo de contratar a un amanuense cuyo único deber consiste en transcribir y conservar este derroche de emociones. El individuo en cuestión, Copperthorne se llama, se ha vuelto tan imprescindible para el viejo como sus pliegos de papel o su *Diccionario universal de rimas*. No puedo decir que le tenga simpatía, claro es que siempre he compartido los prejuicios de César contra los hombres enjutos[90] (aunque, dicho sea de paso, el propio Julito era bastante inclinado a la delgadez, si damos crédito a las medallas). Están además los dos hijos de mi tío Samuel, adoptados por Jeremy —eran tres, pero una de ellos ha seguido el destino de toda carne—, y también su institutriz, una morenita muy elegante con sangre india en las venas. Hay tres doncellas y un criado ya viejo, así que, como ves, tenemos nuestro pequeño mundo en este apartado rincón. Por todo esto, mi querido Hugh, añoro una cara familiar y una compañía agradable. También yo estoy sumergido en la química y no interrumpiré tus estudios. Escribe a vuelta de correo a tu retirado amigo.

John H. Thurston

En el momento de recibir esta carta me encontraba en mi pensión de Londres, preparando con ahínco el examen final que me convertiría en médico titulado. Thurston y yo éramos buenos amigos en Cambridge antes de que yo empezara a estudiar medicina, y tenía muchas ganas de volver a verlo. Por otro lado, temía sinceramente que, a pesar de sus garantías, el cambio pudiera afectar a mis estudios. Me imaginé al viejo senil, al secretario enjuto, a la elegante institutriz, a los niños, probablemente ruidosos y malcriados, y llegué a la conclusión de que con tanta gente junta en una casa de campo habría muy poco espacio para leer con tranquilidad. Después de meditarlo dos días estaba casi decidido a rechazar la invitación cuando recibí otra carta de Yorkshire, aún más apremiante que la primera.

Esperamos noticias tuyas cada vez que llega el correo —decía mi amigo—, y no hay llamada a la puerta que no me haga pensar que traen un telegrama tuyo para anunciar en qué tren llegas. Tu dormitorio ya está preparado y creo que te resultará cómodo. El tío Jeremy me pide que te diga cuánto se alegrará de verte. Quería escribirte él personalmente pero está enfrascado en un formidable poema épico de unos cinco mil versos y se pasa el día trotando por la casa: el señor

> Copperthorne lo acecha como el monstruo de Frankenstein provisto de cuaderno y lápiz y anota las palabras a medida que le salen de los labios. Por cierto, creo que te hablé de la institutriz morena. Podría ser el cebo perfecto para que piques si aún conservas tu afición a la etnología. Es hija de un jefe tribal indio, casado con una inglesa, al que asesinaron en el Motín[91], peleando contra nosotros, y, cuando el gobierno confiscó sus propiedades, la muchacha, que tenía entonces quince años, se vio prácticamente en la indigencia. Por lo visto, un caritativo comerciante alemán la adoptó en Calculta y la trajo a Europa a vivir con su propia hija. Esta última murió, y fue entonces cuando la señorita Warrender —la llamamos así, como su madre— respondió al anuncio de mi tío, y aquí está. Ahora, querido amigo, no te pido que te cuadres a la orden de que vengas, sino que vengas de inmediato.

Había otras cosas en esta segunda carta que me impiden reproducirla íntegramente.

Era imposible resistirse a mi inoportuno amigo: por eso, aunque refunfuñando, recogí mis libros rápidamente, envié un telegrama esa noche y me puse camino de Yorkshire a primera hora de la mañana siguiente. Recuerdo que hacía un día pésimo y que el viaje, pues iba apretujado en un rincón donde había corriente, dando vueltas en la cabeza a un sinfín de cuestiones de medicina y cirugía, parecía que fuera a ser interminable. Me habían prevenido de que la pequeña estación de Ingleton, situada al borde de la carretera y a unos dieciséis kilómetros de Carnforth, era la más cercana a mi destino, y allí me apeé justo cuando John Thurston bajaba corriendo por el camino en un carro de dos ruedas. Blandió el látigo con entusiasmo al verme y, de un tirón de las riendas, detuvo al caballo y saltó al andén.

—¡Querido Hugh! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Muchas gracias por venir! —Me estrujó el brazo hasta hacerme daño.

—Temo que pienses que soy muy mala compañía, porque estoy hasta las cejas de trabajo.

—Claro, claro —dijo, con su buen humor de costumbre—. Ya contaba con eso. Tendremos tiempo para pegar algún tiro a los conejos de todos modos. El viaje es largo, y me imagino que estarás helado de frío, así que vayamos a casa sin perder un minuto.

Salimos traqueteando por el camino polvoriento.

—Creo que te gustará tu dormitorio —continuó mi amigo—. Pronto te sentirás como en casa. Ya sabes que yo tampoco vengo a Dunkelthwaite con frecuencia, y aún estoy empezando a adaptarme y a poner a punto mi

laboratorio. Llevo aquí dos semanas. Es un secreto a voces que ocupo un lugar destacado en el testamento del tío Jeremy, y a mi padre le ha parecido conveniente que hiciera una visita de cortesía. Dadas las circunstancias, lo menos que puedo hacer es aparecer por aquí de vez en cuando.

—Naturalmente —asentí.

—Además, mi tío es muy buena persona. El grupo te va a divertir. Una princesa como institutriz: suena bien, ¿no? Creo que nuestro imperturbable secretario se siente atraído por ella. Súbete el cuello, que el viento es muy fuerte.

El camino discurría entre una serie de lomas inhóspitas y bajas, sin más vegetación que alguna aulaga aislada y una escasa capa de hierba áspera y tiesa que servía de alimento a un rebaño de ovejas flacas y con pinta de hambrientas. A veces nos hundíamos en una hondonada y otras subíamos a la cima de un promontorio desde el que se veía el camino sinuoso como una pista blanca que cruzaba los sucesivos cerros. De vez en cuando, pronunciados escarpes interrumpían la monotonía del paisaje, donde el granito gris asomaba con aire siniestro, como si una herida profunda en la naturaleza dejara al descubierto sus huesos descarnados. A lo lejos se vislumbraba una sierra, y en ella destacaba un pico alto y coqueto envuelto por un velo de nubes que reflejaban la luz rojiza del sol poniente.

—Eso es Ingleborough —dijo mi compañero, señalando la montaña con el látigo—; y esos los montes de Yorkshire. No encontrarás un rincón más virgen y desolado en toda Inglaterra. Aquí se cría una admirable estirpe de hombres. Los milicianos que derrotaron a la caballería escocesa en la batalla del Standard[92] venían de esta parte del país. Anda, amigo, baja y abre la verja.

Habíamos llegado a un punto en el que una tapia larga y cubierta de musgo discurría en paralelo a la carretera, interrumpida por una verja de hierro desvencijada y flanqueada por dos columnas en las que se apoyaban sendos emblemas en piedra que al parecer representaban algún animal heráldico, aunque el viento y la lluvia los había reducido a meros bloques informes. A un lado había una casita en ruinas que alguna vez quizá fuera la vivienda del guarda. Empujé la verja y subimos por una avenida larga y llena de curvas, irregular e invadida por la hierba, aunque bordeada por magníficos robles con las ramas entrelazadas que formaban una bóveda tan densa que la penumbra se convirtió de golpe en oscuridad.

—Me temo que nuestra avenida no te impresione gran cosa —dijo Thurston con una carcajada—. Uno de los caprichos del tío Jeremy es dejar

que la naturaleza campe por sus fueros. Por fin hemos llegado a Dunkelthwaite.

Dijo esto mientras tomábamos una curva presidida por un roble patriarcal que destacaba entre todos los demás y llegábamos a una casa grande, cuadrada y encalada, con una pradera de césped delante. La parte inferior del edificio estaba en sombra, pero una hilera de ventanas en el piso de arriba resplandecían en la luz crepuscular, como inyectadas de sangre. Al ruido de las ruedas, un criado de librea y entrado en años salió y cogió al caballo de la brida en cuanto frenamos.

—Puedes llevártelo, Elijah —dijo mi amigo mientras saltábamos del carro—. Hugh, permite que te presente a mi tío Jeremy.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? —dijo una voz jadeante y cascada.

Y, al levantar la cabeza, vi a un hombrecillo de cara colorada que nos esperaba en el porche. Llevaba un tocado de algodón blanco, al estilo de Alexander Pope y otras celebridades del siglo XVIII, y se distinguía además por unas babuchas enormes que, en extraño contraste con las pantorrillas, flacas como las de una araña, parecían unas raquetas de nieve, y la sensación se acentuaba por la circunstancia de que el hombre se veía obligado a andar arrastrando los pies, con el fin de que estos apéndices difíciles de manejar no se le escaparan.

—Estará usted cansado, señor. Sí, y tendrá frío —dijo, en un curioso tono entrecortado, mientras me estrechaba la mano—. Tenemos que ser hospitalarios con usted, ¡ya lo creo! La hospitalidad es una de las virtudes que aún conservamos del viejo mundo. A ver, ¿qué son estos versos?: «A punto y firme está el brazo de Yorkshire, pero ¡ay!, ¿está el corazón de Yorkshire cálido?» Limpio y claro, señor. Es de uno de mis poemas. ¿De qué poema es, Copperthorne?

—*El ataque a Borrodaile*[93] —dijo una voz detrás del tío Jeremy, y un hombre alto y de rostro alargado dio un paso para entrar en el círculo de luz que lanzaba la lámpara desde el porche. John nos presentó, y recuerdo que al darle la mano me desagradó su tacto frío y pegajoso.

Concluida esta ceremonia, mi amigo me llevó a mi dormitorio, pasando por un sinfín de pasillos y corredores unidos por escaleras viejas y deformadas. Me fijé en el grosor de las paredes y en la extraña inclinación de los techos, que evocaba misteriosos espacios ocultos. La habitación reservada para mí resultó ser, como había dicho John, un alegre rincón íntimo con un fuego chisporroteante y una librería bien surtida. Empecé a pensar, mientras

me ponía las zapatillas, que en realidad podía haber hecho cosas peores que aceptar esta invitación a Yorkshire.

II

Cuando bajamos al comedor, los demás habitantes de la casa ya se habían reunido para cenar. El tío Jeremy, con su pintoresco tocado, ocupaba la cabecera de la mesa. A su derecha se sentaba una joven muy morena, de pelo y ojos negros, a la que me presentaron como la señorita Warrender. A su lado había dos niños guapos, chico y chica, de los que evidentemente estaba a cargo la muchacha. Me senté enfrente de ella, con Copperthorne a mi izquierda, mientras John se ponía enfrente de su tío. Casi creo ver aún el resplandor amarillo de la gran lámpara de aceite que formaba claroscuros como los de Rembrandt alrededor de esas caras que, en algún caso, pronto iban a cobrar tan extraño interés para mí.

Fue una cena agradable, aparte de la calidad de las viandas y el hecho de que el largo viaje me había abierto el apetito. El tío Jeremy era una fuente inagotable de anécdotas y citas, y parecía encantado de haber encontrado en mí un nuevo oyente. Ni la señorita Warrender ni Copperthorne hablaron mucho, pero todo lo que dijo este último indicaba que era un hombre reflexivo y educado. En cuanto a John, fueron tantos los recuerdos que evocó de nuestros tiempos en el colegio universitario y otros acontecimientos posteriores que creo que apenas probó bocado.

Cuando sirvieron el postre, la señorita Warrender se llevó a los niños y el tío Jeremy se retiró a la biblioteca, desde donde nos llegaba el murmullo apagado de su voz dictándole a su amanuense. Mi viejo amigo y yo nos sentamos un rato junto al fuego y hablamos de las muchas cosas que nos habían pasado a los dos desde la última vez que nos vimos.

—Y ¿qué te parece la gente de la casa? —me preguntó por fin con una sonrisa.

Le contesté que lo que había visto me parecía muy interesante.

—Tu tío es todo un personaje. Me gusta mucho —dije.

—Sí, tiene un buen corazón, a pesar de sus rarezas. Parece que se ha animado con tu llegada, porque no ha vuelto a ser el mismo desde que murió la pequeña Ethel. Era la menor de los hijos del tío Sam. Vino aquí con sus hermanos, pero le dio una especie de síncope en el bosque hace un par de meses. La encontraron muerta a última hora de la tarde. Fue un golpe muy duro para el pobre hombre.

—Debió de serlo también para la señorita Warrender —señalé.

—Sí. Estaba muy afectada. Entonces solo llevaba una o dos semanas aquí. Ese día había ido en coche a Kirby Londsdale a comprar algo.

—Me interesó mucho todo lo que me contaste de ella. No serían patrañas, ¿verdad?

—No, no. Es tan cierto como el Evangelio. Su padre era Achmet Genghis Khan, líder de una tribu medio independiente de alguna de las provincias centrales de la India. Un pagano fanático, aunque estaba casado con una cristiana y se compinchó con Nana Sahib[94] en Kanpur, por eso el gobierno lo persiguió con tanto ahínco.

—Debía de ser una mujer sorprendente antes de dejar su tribu —dije—. ¿Qué religión profesa: la de su padre o la de su madre?

—Nunca se lo hemos preguntado —contestó mi amigo—. En confianza, no creo que sea muy ortodoxa. Además del inglés que le enseñó su madre, que debió de ser una buena mujer, conoce bien la cultura francesa y toca admirablemente. ¡Ahí la tienes!

Sonó un piano en la habitación de al lado, y los dos nos callamos para escuchar. Al principio, la intérprete solo tocó unas notas aisladas, como si no supiera por dónde seguir. Después se oyó una serie de acordes estruendosos y notas discordantes, hasta que del caos emergió de pronto una curiosa marcha bárbara con estruendo de trompetas y choque de platillos. La melodía se encadenó como una ráfaga violenta, cada vez con más fuerza, para disgregarse de nuevo en los bruscos acordes que la habían precedido. Luego oímos cerrarse la tapa del piano, y la música terminó.

—Hace lo mismo todas las noches —observó mi amigo—. Supongo que es algún recuerdo indio. Pintoresco, ¿no te parece? Bueno, no te quedes aquí más de lo que te apetezca. Tu habitación está lista para que subas a estudiar cuando quieras.

Le tomé la palabra y lo dejé con su tío y con Copperthorne, que habían vuelto a la sala, mientras yo dedicaba un par de horas a leer jurisprudencia médica en el piso de arriba. Creía que esa noche no volvería a ver a los habitantes de Dunkelthwaite pero me equivocaba, porque a eso de las diez el tío Jeremy asomó la cara colorada por la puerta de mi habitación.

—¿Todo cómodo? —preguntó.

—Excelente, gracias.

—Me alegro. No ceje en el empeño. Seguro que lo consigue —añadió con su habitual estilo espasmódico—. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —contesté.

—¡Buenas noches! —dijo otra voz desde el pasillo. Y vi la alta figura del secretario, deslizándose detrás de su jefe como una sombra alargada y oscura.

Volví a mi escritorio y seguí trabajando una hora más antes de retirarme a la cama, donde estuve un rato pensando en la curiosa compañía de la casa a la que me había incorporado hasta que me quedé dormido.

III

Me levanté temprano a la mañana siguiente y salí al jardín, donde la señorita Warrender estaba cogiendo prímulas y haciendo un ramillete para la mesa del desayuno. Me acerqué a ella antes de que me viera y me fue imposible no admirar la hermosa agilidad de su figura al inclinarse sobre las flores. Había en sus movimientos una gracia felina que no recordaba haber visto jamás en ninguna mujer. Me vinieron a la cabeza las palabras de Thurston sobre la impresión que la muchacha había causado en el secretario, y pensé que no le faltaba razón. Al oír mis pasos, la joven se incorporó y volvió hacia mí la cara bonita y morena.

—Buenos días, señorita Warrender —dije—. Es usted madrugadora, como yo.

—Sí. Tengo la costumbre de levantarme al amanecer.

—¡Qué vista tan extraña y agreste! —exclamé, contemplando la amplia cordillera—. Soy un extraño, como usted, en esta región del país. ¿Qué le parece?

—No me gusta —contestó con franqueza—. Lo detesto. Es un sitio frío, inhóspito y triste. Mire. —Levantó el ramillete de prímulas—. A esto lo llaman flores. Ni siquiera tienen olor.

—¿Estaba usted acostumbrada a un clima más amable y a la vegetación tropical?

—Ah, veo que el señor Thurston le ha hablado de mí —dijo con una sonrisa—. Sí, estaba acostumbrada a algo mejor que esto.

Una sombra se interpuso entonces entre nosotros y vi que Copperthorne estaba detrás, muy cerca. Me tendió la mano delgada y blanca con una sonrisa forzada.

—Parece que ya sabe usted orientarse por aquí —señaló, mirándome primero a mí y luego a la señorita Warrender—. Deje que le sostenga las flores, señorita.

—No, gracias —contestó la joven con frialdad—. Ya he cogido suficientes y me voy.

Lo dejó atrás y cruzó la pradera hacia la casa. Copperthorne se quedó

mirándola con el ceño fruncido.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor Lawrence? —preguntó, volviéndose hacia a mí y dando pisotones con un pie como si estuviera nervioso.

—Sí, lo soy.

—¡Ah! ¡Las cosas que dicen de los estudiantes de medicina! —exclamó, levantando la voz y con una leve risotada—. Son tremendos, ¿no es cierto? Hemos oído contar muchas cosas. No hay quien pueda con ustedes.

—Un estudiante de medicina, señor, es por lo general un caballero —dije.

—Sin duda —asintió, con una voz distinta—. Por supuesto: era solo una broma.

Aun así, me fijé en el desayuno en que no me quitaba los ojos de encima cada vez que la señorita Warrender decía algo, y si por casualidad hacía yo un comentario, la miraba rápidamente a ella, como si quisiera descifrar en nuestra expresión lo que pensábamos el uno del otro. Estaba claro que su interés por la guapa institutriz era algo más que normal y corriente, y también me pareció evidente que ella no correspondía en absoluto a sus sentimientos.

Esa mañana tuvimos un ejemplo de la ingenuidad de la gente sencilla de Yorkshire. El caso es que la doncella y la cocinera, que dormían juntas, se habían asustado por la noche por algo que su imaginación supersticiosa transformó en una aparición. Estaba yo sentado después de desayunar con el tío Jeremy, quien con ayuda de continuos recordatorios de su secretario recitaba un poema de las tierras fronterizas, cuando llamaron a la puerta y apareció la doncella. Pisándole los talones la seguía la cocinera, pechugona aunque timorata. Las mujeres se animaron y apoyaron mutuamente para contar su historia en estrofa y antistrofa, como un coro griego; es decir, Jane habló hasta quedarse sin aliento y la cocinera continuó el relato para ser sustituida a su vez por su compañera. Buena parte de lo que dijeron me resultó casi incomprensible, por su peculiar dialecto, pero pude captar el hilo principal. Por lo visto, la cocinera se despertó al amanecer con la sensación de que algo le había tocado la cara, y al lado de su cama vio una misteriosa figura que desapareció al instante sigilosamente. El grito de la cocinera despertó a la doncella, quien aseguraba haber visto la aparición. No hubo argumentos ni razones suficientes para quitarles la idea de la cabeza, y las dos acabaron dando aviso de que dejaban su empleo, una demostración práctica de que estaban sinceramente asustadas. Las ofendió mucho nuestra incredulidad y finalmente se retiraron de malos modos, dejando al tío Jeremy enfadado, a Copperthorne desdeñoso y a mí muy divertido.

El segundo día de mi visita lo pasé casi entero en mi habitación, y conseguí sacar adelante una buena cantidad de trabajo. Por la tarde, John y yo salimos con las escopetas a cazar conejos. Cuando volvíamos a casa, le conté la absurda escena de la mañana con las criadas, y me dio la impresión de que no le parecía tan ridícula como a mí.

—Lo cierto es que en casas muy antiguas, como la nuestra —dijo—, donde hay madera carcomida y alabeada, a veces se producen efectos curiosos que predisponen a la superstición. Desde que estoy aquí, por la noche yo mismo he oído un par de cosas que podrían afectar a un hombre nervioso y aún más a una criada sin educación. Esto de las apariciones son tonterías, pero una vez que la imaginación se ha desatado no hay quien la frene.

—¿Qué has oído? —pregunté con interés.

—Nada importante. Ah, mira, los niños y la señorita Warrender. No hablemos de estas cosas delante de ella, o presentará también su dimisión, y eso sería una pérdida para la casa.

La muchacha estaba sentada en los escalones de una cerca, a la orilla del bosque que rodea Dunkelthwaite, con los niños cogidos de su brazo, uno a cada lado, pegados a ella y mirándola con las caritas regordetas. Era una estampa muy tierna, y los dos nos detuvimos a contemplarla. Pero la señorita Warrender nos había oído llegar y bajó ágilmente de un salto para acercarse a nosotros seguida por los niños.

—Tiene que ayudarme con el peso de su autoridad —le dijo a John—. A estos pequeños rebeldes les encanta el aire de la noche y no hay quien los convenza para entrar en casa.

—No queremos —dijo el niño con determinación—. Queremos oír cómo termina la historia.

—Sí, la *‘toria* —balbuceó la pequeña.

—Os contaré el final de la historia mañana, si os portáis bien. El señor Lawrence es médico, y os dirá lo malo que es para las niñas y los niños pequeños estar fuera de casa cuando empieza a caer el rocío.

—Entonces ¿os estaban contando una historia? —preguntó John cuando echamos a andar todos juntos.

—Sí, ¡una historia muy buena! —contestó el niño con entusiasmo—. El tío Jeremy nos cuenta historias, pero son en verso y ni de lejos tan bonitas como las de la señorita Warrender. Esta era de elefantes.

—Y de tigres y oro —añadió su hermana.

—Sí, y de guerras y batallas y del rey de los *Raquetas*.

—Rajputas, cielo —corrigió la institutriz.

—Y de las tribus aisladas que se comunican por signos y del hombre al que mataron en el bosque. Se sabe historias buenísimas. ¿Por qué no le pides que te cuente alguna, primo John?

—La verdad, señorita Warrender, es que ha despertado nuestra curiosidad —dijo mi compañero—. Tiene usted que contarnos alguna de esas maravillas.

—Les parecerían ridículas —se rió—. Son solo recuerdos de mi infancia.

En el camino que atravesaba el bosque nos cruzamos con Copperthorne, que venía en dirección contraria.

—Los estaba buscando a todos —dijo, en un torpe intento de ser simpático—. Venía a decirles que ya es hora de cenar.

—Eso ya nos lo dicen los relojes —fue la respuesta de mi amigo, bastante grosera en mi opinión.

—Y ¿han ido todos juntos a cazar conejos? —continuó el secretario, que iba a nuestro lado.

—No —dije—. Nos hemos encontrado con la señorita Warrender y los niños cuando volvíamos.

—¡Ah, la señorita Warrender se ha encontrado con ustedes cuando volvían! —dijo.

Esta inmediata tergiversación de mis palabras, sumada a su tono despectivo, me molestó tanto que de no haber sido por la presencia de la dama le habría bajado los humos.

Por casualidad miré a la institutriz en ese momento y vi que observaba al secretario con un brillo en los ojos que era indicio de enfado y de que compartía mi indignación. Sin embargo, esa misma noche, alrededor de las diez, mientras miraba por la ventana de mi dormitorio, me sorprendió verlos a los dos dando vueltas a la luz de la luna y enfrascados en una conversación. No sé por qué pero la escena me alteró tanto que después de varios intentos infructuosos de seguir estudiando cerré los libros y desistí de seguir trabajando esa noche. Alrededor de las once volví a mirar por la ventana, pero ya se habían ido, y poco después oí los pasos del tío Jeremy, arrastrando los pies, y los pisotones del secretario mientras subían por la escalera que llevaba a sus dormitorios, en el piso de arriba.

IV

John Thurston nunca fue un hombre observador, y creo que al tercer día de mi llegada sabía yo lo que estaba pasando en casa de su tío mejor que él. Mi amigo estaba fervientemente entregado a la química, y se pasaba el día

entre probetas y soluciones, feliz y contento siempre y cuando tuviera un compañero agradable a quien comunicar sus resultados. Por mi parte, siempre he tenido debilidad por el estudio y el análisis del carácter humano, y veía muchas cosas interesantes en aquel microcosmos en que me había instalado. A decir verdad, me entregué tanto a mis observaciones que me temo que mis estudios se resintieron notablemente.

En primer lugar descubrí, sin el menor género de duda, que el amo de Dunkelthwaite en realidad no era el tío Jeremy, sino su amanuense. Mi instinto médico me indicó que ese absorbente amor por la poesía que en los años de juventud no pasaba de ser una excentricidad inofensiva se había convertido en una auténtica monomanía que ocupaba totalmente los pensamientos del anciano, excluyendo de ellos cualquier otra cuestión. Copperthorne, al complacer a su jefe en este aspecto hasta volverse imprescindible para él, había cobrado un poder absoluto sobre el tío Jeremy en todos los demás. Administraba el dinero y dirigía los asuntos de la casa sin ser cuestionado o supervisado, aunque tenía el suficiente sentido común para ejercer su autoridad con sutileza, sin irritar a nadie ni suscitar por tanto ninguna oposición. Mi amigo, ocupado con sus destilaciones y sus análisis, nunca llegó a darse cuenta de lo insignificante que era en la casa.

Ya he expresado la convicción de que, si Copperthorne sentía algo por la institutriz, ella no alentaba sus atenciones de ninguna manera. Al cabo de unos días llegué a pensar que, además de este afecto no correspondido, había otro vínculo entre los dos. Más de una vez había visto a Copperthorne tratar a la señorita Warrender con un tono que únicamente puede calificarse de autoritario. En dos o tres ocasiones los había visto también paseando por la pradera a primera hora de la noche y hablando con cara seria. No adivinaba qué acuerdo mutuo podía haber entre ellos, y el misterio me picó la curiosidad.

Es proverbialmente fácil enamorarse en una casa de campo, pero yo nunca he sido de carácter romántico, y mi criterio no estaba sesgado por ese tipo de sentimiento en el caso de la señorita Warrender. Al contrario, me dediqué a estudiarla como estudia un espécimen un entomólogo, con espíritu crítico e imparcial. Con este objetivo, organizaba mi tiempo de estudio para hacer un descanso a las horas en que ella sacaba a los niños a hacer ejercicio al aire libre, y dimos muchos paseos juntos que me permitieron comprender su personalidad mejor que cualquier otra cosa.

La señorita Warrender había leído bastante, tenía un conocimiento elemental de varios idiomas y una fuerte inclinación natural por la música.

Sin embargo, debajo de esta pátina de cultura había una veta salvaje. A lo largo de la conversación, de vez en cuando hacía un comentario que casi me sobresaltaba, por su razonamiento primitivo y su desprecio de los convencionalismos de la civilización. Esto difícilmente podía asombrarme si pensaba que ya era una mujer cuando abandonó la tribu que gobernaba su padre.

Recuerdo un ejemplo, que me llamó mucho la atención, en el que sus costumbres salvajes de origen se impusieron bruscamente. Íbamos paseando por la carretera, hablando de Alemania, donde ella había vivido varios meses, cuando se paró en seco y se llevó un dedo a los labios.

—¡Présteme su bastón! —susurró.

Se lo di y, al instante, para mi sorpresa, se coló con agilidad y sigilo por un hueco del seto y, doblando el cuerpo, se deslizó rápidamente al abrigo de un montículo. Seguía mirándola lleno de asombro cuando un conejo apareció de pronto delante de ella y se escabulló de inmediato. La institutriz le lanzó el bastón y lo alcanzó, pero el conejo consiguió escapar, aunque cojeando de una pata.

La joven volvió a mi lado exultante y jadeando.

—Lo he visto moverse entre la hierba —dijo—. Le he dado.

—Sí, le ha dado. Le ha roto una pata —contesté, con cierta frialdad.

—Le has dado —gritó el niño con pena.

—¡Pobre animalito! —exclamó la institutriz, con un cambio de actitud total—. Siento haberle hecho daño.

Parecía profundamente abatida por el incidente, y habló muy poco el resto del paseo. Yo no podía culparla demasiado. Era evidente que había tenido un brote del antiguo instinto depredador de la gente salvaje, pero la escena resultaba incongruente en una joven elegante y en un camino de Inglaterra.

John Thurston me hizo espiar un día en la sala de estar privada de la institutriz cuando ella había salido. Tenía allí mil adornos indios, lo que indicaba que había venido de su país natal con bastante equipaje. Su pasión por los colores vivos ya se había manifestado en una divertida ocasión en que fue a la ciudad de mercado y compró muchas hojas de papel rosa y azul, para pegarlas en distintas zonas sobre el triste papel que cubría las paredes. Tenía también algunos objetos ostentosos y de poco valor que había puesto en los sitios más llamativos. Aunque el efecto era absurdo, de mal gusto y cegador, había no obstante algo conmovedor en el intento de reproducir el esplendor del trópico en aquella fría vivienda inglesa.

Los primeros días de mi visita, la curiosa relación que existía entre la señorita Warrender y el secretario simplemente despertó mi curiosidad, pero según pasaban las semanas y crecía mi interés por la hermosa muchacha angloindia, un sentimiento más profundo y personal se apoderó de mí. Me desconcertaba qué vínculo podía haber entre ellos. ¿Por qué, si la institutriz mostraba de día una aversión tan profunda por el secretario, salía a pasear con él al caer la noche? La antipatía que le manifestaba en presencia de los demás ¿podía ser una máscara para ocultar sus verdaderos sentimientos? Esto exigiría de ella una enorme capacidad de disimulo, incompatible con sus ojos francos y sus rasgos claramente orgullosos. Sin embargo, ¿qué otra hipótesis podía explicar el poder que el secretario sin ningún género de duda ejercía sobre ella?

Su poder se manifestaba de muy diversas maneras, aun cuando se ejercía con tanto sigilo y discreción que únicamente un observador atento podría haberlo descubierto. He visto a Copperthorne mirar a la muchacha con un gesto tan autoritario y, esa impresión me dio, tan amenazante que segundos después me costaba creer que el rostro blanco e impasible del secretario fuera capaz de adoptar una expresión de semejante intensidad. Cuando la miraba de ese modo, ella parpadeaba y temblaba como si tuviera un dolor físico. «Definitivamente —pensé—, es el miedo, no el amor, lo que produce estos efectos».

Tanto me interesaba este asunto que decidí contárselo a mi amigo John. Estaba en su laboratorio, absorto en una serie de manipulaciones y destilaciones que derivaron en la emisión de un gas maloliente que nos hizo toser y ahogarnos a los dos. Aproveché la retirada forzosa al aire libre para interrogarlo sobre un par de detalles de los que quería informarme.

—¿Cuánto tiempo dices que lleva la señorita Warrender con tu tío?

John me miró de reojo y me señaló con un dedo manchado de ácido.

—Pareces muy interesado por la hija del difunto y llorado Achmet Genghis.

—¿Quién no lo estaría? —respondí con sinceridad—. Creo que es uno de los personajes más románticos que he conocido.

—Céntrate en tus estudios, amigo mío —me aconsejó John con aire paternal—. Estas cosas no se hacen antes de un examen.

—¡No seas ridículo! —protesté—. Oyéndote hablar, cualquiera diría que estoy enamorado de la señorita Warrender. La observo como un interesante ejercicio psicológico y nada más.

—Ya: un interesante ejercicio psicológico y nada más.

A juzgar por su irritante manera de hablarme, me pareció que John seguía sin eliminar del organismo ciertos vapores del gas.

—Volviendo a mi pregunta original —insistí—. ¿Cuánto tiempo lleva en esta casa?

—Unas diez semanas.

—¿Y Copperthorne?

—Cerca de dos años.

—¿Crees que podían conocerse de antes?

—¡Imposible! —negó John—. Ella venía de Alemania. Vi la carta del viejo comerciante, en la que detallaba los orígenes familiares de la muchacha. Copperthorne siempre ha vivido en Yorkshire, menos dos años que pasó en Cambridge. Tuvo que dejar la universidad en circunstancias sospechosas.

—¿Qué tipo de circunstancias? —pregunté.

—No lo sé. Lo llevaron muy en secreto. Supongo que el tío Jeremy lo sabe. Le gusta recoger a tunantes y darles lo que él llama otra oportunidad. Alguno acabará por darle un susto cualquier día.

—Entonces ¿Copperthorne y la señorita Warrender no se conocían de nada hasta hace unas semanas?

—Eso es. Bueno, creo que ya podemos volver a analizar el sedimento.

—Olvídate del sedimento —dije enérgicamente, para que no se fuera—. Quiero hablarte de algo más. Si se conocen desde hace tan poco tiempo, ¿cómo ha conseguido él ese poder sobre ella?

John me miró con desconcierto.

—¿Ese poder?

—Sí, el poder que ejerce sobre ella.

—Querido Hugh —contestó mi amigo, muy serio—, no tengo la costumbre de citar la Biblia pero hay un texto que me ha venido a la memoria sin poder evitarlo, y es este: «Tu mucho saber te está haciendo perder la cabeza»[95].

—¿Quieres decir que nunca has observado que haya un acuerdo secreto entre la institutriz de tu tío y su amanuense?

—Prueba el bromuro de potasio —dijo John—. Es muy tranquilizante en dosis de treinta gramos.

—Prueba tú un par de gafas —repliqué—, está claro que las necesitas.

Y con esta despedida di media vuelta y me largué indignado. No había recorrido ni veinte pasos por el camino de grava del jardín cuando vi a la pareja por la que acababa de discutir. Estaban algo lejos; ella apoyada en el reloj de sol y él delante de ella, hablando con seriedad y gesticulando de vez

en cuando. Así plantado, con su estatura, su delgadez y los espasmos de los largos brazos, el secretario podía pasar por un murciélago enorme acechando a su víctima. Recuerdo que ese fue el símil que me vino a la cabeza entonces, acentuado quizá por la impresión de temor y encogimiento que me pareció detectar en cada curva de la hermosa figura de la joven.

La escena ilustraba tan bien el texto sobre el que yo acababa de predicar que casi estuve a punto de volver al laboratorio y llevar al incrédulo John a que la presenciara. Pero, antes de que hubiera podido llegar a ninguna conclusión, Copperthorne me vio, dio media vuelta y se alejó despacio en dirección contraria, entre los arbustos, mientras su compañera, con su parasol, lo seguía cortando flores.

Subí a mi dormitorio, después de este pequeño episodio, con la intención de seguir estudiando, pero por más que lo intenté mi cabeza se apartaba de los libros para especular sobre aquel misterio.

Me había enterado por John de que los antecedentes de Copperthorne no eran los mejores, y aun así, era evidente que ejercía un enorme poder sobre su patrón casi senil. Alcancé tal certeza observando el infinito esfuerzo con que se entregaba a la afición del anciano y el sumo tacto con que le seguía la corriente y alentaba sus extraños caprichos poéticos. Pero ¿cómo explicar el poder igualmente obvio que ejercía sobre la institutriz? Ella no tenía caprichos a los que seguirles la corriente. El amor podría haber explicado el vínculo entre ellos, pero mi instinto de hombre de mundo y observador de la naturaleza humana me indicaba de manera casi concluyente que no existía tal amor. Si no era amor, entonces tenía que ser miedo, y todo lo que yo había visto venía a reforzar esta suposición.

Entonces ¿qué había ocurrido en esos dos meses para que aquella princesa de ojos oscuros y llena de vida llegara a temer al inglés de tez blanca, voz suave y modales refinados? Este fue el misterio que me dispuse a resolver con un celo y una energía que eclipsaron mi ardor por el estudio y me quitaron el miedo a mi inminente examen.

Me aventuré a sacar el tema esa misma tarde con la señorita Warrender, cuando la encontré a solas en la biblioteca mientras los niños pasaban el día jugando en casa de un hacendado vecino.

—Debe de sentirse usted muy sola cuando no tienen visitas —dije—. Esta no parece una zona muy animada.

—Los niños siempre son buena compañía —contestó—. De todos modos, los echaré mucho de menos, al señor Thurston y a usted, cuando se vayan.

—Y yo lamentaré mucho que llegue ese día. No esperaba disfrutar tanto de esta visita; aunque tampoco creo que se quede usted del todo sola cuando nos marchemos, porque siempre tendrá al señor Copperthorne.

—Sí. Siempre tendremos al señor Copperthorne —asintió con cansancio.

—Es una compañía agradable —añadí—: tranquilo, amable y bien informado. No me extraña que el anciano señor Thurston le tenga tanto cariño.

Observé atentamente a la muchacha mientras decía estas palabras. Vi que un leve rubor se extendía por sus mejillas oscuras y también que se impacientaba y daba golpecitos con los dedos en los brazos de la butaca.

—A veces puede ser un poco frío… —continué, pero la señorita Warrender me interrumpió, volviéndose hacia mí con los ojos negros brillando de ira.

—¿Por qué quiere hacerme hablar de él? —preguntó.

—Disculpe —dije con docilidad—, no sabía que fuera un tema prohibido.

—No quiero volver a oír su nombre nunca —gritó con vehemencia—. Aborrezco su nombre y lo aborrezco a él. Si tuviera alguien que me quisiera… es decir, como quieren los hombres de mi país, sé muy bien lo que le diría.

—¿Qué le diría? —pregunté, asombrado de este insólito arranque.

Se inclinó hacia delante hasta que me pareció sentir su aliento cálido en la cara.

—Mata a Copperthorne —contestó—. Eso le diría. Mata a Copperthorne. Después puedes venir y hablarme de amor.

Nada puede describir la violencia con la que escupió estas palabras entre los dientes blancos.

Parecía tan cargada de veneno que me aparté de ella involuntariamente. ¿Podía esta serpiente pitón ser la recatada jovencita que se sentaba a diario a la mesa del tío Jeremy, tan modesta y callada? Yo esperaba comprender mejor su personalidad con aquella pregunta tendenciosa, pero no esperaba convocar, como por arte de magia, a semejante espíritu. Debió de ver la sorpresa y el horror en mi expresión, porque cambió de gesto y se le escapó una risa nerviosa.

—Pensará usted que estoy loca —dijo—. Es mi parte india que vuelve a desatarse. Allí no hacemos nada a medias: o amamos u odiamos.

—Y ¿por qué odia al señor Copperthorne? —pregunté.

—Bueno —bajó la voz—, puede que odiar sea una palabra demasiado fuerte a pesar de todo. Digamos que me disgusta. Hay gente por la que uno

siente una antipatía insuperable, aunque no pueda dar ninguna razón exacta.

Era evidente que lamentaba el exabrupto y trataba de encontrarle una explicación convincente.

Viendo que quería cambiar de tema, le facilité las cosas con una observación sobre el libro de ilustraciones indias que estaba mirando antes de que yo entrase y aún seguía abierto en sus rodillas. La biblioteca del tío Jeremy era extensa y abundaba especialmente en este tipo de libros.

—No son muy exactas —dijo, mientras pasaba las páginas de colores—. Aunque esta es buena —añadió, señalando el retrato de un jefe tribal con cota de malla y un pintoresco turbante en la cabeza—. Esta es muy buena. Mi padre se vestía así cuando salía en su caballo blanco a la cabeza de los guerreros de Dooab para pelear con los *firangi*[96]. Mi padre fue el elegido entre todos ellos, porque sabían que Achmet Genghis Khan era un gran sacerdote además de un gran soldado. El pueblo no se dejaría conducir por nadie que no fuera un *borka*[97] experimentado. Ahora está muerto, y todos los que siguieron su bandera han tenido que huir o han sido asesinados, mientras que yo, su hija, soy una criada en tierras lejanas.

—Seguro que volverá usted a la India algún día —dije, en un torpe intento de consolarla.

Siguió pasando las páginas del libro con aire distraído y sin responder. Luego, con una leve exclamación de alegría, se detuvo en una de las ilustraciones.

—Mire esto —señaló con impaciencia—, es uno de nuestros trotamundos. Es un estrangulador. El parecido es muy bueno.

La ilustración que tanto la entusiasmaba representaba a un nativo con una pinta particularmente desagradable, con una herramienta en una mano, que parecía un pico en miniatura, y un pañuelo de rayas o una pieza de tela en la otra.

—Este pañuelo es su *roomal*[98] —explicó—. Claro que no iría enseñándolo por ahí tranquilamente, ni tampoco llevaría el hacha sagrada, pero en todo lo demás es idéntico. He pasado muchas noches sin luna con ellos cuando los *lughaee*[99] iban por delante y el extranjero incauto oía el *pilhaoo*[100] a su izquierda y no sabía lo que significaba. ¡Ah, esa vida sí que merecía la pena!

—Pero ¿qué es un *roomal,* un *lughaee* y todo lo demás? —pregunté.

—Son palabras indias —contestó, riéndose—. No las entendería.

—Pero en esta ilustración dice *dacoit*, y siempre he creído que un *dacoit* era un ladrón.

—Eso es porque los ingleses no saben nada. Claro que los *dacoits* son ladrones, pero a muchos los llaman ladrones cuando no lo son en realidad. Este hombre es un hombre santo y muy probablemente un gurú.

Podría haberme dado más información sobre los usos y costumbres de su país, pues era un tema del que le encantaba hablar, pero de pronto noté que cambiaba de expresión y miraba por la ventana que estaba detrás de mí como paralizada de miedo. Al volverme, vi que el amanuense nos espiaba, asomando la cabeza por detrás de la esquina. Confieso que yo también me asusté, pues con aquella palidez cadavérica la cabeza parecía separada de los hombros. Copperthorne abrió la ventana al saberse observado.

—Disculpen la interrupción —dijo—, pero ¿no cree, señorita Warrender, que es una lástima estar encerrada en casa cuando hace un día tan bonito? ¿Por qué no viene a dar un paseo?

A pesar de su aparente cortesía, pronunció estas palabras con aspereza y en un tono casi amenazante, de ahí que sonaran más como una orden que como una petición. La institutriz se levantó y, sin protestas ni comentarios, fue a ponerse su sombrero. Fue un ejemplo más de la autoridad que Copperthorne ejercía sobre ella. Mientras me miraba por la ventana abierta, una sonrisa de burla jugueteó en sus labios finos como si se hubiera propuesto provocarme con este alarde de poder. Iluminado a contraluz por el sol, parecía un demonio con halo. Se quedó quieto unos momentos, mirándome con un gesto de maldad concentrada. La grava del sendero crujió a continuación bajo sus pasos firmes mientras rodeaba la casa para llegar a la puerta.

V

Los días siguientes a la entrevista en la que la señorita Warrender confesó que odiaba al secretario, todo transcurrió sin contratiempos en Dunkelthwaite. Tuve varias largas conversaciones con la institutriz mientras paseábamos con los niños por los bosques y los campos, pero nunca fui capaz de sacar el tema de su arrebato en la biblioteca ni ella dijo nada que aclarase de algún modo la cuestión que tanto me interesaba. Siempre que algún comentario mío podía apuntar en esa dirección, la muchacha o bien me contestaba con reserva o bien descubría repentinamente que ya iba siendo hora de volver con los niños al cuarto de juegos, y así llegué a perder la esperanza de que alguna vez fuese a revelarme algo.

Mientras tanto, seguí estudiando a salto de mata. De vez en cuando, el tío Jeremy entraba en mi habitación con un manuscrito en la mano y me leía pasajes de su gran poema épico. Cuando necesitaba compañía, iba a hacerle

una visita a John en el laboratorio, y él a su vez venía a mi cámara cuando se sentía solo. A veces, por romper la monotonía del estudio, me llevaba los libros al cenador del jardín y trabajaba allí de día. A Copperthorne lo evitaba en la medida de lo posible, y él, a su vez, no parecía en absoluto interesado en cultivar una relación conmigo.

Un día de la segunda semana de junio, John vino a verme con un telegrama en la mano y una expresión de notable fastidio.

—¡Esta sí que es buena! El gobernador quiere que me reúna con él en Londres inmediatamente. Supongo que será por algún trámite legal. Siempre está amenazando con poner en orden sus asuntos, y parece que ha tenido un arranque de energía y por fin quiere hacerlo.

—¿Estarás mucho tiempo fuera? —pregunté.

—Una semana, o puede que dos. Es una lata, justo ahora que estaba encontrando el camino para separar ese alcaloide.

—Te seguirá esperando cuando vuelvas —le contesté riéndome—. Aquí no hay nadie que pueda separarlo en tu ausencia.

—Lo que más me fastidia es dejarte aquí. Parece muy poco hospitalario pedir a un amigo que venga a un sitio tan solitario como este para luego largarse y dejarlo plantado.

—No te preocupes por mí. Tengo demasiado trabajo para sentirme solo. Además, he encontrado aquí alicientes que jamás habría imaginado. Creo que las últimas seis semanas de mi vida han pasado más deprisa que nunca.

—Ah, ¿han pasado deprisa? —repitió John, con una risita burlona. Estoy convencido de que seguía en el error de que yo estaba perdidamente enamorado de la institutriz.

Se marchó ese día en el primer tren, con la promesa de escribir y comunicarnos su dirección en la ciudad en cuanto supiera en qué hotel querría alojarse su padre. No me imaginaba qué importancia podía tener un detalle tan nimio y tampoco lo que iba a ocurrir antes de que volviese a ver a mi amigo. En ese momento, no lamenté en absoluto su partida, que sirvió para estrechar los lazos entre los cuatro adultos que nos quedamos y parecía facilitar la solución al problema que a mí me interesaba más cada día.

A algo menos de medio kilómetro de la casa de Dunkelthwaite se encuentra el apartado pueblecito del mismo nombre, compuesto por unas veinte o treinta casas con el tejado de pizarra, una iglesia cubierta de hiedra y la inevitable cervecería. La tarde del mismo día en que John nos dejó, la señorita Warrender fue a la oficina de Correos del pueblo con los niños y yo me ofrecí a acompañarlos.

Copperthorne habría impedido la excursión de buena gana, o habría venido con nosotros, pero afortunadamente el tío Jeremy estaba en trance poético y los servicios de su secretario le eran indispensables. Recuerdo que el paseo fue muy agradable, porque los árboles daban buena sombra y los pájaros cantaban llenos de alegría. Hablamos de muchas cosas en el camino mientras el niño y la niña correteaban, se reían y retozaban.

Antes de llegar a la oficina de Correos hay que pasar por la ya mencionada cervecería. Íbamos por la calle del pueblo cuando vimos un corro de gente delante del local. Eran como una decena de chicos mal vestidos y chicas desaliñadas, unas cuantas mujeres sin sombrero y un par de haraganes del bar: probablemente la mayor reunión que se había conocido en los anales del tranquilo vecindario. No veíamos qué despertaba tanta curiosidad, pero los niños se acercaron corriendo y volvieron enseguida, cargados de información.

—¡Ay, señorita Warrender! —gritó Johnnie, jadeando y lleno de impaciencia—. ¡Hay ahí un hombre negro, como el de los cuentos que usted nos cuenta!

—Supongo que será un gitano —contesté.

—No, no —me contradijo Johnnie con decisión—. Es más negro que un gitano, ¿a que sí, May?

—Más negro que un gitano —repitió la niña.

—Bueno, tendremos que ir a ver esta maravillosa aparición —dije.

Miré de reojo a mi compañera. Me sorprendió ver que estaba muy pálida, y que el brillo de una emoción reprimida iluminaba sus grandes ojos negros.

—¿Se encuentra mal? —pregunté.

—Sí. ¡Vamos! —exclamó con nerviosismo, apretando el paso—. ¡Vamos!

La escena que encontramos al sumarnos al pequeño círculo de lugareños fue en verdad curiosa. Me recordó a la descripción del comedor de opio malayo a quien De Quincey vio en la granja de Escocia[101]. En el centro del círculo de acogedores vecinos de Yorkshire había un viajero oriental, alto, esbelto y elegante, con una túnica de lino manchada de polvo y unas toscas sandalias en los pies morenos. Era evidente que venía de lejos. Llevaba una vara en la mano, en la que se apoyaba, mientras sus ojos oscuros miraban a lo lejos con aire pensativo, aparentemente ajenos al gentío que lo rodeaba. Su pintoresca indumentaria, sumada al turbante de colores y a su piel morena, producía un efecto incongruente y extraño en aquel ambiente tan prosaico.

—¡Pobre hombre! —dijo la señorita Warrender, alterada y jadeando—. Se ve que está cansado, tiene hambre y no puede explicar lo que quiere. Iré a

hablar con él.

Y, acercándose al indio, le dirigió unas palabras en su lengua materna.

Nunca olvidaré el efecto que tuvieron esas pocas sílabas. Sin decir palabra, el viajero se echó de bruces al polvo del camino y se postró a los pies de mi acompañante. Había leído yo algún texto sobre las formas de humillación entre los orientales en presencia de un superior, pero nunca habría podido imaginar que un ser humano fuera capaz de expresar un servilismo tan abyecto como el que denotaba la actitud de aquel hombre.

Cuando la señorita Warrender volvió a hablarle, con voz fuerte y autoritaria, el extranjero se levantó de un salto, entrelazó las manos y bajó los ojos como un esclavo en presencia de su dueña. El grupo de curiosos, como si creyera que la postración repentina había sido el preludio de alguna proeza mágica o un espectáculo acrobático, parecía atento y entretenido.

—¿Podría usted ir con los niños a echar las cartas? —me pidió la institutriz—. Me gustaría hablar un momento con este hombre.

Accedí a su petición y, a mi regreso, minutos más tarde, los encontré charlando aún. Daba la sensación de que el indio estaba haciendo un relato de sus aventuras o detallando los motivos de su viaje, porque hablaba deprisa y alterado, con los dedos temblorosos y los ojos brillantes. La señorita Warrender lo escuchaba con atención y respondía de vez en cuando con un respingo o una exclamación que indicaban su profundo interés por la historia del viajero.

—Discúlpeme por hacerle esperar tanto tiempo al sol —dijo, cuando volvió a mi lado—. Tenemos que ir a casa o llegaremos tarde a cenar.

Con un par de frases de despedida que sonaron a órdenes, dejó a su conocido todavía en la calle del pueblo, y volvimos a casa con los niños.

—Bueno —dije, con curiosidad natural cuando nos alejamos del grupo—. ¿Quién y qué es?

—Viene de las provincias centrales, de cerca de la tierra de los mahrattas[102]. Es uno de los nuestros. Me ha impresionado encontrarme con un compatriota por sorpresa. Estoy bastante alterada.

—Debe de haber sido una alegría para usted.

—Sí, una gran alegría —dijo efusivamente.

—Y ¿por qué se tiró al suelo de esa forma?

—Porque sabía que yo era la hija de Achmet Genghis Khan —respondió con orgullo.

—Y ¿qué lo trae por aquí?

—Bueno, es una larga historia —contestó con naturalidad—. Ha llevado una vida errante. ¡Qué oscuro está este camino y cómo sobresalen las ramas grandes! Si se escondiera usted detrás de una de esas ramas, podría asaltar por la espalda a cualquiera que pasara, y nadie se daría cuenta hasta que sintiera los dedos en la garganta.

—¡Qué idea tan escalofriante! —exclamé.

—Los sitios sombríos siempre me inspiran pensamientos sombríos —dijo, sin darle importancia—. Por cierto, quiero que me haga un favor, señor Lawrence.

—¿De qué se trata?

—No diga nada en casa de este pobre compatriota mío. Podrían tomarlo por un vagabundo o un maleante y expulsarlo del pueblo.

—Estoy seguro de que el señor Thurston no haría una cosa tan cruel.

—No, pero el señor Copperthorne tal vez sí.

—Como quiera —asentí—, aunque seguro que los niños lo cuentan.

—No lo creo —dijo.

No sé cómo consiguió que esos charlatanes se mordieran la lengua pero lo cierto es que no dijeron nada, y esa tarde no se habló del extraño viajero que había llegado a nuestra aldea.

Tuve la acertada sospecha de que aquel desconocido del trópico no era un viajero casual, sino que había venido a Dunkelthwaite por un asunto concreto. Al día siguiente encontré la mejor prueba posible de que aquel hombre seguía en los alrededores cuando me crucé con la señorita Warrender en la avenida del jardín, cargada con un cesto en el que llevaba sobras de pan y carne. Tenía la costumbre de llevárselas a las ancianas del vecindario, así que me ofrecí a acompañarla.

—¿Hoy le toca a la señora Venables o a la señora Taylforth? —pregunté.

—A ninguna de las dos —dijo con una sonrisa—. Le diré la verdad, señor Lawrence, porque siempre ha sido un buen amigo para mí y creo que puedo fiarme de usted. Estas sobras son para mi compatriota. Voy a dejar la cesta colgada de esta rama, y él vendrá a recogerla.

—Ah, eso quiere decir que sigue por aquí —observé.

—Sí, sigue en los alrededores.

—¿Cree que la encontrará?

—Seguro —dijo—. No me culpará usted por ayudarlo, ¿verdad? Usted haría lo mismo si viviera entre indios y de pronto llegara un inglés. Venga al invernadero a ver las flores.

Fuimos juntos al invernáculo. Cuando volvimos, la cesta seguía colgada de la rama pero estaba vacía. La señorita Warrender la descolgó, riéndose, y se la llevó de allí.

Me dio la impresión de que desde que tuvo aquella charla con su compatriota el día anterior estaba más animada y andaba con mayor ligereza y libertad. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero también me pareció que no se mostraba tan cohibida como de costumbre en presencia de Copperthorne, lo miraba con menos temor y estaba menos expuesta a la influencia de su voluntad.

Y por fin estoy llegando a esa parte de mi exposición que describe cómo descubrí el vínculo que había entre estas dos personas tan extrañas y tuve conocimiento de la terrible verdad sobre la señorita Warrender, o la princesa Achmet Genghis, como tal vez debería llamarla, porque sin duda era descendiente del fanático y fiero guerrero más que de su bondadosa madre.

La revelación supuso para mí un golpe cuyos efectos nunca podré olvidar. Es posible que, por mi manera de narrar la historia, subrayando los hechos que más afectaban a la muchacha y omitiendo los demás, mis lectores hayan ya detectado la predisposición que llevaba en la sangre. Por mi parte, juro solemnemente que hasta el último momento no tuve la más mínima sospecha de la verdad. Poco podía imaginarme qué clase de mujer era aquella joven a la que había brindado mi amistad y cuya voz sonaba en mis oídos como música celestial. Aun así, volviendo la vista atrás estoy seguro de que su disposición hacia mí era buena y de que nunca me habría hecho daño intencionadamente.

Veamos cómo se produjo la revelación. Creo haberme referido a cierto pabellón del jardín en el que era mi costumbre estudiar de día. Una noche, a eso de las diez, iba camino de mi dormitorio cuando caí en la cuenta de que me había olvidado un libro de ginecología en este pabellón de verano y, puesto que me proponía trabajar un par de horas más antes de retirarme, di media vuelta con la intención de recogerlo. El tío Jeremy y las criadas ya se habían acostado, así que bajé las escaleras sigilosamente y abrí la puerta principal con mucho cuidado. Una vez fuera, crucé corriendo el césped y me adentré entre los arbustos con la intención de recuperar mi libro y volver lo antes posible.

Apenas había cruzado la portezuela de madera y entrado en el bosque, oí el rumor de una conversación y supe que me había topado por casualidad con uno de aquellos cónclaves nocturnos que había observado desde mi ventana en otras ocasiones. Las voces eran las del secretario y la institutriz, y era evidente, por dónde se oían, que estaban en el pabellón, conversando sin

sospechar de la presencia de una tercera persona. Siempre he sostenido que escuchar a escondidas, en cualquier circunstancia, es deshonroso, y aun siendo grande mi curiosidad por saber lo que decían, ya estaba a punto de carraspear o dar alguna otra señal de mi llegada cuando una frase de Copperthorne me hizo pararme en seco, con todos los sentidos desbordados de asombro y horror.

—Creerán que ha muerto de apoplejía —fueron las palabras que, en el tono incisivo del amanuense, resonaron con inconfundible claridad en el aire sereno.

Aguanté la respiración y agucé el oído. La idea de anunciar mi presencia me había abandonado por completo. ¿Qué crimen tramaban los pintorescos conspiradores aquella preciosa noche de verano?

Oí la voz dulce y grave de la institutriz, pero hablaba tan deprisa y en un tono tan apagado que no me fue posible entender lo que decía. Noté, por la entonación, que estaba sometida a la influencia de una emoción muy profunda. Me acerqué de puntillas, tensando el oído al máximo para no perder ni una sílaba. La luna no había salido aún y la oscuridad era muy densa debajo de los árboles. Era poco probable que me descubrieran.

—Pues ¡claro que has comido su pan! —se burló el secretario—. Normalmente no tienes tantos escrúpulos. No pensaste en eso en el caso de la pequeña Ethel.

—¡Me volví loca! ¡Me volví loca! —exclamó con la voz entrecortada—. Había rezado mucho a Buda y a la gran Bhowanee, y creí que, en esta tierra de infieles, sería un acto de gloria y de grandeza por parte de una mujer sola como yo obrar según las enseñanzas de mi admirable padre. Hay pocas mujeres a quienes se les permita conocer los secretos de nuestra fe, y el honor recayó sobre mí casi por accidente. Pero desde el día en que me indicaron el camino lo he recorrido en línea recta y sin temor, y el gran gurú Ramdeen Singh ha afirmado que ya a los catorce años yo era digna de sentarme sobre el paño del *tupounee*[103] con los demás *bhuttotees*[104]. Pero juro ante el pico sagrado que he sufrido mucho por eso. ¿Qué había hecho la pobre niña para ser sacrificada?

—Yo creo que tu arrepentimiento no viene tanto del aspecto moral del caso como del hecho de que yo te descubriera —señaló Copperthorne con desdén—. Puede que antes tuviera mis recelos pero cuando te vi levantarte con el pañuelo en la mano tuve la certeza de que una princesa de los thugs nos había honrado con su presencia. Un patíbulo inglés sería un final demasiado prosaico para un comienzo tan romántico.

—Y desde entonces te has valido de ese conocimiento para hacer añicos mi vida —contestó la joven con amargura—. Has convertido mi existencia en una carga para mí.

—¡Una carga para ti! —La voz del secretario se había alterado—. Sabes lo que siento por ti. Si alguna vez te he dominado con el miedo a delatarte, ha sido solamente porque eras insensible a la dulce influencia del amor.

—¡Amor! —exclamó ella con resentimiento—. ¿Cómo puedo amar a un hombre que me pone eternamente delante de los ojos una muerte vergonzosa? Pero vayamos al grano. Me prometiste la libertad sin condiciones si hacía esto por ti.

—Sí —asintió Copperthorne—. Puedes irte donde quieras cuando lo hayas hecho. Me olvidaré de lo que vi entre los arbustos.

—¿Lo juras?

—Sí, lo juro.

—Haría cualquier cosa por mi libertad.

—No volveremos a tener una oportunidad como esta —dijo Copperthorne —. El joven Thurston se ha ido, y ese amigo suyo duerme a pierna suelta y es demasiado bobo para sospechar nada. El viejo ha hecho testamento a mi favor y, si muere, hasta el último producto y la última piedra de la finca serán míos.

—Entonces ¿por qué no lo haces tú?

—No es lo mío. Además, no tengo el don. Ese *roomal*, o como lo llames, no deja marcas. Esa es la ventaja.

—Es abominable matar a quien ha sido tu benefactor.

—Pero es magnífico servir a Bhowanee, la diosa del asesinato. Conozco tu religión lo suficiente para saberlo. ¿No lo haría tu padre si estuviera aquí?

—Mi padre era el *borka* más grande de Jabulpar —contestó la princesa con orgullo—. Mató más gente que días tiene el año.

—Ni por mil libras habría querido yo conocerlo —se rió Copperthorne—. Pero ¿qué diría Achmet Genghis Khan en este momento si viera dudar a su hija cuando se le brinda una oportunidad como esta de servir a los dioses? Lo has hecho de maravilla hasta ahora. Tu padre habría sonreído cuando el alma infantil de Ethel subió flotando hasta ese dios o *ghoul* vuestro. Puede que ese no fuera el primer sacrificio que ofrecías. ¿Qué le pasó a la hija de ese bondadoso comerciante alemán? ¡Ah, tu cara me dice que vuelvo a estar en lo cierto! Después de semejantes hazañas, haces mal en dudar ahora que no hay peligro y todo se te va a facilitar. Además, esto te liberará de tu existencia aquí, que no puede ser demasiado agradable cuando uno se ve a todas horas con la soga al cuello, por así decir. Si vamos a hacerlo, hay que hacerlo

inmediatamente. Podría modificar el testamento en cualquier momento, porque le tiene cariño al muchacho y cambia más que una veleta.

Hubo una pausa larga y un silencio tan profundo que creí oír los latidos de mi corazón en la oscuridad.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó ella por fin.

—¿Por qué no mañana por la noche?

—¿Cómo me acerco a él?

—Dejaré la puerta abierta —dijo Copperthorne—. Tiene un sueño muy profundo y dejaré una vela encendida, para que veas donde pisas.

—¿Y después?

—Después volverás a tu dormitorio. Por la mañana se descubrirá que nuestro pobre señor ha muerto mientras dormía. También se revelará que ha dejado todos sus bienes terrenales a su fiel secretario, en modesta recompensa por su entrega y su dedicación. Como los servicios de la señorita Warrender, la institutriz, ya no serán necesarios, podrá volver a su querido país o ir donde le plazca. Hasta fugarse con el señor John Lawrence, estudiante de medicina, si es eso lo que quiere.

—Me insultas —contestó ella con rabia. Y, después de una pausa, añadió —: Tenemos que vernos mañana por la noche antes de hacer nada.

—¿Por qué?

—Porque quizá necesite algunas indicaciones finales.

—En ese caso, aquí a las doce —dijo él.

—No, aquí no. Está demasiado cerca de la casa. Nos veremos debajo del roble grande, el que está a la entrada de la avenida.

—Donde tú quieras —accedió el secretario de mal humor—, pero ten en cuenta que no estaré contigo cuando lo hagas.

—No pienso pedírtelo —replicó ella con desprecio—. Creo que no hay más que hablar por hoy.

Oí que alguno de los dos se levantaba y, a pesar de que siguieron hablando, no me quedé a escuchar más, sino que salí de mi escondite sin hacer ruido, crucé rápidamente la pradera oscura, entré por la puerta y la cerré a continuación. Solo cuando llegué a mi dormitorio y me hundí en mi butaca fui capaz de ordenar mis ideas dispersas y pensar en la terrible conversación que acababa de oír. Hasta altas horas de la noche estuve allí inmóvil, reflexionando sobre cada palabra que habían dicho y tratando de esbozar un plan de acción.

VI

¡Los thugs! Yo ya había oído hablar de esos fanáticos salvajes de la región central de la India, y de su religión distorsionada que considera el asesinato el más alto y más puro de los dones que un mortal puede ofrecer al Creador. Recordé haber leído en las obras del coronel Meadows Taylor[105] una crónica de su secretismo, su organización, su crueldad y el inmenso poder que ejerce su locura homicida sobre otras facultades mentales o morales. Incluso me acordé de que el *roomal* —una palabra que la institutriz había pronunciado más de una vez— era el pañuelo sagrado con el que ejecutaban su diabólico propósito. Como ya era una mujer cuando se separó de ellos, y, según sus propias palabras, la hija del mayor líder, a nadie podía extrañar que el barniz de la civilización no hubiera llegado a erradicar del todo sus primeras impresiones del mundo ni evitara esos arranques ocasionales de fanatismo. Al parecer, fue en uno de esos momentos cuando acabó con la vida de la pobre Ethel, habiendo preparado previamente una buena coartada para ocultar su delito, pero Copperthorne descubrió el asesinato por casualidad y fue así como consiguió el poder que tenía sobre su extraña socia. De todas las muertes posibles, la horca es para estas tribus la más impía y degradante, y el conocimiento de que esa sería la muerte para ella según las leyes de este país fue la razón evidente de que se viera obligada a someter su voluntad y a domar su naturaleza imperiosa en presencia del amanuense.

En cuanto a Copperthorne, cuando pensé tanto en lo que había hecho como en lo que se proponía hacer, un horror y un desprecio inmensos se apoderaron de mí. ¿Era esta su manera de corresponder a la generosidad que el anciano le había prodigado? Ya lo había engatusado para que le legara todas sus propiedades, y ahora, por miedo a que algún remordimiento de conciencia le hiciese cambiar de opinión, decidió quitarle la facultad siquiera de escribir un codicilo. Y el colmo de todo, por si esto no fuera suficientemente grave, era que el secretario, demasiado cobarde para alcanzar sus fines personalmente se había servido de las horribles creencias religiosas de la desafortunada muchacha para liquidar al tío Jeremy de tal modo que ninguna sospecha pudiera recaer sobre el verdadero culpable. Tomé la decisión de que, pasara lo que pasara, el amanuense no escaparía del debido castigo por sus delitos.

Pero ¿qué iba a hacer yo? De haber sabido la dirección de mi amigo le habría enviado un telegrama a la mañana siguiente para que estuviera en Dunkelthwaite antes de la caída de la noche. Por desgracia, John era un desastre a la hora de escribir, y varios días después de su partida seguíamos sin tener noticia de su paradero. Había tres criadas en la casa pero ningún

hombre aparte del anciano Elijah; tampoco conocía yo a nadie en los alrededores en quien pudiera confiar. De todos modos, esto era un detalle menor, pues sabía que estaba más que a la altura del secretario en cuestión de fuerza física y confiaba en mí lo suficiente para concluir que mi resistencia bastaría para impedir toda posibilidad de que la conspiración llegara a ejecutarse.

La pregunta era: ¿qué medidas me convenía más tomar dadas las circunstancias? Mi primer impulso fue esperar a la mañana y acercarme luego discretamente a la comisaría de policía más cercana o enviar recado para que se presentasen un par de agentes. De ese modo podría entregar a Copperthorne y a su cómplice a la justicia, revelando la conversación que había oído sin querer. Pensándolo mejor, este plan me pareció inviable. ¿Qué mínima prueba tenía yo para acusarlos, al margen de una historia que quien no me conociese consideraría sin duda inverosímil y descabellada? Me imaginaba el tono persuasivo y el aire imperturbable con que Copperthorne negaría la acusación y se explayaría sobre la inquina que les tenía a él y a su compañera por el afecto que se profesaban. Sería muy sencillo para el secretario convencer a un tercero de que yo me estaba inventando una historia con la esperanza de perjudicar a un rival, y muy difícil para mí convencer a nadie de que aquel caballero de aspecto clerical y aquella joven elegante ¡eran dos bestias de presa que salían a cazar en pareja! Pensé que sería un gran error enseñar mis cartas antes de estar seguro de a qué estábamos jugando.

La alternativa era no decir nada y dejar que las cosas siguieran su curso, a la vez que me preparaba para actuar en el momento en que surgiera alguna prueba en contra de los conspiradores con visos de ser concluyente. Este fue el plan que me recomendó mi juvenil disposición aventurera y también el que aparentemente tenía más posibilidades de arrojar buenos resultados. Cuando ya de madrugada me acosté en la cama, estaba totalmente decidido a guardar en mi pecho el conocimiento de la trama criminal de la que me había enterado por casualidad y confiar únicamente en mis recursos para desbaratarla.

El tío Jeremy se levantó de un humor espléndido a la mañana siguiente, y después del desayuno se empeñó en leer en voz alta una escena de *Los Cenci*, de Shelley, una obra por la que sentía una profunda admiración. Copperthorne estaba sentado a su lado, en silencio y con un gesto impenetrable que solo se alteraba cuando ofrecía una sugerencia o profería una exclamación de admiración. La señorita Warrender parecía ensimismada, y más de una vez tuve la impresión de ver lágrimas en sus ojos oscuros. Era extraño estar ahí con los tres sabiendo la verdadera relación que los unía. Me compadecí de mi

anfitrión, con su cara colorada, su extravagante tocado y sus costumbres anticuadas. Me juré que no le ocurriría nada malo mientras estuviera en mi mano impedirlo.

El día transcurrió muy despacio y en un ambiente lúgubre. Me era imposible sentarme a trabajar, así que deambulé sin descanso por los pasillos y el jardín de la casa antigua. Copperthorne estaba con el tío Jeremy en el piso de arriba, y apenas lo vi en ningún momento. Dos veces, mientras iba andando a grandes zancadas por el jardín, observé que la institutriz se acercaba con los niños hacia mí, y las dos veces la evité apretando el paso. Tenía la sensación de no ser capaz de hablar con ella sin expresar el profundo horror que me inspiraba y delatar así mi conocimiento de lo ocurrido la noche anterior. Notó que la rehuía, porque a la hora de comer, cuando la miré un segundo a los ojos, me dirigió una mirada dolida y sorprendida a la que yo no respondí.

Con el correo de la tarde llegó una carta de John en la que nos decía que se alojaba en el Lagham. Aunque ya era imposible que mi amigo pudiera serme útil a la hora de compartir la responsabilidad de lo que estaba a punto de ocurrir me sentí en el deber de enviarle un telegrama y hacerle saber que era conveniente su vuelta a casa. Esto exigía una larga caminata hasta la estación que me ayudó a pasar el tiempo, y me quité un gran peso de encima cuando el son metálico de las agujas indicó que mi mensaje ya estaba en camino.

Cuando llegué a la verja de la avenida, a mi regreso de Ingleton, me encontré al anciano Elijah esperando como fuera de sí.

—Dicen que una rata atrae a las demás —dijo, tocándose el sombrero—, y parece que lo mismo pasa con los morenos.

El criado nunca había sentido simpatía por la institutriz, debido a lo que él llamaba sus «aires de superioridad».

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pues que uno de esos extranjeros anda escondido y husmeando por aquí. Lo he visto entre los matorrales y le he echado sin contemplaciones. Seguro que venía a por las gallinas, o pretendía prender fuego a la casa y matarnos a todos mientras dormíamos. Voy a bajar al pueblo, señor Lawrence, a ver qué busca ese hombre.

Y se marchó precipitadamente en un paroxismo de ira senil.

Este incidente trivial me causó una impresión considerable y me hizo reflexionar seriamente mientras subía por la avenida. Era obvio que el trotamundos hindú seguía merodeando por los alrededores. Este individuo era

un factor que se me había olvidado tener en cuenta. Si su compatriota lo reclutaba como cómplice de sus siniestros planes, cabía la posibilidad de que los tres resultaran ser demasiado para mí solo. De todas formas, me pareció improbable que la institutriz hiciera eso después de haberse esforzado tanto para ocultar a Copperthorne la presencia del viajero.

Tenía ganas de confiarme a Elijah pero, pensándolo bien, llegué a la conclusión de que un hombre de su edad sería un aliado peor que inútil.

Alrededor de las siete iba camino de mi dormitorio cuando me encontré con el secretario y me preguntó si sabía dónde estaba la señorita Warrender. Le contesté que no la había visto.

—Es raro que nadie la haya visto desde la hora de cenar —dijo—. Los niños no saben dónde está. Necesito hablar con ella de un asunto en particular.

Y se fue a toda prisa, con un gesto inquieto y contrariado.

A mí, la ausencia de la señorita Warrender no me sorprendía. Seguro que estaba en un rincón del jardín, armándose de valor para acometer la atroz tarea que se había propuesto. Cerré la puerta de mi dormitorio y me senté con un libro en la mano aunque con la cabeza demasiado revuelta para enterarme de lo que leía. Mi plan de campaña ya estaba formado. Decidí que no perdería de vista el lugar de encuentro de los conspiradores, los seguiría e intervendría en el momento en que mi participación fuera más efectiva. Había escogido un bastón nudoso y grueso, de gran valor sentimental para mí, con el que me sabía dueño de la situación después de comprobar que Copperthorne no tenía armas de fuego.

No recuerdo un solo momento de mi vida en el que las horas pasaran tan despacio como esa noche de espera en mi dormitorio. Oía la dulce melodía del reloj de Dunkelthwaite a lo lejos, dando primero las ocho, luego las nueve y luego, al cabo de un intervalo interminable, las diez. A continuación me pareció como si el tiempo se hubiera congelado mientras iba y venía por la pequeña habitación, temiendo y deseando a la vez la señal de la hora como los hombres obligados a enfrentarse a una dura prueba. Sin embargo, todo llega a su fin, y la primera campanada que anunciaba la undécima hora resonó con claridad en la quietud de la noche. Me levanté entonces, me puse unas zapatillas silenciosas y, cogiendo mi bastón, salí sin hacer ruido y bajé por las viejas escaleras que no dejaban de crujir. Oyendo los ronquidos estertorosos del tío Jeremy en el piso de arriba, conseguí abrirme camino en la oscuridad hasta la puerta, abrirla y salir a la hermosa noche estrellada.

Tenía que ser muy cauto en mis movimientos, porque la luz de la luna era tan fuerte que había casi tanta claridad como de día. Pegado a la sombra de la casa fui hasta el seto del jardín y desde ahí, gateando a su lado, alcancé la seguridad de los arbustos donde me había escondido la noche anterior. Entonces me abrí paso entre las frondas, pisando con sumo cuidado y precaución para no partir ni una sola ramita. Así seguí hasta ocultarme entre los matorrales que bordeaban el bosque en un punto que ofrecía una vista perfecta del roble en lo alto de la avenida.

Había alguien a la sombra del árbol. Me costó distinguir quién era hasta que empezó a moverse y se paró en una franja plateada que formaba la luz de la luna entre dos ramas, mirando con impaciencia a uno y otro lado. Vi entonces que era Copperthorne y que estaba solo. La institutriz no se había presentado a la cita de momento.

Con ganas de oír además de ver, me acerqué al roble, moviéndome con sigilo al abrigo de las sombras oscuras de los troncos. Cuando me detuve, estaba a no más de quince pasos del alto y enjuto amanuense que, con aquella luz cambiante, tenía un aspecto macabro. Andaba con inquietud de un lado a otro, tan pronto desapareciendo en la sombra como apareciendo en las manchas plateadas allí donde la luz de la luna se filtraba entre las ramas. Por sus movimientos era evidente que estaba perplejo y sorprendido de que su cómplice no se presentara. Por fin se quedó quieto debajo de una rama grande que ocultaba su figura a la vez que le ofrecía una vista excelente de la avenida de grava que bajaba de la casa y por la que sin duda esperaba ver llegar a la señorita Warrender.

Seguía tendido en mi escondite, felicitándome por haber logrado instalarme en un punto desde el que podía oírlo todo sin riesgo de que me descubrieran, cuando mis ojos se encontraron de golpe con algo que hizo que me diera un vuelco el corazón, y faltó poco para que se me escapara una exclamación que habría delatado mi presencia.

He dicho que Copperthorne se encontraba justo a los pies de una de las ramas más grandes del roble. Debajo de ella todo estaba sumido en la más profunda oscuridad pero la parte de arriba estaba iluminada por la luz plateada de la luna. Mientras estaba mirando me fijé en algo que se deslizaba por esta rama iluminada: una cosa indefinida y temblorosa que apenas se distinguía de la propia rama avanzaba contorsionándose, despacio y a un ritmo constante. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, este algo borroso cobró forma y sustancia. Era un ser humano, un hombre: el indio al que había visto en el pueblo. Sujetándose con brazos y piernas, se arrastraba por la rama

con el mismo sigilo y casi con la misma rapidez que las serpientes de su país natal.

Antes de que me diera tiempo a hacer ninguna conjetura sobre el significado de su presencia, el indio había llegado justo encima del punto donde se encontraba el secretario, y la esfera de la luna, a su espalda, perfilaba con intensa claridad y líneas duras su cuerpo bronceado. Vi que echaba mano de algo que llevaba en la cintura, titubeaba unos momentos, como si calculara la distancia, y saltaba a continuación atravesando el follaje. Se oyó un golpe seco, como de dos cuerpos que caían juntos, y el ruido de una garganta haciendo gárgaras reverberó en el aire de la noche, seguido de una serie de graznidos cuyo recuerdo me perseguirá hasta el día de mi muerte.

Mientras esta tragedia se representaba delante de mí, la sorpresa y el horror me privaron de la facultad de intervenir de ninguna manera. Únicamente quienes se hayan visto en una situación parecida pueden imaginar la parálisis total del cuerpo y del cerebro que experimenta un hombre al verse en semejante apuro, sin posibilidad de hacer los mil y un movimientos que más tarde pueden sugerirse como reacciones oportunas para la ocasión. Sin embargo, cuando aquellas notas de muerte llegaron a mis oídos, salí de mi letargo y de mi escondite dando un grito. El ruido alertó al joven thug, que se apartó de un salto de su víctima con el gruñido de una bestia salvaje obligada a abandonar su carroña y escapó por la avenida a tal velocidad que me pareció imposible alcanzarlo. Fui corriendo hasta el secretario y le levanté la cabeza. Tenía la cara amoratada y horrorosamente desfigurada. Le aflojé el cuello de la camisa e hice todo lo posible por reanimarlo, pero fue inútil. El *roomal* había cumplido su función, y Copperthorne estaba muerto.

Poco más tengo que añadir a tan extraña historia. No creo que deba disculparme por haber sido algo prolijo en mi relato, pues me he limitado a exponer, con sencillez y sin adornos, una concatenación de hechos sin los cuales la narración resultaría incompleta. Más tarde se supo que la señorita Warrender había cogido el tren de las 7:20 con destino a Londres y que llegó a salvo a la ciudad antes de que fuera posible emprender su búsqueda. En cuanto al mensajero de la muerte al que había encomendado que acudiese a la cita con Copperthorne debajo del roble, nunca volvió a saberse nada de él. Se levantó un buen revuelo en la comarca, pero al final todo quedó en nada. El fugitivo pasó seguramente los días escondido y viajó de noche, subsistiendo con los restos que encontraba en la basura como son capaces de hacer los orientales, hasta que se vio fuera de peligro.

John Thurston volvió al día siguiente y escuchó con perplejidad mi descripción detallada de los hechos. Convino conmigo en que tal vez fuera mejor no decir nada a nadie de los planes de Copperthorne y los motivos que lo llevaron a salir de casa tan tarde aquella noche de verano. Así, ni siquiera la policía de la zona ha llegado a conocer la historia completa de esta extraña tragedia, y es muy probable que nunca llegue a conocerla, a menos que este relato caiga por casualidad en manos de algún agente. El pobre tío Jeremy lloró durante meses la pérdida de su secretario y fueron numerosos los versos que compuso en forma de epitafios o poemas *In memoriam*. Más adelante, también él fue a reunirse con sus padres, y me alegra decir que la mayor parte de su finca pasó a su legítimo heredero: su sobrino.

Queda un solo detalle sobre el que me gustaría hacer un comentario. ¿Cómo llegó a Dunkelthwaite el trotamundos thug? Aun cuando esta cuestión no se haya explicado nunca, no tengo la menor duda, ni creo que nadie que se detenga a considerar las circunstancias del caso pueda tenerla, de que su aparición no fue fortuita. La secta formaba un grupo grande y poderoso, y, llegado el momento de buscar un nuevo líder, pensaron como es lógico en la hermosa hija de su difunto jefe. No debió de ser complicado seguirle el rastro hasta Calcuta, Alemania y finalmente Dunkelthwaite. El asesino del secretario vino incuestionablemente a traer el mensaje de que en la India no la habían olvidado y de que la esperaba un cálido recibimiento si decidía volver con los miembros de su tribu dispersa. Por rocambolesca que pueda parecer, esta es la opinión que siempre he sostenido sobre el particular.

Di comienzo a esta declaración citando una carta, y voy a terminarla con otra. Esta última la recibí de un viejo amigo, el doctor B. C. Haller, un hombre de saber enciclopédico y especialmente versado en los usos y costumbres de la India. Gracias a su amabilidad me ha sido posible reproducir las diversas palabras que, de vez en cuando, oí decir a la señorita Warrender en su lengua materna y que no habría sido capaz de recordar de no habérmelas sugerido él. Lo que sigue es una carta en la que hace algunos comentarios sobre el caso, del que yo le había hablado tiempo antes en una conversación.

> Mi querido Lawrence:
>
> Te prometí escribirte en relación con tu *thugee*, pero he estado tan ocupado que únicamente ahora puedo por fin cumplir mi compromiso. Me interesó mucho tu extraordinaria experiencia, y me habría gustado tener otra conversación contigo sobre el particular. Me permito comunicarte que es insólito que una mujer se inicie en los misterios de

los thugs, y en este caso probablemente ocurrió así debido a que, bien por accidente o por designio, la muchacha había probado el *goor*[106] sagrado, que era el sacrificio ofrecido por la banda después de cada asesinato. Quienquiera que lo pruebe tiene la obligación de convertirse en thug y actuar como tal, con independencia de su rango, sexo o condición. Siendo de sangre noble, la joven pasaría rápidamente por los diversos grados de *tilhaee* (o exploradora), *lughaee* (o cavadora de tumbas), *shumsheea* (o encargada de sujetar las manos de la víctima) y finalmente *bhuttotee* (o estranguladora). En todo este proceso debió de recibir la instrucción de su gurú o consejero espiritual, que, según afirma ella misma en tu relato, fue su propio padre: un *borka* o líder. Una vez alcanzada esta posición, no me sorprende que su instinto fanático se desencadenara de vez en cuando. El *philhaoo* al que se refiere en cierto momento era el augurio de la mano izquierda, que, cuando va seguido del *thibaoo* o augurio de la mano derecha, se considera una señal de que todo saldrá bien. Por cierto, dices que el cochero vio al hindú merodeando entre los arbustos por la mañana. ¿Sabes qué estaba haciendo? O mucho me equivoco o estaba cavando la tumba de Copperthorne, pues es muy contrario a las costumbres thug matar a un hombre sin haber preparado previamente un receptáculo para su cuerpo. Hasta donde yo sé, únicamente un oficial inglés ha sido víctima de la fraternidad en la India: el teniente Monsell, en 1812. Desde entonces, el coronel Sleeman ha aplastado a la secta en gran medida, aunque es incuestionable que aún goza de mejor salud de lo que se imaginan las autoridades. Sinceramente, «los rincones oscuros de la tierra están llenos de crueldad» y solo el Evangelio podrá disipar eficazmente esas tinieblas. Puedes publicar estas breves observaciones si crees que arrojan algo de luz sobre tu relato.

Afectuosamente,

B. C. Haller

EL ANILLO DE THOTH

(1890)

El señor John Vansittart Smith, miembro de la Royal Society y con domicilio en Gower Street 147 A, era un hombre que por su gran determinación y claridad de pensamiento podría haberse situado entre los más insignes observadores científicos. Fue sin embargo víctima de una ambición universal que le impulsó a alcanzar la distinción en muy diversos campos antes que la eminencia en uno solo. En su juventud demostró tal aptitud para la zoología y la botánica que sus amigos llegaron a considerarlo un segundo Darwin, pero cuando estaba ya muy cerca de ganar una cátedra interrumpió sus estudios de la noche a la mañana para dedicarse plenamente a la química. Sus investigaciones sobre el espectro de emisión de los metales le abrieron las puertas de la Royal Society, pero una vez más solo estaba coqueteando con su materia de estudio y, después de un año alejado del laboratorio, se afilió a la Oriental Society y presentó una ponencia sobre las inscripciones jeroglíficas y demóticas de El Kab[107] con la que dio un ejemplo magistral tanto de la versatilidad como de la inconstancia de su talento.

Pero hasta el pretendiente más veleidoso se deja conquistar tarde o temprano, y eso le ocurrió a John Vansittart Smith. Cuanto más ahondaba en la egiptología, más le admiraba el inmenso campo de estudio que se abría para el investigador, así como la extrema importancia de un tema que prometía arrojar luz sobre los comienzos de la civilización humana y el origen de la mayor parte de nuestras artes y ciencias. Tan impresionado estaba el señor Smith que enseguida contrajo matrimonio con una joven egiptóloga que había escrito sobre la sexta dinastía, y, asegurándose así una base de operaciones sólida, se dedicó a recopilar materiales para una obra en la que se proponía aunar las investigaciones de Lepsius y el ingenio de Champollion[108]. La preparación de esta obra magna implicó muchas visitas fugaces a las magníficas colecciones egipcias del Louvre, hasta que en la última de ellas, el pasado mes de octubre, se vio envuelto en una aventura tan extraña como digna de mención.

El viaje en tren había sido lento y el paso del Canal tormentoso, de ahí que el investigador llegara a París en un estado algo confuso y febril. Al llegar

al Hôtel de France, en la Rue Laffitte, se acostó en un sofá un par de horas pero, viéndose incapaz de dormir, decidió ir al Louvre a pesar de su cansancio, ocuparse del asunto que había venido a resolver y coger el tren para Dieppe a última hora de la tarde. Tomada esta decisión se puso el abrigo, pues el día estaba lluvioso y frío, y se encaminó al museo por el Boulevar des Italiens y la Avenue de l'Opéra. Una vez en el Louvre se sintió en terreno familiar y fue derecho a la colección de papiros que se proponía consultar.

Ni el más ferviente admirador de John Vansittart Smith habría dicho de él que era un hombre guapo. La nariz ganchuda y el mentón prominente tenían el mismo carácter incisivo y agudo por el que destacaba su inteligencia. Llevaba la cabeza erguida como un pájaro y también parecían picotazos de pájaro los movimientos con que, en el curso de una conversación, lanzaba sus objeciones y sus réplicas. Con el alto cuello del abrigo levantado hasta las orejas, él mismo podría haber visto, en el reflejo de la vitrina que tenía delante, que su aspecto era en verdad singular; pero sintió como una sacudida cuando una voz, detrás de él, exclamó en un tono bien audible y en inglés:

—¡Qué hombre tan raro!

El egiptólogo tenía en su composición una buena dosis de vanidad mezquina que se manifestaba con una indiferencia ostentosa y exagerada a todo tipo de consideraciones sobre la apariencia personal. Apretó los labios y clavó la vista en el rollo de papiro mientras su corazón rezumaba resentimiento contra toda la raza de britones viajeros.

—Sí —dijo otra voz—. La verdad es que tiene una pinta muy extraña.

—¿Sabes? —añadió el que había hablado en primer lugar—. Casi parece que de tanto contemplar las momias se haya medio momificado.

—Los rasgos sin duda son egipcios —contestó el otro.

John Vansittart Smith se volvió bruscamente con la intención de avergonzar a sus compatriotas con un par de observaciones corrosivas. Con sorpresa y alivio, vio que los dos jóvenes estaban de espaldas a él, contemplando a un empleado del museo que estaba lustrando unas piezas de bronce al otro lado de la sala.

—Carter debe de estar esperándonos en el Palais Royal —dijo uno de los turistas, mirando el reloj. Y se marcharon con paso firme, dejando al investigador entregado a sus tareas.

«¿Qué entenderán esos charlatanes por rasgos egipcios?», pensó John Vansittart Smith, y cambió ligeramente de posición para echar un vistazo a la cara del hombre en cuestión. Se llevó un susto nada más verlo. Era efectivamente una cara con la que se había familiarizado en sus estudios. Los

rasgos armoniosos de una estatua, la frente ancha, la barbilla redondeada y la tez morena eran la réplica exacta de las innumerables estatuas, momias y pinturas que adornaban las paredes del museo. El parecido iba más allá de una simple coincidencia. Aquel hombre tenía que ser egipcio. Los hombros angulosos y las caderas estrechas bastaban para identificarlo.

John Vansittart Smith se dirigió al vigilante con intención de hablar con él. No tenía facilidad para la conversación y le costaba encontrar el justo punto medio entre la brusquedad del superior y la cordialidad del igual. Mientras se acercaba, el hombre se puso de perfil, aunque seguía concentrado en su tarea. Al mirar con detenimiento Vansittart Smith la piel de aquel hombre, tuvo la sensación repentina de que había en él algo inhumano y sobrenatural. La sien y el pómulo tenían un brillo como el de un pergamino barnizado. No se veía ni rastro de poros. Costaba imaginar una gota de humedad en aquella superficie tan árida. De la frente a la barbilla, sin embargo, la cara estaba cubierta por un millón de arrugas finas, entrelazadas y cruzadas en todos los sentidos como si la naturaleza hubiera intentado hacer el dibujo más complicado y absurdo que era capaz de imaginar.

—*Où est la collection de Memphis?*[109] —preguntó el investigador, con la torpeza de un hombre que se inventa una pregunta con el propósito de entablar conversación.

—*C'est là*[110] —contestó bruscamente el desconocido, señalando con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

—*Vous êtes un Egyptien, n'est ce pas?*[111] —preguntó el inglés.

El conserje miró al hombre que lo interrogaba con unos ojos oscuros y extraños. Eran vidriosos y tenían un brillo seco y apagado que Smith no había visto jamás en una cara humana. Mientras los observaba le pareció que una fuerte emoción se concentraba muy dentro de aquellos ojos, que subía y se intensificaba hasta estallar en una mirada a medio camino entre el horror y el odio.

—*Non, monsieur; je suis français*[112].

Y con esto le dio la espalda bruscamente y se inclinó sobre la pieza que estaba lustrando. El investigador lo miró unos instantes con asombro y se retiró a una silla que había en un rincón apartado, detrás de una de las puertas, donde empezó a tomar notas de sus observaciones de los papiros. Pero sus pensamientos se negaban a discurrir por su surco natural. Volvían continuamente al enigmático conserje con cara de esfinge y piel de pergamino.

«¿Dónde he visto esos ojos? —pensó Vansittart Smith—. Tienen algo de saurio, algo de reptil. Tienen la membrana nictitante de las serpientes —murmuró, recordando sus estudios de zoología—. Eso es lo que produce el efecto brillante. Pero aquí hay algo más. Hay una sensación de poder, de sabiduría, eso he visto en ellos, y también de cansancio, de un cansancio absoluto y una desesperación indescriptible. Podría ser todo fruto de mi imaginación, pero la verdad es que nunca me había llevado una impresión tan fuerte. ¡Tengo que volver a verlos, pardiez!». Se levantó y se puso a recorrer las salas egipcias, pero el individuo que tanto había despertado su curiosidad se había esfumado.

El egiptólogo volvió a sentarse en su tranquilo rincón y siguió tomando notas. Había conseguido la información que buscaba en los papiros y ya solo le quedaba escribirla mientras siguiera aún fresca en su memoria. El lápiz estuvo un rato deslizándose rápidamente por el papel, pero pronto empezaron a torcerse los renglones, las palabras se volvieron borrosas, el lápiz acabó en el suelo con un leve tintineo y la cabeza del investigador cayó sobre su pecho. Cansado del viaje, se quedó tan profundamente dormido en su rincón solitario, detrás de la puerta, que ni el trasiego de los guardias, ni las pisadas de los visitantes, ni siquiera la áspera campana que avisaba del cierre fueron suficientes para despertarlo.

La penumbra se volvió oscuridad; el bullicio de la Rue de Rivoli aumentó primero y decayó después; el lejano campanario de Notre Dame dio la medianoche, y la figura solitaria del egiptólogo seguía silenciosamente sentada entre las sombras. Se acercaba la una de la madrugada cuando, con un jadeo repentino, Vansittart Smith recobró la conciencia. Al principio creyó que se había quedado dormido en el sillón de lectura de su casa. Pero la luna entraba intermitentemente por la ventana sin persianas y, al ver la serie de momias y la interminable sucesión de cajas barnizadas, recordó con claridad dónde estaba y cómo había llegado allí. El egiptólogo no era un hombre nervioso y sentía ese entusiasmo por la novedad que es propio de su especie. Estiró las extremidades entumecidas, miró el reloj y soltó una risotada al ver la hora. El incidente sería una anécdota estupenda para incluirla en su próximo trabajo y le serviría para aligerar el tono más serio y arduo de sus especulaciones. Tenía un poco de frío pero estaba totalmente despierto y descansado. No era de extrañar que los guardas no lo hubieran visto, porque la sombra densa y negra de la puerta le daba justo encima.

El silencio era impresionante. Ni fuera ni dentro se oía un solo crujido o un murmullo. Vansittart Smith se encontraba a solas con los muertos de una

civilización muerta, mientras que al otro lado de la ventana la ciudad desprendía toda la chabacanería del siglo XIX. No había en toda la sala apenas una pieza, de la espiga de trigo reseca a la caja de pigmentos del pintor, que no hubiera resistido el paso de cuatro mil años. Ahí estaban los restos arrastrados por el inmenso océano del tiempo desde aquel lejano imperio. Desde la majestuosa Tebas, desde la señorial Luxor, desde los grandes templos de Heliópolis, desde un centenar de tumbas saqueadas se habían traído esas reliquias. El investigador contempló las figuras, tanto tiempo mudas, que parpadeaban vagamente en la penumbra, a los atareados trabajadores tan relajados ahora, y se sumió en un estado de respeto y honda reflexión. Una inesperada sensación de su propia juventud e insignificancia se apoderó de él. Reclinado en su asiento, miró como en una ensoñación la larga sucesión de salas, plateadas a la luz de la luna, que se extendían por toda un ala del amplio edificio. Sus ojos repararon entonces en el resplandor amarillo de una lámpara lejana.

John Vansittart Smith se irguió en la silla con los nervios de punta. La luz avanzaba lentamente hacia él, se detenía de vez en cuando y reanudaba la marcha con una sacudida. Quien la llevaba se movía sin hacer ruido. A pesar del silencio, no se oía el más mínimo indicio de pisadas. Se le ocurrió al inglés que eran ladrones, y se acurrucó todavía más en su rincón. La luz estaba a solo dos salas de él. Llegó luego a la sala de al lado y seguía sin oírse ningún ruido. Con un escalofrío muy parecido al miedo, el investigador vio una cara, detrás del resplandor de la lámpara, que parecía flotar en el aire. El cuerpo de su dueño estaba envuelto en las sombras, pero la luz iluminaba aquellos rasgos singulares y llenos de anhelo. Era imposible confundir el brillo metálico de esos ojos y la piel cadavérica. Era el vigilante con el que había estado hablando.

El primer impulso de Vansittart Smith fue salir de su escondite y dirigirse a él. Bastarían unas frases para aclarar la situación, y después seguramente lo acompañarían hasta una puerta lateral y podría volver a su hotel. Sin embargo, al entrar el hombre en la sala, vio el inglés algo tan sospechoso en sus movimientos y algo tan furtivo en su expresión que cambió de idea al instante. Estaba claro que no era un guardia haciendo su ronda. Llevaba unas zapatillas con la suela de fieltro y andaba en tensión, mirando rápidamente a izquierda y derecha y haciendo temblar la llama de la lámpara con su respiración agitada y rápida. Vansittart Smith se agazapó silenciosamente en el rincón y observó al desconocido con el convencimiento de que la misión que estaba llevando a cabo era secreta y probablemente siniestra.

No había vacilación en los movimientos del vigilante. Se dirigió con paso leve y rápido a una de las grandes vitrinas y abrió la cerradura con una llave que sacó del bolsillo. Del estante superior bajó una momia y la acostó en el suelo con sumo cuidado y solicitud. Al lado de la momia dejó la lámpara y, poniéndose en cuclillas al estilo oriental, con unos dedos largos y temblorosos empezó a desatar el sudario encerado y las vendas que la envolvían. Un fuerte olor aromático inundó la sala a medida que las tiras de lino se iban desprendiendo una tras otra con un chisporroteo, mientras caían al suelo de mármol fragmentos de madera perfumada y especias.

John Vansittart Smith se dio cuenta de que nadie había desenvuelto nunca aquella momia. La operación despertó vivamente su interés. Temblaba de curiosidad, y su cabeza de pájaro fue asomando cada vez más desde detrás de la puerta. Cuando se retiró la última venda de aquella cabeza de cuatro mil años de antigüedad, el egiptólogo a duras penas pudo reprimir una exclamación de asombro. Primero, una cascada de pelo largo, negro y lustroso se derramó sobre las manos y los brazos del vigilante. La segunda vuelta de la venda dejó al descubierto una frente blanca y baja con unas cejas delicadamente arqueadas. La tercera, un par de ojos brillantes, de pestañas densas, y una nariz recta y bien tallada, mientras que la cuarta y última descubrió una boca carnosa, dulce y delicada, y una barbilla de exquisita redondez. La cara era de una belleza extraordinaria, si no fuera por una mancha irregular, de color café, justo en el centro de la frente. El trabajo del embalsamador era una obra de arte. Los ojos de Vansittart Smith se agrandaban por momentos mientras la contemplaba con un murmullo de placer en la garganta.

Sin embargo, el efecto que la momia tuvo sobre el egiptólogo no fue nada comparado con el que produjo en el extraño vigilante. Lanzó las manos al aire, soltó una retahíla de palabras abrupta y ruidosa y luego, arrojándose al suelo al lado de la momia, la abrazó y la besó repetidas veces en los labios y la frente. «*Ma petite*! —gimió en francés—. *Ma pauvre petite!*»[113]. Se le quebró la voz de emoción y sus innumerables arrugas temblaron y se retorcieron pero, según vio el egiptólogo a la luz de la lámpara, los ojos brillantes seguían secos y sin lágrimas como dos cuentas de acero. Estuvo unos minutos tumbado, con el rostro desencajado, gimiendo y arrullando a la hermosa cabeza. Luego sonrió de pronto, pronunció unas palabras en una lengua desconocida y se levantó de un salto como quien se prepara para un esfuerzo.

En el centro de la sala había una vitrina grande y circular en la que se guardaba, como había visto el investigador en muchas ocasiones, una magnífica colección de antiguos anillos egipcios y piedras preciosas. Allí se dirigió el vigilante y la abrió con la llave. Dejó la lámpara a un lado del estante y junto a ella un pequeño recipiente de barro que sacó del bolsillo. Cogió a continuación un puñado de anillos de la vitrina y, con gesto grave y ansioso, los impregnó uno a uno de alguna sustancia líquida que sacó del recipiente de barro, y después los examinó a la luz. Su decepción con el primer lote fue evidente, por la petulancia con que tiró las piezas en la vitrina y cogió otro puñado. Eligió uno de metal macizo con un enorme cristal engastado, y le aplicó la sustancia con aire impaciente. Al segundo se le escapó un grito de alegría y tendió los brazos con tanto entusiasmo que volcó el recipiente y el líquido corrió por el suelo hasta los pies del inglés. El vigilante se sacó del pecho un pañuelo rojo y fue secando el líquido hasta el rincón, donde de pronto se encontró cara a cara con el hombre que lo estaba observando.

—Disculpe —dijo John Vansittart Smith, con toda la cortesía imaginable—. He tenido la desgracia de quedarme dormido detrás de esta puerta.

—Y ¿ha estado espiándome? —preguntó el vigilante en inglés, con una expresión venenosa en la cara cadavérica.

El egiptólogo era un hombre sincero.

—Confieso que he visto lo que hacía y que ha despertado mi curiosidad y mi interés en grado sumo —asintió.

El hombre se sacó del pecho un cuchillo de hoja larga y reluciente.

—Se ha librado por muy poco. Si lo hubiera visto hace diez minutos, le habría clavado este cuchillo en el corazón. De todos modos, si me toca o se entromete en lo que hago, es usted hombre muerto.

—No tengo intención de entrometerme —contestó el investigador—. Estoy aquí por pura casualidad. Solo le pido que tenga la amabilidad de dejarme salir por alguna puerta lateral.

Lo dijo con la mayor suavidad, porque el vigilante seguía empujando la punta de la daga contra la palma de su mano izquierda, como para comprobar el filo, y de su rostro no desaparecía la expresión de maldad.

—Si pensara… —empezó a decir—. Pero no, tal vez sea mejor así. ¿Cómo se llama?

El inglés dijo su nombre.

—Vansittart Smith —repitió el vigilante—. ¿El mismo Vansittart Smith que leyó en Londres una ponencia sobre El Kab? Vi la información. Sus

conocimientos del tema son ridículos.

—¡Señor! —protestó el egiptólogo.

—Aunque superiores a los de muchos que se dan todavía más ínfulas. La piedra angular de nuestra vida en el antiguo Egipto no eran las inscripciones ni los monumentos que tanto les interesan ahora, sino nuestra filosofía hermética y el conocimiento místico, de los que ustedes dicen poco o nada.

—¡Nuestra vida! —repitió Vansittart Smith boquiabierto. Y de pronto exclamó—: ¡Dios mío, mire la cara de esa momia!

El desconocido dio media vuelta y, mientras iluminaba con su lámpara a la mujer muerta, se le escapó un grito largo y quejumbroso. La acción del aire había destruido todo el arte del embalsamador. La piel estaba ahora desprendida, los ojos hundidos en las cuencas, los labios sin color arrugados y separados de los dientes amarillos, y solo la marca marrón de la frente indicaba que aquella era la misma cara que minutos antes derrochaba belleza y juventud.

El hombre sacudió las manos con tristeza y horror. Luego, haciendo un gran esfuerzo para dominarse, miró de nuevo al inglés con ojos implacables.

—No tiene importancia —dijo con la voz temblorosa—. En realidad no tiene importancia. He venido esta noche con la firme intención de hacer algo. Ya está hecho. Lo demás no es nada. He encontrado lo que buscaba. La antigua maldición se ha roto. Ya puedo volver con ella. ¿Qué importancia tiene su envoltura inanimada cuando su espíritu me está esperando al otro lado del velo?

—Estas son palabras sin sentido —dijo Vansittart Smith, cada vez más convencido de que se había topado con un loco.

—El tiempo apremia y tengo que marcharme —siguió diciendo el hombre —. Ha llegado el momento que llevo tanto tiempo esperando tediosamente. Pero antes tengo que indicarle la salida. Venga conmigo.

Cogió la lámpara, salió de la sala desordenada y condujo rápidamente al egiptólogo por la larga serie de secciones egipcias, asirias y persas. Al final de esta última, abrió una portezuela empotrada en la pared y bajó por una escalera de caracol labrada en piedra. El inglés sintió el aire fresco y puro de la noche en la frente. Delante había una puerta que, al parecer, comunicaba con la calle. A la derecha de esta puerta había otra, entornada, que derramaba en el pasillo un chorro de luz amarilla.

—¡Entre! —le ordenó secamente el vigilante.

Vansittart Smith dudó. Tenía la esperanza de haber llegado al final de su aventura, pero su curiosidad era muy fuerte. No podía dejar el asunto sin

resolver, de modo que siguió a su extraño compañero a la cámara iluminada.

Era un cuarto pequeño, como los que se suelen destinar a un portero. El fuego chisporroteaba en la chimenea. A un lado había una cama con ruedas, al otro una tosca silla de madera y en el centro una mesa con restos de comida. Al echar un vistazo, fue inevitable que el inglés, con un estremecimiento recurrente, advirtiese que todos los detalles de la habitación eran de artesanía antigua y pintoresco diseño. Los candelabros, los jarrones de la repisa de la chimenea, el atizador del fuego y los adornos de las paredes eran de un estilo que el egiptólogo acostumbraba a relacionar con el pasado remoto. El hombre enjuto y de férrea mirada se sentó en el borde de la cama y señaló la silla para su invitado.

—Quizá esto sea obra del destino —dijo en su excelente inglés—. Quizá estuviera escrito que era mi obligación dejar algún relato, como aviso para los imprudentes dispuestos a competir con su inteligencia contra las obras de la naturaleza. Se lo dejaré a usted. Dele el uso que quiera. Le hablo con un pie ya en el umbral del otro mundo.

»Soy, tal como usted dedujo, egipcio… No de esa pisoteada estirpe de esclavos que vive ahora en el delta del Nilo, sino un superviviente de aquel pueblo más temible y más duro que dominó a los hebreos, empujó a los etíopes a los desiertos del sur y construyó esas obras prodigiosas que han sido la envidia y el asombro de las generaciones posteriores. Fue durante el reinado de Tutmosis, mil seiscientos años antes del nacimiento de Cristo, cuando vi la luz por primera vez. Se asusta usted de mí. Espere, y verá que soy más digno de lástima que de temor.

»Me llamaron Sosra. Mi padre había sido el sumo sacerdote de Osiris en el gran templo de Abaris, que en aquel entonces se levantaba en el brazo bubástico del Nilo. Me crié en el templo y allí me educaron en todas las artes místicas de las que se habla en su Biblia. Fui un alumno aplicado. Antes de los dieciséis años ya había aprendido todo lo que los más sabios sacerdotes podían enseñarme. A partir de ese momento me dediqué al estudio de los secretos de la naturaleza sin compartir con nadie mis conocimientos.

»De todas las cosas que me atraían, a ninguna he dedicado tanto tiempo y esfuerzo como a las relacionadas con la naturaleza de la vida. He investigado a fondo el principio vital. La finalidad de la medicina era combatir la enfermedad cuando esta se presentaba. Me pareció posible idear un método que fortaleciera el cuerpo hasta el punto de impedir que la debilidad o la muerte pudieran afectarlo. Es inútil que detalle mis investigaciones, pues aunque así lo hiciera difícilmente las comprendería usted. Practiqué mis

experimentos en parte con animales, en parte con esclavos y en parte conmigo mismo. Baste decir que obtuve finalmente una sustancia que, inyectada en la sangre, dotaba al cuerpo de la fuerza necesaria para resistir los efectos del tiempo, la violencia o la enfermedad. No concedía la inmortalidad, pero su poderosa acción duraría miles de años. Puse a prueba el compuesto con un gato, al que administré después los venenos más mortíferos. El gato sigue ahora mismo vivo en el Bajo Egipto. No hubo magia ni misterio en la cuestión. Fue un simple descubrimiento químico que quizá pueda reproducirse.

»El amor a la vida es desbordante en la juventud. Me imaginé libre de todas las preocupaciones humanas una vez consiguiera alejar el dolor y la muerte a semejante distancia. Vertí con alegría la sustancia maldita en mis venas y busqué luego a quién podía beneficiar. Había un joven sacerdote de Thoth[114], Parmes se llamaba, que se había ganado mi simpatía por su carácter serio y su dedicación al estudio. Le susurré mi secreto, y a petición suya, le inyecté mi elixir. Pensé entonces que así nunca me faltaría un compañero de mi misma edad.

»Hecho este gran descubrimiento, dejé en cierto modo de dedicar tanto esfuerzo a los estudios, mientras que Parmes se aplicó con redobladas fuerzas. Lo veía a diario atareado con sus matraces y su alambique en el templo de Thoth, aunque no me decía nada del resultado de su trabajo. Yo, mientras tanto, me dedicaba a pasear por la ciudad y la miraba con exultación, pensando que todo estaba destinado a desaparecer mientras únicamente yo perviviría. La gente se inclinaba a mi paso, porque la fama de mi sabiduría había llegado muy lejos.

»Por entonces se desató una guerra, y el Gran Rey había enviado a sus soldados a expulsar a los hiksos de la frontera oriental. También se envió a Abaris un gobernador que defendiera la ciudad para su rey. Yo había oído hablar mucho de la belleza de la hija de este gobernador, pero un día que salí a pasear con Parmes la vimos llevada a hombros de sus esclavos. El amor me fulminó como un rayo. Me dio un vuelco el corazón. Podría haberme arrojado a los pies de sus porteadores. Esa joven tenía que ser mi mujer. La vida me sería imposible sin ella. Juré por la cabeza de Horus que sería mía. Se lo juré al sacerdote de Thoth, que me volvió la espalda con un gesto negro como la medianoche.

»No es necesario que le hable de nuestro cortejo. Ella llegó a quererme tanto como yo la quería. Supe que Parmes se había fijado en ella antes que yo, y que también él le había dado muestras de amor, pero yo podía ser benévolo

con su pasión, porque estaba seguro de que el amor de aquella mujer me había sido entregado a mí. La peste negra se abatió sobre la ciudad y mucha gente se infectó, pero yo podía imponer las manos a los enfermos y cuidar de ellos sin miedo y sin daño. Ella estaba maravillada de mi osadía. Le confié entonces mi secreto y le rogué que me permitiera practicar mi arte con ella.

»—Tu flor no se marchitará nunca, Atma —le dije—. Otras cosas morirán pero tú y yo, y el gran amor que nos tenemos, sobreviviremos a la tumba del rey Chefru.

»A ella la dominaban las objeciones y temores propios de una muchacha. Me preguntaba si eso estaba bien, si no era lo mismo que burlar la voluntad de los dioses. Si el gran Osiris hubiese querido que viviéramos tantos años, ¿no nos lo habría concedido?

»Con cariño y con palabras tiernas conseguí vencer sus dudas, pero aun así ella seguía insegura. Dijo que era una decisión muy importante y me pidió una noche más para pensarla. Me la comunicaría por la mañana. Una noche no era demasiado pedir. Quería rezar a Isis para que la ayudase a decidirse.

»Abatido y con un triste presentimiento de desgracia, la dejé con sus criadas. A la mañana siguiente, terminado el primer sacrificio, corrí a su casa. Una esclava asustada me recibió en la escalinata. Su señora estaba enferma, dijo, muy enferma. Desesperado, me abrí paso entre la servidumbre y atravesé el vestíbulo y el pasillo hasta la cámara de mi Atma. La encontré acostada en la cama, con la cabeza en alto sobre la almohada, la cara pálida y los ojos vidriosos. En su frente brillaba una sola mancha inflamada y púrpura. Yo conocía de antiguo esa marca infernal. Era la señal de la peste blanca, la firma de la muerte.

»¿Por qué hablar de ese momento atroz? Pasé meses enloquecido por delirios febriles pero aun así no podía morir. Nunca un árabe sediento anheló los dulces pozos de agua como anhelaba yo la muerte. Si el veneno o el acero hubieran podido cortar el hilo de mi existencia, pronto me habría reunido con mi amada en la tierra del portal angosto. Lo intenté, pero fue inútil. La maldita sustancia era demasiado potente. Una noche, cuando yacía en mi lecho débil y cansado, Parmes, el sacerdote de Thoth, entró en mi cámara. Se detuvo en el círculo de luz de la lámpara y me miró con unos ojos en los que brillaba una alegría demente.

»—¿Por qué dejaste morir a la muchacha? —preguntó—. ¿Por qué no la fortaleciste como me fortaleciste a mí?

»—Llegué demasiado tarde —dije—. Pero había olvidado que tú también la querías. Eres mi compañero en el infortunio. ¿No es terrible pensar en los

siglos que tendremos que esperar para volver a verla? ¡Qué necios, qué necios hemos sido por creer que la muerte era nuestra enemiga!

»—Tú puedes decir eso —gritó, con una violenta risotada—. Esas palabras quedan bien en tus labios. Para mí no significan nada.

»—¿Qué quieres decir? —exclamé, incorporándome sobre un codo—. Está claro, amigo mío, que el dolor te ha trastornado el juicio. —Tenía la cara encendida de alegría, y se encogía y sacudía como quien lleva un diablo dentro.

»—¿Sabes adónde voy? —preguntó.

»—No, no lo sé.

»—Me voy con ella —dijo—. Está embalsamada y enterrada en la última tumba, al lado de la doble palmera, fuera de la muralla de la ciudad.

»—¿Por qué quieres ir ahí?

»—¡Voy a morir! —gritó—. ¡A morir! No estoy atado con grilletes a la vida.

»—Pero llevas el elixir en la sangre.

»—Sé cómo anular sus efectos. He encontrado un principio más fuerte que puede destruirlo. Ahora mismo está actuando en mis venas, y dentro de una hora habré muerto. Me reuniré con ella, y tú te quedarás aquí.

»Vi, por su expresión, que decía la verdad. El brillo de sus ojos me indicó que ciertamente podía sustraerse al poder del elixir.

»—¡Tienes que enseñarme! —grité.

»—¡Jamás!

»—¡Te lo imploro por la sabiduría de Thoth, por la autoridad de Anubis!

»—Es inútil —dijo con frialdad.

»—En ese caso, tendré que descubrirlo.

»—No puedes —contestó—. Yo di con la fórmula por casualidad. Hay un ingrediente que no encontrarás nunca. Aparte del que está guardado en el anillo de Thoth nunca volverá a elaborarse.

»—¡El anillo de Thoth! —repetí—. Y ¿dónde está el anillo de Thoth?

»—Eso tampoco lo sabrás nunca. Te ganaste su amor pero ¿quién ha ganado al final? Te dejo con tu sórdida vida terrenal. ¡He roto mis cadenas y ahora tengo que irme!

»Dio media vuelta y salió corriendo de la cámara. Por la mañana corrió la noticia de que el sacerdote de Thoth había muerto.

»Desde entonces he dedicado mis días al estudio. Tenía que encontrar ese veneno sutil que era capaz de anular los efectos del elixir. Del amanecer a la medianoche estaba yo inclinado sobre los tubos de ensayo y el horno. Recogí

los papiros y los matraces del sacerdote de Thoth. ¡Lamentablemente me enseñaron muy poco! De vez en cuando, una insinuación o una frase me infundían esperanzas, pero nunca conducían a nada. Aun así perseveré un mes tras otro. Cuando me fallaba el ánimo, me acercaba hasta la tumba junto a las palmeras. Allí, al lado de la urna funeraria desvalijada, sentía la dulce presencia de Atma y le susurraba que si la inteligencia de un mortal era capaz de resolver el enigma me reuniría con ella.

»Parmes había dicho que su descubrimiento estaba relacionado con el anillo de Thoth. Yo tenía un vago recuerdo de la joya. Era un aro grande, no de oro, sino de otro metal más pesado y raro traído de las minas del monte Harbel. Platino lo llaman ustedes. Recordaba que el anillo llevaba engastado un cristal hueco en el que podían almacenarse unas gotas de líquido. Ahora bien, el secreto de Parmes no podía estar relacionado únicamente con el metal, porque había muchos anillos del mismo metal en el templo. ¿No era más probable que hubiera almacenado su valioso veneno en la cavidad del cristal? Apenas había llegado a esta conclusión cuando, buscando entre sus papeles, di con uno que me confirmó que efectivamente así era, y que aún quedaba parte del líquido sin utilizarse.

»Pero ¿cómo encontrar el anillo? Parmes no lo llevaba encima cuando lo desnudaron para embalsamarlo. De eso me aseguré. Tampoco estaba entre sus efectos personales. Lo busqué inútilmente en todas las habitaciones en las que él había entrado, en todas las cajas, jarrones y muebles que habían sido suyos. Hasta llegué a cribar la arena del desierto de los sitios por los que tenía la costumbre de pasear, pero buscara donde buscase, no encontraba ni rastro del anillo de Thoth. Aun así, es posible que mi empeño hubiera superado todos los obstáculos de no haber sido por una nueva e inesperada desgracia.

»Se estaba librando una guerra violenta contra los hiksos, y los capitanes del Gran Rey habían quedado aislados en el desierto, con sus jinetes y sus arqueros. Las tribus de pastores nos atacaron como langostas en un año de sequía. De los desiertos de Shur hasta el Gran Lago Amargo había sangre de día y fuego de noche. Abaris era el baluarte de Egipto pero no conseguimos repeler el ataque de los salvajes. La ciudad cayó. Pasaron a cuchillo al gobernador y a los soldados, y a mí, como a otros muchos, me llevaron cautivo.

»Pasé años y años cuidando del ganado en las grandes llanuras del Éufrates. Murió mi amo, y su hijo envejeció mientras yo seguía tan lejos de la muerte como siempre. Por fin escapé en un camello rápido y volví a Egipto. Los hiksos se habían establecido en las tierras conquistadas, y su rey

gobernaba el país. Abaris estaba en ruinas: habían incendiado el centro de la ciudad, y del gran templo quedaba únicamente un triste montón de escombros. En todas partes había tumbas saqueadas y monumentos destruidos. Del sepulcro de mi Atma no quedaba ni rastro. Yacía sepultado en las arenas del desierto, y hacía ya mucho tiempo que las palmeras que señalaban su emplazamiento habían desaparecido. Los papiros de Parmes y los restos del templo de Thoth o bien se destruyeron o bien estaban desperdigados a lo largo y ancho de los desiertos de Siria. Era inútil buscarlos.

»Fue entonces cuando perdí toda esperanza de encontrar el anillo o descubrir aquella sustancia sutil. Me propuse vivir con toda la paciencia que me fuera posible hasta que los efectos del elixir se agotaran. ¿Cómo va usted a comprender lo terrible que es el tiempo cuando su única experiencia es el breve lapso que media entre la cuna y la tumba? Yo lo he sufrido bien, arrastrado por toda la corriente de la historia. Ya era viejo cuando cayó Troya. Era viejísimo cuando Herodoto vino a Memphis. Estaba ya vencido por los años cuando el nuevo Evangelio llegó a la tierra. Aun así, me ve usted más o menos como a otros, porque el maldito elixir sigue endulzando mi sangre y protegiéndome precisamente de lo que busco. Ahora, por fin, ¡por fin he llegado al final!

»He viajado por todas las tierras y vivido en todas las naciones. Cualquier lengua es igual para mí. Las aprendí todas para ayudarme a pasar el tiempo. No hace falta que le diga lo despacio que han transcurrido los siglos desde el largo amanecer de la civilización moderna, los anodinos años intermedios y los tiempos oscuros de la barbarie. Todos los he dejado atrás. Nunca he vuelto a mirar a otra mujer con los ojos del amor. Atma sabe que le he sido fiel.

»Tomé la costumbre de leer todo lo que decían los eruditos sobre el Antiguo Egipto. Me he visto en situaciones muy diversas: unas veces he sido rico y otras pobre, pero siempre he tenido lo suficiente para comprar las publicaciones que tratan de esos asuntos. Hará unos nueve meses, estaba en San Francisco cuando leí la noticia de ciertos hallazgos realizados en los alrededores de Abaris. Me dio un vuelco el corazón. El artículo decía que el arqueólogo había explorado algunas tumbas recientemente desenterradas. En una de las tumbas encontraron una momia, y en el sarcófago exterior una inscripción que la identificaba como el cuerpo de la hija del que fuera gobernador de la ciudad en tiempos de Tutmosis. Añadía que, al abrir el sarcófago, se descubrió un gran anillo de platino, con un cristal engastado, sobre el pecho de la mujer embalsamada. Es decir, era allí donde Parmes

había escondido el anillo de Thoth. Con razón dijo que estaba a buen recaudo, porque ningún egipcio habría manchado su alma abriendo siquiera el sarcófago de un amigo muerto.

»Esa misma noche salí de San Francisco y en cuestión de unas semanas volvía a encontrarme en Abaris, si es que unos pocos montones de arena y murallas derruidas merecen conservar el nombre de la magnífica ciudad. Enseguida fui a ver a los franceses que se encargaban de la excavación y les pedí el anillo. Me contestaron que tanto el anillo como la momia se habían enviado al museo Boulak de El Cairo. A Boulak fui, únicamente para que me dijeran que Mariette-Bey[115] los había reclamado y embarcado para el Louvre. Seguí su rastro, y aquí, en la sala de Egipto, después de cerca de cuatro mil años, encontré finalmente los restos de mi Atma y el anillo que tanto tiempo llevaba buscando.

»Pero ¿cómo lograr que llegaran a mis manos? Se dio la casualidad de que su puesto de vigilante estaba vacante. Me presenté al director y lo convencí de que tenía grandes conocimientos sobre Egipto. En mis ansias de agradar hablé más de la cuenta, y el director acabó diciéndome que la cátedra de profesor me convenía más que un puesto como guarda. Me dijo que sabía más que él. Únicamente a fuerza de cometer errores para hacerle creer que había sobreestimado mis conocimientos conseguí que me permitiera trasladar a esta cámara los escasos artículos que he conservado. Esta es mi primera y última noche aquí.

»Ahí tiene usted mi historia, señor Vansittart Smith. No es necesario que añada nada más para un hombre de su inteligencia. Por un extraña coincidencia ha visto usted esta noche el rostro de la mujer a la que amé en aquellos tiempos remotos. Había muchos anillos con cristales en la vitrina, y tenía que comprobar si eran de platino para asegurarme de dar con el que buscaba. Me ha bastado con echar un vistazo al cristal para ver que el líquido sigue dentro y que por fin podré librarme de esta maldita salud que me ha perjudicado más que la peor de las enfermedades. No tengo nada más que decirle. Me he quitado un peso de encima. Puede usted contar mi historia o guardarla en secreto, como mejor le plazca. La decisión es suya. Le debo alguna compensación, porque ha estado usted a punto de morir esta noche. Estaba desesperado, y no habría consentido que nada se interpusiera en mi camino. Si lo hubiera visto antes de conseguir mi propósito, tal vez le habría privado del poder de oponerse a mis actos o dar la voz de alarma. Esta es la puerta. Saldrá usted a la Rue de Rivoli. Buenas noches.

El inglés volvió la cabeza. La figura enjuta de Sosra el egipcio se vio un momento enmarcada en el estrecho vano de la puerta. La puerta se cerró a continuación, y el fuerte chasquido de un cerrojo rompió el silencio de la noche.

Fue al segundo día de su regreso a Londres cuando el señor Vansittart Smith vio, en la sección que *The Times* dedicaba a París, la siguiente y concisa crónica:

> Curioso suceso en el Louvre. Ayer por la mañana se hizo un extraño descubrimiento en la sala principal de Oriente. Los *ouvriers* encargados de la limpieza del museo a primera hora del día encontraron a uno de los vigilantes muerto en el suelo y abrazado a una momia. Tan pegado estaba a ella que resultó dificilísimo separarlos. Una de las vitrinas donde se guardan anillos de gran valor estaba abierta y desvalijada. Las autoridades creen que el individuo se estaba llevando a la momia con idea de venderla a un coleccionista privado cuando casualmente sufrió un ataque a raíz de una larga enfermedad del corazón. El difunto era al parecer un hombre de edad incierta y costumbres excéntricas, sin ningún pariente vivo que pueda llorar su inoportuna y dramática muerte.

EL CIRUJANO DEL PÁRAMO DE GASTER

(1890)

I
CÓMO LLEGÓ LA MUCHACHA A KIRKBY-MALHOUSE

Inhóspito y azotado por el viento es el pueblo de Kirkby-Malhouse; imponentes y hostiles son los páramos que lo rodean. Se extiende en una única línea de casas de piedra gris, con el tejado de pizarra, que atraviesa la pendiente cubierta de tojos del páramo ondulante.

En este pueblo aislado y solitario me encontraba yo, James Upperton, el verano de 1885. Siendo poco lo que el lugar podía ofrecer, tenía lo que yo deseaba más que nada en el mundo: aislamiento y libertad de todo lo que distrajera mi pensamiento de los graves e importantes asuntos en los que tenía puesta la atención. Pero la desmedida curiosidad de mi casera acabó siendo un inconveniente, y decidí por tanto buscar un nuevo alojamiento.

Se dio la casualidad de que, en uno de mis paseos, llegué a una vivienda aislada en el corazón de aquellos páramos solitarios y en el acto tomé la decisión de que sería mía. Era un chozo de dos habitaciones que antiguamente había sido de un pastor, pero llevaba mucho tiempo abandonado y se estaba desmoronando muy deprisa. Con las lluvias del invierno, el arroyo de Gaster, que surca el páramo de Gaster, donde se encontraba la vivienda, se desbordó y se llevó por delante una parte de la pared. El tejado estaba en muy mal estado, con muchas placas de pizarra desparramadas entre la hierba. Aun así, la estructura de la casa era fiable y sólida, y no fue complicado reparar los daños.

Hice grandes cambios en las dos habitaciones: soy un hombre de gustos espartanos y planifiqué la habitación exterior en consonancia con ellas. Una cocina de aceite de marca Rippingille, traída de Birmingham, me permitía preparar la comida, mientras que dos sacos, uno de harina y el otro de patatas, me hacían independiente de provisiones externas. En cuestión de dieta, hacía tiempo que era pitagórico, de ahí que los escuálidos corderos de patas largas que se alimentaban de la hierba dura de las orillas del arroyo tenían poco que temer de su nuevo compañero. Un tonel de cuarenta litros de aceite me sirvió

de aparador, y con una mesa cuadrada, una silla de pino y una cama con ruedas completé mi lista de accesorios domésticos. Sobre la cabecera de mi cama había dos estantes de madera sin pintar, el de abajo para los platos y utensilios de cocina; el de arriba para los escasos retratos que me retrotraían a las escasas experiencias agradables en la larga y tediosa búsqueda de riqueza y placer que había sido la característica de mi vida pasada.

Si esta sala de estar era de una sencillez rayana en la miseria, su pobreza quedaba más que compensada por el lujo de la pieza destinada a ser mi estudio. Siempre he sostenido que mi sensibilidad necesitaba rodearse de objetos que estuvieran en armonía con los estudios de los que se ocupaba, y que los más nobles y etéreos estados del pensamiento únicamente son posibles en entornos que agradan a la vista y complacen a los sentidos. El espacio reservado para mis estudios místicos era de un estilo tan lúgubre y majestuoso como los pensamientos y aspiraciones con los que debía armonizar. Tanto el techo como las paredes se forraron con un papel del negro más intenso y brillante, decorado con un llamativo diseño arabesco hecho con pan de oro. Una cortina de terciopelo negro cubría la única ventana, en forma de rombo, y una gruesa alfombra del mismo tejido impedía que el ruido de mis pasos interrumpiera el curso de mi actividad mental mientras daba vueltas por la habitación. A lo largo de las cornisas discurrían unas barras doradas de las que colgaban seis cuadros, todos ellos de tema imaginativo y sombrío, en perfecta consonancia con mis fantasías.

Y, a pesar de todo, cada vez que llegaba a este puerto tranquilo, estaba predestinado a recordar que seguía formando parte de la humanidad y que es pernicioso empeñarse en romper los vínculos que nos unen a nuestros semejantes. El caso es que, solo dos noches antes de la fecha que me había fijado para cambiar de alojamiento, oí trasiego en el piso de abajo, que arrastraban bultos pesados por la escalera chirriante y que la áspera voz de mi casera daba la bienvenida a alguien con sonoras muestras de alegría. De vez en cuando, entre aquel remolino de palabras, me llegaba una voz de cadencia dulce y suave, sumamente agradable para mis oídos al cabo de las largas semanas que llevaba inmerso en el rudo dialecto de los hombres del valle. Una hora estuve oyendo aquel diálogo: la voz alta y la baja, entre un tintineo de tazas y cucharas, hasta que unas pisadas ligeras y rápidas pasaron por delante de mi puerta y supe que mi compañera de casa había entrado en su habitación.

La mañana que siguió a este incidente me levanté temprano, como es mi costumbre, y al asomarme a la ventana me sorprendió ver que nuestra nueva

inquilina había madrugado aún más que yo. Iba andando por el sendero estrecho que cruza el páramo en zigzag: era alta y esbelta, llevaba la cabeza hundida en el pecho y en los brazos un gran ramo de flores silvestres que había recogido en su paseo matinal. El blanco y el rosa de su vestido, así como el detalle del lazo rojo oscuro en su sombrero de ala ancha y caída, daban una agradable pincelada de color al paisaje teñido de tonos pardos. A pesar de que estaba algo lejos cuando la vi por primera vez, supe que la excursionista no podía ser otra que la mujer que había llegado la noche anterior, pues había en sus movimientos una gracia y un refinamiento que la distinguían de los habitantes del páramo. Seguía observándola cuando, con paso ligero y rápido, se desvió del camino para entrar por la cancela de madera que había al fondo del jardín, se sentó en la ladera verde, delante de mi ventana, esparció las flores en el suelo y empezó a arreglarlas.

Allí sentada, con el sol naciente a sus espaldas y el resplandor de la mañana envolviendo como una aureola la cabeza majestuosa y ladeada con elegancia, vi que era una joven de extraordinaria belleza. Tenía una cara más española que inglesa: ovalada, aceitunada, con los ojos negros y chispeantes, y una boca dulce y delicada. Por debajo del amplio sombrero de paja asomaban dos moños de pelo negroazulado en sendos lados del grácil cuello de reina. Me sorprendió que su falda y sus zapatos recordaran más a prendas de viaje que de una simple excursión matinal. El vestido, de color claro, estaba manchado, arrugado y húmedo, y las botas tenían una costra de la tierra amarilla de los páramos. También su expresión reflejaba cansancio, y su belleza juvenil parecía velada por la sombra de una íntima preocupación. Seguía mirándola cuando, sin previo aviso, rompió en un llanto desesperado, arrojó el ramo de flores y entró corriendo en la casa.

Pese a mi alejamiento y mi hartazgo de las costumbres del mundo, sentí una simpatía y un dolor inesperados por el arranque de desesperación que había alterado a la hermosa desconocida. Abrí mis libros, pero mis pensamientos no se apartaban de esa cara orgullosa y bien delineada, del vestido sucio, la cabeza gacha y la pena grabada en cada línea y rasgo de su semblante pensativo.

La señora Adams, mi casera, tenía la costumbre de subirme al estudio mi desayuno frugal, aunque muy rara vez le permitía yo interrumpir el curso de mis pensamientos o distraerme con su cháchara de cuestiones de mayor calado. Aquella mañana, sin embargo, me encontró por primera vez con ganas de escuchar, y apenas tuve que incitarla un poco para que derramara en mis oídos todo lo que sabía de nuestra hermosa inquilina.

—Se llama Eva Cameron, señor —dijo—. Pero de quién puede ser o de dónde viene tengo tan poca idea como usted. Es posible que haya venido a Kirkby-Malhouse por la misma razón que usted, señor.

—Es posible —asentí, pasando por alto su pregunta encubierta—, aunque nunca me habría imaginado que Kirkby-Malhouse pudiera tener algún aliciente que ofrecer a una señorita.

—¡Sí, señor! Eso es lo raro. La señorita acaba de venir de Francia, y es un misterio cómo ha sabido de mí su familia. Hace una semana llamó a la puerta un hombre fino: saltaba a la vista que era un caballero. «Usted es la señora Adams —dijo—. Quiero alquilar una habitación para la señorita Cameron. Vendrá dentro de una semana», eso me dijo, y se marchó sin hacer una sola pregunta sobre las condiciones. Anoche llegó la señorita, alicaída y con una pizca de acento francés en la voz suave. Pero ¡qué caramba, señor! Voy a prepararle un poco de té, porque se sentirá sola, pobrecilla, cuando se despierte en una casa extraña.

II
CÓMO FUI AL PÁRAMO DE GASTER

Seguía ocupado con mi desayuno cuando oí ruido de platos y los pasos de la casera camino de la habitación de su nueva huésped. Un instante más tarde volvió por el pasillo a toda prisa e irrumpió en mi habitación con una mano en alto y un gesto asustado en los ojos.

—¡Dios mío!, señor. Disculpe que le moleste pero temo por la señorita, señor. No está en su habitación.

—Está ahí —dije, levantándome y mirando por la ventana—. Ha vuelto a por unas flores que había dejado en el jardín.

—¡Ay, señor! ¡Qué vestido y qué botas trae! —exclamó la casera—. Ojalá estuviera aquí su madre, señor. Ojalá. Dónde habrá estado no lo sé, pero esta noche no ha dormido en su cama.

—Seguramente estaría inquieta y salió a pasear, aunque es verdad que la hora es algo extraña.

La señora Adams apretó los labios y movió la cabeza con asombro. Pero justo en ese momento, mientras estaba allí mirando, la muchacha levantó los ojos, sonrió y con un gesto alegre le indicó que abriese la ventana.

—¿Está listo mi té? —preguntó, con aquella voz bonita, clara y sazonada de acento francés.

—Lo tiene en su habitación, señorita.

—¡Mire mis botas, señora Adams! —dijo, enseñándolas por debajo de la falda—. Estos páramos de aquí son tremendos: *effroyable*[116]. ¡En la vida había visto tanto barro! Y en mi vestido también: *voilà*!

—Sí, señorita, se ha puesto usted perdida —asintió la casera, fijándose en el vestido empapado—. Estará muy cansada y con ganas de dormir.

—No, no —contestó la muchacha, riéndose—. No quiero dormir. ¿Qué es dormir? Es como morirse un poco: *voilà tout*. Para mí la vida es pasear, correr y respirar el aire puro. No estaba cansada, y por eso he pasado la noche explorando estos páramos de Yorkshire.

—¡Dios bendito! Y ¿adónde ha ido? —preguntó la señora Adams.

La muchacha abarcó con la mano todo el horizonte hacia el oeste.

—Allí —dijo—. *O comme elles son tristes et sauvages, ces colines!*[117] Pero he traído flores. Me dará agua, ¿verdad? Si no, se marchitarán. —Recogió sus tesoros en el regazo y al momento oímos sus pasos ágiles y ligeros en la escalera.

O sea, la desconocida había pasado la noche fuera. ¿Qué motivo había podido hacerle salir de su acogedora habitación y vagar por esas colinas lóbregas y azotadas por el viento? ¿Sería simplemente el espíritu inquieto y aventurero propio de una muchacha? ¿O había una causa más profunda en su escapada nocturna?

Aunque acostumbrado por mis estudios a resolver grandes misterios, me encontraba ante un dilema humano que por el momento escapaba a mi comprensión. Salí a pasear esa mañana y, en el camino de vuelta, cuando había llegado a la cima del cerro que domina el pueblo, vi a la joven entre los tojos, no muy lejos de allí. Había desplegado un caballete ligero y, con un lienzo ya listo, se disponía a pintar el magnífico paisaje de hierba y roca que se extendía delante de ella. Mientras la observaba, me fijé en que miraba con impaciencia a todos lados. Cerca de mí se había formado un charco en el hueco de una roca. Llené de agua el vaso de mi cantimplora y se la llevé.

—La señorita Cameron, creo —dije—. Me alojo en la misma casa que usted. Me llamo Upperton. Tenemos que presentarnos en estos rincones salvajes si no queremos seguir siendo desconocidos para siempre.

—¡Ah, vive usted también con la señora Adams! —exclamó—. Creía que solo había campesinos en este sitio tan extraño.

—Estoy de visita, como usted. Soy investigador y he venido buscando la tranquilidad y el descanso que requieren mis estudios.

—¡Claro! —asintió, echando un vistazo al inmenso círculo de páramos silenciosos y a la pequeña línea de casitas grises que bajaba por la ladera a

nuestro lado.

—Y aun así no me basta —me reí—. He tenido que mudarme al interior del páramo para encontrar la paz absoluta que necesito.

—¿Se ha construido entonces una casa en el páramo? —preguntó, arqueando las cejas.

—Sí, y espero ocuparla dentro de unos días.

—Vaya, eso es triste. Y ¿dónde está esa casa que ha construido?

—Por ahí —señalé—. ¿Ve el arroyo que parece una cinta de plata, allá a lo lejos? Es el Gaster, y cruza el páramo.

La muchacha se sobresaltó y me miró con un gesto de incredulidad y sorpresa en los ojos grandes, oscuros e interrogantes, como si luchara por dominar algo parecido al horror.

—Y ¿vivirá usted en el páramo?

—Esos son mis planes. Pero ¿qué sabe usted del páramo, señorita Cameron? Creía que era usted forastera en estas tierras.

—Lo soy. Nunca había estado aquí, pero he oído hablar a mi hermano de estos páramos de Yorkshire y, si no me equivoco, ha citado este como el más inhóspito y agreste de todos.

—Muy probablemente —dije, sin darle importancia—. Es un sitio muy lóbrego.

—Entonces ¿por qué vivir ahí? —preguntó con angustia—. Piense en la soledad, el aislamiento, la falta de comodidad y ayuda en caso de necesitarlas.

—¡Ayuda! ¿Qué ayuda podría necesitarse en el páramo de Gaster?

La señorita Cameron bajó los ojos y se encogió de hombros.

—La enfermedad puede llegar a cualquier parte —dijo—. Si fuera un hombre, no creo que quisiera vivir solo en el páramo.

—He arrostrado peligros peores que ese —me reí—. Pero temo que su cuadro se estropee, porque las nubes se están amontonando y empiezan a caer algunas gotas.

Sin duda iba siendo hora de ponernos en camino y refugiarnos, porque no había terminado la frase cuando empezó a oírse el borboteo constante de la lluvia. Riendo alegremente, mi compañera se cubrió la cabeza con el chal, cogió el lienzo y el caballete y echó a correr con la gracia de un cervatillo por la ladera cubierta de tojos mientras yo la seguía con el taburete y la caja de pinturas.

La víspera de mi partida de Kirkby-Malhouse, nos sentamos en la pendiente del jardín: ella, con unos ojos soñadores y oscuros, contemplaba tristemente los páramos sombríos mientras yo, con un libro en las rodillas, miraba de reojo su adorable perfil, maravillado de que veinte años de existencia pudieran haber tallado en sus rasgos una expresión tan nostálgica y apesadumbrada.

—Ha leído usted mucho —dije al cabo de un rato—. Las mujeres de hoy tienen oportunidades que sus madres nunca conocieron. ¿Ha pensado alguna vez en llegar más lejos, en estudiar una carrera universitaria o incluso ejercer alguna profesión?

La idea la hizo sonreír con cansancio.

—No tengo metas ni ambiciones. Mi futuro es negro, confuso, un caos. Mi vida es como uno de esos caminos de los páramos. Ya los conoce usted, *monsieur* Upperton. Al principio son rectos, llanos y despejados, pero pronto empiezan a torcerse a un lado y a otro entre rocas y riscos, hasta que se pierden en algún cenagal. En Bruselas mi camino era recto, pero ahora, *mon Dieu*! ¿Quién puede decirme adónde lleva?

—No creo que haya que ser profeta para eso —dije, en el tono paternal que mis cuarenta años de más me daban libertad para adoptar—. Si no me equivoco, me atrevería a decir que estaba usted llamada a cumplir el destino de las mujeres: hacer feliz a un hombre bueno y propagar en un círculo más amplio el placer que su compañía me ha deparado desde que la conocí.

—No me casaré nunca —dijo, con una contundencia que me causó sorpresa y hasta me divirtió en cierto modo.

—No se casará… Y ¿eso por qué?

Una expresión extraña se dibujó en sus rasgos delicados mientras arrancaba con nerviosismo la hierba que tenía a su lado.

—No me atrevo —respondió, con la voz temblorosa de emoción.

—¿No se atreve?

—No es para mí. Tengo otras cosas que hacer. Ese camino al que me he referido tengo que recorrerlo sola.

—Pero eso es morboso. ¿Por qué su destino, señorita Cameron, debería separarse del de mis hermanas o el de otras miles de jóvenes que celebran cada año su presentación en sociedad? Aunque tal vez lo diga porque teme y desconfía del ser humano. El matrimonio comporta riesgo tanto como felicidad.

—El riesgo sería para el hombre que se casara conmigo —dijo. Y al instante, como si hubiera hablado más de la cuenta, se levantó de un salto y se

arropó con su manto—. El aire de la noche es frío, señor Upperton. —Y dicho esto se alejó rápidamente y me dejó cavilando sobre las extrañas palabras que acababan de salir de sus labios.

Había llegado claramente el momento de marcharme. Apreté los dientes y me prometí que no pasaría un día más sin cortar de cuajo aquel vínculo recién formado y sin buscar el solitario retiro que me esperaba en los páramos. No habíamos terminado de desayunar cuando un campesino subió hasta la puerta con la tosca carretilla en la que iba a trasladar mis escasas pertenencias a mi nueva casa. La señorita Cameron no había salido de su habitación y, aunque yo había blindado mi ánimo contra su influencia, me fue imposible no sentir una leve decepción al ver que iba a dejarme marchar sin una palabra de despedida. Mi carretilla con su montón de libros ya se había puesto en camino cuando oí el rumor de unos pasos rápidos en la escalera, y al momento la muchacha estaba a mi lado, con la respiración entrecortada por las prisas.

—Entonces se va, ¿se va de verdad? —dijo.

—Mis estudios me reclaman.

—Y ¿al páramo de Gaster?

—Sí. A la casita que he construido allí.

—Y ¿vivirá allí solo?

—Con los cien compañeros que van en esa carretilla.

—¡Ah, sus libros! —exclamó, encogiendo con gracia sus hombros elegantes—. ¿Me hace usted una promesa?

—¿Cuál? —pregunté, sorprendido.

—Es una pequeñez. ¿No irá a negármelo?

—No tiene más que pedirlo.

Acercó a mí su hermosa cara con un gesto profundamente serio.

—¿Echará el cerrojo a su puerta de noche? —dijo. Y se fue antes de que pudiera responder a tan extraordinaria petición.

Me sentí raro cuando por fin me vi instalado en mi morada solitaria. El horizonte estaba ahora delimitado para mí por el desolado círculo de hierba improductiva, salpicada de tojos y atravesada por cantidad de adustas estrías de granito como cicatrices de la naturaleza. Jamás he visto erial más insípido y gris, pero en su propia insipidez residía su encanto.

Sin embargo, la primera noche que pasé en el páramo de Gaster ocurrió un extraño incidente que dirigió de nuevo mis pensamientos al mundo que había dejado atrás.

El atardecer había sido bochornoso y huraño, con grandes bancos de nubes cárdenas concentradas al oeste. A medida que caía la noche, el

ambiente de mi modesta cabaña se volvía opresivo por momentos. Sentía algo parecido a un peso en la frente y el pecho. Muy lejos de allí, un trueno atravesaba el páramo como un gemido. Incapaz de conciliar el sueño, me vestí y salí a la puerta de mi casa a contemplar la negra soledad que me rodeaba.

Tomé el estrecho camino que seguían las ovejas a la orilla del arroyo y recorrí alrededor de medio kilómetro. Había dado media vuelta cuando una nube negra como la tinta sepultó finalmente la luna, y la oscuridad se hizo de golpe tan densa que no veía ni el camino a mis pies, ni el arroyo a mi derecha, ni las rocas a mi izquierda. Mientras andaba a tientas en las tinieblas, al estallido de un trueno siguió el destello de un rayo que iluminó el inmenso páramo y dibujó con toda claridad las formas de matojos y rocas. Aunque duró apenas un instante, esa visión fugaz me estremeció de miedo y asombro, pues en mi mismo camino, a no más de veinte pasos de mí, había una mujer, y la luz blanca la golpeó en la cara, dejando ver hasta el último detalle de sus rasgos y su indumentaria.

Resultaba imposible confundir esos ojos oscuros y esa figura alta y elegante. Era ella: Eva Cameron, la mujer a la que creía haber dicho adiós para siempre. Me quedé un instante petrificado, preguntándome si de verdad podía ser ella o si era una fantasía de mi cerebro alterado, y después eché a correr hacia donde la había visto llamándola a gritos, pero no hubo respuesta. La llamé de nuevo y de nuevo no recibí otra respuesta que el melancólico ulular de una lechuza. Un segundo relámpago iluminó el paisaje, y la luna asomó de detrás de su nube, pero a pesar de que trepé a un montículo desde el que se dominaba todo el páramo no vi el menor rastro de la extraña caminante nocturna. Más de una hora estuve deambulando por el páramo hasta que volví a verme en mi chozo, sin resolver aún si lo que había visto era una mujer o una sombra.

III
DE LA CASITA GRIS DE LA CAÑADA

Al cuarto o quinto día de tomar posesión de mi casa, me extrañó oír pisadas en la hierba, seguidas rápidamente de un chasquido semejante al golpe de un bastón en la puerta. La explosión de una máquina infernal no habría podido sorprenderme o confundirme más. Confiaba en haberme librado para siempre de intrusos, y alguien venía de pronto a llamar a mi puerta con tan poca ceremonia como quien entra en una taberna. Airado, dejé

mi libro y retiré el cerrojo justo cuando mi visitante había levantado el bastón para repetir su grosera solicitud de admisión. Era un hombre alto y fuerte, de barba rojiza y con el pecho hundido, que llevaba un traje de *tweed* suelto, con un corte que pretendía ser cómodo más que elegante. Me fijé en sus rasgos bajo el resplandor del sol: la nariz grande y carnosa; los ojos azules, serenos y como techados por unas cejas tupidas; la frente ancha, fruncida y surcada de arrugas en curiosa discrepancia con su porte juvenil. A pesar del gastado sombrero de fieltro y el pañuelo de colores anudado en el cuello musculoso y moreno, me bastó un vistazo para comprobar que era un hombre educado y con clase. Yo estaba preparado para encontrarme con un pastor o un vagabundo zafio, pero esta aparición me desconcertó mucho.

—Parece usted pasmado —dijo con una sonrisa—. ¿Creía que era el único hombre en el mundo a quien le gusta la soledad? Pues ya ve que hay otros eremitas en el páramo.

—¿Quiere decir que vive aquí? —pregunté en un tono poco conciliador.

—Ahí arriba —contestó, echando la cabeza atrás—. He pensado que, ya que somos vecinos, señor Upperton, lo menos que podía hacer era venir a preguntarle si puedo ayudarlo en algo.

—Gracias —dije con frialdad, sin apartar la mano del cerrojo—. Soy un hombre de gustos sencillos y no hay nada que pueda usted hacer por mí. Tiene la ventaja de saber cómo me llamo.

Me dio la sensación de que mi descortesía enfriaba su cordialidad.

—Me he enterado por los albañiles que trabajaron aquí. Yo soy cirujano, el cirujano del páramo de Gaster. Así me llaman en la zona, y es un nombre tan bueno como el que más.

—No tendrá muchas ocasiones de practicar aquí —observé.

—Aparte de usted, no hay un alma en muchos kilómetros a la redonda.

—Parece que ha necesitado usted atención médica —dije, mirando una mancha blanca que tenía en la mejilla bronceada, como una salpicadura reciente de un ácido potente.

—No es nada —contestó con sequedad, volviendo la cabeza para ocultar la marca—. Tengo que volver, porque me está esperando un compañero. Si puedo hacer algo por usted, por favor dígamelo. Solo tiene que seguir el arroyo alrededor de un kilómetro y medio para encontrar mi casa. ¿Tiene usted un cerrojo en la puerta?

—Sí —asentí, muy sorprendido por la pregunta.

—Pues téngala siempre cerrada. El páramo es un lugar imprevisible. Nunca se sabe quién puede andar por aquí. Es bueno tomar precauciones.

Adiós. —Se levantó el sombrero, dio media vuelta y se marchó tranquilamente por la orilla del arroyo.

Seguía yo con la mano en el cerrojo, viendo cómo se alejaba mi visitante inesperado, cuando caí en la cuenta de que había alguien más en el páramo. Un poco más adelante, por el camino que había tomado el cirujano, apoyado en un peñasco grande y gris vi a un hombre marchito que se irguió al acercarse él y salió a su encuentro. Estuvieron hablando uno o dos minutos. El más alto señaló varias veces con la cabeza mi casa, como si contara de qué habíamos hablado. Luego echaron a andar juntos y los perdí de vista detrás de una hondonada. Poco después los vi subir un promontorio. Mi conocido había cogido del brazo a su acompañante, bien por afecto bien para ayudarlo a subir la empinada cuesta. La silueta del fornido cirujano y su flaco y encogido compañero se perfiló sobre el horizonte, y los dos se volvieron a mirarme. Cerré la puerta de un portazo, temiendo que les diera por volver, pero momentos después me asomé a la ventana y vi que habían seguido su camino.

Me pasé el día concentrado en el papiro egipcio que me ocupaba en esos días, pero ni los sutiles razonamientos del antiguo filósofo de Memfis ni el significado místico del manuscrito conseguían apartar mis pensamientos de los asuntos terrenales. Faltaba poco para que oscureciera cuando, desesperado, desistí de seguir trabajando. Estaba enfadado con el cirujano por su intromisión. Salí al arroyo que murmuraba delante de la puerta de mi casa, a refrescarme la frente acalorada, y reflexioné sobre el incidente. Era evidente que el pequeño misterio que envolvía a estos vecinos míos me obligaba a pensar en ellos con insistencia. Una vez lo aclarase, dejarían de ser un obstáculo para mis estudios. Entonces ¿qué me impedía dirigirme a su casa y, sin que pudieran sospechar de mi presencia, observar qué clase de hombres eran? Seguro que su modo de vida tenía una explicación sencilla y prosaica. Por otro lado, el atardecer era agradable y un paseo me sentaría bien física y mentalmente. Encendí mi pipa y eché a andar por el páramo en la dirección que habían tomado ellos.

Hacia la mitad de una cañada había unos cuantos robles retorcidos y atrofiados. Detrás de los árboles, una columna de humo oscura y fina se elevaba en el aire sereno del atardecer. Estaba claro que aquella era la casa de mi vecino. Me desvié a la izquierda y, avanzando al abrigo de una pared de rocas, llegué hasta un punto que me ofrecía una buena vista de la casa sin correr peligro de que me descubrieran. Era una casita pequeña, con el tejado de pizarra, poco más grande que las rocas que la flanqueaban. Al igual que mi cabaña, parecía haberse construido en su día para un pastor, pero a diferencia

de la mía, sus inquilinos no se habían molestado en mejorarla y ampliarla. Dos ventanucos, una puerta agrietada y erosionada por la lluvia y el viento, y un barril para recoger el agua de la lluvia eran los únicos elementos externos con los que hacer mis deducciones sobre quienes vivían allí. Pero incluso estos pocos detalles daban mucho que pensar porque, a medida que me acercaba, escondido detrás del risco, vi que unas gruesas rejas de hierro protegían las ventanas y que la puerta estaba reforzada con barras y planchas del mismo metal. Tan extrañas precauciones, sumadas a la desolación del entorno y la más completa soledad, daban a la aislada vivienda un aire que inspiraba malos presagios y un miedo indescriptible. Me guardé la pipa en el bolsillo y continué a gatas entre los tojos y helechos hasta llegar a unos cien metros de la puerta de mi vecino. Allí, viendo que no podía seguir adelante sin temor a ser descubierto, me agaché con la intención de vigilar.

Apenas me había instalado en mi escondite, se abrió la puerta de la casa y el hombre que se había presentado como el cirujano del páramo de Gaster salió con la cabeza descubierta y una pala en la mano. Delante de la puerta había un huertecillo con patatas, guisantes y verduras diversas, y en él se entretuvo podando y arrancando hierbajos mientras cantaba con una voz potente aunque sin demasiadas dotes musicales. Estaba enfrascado en su tarea, dando la espalda a la casa, cuando por la puerta entreabierta apareció el mismo hombrecillo encogido al que había visto por la mañana. Tenía unos sesenta años, el pelo canoso y ralo, y la cara alargada y pálida, y estaba arrugado, doblado y frágil. Con paso corto, arrastrando los pies y como echando la pierna hacia un lado al dar el paso, se dirigió hacia su compañero, que no lo había oído, y se detuvo detrás de él. Sus pisadas o su respiración debieron de advertir por fin al cirujano de su cercanía, porque se sobresaltó y se volvió a mirarlo. Cada uno dio un paso rápido hacia el otro, como para saludarse y, entonces —todavía siento el horror de aquel momento—, el hombre alto se abalanzó sobre su compañero, lo derribó y, después de propinarle una paliza, cargó con él y desapareció en la casa a toda velocidad.

Aun endurecido como estaba por mi azarosa vida, me estremeció la violencia inesperada de la agresión. Por la edad del hombre, su constitución frágil y su actitud humilde y servil, el incidente era una vergüenza. Tan grande fue mi ira que ya iba a salir derecho a su casa, aun desarmado, cuando oí voces en la casa que indicaban que la víctima se había recuperado. El sol se había escondido detrás del horizonte, y todo menos un penacho rojo en la cumbre del Pennigent estaba gris. Protegido por esta luz menguante, me acerqué un poco más y agucé el oído para enterarme de lo que pasaba. Oí la

voz alta y temblorosa del hombre mayor y la grave, áspera y monótona de su agresor, mezcladas con un curioso golpeteo metálico. Entonces salió el cirujano, cerró la puerta y se puso a dar vueltas en el crepúsculo, tirándose del pelo y sacudiendo los brazos como un demente. Después se dirigió hacia el valle a grandes zancadas y no tardé en perderlo de vista entre las rocas.

Cuando desapareció en la lejanía, me acerqué un poco más a la casa. El prisionero seguía murmurando una letanía y gimiendo de vez en cuando como un hombre dolorido. Sus murmullos se convirtieron en oraciones a medida que me aproximaba: prolijas y sonoras oraciones pronunciadas con la profunda gravedad de quien se encuentra en peligro inminente. El borboteo solemne del hombre herido y solo, esos ruegos que no iban dirigidos a nadie y arañaban el silencio de la noche, me causaron un temor indescriptible. Seguía dudando si inmiscuirme o no en el caso cuando oí a lo lejos los pasos del cirujano que volvía. Fui corriendo hasta la ventana cubierta con rejas y eché un vistazo por los cristales en forma de rombo. El interior de la vivienda estaba iluminado por el macabro resplandor que, según supe más tarde, venía de un horno químico. Esta luz potente me permitió ver un montón de retortas, condensadores y tubos de ensayo esparcidos en la mesa que proyectaban sombras grotescas en la pared. En el otro extremo de la habitación había una estructura de madera parecida a un gallinero y, dentro, arrodillado y absorto todavía en sus oraciones, estaba el hombre al que había oído suplicar. El resplandor rojizo le daba en la cara vuelta hacia el techo y dibujada en la sombra como un cuadro de Rembrandt, dejando ver hasta la última arruga de la piel apergaminada. Tuve tiempo de echar solo un vistazo antes de apartarme de la ventana y salir corriendo entre las rocas y el brezo, sin aflojar el paso hasta que me vi de nuevo en mi choza. Una vez allí me tiré en la cama, alterado y descompuesto como nunca creí que volvería a estarlo.

Las dudas que pudiera tener de haber visto a mi antigua compañera de pensión la noche de la tormenta se disiparon a la mañana siguiente. Paseando por el camino que llevaba al corazón del páramo, en un punto donde la tierra era blanda, encontré las huellas de un pie: la marca pequeña y delicada de unas botas de mujer. Aquel tacón minúsculo y su arco alto solo podían ser de mi compañera de Kirkby-Malhouse. Seguí su rastro un trecho hasta asegurarme de que apuntaba, en la medida en que me era posible discernir, a la funesta casa del cirujano. ¿Qué fuerza había allí para atraer a la tierna muchacha, entre el viento, la lluvia y la oscuridad de aquellos páramos aterradores a tan insólito lugar de encuentro?

Ya he dicho que un arroyuelo cruza el valle y pasa por delante de mi puerta. Una o dos semanas después de los hechos que acabo de describir, estaba sentado al lado de la ventana cuando vi una mancha blanca que flotaba muy despacio en la corriente. Lo primero que se me ocurrió fue que era un cordero ahogado. Cogí mi bastón, fui hasta el arroyo y saqué el bulto del agua. Resultó ser una sábana grande y hecha jirones, con las iniciales J. C. bordadas en una esquina. Pero lo que le daba un significado tan siniestro era que estaba sucia y manchada de lado a lado.

Fui a cerrar la puerta del chozo y me dirigí a casa del cirujano. No había llegado demasiado lejos cuando lo vi en persona. Iba andando deprisa por la ladera, azotando los tojos con un garrote y bramando como un loco. De hecho, nada más verlo, mis dudas sobre su cordura aumentaron y quedaron confirmadas.

Según se iba acercando me fijé en que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Al verme se detuvo como si dudara entre continuar o no. Yo no tenía ganas de hablar con él, y pasé de largo rápidamente mientras él seguía su camino, sin dejar de gritar y de dar golpes con su garrote. Cuando desapareció por detrás de los cerros, fui a su casa, resuelto a dar con alguna pista sobre lo ocurrido. Me sorprendió encontrar la puerta revestida de hierro abierta de par en par. En el suelo, justo en el umbral, había señales de violencia. Dentro, los instrumentos químicos y los muebles estaban rotos y tirados por todas partes y lo más extraño era que la siniestra jaula de madera tenía manchas de sangre y su desdichado ocupante había desaparecido. Sentí mucha lástima del pobre hombre, pues estaba seguro de que jamás volvería a verlo en este mundo.

No encontré en el chozo nada que aclarase la identidad de mis vecinos. Estaba abarrotado de instrumentos químicos. En un rincón había una librería pequeña con una buena selección de obras científicas. En otra había un montón de muestras geológicas encontradas en la caliza.

No vi al cirujano al volver pero, al llegar a mi casa, descubrí con indignación y perplejidad que alguien había entrado mientras yo estaba fuera. Habían sacado las cajas de debajo de la cama, descolocado las cortinas, y retirado las sillas de la pared. Ni siquiera mi estudio quedó libre del desconsiderado intruso que había dejado en la alfombra negra como el ébano las huellas de unas botas grandes.

IV
DEL HOMBRE QUE VINO A MEDIANOCHE

Cayó la noche tormentosa y revuelta, la luna ceñida por nubes desgarradas. El viento soplaba con rachas melancólicas, llenando el páramo de sollozos y suspiros, y arrancando gemidos a los tojos. De vez en cuando, un breve chaparrón aporreaba el cristal de la ventana. Estuve despierto hasta medianoche, leyendo por encima el pasaje sobre la inmortalidad de Jámblico, el platónico alejandrino de quien el emperador Juliano dijo que era posterior a Platón en el tiempo pero que en cuestión de genio no le iba a la zaga. Cerré por fin el libro y abrí la puerta para echar un último vistazo al lóbrego paisaje y al aún más lóbrego cielo. Al asomar la cabeza, una ráfaga de viento me golpeó y salpicó la oscuridad con una lluvia de chispas rojas de las brasas de mi pipa. En ese mismo instante, la luna brilló entre dos nubes y, sentado en la ladera, a menos de doscientos metros de mi puerta, vi al hombre que se hacía llamar el cirujano del páramo de Gaster. Estaba agachado entre el brezo, con los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos, quieto como una piedra, con la mirada clavada en la puerta de mi casa.

Sentí un escalofrío de miedo y horror por la presencia de aquel aciago centinela que había cobrado para mí un halo oscuro y misterioso, pues la hora y el lugar armonizaban con su siniestra presencia. Sin embargo, una oleada viril de resentimiento y seguridad en mí mismo apartó al instante de mi ánimo esta emoción mezquina, y sin miedo me dirigí hacia él. Se levantó cuando ya me tenía muy cerca y me hizo frente, muy serio, con la luna brillando en su cara barbuda y reflejándose en sus ojos.

—¿Qué significa esto? —grité—. ¿Con qué derecho viene a espiarme?

Vi un destello de ira en su semblante.

—Vivir en el campo le ha hecho perder los modales. El páramo es de acceso libre a todo el mundo.

—Lo siguiente será decir que mi casa es de acceso libre a todo el mundo —estallé—. Ha tenido usted la impertinencia de registrarla esta tarde cuando yo había salido.

Se sobresaltó y puso un gesto de profundo asombro.

—¡Le juro que no he sido yo! No he puesto un pie en su casa en mi vida. ¡Ay, señor, señor, señor! Por favor, créame si le digo que un peligro se cierne sobre usted y debe andarse con cuidado.

—Me tiene harto —dije—. Vi la cobarde paliza que le dio a su compañero cuando creía que nadie lo veía. Yo también he estado en su casa y lo sé todo. Si existe la justicia en Inglaterra, lo ahorcarán por lo que ha hecho. Soy un soldado viejo, señor, y voy armado. No pienso echar el cerrojo a mi puerta

pero, si usted o cualquier otro rufián intenta cruzar mi umbral, tendrá que atenerse a las consecuencias.

Con estas palabras di media vuelta y volví rápidamente a mi casa.

El viento, cada vez más frío, arreció en los dos días siguientes, y trajo aguaceros continuos hasta que la tercera noche se desató la tormenta más violenta que recuerdo en Inglaterra. Me pareció que sería inútil irme a la cama pero tampoco podía concentrarme en la lectura. Puse la lámpara a media luz para atenuar su intensidad y, acomodado en la butaca, me entregué a mis fantasías. Debí de perder totalmente la noción del tiempo, porque no recuerdo cuánto rato estuve en la frontera entre el sopor y la conciencia. Por fin, a eso de las tres o puede que las cuatro de la madrugada, algo me sobresaltó y me espabiló: no solo me espabiló, sino que me puso los sentidos y los nervios de punta. Eché un vistazo en la penumbra sin ver nada que justificase mi inquietud repentina. La habitación acogedora, la ventana borrosa por la lluvia y la puerta de madera tosca estaban como siempre. Empezaba a pensar que un sueño incipiente me había llevado a esta vaga excitación nerviosa cuando caí en la cuenta de su causa. Era un ruido: el ruido de unos pasos humanos alrededor de mi casa solitaria.

Los oía a pesar del trueno, de la lluvia y del viento: unas pisadas suaves y furtivas, tan pronto entre la hierba como entre las piedras, que a veces se detenían unos instantes, seguían a continuación y estaban cada vez más cerca. Aguanté la respiración para escuchar aquel ruido misterioso. Se detuvo justo delante de mi puerta y dio paso a un jadeo entrecortado, como el de alguien que viniera de lejos y corriendo.

A la luz temblorosa de la lámpara a punto de apagarse, vi que el cerrojo de la puerta se movía como si lo empujaran con cuidado desde fuera. Muy despacio, se levantó hasta soltarse del pasador, y luego hubo una pausa de más de quince segundos mientras yo esperaba en silencio, con las pupilas dilatadas y el sable en la mano. Y entonces, poco a poco, la puerta empezó a girar sobre sus goznes y el aire frío de la noche entró silbando por la rendija. Se abrió con suma cautela, sin que las bisagras oxidadas llegaran a hacer el menor ruido. Al ampliarse la rendija, vi una figura oscura en el umbral y una cara pálida que me miraba. Los rasgos eran humanos pero no así los ojos, que parecían arder en la oscuridad con un brillo propio, de color verdoso, y en su siniestro y furtivo resplandor vi el ansia de matar. Salté de la butaca, y ya había levantado mi espada cuando, con un alarido feroz, una segunda figura se acercó corriendo a mi puerta. Al verla llegar, mi enigmático visitante lanzó un fuerte grito y huyó por el páramo, aullando como un perro apaleado.

Estremecido aún de miedo, salí a la puerta y escudriñé la oscuridad con las voces discordantes de los fugitivos resonando todavía en mis oídos. En ese momento, un relámpago iluminó el paisaje, volviéndolo tan claro como si fuera de día. La luz me permitió ver dos siluetas oscuras a lo lejos, en la ladera del cerro, una persiguiendo a la otra a una velocidad extraordinaria. A pesar de la distancia, la diferencia entre las dos descartaba cualquier duda sobre su identidad. En cabeza iba el hombrecillo mayor al que yo suponía muerto, y detrás de él mi vecino, el cirujano. Sus siluetas se perfilaron unos instantes con toda claridad en aquella luz que parecía de otro mundo, y en cuestión de un segundo se habían esfumado, engullidos por la oscuridad. Al dar media vuelta para entrar en casa, empujé con el pie algo que había en el umbral. Me incliné y vi que era un cuchillo recto, de plomo, tan blando y frágil que su elección como arma resultaba sorprendente. Para hacerlo aún más inofensivo, habían cortado la punta de la hoja. El borde, en cambio, se había afilado a conciencia con una piedra, tal como indicaban las marcas, y seguía siendo un instrumento poderoso en determinadas manos.

Y ¿qué significa todo esto?, me preguntarán. Muchos de los dramas que se han cruzado en mi camino a lo largo de mi vida errante, algunos tan extraños y asombrosos como este, no han encontrado la explicación definitiva que ustedes exigen. El destino es un gran urdidor de historias, aunque generalmente suele terminarlas desafiando todas las leyes artísticas y con impúdico desprecio de las convenciones literarias. Se da la circunstancia, sin embargo, de que tengo delante de mí, mientras escribo, una carta que puedo transcribir sin más comentarios, para aclarar lo que aún hoy continúa siendo oscuro.

Manicomio de Kirkby
4 de septiembre de 1985

Señor:

Soy plenamente consciente de que le debo una disculpa y una explicación por los extraordinarios y para usted misteriosos sucesos ocurridos en fechas recientes, que han obstaculizado gravemente la vida retirada a la que usted aspiraba. Tendría que haber pasado a verlo la mañana siguiente a la captura de mi padre pero, sabiendo lo poco que le gustan las visitas y también —disculpe mi franqueza— conociendo su carácter violento, me pareció preferible comunicarme con usted por carta.

Mi pobre padre era médico de familia en Birmingham, donde todavía se le recuerda y respeta. Hará cosa de diez años empezó a

manifestar síntomas de un trastorno mental que nos inclinamos a atribuir al exceso de trabajo y a los efectos de una insolación. Sintiéndome incapaz de pronunciarme sobre un caso de semejante importancia, solicité de inmediato el consejo de los mejores especialistas en Birmingham y Londres. Consulté también con el señor Fraser Brown, eminente alienista, quien pronosticó que la enfermedad de mi padre sería intermitente aunque peligrosa en sus momentos críticos. «Puede mostrar instintos asesinos o religiosos —dijo—. O una mezcla de ambos. Puede pasar meses tan cuerdo como usted y como yo, y estallar sin previo aviso en un momento. Contraerá usted una gran responsabilidad si lo deja sin supervisión».

No tengo nada más que añadir, señor. Comprenderá usted la terrible tarea que ha recaído sobre mi pobre hermana y sobre mí en el intento de librar a mi padre del manicomio, que en sus intervalos de cordura le produce un horror indescriptible. Solamente lamento haber perturbado su paz con nuestras desgracias, y le pido sinceras disculpas en nombre de mi hermana y en el mío propio.

Atentamente,

J. Cameron

UN HORROR BUCÓLICO

(1890)

Muy por encima del lago Constanza, enclavado en un rincón de los Alpes tiroleses, se encuentra la apacible localidad de Feldkirch. Destaca únicamente por la presencia de un colegio jesuita grande y bien dirigido y por la extrema belleza de su entorno. No hay lugar más bonito en todo el estado de Vorarlberg. El tenue destello del lago se divisa a unos veinticinco kilómetros de las montañas que se alzan detrás del pueblo, centelleando como un ancho mar de azogue. Más abajo, el Rin y el Danubio pasan por las llanuras parloteando, despreocupados y con prisa, sin esa dignidad que adquieren cuando dejan de ser arroyos para convertirse en ríos. Cinco grandes países o principados se ven desde la altiplanicie de Feldkirch: Suiza, Austria, Baden, Wurtemburg y Baviera.

Feldkirch es el centro de una extensa comarca montañosa y bucólica. La carretera principal que cruza el pueblo continúa hasta un lugar tan alejado como Anspach, donde se bifurca en dos ramales, uno más importante que otro. Este último atraviesa los valles del Tirol austríaco hasta el Tirol propiamente dicho y llega, creo, hasta Innsbruck, su capital. El camino secundario recorre unos quince o dieciséis kilómetros entre escabrosas cañadas salvajes hasta el pueblecito de Laden, donde se ramifica en una red de senderos de montaña. En este apacible paraje, yo, John Hudson, pasé casi dos años de mi vida, de junio de 1865 a marzo de 1867, y fue en aquel período cuando ocurrieron ciertos acontecimientos que durante semanas dieron a esta apartada aldea una nefasta importancia e hicieron que su nombre, por primera y probablemente última vez, llegara a ser familiar en la prensa europea. Sin embargo, la breve crónica de los hechos que apareció en los diarios ingleses fue inexacta y engañosa y, además, el rápido avance de los prusianos que culminó en la batalla de Sadowa[118] desvió la atención pública de un suceso que, en tiempos menos turbulentos, habría causado una profunda conmoción. Creo que puede ser un buen momento para detallar los hechos —que para la gran mayoría de los lectores serán inéditos—, más aún cuando mi íntima relación con la tragedia me permite ofrecer muchas particularidades que hasta hoy nunca se han hecho públicas.

Permítanme, en primer lugar, explicar brevemente mi presencia en aquel rincón tan apartado. Cuando la gran compañía de Sprynge, Wilkinson y Spragge se declaró en quiebra y pagó a sus acreedores menos de dieciocho peniques por libra, muchas personas sencillas se arruinaron, yo entre ellas. Había no obstante ciertas objeciones jurídicas que permitían vislumbrar la posibilidad de que en mi caso se hiciera una excepción con respecto a los demás acreedores y abonarme la deuda íntegra. Mientras se tramitaba el recurso, dispondría de una cantidad muy modesta para mi subsistencia.

Decidí así establecerme temporalmente en el extranjero, donde vivir me saldría más económico y de paso me ahorraría la vergüenza de encontrarme con quienes me habían conocido en mis días de mayor prosperidad. Un amigo mío me había descrito Laden años antes como el sitio más aislado en el que había estado, y dado que aislamiento y vida barata suelen ser sinónimos, me acordé de sus palabras. Además, en ese momento estaba en mala disposición de ánimo con mi socio y quería perderlo de vista una temporada. Obedeciendo el consejo de la pobreza y la misantropía, me puse en camino de Laden, donde mi llegada despertó la máxima expectación entre sus sencillos vecinos. Los usos y costumbres del inglés de barba roja, sus largas caminatas, su traje de cuadros y las razones que lo habían llevado a abandonar su patria, eran jugosos motivos de cotilleo para los bebedores que frecuentaban el Gruner Mann y el Schwartzer Bar, las dos cervecerías del pueblo.

Me sentía muy feliz en Laden. Los alrededores eran magníficos, y veinte años en Brixton habían agudizado mi admiración por la naturaleza como mejora una aceituna el aroma del vino. En mi juventud había estudiado la lengua y la cultura alemanas, y en pocos meses me vi capaz de conversar incluso sobre asuntos científicos y abstrusos con el nuevo párroco.

Este sacerdote fue un regalo del cielo para mí, porque era un hombre cultísimo y un conversador brillante. El padre Verhagen, así se llamaba, a sus pocos más de cuarenta años se había labrado prestigio como autor de una brillante monografía sobre los primeros papas, un trabajo que críticos eminentes han comparado favorablemente con el de Von Ranke[119]. Tengo la sagaz sospecha de que, por ciertas opiniones muy poco ortodoxas que exponía en esta obra, Verhagen fue desterrado a un lugar tan insignificante como Laden. Tenía opiniones ultraliberales sobre cualquier asunto, y en su época de ardor juvenil incluso se atrevió a reivindicarlas, como demostraba una profunda cicatriz en la barbilla que era la consecuencia del sable de un soldado del cuerpo de Dragones en la frustrada insurrección de Berlín. En

general era un hombre interesante, y aunque tenía un carácter algo frío y reservado, pronto entablamos relación.

El ambiente moral estaba muy enrarecido en Laden. El puesto del intendente Wurms y sus adláteres era una prebenda desde hacía muchos años. No asistir a la iglesia un domingo o una festividad era poco más o menos el peor y más turbio delito que habían cometido los vecinos más avanzados. De vez en cuando, alguno de aquellos hombretones llegaba a casa a las diez de la noche dando tumbos, ligeramente afectado por la cerveza bávara, y hasta podía maltratar a su compañera del alma si esta se atrevía a protestar, aunque estos casos eran poco frecuentes y, cuando ocurrían, los vecinos miraban al culpable por algún tiempo entre admirados y horrorizados, como a quien al cometer un pecado impresionante ha afirmado su individualidad.

Fue en este plácido pueblecito donde, de la noche a la mañana, se cometieron una serie de crímenes que asombraron a Europa y que por la atrocidad y el misterio que los envolvía superaban cualquier suceso del que yo hubiera tenido noticia. Trataré de ofrecer un relato sucinto de los hechos en su orden cronológico, para lo cual me será de gran ayuda la costumbre de haber llevado un diario, a lo largo de toda la vida, a cuyas páginas voy a referirme a continuación.

Sé por tanto que fue el 19 de mayo de la primavera de 1866 cuando mi patrona, *Frau* Zimmer, entró como loca en el comedor mientras estaba yo saboreando mi taza de chocolate, como todas las mañanas, y me informó de que se había cometido un asesinato en el pueblo. Al principio no podía creer la noticia, pero viendo que insistía en sus afirmaciones y que estaba asustadísima me puse el sombrero y salí a averiguar la verdad. Al llegar a la calle principal vi varios hombres que iban con prisa delante de mí y seguí sus pasos hasta encontrarme con un grupo de gente alborotada delante del pequeño *Stadthaus* o ayuntamiento, un edificio parecido a un granero que se utilizaba para todo tipo de reuniones públicas. Los vecinos formaban un corrillo alrededor del cuerpo de Maul, que había sido camarero en uno de los vapores que hacían la ruta por el lago Constanza entre Lindau y Fredericshaven. Maul era un hombrecillo inofensivo, bastante popular en el pueblo y, hasta donde se sabía, sin un solo enemigo en el mundo. Estaba tendido de bruces, con los dedos hundidos en la tierra, lo que sin duda daba cuenta de sus últimos forcejeos desesperados, y el pelo totalmente cubierto de sangre, que había resbalado por el cuello del abrigo. Habían pasado dos horas desde que se descubrió el cadáver, pero nadie parecía saber qué hacer con él o adónde llevarlo. Mi llegada, junto con la del párroco, que apareció casi al

mismo tiempo, infundió cierta energía en la multitud. Siguiendo nuestras indicaciones, trasladaron el cadáver por las escaleras y lo tendieron en el suelo del ayuntamiento, donde, después de asegurarnos de que la vida se había extinguido, procedimos a examinar las heridas junto con el teniente Wurms, de la policía. La expresión serena del fallecido indicaba que no fue consciente del peligro hasta que recibió el golpe fatídico. No le habían quitado el reloj ni la cartera. Al lavarle la sangre coagulada en la nuca se descubrió una curiosa herida triangular que había roto el cráneo y penetrado profundamente en el cerebro. Era evidente que le asestaron un golpe fuerte con un instrumento piramidal y de punta afilada. Creo que fue el padre Verhagen, el párroco, quien sugirió la posibilidad de que el arma en cuestión pudiera ser un azadón corto o un pico pequeño, muy comunes en cualquier casa alpina. El intendente, con encomiable prontitud, consiguió uno de inmediato y, clavándolo en un nabo, produjo un corte tan curioso como el que se veía en la cabeza del pobre Maul. Tuvimos la sensación de haber dado con el primer eslabón de una cadena que podría conducirnos hasta el asesino. No pasó mucho tiempo antes de que lográramos desvelar la clave de todo.

Se emprendió una especie de investigación esa misma tarde, con Pfiffor, el alcalde, como presidente de una especie de comité constituido por el párroco, el intendente, Freckler, de la oficina de Correos, y yo. Cualquier vecino que pudiera arrojar alguna luz sobre el caso o dar razón de cuáles fueron los movimientos de la víctima la noche anterior estaba invitado a asistir. Una nutrida asamblea de testigos acudió a la llamada, y no tardamos en reunir una secuencia de hechos relacionados entre sí. A las ocho y media, Maul había entrado en la taberna Gruner Mann, donde pidió una jarra de cerveza. En ese momento se encontraban en la trastienda del bar Waghorn, el carnicero del pueblo, y Cellini, un buhonero que venía a Laden tres veces al año con bisutería barata y otros artículos. Inmediatamente después de la llegada de Maul, el tabernero se sentó con sus clientes, y los cuatro pasaron la velada al margen de los parroquianos corrientes, que no tenían permiso para entrar detrás de la barra. Por los testimonios del tabernero y de Waghorn, hombres ambos respetabilísimos y de toda confianza, se supo que poco después de las nueve estalló una pelea entre el buhonero y el difunto. Se dijeron palabras muy agrias, y el italiano se marchó finalmente diciendo que no estaba dispuesto a seguir un momento más oyendo cómo se criticaba a su país. Maul estuvo aún en la taberna alrededor de una hora más y, algo eufórico por haber causado la retirada de su adversario, bebió bastante más de lo que acostumbraba. Un testigo que lo vio volviendo a casa, sobre las diez,

declaró que estaba ligeramente afectado por la bebida. Otro se encontró con él más o menos un minuto antes de que pasara por delante del *Stadthaus*, donde se había cometido el asesinato. El testimonio de este hombre era crucial. Juró con toda seguridad que, al pasar por delante del ayuntamiento y antes de cruzarse con Maul, vio una figura en la sombra del edificio, y añadió que, por lo que había alcanzado a distinguir, el individuo en cuestión no era muy distinto del italiano.

Hasta aquí habíamos podido determinar dos hechos: el primero era que el italiano salió del Gruner Mann antes que Maul, despotricando; el segundo, que se había visto a un individuo sin identificar esperando en el camino que tenía que recorrer el excamarero. El tercero y de suma importancia se conoció cuando la casera del italiano declaró que esa noche no había vuelto hasta las diez y media, una hora desacostumbrada en Laden. ¿Qué había hecho, entonces, entre poco después de las nueve, cuando salió del bar, hasta las diez y media, cuando volvió a su alojamiento? Las cosas empezaban a ponerse muy negras para el buhonero.

De todos modos, era innegable que el hombre contaba con algunos puntos a su favor y que las acusaciones contra él se basaban exclusivamente en pruebas circunstanciales. En primer lugar, no había entre las pertenencias del italiano un azadón ni ningún otro instrumento que hubiera podido emplearse con esos fines; tampoco era fácil de entender cómo consiguió el arma sin pasar por casa entre la hora de la pelea y el momento en que volvió finalmente. Además, tal como señaló el párroco, dado que Cellini era relativamente un extraño en el pueblo, parecía muy improbable que supiera qué camino tomaría Maul para ir a casa. Esta objeción se vio debilitada, sin embargo, por el testimonio de la criada del fallecido, quien declaró que el buhonero había estado pregonando sus mercancías delante de su casa el día anterior, y muy posiblemente había visto al dueño en una de las ventanas. En cuanto al prisionero, su actitud inicial fue desafiante, incluso se lo tomó a guasa, pero cuando empezó a darse cuenta del peso de las pruebas formuladas contra él se acobardó, se retorció las manos de un modo espantoso y proclamó su inocencia a gritos. En su defensa alegó que después de salir de la taberna había dado un paseo por el camino de Anspach para calmar los nervios y por eso había vuelto a casa tarde. Y sobre el asesinato de Maul dijo que no tenía la más remota idea.

Si me he explayado un poco sobre las circunstancias del caso es porque ciertos sucesos relacionados con él lo revisten de un interés especial. Me propongo ahora volver a mi diario, que llevé con sumo detalle no solo a lo

largo de este período, sino a lo largo de toda mi estancia en el extranjero. Citar pasajes de él me ahorrará complicaciones y garantizará la exactitud de los datos.

20 de mayo. No he pensado en nada ni he hablado de nada que no sea la reciente tragedia. Se ha emprendido una búsqueda en los bosques y a lo largo del arroyo con la esperanza de encontrar el arma homicida. Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que Cellini es culpable. El hecho de que el dinero siguiera intacto en el bolsillo de la víctima demuestra que el asesinato se cometió por venganza, y ¿quién podía guardarle más rencor al inocente Maul que el vengativo italiano de sangre ardiente al que acababa de ofender? He cenado con Pfiffor esta noche y está plenamente de acuerdo con mi visión del caso.

21 de mayo. Ni una palabra todavía, hasta donde yo sé, que arroje alguna luz sobre el asesinato. Hemos enterrado al pobre Maul a las doce en el bonito cementerio de la iglesia. El párroco ha oficiado el funeral con mucho sentimiento, y los asistentes —el pueblo al completo— estaban muy emocionados y lo han expresado interrumpiéndolo a menudo con sollozos y exclamaciones de dolor. Terminada la triste ceremonia, fui a dar un paseo con nuestro buen sacerdote. Los acontecimientos han alterado notablemente su naturaleza excitable. Le tiemblan las manos y está pálido.

—Amigo mío —dijo, cogiéndome de la mano mientras paseábamos—, usted sabe algo de medicina. —Yo había estado dos años en el Hospital Guy de Londres—. Últimamente no me encuentro ni mucho menos bien.

—Es este triste asunto que lo tiene alterado —contesté.

—No, hace tiempo que lo estoy viendo venir, aunque recientemente ha empeorado. Tengo un dolor que va de aquí a aquí. —Se llevó una mano a las sienes—. Si me cayera un rayo, la sacudida no sería más fuerte. A veces, cuando cierro los ojos, veo dardos de luz y me pitan los oídos continuamente. En muchos momentos no sé qué hacer. Temo desmayarme algún día mientras desempeño mi santo oficio.

—Está trabajando demasiado. Necesita descanso y un tónico reconstituyente. ¿Está escribiendo algo ahora mismo? ¿Cuánto tiempo dedica al trabajo a diario?

—Ocho horas. A veces diez, a veces once o doce, cuando el dolor de cabeza no me interrumpe.

—Tiene que reducirlo a cuatro —le ordené—. También tiene que practicar ejercicio con regularidad. Le enviaré un poco de quinina que tengo

en mi baúl. Tómese la cantidad necesaria para cubrir un florín disuelta en un vaso de leche, por la mañana y por la noche.

Se despidió de mí diciendo que seguiría mis indicaciones.

Sé por el alcalde que van a enviar a cuatro policías de Anspach para que trasladen a Cellini a una prisión más segura.

22 de mayo. Decir que me asusté no daría más que una vaga idea de mi estado de ánimo. Estoy confundido, atónito y horrorizado hasta un punto que me es imposible expresar. Otro asesinato, aún más sobrecogedor, se ha cometido esta noche. Han encontrado muerto a Freckler en su casa: el mismo Freckler que el día anterior se había sentado a mi lado en el comité de investigación. Escribo estas notas al final de un día de trabajo largo y angustioso en el que he tratado de ayudar a los agentes de la ley. Los vecinos están tan paralizados de miedo por esta nueva prueba de que hay un asesino entre ellos que de no haber sido por nuestros esfuerzos habría cundido el pánico general. Parece ser que Freckler, que era un hombre de costumbres peculiares, vivía solo en una casa apartada. El hecho de que no acudiera a su trabajo y de que no hubiera señales de movimiento en la vivienda despertó cierta curiosidad. Un grupo de vecinos decidieron forzar finalmente la puerta. Encontraron al desafortunado Freckler en el dormitorio del piso de arriba, tendido en el suelo, con la cabeza dentro de la chimenea. La causa de la muerte era una herida idéntica a la que en Maul resultó mortal, con la salvedad de que en este caso la herida estaba en la frente. El fallecido tenía los puños cerrados y había en sus rasgos, esa impresión me dio, un gesto indescriptible de sorpresa y horror. Había huellas de barro en las escaleras, que debió de dejar el asesino al subir, porque la víctima se había puesto las zapatillas antes de irse a la cama. Estas huellas, sin embargo, eran demasiado confusas para permitirnos obtener un perfil fiable del pie. Se encontraban en uno de cada tres peldaños, lo que indica la endemoniada velocidad a la que este tigre humano subió en busca de su víctima. Había una considerable suma de dinero en la casa, de la que no se tocó ni un céntimo, como tampoco se abrieron los cajones del dormitorio.

Al conocerse la funesta noticia, el pueblo entero se congregó a la puerta de Freckler, yo diría que inducido por el espíritu gregario del terror más que por la mera curiosidad. Todos miraban con recelo a su vecino. La mayoría de los presentes callaban y si decían algo era entre susurros, como si temieran levantar la voz. No se permitió a nadie entrar en la casa mientras nosotros, los miembros de la comunidad más ilustrados, hacíamos un registro minucioso. No hallamos absolutamente nada que diera alguna pista del asesino. Aparte de

que debía de ser un hombre activo, a juzgar por el modo de subir las escaleras, esta segunda tragedia no nos reveló nada nuevo. El intendente Wurms señaló con acierto que el brazo derecho de la víctima estaba tendido, como en actitud de saludo, por lo que era probable que el intempestivo visitante fuera alguien a quien Freckler conocía bien. Sin embargo, todo esto eran en gran medida conjeturas. Si algo podía añadirse al horror que inspiraba la brutalidad de la agresión era el dato de que el crimen debió de cometerse a las ocho y media de la tarde, como indicaba un pequeño reloj de cuco que Freckler había arrastrado en su caída.

Al parecer, nadie oyó nada sospechoso y tampoco vio entrar o salir a nadie de la casa. Todo se hizo deprisa, en silencio y a conciencia, a pesar de que debía de haber mucha gente en la calle a esa hora. El pobre Pfiffor y nuestro buen párroco están muy afectados por el trágico suceso, y yo mismo estoy muy abatido ahora que ha pasado el calor del momento y empiezo a reaccionar. Hay muy pocos vecinos en la calle esta noche, pero en todas partes se oyen martillazos: la gente está instalando cerrojos y barrotes en las puertas y ventanas de las casas. Muchas de ellas no tenían protección de este tipo ni la habían necesitado hasta ahora. *Frau* Zimmer ha puesto un cerrojo tan enorme que sería cómico si estuviéramos de buen humor.

Esta noche he sabido que han puesto en libertad a Cellini, dado que ya no hay ningún pretexto para retenerlo; también se ha dado aviso a la policía de todos los pueblos cercanos para que envíen a los agentes de los que les sea posible prescindir.

Tengo los nervios tan alterados que me he pasado la mayor parte de la noche despierto, leyendo la traducción de Tácito de Gordon a la luz de una vela. He sacado y limpiado mi revólver de la Marina, y estoy preparado para cualquier contingencia.

23 de mayo. La fuerza policial ha reclutado a otros tres hombres de Anspach y dos de Thalstadt, al otro lado de las montañas. El intendente Wurms ha organizado un eficaz sistema de patrullas que nos permite sentirnos razonablemente seguros. El día ha transcurrido sin ninguna aclaración del delito. La opinión general en el pueblo parece ser que el asesino es un forastero que se esconde en los bosques. Aducen que todos se conocen desde que eran pequeños y no hay nadie entre ellos capaz de algo así. Los más valientes han dado hoy una batida por el pinar, sin ningún resultado.

24 de mayo. Los acontecimientos se amontonan a un ritmo inesperado. Apenas hemos tenido tiempo para recuperarnos de una desgracia cuando otra

viene a alterar la imaginación popular. Por fortuna, esta vez no se trata de otra tragedia aunque la información es muy grave.

Se ha visto al asesino, nada menos que en la carretera, lo que demuestra que aún no ha saciado su sed de sangre, y también que los refuerzos policiales no bastan para garantizar la seguridad. Vengo de oír el testimonio de Andreas Murch, aunque sigue en tal estado de nervios que su historia resulta algo incoherente. Al parecer se desorientó en las montañas, por culpa de la niebla. Eran casi las once cuando por fin salió a la carretera principal a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo. Confiesa que no le hacía ninguna gracia estar fuera de casa tan tarde después de los recientes sucesos. Para entonces la niebla había aclarado, y echó a andar enérgicamente a la luz de la luna. A cosa de medio kilómetro del pueblo, la carretera hace una curva muy cerrada. Andreas había llegado ahí cuando, de repente, en el silencio de la noche, oyó unos pasos rápidos que venían desde el otro lado de la curva. Muerto de miedo, se tiró a la zanja que bordea el camino y se quedó en la oscuridad, muy quieto, asomando ligeramente la cabeza. Los pasos estaban cada vez más cerca, hasta que una figura alta y oscura salió de la curva a buen ritmo y, después de dejar atrás el punto donde la luna iluminaba la cara blanca del aterrorizado campesino, se paró en la carretera, unos veinte metros más adelante y empezó a remover las hierbas de la cuneta con un instrumento que Andreas Murch, lleno de horror, reconoció como un azadón largo. Estuvo rebuscando alrededor de un minuto, como si sospechara que había alguien escondido —porque seguramente había oído los pasos de Murch—, y después esperó un rato apoyado en el azadón. Murch lo describe como un hombre alto, delgado y vestido con ropa oscura. Llevaba la mitad inferior de la cara cubierta con algo parecido a un pañuelo, y lo poco que se veía de ella era de una palidez cadavérica. No llegó a ver sus rasgos lo suficiente para identificarlo, pero cree que era alguien a quien no había visto en la vida. Al cabo de un rato, el hombre del azadón se alejó deprisa en la oscuridad, en la dirección que imaginó que había tomado el fugitivo. Andreas, como es de suponer, no perdió un instante en llegar al pueblo sano y salvo y alertar a la policía. Tres agentes armados con carabinas recorrieron el camino sin encontrar rastro del bellaco. Naturalmente, cabe la posibilidad de que la historia de Murch sea exagerada, de que el miedo desbordara su imaginación. Aun así, el incidente no puede ser un invento, y eso evidentemente significa que el horrible demonio que nos acecha sigue activo.

Hay un hombre de malas inclinaciones, un tal Hiedler, que vive en una cabaña de la ladera de Spiegelberg. Subsiste cazando gamuzas y haciendo de

guía para los pocos turistas que vienen por aquí. La superstición popular se ha empeñado en señalar a este hombre únicamente porque es alto y delgado y tiene fama de bruto y violento. Hoy han hecho un registro en su cabaña pero no han descubierto nada importante. A pesar de todo, lo han detenido y encerrado en la celda que antes ocupaba Cellini.

En este punto hay en mi diario una laguna de una semana, un intervalo en el que las continuas alarmas que nos habían acosado los días anteriores cesaron por completo. Algunos lo explicaban con la suposición de que el peligroso desconocido se había trasladado a un escenario de operaciones menos vigilado. Otros creían que habíamos dado con el culpable al sospechar del vagabundo Hiedler. Fuera cual fuera la causa, la paz y el contento reinaron de nuevo en el pueblo y ese breve espacio de siete días bastó para borrar el gesto de preocupación de los vecinos, aunque la policía seguía alerta. Estaba empezando la temporada de caza, y como Laden, igual que los demás pueblos tiroleses, tiene su propio campo de tiro, se oían disparos a cualquier hora del día. Estos campesinos son tiradores infalibles hasta una distancia de cuatrocientos metros. Ningún ejército del mundo podría someterlos en sus montañas.

Mi amigo Verhagen, el párroco, y Pfiffor, el alcalde, bajaban conmigo por la tarde a ver cómo disparaban. Verhagen decía que la quinina le había sentado muy bien y abierto el apetito. Todos coincidimos en que era bueno fomentar la diversión para que la gente se olvidara de este asunto tan lamentable. Vaghorn, el carnicero, ganó el premio del ayuntamiento. De seis disparos, consiguió cinco dianas y un círculo exterior a cien metros de distancia. En Inglaterra esto se premia con una medalla.

2 de junio. ¿Quién iba a imaginarse que un día que había empezado tan bien pudiera tener un final tan oscuro? Con el primer correo de la mañana me llegó una carta en la que se me comunicaba que Spragge & Co. se habían avenido a pagar mi deuda completa, aunque aún podían pasar unos meses antes de que el dinero estuviera disponible. Eso significa una diferencia de casi 400 libras anuales, una suma de la máxima prioridad para un hombre de cuarenta y siete años como yo.

Y ahora a los acontecimientos de última hora: mi encuentro con el vampiro que nos acecha y su intento de atacar a *Frau* Bischoff, la tabernera del Gruner Mann, por no hablar de que nuestro buen párroco se ha librado por

muy poco. Parece que hubiera algo casi sobrenatural en la maldad de este demonio desconocido y en la impunidad con que sigue su carrera asesina. La verdadera razón de que pueda moverse a sus anchas está en el mal alumbrado público del municipio —mejor dicho, en su total falta de luz— y también en que el bosque llega por todas partes hasta la misma puerta de las casas, y eso facilita la huida. Sin embargo, esta noche ha escapado de milagro dos veces: una vez de mi pistola y otra vez de los agentes de la ley. Como no creo que consiga dormir gran cosa puedo dedicar media hora a recoger en mi diario estos extraños sucesos. No soy un cobarde pero la vida en Laden empieza a ser perjudicial para mis nervios y creo que esto va a terminar con la emigración del pueblo entero.

Volviendo a mi relato, esta tarde me sentía solo y alicaído, a pesar de las buenas noticias de la mañana. Alrededor de las nueve, justo cuando empezaba a caer la noche, decidí ir a casa del párroco dando un paseo, con la idea de que una pequeña charla intelectual quizá pudiera levantarme el ánimo. Así pues, me eché el revólver al bolsillo —una precaución que nunca he descuidado— y salí de casa muy a pesar de los buenos consejos de *Frau* Zimmer. Creo que ya señalé en mi diario, hace unos meses, que la casa del párroco se encuentra algo apartada del pueblo, en lo alto de un cerro. Al llegar vi que había salido, como debería haberme imaginado, porque últimamente se ha quejado de que pasa la noche inquieto, y le recomendé que hiciera un poco de ejercicio a última hora de la tarde. Sin embargo, su criada me recibió con mucha amabilidad y, después de encender la lámpara, me dejó en el estudio con unos libros para entretenerme hasta que volviera su amo.

Creo que debía de llevar cerca de media hora hojeando un curioso volumen de poemas de Klopstock cuando un instinto repentino me hizo levantar la cabeza. Me he visto en situaciones extrañas a lo largo de mi vida, pero nunca había sentido nada comparable al estremecimiento que me sacudió en ese momento. Aunque han pasado ya varias horas, aún me dan escalofríos cuando lo recuerdo. Enmarcada en uno de los cristales de la ventana había una cara, mirando hacia la habitación iluminada desde la oscuridad: la cara de un hombre, tan escondida por un fular y un sombrero que lo único que acerté a ver fueron los ojos, como los de una bestia salvaje, y la nariz blanca de tanto apretarse contra el cristal. No me hizo falta la descripción de Andreas Murch para comprender que tenía delante de mí al hombre del azadón. Había en aquellos ojos un brillo asesino. En el primer momento me angustié tanto que me quedé paralizado, pero enseguida amartillé el revólver y abrí fuego contra aquella siniestra aparición. Llegué con un segundo de retraso. Lo vi

desaparecer mientras apretaba el gatillo, aunque el cristal por el que había estado mirando se hizo añicos. Me asomé corriendo a la ventana y salí luego por la puerta principal pero todo estaba en calma. No había ni rastro del intruso. Seguramente había venido con la intención de atacar al párroco, pues nada le habría impedido entrar por la ventana de no haberse encontrado con un hombre armado dentro.

Estaba oteando en la fría oscuridad de la noche, con la criada del párroco, muy asustada, cuando oí un gran barullo en el pueblo. A estas alturas, por desgracia, esto empieza a ser tan frecuente en Laden que no me cupo duda de lo que presagiaba. Acababa de ocurrir otra desgracia. Parecía que esta estaba destinada a ser una noche de horror. Pensé que mi presencia podría ser útil, así que me encaminé al pueblo con la mujer temblando a mi lado, pues se negó rotundamente a quedarse sola. Había un grupo de gente alrededor del Gruner Mann, y una docena de voces alteradas ponían al corriente de las circunstancias al párroco, que acababa de llegar justo antes que nosotros. Era lo que me había imaginado, aunque felizmente sin el resultado que me temía. Unos veinte minutos antes, *Frau* Bischoff, la mujer del dueño de la taberna, se alejó unos metros de su puerta para traer un balde de agua y fue atacada por un hombre alto y camuflado que la hirió con un arma. Afortunadamente, el agresor resbaló y la víctima pudo agarrarlo de la muñeca, impidiéndole así que repitiera el ataque a la vez que pedía socorro a gritos. Varias personas que estaban cerca llegaron corriendo, y el agresor consiguió entonces liberarse y huir al bosque, seguido por dos de nuestros policías. Las esperanzas de encontrarlo o de seguirle el rastro en tan oscuro laberinto son sin embargo muy escasas. *Frau* Bischoff, que tuvo la valentía de sujetar al asesino, asegura que le ha dejado unas marcas profundas en la muñeca derecha, donde le clavó las uñas. De todos modos, esto podrían ser meras suposiciones, dado que había muy poca luz. De las facciones del hombre ha conseguido ver tan poco como yo. Afortunadamente no está herida. El párroco se quedó horrorizado cuando le informé del incidente ocurrido en su propia casa. Por lo visto, volvía de dar su paseo cuando oyó gritos en el pueblo y vino corriendo. No le he hablado a nadie más de mi aventura, porque la gente ya está demasiado alterada.

Como ya he dicho antes, si no se captura a este misterioso villano sediento de sangre, el pueblo acabará desierto. Nadie puede soportar tanta tensión. Una de dos, o es un misántropo asesino que se ha propuesto vengarse de toda la especie humana, o es un loco fugado de algún manicomio. Es evidente que, después del ataque fallido a *Frau* Bischoff fue derecho a casa del párroco,

dispuesto a aplacar su sed de sangre y con la esperanza de lograrlo por lo apartado del lugar. ¡Ojalá le hubiera disparado sin sacar la pistola del bolsillo! Nada más ver el brillo del metal salió corriendo.

3 de junio. Esta mañana todo el pueblo se había enterado del intento de ataque al párroco ayer por la noche. Un buen grupo de gente ha ido a su casa para felicitarlo por haberse salvado y, al verme aparecer, me han vitoreado y recibido al grito de *tapferer Englander*[120]. Parece ser que el rufián se llevó un buen susto y pensó que de esta no se libraba, porque en el camino del pueblo hoy han encontrado una bufanda de lana gruesa y, más tarde, cerca del mismo sitio, ha aparecido el azadón homicida. Es evidente que el canalla se deshizo de estas cosas antes de huir, y hasta es posible que el miedo lo haya ahuyentado del vecindario para siempre. ¡Confiemos en que así sea!

4 de junio. Un día tranquilo, y eso es tan notable en la crónica de nuestro pueblo como una novedad en otra parte. Wurms ha llevado a cabo una rigurosa investigación sin que le haya sido posible localizar al dueño del azadón y la bufanda entre los vecinos. Se han imprimido octavillas con la descripción de ambos objetos y enviado copias a Anspach y los pueblos de los alrededores para que las distribuyan entre los campesinos, con la esperanza de que alguien pueda aportar alguna pista. El domingo se celebrará en la iglesia un servicio de acción de gracias por la doble salvación del párroco y de Martha Bischoff. Pfiffor me ha dicho que *Herr* von Weissendorff, uno de los mejores detectives de Viena, ya está camino de Laden. Veo también, por los diarios que me envían de casa, que en Inglaterra se interesan por las tragedias que ocurren aquí, aun cuando la información que les llega es confusa y poco fiable.

Recuerdo perfectamente la mañana del domingo que siguió a los acontecimientos que acabo de describir, una mañana difícil de encontrar fuera del Tirol. El cielo estaba raso y azul, una brisa suave difundía el olor balsámico de los pinos a través de las ventanas abiertas, y de las montañas llegaba el lejano y agradable tintineo de los cencerros de las vacas hasta que la cadencia ascendente y descendente que llamaba a la oración se superpuso a su melodía más débil. Costaba creer, viendo aquella apacible callejuela, sus pintorescas casas de madera, sus altos tejados y su anticuada iglesia, que la nube de unos crímenes que habían horrorizado a Europa se cerniera sobre el pueblo. Me senté a la ventana a ver pasar a los campesinos camino de la iglesia, acompañados de sus mujeres y sus hijas ataviadas con los trajes

típicos. Con la amable reverencia de los países católicos, los vi santiguarse delante de la casa de Freckler y del sitio donde Maul había encontrado la muerte. Cuando el tañido de las campanas había terminado y el pueblo entero estaba reunido en la iglesia, fui hacia allí yo también, pues siempre ha sido mi costumbre sumarme a las prácticas religiosas de la gente entre la que pudiera encontrarme.

Llegué con el servicio ya empezado. Me instalé en la galería donde se encontraba el órgano y que ofrecía una buena vista de la congregación. En la primera fila estaba *Frau* Bischoff, por cuya milagrosa salvación se celebraba la ceremonia, con su respetable marido a un lado y el alcalde al otro. Hubo un murmullo entre los fieles cuando el párroco se alejó del altar y subió al púlpito. Pocas veces he oído un sermón más magnífico. El padre Verhagen era siempre un predicador elocuente, pero en aquella ocasión se superó a sí mismo. Eligió como texto: «En mitad de la vida en muerte estamos»**[121]**, y consiguió cautivar tanto como horrorizar a su congregación describiendo con viveza lo fino que es el velo que nos separa de la eternidad y lo inesperadamente que puede rasgarse. A continuación, con delicado sentimiento, recordó a los amigos a los que de un modo tan terrible y repentino nos habían arrebatado, hasta que los sollozos de las mujeres casi impidieron oír sus palabras y, con un giro imprevisto, comparó su pacífica existencia en un reino más feliz con el oscuro destino del siniestro criminal, ávido de sangre y sin ninguna esperanza en este mundo o en el futuro: un hombre solitario entre sus semejantes, sin una mujer que lo quisiera ni hijos a los que sentar en sus rodillas, y eternamente torturado por sus propios pensamientos. Y se expresó con tanta habilidad y convicción que, cuando terminó, yo estaba convencido de que la emoción predominante en todos los corazones al pensar en aquel demonio despiadado era la compasión.

El servicio había concluido, y el sacerdote ya se retiraba del altar precedido por sus dos monaguillos cuando, como tenía por costumbre, se volvió a bendecir a sus feligreses. Nunca olvidaré cómo le vi en ese momento. El sol del verano, que entraba en diagonal por la única vidriera de la capilla, teñía con un brillo macilento sus rasgos de intelectual, severos y enjutos, mientras que el reflejo de un manto de rubí de la vidriera dibujaba una viva mancha granate en su mano derecha levantada. Se hizo el silencio mientras la congregación recibía la bendición de su pastor, un silencio interrumpido desde el primer banco por la brusca exclamación de sorpresa de una mujer que se levantó tambaleándose y señaló frenéticamente el brazo en alto del padre Verhagen. No fue necesario que *Frau* Bischoff explicara la causa de su

grito repentino, porque todos los feligreses vieron perfectamente las marcas rojas en la muñeca del párroco, unas marcas que solo podían ser fruto de las uñas de una mujer desesperada.

No me cabe la menor duda de que el pobre Verhagen era el más digno de compasión en todo este caso aterrador. En una ciudad con buena asistencia médica, los síntomas de una manía homicida causados claramente por el exceso de trabajo y la sobrecarga cerebral, y que cobraron una forma tan sobrecogedora, se habrían detectado a tiempo, ahorrando así al sacerdote los atroces remordimientos que debieron de torturarlo en los intervalos de lucidez entre sus ataques, si es que tenía algún intervalo de lucidez. ¡Cómo podía yo, con mis rudimentarios conocimientos científicos, diagnosticar un tipo de locura tan insidioso, aún menos con los síntomas tan vagos que me había descrito! Mirando atrás ahora saltan a la vista muchos detalles que podrían habernos dado una pista certera, pero ¡qué fácil es la sabiduría *a posteriori*! Me dolería mucho pensar que tengo algo que reprocharme.

Nunca llegamos a descubrir de dónde había sacado el arma con la que cometió los crímenes, ni cómo se las arregló para esconderla entre un ataque y otro. El incidente que viví yo en su casa demostraba que había tomado la costumbre de entrar y salir por la ventana del estudio sin que su criada lo sospechase. Tras el conato de ataque a *Frau* Bischoff intentó refugiarse en casa y, al ver su estudio ocupado, no tuvo más remedio que deshacerse del arma y la bufanda, y mezclarse con la gente en el pueblo. Gracias a que era un hombre activo y fuerte, y a que conocía bien los senderos del bosque, nunca tuvo dificultades para ocultarse en sus idas y venidas.

Inmediatamente después de su detención, la enfermedad de Verhagen entró en una fase aguda, y lo trasladaron al manicomio de Feldkirch. He oído decir que unos meses después intentó acabar con la vida de uno de sus celadores y luego se suicidó. Ahora bien, no tengo la certeza, porque fue una conversación que oí por pura casualidad en un tren.

Por mi parte, me marché de Laden al cabo de unos meses, cuando recibí de mis abogados la grata noticia de que la totalidad de la suma de mi reclamación estaba abonada. A pesar de esta trágica experiencia, guardo muy buenos recuerdos de este pueblecito tirolés, y en dos visitas posteriores tuve la oportunidad de retomar mi relación con el alcalde, el intendente y todos mis viejos amigos. En ambas ocasiones, con una buena pipa y una jarra de

cerveza, nos dimos el macabro placer de rememorar, con angustia, aquellas aciagas semanas en el tranquilo vecindario de Vorarlberg.

DE PROFUNDIS[122]

(1892)

Mientras los mares sean los ligamentos que unen el inmenso y glorioso Imperio británico siempre habrá en nuestra imaginación un destello de romanticismo. Y es que las aguas influyen en el espíritu lo mismo que la luna influye en las aguas, y cuando estas son las grandes vías de transporte de un imperio y están tan llenas de imágenes y ruidos extraños, acechadas continuamente por el peligro como el seto que flanquea los caminos en tierra, muy pobre tiene que ser la imaginación en la que no quede grabado algo de esa travesía. Y hoy en día Gran Bretaña llega aún mucho más lejos, porque el límite de tres millas náuticas de cada litoral es su frontera, ampliada más a base de martillo, pico y telar que de las artes de la guerra. Pues la historia ha demostrado que no existe ni rey ni ejército que pueda cortar el paso al hombre que, con dos peniques en su caja fuerte y sabiendo dónde puede convertirlos en tres, pone todo su afán en tal propósito. Y así como se ha ampliado la frontera se ha ampliado también el espíritu de Gran Bretaña, y se extiende poco a poco hasta que el mundo verá que las costumbres de la isla son continentales, igual que las del continente son insulares.

Pero esto tiene un precio, y el precio es doloroso. Si en la antigüedad el diablo exigía el sacrificio anual de una vida humana joven, ahora ofrecemos a nuestro Imperio día tras día lo mejor de nuestra juventud. La maquinaria es poderosa y abarca el mundo entero, pero el único combustible que la impulsa son las vidas de los hombres británicos. Resulta así que en las antiguas y oscuras catedrales, cuando miramos las placas mortuorias de las paredes, vemos nombres extraños, nombres que quienes levantaron esas paredes jamás habían oído, porque es en Peshawar y en Umballah, en Korti y en Fort Pearson donde mueren los jóvenes, dejando nada más que un precedente y una placa conmemorativa. Pero, si todo hombre tuviera su obelisco donde está sepultado, no haría falta trazar ninguna frontera porque un cordón de tumbas de británicos señalaría siempre hasta dónde ha llegado la marea anglo-celta.

Esto, lo mismo que las aguas que nos unen al mundo, también nos ha teñido de romanticismo. Porque cuando son tantos los que tienen a sus seres familiares y allegados al otro lado del mar, expuestos a las balas de las tribus

de las montañas o atravesando ciénagas infectadas de malaria donde la muerte ataca por sorpresa y la distancia es grande, entonces la imaginación entra en íntima comunión consigo misma, y de los sueños surgen historias sorprendentes, presentimientos o visiones en las que una madre ve morir a su hijo y ya ha olvidado su primer momento de amargura cuando llega el mensaje que tendría que haberle dado la noticia en primer lugar. Los científicos han estudiado recientemente este fenómeno y hasta le han dado un nombre, pero ¿qué podemos saber, aparte de que un pobre hombre herido, cuando se ve impelido y acuciado, es capaz de enviar a más de quince mil kilómetros de distancia una imagen de su padecimiento a su pariente más íntimo? Lejos de mí afirmar que no tenemos este poder, pues, de todas las cosas que el cerebro llegue a comprender, él mismo será la última; sin embargo, conviene ser muy cautos a la hora de tratar estas cuestiones, porque al menos en una ocasión he tenido oportunidad de comprobar que algo que se ajustaba a las leyes de la naturaleza puede manifestarse como un fenómeno sobrenatural.

John Vansittart era el socio más joven de la compañía de Hudson y Vansittart, exportadores de café de la isla de Ceilán, con tres cuartas partes de ascendencia holandesa, aunque inglés hasta la médula en sus simpatías. He sido durante muchos años su agente en Londres y, cuando en 1872 vino a pasar tres meses de vacaciones a Inglaterra, recurrió a mí para que le presentase a algunas personas con las que conocer la vida en la ciudad y en el campo. Armado con siete cartas salió de mi oficina, y a lo largo de las semanas siguientes supe por las notas deshilvanadas que fue enviándome desde distintas partes del país que mis amigos lo habían acogido estupendamente. Poco después me enteré de su compromiso con Emily Lawson, de la rama más joven de los Lawson de Hereford, y, pisándole los talones a este primer rumor fugaz, me llegó la noticia de que la boda ya se había celebrado, porque el cortejo de un viajero debe ser necesariamente breve, y ya estaba muy próxima la fecha en que tenía que volver a casa. Estaba previsto que los recién casados viajaran a Colombo en una de las bricbarcas de la compañía, un velero de mil toneladas, y que la suya fuera una luna de miel digna de príncipes, una necesidad al tiempo que un placer.

Aquellos eran los días de esplendor de las plantaciones de café en Ceilán, antes de que una sola temporada y un hongo de consecuencias desastrosas llevasen a una comunidad entera, tras varios años de desesperación, a una de las mayores victorias comerciales que el ingenio y la valentía han cosechado jamás. No es frecuente que los hombres tengan el ánimo, cuando su principal

industria se marchita, de levantar en unos pocos años otra igual de lucrativa para sustituirla, y los campos de té de Ceilán constituyen un monumento al valor tan genuino como el león de Waterloo[123]. Pero en 1872 no asomaba aún una sola nube en el horizonte, y las esperanzas de los colonos eran tan altas y luminosas como las laderas de las montañas en las que sembraban sus cosechas. Vansittart vino a Londres con su joven y guapa mujer. Me la presentó, cené con ellos y al final acordamos que, teniendo también yo asuntos que atender en Ceilán, los acompañaría en su viaje en el Eastern Star, cuya salida estaba prevista para el lunes siguiente.

Fue la noche del domingo cuando volví a verlo. Se presentó en mi casa a eso de las nueve, con aire preocupado y mala cara. Al darle la mano, noté que la tenía seca y caliente.

—A ver si puede darme un poco de agua con zumo de lima, Atkinson. Tengo una sed bestial, y cuanto más bebo, más ganas de beber me entran.

Toqué la campanilla para que nos trajeran una jarra y dos vasos.

—Está usted colorado —dije—. No tiene buen aspecto.

—Al contrario, he perdido el color. Tengo un ataque de reúma en la espalda y no le encuentro sabor a la comida. Es esta ciudad vil que me está ahogando. No estoy acostumbrado a respirar un aire consumido por cuatro millones de pulmones que no paran de succionar por todas partes.

Se abanicó como si de verdad le faltara el aire.

—El mar le sentará bien.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. Es lo que me conviene. No quiero más médicos. Si no embarco mañana, voy a caer enfermo. No hay lugar a dudas. —Se tomó un vaso de zumo de lima y se dio un par de puñetazos en la parte baja de la espalda—. Parece que esto me alivia —dijo, mirándome con los ojos turbios—. Bueno, Atkinson, necesito su ayuda, porque me veo en una situación muy incómoda.

—¿Qué ocurre?

—Verá usted, la madre de mi mujer se puso enferma y le envió un telegrama para que fuese con ella. Yo no pude acompañarla, ya sabe usted lo ocupado que estaba, así que tuvo que ir sola. Ahora he recibido otro telegrama en el que me dice que no puede venir mañana pero que cogerá el barco en Falmouth el miércoles. Haremos escala allí, como ya sabe usted, aunque me parece muy injusto, Atkinson, que a un hombre se le pida que tenga fe en un misterio y se le maldiga si no lo consigue. ¡Que se le maldiga, nada menos! —Se inclinó hacia delante y empezó a respirar entrecortadamente, como si estuviera a punto de sollozar.

Lo primero que me vino a la cabeza, porque había oído hablar de lo mucho que se bebía allá en la isla, fue que tanto sus palabras como sus manos febriles eran fruto del *brandy*. Las mejillas coloradas y los ojos vidriosos eran los de un hombre que ha bebido más de la cuenta. Daba mucha pena ver a un joven tan noble en las garras del más brutal de los demonios.

—Debería acostarse —dije, con cierta severidad.

Apretó los ojos, como si intentara despertarse, y me miró con aire de sorpresa.

—Sí, voy a acostarme enseguida —asintió con buen juicio—. Hace un momento estaba bastante mareado, pero ya me he recuperado. A ver, ¿de qué le estaba hablando? Ah, sí, de mi mujer. Embarcará en Falmouth. Yo prefiero ir por mar. Creo que mi salud depende de eso. En cuanto respire un poco de aire puro, de un aire que no haya entrado antes en otros pulmones, me encontraré perfectamente. Le pido que me haga usted el favor de ir a Falmouth en tren, para que cuide usted de ella en el caso de que nos retrasáramos. Alójese en el Royal, y yo le enviaré a Emily un telegrama para comunicarle que la espera usted allí. Su hermana la llevará directamente a Falmouth.

—Con mucho gusto —contesté—. En realidad prefiero ir en tren, porque vamos a tener mar para hartarnos de aquí a Colombo. Yo también creo que necesita usted un cambio inmediato. Y ahora le aconsejo que se vaya a la cama.

—Sí, eso voy a hacer. Tengo intención de dormir a bordo —explicó, y vi que un velo turbio volvía a cubrir sus ojos—. No he dormido bien las últimas noches. He estado ocupado entre la teología y la lógica, es decir —añadió con un esfuerzo enorme—, con las dudas de los teólogos, ¡caramba! Preguntándome por qué nos creó el Todopoderoso si luego consiente que la cabeza nos dé vueltas y el dolor se aloje en la parte baja de la espalda. Puede que esta noche tenga más suerte. —Se levantó y tuvo que apoyarse en la esquina del respaldo de la butaca para no perder el equilibrio.

—Oiga, Vansittart —le dije muy serio, acercándome a él y poniendo una mano en su brazo—, puedo prepararle una cama aquí. No está en condiciones de salir. Está desorientado. Ha mezclado bebidas.

—¡Bebidas! —Me miró con cara de lelo.

—Usted siempre ha sabido beber.

—Le doy mi palabra, Atkinson, de que no he tomado un trago desde hace dos días. No es eso. No sé qué me pasa. Usted cree que he bebido. —Me cogió la mano, con la suya ardiendo, y se la llevó a la frente.

—¡Dios mío! —exclamé.

Tenía la piel como una lámina de terciopelo fina con una capa de pequeños bultos muy juntos debajo. Aunque suave al tacto en todas partes, al pasar el dedo se notaban abombamientos, como en un rallador de nuez moscada.

—No es nada —dijo, sonriendo al ver mi perplejidad—. He tenido la malaria y fue casi tan malo como esto.

—Pero esto no es malaria.

—No, esto es Londres. Esto es por respirar aire sucio. Pero mañana me encontraré mejor. Hay un médico a bordo, así que estaré en buenas manos. Ahora tengo que irme.

—Ni hablar —dije, y le obligué a sentarse en la butaca—. Esto no es para tomárselo a broma. No va a moverse de aquí hasta que lo haya visto un médico. Quédese donde está.

Me puse el sombrero, fui corriendo a casa de un vecino médico y le pedí que me acompañara. La sala estaba vacía y Vansittart se había marchado. Toqué la campanilla. Mi criado me comunicó que el caballero había pedido un coche de caballos en cuanto me marché. Le dijo al cochero que lo llevara a los muelles.

—¿Parecía enfermo? —pregunté.

—¡Enfermo! —exclamó con una sonrisa—. No señor, no paraba de cantar a pleno pulmón.

Esta información no me tranquilizó tanto como él esperaba, pero pensé que Vansittart iba derecho al Eastern Star, que había un médico a bordo y que yo no podía hacer nada más por él. A pesar de todo, al acordarme de la sed, las manos ardiendo, los ojos turbios, el tartamudeo y, sobre todo, la frente leprosa, me fui a la cama con un desagradable recuerdo de mi visitante y de su visita.

Llegué al muelle a las once del día siguiente, pero el Eastern Star ya había zarpado río abajo y se encontraba cerca de Gravesend. Fui a Gravesend en tren y solo pude ver los mástiles del barco a lo lejos, entre un penacho de humo del remolcador que lo arrastraba. No volvería a saber de mi amigo hasta que nos viéramos en Falmouth. En mi oficina me esperaba un telegrama de la señora Vansittart. Me pedía que nos encontráramos al día siguiente en el Royal Hotel de Falmouth, donde esperaríamos al Eastern Star. Pasaron diez días sin que hubiera noticias del buque.

Fueron diez días que difícilmente podré olvidar. El mismo día que el Eastern Star salió del Támesis se desató un furioso vendaval del este que

sopló sin parar la mayor parte de una semana sin señales de tregua. Nunca se había visto en la costa sur un temporal tan largo, escandaloso y violento. Desde las ventanas del hotel, un banco de bruma velaba completamente el mar, con un pequeño semicírculo barrido por la lluvia justo delante de nuestros ojos, revuelto y zarandeado en una turbulenta franja de espuma. Era tanta la fuerza con que el viento empujaba las olas que apenas llegaban a levantarse, porque les segaba las crestas entre alaridos y las lanzaba como un látigo por toda la bahía. Nubes, viento, mar, todo iba lanzado hacia el oeste, y allí, contemplando esta salvaje confusión de los elementos, esperé un día tras otro sin más compañía que la de una mujer pálida y callada, con el terror grabado en los ojos, la frente eternamente pegada a la ventana y la mirada puesta desde el amanecer hasta la caída de la noche en aquel muro de bruma gris del que tal vez surgiera un buque camino del puerto. No decía nada, pero su gesto era un continuo lamento de miedo.

El quinto día consulté con un viejo marino. Habría preferido hablar con él a solas, pero ella me vio y en un instante la teníamos a nuestro lado, con los labios entreabiertos y una plegaria en los ojos.

—El barco salió de Londres hace siete días y lleva cinco en el temporal —repitió el marino—. Bueno, este viento barre el Canal de punta a punta. Hay tres posibilidades. Puede que haya llegado a un puerto francés. Es bastante probable.

—No lo creo. Él sabía que estábamos aquí. Habría telegrafiado.

—Sí, claro. Bueno, también podría haber ido muy deprisa, y en tal caso ya no debería de estar muy lejos de Madeira. Seguro que es eso, señora.

—O ¿qué más? Ha dicho usted que había una tercera posibilidad.

—¿He dicho eso? No, señora. Creo que solamente hay dos. No creo haber hablado de una tercera. Ese barco está lejos de aquí, puede darlo por hecho, en el Atlántico, y pronto tendrá noticias, porque ya empieza a escampar. No se preocupe, señora. Espere tranquilamente y mañana verá usted el cielo azul de Cornualles.

El marino estaba en lo cierto porque el día siguiente amaneció radiante y sereno, con una única nube al oeste, baja y menguante, para señalar los últimos coletazos de la tormenta brutal. Aun así seguíamos sin noticias del mar y sin señales del barco. Habían pasado otros tres días agotadores, los más agotadores de mi vida, cuando llegó al hotel un marino con una carta. Di un grito de alegría. Era del capitán del Eastern Star. La cubrí con la mano mientras leía las primeras líneas, pero la señora Vansittart me cogió la mano y la apartó.

—Lo he visto —dijo con voz fría y sosegada—. Puedo ver también lo demás.

La carta decía:

> Estimado señor:
>
> El señor Vansittart ha caído enfermo de viruela, y el viento nos ha desviado tanto de nuestro rumbo que no sabemos qué hacer, porque ahora mismo ha perdido la cabeza y no está en condiciones de decirnos nada. Calculo que debemos de estar a unas trescientas millas de Funchal, así que supongo que lo mejor será que continuemos hasta allí, dejemos al señor V. en el hospital, y esperemos en la bahía hasta que lleguen ustedes. Tengo entendido que dentro de unos días saldrá un velero de Falmouth para Funchal. Es un bergantín, el Marian, y hay que darle al capitán cinco libras.
>
> Atentamente,
>
> Jno. Hines

Emily Vansittart era una mujer extraordinaria, poco más que una mocosa recién salida del colegio pero fuerte y serena como un hombre. No dijo nada: solo apretó los labios y se puso el sombrero.

—¿Va a salir? —pregunté.

—Sí.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No. Voy a ver al médico.

—¿Al médico?

—Sí. Para aprender cómo se cuida a un enfermo de viruela.

Estuvo ocupada con esto toda la tarde, y a la mañana siguiente, con una buena brisa de diez nudos, zarpamos con rumbo a Madeira en la corbeta Rose of Sharon. Tuvimos cinco días de buen tiempo, y no estábamos ya muy lejos de la isla, pero el sexto día el viento estaba en calma y nos vimos varados en un mar como una balsa de aceite.

Esa noche, a las diez, estaba yo con Emily Vansittart a popa, en la borda de estribor, con una radiante luna llena a nuestras espaldas y la sombra negra de la corbeta y nuestras dos cabezas dibujadas en el resplandor del agua. De la sombra partía una estela de luna que se ensanchaba poco a poco hasta perderse en el horizonte solitario con un fulgor tembloroso en el suave balanceo de las olas. Con la cabeza inclinada, hablábamos de la calma, de las posibilidades de viento y del aspecto del cielo cuando oímos un chapoteo,

como si un salmón saltara del agua, y allí, en aquella luz clara, John Vansittart surgió del mar y nos miró.

En la vida he visto nada con mayor claridad de la que vi a ese hombre. La luna lo iluminaba de lleno, y no estaba a más de tres golpes de remo de nosotros. Tenía la cara más hinchada que la última vez que nos vimos, salpicada de costras oscuras, y la boca y los ojos abiertos, como sacudido por una sorpresa abrumadora. Una sustancia blanca le colgaba de los hombros, y tenía una mano al lado de la oreja y la otra cruzada encima del pecho. Lo vi saltar del agua al aire, y su aparición empujó las olas contra los costados del barco en aquella calma chicha. El cuerpo volvió a hundirse en el agua con un chisporroteo como el que se produce al arrojar un haz de maleza al fuego una noche de helada. No había rastro de él cuando volví a mirar, pero un rápido remolino en el mar inmóvil todavía señalaba el punto en el que había desaparecido. Más adelante me fue imposible decir cuánto tiempo estuve allí, estremecido hasta la punta de los dedos, sosteniendo con una mano a una mujer inconsciente y agarrándome a la baranda del barco con la otra. Aunque siempre me había caracterizado por ser un hombre de reacciones y emociones lentas, al menos en ese momento sufría una honda impresión. Un par de veces pisoteé la cubierta para asegurarme de que era dueño de mis sentidos, que un cerebro rebelde no me estaba gastando una broma absurda. Seguía allí, atónito, cuando Emily Vansittart tembló, abrió los ojos, suspiró y se irguió con las dos manos apoyadas en la borda, para mirar el mar iluminado por la luna, con una cara que había envejecido diez años en una sola noche de verano.

—¿Ha visto su aparición? —murmuró.

—He visto algo.

—¡Era él! ¡Era John! ¡Ha muerto!

Farfullé unas torpes palabras de duda.

—Es indudable que acaba de morir a esta hora —susurró—. En el hospital de Madeira. He leído sobre casos parecidos. Sus pensamientos estaban conmigo. Su espíritu ha venido a mí. ¡Ay, John, querido, queridísimo y perdido John!

Rompió a llorar a lágrima viva, y la acompañé a su camarote para dejarla a solas con su pena. Esa noche sopló una brisa fresca del este, y al atardecer del día siguiente dejamos atrás los dos islotes de Los Desertos y fondeamos con la puesta de sol en la bahía de Funchal. El Eastern Star estaba no muy lejos de nosotros, con la bandera de cuarentena izada en el palo mayor y la del Reino Unido a media asta.

—Mire —dijo al instante la señora Vansittart. Había dejado de llorar, segura ya de lo que la esperaba.

Esa noche recibimos permiso de las autoridades para abordar el Eastern Star. El capitán Hines nos esperaba en cubierta, con una mezcla de pena y desconcierto que combatían en su rostro campechano mientras buscaba las palabras con las que dar la terrible noticia, pero Emily Vansittart se las quitó de los labios.

—Sé que mi marido ha muerto —dijo—. ¿Verdad que murió anoche en el hospital de Madeira, alrededor de las nueve?

El marino la miró, horrorizado.

—No, señora. Murió en alta mar hace ocho días, y tuvimos que sepultarlo allí, porque estábamos varados en un círculo de calma sin saber cuánto tardaríamos en llegar a tierra.

Bien, estos son los principales hechos relacionados con la muerte de John Vansittart y su aparición a su mujer a 35° de latitud norte y 15° de longitud oeste. Rara vez se ha conocido un caso de aparición más claro, y desde entonces como tal se ha descrito y como tal se ha divulgado y ha sido confirmado por expertos, y así se ha sumado a muchos otros que respaldan la reciente teoría de la telepatía. Por mi parte, considero que la telepatía está demostrada pero yo la descartaría en este caso. Creo que lo que vimos surgir de las profundidades del Atlántico aquella noche, a la luz de la luna, no fue la aparición de John Vansittart, sino al propio John Vansittart. Estoy convencido desde entonces de que una extraña coincidencia —una de esas coincidencias que parecen tan improbables y sin embargo ocurren constantemente— nos dejó varados en el punto exacto donde le dieron sepultura una semana antes. Por lo demás, el médico me dice que la plomada que le pusieron no estaba bien sujeta, y que en siete días el cuerpo experimenta cambios que lo hacen aflorar a la superficie. En su opinión, al venir de la considerable profundidad a la que lo habría hundido el peso de la plomada, puede alcanzar velocidad suficiente para saltar del agua. Esta es mi explicación del caso, y si quieren saber qué fue del cuerpo, les recuerdo el chasquido, el chisporroteo y el remolino en el agua. Los tiburones se alimentan en la superficie y son muy abundantes en esas latitudes.

EL LOTE N.º 249

(1892)

De las relaciones de Edward Bellingham con William Monkhouse Lee, y de la causa del terror que experimentó Abercrombie Smith, es posible que nunca pueda llegar a ofrecerse una opinión definitiva y concluyente. Es cierto que contamos con la narración clara y completa del propio Smith, así como con la corroboración que este pudiera pedir al criado Thomas Styles, al reverendo Plumptree Peterson, miembro de la junta docente del Old College, y a otras personas que por casualidad tuvieron ocasión de presenciar este o aquel incidente de una singular cadena de acontecimientos. Ahora bien, en lo esencial, la historia depende únicamente del testimonio de Smith, y la mayoría juzgará más probable que un cerebro en apariencia sano presente alguna deformación sutil en sus tejidos o algún defecto raro en su funcionamiento que la idea de que se haya producido una desviación del camino de la naturaleza a la luz del día y en un centro de ilustración y conocimiento tan prestigioso como la Universidad de Oxford. Sin embargo, cuando pensamos en lo estrecho y sinuoso que es el camino de la naturaleza, en el rastro tan tenue que tenemos de él, a pesar de todas las luces de la ciencia, y en las extraordinarias y terribles posibilidades que surgen misteriosamente en la oscuridad que lo rodea, solo un hombre valiente y confiado será capaz de poner límite a las extrañas sendas secundarias por las que puede transitar el espíritu humano.

En la esquina de un ala de lo que llamaremos el Old College de Oxford[124], hay una torre antiquísima. El imponente arco que cubre el dintel de la puerta se ha vencido en el centro por el peso de los años, y los sillares de piedra gris salpicada de liquen están unidos y enlazados por los tallos y zarcillos de la yedra, como si la madre ancestral quisiera protegerlos del viento y la intemperie. De la puerta arranca en espiral una escalera de piedra que pasa por dos rellanos y termina en un tercero, con los peldaños deformados y hundidos por las pisadas de tantas generaciones de buscadores del conocimiento. La vida ha corrido como el agua por esta tortuosa escalera y, como el agua, ha dejado estos ligeros surcos en la piedra. Desde los tiempos de los Plantagenet y sus pedantes académicos de toga larga hasta los

tarambanas de épocas posteriores, ¡qué amplio y poderoso había sido ese caudal de joven vida inglesa! Y ¿qué ha quedado de todas aquellas esperanzas, aquellos afanes, aquella energía impetuosa, salvo algunas inscripciones en la piedra de un pintoresco cementerio y tal vez un puñado de polvo en un féretro enmohecido? Aun así, ahí seguía la escalera silenciosa y el viejo muro gris, con sus bandas, sus sautores y otros muchos elementos heráldicos visibles todavía en la superficie como sombras grotescas de los tiempos pasados.

El mes de mayo del año 1884, tres jóvenes ocupaban las habitaciones de los distintos rellanos de la vieja escalera. Cada alojamiento constaba de una sala de estar y un dormitorio, mientras que las dos habitaciones correspondientes en la planta baja se empleaban una como carbonera y otra como vivienda del criado, Thomas Styles, cuya obligación consistía en atender a los tres hombres de arriba. A derecha e izquierda de la torre había una hilera de despachos y aulas que permitían disfrutar de cierta independencia a los ocupantes de estas habitaciones, de ahí que fueran muy atractivas para los estudiantes más aplicados. Así eran los tres que ahora las ocupaban: Abercrombie Smith arriba, Edward Bellingham en la segunda planta y William Monkhouse Lee en la primera.

Eran las diez de una noche clara de primavera y Abercrombie Smith estaba recostado en su butaca, con los pies apoyados en el guardafuegos y su pipa de raíz de brezo entre los labios. Al otro lado de la chimenea, en una butaca similar e igual de cómodo, se encontraba su antiguo amigo del colegio, Jephro Hastie. Los dos vestían pantalones de franela, porque habían pasado la tarde en el río, pero al margen de su indumentaria era imposible fijarse en sus caras, despiertas y de rasgos marcados, sin ver que eran hombres de aire libre, hombres de mentalidad y gustos inclinados por naturaleza a todo lo que fuera masculino y enérgico. Hastie era miembro del equipo de remo de su facultad y Smith era incluso mejor remero, pero la sombra de un examen próximo ya empezaba a cernirse sobre él, y estaba totalmente entregado al estudio, dejando aparte las pocas horas a la semana que exigía la salud. Un montón de libros de medicina sobre la mesa, así como un montón de huesos, modelos y láminas de anatomía, indicaban tanto la naturaleza como la amplitud de sus estudios, mientras que un par de estoques para la práctica de esgrima y unos guantes de boxeo en la repisa de la chimenea insinuaban los medios a los que, con la ayuda de Hastie, recurría para practicar su ejercicio de la forma más intensa y cómoda. Los dos amigos se conocían muy bien, tanto que podían estar en ese plácido silencio que es el grado más perfecto de la amistad.

—Toma un poco de *whisky* —dijo por fin Abercrombie Smith entre dos chaparrones—. Hay irlandés en la botella y escocés en la licorera.

—No, gracias. Tengo que remar. Nunca bebo alcohol cuando estoy entrenando. ¿Y tú?

—Estoy estudiando mucho. Creo que es mejor no probarlo.

Hastie asintió, y volvieron a instalarse en su agradable silencio.

—Por cierto, Smith —dijo Hastie al cabo de un rato—, ¿has conocido ya a tus vecinos de escalera?

—Nos hemos saludado al cruzarnos. Nada más.

—¡Hum! Pues yo me inclinaría a no pasar de ahí. Tengo alguna información sobre los dos. No mucha pero sí la suficiente. Yo de ti no intimaría con ellos. Aunque Monkhouse no tiene nada de malo.

—¿El delgado?

—Exacto. Es un caballero. No creo que tenga ningún vicio. El problema es que no puedes tratar con él sin tratar con Bellingham.

—¿El gordo?

—Sí, el gordo. Y yo a ese preferiría no tratarlo.

Abercrombie Smith arqueó las cejas y miró a su compañero con curiosidad.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Bebe? ¿Juega? ¿Es un canalla? Tú nunca has sido tan severo.

—¡Ya! Está claro que no lo conoces. Si lo conocieras, no me preguntarías. Hay algo oscuro en él… algo despreciable. Siempre que lo veo me entran náuseas. Yo diría que tiene vicios secretos, que es un pervertido. Pero tonto no es. Dicen que es de lo mejor que ha pasado por este colegio en su especialidad.

—¿Medicina o clásicos?

—Lenguas orientales. Es un fiera en lenguas. Chillingworth se encontró con él en la segunda catarata del Nilo, el verano pasado, y dice que hablaba con los árabes como si hubiera nacido y se hubiera criado entre ellos. Hablaba copto con los coptos, hebreo con los judíos y árabe con los beduinos, y todos parecían dispuestos a besarle los pies. Por allí hay eremitas viejos que se sientan encima de una roca y que insultan y escupen al extranjero ocasional. Pues bien, cuando veían a este Bellingham, antes de que llegara a pronunciar cinco palabras, se tiraban al suelo y se arrastraban a sus pies. Chillingworth dice que nunca ha visto cosa igual. Y, por lo visto, Bellingham se lo tomaba como un derecho natural, se daba muchos aires y los sermoneaba. No está nada mal para un estudiante del Old, ¿verdad?

—¿Por qué dices que no puedes conocer a Lee sin conocer a Bellingham?

—Porque Bellingham está prometido con su hermana Eveline. ¡Qué chica tan encantadora, Smith! Conozco bien a toda la familia, y me repugna verla con ese bruto. Un sapo y una paloma: eso es lo que me viene siempre a la cabeza cuando pienso en ellos.

Abercrombie Smith se rió y vació las cenizas de la pipa golpeándola contra un lado de la chimenea.

—Has enseñado todas las cartas, amigo mío —dijo—. ¡Lo que dices son prejuicios, envidia y suspicacia! En realidad no puedes acusarlo de nada aparte de eso.

—Bueno, a ella la conozco desde que no medía más que esta pipa de cerezo, y no me gusta ver que corre peligro. Y está en peligro. Ese tipo es una bestia. Y tiene el carácter de una bestia, un carácter venenoso. ¿Recuerdas la pelea que tuvo con Long Norton?

—No. Siempre te olvidas de que este es mi primer curso.

—Ah, fue el invierno pasado. Es verdad. Bueno, ya conoces el camino de sirga que va por la orilla del río. Pues iban por allí varios chicos, con Bellingham a la cabeza, cuando se encontraron con una vieja que venía de vender en el mercado, en dirección contraria. Había llovido (ya sabes cómo se ponen esos campos cuando llueve) y el camino discurría entre el río y un charco casi igual de ancho. Bueno, pues ¿qué crees que hizo ese cerdo? Quedarse plantado en el camino y empujar a la mujer, que acabó en el barro con todas sus mercancías y en un estado lamentable. Fue una canallada, y Long Norton, que es todo un caballero, le dijo lo que pensaba de él. Se acaloraron, y Norton acabó dándole bastonazos en la espalda. Se armó una de mil demonios, y ahora da gusto ver cómo mira Bellingham a Norton cuando se encuentran. ¡Caramba, Smith! ¡Son casi las once!

—No tengas prisa. Fúmate otra pipa.

—No. Se supone que estoy entrenando. Llevo un buen rato aquí cotilleando cuando tendría que estar ya durmiendo a pierna suelta. Me llevo tu cráneo, si me lo prestas. Williams tiene el mío desde hace un mes. Y también los huesecillos del oído, si estás seguro de que no vas a necesitarlos. Muchas gracias. No me hace falta una bolsa. Puedo llevarlo todo debajo del brazo. Buenas noches, amigo, y sigue mi consejo con tu vecino.

Cuando Hastie terminó de bajar sonoramente la escalera con su alijo anatómico, Abercrombie Smith tiró la pipa al cesto de los papeles, arrimó un poco más la butaca a la lámpara y se zambulló en un enorme volumen de tapas verdes ilustrado con grandes mapas en color de ese extraño reino

interior del que somos impotentes y desventurados monarcas. Aunque aquel era su primer año de estudiante en Oxford, no lo era en medicina, pues había trabajado cuatro años en Glasgow y en Berlín, y este próximo examen lo legitimaría definitivamente como miembro de su profesión. Con la boca severa, la frente amplia y unos rasgos bien dibujados aunque algo duros, Smith, sin tener un talento brillante, era tan paciente, tan tenaz y tan enérgico que a la larga podría superar a los genios más notorios. A un hombre que es capaz de medirse con escoceses y alemanes del norte no se le arredra con facilidad. Smith se había labrado un nombre en Glasgow y en Berlín, y ahora se proponía hacer otro tanto en Oxford, si es que podía conseguirlo con esfuerzo y dedicación.

Llevaba cerca de una hora estudiando, y las manecillas del ruidoso reloj de sobremesa se acercaban rápidamente una a la otra para juntarse en las doce, cuando un ruido repentino llegó a sus oídos: un ruido fuerte y muy sonoro, como el silbido que hace al tomar aire un hombre sometido a una emoción intensa. Smith dejó el libro y ladeó la cabeza, aguzando el oído. Puesto que no había nadie ni a los lados ni arriba, la interrupción venía sin duda del vecino de abajo: el mismo del que Hastie acababa de ofrecerle un informe tan desagradable. Smith solo sabía de Bellingham que era un tipo de cara pálida y fofa, silencioso y entregado al estudio, y que su lámpara seguía lanzando un haz dorado desde la torre después de que él hubiera apagado la suya. Este hábito compartido de trasnochar había forjado entre ellos una especie de vínculo tácito. Era tranquilizante para Smith, cuando las horas se acercaban sigilosamente a la madrugada, sentir tan cerca a alguien que apreciaba el sueño tan poco como él. Incluso en ese momento, al pensar en Bellingham, sentía simpatía por él. Hastie era un buen amigo, aunque algo tosco y nervioso, sin empatía ni imaginación. No toleraba desviaciones de lo que según él era el modelo de masculinidad. Un hombre al que no se pudiera medir según el estándar de un colegio privado era inaceptable para Hastie. Como tantos jóvenes robustos, era dado a confundir la constitución física con el carácter y a achacar a la falta de principios lo que en realidad era un caso de mala circulación sanguínea. Smith, más perspicaz que su amigo, conocía esta tendencia de Hastie y decidió tenerla en cuenta ahora que el hombre de abajo acaparaba su atención.

El ruido no volvió a repetirse, y Smith a punto estaba de reanudar el estudio cuando un grito abrupto, un auténtico alarido, estalló en el silencio de la noche: el grito de un hombre conmocionado y estremecido, fuera de todo control. Smith se levantó de un salto y tiró el libro. Era un hombre de nervios

templados, pero algo había en aquel grito de terror incontenible y repentino que le heló la sangre y le produjo escalofríos. Por la hora que era y de dónde venía, despertó un millar de posibilidades fantásticas en su imaginación. ¿Tenía que bajar corriendo o era mejor esperar? Sentía esa especie de horror nacional a hacer una escena, y con lo poco que sabía de su vecino no estaba dispuesto a entrometerse en sus asuntos a la ligera. Dudó unos momentos y aún seguía sopesando la cuestión cuando oyó pasos rápidos en la escalera y el joven Monkhouse Lee irrumpió en la habitación a medio vestir y blanco como la ceniza.

—¡Baja! —dijo jadeando—. Bellingham está enfermo.

Abercrombie Smith lo siguió por la escalera hasta la sala de estar que estaba justo debajo de la suya y, aunque estaba concentrado en el incidente, le fue imposible no echar un vistazo que lo dejó pasmado mientras cruzaba el umbral. Nunca había visto una habitación como aquella: parecía un museo más que un cuarto de estudio. Mil curiosas reliquias de Egipto y Oriente cubrían el techo y las paredes. Un grupo de figuras altas y angulosas, cargadas unas con fardos y otras con armas, desfilaban por un tosco friso que rodeaba las cuatro paredes. Encima del friso había estatuas con cabeza de toro, de cigüeña, de gato y de lechuza, reyes con ojos almendrados y víboras por corona, y extrañas divinidades, semejantes a un escarabajo, talladas en lapislázuli egipcio. Horus, Isis y Osiris asomaban desde cualquier hueco o estante, y un auténtico hijo del Nilo, un cocodrilo enorme con la mandíbula abierta, colgaba del techo con una cuerda doble.

En el centro de esta curiosa habitación había una mesa grande y cuadrada, abarrotada de papeles, frascos y hojas secas de una planta elegante parecida a la palmera. Estos variopintos objetos se habían amontonado con la intención de hacer sitio a la caja de una momia que se había retirado de la pared —a juzgar por un hueco evidente— y tendido en la parte delantera de la mesa. La propia momia, una cosa horrenda, negra y arrugada, como una cabeza unida a un tronco retorcido y calcinado, estaba parcialmente fuera de la caja, con una mano que parecía una garra y un brazo huesudo estirado sobre la mesa. Apoyado contra el féretro había un rollo de papiro viejo y amarillento, y delante, en una silla de madera, estaba sentado el dueño de la habitación, con la cabeza hacia atrás, los ojos clavados con horror en el cocodrilo que colgaba del techo, los labios azulados y resoplando como un fuelle cada vez que exhalaba.

—¡Dios mío, se está muriendo! —gritó Monkhouse Lee, desesperado.

Era un joven delgado y bien parecido, de piel aceitunada y ojos oscuros, más de tipo español que inglés, y con una fogosidad celta en sus maneras que contrastaba con la flema sajona de Abercrombie Smith.

—Creo que solo es un desmayo —dijo el estudiante de medicina—. Ayúdame a moverlo. Cógelo de los pies. Y ahora, al sofá. ¿Puedes apartar con el pie esos demonios de madera? ¡Qué desorden! Se recuperará en cuanto le desabrochemos el cuello y le demos un poco de agua. ¿Qué estaba haciendo?

—No lo sé. Oí un grito y subí corriendo. Es que nos conocemos muy bien, ¿sabes? Gracias por venir.

—Le late el corazón como unas castañuelas —dijo Smith, poniendo la mano en el pecho del joven inconsciente—. Me parece que se ha llevado un susto de muerte. ¡Échale agua por encima! ¡Qué cara se le ha puesto!

Era cierto que tenía una cara extraña y de lo más repelente, pues tanto el color como el perfil eran antinaturales. Estaba blanco, pero no tenía la palidez del miedo, sino la blancura cadavérica de la planta de un pie. Era muy gordo, y daba la sensación de haberlo sido mucho más todavía, porque tenía la piel fofa, con pliegues y cubierta por una malla de arrugas. Tenía el pelo corto, oscuro y erizado como una barba de pocos días, y un par de orejas gruesas y arrugadas sobresalían a ambos lados del cráneo. Los ojos de color gris claro seguían abiertos, con las pupilas dilatadas y como a punto de salirse de las órbitas, con una mirada de terror. Mientras lo examinaba, Smith tuvo la sensación de no haber visto nunca de una forma tan clara las señales de peligro de la naturaleza dibujadas en el rostro de un hombre, y se tomó más en serio la advertencia que le había hecho Hastie una hora antes.

—¿Qué demonios puede haberle asustado tanto? —preguntó.

—Es la momia.

—¿La momia? ¿Por qué?

—No lo sé. Es horrenda y morbosa. Ojalá se deshiciera de ella. Ya es el segundo susto que me da. Pasó lo mismo este último invierno. Me lo encontré igual que ahora, con esa cosa horrible delante.

—¿Qué hace con la momia?

—Bueno, es un excéntrico. Tiene esa afición. No hay nadie en Inglaterra que entienda más de esas cosas. ¡Ojalá no supiera tanto! Ah, parece que reacciona.

Un leve indicio de color empezó a extenderse por las mejillas cadavéricas de Bellingham y sus párpados temblaron como una vela después de una calma chicha. Abrió y cerró las manos, hizo una respiración lenta y profunda, y sacudió la cabeza bruscamente para echar un vistazo a su alrededor. Al ver a

la momia, se levantó de un salto, cogió el rollo de papiro, lo guardó en un cajón, lo cerró con llave y volvió al sofá tambaleándose.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué queréis?

—Te has puesto a gritar y has armado un escándalo tremendo —dijo Monkhouse Lee—. Si nuestro vecino de arriba no hubiera venido, no sé qué habría hecho contigo.

—Ah, es Abercrombie Smith —asintió Bellingham, mirándolo—. ¡Muchas gracias por venir! ¡Qué tonto soy! ¡Ay, Dios mío, qué tonto soy!

Hundió la cabeza entre las manos y estalló en carcajadas histéricas.

—¡Eh! ¡Quieto! —gritó Smith, zarandeándolo bruscamente.

—Tienes los nervios de punta. Como no dejes de jugar con momias a media noche vas a terminar mal de la cabeza. Ahora mismo estás hecho un manojo de nervios.

—No sé si estarías tan tranquilo como yo si hubieras visto…

—¿Qué?

—Nada. Quiero decir que no sé si podrías pasar la noche sentado con una momia sin poner a prueba tus nervios. No dudo que tengas razón. Puede que últimamente me haya excedido un poco, pero ya estoy bien. De todos modos, no os vayáis, por favor. Esperad un rato hasta que me haya recuperado.

—El ambiente está muy cargado —dijo Lee, abriendo la ventana para que entrase el aire fresco de la noche.

—Es por la resina balsámica —explicó Bellingham. Cogió de la mesa una de las hojas de palmera secas y la achicharró con el tubo de la lámpara. La hoja desprendió densas volutas de humo y la habitación se llenó de un olor acre y penetrante—. Es la planta sagrada: la planta de los sacerdotes. ¿Sabes algo de lenguas orientales, Smith?

—Nada de nada. Ni una palabra.

Dio la impresión de que esta respuesta quitaba un peso de encima al egiptólogo.

—Por cierto —añadió—, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que bajasteis corriendo hasta que recobré el conocimiento?

—No mucho. Cuatro o cinco minutos.

—Ya me imaginaba que no podía ser mucho —dijo, respirando profundamente—. Pero ¡qué raro es estar inconsciente! No hay forma de medir el tiempo. No sabría decir si han sido segundos o semanas. Ahora bien, a ese caballero que está encima de la mesa lo embalsamaron en los tiempos de la undécima dinastía, hará unos cuarenta siglos, pero si pudiera hablar os diría

que ese lapso de tiempo ha sido un simple abrir y cerrar de ojos. Esta momia tiene un valor especial, Smith.

Smith se acercó a la mesa y examinó con ojo profesional el cuerpo negro y retorcido que tenía delante. Las facciones, aunque horrorosamente descoloridas, se conservaban intactas, y unos ojillos parecidos a avellanas asomaban en las profundidades de las cuencas oscuras. La piel salpicada de manchas recubría los huesos con una capa tensa, y una maraña de pelo negro y áspero le caía por encima de las orejas. Dos dientes finos, como los de una rata, se apoyaban en el labio inferior retraído. Tal como estaba, encogida, con las articulaciones flexionadas y el cuello estirado, aquel monstruo repugnante sugería una vitalidad tan grande que al propio Smith le produjo náuseas. Las costillas raquíticas, cubiertas por una envoltura semejante a un pergamino, quedaban a la vista, y el abdomen hundido y de un color plomizo mostraba un corte largo que era la marca del embalsamador. Las extremidades inferiores las tenía envueltas con un vendaje tosco y amarillento. Esparcidas sobre el cuerpo y el interior del ataúd se veían una especie de virutas de mirra y canela.

—No sé su nombre —dijo Bellingham, pasando la mano por la cabeza reseca de la momia—. Como ves, falta el sarcófago exterior, que es donde se hacen las inscripciones. Ahora se llama simplemente Lote 249. Está aquí escrito en la caja. Ese era su número en la subasta donde la compré.

—Parece que fue un tipo atractivo en su época —señaló Abercrombie Smith.

—Era un gigante. Esta momia mide dos metros de largo, y allí eso era ser un gigante, porque los egipcios nunca fueron un pueblo de constitución fuerte. Toca estos huesos también, grandes y abultados. Debía de ser peligroso enfrentarse con él.

—Puede que estas mismas manos ayudaran a construir las pirámides —sugirió Monkhouse Lee, mirando con repugnancia las garras sucias y dobladas.

—No hay nada que temer. A este lo han macerado en natrón y conservado con las mejores técnicas. A los peones no los trataban así. Ellos tenían que conformarse con sal y betún. Se calcula que este procedimientos costaría alrededor de setecientas treinta libras de hoy. Nuestro amigo era como mínimo un noble. ¿Qué te parece esa pequeña inscripción que tiene cerca de los pies, Smith?

—Ya te he dicho que no conozco ninguna lengua oriental.

—Sí, es verdad. Creo que es el nombre del embalsamador. Debía de ser muy minucioso en su trabajo. ¿Cuántas obras modernas sobrevivirán cuatro mil años?

Siguió hablando deprisa y con aire despreocupado, aunque Abercrombie Smith no tenía la menor duda de que aún estaba palpitando de miedo. Le temblaban las manos y el labio inferior y, mirase donde mirase, nunca perdía de vista a su truculento compañero. A pesar de su temor, había en su tono y su actitud una nota de triunfo. Le brillaban los ojos y paseaba por la habitación con brío y desenvoltura. Parecía un hombre sometido a un suplicio que le ha dejado señales pero le ha permitido alcanzar su propósito.

—¿No te irás tan pronto? —exclamó al ver que Smith se levantaba del sofá.

Parecía que la perspectiva de quedarse solo le daba miedo, y tendió una mano para detener a su vecino.

—Sí, tengo que irme. Estoy ocupado y tú ya estás bien. Viendo el estado de tu sistema nervioso, creo que deberías dedicarte a estudiar algo menos macabro.

—Normalmente no soy nervioso, y ya he tenido momias sin envolver otras veces.

—La última vez te desmayaste —le recordó Monkhouse Lee.

—Sí, es verdad. Tendré que tomar algún tónico o hacer un curso de electricidad. ¿Tú no te irás, Lee?

—Haré lo que tú quieras, Ned.

—Entonces bajo contigo y duermo en tu sofá. Buenas noches, Smith. Siento haberte molestado con mis tonterías.

Se dieron la mano y, cuando el estudiante de medicina ya subía a trompicones por la desnivelada escalera de caracol, oyó una llave que giraba en una cerradura y los pasos de sus vecinos bajando a la primera planta.

En estas circunstancias tan extrañas empezó la relación entre Edward Bellingham y Abercrombie Smith, una relación que el segundo, al menos, no tenía ningún interés en cultivar. Bellingham, en cambio, parecía fascinado por su seco compañero y se acercó a él de una manera que resultaba difícil rechazarlo sin ser cruel. Pasó dos veces por las habitaciones de Smith para darle las gracias por su ayuda, y en muchas otras ocasiones se presentó con libros, papeles y otras cortesías que dos vecinos solteros podían ofrecerse mutuamente. Era, Smith no tardó en descubrirlo, un hombre de amplias

lecturas, inclinaciones católicas y una memoria prodigiosa. Y era también de un trato tan fácil y agradable que al cabo de algún tiempo uno llegaba a disculpar su repelente físico. A pesar de que parecía harto y cansado, no era ni mucho menos un compañero desagradable y, con el tiempo, Smith se sorprendió esperando sus visitas con interés e incluso devolviéndolas.

Y, aunque tenía una inteligencia incuestionable, el estudiante de medicina detectaba en su vecino una veta de locura. A veces le daba por hablar en un tono ampuloso y engolado que no se correspondía con su modo de vida sencillo.

«Es increíble —exclamaba— sentir que puede uno dominar las fuerzas del bien y el mal: ser un ángel de la guarda y un demonio vengador». Y de Monkhouse Lee decía: «Lee es un buen chico, un tipo honrado, pero no tiene fuerza ni ambición. No sería un buen compañero para un hombre embarcado en una gran empresa. No sería un buen compañero para mí».

A estas insinuaciones e indirectas, el impávido Smith echaba con solemnidad el humo de su pipa y respondía arqueando las cejas y moviendo la cabeza, con pequeñas recomendaciones de sabiduría médica como acostarse más temprano y respirar más aire fresco.

De un tiempo a esta parte, Bellingham había tomado una costumbre que, Smith lo sabía, con frecuencia era el heraldo de un trastorno mental. Parecía que hablaba consigo mismo continuamente. A altas horas de la noche, cuando era imposible que tuviera visita, Smith oía su monólogo en voz baja y suave, casi como un susurro aunque claramente audible en el silencio. Este parloteo solitario molestaba y distraía al estudiante, que más de una vez se lo dijo a su vecino. Bellingham se ruborizaba por la acusación y negaba rotundamente haber abierto la boca; a decir verdad, se mostraba mucho más molesto de lo que la ocasión justificaba.

Si Abercrombie Smith hubiera tenido alguna duda sobre sus facultades auditivas, no habría necesitado ir nada lejos para encontrar la oportuna corroboración. Tom Styles, el sirviente menudo y arrugado que atendía a los ocupantes de la torre desde tiempos inmemoriales, estaba profundamente interesado por el mismo asunto.

—Disculpe, señor —dijo una mañana mientras arreglaba las habitaciones de la última planta—. ¿Usted cree que el señor Bellingham está bien, señor?

—¿Si está bien, Styles?

—Sí, señor. De la cabeza, señor.

—¿Por qué no iba a estar bien?

—Bueno, no lo sé, señor. Ha cambiado de costumbres últimamente. No es el mismo de antes, aunque me tomo la libertad de decir que nunca fue de mis favoritos, como el señor Hastie o usted, señor. Le ha dado por hablar solo a todas horas. Me extraña que no le moleste a usted. No sé qué pensar, señor.

—No creo que sea asunto suyo, Styles.

—Verá, señor Smith, sí me interesa. Puede ser un atrevimiento de mi parte, pero no puedo evitarlo. A veces tengo la sensación de que soy padre y madre de mis estudiantes. Cuando algo va mal y viene la familia, soy yo el que carga con todo. Pero en lo que respecta al señor Bellingham, señor, me gustaría saber quién da vueltas a veces por su habitación cuando él ha salido y la puerta está cerrada con llave por fuera.

—¿Qué? Eso son tonterías, Styles.

—Puede ser, señor, pero lo he oído más de una vez con mis propios oídos.

—Estupideces, Styles.

—Muy bien, señor. Toque la campanilla si me necesita.

Abercrombie Smith no dio importancia a las habladurías del criado, pero unos días después ocurrió un incidente que le produjo una sensación desagradable y le trajo necesariamente a la memoria las palabras de Styles.

Bellingham había subido a verlo una noche, ya tarde, y le estaba entreteniendo con una interesante descripción de las tumbas excavadas en la roca de Beni Hassan, en el Alto Egipto, cuando Smith, que tenía un oído finísimo, oyó con claridad cómo se abría la puerta en el piso de abajo.

—Alguien ha salido o entrado en tu habitación —dijo.

Bellingham se levantó de un salto y se quedó un momento quieto, sin saber qué hacer, con una expresión a medio camino entre el miedo y la incredulidad.

—Creo que cerré con llave. Estoy casi seguro de haberla cerrado —tartamudeó—. No ha podido abrirla nadie.

—Pues ahora mismo estoy oyendo que alguien sube —contestó Smith.

Bellingham salió corriendo, dio un portazo y bajó las escaleras precipitadamente. Smith oyó que se paraba a medio camino, y también algo parecido a un susurro. Un momento después, la puerta de abajo se cerraba, una llave chirriaba en la cerradura y Bellingham, con la cara pálida y sudorosa, subía de nuevo y entraba en la habitación de Smith.

—No pasa nada —dijo, dejándose caer en una butaca—. Ha sido ese perro bobo que ha abierto la puerta de tanto empujar. No sé cómo me olvidé de echar la llave.

—No sabía que tenías un perro —contestó Smith, examinando con aire pensativo el gesto alterado de su compañero.

—Sí, no hace mucho que lo tengo. Quiero deshacerme de él. Es un incordio.

—Debe de serlo, si tan difícil te resulta encerrarlo. Yo habría dicho que bastaba con cerrar la puerta sin necesidad de echar la llave.

—No quiero que Styles le deje salir. Tiene cierto valor económico, ¿sabes? Sería una lástima perderlo.

—A mí también me gustan mucho los perros —dijo Smith, sin dejar de observar a su compañero de reojo—. Espero que me dejes conocerlo.

—Claro, pero esta noche no. Tengo una cita. ¿Va bien ese reloj? Porque entonces ya llego con un cuarto de hora de retraso. Discúlpame, por favor.

Cogió su gorra y salió a toda prisa. A pesar de que tenía una cita, Smith oyó que volvía a su cuarto y cerraba con llave por dentro.

Esta conversación dejó una sensación desagradable en el estudiante de medicina. Bellingham le había mentido, y además con tanta torpeza como si tuviera razones graves para ocultar la verdad. Smith sabía que su vecino no tenía un perro. También sabía que los pasos que había oído en la escalera no eran de un animal. Pero si no era eso, ¿qué era entonces? Styles había dicho que a veces algo daba vueltas por la habitación cuando su dueño no estaba. ¿Sería una mujer? Smith se inclinaba bastante por esta posibilidad: supondría caer en desgracia y ser expulsado si las autoridades llegaban a enterarse, y podría explicar su angustia y sus falsedades. Por otro lado, era inconcebible que un estudiante pudiera esconder a una mujer en sus habitaciones sin que se supiera de inmediato. Fuera cual fuera la explicación, el asunto tenía mala pinta, y Smith, antes de volver a sus libros, decidió poner freno a todo nuevo intento de intimidad por parte de su bienhablado y mal parecido compañero.

Pero esa noche estaba destinado a que interrumpieran su trabajo. Casi no había llegado a retomar el hilo cuando unas pisadas firmes y fuertes subieron las escaleras de tres en tres, y Hastie, con chaqueta y pantalones de franela, irrumpió en la habitación.

—¿Ahí sigues? —dijo, hundiéndose en la butaca de costumbre—. Eres un caso. Creo que si un terremoto arrasara Oxford, tú seguirías aquí plácidamente sentado con tus libros entre las ruinas. Descuida que no voy a molestarte mucho tiempo. Tres caladas de tabaco y me largo.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Smith, llenando de picadura su pipa de brezo y apretándola con el dedo índice.

—No muchas. Wilson ha conseguido setenta para los novatos frente a los once veteranos. Dice que lo van a sacar en lugar de Buddicomb, porque Buddicomb no está en buena forma. Antes no lanzaba del todo mal pero ahora no pasa de medias voleas y tiros largos.

—Es medio derecha —dijo Smith, con la solemnidad que adopta un universitario cuando habla de deportes.

—Tirando a rápido y con buen juego de piernas. Alarga el brazo unos siete centímetros. Peligroso con el campo húmedo. Por cierto, ¿te has enterado de lo de Norton?

—¿Qué pasa?

—Le han atacado.

—¿Atacado?

—Sí, cuando volvía de High Street, a cien metros de la puerta del colegio.

—Pero ¿quién…?

—¡Esa es la cuestión! Si dijeras «qué», te ajustarías más a la gramática. Norton jura que no era humano, y lo cierto es que viendo los arañazos que tiene en la garganta me inclino a darle la razón.

—¿Qué era entonces? ¿Cosa de fantasmas?

Abercrombie Smith resopló con desprecio de científico.

—Bueno, no. Tampoco creo que esa sea la idea. Me inclino a pensar que si en algún circo han perdido un mono grande, y el animal anda merodeando por aquí, un jurado lo declararía culpable. Norton pasa todas las noches por el mismo sitio, más o menos a la misma hora. Hay un árbol que queda a muy poca altura del camino, el olmo grande del jardín de Rainy. Él cree que la cosa saltó de una rama. El caso es que dice que estuvo a punto de ser estrangulado por dos brazos tan fuertes y finos como unos aros de acero. No vio nada: solo esos brazos bestiales que lo apretaban. Gritó como un loco hasta que llegaron dos tipos corriendo, y la cosa saltó la tapia como si fuera un gato. Norton no llegó a verlo bien en ningún momento. Te aseguro que se ha llevado un buen susto. Le he dicho que le ha venido tan bien como un cambio de aires en la costa.

—Habrá sido un delincuente —dijo Smith.

—Es muy posible. Norton dice que no, pero nos da igual lo que diga. Quien lo atacó tenía las uñas largas y mucha agilidad para saltar muros. Por cierto, a ese vecino tuyo tan guapo le encantaría saberlo. Tiene cuentas pendientes con Norton y, por lo que sé de él, no es de los que olvidan sus deudas. Pero, bueno, amigo, ¿qué se te ha metido en la sesera?

—Nada —contestó Smith con sequedad.

Se había sobresaltado y la expresión de un hombre asaltado de pronto por una idea desagradable le alteró fugazmente el semblante.

—Parece como si algo de lo que he dicho te hubiera llegado a lo más hondo. Por cierto, has conocido al señor B. desde la última vez que estuve aquí, ¿no? Monkhouse Lee me contó algo de eso.

—Sí, lo he conocido un poco. Ha subido a verme un par de veces.

—Bueno, ya eres mayorcito y te sabes defender. Bellingham no es lo que llamaría exactamente un hombre en sus cabales, pero no cabe duda de que es muy inteligente. Pronto tendrás ocasión de comprobarlo por ti mismo. Lee es buena persona: un chico muy decente. Bueno, ¡hasta la vista, amigo! El viernes me enfrento con Mullins en la regata del vicerrector, así que no te olvides de venir, si es que no nos vemos antes.

El imperturbable Smith dejó su pipa y volvió tranquilamente a sus libros. Pero, aun con toda la voluntad del mundo, le costaba demasiado centrar la atención en la lectura. Se distraía continuamente pensando en su vecino de abajo y en el pequeño misterio que rodeaba sus habitaciones. Después se acordó del extraño ataque del que había hablado Hastie, y del rencor que al parecer Bellingham le guardaba a la víctima del ataque. Las dos ideas se unían continuamente en su cabeza, como si hubiera una íntima relación entre ellas. De todos modos, la sospecha era tan vaga y difusa que no podía expresarla con palabras.

—¡Maldita sea! —exclamó, lanzando el libro de patología al otro lado de la habitación—. Me ha estropeado la noche de estudio, y eso sería razón suficiente, aunque no hubiera otra, para evitarlo de ahora en adelante.

El estudiante de medicina pasó diez días tan recluido y dedicado a sus estudios que ni vio ni oyó a ninguno de sus vecinos de abajo. Se cuidaba de cerrar la puerta a las horas en que Bellingham había tomado la costumbre de hacer sus visitas y, aunque más de una vez oyó que alguien llamaba, se negó rotundamente a contestar. Una tarde, sin embargo, cuando Smith bajaba por la escalera, la puerta de Bellingham se abrió de golpe justo cuando pasaba por delante, y por ella salió Monkhouse Lee, con los ojos echando chispas y las mejillas aceitunadas encendidas de rabia. Pisándole los talones apareció Bellingham, con la cara fofa y enfermiza alterada por una pasión maligna.

—¡Idiota! —masculló—. Te arrepentirás de esto.

—Muy probablemente —dijo Monkhouse—. Que quede claro lo que te digo: ¡se acabó! ¡No quiero ni oír hablar de eso!

—Te recuerdo que hiciste una promesa.

—¡Sí, y voy a cumplirla! No diré nada. Aunque preferiría que la pobre Eva estuviera muerta. Se acabó, de una vez por todas. Ella hará lo que yo le diga. No queremos volver a verte.

Smith oyó todo esto sin poder evitarlo, pero apretó el paso, porque no tenía ningunas ganas de verse envuelto en la disputa. Estaba claro que la discordia era grave y que Lee iba a asegurarse de que su hermana rompiera el compromiso. Smith se acordó de la comparación que había hecho Hastie, entre el sapo y la paloma, y se alegró de que la relación hubiera terminado. No era nada agradable ver la cara de Bellingham cuando se enfadaba. A un hombre como él no se le podía confiar la vida de una muchacha inocente. Mientras seguía su camino, Smith se preguntó con pesadumbre cuál podía ser la causa de la riña y cuál la promesa que Bellingham estaba tan interesado en que Monkhouse Lee cumpliera.

Era el día de la competición de remo entre Hastie y Mullins, y una riada de hombres bajaba a las orillas del Isis[125]. El sol de mayo resplandecía en el cielo y los altos olmos trazaban sombras negras en el camino dorado. A ambos lados de la calle se alzaban los colegios de piedra gris, como canosas madres de la inteligencia que observaran desde las altas ventanas, divididas con parteluz, la marea de vida joven que tan alegremente iba arrollándolo todo. Tutores de negro, rectos funcionarios, estudiantes pálidos, jóvenes atletas bronceados, con sombrero de paja y jerséi blanco o chaquetas de distintos colores, tenían prisa por llegar al río sinuoso que atraviesa los prados de Oxford.

Abercrombie Smith, con la intuición de un remero veterano, eligió el punto en que sabía que se libraría la batalla, si es que había batalla. Desde allí oyó a lo lejos el murmullo que anunciaba la salida, el rugido creciente de la multitud a medida que se acercaban los regatistas, el estruendo de los pies que corrían y los gritos de los hombres que iban en los botes. Un grupo de chicos a medio vestir pasó jadeando por delante de él como una exhalación, y, al estirar el cuello para mirar por encima de ellos, vio a Hastie, remando a un ritmo estable de treinta y seis golpes por minuto, mientras su contrincante, con un cuarenta irregular, se quedaba a una canoa de distancia por detrás. Smith ovacionó a su amigo, se sacó el reloj del bolsillo y ya iba a volver a sus habitaciones cuando notó que alguien le tocaba en el hombro y vio que Monkhouse Lee estaba a su lado.

—Te he visto desde allí —dijo tímidamente, en voz baja—. Quería hablar contigo, si puedes dedicarme media hora. Esa casita de campo es mía. La comparto con Harrington, del King's College. Ven a tomar una taza de té.

—Tengo que volver enseguida. Ahora mismo estoy empollando a todas horas. Pero pasaré un rato con mucho gusto. He venido solo porque Hastie es amigo mío.

—También es amigo mío. ¿Verdad que tiene un estilo magnífico? Mullins no estaba muy concentrado. Bueno, pasa. Es poco más que un cubil pero muy agradable en los meses de verano.

Era una casa pequeña, cuadrada y de fachada blanca, con puertas y postigos verdes y un emparrado rústico en el porche, a unos cincuenta metros de la orilla del río. La sala principal estaba amueblada como un estudio: mesa de pino, estanterías sin pintar para los libros y unas cuantas reproducciones de óleos baratos en la pared. Un hervidor cantaba en un hornillo de alcohol y el juego de té ya estaba preparado en una bandeja encima de la mesa.

—Siéntate en esa silla y coge un cigarrillo —dijo Lee—. Deja que te sirva una taza de té. Te agradezco que hayas venido porque sé que estás muy ocupado. Quería decirte que, si yo fuera tú, cambiaría de habitaciones inmediatamente.

—¿Cómo?

Smith se quedó mirando a su compañero con una cerilla encendida en una mano y el cigarrillo sin encender en la otra.

—Sí. Te parecerá muy extraño, y lo peor es que no puedo darte mis razones, porque he hecho una promesa solemne, una promesa muy solemne. Lo más que puedo decirte es que creo que no es seguro vivir cerca de Bellingham. Yo de momento tengo intención de pasar aquí el mayor tiempo posible.

—¡No es seguro! ¿Qué quieres decir?

—Eso es precisamente lo que no puedo decirte, pero hazme caso y cámbiate de habitaciones. Hoy hemos tenido una bronca tremenda. Supongo que nos habrás oído cuando bajabas por la escalera.

—Vi cómo os peleabais.

—Es malo, Smith. Es la única definición posible. He tenido dudas desde la noche en que se desmayó, ¿te acuerdas? Cuando tú bajaste. Hoy le he hablado sin rodeos y me ha dicho cosas que me han puesto los pelos de punta, y luego me ha pedido que me uniera a él. No soy un mojigato, pero mi padre es clérigo, como sabes, y creo que ciertas cosas no se pueden tolerar. Doy gracias a Dios por haberlo descubierto antes de que fuera demasiado tarde, porque iba a casarse con mi hermana.

—Todo eso está muy bien —dijo Abercrombie Smith con aspereza—, pero no sé si has hablado mucho más de lo que debías o si has dicho

demasiado poco.

—Te estoy previniendo.

—Si hay auténticos motivos para prevenirme, no puedes sentirte obligado por ninguna promesa. Si yo veo que un canalla está a punto de volar una casa con dinamita, no habrá promesa que me impida evitarlo.

—Pero yo no puedo evitarlo. Lo único que puedo hacer es prevenirte.

—Sin decir contra qué me previenes.

—Contra Bellingham.

—Esto es infantil. ¿Por qué voy a tener miedo de él o de cualquier otro hombre?

—No puedo decírtelo. Solo te ruego que te cambies de habitaciones. Estás en peligro. Ni siquiera digo que Bellingham quiera hacerte daño, aunque podría ocurrir, porque en este momento es un vecino peligroso.

—Quizá sepa más de lo que te imaginas —contestó Smith, mirando atentamente la cara aniñada y seria del muchacho—. ¿Y si te dijera que alguien comparte esas habitaciones con Bellingham?

Monkhouse Lee se levantó de la silla con una emoción incontenible.

—Entonces ¿lo sabes? —preguntó con la voz entrecortada.

—Una mujer.

Lee volvió a sentarse con un gruñido.

—No puedo abrir la boca. No debo hablar.

—Bueno, de todos modos, no creo que pueda llegar a asustarme tanto como para dejar unas habitaciones que me gustan mucho. Sería una debilidad llevarme de allí todos mis bártulos solo porque tú dices que Bellingham podría hacerme daño misteriosamente. Creo que correré el riesgo y me quedaré donde estoy. Y, como veo que son casi las cinco, te ruego que me disculpes.

Se despidió del joven estudiante con unas frases escuetas y se encaminó a casa envuelto en el suave atardecer de primavera, entre alterado y divertido, como cualquier hombre fuerte y con poca imaginación amenazado por un peligro impreciso y vago.

Había un pequeño capricho que Abercrombie Smith se permitía siempre, a pesar de las estrictas exigencias de sus estudios. Dos veces a la semana, los martes y los viernes, tenía la invariable costumbre de ir caminando hasta Farlingford, la residencia del doctor Plumptree Peterson, que se encontraba a unos dos kilómetros de Oxford. Peterson había sido un buen amigo de Francis, el hermano mayor de Smith, y como era soltero y bastante rico, con una buena bodega y una biblioteca mejor todavía, su casa siempre era un

destino apetecible para un joven necesitado de un paseo tonificante. Así, dos veces a la semana, el estudiante de medicina atravesaba los oscuros caminos rurales y pasaba una hora de lo más placentera en el confortable estudio de Peterson, comentando, con un vaso de oporto, los cotilleos universitarios o los últimos avances en medicina o cirugía.

El día siguiente a su conversación con Monkhouse Lee, Smith cerró los libros a las ocho y cuarto, la hora en que normalmente salía camino de casa de su amigo. Cuando estaba saliendo de la habitación, sus ojos se fijaron por casualidad en uno de los libros que le había prestado Bellingham, y le remordió la conciencia no habérselo devuelto. Aunque fuera un tipo repelente, no se merecía un trato tan descortés. Cogió el libro, bajó la escalera y llamó a la puerta de su vecino. No hubo respuesta pero, al girar el pomo, vio que la puerta no estaba cerrada con llave. Contento de evitar el encuentro con Bellingham, entró y dejó el libro, con su tarjeta de visita, encima de la mesa.

Pese a que la lámpara estaba a media luz, Smith veía perfectamente los detalles de la habitación. Todo estaba como en otras ocasiones: el friso, los dioses con cabezas de animales, el cocodrilo colgado del techo, y la mesa cubierta de papeles y hojas secas. La caja de la momia estaba apoyada contra la pared, pero la momia no estaba dentro. No había rastro de un segundo ocupante en la habitación, y Smith se fue con la sensación de que seguramente había sido injusto con Bellingham. Si tuviera un secreto que guardar, no dejaría la puerta abierta para que entrase cualquiera.

La escalera de caracol estaba oscura como un pozo, y Smith iba pisando despacio los irregulares peldaños cuando de pronto notó que algo había pasado a su lado. Oyó un ruido suave, notó un movimiento en el aire y algo que le rozaba el codo, aunque tan levemente que no podía asegurarlo. Se detuvo, aguzando el oído, pero el rumor del viento entre la yedra no le dejó oír nada.

—¿Es usted, Styles? —gritó.

Nadie contestó. Todo estaba en silencio a sus espaldas. Debía de haber sido una ráfaga de aire, porque la vieja torre estaba llena de grietas y agujeros. Aun así, habría podido jurar que había oído pasos justo a su lado. Al salir al patio cuadrado, dando vueltas todavía al asunto, vio que un hombre se acercaba corriendo por el césped bien recortado.

—¿Eres tú, Smith?

—¡Hola, Hastie!

—¡Por Dios, ven inmediatamente! ¡Lee se ha ahogado! Harrington, el del King, ha dado la noticia. El médico está fuera. Tendrás que atenderlo tú. Date

prisa. Puede que aún esté vivo.

—¿Tienes *brandy*?

—No.

—Iré a buscar un poco. Tengo una petaca en la mesa.

Smith subió las escaleras de tres en tres, cogió la petaca y bajó de nuevo como una exhalación. Cuando pasaba por delante de la habitación de Bellingham vio algo que lo dejó boquiabierto y lo obligó a pararse a mirar desde el rellano.

La puerta, que había cerrado al salir, estaba abierta, y justo delante de él, iluminada por la lámpara, tenía la caja de la momia. Tres minutos antes estaba vacía. Podía jurarlo. Ahora enmarcaba el cuerpo desgarbado de su horrible ocupante, que miraba hacia la puerta con un gesto adusto y macabro en la cara arrugada y negra. Aunque inerte y sin vida, Smith tuvo la sensación de que aún conservaba una morbosa chispa de vitalidad o un leve signo de conciencia en los ojillos hundidos en las profundidades de las cuencas. Se quedó tan impresionado y atónito que se olvidó de su misión de auxilio, y seguía mirando el cuerpo flaco y consumido cuando la voz de su amigo, que lo esperaba abajo, le hizo volver en sí.

—¡Vamos, Smith! —gritó Hastie—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Date prisa! —Y, cuando el estudiante de medicina apareció de nuevo, le apremió—: Tenemos que correr. Hay menos de un kilómetro y podríamos llegar en cinco minutos. Vale más correr para salvar una vida humana que correr por dinero.

Se lanzaron a la par en la oscuridad, y no se detuvieron hasta que, exhaustos y jadeando, llegaron a la casita a orillas del río. Lee, mustio y chorreando como una planta acuática partida, estaba tendido en el sofá, con el verdín del río pegado en el pelo negro y una orla de espuma blanca en los labios del color del plomo. A su lado, Harrington, también estudiante de medicina, intentaba que sus extremidades rígidas entraran en calor.

—Creo que vive —dijo Smith, poniendo la mano en el costado del muchacho—. Acércale el reloj a los labios. Sí, se empaña. Cógelo de un brazo, Hastie. Ahora haz lo mismo que yo y pronto lo habremos reanimado.

Estuvieron diez minutos en silencio, llenando de aire y apretando el pecho del muchacho inconsciente, hasta que un estremecimiento le recorrió por fin de la cabeza a los pies, a la vez que le temblaban los labios y abría los ojos. Los tres estudiantes estallaron en un grito de alegría.

—Despierta, compañero. Nos has dado un buen susto.

—Toma un poco de *brandy*. Bebe un trago de la petaca.

—Ya está bien —dijo Harrington—. ¡Dios, qué miedo he pasado! Estaba leyendo, y Lee salió a dar un paseo hasta el río. De repente oí un grito y un ruido como si alguien se hubiera caído al agua. Salí corriendo y, cuando lo encontré y lo saqué del agua, me pareció que ya estaba sin vida. Luego Simpson no podía ir a avisar a ningún médico, porque está cojo de una piedra, así que tuve que ir yo, y no sé qué habría hecho sin vosotros. Tranquilo, amigo. Siéntate.

Monkhouse Lee se había incorporado con ayuda de las manos y miraba horrorizado a un lado y a otro.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Estoy empapado. Ah, sí, ya recuerdo.

Una expresión de miedo apareció en sus ojos, y escondió la cara entre las manos.

—¿Cómo te caíste?

—No me caí.

—¿Entonces?

—Me empujaron. Estaba en la orilla, y algo me levantó como una pluma, desde atrás, y me tiró al agua. No oí ni vi nada. Pero aun así sé lo que era.

—Yo también lo sé —susurró Smith.

Lee lo miró con sorpresa.

—¿Te has enterado, entonces? ¿Recuerdas el consejo que te di?

—Sí, y empiezo a pensar que voy a seguirlo.

—No sé de qué demonios estáis hablando, amigos —dijo Hastie—, pero yo de ti, Harrington, llevaría a Lee a la cama inmediatamente. Ya habrá tiempo de discutir el cómo y el porqué cuando recupere las fuerzas. Creo que ya no nos necesita, Smith. Vuelvo al colegio andando; si vas en la misma dirección podemos charlar un rato.

Pero fue muy poco lo que hablaron en el camino de vuelta. Smith no dejaba de recordar los acontecimientos de la noche: la desaparición de la momia de la habitación de su vecino, lo que pasó velozmente a su lado en las escaleras, la reaparición —la inexplicable y extraordinaria reaparición de aquella cosa espeluznante— y esta agresión a Lee, tan similar a la que ya había sufrido otro hombre a quien Bellingham guardaba rencor. Todo esto ocupaba sus pensamientos, junto con muchos otros detalles que ya le habían predispuesto en contra de su vecino y de las singulares circunstancias en que lo invitó a visitarlo por primera vez. Lo que antes era una sospecha indefinida, una conjetura vaga y fantástica, había cobrado forma de repente y se le revelaba como un hecho indiscutible, como algo que no se podía negar. Y, por otra parte, ¡era monstruoso, era inaudito! Traspasaba totalmente los

límites de la experiencia humana. Un juez imparcial, incluso el amigo que iba a su lado, le dirían simplemente que sus ojos le habían engañado, que la momia no se había movido en ningún momento, que Lee se había caído al río, como tantos otros, y que esa pastilla azul a base de mercurio era el mejor remedio para un trastorno biliar. Pensó que él diría algo parecido si cambiaran las tornas. Aun así, podía jurar que Bellingham en el fondo era un asesino y que empuñaba un arma que nadie había empleado jamás en la siniestra historia del crimen.

Hastie se despidió con unos cuantos comentarios mordaces, tildando a su amigo de huraño, y Abercrombie Smith cruzó el patio hacia la torre con una profunda sensación de repugnancia por sus habitaciones y todo cuanto las rodeaba. Seguiría el consejo de Lee y se mudaría lo antes posible. ¿Quién podía estudiar con el oído continuamente atento al menor murmullo o movimiento que se produjera en el piso de abajo? Mientras cruzaba el césped se fijó en que la luz de la ventana de Bellingham seguía encendida, y justo cuando pasaba por delante de sus habitaciones la puerta se abrió y se encontró con Bellingham en persona. Con la cara fofa y maligna, parecía una araña hinchada que acabara de tejer su venenosa tela.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quieres pasar?

—No —contestó Smith con voz cortante.

—¿No? ¿Sigues tan ocupado como siempre? Quería preguntarte por Lee. He oído rumores de que le pasaba algo, y lo siento mucho.

Pese a su gesto serio, había en los ojos de Bellingham el brillo de una alegría oculta. Smith se dio cuenta y le entraron ganas de darle una paliza.

—Más sentirás saber que Monkhouse Lee está perfectamente y fuera de peligro. Tus trucos diabólicos han fallado esta vez. No intentes negar la evidencia. Lo sé todo.

Bellingham se alejó del airado estudiante dando un paso atrás y entornó la puerta como para protegerse.

—Estás loco —dijo—. ¿De qué hablas? ¿Dices que he tenido algo que ver con el accidente de Lee?

—Sí —vociferó Smith—. Tú y ese saco de huesos que está detrás de ti. Entre los dos lo habéis hecho. Te lo advierto, señor B., ya no se quema a la gente como tú, pero aún tenemos verdugos, y si alguien de este colegio muere mientras tú estás aquí, ¡por Dios que me ocuparé de que lo pagues, y si no te linchan no será porque yo lo impida! Ya verás que tus repugnantes trucos egipcios no sirven de nada en Inglaterra.

—Estás loco de atar —dijo Bellingham.

—Lo que tú digas. Pero recuerda lo que acabo de decirte, porque pienso cumplir mi palabra.

Bellingham cerró de un portazo y Smith subió a su habitación echando humo. Cerró con llave por dentro y se pasó la mitad de la noche fumando su pipa de brezo y dando vueltas a los extraños acontecimientos de la tarde.

A la mañana siguiente, Abercrombie Smith no supo nada de su vecino, pero Harrington pasó a verlo por la tarde para informarle de que Lee ya estaba casi recuperado. Smith estuvo todo el día estudiando y a última hora de la tarde decidió hacer a su amigo, el doctor Peterson, la visita que tuvo que interrumpir el día anterior. Un buen paseo y una conversación amistosa les sentarían bien a sus nervios alterados.

La puerta de Bellingham estaba cerrada cuando cruzó el rellano pero, ya a cierta distancia de la torre, se volvió y vio la cabeza de su vecino en la ventana, perfilada a la luz de la lámpara, y la cara pegada al cristal como si escudriñara la oscuridad. Dio gracias de alejarse de él, aunque solo fuera unas horas, y echó a andar con paso enérgico, llenando los pulmones con el aire suave de la primavera. La media luna brillaba al oeste entre dos pináculos góticos y componía en la acera plateada un encaje de líneas oscuras con las sombras que proyectaban los edificios. Soplaba una brisa intensa, y las nubes ligeras y algodonosas surcaban el cielo deprisa. Como el colegio se encontraba en el extremo de la ciudad, en cuestión de cinco minutos Smith ya estaba lejos de las casas y entre los setos de un camino de Oxford perfumado con la fragancia de mayo.

Era un camino solitario y poco frecuentado el que llevaba a casa de su amigo. Aunque no era muy tarde, Smith no vio ni un alma en todo el trayecto. A paso ligero llegó a la verja de la que partía la larga avenida de grava que llevaba hasta la puerta de Farlingford. Al fondo, entre el follaje, veía la acogedora luz rojiza de las ventanas. Se detuvo un momento, con la mano en el cerrojo de hierro de la puerta batiente, y miró el camino por el que había venido. Algo se acercaba rápidamente.

Una figura oscura y encogida, que apenas se distinguía del fondo oscuro, avanzaba a la sombra del seto, sigilosa y furtiva. En el tiempo que estuvo mirándola, la silueta había acortado la distancia veinte pasos a toda velocidad. Vislumbró en la oscuridad un cuello escuálido y dos ojos que le perseguirán para siempre en sueños. Dio media vuelta y, con un grito de terror, salió disparado por la avenida como alma que lleva el diablo. Estaba casi a tiro de piedra de las luces rojas que señalaban su salvación. Tenía fama de buen corredor, pero nunca había corrido como corrió esa noche.

La verja, que se había cerrado a su espalda, se abrió de nuevo para dar paso a su perseguidor. Mientras corría desesperadamente en la oscuridad, oía detrás de él unos pasos rápidos, y, al volver la cabeza, vio que aquella monstruosidad le pisaba los talones como un tigre, con los ojos llameantes y un brazo fibroso extendido. Gracias a Dios, la puerta estaba entreabierta. Veía la estrecha franja de luz que proyectaba la lámpara del vestíbulo. El ruido estaba cada vez más cerca. Una especie de gorgoteo ronco sonó muy cerca de su hombro. Smith, con un alarido de espanto, se precipitó contra la puerta. Cerró de golpe inmediatamente y echó el cerrojo, antes de caer medio desmayado en la silla del vestíbulo.

—¡Dios mío, Smith! ¿Qué pasa? —preguntó Peterson, asomando por la puerta de su estudio.

—Dame un poco de *brandy*.

Peterson desapareció y volvió enseguida con un vaso y una licorera.

—Te hace buena falta —dijo, mientras su visitante vaciaba el vaso que le había servido—. Estás blanco como la cal.

Smith dejó el vaso, se levantó y respiró profundamente.

—Ya me he recuperado. En la vida había pasado tanto miedo. Con tu permiso, Peterson, me quedaré a dormir aquí, porque no me veo capaz de hacer ese camino si no es a la luz del día. Soy un cobarde, lo reconozco, pero no puedo evitarlo.

Peterson lo miró con un gesto interrogante.

—Claro que puedes quedarte a dormir, si quieres. Le diré a la señora Burney que te prepare la cama. ¿Adónde vas?

—Ven conmigo a la ventana de arriba. Quiero que veas lo que yo he visto.

Subieron a la ventana del vestíbulo del piso de arriba, desde donde se veía la zona de la entrada de la casa. La avenida y los campos, a ambos lados, estaban en calma, bañados por la plácida luz de la luna.

—La verdad, Smith, menos mal que sé que eres abstemio —dijo Peterson —. ¿Qué demonios te ha asustado tanto?

—Enseguida te lo cuento. Pero ¿dónde se habrá metido? Ah, ¡mira, mira! Allí, en la curva del camino, justo detrás de la verja.

—Sí, ya lo veo, no hace falta que me pellizques el brazo. He visto a alguien. Yo diría que era un hombre, bastante delgado, al parecer, y alto, muy alto. Pero ¿qué le pasa? Y ¿qué te pasa a ti? Sigues temblando como la hoja de un álamo.

—Me pasa que el diablo ha estado a punto de alcanzarme. Vamos a tu estudio y te contaré la historia desde el principio.

Así lo hizo. A la luz rojiza de la lámpara, con un vaso de vino en la mesa y la cara colorada de su corpulento amigo enfrente, fue narrando por orden los hechos, grandes y pequeños, que componían una cadena tan singular, desde la noche en que encontró a Bellingham a punto de desmayarse delante de la caja de la momia, hasta la horrible experiencia de la última hora.

—Bueno, ahí tienes todo el truculento asunto. Por monstruoso e increíble que parezca, es cierto.

El doctor Plumptree Peterson estuvo un rato callado y con una expresión de perplejidad.

—¡Nunca había oído cosa igual! ¡Nunca! —dijo por fin—. Me has contado los hechos. Cuéntame ahora tus conclusiones.

—Saca las tuyas propias.

—Me gustaría saber cuál es tu opinión. Tú has reflexionado y yo no.

—Bueno, no puedo precisar los detalles, pero creo que lo principal está claro. Este Bellingham, en el curso de sus estudios orientales, ha descubierto algún secreto infernal con el que dar vida temporalmente a una momia, o a esta momia en concreto. Estaba haciendo esa prueba repugnante la noche en que se desmayó. Es indudable que perdió los nervios al ver que la criatura se movía, a pesar de que era lo que esperaba. Recuerda que, como ya te he dicho, casi las primeras palabras que pronunció después fueron para llamarse idiota. Luego se endureció y fue capaz de seguir adelante sin desmayarse. La vitalidad que consigue infundir a la momia es pasajera, porque la he visto muchas veces en su caja tan muerta como esta mesa. Supongo que el proceso debe ser complicado. Una vez conseguido, pensó naturalmente que podía valerse de la momia. Tiene inteligencia y tiene fuerza. Por algún motivo le confió el secreto a Lee, pero Lee, que es un buen cristiano, no quiso saber nada. Entonces discutieron y Lee juró que le contaría a su hermana cómo es Bellingham en realidad. Bellingham intentó evitarlo y casi lo consigue, enviando a esta criatura en su persecución. Ya había probado antes su poder con otro hombre, Norton, con el que tenía una cuenta pendiente. Si hoy no tiene dos asesinatos sobre su conciencia es por pura casualidad. Después de que yo lo acusara abiertamente, tenía razones de peso para querer quitarme de en medio antes de que pudiera contarle a nadie lo que había descubierto. Vio la oportunidad cuando salí, porque conoce mis costumbres y sabía adónde iba. Me he librado por muy poco, Peterson, y ha sido cuestión de suerte que no me encontraras tirado en tu puerta por la mañana. Normalmente no soy nervioso, y hasta esta noche nunca creí que pudiera tener tanto miedo a la muerte.

—Mi querido amigo, te has tomado el asunto demasiado en serio —dijo su compañero—. Tienes los nervios alterados de tanto estudiar, y le estás dando demasiada importancia. ¿Cómo es posible que una cosa así se pasee por las calles de Oxford, incluso de noche, sin que nadie se dé cuenta?

—La han visto. En la ciudad se ha desatado la alarma por un simio fugado: eso se imaginan que es la criatura. No se habla de otra cosa.

—Bueno, la cadena de acontecimientos es muy extraña. De todos modos, mi querido amigo, reconocerás que cada incidente por separado puede tener una explicación más natural.

—¡Qué! ¿También mi aventura de esta noche?

—Sin duda. Saliste atacado de los nervios y con la cabeza llena de esas teorías tuyas. Un vagabundo demacrado y medio muerto de hambre te sigue a hurtadillas y, al ver que corres, se atreve a perseguirte. Lo demás es cosa de tus temores y tu imaginación.

—No es así, Peterson; no es así.

—Y lo del incidente de encontrar la caja de la momia vacía, y con su ocupante dentro poco después, sabes que fue por la penumbra. La lámpara estaba a media luz, y no tenías ningún motivo para fijarte en la caja. Es muy posible que no vieras a la criatura la primera vez.

—No, no. Eso no puede ser.

—Y también es posible que Lee se cayera al río y que a Norton lo atacara un delincuente. Tu acusación contra Bellingham es muy grave, pero si la hicieras delante de un policía sencillamente se reiría de ti.

—Ya lo sé. Por eso voy a ocuparme de este asunto personalmente.

—¿Eh?

—Sí. Creo que es un deber cívico y, además, mi propia seguridad está en juego, a menos que permita que esa bestia me obligue a dejar la Facultad, y eso sería una cobardía. Ya he decidido lo que voy a hacer. Antes de nada, ¿me prestas papel y pluma, y me das una hora?

—Por supuesto. En esa mesa supletoria encontrarás todo lo que necesites.

Abercrombie Smith se sentó delante de un folio y estuvo una hora, y otra más, deslizando la pluma rápidamente sobre el papel. Fue llenando hoja tras hoja y apartándolas mientras su amigo, sentado en su butaca, lo observaba con paciente curiosidad. Por fin, con una exclamación de satisfacción, se levantó de un salto, ordenó los papeles y dejó el último en el escritorio de Peterson.

—Hazme el favor de firmar como testigo —dijo.

—¿Testigo? ¿De qué?

—De mi firma y de la fecha. La fecha es lo más importante. Piensa, Peterson, que mi vida podría depender de esto.

—Mi querido Smith, estás diciendo disparates. Te ruego que te vayas a la cama.

—Al contrario, en la vida he hablado con más conciencia. Y te prometo que me iré a la cama en cuanto lo hayas firmado.

—Pero ¿qué es?

—Una declaración de todo lo que te he contado esta noche. Quiero que des fe de ella.

—Por supuesto —dijo Peterson, estampando su nombre debajo del de su compañero—. ¡Ya está! Pero ¿cuál es la idea?

—Tú me harás el favor de guardarlo y lo harás público en caso de que me detengan.

—¿Detenerte? ¿Por qué?

—Por asesinato. No hay que descartarlo. Quiero estar preparado para cualquier eventualidad. Solo tengo un camino posible y estoy decidido a seguirlo.

—¡Por Dios, Smith, no hagas ninguna locura!

—Tomar cualquier otra decisión sería mayor locura. Espero que no tengamos que molestarte, pero me tranquilizará saber que tienes esta declaración de mis motivos. Y ahora ya puedo seguir tu consejo y retirarme a descansar, porque mañana quiero estar en plena forma.

Tener como enemigo a Abercrombie Smith no era agradable. De carácter lento y tranquilo, se convertía en un hombre temible cuando entraba en acción. En todos los objetivos de la vida ponía el mismo empeño y la misma voluntad que le distinguía como estudiante de ciencias. Aparcó sus estudios por un día, pero con la determinación de no desperdiciar el tiempo. No dijo a su anfitrión una sola palabra de sus planes y alrededor de las nueve ya estaba camino de Oxford.

En High Street paró en la armería de Clifford y compró un revólver y una caja de cartuchos. Metió seis en el tambor, dejó el arma medio amartillada y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se dirigió entonces a las habitaciones de Hastie, donde el remero estaba disfrutando de su desayuno con el *Sporting Times* abierto y apoyado en la cafetera.

—Hola. ¿Qué pasa? ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Quiero que vengas conmigo, Hastie, y hagas lo que te pida.

—Por supuesto, amigo.

—Y trae el garrote más gordo que tengas.

—¡Vaya! —exclamó Hastie—. Con esta fusta se puede derribar a un buey.

—Otra cosa. Tienes una caja de cuchillos de amputar. Dame el más largo de todos.

—Aquí está. Parece que vayas a la guerra. ¿Algo más?

—No, con esto será suficiente. —Smith se guardó el cuchillo dentro de la chaqueta y echó a andar hacia el patio—. Ni tú ni yo somos cobardes, Hastie —dijo—. Creo que puedo hacer este trabajo solo, pero te llevo como precaución. Voy a tener una pequeña charla con Bellingham. Si solo tengo que vérmelas con él, no te necesitaré, pero, si me oyes gritar, sube inmediatamente y ponte a zurrar con el látigo con todas tus fuerzas. ¿Entendido?

—Muy bien. Si te oigo gritar, subo.

—Ahora espérame aquí. Es posible que tarde un poco, pero no te muevas hasta que baje.

—Aquí me quedo clavado.

Smith subió las escaleras, abrió la puerta de Bellingham y entró en su habitación. Bellingham estaba sentado a la mesa, escribiendo. A su lado, entre aquel cúmulo de extrañas pertenencias, estaba la caja de la momia con su número de lote, 249, pegado todavía en la parte frontal, y su horrendo ocupante rígido y tieso dentro. Smith echó un cauto vistazo antes de cerrar la puerta, y luego, acercándose a la chimenea, prendió una cerilla y encendió el fuego. Bellingham lo miraba con un gesto de rabia y perplejidad en la cara abotargada.

—Parece que te sientes como en casa —dijo con la voz entrecortada.

Smith se sentó tranquilamente, dejó su reloj encima de la mesa, sacó la pistola, la amartilló y se la puso en las rodillas. Después se sacó del pecho el largo cuchillo de amputar y lo lanzó delante de Bellingham.

—Ahora —dijo—, ponte a trabajar y despedaza a esa momia.

—Ah, ¿es eso? —preguntó Bellingham con sorna.

—Sí, eso es. Dicen que la ley no puede actuar contra ti, pero yo tengo una ley que resolverá las cosas. Si dentro de cinco minutos no has empezado a trabajar, te juro por el Dios que me creó que te meto una bala en el cerebro.

—¿Serías capaz de asesinarme?

Bellingham había empezado a levantarse y tenía la cara del color de la masilla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para impedir que sigas haciendo daño. Ya ha pasado un minuto.

—Pero ¿qué he hecho?

—Yo lo sé y tú lo sabes.

—Esto es intimidación.

—Han pasado dos minutos.

—Tienes que darme alguna razón. Estás loco, eres un loco peligroso. ¿Por qué iba a destruir algo que es mío? Esta momia es muy valiosa.

—Tienes que cortarla en pedazos y quemarla.

—No pienso hacer eso.

—Han pasado cuatro minutos.

Smith cogió la pistola y miró a Bellingham con una expresión implacable. Cuando faltaba poco para que el minutero completara la vuelta, levantó la mano y puso el dedo en el gatillo.

—¡Espera! ¡Espera! ¡Ya voy! —gritó Bellingham.

Con una rapidez desesperada, cogió el cuchillo y empezó a dar a tajos a la momia, sin perder de vista la mirada y el arma que el temible visitante dirigía contra él. La momia crujía y chasqueaba a cada corte de la hoja afilada, desprendiendo un polvo denso y amarillo. Una lluvia de especias y esencias caía en el suelo. De repente, con un chasquido desgarrador, la columna vertebral se partió en dos y la momia se derrumbó reducida a un oscuro montón de miembros revueltos.

—¡Ahora al fuego! —ordenó Smith.

Las llamas saltaron y lanzaron un rugido al arrojar al fuego los restos secos como la yesca. Aquello parecía el cuarto de calderas de un barco de vapor, y los dos hombres sudaban a chorros, pero uno seguía agachado y trabajando mientras el otro lo vigilaba con un gesto imperturbable. El fuego despedía un humo denso y grasiento, y un fuerte olor a resina quemada y pelo chamuscado se esparció por toda la habitación. En cuestión de un cuarto de hora del lote n.º 249 solo quedaban unas pocas astilladas quebradizas y carbonizadas.

—Estarás contento —gruñó Bellingham, mirando a su torturador con odio y temor en los ojillos grises.

—No. Tengo que destruir todos tus materiales. No queremos más trucos diabólicos. ¡Al fuego con todas esas hojas! Puede que tengan algo que ver con el asunto.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Bellingham, cuando también las hojas ardieron en las llamas.

—Ahora el pergamino que tenías en la mesa aquella noche. Creo que está en ese cajón.

—¡No, no! —gritó Bellingham—. ¡No quemes eso! No sabes lo que haces. Es único. Hay en él sabiduría que no puede encontrarse en ninguna otra parte.

—¡Al fuego!

—Escucha, Smith, no puedes decirlo en serio. Compartiré esos conocimientos contigo. Te enseñaré todo lo que se dice ahí. O, espera, ¡déjame que lo copie antes de que lo quemes!

Smith dio un paso adelante y giró la llave del cajón. Sacó el rollo de pergamino amarillento, lo tiró al fuego y lo aplastó con el tacón. Bellingham, con un alarido, se abalanzó para cogerlo, pero Smith le dio un empujón y le cerró el paso hasta que vio el pergamino reducido a una lámina de ceniza informe y gris.

—Bien, señor B. —dijo—, creo que te he desarmado, pero tendrás que vértelas conmigo si vuelves a utilizar alguno de tus trucos. Y ahora, buenos días, porque tengo que volver a mis estudios.

Y este es el relato de Abercrombie Smith sobre los singulares sucesos ocurridos en el Old College de Oxford en la primavera de 1884. Dado que Bellingham dejó la universidad inmediatamente después, y la última vez que se supo de él se encontraba en Sudán, no hay nadie que pueda contradecir su declaración. Pero, como la sabiduría de los hombres es escasa y los planes de la naturaleza son extraños, ¿quién pondrá coto a las cosas oscuras que pueden descubrir aquellos que las busquen?

EL FIASCO DE LOS AMIGOS

(1892)

Yo era el médico principal de Los Amigos. Naturalmente, todo el mundo ha oído hablar de la importante planta de energía eléctrica que hay allí. La ciudad está muy extendida, y hay docenas de barriadas y pueblos en los alrededores que reciben el suministro de la misma central, de ahí el notable tamaño de las instalaciones. La gente de Los Amigos dice que son las más grandes del mundo, claro que eso dicen de todo lo que hay en su ciudad, menos de la cárcel y del índice de asesinatos. De eso dicen que es el menor.

Pues bien, contando con tan buen suministro eléctrico, parecía un pecado desperdiciar el cáñamo para ajusticiar a los delincuentes de Los Amigos según la antigua usanza. Y luego llegaron noticias de las electrocuciones en la costa este[126] y de sus efectos no tan instantáneos como se esperaba. Los ingenieros del oeste manifestaron su asombro al tener conocimiento de las insignificantes descargas que habían acabado con la vida de esos hombres, y prometieron que en Los Amigos, cuando se toparan con un delincuente incorregible, lo tratarían con generosidad, utilizando la corriente de todas aquellas enormes dinamos. No había que andarse con restricciones, sino emplear la máxima potencia. Nadie podía predecir cuál iba a ser el resultado de esta práctica, aparte de que seguramente resultaría atronadora y mortal. Nunca se había sometido a un hombre a una descarga eléctrica como la que ellos pensaban aplicar. Su efecto sería equivalente a la intensidad de diez rayos. Unos profetizaban que se produciría una combustión y otros que se desintegraría y se convertiría en humo. Esperaban con impaciencia el momento de resolver el dilema con una demostración práctica, y fue justo entonces cuando Duncan Warner apareció por la ciudad.

Warner llevaba muchos años reclamado por la ley y aborrecido por todo el mundo. Forajido, asesino, atracador de trenes y salteador de caminos, era un hombre que no conocía la compasión. Sus actos merecían doce penas de muerte, y la gente de Los Amigos le guardaba un rencor así de aparatoso. Él, por lo visto, no creía merecerlo, porque había hecho dos desesperados intentos de fuga. Era un hombre fuerte y musculoso, con una melena de enmarañados rizos negros, parecida a la de un león, y una barba frondosa que

le cubría el amplio pecho. Cuando lo juzgaron, no había una cabeza más atractiva en la sala abarrotada de gente. No es nada nuevo ver la mejor cara sentada en el banquillo, pero su buen aspecto no compensaba de ningún modo sus malos actos. Pese a que su abogado empleó todos los recursos disponibles, Duncan Warner lo tenía todo en contra y quedó a merced de las grandes dinamos de Los Amigos.

Yo formé parte del comité que se constituyó para debatir el caso. El Ayuntamiento había dejado los preparativos en manos de cuatro expertos de su elección. Tres de ellos eran hombres admirables. Estaban Joseph M'Connor, el mismo que diseñó las dinamos, y Joshua Westmacott, presidente de la Compañía Eléctrica de Los Amigos, S. L. Luego estaba yo, en calidad de médico principal, y por último Peter Stulpnagel, un alemán entrado en años. Los alemanes eran un grupo fuerte en Los Amigos, y todos votaron por su compatriota. Fue así como Stulpnagel consiguió incorporarse al comité. Decían que había sido un electricista excelente en su país, y se pasaba el día trabajando con cables, aislantes y botellas de Leyden, pero como nunca demostraba avances u obtenía resultados que valiese la pena publicar, al final terminaron tomándolo por un chiflado inofensivo que había hecho de la ciencia su afición. Los otros tres miembros del comité, hombres prácticos, sonreímos al saber que Stulpnagel había sido el elegido y que seríamos colegas, y en el trascurso de la reunión lo decidimos todo entre nosotros sin tener demasiado en cuenta al viejo alemán, que se empujaba las orejas con las manos para orientarlas hacia delante, porque era algo duro de oído, y que participó en la reunión tan poco como los caballeros de la prensa que garabateaban sus notas sentados en los últimos bancos.

No tardamos mucho en acordarlo todo. En Nueva York se había empleado una potencia de dos mil voltios, y la muerte no fue instantánea. Era evidente que la descarga había sido demasiado débil[127]. Nuestra ciudad no cometería el mismo error. La descarga sería seis veces más fuerte y, por tanto, seis veces más eficaz. No había nada más lógico. Toda la potencia concentrada de las formidables dinamos se emplearía sobre Duncan Warner.

Así lo dispusimos nosotros tres, y ya nos habíamos levantado, dando por terminada la reunión, cuando nuestro silencioso compañero abrió la boca por primera vez.

—Caballeros, creo que muestran una ignorancia extraordinaria del fenómeno de la electricidad. No dominan ustedes los principios de sus efectos sobre un ser humano.

El comité estaba a punto de ofrecer una respuesta airada a este insolente comentario, pero el presidente de la Compañía Eléctrica se tocó la frente para señalar su indulgencia con la excentricidad del alemán.

—Díganos, por favor —le pidió con una sonrisa irónica—, ¿qué defecto encuentra en nuestras conclusiones?

—La suposición de que una descarga de electricidad mayor simplemente aumentará el efecto de una descarga pequeña. ¿No les parece posible que el resultado pueda ser totalmente distinto? ¿Tienen algún conocimiento directo, por la vía experimental, de los efectos de una descarga tan potente?

—Lo tenemos por la vía de la analogía —fue la pomposa respuesta del presidente—. El efecto de todas las drogas se incrementa a mayores dosis; por ejemplo… por ejemplo…

—El *whisky* —apuntó Joseph M’Connor.

—Eso es. El *whisky*. Ahí lo tiene.

Peter Stulpnagel sonrió y negó con la cabeza.

—Su argumento no es muy afortunado. Cuando yo bebía *whisky*, normalmente notaba que un vaso me animaba, pero seis me hacían quedarme dormido, o sea, exactamente lo contrario. ¿Qué me dicen a eso?

Los tres hombres prácticos soltamos una carcajada. Sabíamos que nuestro colega era excéntrico, pero nunca nos habíamos imaginado que pudiera llegar a ese extremo.

—¿Qué me dicen? —repitió Peter Stulpnagel.

—Correremos el riesgo —contestó el presidente.

—Les ruego que consideren —insistió Peter— que los obreros que han tocado los cables y han recibido descargas de solo unos pocos cientos de voltios han muerto al instante. Es un hecho bien conocido. Sin embargo, en Nueva York, aplicando una potencia muy superior a un delincuente, el hombre resistió un buen rato. ¿No ven claramente que una descarga menor es más mortífera?

—Creo, caballeros, que ya hemos discutido todo lo necesario —dijo el presidente, levantándose de nuevo—. El comité ha debatido y decidido por mayoría que Duncan Warner será electrocutado el martes, con la potencia conjunta de todas las dinamos de Los Amigos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Joseph M’Connor.

—De acuerdo —añadí yo.

—Yo protesto —dijo Peter Stulpnagel.

—La moción queda aprobada, y su protesta se hará constar oportunamente en el acta —fue la respuesta del presidente. Y con esto se levantó la sesión.

La asistencia a la electrocución fue muy escasa. Los cuatro miembros del comité estábamos allí, naturalmente, junto con el verdugo que actuaría a nuestras órdenes. Los otros caballeros presentes eran el alguacil, el alcaide de la prisión, el capellán y tres periodistas. El lugar escogido fue una caseta de ladrillo anexa a la central eléctrica, que se había empleado como lavandería y hasta tenía un horno y un caldero a un lado, pero aparte de eso no había más mobiliario que una silla para el condenado. Delante de la silla se puso una plancha metálica en la que el preso apoyaría los pies, y a la plancha se adosó un cable grueso. Del techo colgaba otro cable que se podía conectar a la varilla metálica acoplada al casco con que iban a cubrirle la cabeza. Una vez hecha esta conexión habría llegado la hora para Duncan Warner.

Esperamos al reo en medio de un silencio solemne. Los ingenieros estaban un poco pálidos y no paraban de toquetear los cables con impaciencia. Hasta el endurecido alguacil parecía inquieto, porque este modo de fulminar la carne y la sangre era una cosa muy distinta de un simple ahorcamiento. Los periodistas, por su parte, se habían puesto más blancos que las sábanas que tenían delante. El único que no daba muestras de verse afectado por los preparativos era el alemán chiflado, que se paseaba con una sonrisa en los labios y un brillo pícaro en los ojos. En más de una ocasión llegó al extremo de soltar una carcajada, hasta que el capellán le reprendió severamente por esta frivolidad tan inoportuna.

—¿Cómo puede perder las formas hasta el punto de mofarse de la muerte, señor Stulpnagel?

El alemán no se inmutó.

—Si fuera a presenciar una muerte, no me mofaría, pero como no va a ser el caso puedo hacer lo que me plazca.

Esta displicente contestación estuvo a punto de dar pie a otra severa reprimenda del capellán, pero justo en ese momento se abrió la puerta y entró Duncan Warner conducido por dos guardias. Echó un vistazo con gesto inexpresivo, siguió adelante sin titubear y se sentó en la silla.

—¡Enchufen! —dijo.

Era una crueldad prolongar su angustia. El capellán murmuró unas pocas palabras al oído de Warner, el ayudante le puso el casco en la cabeza, y entonces, mientras todos aguantábamos la respiración, se conectó el cable al metal.

—¡Caramba! —exclamó Duncan Warner.

Había dado un bote en la silla al recibir la violenta descarga en todo el cuerpo. Pero no estaba muerto. Al contrario, le brillaban los ojos mucho más

que antes. Únicamente se había producido un cambio, aunque era de lo más curioso. El color negro del pelo y la barba del preso había desaparecido como desaparece la sombra de un paisaje. Tanto el pelo como la barba estaban blancos como la nieve. Por lo demás no se observaba ningún signo de deterioro. Duncan Warner tenía la piel suave, tersa y lustrosa como un niño.

El alguacil dirigió a los miembros del comité una mirada de reproche.

—Parece que algo ha fallado, caballeros.

Los tres hombres prácticos nos miramos unos a otros.

Peter Stulpnagel sonrió con aire pensativo.

—Yo diría que hace falta una más —sugerí.

De nuevo se conectó el cable y de nuevo saltó y gritó Duncan Warner en la silla, aunque de no haber sido porque seguía sentado lo cierto es que ninguno de nosotros lo habría reconocido. El pelo y la barba se desprendieron en un segundo, dejando el cuarto como una barbería un sábado por la noche. Ahí estaba, con los ojos todavía brillantes y la piel radiante y luminosa de un hombre con perfecta salud aunque calvo como un queso de bola y sin rastro siquiera de pelusa en el mentón. Empezó a girar un brazo, despacio y con prudencia al principio, hasta que poco a poco fue ganando confianza.

—Esta articulación ha vuelto locos a la mitad de los médicos de la cuenca del Pacífico —dijo— y ahora está como nueva. El brazo está flexible como una palmeta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el alemán.

—Como nunca en la vida —contestó Duncan Warner alegremente.

La situación era lamentable. El policía estaba furioso con el comité. Peter Stulpnagel se reía y se frotaba las manos. Los ingenieros se rascaban la cabeza y el preso calvo seguía girando el brazo muy contento.

—Creo que otra descarga más… —empezó a decir el presidente.

—No, señor —le interrumpió el alguacil—. Ya es suficiente ridículo para una sola mañana. Hemos venido a ejecutar a un condenado y eso vamos a hacer.

—¿Qué propone?

—Hay un gancho en el techo que nos viene muy bien. Que traigan una cuerda y pronto habremos resuelto el asunto.

Hubo otro incómodo retraso mientras los guardias iban a por la cuerda. Peter Stulpnagel se inclinó para susurrar algo en el oído de Duncan Warner. El forajido lo miró con un gesto de sorpresa.

—¿No me diga? —preguntó.

El alemán asintió.

—¡Cómo! ¿Imposible?

Peter negó con la cabeza, y los dos se echaron a reír como si hubieran compartido un chiste genial.

Trajeron la cuerda y fue el propio policía quien ató la soga alrededor del cuello del criminal. Luego, entre los dos guardias, el ayudante y él columpiaron a la víctima en el aire. Media hora lo tuvieron colgado del techo, ofreciendo un truculento espectáculo. Por fin, en solemne silencio, lo descolgaron mientras uno de los guardias iba a pedir la caja para llevárselo. Pero cuál sería nuestro asombro al ver que, en el mismo instante de pisar el suelo, Duncan Warner se llevaba las manos al cuello, aflojaba la lazada y aspiraba profundamente.

—El negocio de Paul Jefferson va muy bien —dijo—. He visto a la gente haciendo cola desde ahí —añadió, señalando el gancho del techo.

—¡Subidlo otra vez! —gritó el alguacil—. Hay que quitarle la vida como sea.

Al momento, la víctima volvía estar en el aire y colgada del gancho.

Así lo tuvieron otra hora, pero cuando lo bajaron seguía tan campante.

—El viejo Plunket va demasiado al salón Arcady —dijo—. Tres veces ha entrado en una hora, y eso que tiene familia. Más le valdría dejar la bebida.

Era increíble, era monstruoso, pero así era. No había forma. Seguía hablando como si nada cuando debería estar muerto. Nos quedamos boquiabiertos, pero Carpenter, alguacil de Estados Unidos, no era de los que se achantan fácilmente. Apartó a los demás del condenado.

—Duncan Warner —le dijo despacio—, tú estás aquí para cumplir tu parte y yo para cumplir la mía. Tú te empeñas en vivir si es posible, y yo me empeño en cumplir la sentencia judicial. Nos has ganado con la electricidad. Lo reconozco. Y nos has ganado con la horca, porque parece que te sienta de maravilla. Pero tengo que cumplir con mi deber y ahora me toca ganar a mí.

Se sacó de la chaqueta un revólver de seis balas y vació el cargador en el cuerpo de Warner. La humareda fue tan grande que por unos momentos fue imposible ver nada pero, al disiparse el humo, el reo seguía en pie, mirándose con fastidio la pechera de la chaqueta.

—Las chaquetas serán baratas en su pueblo —dijo—. Esta me costó treinta dólares, y mire cómo me la ha dejado. Por si no bastara con los seis agujeros de delante, cuatro balas han salido por detrás y debo de tener la espalda hecha una pena.

El alguacil soltó el revólver y bajó los brazos como un hombre derrotado.

—No sé si alguno de ustedes puede explicarme esto, caballeros —dijo, mirando con impotencia a los miembros del comité.

Peter Stulpnagel dio un paso al frente.

—Yo se lo explicaré.

—Parece que es el único que entiende algo.

—Soy el único que entiende algo. Intenté advertir a estos caballeros pero, viendo que se negaban a escucharme, decidí dejar que aprendiesen de la experiencia. Lo que han hecho con la electricidad es aumentar la vitalidad de este hombre tanto como para que pueda desafiar a la muerte durante siglos.

—¡Siglos!

—Sí, tardará cientos de años en consumir la enorme cantidad de energía nerviosa que le han transmitido. La electricidad es vida, y lo han cargado ustedes de vida al máximo. Quizá dentro de cincuenta años puedan ejecutarlo, aunque no soy demasiado optimista.

—¡Caramba! Y ¿qué hago con él? —exclamó el abrumado alguacil.

Peter Stulpnagel se encogió de hombros.

—Creo que lo que haga con él ahora tiene poca importancia.

—A lo mejor podemos vaciarlo de electricidad. ¿Y si lo colgáramos de los pies?

—No, no, no sirve de nada.

—Bueno, de todos modos, no seguirá cometiendo fechorías en Los Amigos —contestó el alguacil con decisión—. Lo llevaremos a la nueva prisión. La prisión le agotará las fuerzas.

—Al contrario —dijo Peter Stulpnagel—, yo creo que es mucho más probable que sea él quien agote las fuerzas de la prisión.

El fiasco fue monumental, y hasta pasados muchos años evitamos hablar de él siempre que nos fue posible, pero, como ya no es ningún secreto, pensé que quizá quisieran incluir los hechos en el registro de casos clínicos.

EL CASO DE LADY SANNOX

(1893)

Las relaciones entre Douglas Stone y la famosa lady Sannox eran bien conocidas tanto en los círculos elegantes en los que ella brillaba con luz propia como en los medios científicos en los que él figuraba entre sus más ilustres *confrères*. Es natural, por tanto, que el anuncio de que la dama en cuestión había tomado el velo para siempre y el mundo no volvería a verla nunca más, suscitara un interés generalizado cierta mañana. Cuando a la zaga de este rumor se supo con certeza que el célebre cirujano, el hombre de los nervios de acero, había sido encontrado por su mayordomo sentado a un lado de la cama y sonriendo plácidamente al universo, con las dos piernas embutidas en la misma pernera de los pantalones y el valor de su extraordinario cerebro reducido al de una gorra llena de gachas, el caso se reveló con el poder suficiente para acaparar la atención de personas con un sistema nervioso exhausto que nunca hubieran imaginado que este llegara a agitarse de semejante manera.

Douglas Stone fue en su apogeo uno de los hombres más notables de Inglaterra. En realidad, difícilmente se podía decir que hubiera llegado a alcanzar su apogeo, ya que en el momento de producirse el incidente tenía solo treinta y nueve años. Quienes mejor lo conocían sabían que, a pesar de su fama como cirujano, habría podido triunfar incluso más deprisa en otra decena de profesiones. Habría podido encontrar el camino de la fama como soldado, luchar por ella como explorador, conquistarla con intimidación en los tribunales o construirla con hierro y piedra como ingeniero. Había nacido para ser grande, porque era capaz de planificar lo que otros hombres no se atrevían a hacer y de hacer lo que otros hombres no se atrevían a planificar. En el campo de la cirugía no había nadie capaz de estar a su altura. Su serenidad, su criterio y su intuición eran un caso aparte. Una y otra vez, su bisturí seccionaba la muerte aunque para ello tuviera que rozar las mismas fuentes de la vida, hasta tal punto que sus ayudantes se ponían tan blancos como el propio paciente. El recuerdo de su energía, su audacia y su seguridad… ¿no sigue aún vivo al sur de Marylebone Road y al norte de Oxford Street?

Sus vicios eran tan extraordinarios como sus virtudes e infinitamente más pintorescos. Siendo sus ingresos sustanciales, pues ocupaba el tercer puesto entre los profesionales londinenses, estaban muy por debajo del lujo con que vivía. En las profundidades de su complicado carácter había una abundante veta de sensualidad a cuyo disfrute destinaba todas sus ganancias. La vista, el oído, el tacto, el paladar, todos eran sus amos. Transformaba sus entradas constantes de dinero en el *bouquet* de los vinos añejos, la fragancia de extrañas flores exóticas o las curvas y los tintes de la cerámica más exquisita de Europa. Y un buen día surgió su pasión desenfrenada y repentina por lady Sannox, que un solo encuentro con dos miradas provocativas y una palabra susurrada bastó para encender. Lady Sannox era la mujer más hermosa de Londres y la única para él. Él era uno de los hombres más atractivos de Londres, pero no el único para ella. Ella era aficionada a buscar nuevas experiencias y complaciente con la mayoría de los hombres que la cortejaban. Se desconoce si esto era causa o consecuencia de que lord Sannox aparentase cincuenta años, a pesar de que solo tuviera treinta y seis.

Lord Sannox era un hombre tranquilo, callado y ecuánime, de labios finos y párpados caídos, entregado a la jardinería y lleno de costumbres hogareñas. En cierta época de su vida se había inclinado por el arte dramático, hasta llegó a alquilar un teatro en Londres, y en su escenario había visto por primera vez a la señorita Marion Dawson, a quien ofreció su mano, su título y la tercera parte de un condado. Después de casarse, esta afición se volvió desagradable para él. Ni siquiera en ambientes privados era ya posible persuadirlo para que ejercitase el talento que en numerosas ocasiones había demostrado tener. Era más feliz con una pala y una regadera, entre sus orquídeas y sus crisantemos.

El dilema de si había perdido el juicio por completo o si sufría de una desesperante falta de espíritu suscitaba un hondo interés. ¿Estaba al tanto de las actividades de su mujer y las consentía, o estaba simplemente ciego y embobado por ella? La cuestión se debatía delante de una taza de té en acogedores salones, o con ayuda de un cigarro en los miradores de los clubs. Su conducta era objeto de implacables y crueles comentarios entre los hombres. Solamente uno de ellos tenía buenas palabras para él, y era el más callado de toda la sala de fumadores. Había visto a lord Sannox domar a un caballo en la universidad, y al parecer le había impresionado.

Pero, cuando Douglas Stone se convirtió en el favorito, todas las dudas sobre el conocimiento o la ignorancia de lord Sannox se disiparon para siempre. No había subterfugio en Stone, que con su ímpetu y prepotencia habituales despreciaba toda cautela y discreción. El escándalo cobró

notoriedad. Un académico insinuó que su nombre se había tachado de la lista de vicepresidentes. Dos amigos le imploraron que tuviera en cuenta su prestigio profesional. Stone los maldijo a los tres y se gastó cuarenta guineas en un brazalete con el que agasajar a su señora. Ella subía todas las tardes al coche de Stone y él iba todas las noches a su casa. Ninguno de los dos intentó ocultar sus relaciones, hasta que un incidente vino a interrumpirlas.

Era una desapacible noche de invierno, muy fría y con un viento racheado que gemía en las chimeneas y azotaba las ventanas. A cada embestida del vendaval, la lluvia salpicaba el cristal con un ruido que enmudecía momentáneamente el goteo de los canalones. Douglas Stone había terminado de cenar y estaba en su estudio, sentado junto a la chimenea, con un vaso de excelente oporto en la mesa de malaquita que tenía al lado. Al llevarse el vaso a los labios, lo puso a contraluz y examinó con ojo experto los posos diminutos que flotaban en el fondo del líquido de color rubí. El fuego, al llamear, proyectaba un resplandor inquieto en las facciones enérgicas y bien delineadas, con los ojos grises muy abiertos, los labios carnosos aunque firmes, y la mandíbula cuadrada, con algo de romano en su fuerza y animalidad. De vez en cuando sonreía, recostado en su lujosa butaca. A decir verdad, tenía motivos para estar muy contento porque, en contra del consejo de seis colegas, ese día había practicado una operación de la que únicamente se guardaba registro de dos casos y el resultado había superado todas las expectativas. Nadie más en Londres habría tenido la osadía de planificar una hazaña tan heroica ni la habilidad para ejecutarla.

Pero le había prometido a lady Sannox que iría a verla esa noche, y ya eran más de las ocho y media. Había alargado la mano para tocar la campanilla y pedir el coche cuando oyó el golpe del picaporte en la entrada. Al instante, un rumor de pasos cruzó el vestíbulo y la puerta se cerró bruscamente.

—Un paciente ha venido a verlo, señor. Está en la consulta —anunció el mayordomo.

—¿Es para él?

—No, señor. Creo que necesita que vaya usted con él.

—Es demasiado tarde —protestó Douglas Stone—. No pienso ir.

—Esta es su tarjeta, señor.

El mayordomo se la ofreció en la bandeja de oro que la mujer de un primer ministro le había regalado al doctor Douglas.

—Hamil Ali, Esmirna. ¡Hum! Es turco, supongo.

—Sí, señor. Parece extranjero, señor. Y está muy alterado.

—¡Qué fastidio! Tengo un compromiso. Tengo que salir. Pero lo recibiré. Tráigalo aquí, Pim.

Momentos después, el mayordomo abría la puerta y hacía pasar a un hombre encogido y decrépito, que andaba con la espalda doblada, la cara estirada hacia delante y el parpadeo característico de quien es extremadamente corto de vista. Tenía la piel morena y el pelo y la barba de un color negro intenso. En una mano sostenía un turbante de muselina blanca con rayas rojas y en la otra una bolsita de gamuza.

—Buenas noches —dijo Douglas Stone cuando el mayordomo ya había cerrado la puerta—. Supongo que habla usted inglés.

—Sí, señor. Vengo de Asia menor pero puedo hablar inglés si hablo despacio.

—Me han dicho que quiere usted que lo acompañe.

—Sí señor. Necesito que atienda a mi mujer.

—Podría ir mañana a primera hora, pero tengo un compromiso que me impide atenderla esta noche.

La respuesta del turco fue curiosa. Tiró del cordón que cerraba la bolsa de gamuza y derramó una cascada de oro sobre la mesa.

—Eso son cien libras —dijo—, y le prometo que no tardará más de una hora. Tengo un coche esperando en la puerta.

Douglas Stone miró el reloj. Dentro de una hora aún estaría a tiempo de hacer su visita a lady Sannox. Había pasado más tarde otras veces. Y los honorarios eran extraordinarios. Sus acreedores lo acosaban últimamente a todas horas, y no podía perder una oportunidad así. Iría.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—¡Ah, es un caso muy triste! Quizá no haya oído hablar de las dagas de los almohades.

—Nunca.

—Son unas dagas orientales, muy antiguas y raras, con la empuñadura parecida a lo que ustedes llaman un estribo. Me dedico a comprar y vender objetos curiosos, y por eso he venido de Esmirna, pero vuelvo a casa la semana que viene. He traído muchas cosas y aún me quedan algunas por vender, aunque entre ellas, por desgracia, hay una de esas dagas.

—Le recuerdo que tengo una cita, señor —señaló el cirujano con cierta irritación—. Por favor, limítese a los detalles necesarios.

—Pronto verá que es necesario. Mi mujer ha sufrido hoy un desmayo en la habitación donde guardo mis mercancías, y se ha cortado el labio inferior con esa maldita daga de los almohades.

—Comprendo. —Douglas Stone se puso en pie—. ¿Y quiere usted que le cure la herida?

—No, es algo peor.

—¿Qué, entonces?

—Esas dagas están envenenadas.

—¡Envenenadas!

—Sí, y no hay hombre, en Oriente ni Occidente, que pueda decir cuál es el veneno o cuál su remedio. Yo sé todo lo que se sabe hasta hoy de ese veneno, porque mi padre se dedicó a este oficio antes que yo y hemos tenido que vérnoslas muchas veces con esas armas envenenadas.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Sueño profundo, y la muerte en cuestión de treinta horas.

—Y dice usted que no se conoce el remedio. Entonces ¿por qué me paga una suma tan considerable?

—Ningún medicamento puede salvarla; el bisturí tal vez.

—¿Cómo?

—Es un veneno de absorción lenta. Permanece horas en la herida.

—Y ¿no basta con lavarla o limpiarla?

—Es poco más grande que la picadura de una serpiente. Demasiado sutil y mortal.

—En ese caso habría que extirpar.

—Eso es. Si fuera en el dedo, habría que amputarlo. Eso decía siempre mi padre. Pero piense dónde se encuentra esta herida, y que se trata de mi mujer. ¡Es horrible!

La familiaridad con situaciones de semejante tristeza puede embotar la compasión de un hombre. Para Douglas Stone, aquel se había convertido ya en un caso interesante, de ahí que considerara irrelevantes las débiles objeciones del marido.

—Al parecer se trata de eso o nada —contestó con sequedad—. Es mejor perder un labio que perder la vida.

—Sí, sé que tiene usted razón. Bueno, es cosa del destino, y hay que aceptarlo. El coche nos espera. Venga usted conmigo y haga lo que tenga que hacer.

Douglas Stone sacó su estuche de bisturíes de un cajón, y se lo guardó en el bolsillo con un rollo de venda y una gasa. No podía perder más tiempo si quería ver a lady Sannox.

—Estoy listo —dijo mientras se ponía el abrigo—. ¿Quiere un vaso de vino antes de salir al aire frío?

El turco declinó la invitación levantando una mano a modo de protesta.

—Olvida usted que soy musulmán y un fiel seguidor del profeta. Pero, dígame, ¿qué es ese frasco de cristal verde que se ha guardado en el bolsillo?

—Es cloroformo.

—Ah, eso también lo tenemos prohibido. Es alcohol, y nosotros no tomamos esas cosas.

—¿Cómo dice? ¿Va a permitir que su mujer se someta a una operación sin anestesia?

—¡Ah! La pobrecilla no sentirá nada. Ya ha caído en el sueño profundo que es el primer efecto del veneno. Y además le he dado un poco de nuestro opio de Esmirna. Vamos, señor, porque ya ha pasado una hora.

Cuando salieron a la oscuridad de la calle, una lámina de lluvia les golpeó en la cara, y la lámpara del vestíbulo, que colgaba del brazo de una cariátide de mármol, se apagó con un chisporroteo. Pim, el mayordomo, tuvo que empujar la puerta con el hombro para vencer la fuerza del viento mientras los dos hombres se alejaban hacia el resplandor amarillo que señalaba el emplazamiento del coche. No tardaron en ponerse en camino.

—¿Está lejos? —preguntó Douglas Stone.

—No, no. Tenemos una casita muy tranquila, muy cerca de Euston Road.

El médico pulsó el resorte de la campanilla de su reloj para oír los leves tintineos que le indicaban la hora. Eran las nueve y cuarto. Calculó la distancia y el escaso tiempo que tardaría en practicar una operación tan trivial. A las diez podría estar en casa de lady Sannox. Por las ventanillas empañadas veía pasar las farolas, como si bailaran, y el resplandor ocasional y más intenso de algún escaparate. Llovía a cántaros; el ruido en la capota de cuero del coche era atronador y las ruedas salpicaban agua y barro al atravesar los charcos. En el asiento contrario, el turbante blanco de su compañero relucía ligeramente en la oscuridad. El cirujano se palpó los bolsillos y preparó agujas, ligaduras y pinzas de seguridad, para no perder tiempo a su llegada.

La impaciencia le hacía dar golpecitos con los pies en el suelo.

El coche se detuvo por fin en el bordillo de la acera. En un segundo, Douglas Stone había salido y el mercader de Esmirna le pisaba los talones.

—Espere aquí —le indicó al cochero.

Era una casa de aspecto humilde en un callejón estrecho y sórdido. Douglas Stone, que conocía muy bien su Londres, echó un vistazo en la oscuridad y no vio nada especial: ni tienda, ni movimientos; solo una doble hilera de viviendas con una fachada anodina y lisa, un doble tramo de adoquines que brillaban en la penumbra, y un doble chorro de agua que caía

de los canalones y formaba remolinos y corría hacia las rejas de las alcantarillas. La puerta que tenían delante estaba abombada y descolorida, y la luz tenue del tragaluz en forma de abanico iluminaba el polvo y la mugre que lo cubría. Arriba, en una de las ventanas del dormitorio, se vislumbraba un débil resplandor amarillo. El comerciante llamó a golpes y, al volver la cara morena hacia la luz, Douglas Stone vio su gesto tenso y angustiado. Se retiró un cerrojo, y una mujer mayor con una vela apareció en el umbral, protegiendo la llama fina con una mano sarmentosa.

—¿Va todo bien? —preguntó el turco.

—Sigue igual que cuando usted la dejó, señor.

—¿No ha dicho nada?

—No, está profundamente dormida.

El comerciante cerró la puerta, y Douglas Stone echó a andar por el pasillo estrecho, mirando a un lado y a otro con ligera sorpresa. No había hule, ni alfombrilla ni perchero. Allá donde mirase encontraba una densa capa de polvo gris y enormes festones de telarañas. El eco de sus pasos resonaba con fuerza en el silencio de la casa mientras subía por la escalera de caracol detrás de la mujer. No había alfombra.

El dormitorio estaba en la segunda planta. Douglas Stone siguió a la enfermera hasta la puerta, con el comerciante a la zaga. Allí por fin había muebles, y en abundancia. El suelo estaba alfombrado y los rincones abarrotados de armarios turcos, mesas de taracea, armaduras de cota de malla, pipas extrañas y armas grotescas. Una única lamparilla colgaba de un soporte en la pared. Douglas Stone la cogió para abrirse camino en la penumbra hasta una cama que había en una esquina, donde estaba tendida una mujer con pañuelo en la cabeza y velo, al estilo turco. La parte inferior de la cara quedaba al descubierto, y el cirujano vio un corte en zigzag y con los bordes irregulares a lo largo del labio inferior.

—Disculpe el velo —dijo el turco—. Ya conoce usted nuestra opinión de la mujer en Oriente.

Pero el médico no estaba pensando en el velo. Lo que tenía delante ya no era para él una mujer. Era un caso. Se inclinó para examinar la herida atentamente.

—No hay signos de infección —dijo—. Podemos retrasar la operación hasta que se observen síntomas localizados.

El turco se retorció las manos con una agitación incontenible.

—¡No, señor! No le reste importancia. Usted no sabe lo que es esto. Es mortal. Yo lo sé, y le garantizo que es imprescindible intervenir. Solo el

bisturí puede salvarla.

—Aun así, soy partidario de esperar —contestó Douglas Stone.

—Se acabó. —El turco perdió los estribos—. Cada minuto es decisivo, y no puedo quedarme aquí parado viendo cómo se consume mi mujer. Le agradezco que me haya acompañado. Voy a buscar a otro cirujano antes de que sea demasiado tarde.

Douglas Stone dudó. Reembolsar las cien libras no le hacía gracia, y era evidente que si dejaba el caso tenía que devolver el dinero. Además, si el turco estaba en lo cierto y la mujer moría, podía verse en una situación muy delicada con el forense.

—¿Usted ha tenido alguna experiencia personal con este veneno? —preguntó.

—Así es.

—Y me asegura que la operación es indispensable.

—Se lo juro por lo más sagrado.

—Quedará muy desfigurada.

—Comprendo que no será agradable besar esa boca.

Douglas Stone se volvió hacia el marido hecho una furia. La respuesta había sido brutal, pero el turco tenía su propio modo de expresarse y de pensar, y no había tiempo para discutir. Sacó un bisturí del estuche, lo abrió y pasó el dedo índice por el filo. Luego acercó la lámpara a la cama. Dos ojos oscuros lo miraban a través de la abertura del velo. Eran todo iris y la pupila apenas se veía.

—Le ha dado una dosis de opio muy fuerte.

—Sí, ha tomado una buena dosis.

Volvió a examinar aquellos ojos oscuros que miraban directamente a los suyos. Aunque estaban apagados y opacos, Stone detectó en ellos un destello fugaz seguido de un temblor en los labios.

—No está inconsciente del todo.

—¿No es mejor emplear el bisturí mientras no sienta dolor?

El médico había tenido el mismo pensamiento. Atenazó el labio herido con un fórceps y, con dos cortes rápidos, extirpó un trozo amplio con forma de V. La mujer dio un salto en la cama con un alarido aterrador. El velo se había caído del rostro. Douglas Stone conocía aquel rostro. A pesar de que el labio superior parecía ahora más prominente, a pesar de la sangre que resbalaba por la barbilla, conocía aquel rostro. La mujer no paraba de gritar y de llevarse la mano a los labios. Douglas Stone se sentó a los pies de la cama con el bisturí y el fórceps en la mano. La habitación le daba vueltas y oyó

algo parecido a una costura que estallara detrás de su oreja. Un testigo habría dicho que tenía peor cara que la mujer. Como en sueños, o como si estuviera viendo una obra de teatro, vio que el pelo y la barba del turco estaban encima de la mesa, y a lord Sannox, apoyado en la pared, con una mano en el costado y riendo en silencio. La mujer había dejado de gritar y la horrenda cabeza volvía ahora a reposar sobre la almohada, pero Douglas Stone seguía paralizado y lord Sannox riendo sin hacer ruido.

—Esta operación era muy necesaria para Marion —dijo—. No física, pero sí moralmente, ya lo sabe usted. Moralmente.

Douglas Stone se inclinó hacia delante y empezó a juguetear con los flecos de la colcha. Soltó el cuchillo, que cayó al suelo tintineando, pero siguió sujetando con la otra mano el fórceps y algo más.

—Hace tiempo que me propuse dar ejemplo —dijo lord Sannox—. La nota que envió usted el miércoles se extravió, y la tengo aquí, en mi libreta. Me ha costado mucho llevar a cabo el plan. La herida, por cierto, es consecuencia de algo tan poco peligroso como mi anillo.

Sin apartar la mirada de su silencioso compañero, amartilló el revólver pequeño que llevaba en el bolsillo del abrigo. Pero Douglas Stone seguía jugueteando con la colcha.

—Ya ve que al final no ha faltado a su cita —añadió lord Sannox.

Y entonces Douglas Stone se echó a reír. Se rió a carcajadas, un buen rato. Sin embargo, lord Sannox ahora no se reía. Algo parecido al temor afiló y endureció sus facciones. Salió de la habitación de puntillas. La enfermera esperaba en el pasillo.

—Atienda a su señora cuando se despierte —le indicó lord Sannox.

Dicho esto bajó a la calle. El coche seguía en la puerta y el cochero se llevó una mano al sombrero.

—John —dijo lord Sannox—. Lleva al doctor Stone a casa primero. Creo que va a necesitar ayuda para bajar las escaleras. Dile a su mayordomo que ha caído enfermo atendiendo un caso.

—Muy bien, señor.

—Después lleva a casa a lady Sannox.

—¿Y usted, señor?

—Mi dirección, en los próximos meses, será el Hotel di Roma, en Venecia. Ocúpate de que me envíen allí la correspondencia. Y pídele a Stevens que exhiba los crisantemos morados en el concurso, el lunes que viene, y que me envíe un telegrama con el resultado.

EL SEÑOR DE CHÂTEAU NOIR

(1894)

Ocurrió en los tiempos en que el ejército alemán había atravesado Francia y obligado a las maltrechas tropas de la joven república a replegarse al norte del Aisne y al sur del Loira[128]. Tres amplios contingentes de hombres armados habían avanzado lenta pero imparablemente desde el Rin, como un río, unas veces hacia el norte, otras hacia el sur, dividiéndose y confluyendo hasta desembocar en un gran lago alrededor de París. Y de este lago manaban ríos más pequeños, uno hacia el norte, otro hacia Orleans, al sur, y un tercero al oeste, hacia Normandía. Más de un soldado alemán vio el mar por primera vez, en Dieppe, cuando se hundió con su caballo entre las olas hasta la altura de la cincha.

El humor de los franceses se volvió amargo y pesimista cuando este estigma de deshonor desfiguró como una cuchillada el hermoso rostro de su país. Habían luchado y habían sido derrotados. Una y otra vez habían intentado plantar cara a aquella caballería compacta como un enjambre, a aquellos innumerables soldados de infantería y a los imponentes cañones. En batallones, sus invasores eran invencibles, pero en el cuerpo a cuerpo, o de diez en diez, estaban igualados. Un francés valiente todavía era capaz de conseguir que un alemán se lamentara de haber cruzado a la otra orilla del Rin. Así, sin que se mencionara entre las batallas y los cercos, estalló otra guerra, una guerra de individuos, con abyectos asesinatos por parte de un bando y brutales represalias por parte del otro.

El coronel von Gramm, del 24.º Regimiento de Infantería de Posen, había sufrido un severo revés cuando las cosas tomaron este rumbo. Ostentaba el mando en la pequeña ciudad normanda de Les Andelys, y tenía puestos de avanzada desplegados entre las granjas y aldeas de todo el distrito. A pesar de que ningún soldado francés podía acercarse a más de sesenta kilómetros de su cuartel, día tras día le llegaban informes de centinelas a los que se había encontrado muertos en su puesto de vigilancia o de grupos de exploradores que no habían regresado. Entonces el coronel descargaba su ira, y empezaban a arder caseríos y a temblar los pueblos, pero a la mañana siguiente el parte volvía a ser nefasto. Hiciera lo que hiciera, no lograba quitarse de encima a

sus enemigos invisibles. Lo cierto es que no tendría que haberle resultado tan difícil, pues, a la vista de ciertos rasgos en común, tanto en su planificación como en su ejecución, era evidente que todos los ataques venían de la misma fuente.

El coronel von Gramm había probado a responder con violencia y había fracasado. El dinero quizá tuviera más éxito. Difundió por toda la campiña que se ofrecían quinientos francos a quien facilitara información. No hubo respuesta. Subió a ochocientos. Los campesinos eran incorruptibles. Después, incitado por el asesinato de un cabo, subió a mil, y con eso compró el alma de François Rejane, agricultor, en quien la avaricia normanda era una pasión más fuerte que el odio francés.

—¿Dice usted que sabe quién ha cometido los crímenes? —preguntó el coronel prusiano, observando con desprecio al hombre con blusón azul y cara de rata que tenía delante.

—Sí, coronel.

—Y ¿quién fue?

—Esos mil francos, coronel…

—Ni un céntimo hasta que se compruebe que dices la verdad. ¡Vamos! ¿Quién ha asesinado a mis hombres?

—Es el conde Eustace de Château Noir.

—¡Mientes! —bramó el coronel—. Un caballero y un aristócrata como él no puede haber cometido crímenes semejantes.

El campesino se encogió de hombros.

—Es evidente que usted no conoce al conde. Es así, coronel. Le digo la verdad, y no tengo miedo a que la ponga a prueba. El conde de Château Noir es un hombre duro: incluso en los mejores tiempos era un hombre duro, y últimamente se ha vuelto terrible. Fue por la muerte de su hijo. Su hijo estaba a las órdenes del general Douay, se lo llevaron prisionero y murió intentando huir de Alemania. Era el único hijo del conde, y la verdad es que todos creemos que eso le ha vuelto loco. Sigue a las tropas alemanas con sus campesinos. No sé a cuántos habrá matado, pero es él quien les graba a cuchillo una cruz en la frente, porque es el emblema de su casa.

Era cierto. Todos los centinelas asesinados tenían un sautor en la frente, hecho probablemente con un cuchillo de caza. El coronel dobló la espalda rígida y recorrió con un dedo el mapa que tenía encima de la mesa.

—El Château Noir no está a más de cuatro leguas —dijo.

—A poco más de tres, coronel.

—¿Lo conoce?

—He trabajado allí.

El coronel von Gramm tocó la campanilla.

—Dad de comer a este hombre y detenedlo —le ordenó al sargento.

—¿Detenerme, por qué, coronel? No puedo decirle nada más.

—Lo necesitamos como guía.

—¡Como guía! Pero… ¿y el conde? ¿Qué sería de mí si cayera en sus manos?

El coronel prusiano le hizo señas para que se marchara.

—Que venga el capitán Baumgarten ahora mismo —dijo.

El oficial que obedecía las órdenes era un hombre de mediana edad, mandíbula angulosa y ojos azules, con un bigote amarillo y rematado en curva y la cara del color de un ladrillo rojo que se volvía blanca como el marfil en la parte protegida por el casco. Estaba calvo y tenía el cráneo terso y reluciente, de ahí que la broma favorita de los subalternos fuera la de atusarse los bigotes en él mirándolo por detrás como si fuera un espejo. Como soldado era lento aunque valiente y de fiar. El coronel confiaba en él en circunstancias en que un oficial más impetuoso podía verse en peligro.

—Irá usted a Château Noir esta noche, capitán —le anunció—. Se le facilitará un guía. Tiene que detener al conde y traerlo aquí. Si alguien intentara rescatarlo, dispare de inmediato.

—¿Cuántos hombres puedo llevar, coronel?

—Bueno, estamos rodeados de espías, y nuestra única oportunidad es sorprenderlo antes de que sepa que estamos en camino. Un grupo numeroso llamaría la atención. Por otro lado, no podemos correr el riesgo de que nos ataquen.

—Podría ir hacia el norte, coronel, como si fuera a reunirme con el general Goeben, y bajar luego por esta carretera que veo aquí en el mapa para llegar a Château Noir antes de que nadie se dé cuenta. En ese caso, veinte hombres…

—Muy bien, capitán. Espero verlo aquí con su prisionero mañana por la mañana.

Fue una fría noche de diciembre cuando el capitán Baumgarten partió de Les Andelys con sus veinte hombres de Posen y tomó la carretera principal hacia el noroeste. A poco más de tres kilómetros dio media vuelta por un camino estrecho y con rodadas profundas, y se encaminó rápidamente a su destino. Caía una llovizna fría que silbaba entre los altos álamos y murmuraba

en los campos a ambos lados. El capitán iba en cabeza con Moser, un sargento veterano. La muñeca del sargento iba atada a la del campesino francés, a quien habían susurrado al oído que, en caso de emboscada, la primera bala que se disparase sería para atravesarle la cabeza. Detrás de ellos, los veinte soldados de infantería avanzaban en la oscuridad con paso lento, la cara agachada para evitar la lluvia, y las botas chirriando en el barro húmedo y blando. Sabían adónde iban y por qué, y eso los animaba, pues estaban resentidos por sus camaradas asesinados. Sabían que la misión era más bien para la caballería, pero esta se había marchado con la avanzadilla y, además, parecía más procedente que fuera el regimiento quien vengase a sus muertos.

Eran cerca de las ocho cuando salieron de Les Andelys. A las once y media, el guía se detuvo delante de dos columnas altas y rematadas por algún motivo heráldico tallado en piedra, que flanqueaban una enorme verja de hierro. El muro en el que antiguamente se empotraba la verja se había desmoronado, pero esta aún descollaba sobre las zarzas y la maleza que invadía su base. Los prusianos la rodearon y continuaron sigilosamente a través del túnel que formaban las ramas de los robles a lo largo de la avenida, todavía cubierta de hojarasca del pasado otoño. En lo alto de la avenida se detuvieron a inspeccionar el terreno.

Estaban delante del castillo negro. La luna había asomado entre dos nubarrones y bañaba el antiguo edificio en sombra y luz plateada. La construcción tenía forma de L, con una puerta delantera baja y en arco y una serie de ventanas pequeñas como los ojos de buey de un buque de guerra. El tejado oscuro rompía las esquinas con torrecillas redondas adosadas a la fachada; y todo estaba en silencio a la luz de la luna y bajo el cielo ennegrecido por una masa de nubes con los bordes recortados. Una única luz brillaba en una de las ventanas del piso de abajo.

El capitán susurró las órdenes a sus hombres. Unos irían con sigilo a la puerta delantera y otros a la trasera. Unos vigilarían al este y otros al oeste. El sargento y él se acercaron de puntillas a la ventana iluminada.

Lo que vieron fue una sala pequeña y amueblada con austeridad. Un hombre mayor y vestido como un criado leía un papel hecho jirones a la luz de una vela chorreante. Estaba sentado en una silla de madera, con los pies encima de una caja y una botella de vino blanco y un vaso lleno hasta la mitad en un taburete a su lado. El sargento atravesó el cristal con la hoja de la bayoneta y el hombre se levantó de un salto y dando un grito.

—¡Silencio, por su vida! La casa está rodeada y no tiene escapatoria. Venga a abrirnos la puerta o no tendremos clemencia cuando entremos por la

fuerza.

—¡Por Dios, no disparen! ¡Ya abro! ¡Ya abro!

Salió precipitadamente con su papel todavía arrugado en la mano. Momentos después, con un chirrido de cerrojos viejos y un áspero roce de barras la puerta se abrió y los prusianos irrumpieron en el pasadizo pavimentado con losas de piedra.

—¿Dónde está el conde Eustace de Château Noir?

—¡El señor! Ha salido.

—¿Ha salido a estas horas de la noche? ¡Miente y perderás la vida!

—Es verdad, señor. ¡Ha salido!

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Qué está haciendo?

—No le sé decir. Es inútil que amartille la pistola. Aunque me mate no podrá obligarme a decir algo que no sé.

—¿Sale a menudo a esta hora?

—Con frecuencia.

—Y ¿a qué hora vuelve?

—Antes de que amanezca.

El capitán Baumgarten escupió un juramento en alemán. Había hecho el viaje en balde. Las respuestas de aquel hombre eran muy probablemente ciertas. Tendría que haberlo imaginado. De todos modos, al menos registraría la casa para asegurarse. Dejó un piquete vigilando en la puerta delantera y a otro en la trasera, mientras el sargento y él empujaban al tembloroso criado para que los guiase, a la luz parpadeante de una vela que proyectaba extrañas sombras inquietas sobre los tapices antiguos y los techos bajos con vigas de roble. Registraron la casa entera, desde la enorme cocina enlosada del piso de abajo hasta el comedor, en el segundo piso, con su galería para los músicos y sus paredes cubiertas de madera oscurecida por los años, sin ver un alma en ninguna parte. Arriba, en el desván, encontraron a Marie, la anciana mujer del mayordomo. El conde no tenía más criados, y de su propia presencia no había rastro.

Aun así, el capitán Baumgarten tardó un buen rato en darse por satisfecho. Era una casa difícil de registrar, con escaleras frágiles por las que solo se podía subir de uno en uno y un sinfín de tortuosos pasillos conectados entre sí. Los muros eran tan gruesos que las habitaciones estaban muy separadas unas de otras. En todas bostezaban enormes chimeneas, mientras que las ventanas se hundían casi dos metros en el muro. El capitán Baumgarten

pateaba habitaciones, descorría cortinas y golpeaba con la empuñadura de su espada. Si había algún escondite secreto, no tuvo la fortuna de encontrarlo.

—Tengo una idea —dijo por fin, dirigiéndose al sargento en alemán—. Ordene a uno de los nuestros que vigile a este hombre y se asegure de que no se comunica con nadie.

—Sí, capitán.

—Y que otros cuatro se embosquen delante y detrás del castillo. Es muy probable que el pájaro vuelva al nido al amanecer.

—¿Y los demás, capitán?

—Déjeles que cenen en la cocina. Este hombre os servirá carne y vino. Hace una noche de perros y estaremos mejor aquí que a campo abierto.

—¿Y usted, capitán?

—Yo cenaré aquí, en el comedor. Los troncos ya están listos y podemos encender la chimenea. Avíseme si alguien da la voz de alarma. Y tú, ¿qué puedes darme para cenar?

—Por desgracia, señor —dijo el criado—, en otra época le habría contestado: «Lo que usted quiera». Pero ahora como mucho encontramos una botella de clarete joven y una gallina.

—Con eso nos valdrá. Sargento, que un hombre lo acompañe y le haga sentir la punta de la bayoneta si intenta jugárnosla.

El capitán Baumgarten era un veterano. En las provincias orientales, y antes de eso en Bohemia, había aprendido el arte de acuartelarse en territorio enemigo. Mientras el mayordomo le llevaba la cena, se dedicó a hacer los preparativos necesarios para pasar una noche cómoda. Encendió el candelabro de diez velas que había en el centro de la mesa. La lumbre ya había prendido y, con un alegre chisporroteo, lanzaba llamaradas azules y envolvía la sala en un humo acre. El capitán fue a asomarse a la ventana. La luna había vuelto a esconderse y la lluvia caía con fuerza. Oía el suspiro profundo del viento y veía la forma imponente y oscura de los árboles, doblados todos hacia el mismo lado. La escena daba sabor a su cómodo refugio tanto como a la gallina fría y la botella de vino que le había traído el mayordomo. Cansado y hambriento por la caminata, el capitán tiró la espada, el casco y la cartuchera a una silla y se abalanzó ávidamente sobre la comida. Luego, con un vaso de vino delante y un cigarro entre los labios, inclinó la silla apoyándola en las patas traseras y miró a su alrededor.

Estaba sentado en un pequeño círculo de luz que brillaba en sus tirantes plateados y realzaba sus facciones de terracota, sus cejas densas y su bigote rubio. Pero fuera del círculo de luz las formas de las cosas eran vagas y

oscuras. Dos lados del comedor estaban revestidos con paneles de roble y otros dos con ajados tapices en los que aún se vislumbraba tenuemente a los cazadores y a sus perros persiguiendo a los ciervos. Encima de la chimenea había varias hileras de escudos heráldicos con el blasón de la familia y de sus alianzas, todos ellos con el fatídico sotuer.

Frente al fuego se veían cuatro cuadros de antiguos señores de Château Noir, todos ellos con la nariz ganchuda y unos rasgos muy marcados, tan parecidos los unos a los otros que solo el traje permitía distinguir al guerrero de las cruzadas del caballero que combatió en la guerra de la Fronda. El capitán Baumgarten, con pesadez de estómago y acomodado en la silla, los contemplaba entre las volutas de humo de tabaco mientras reflexionaba sobre la extraña casualidad que había llevado a un hombre de la costa báltica, como él, a cenar en el comedor ancestral de aquellos orgullosos señores normandos. Pero el fuego daba mucho calor y a él le pesaban los párpados. Poco a poco se le hundió la barbilla en el pecho y las diez velas se reflejaron en la calva amplia y blanca.

Un débil ruido le hizo levantarse de un salto. Por un momento, su cabeza aturdida tuvo la sensación de que uno de los cuadros de la pared se había escapado del marco. Al lado de la mesa y casi a un brazo de distancia, había un hombre enorme, inmóvil y callado, sin otro indicio de vida que un brillo en la mirada hostil. Tenía el pelo negro, la piel aceitunada, una barbita de chivo y una nariz imponente hacia la que parecían confluir todos sus rasgos. Las mejillas arrugadas parecían una manzana vieja, pero la amplitud de los hombros y las manos huesudas y compactas hablaban de una fuerza que los años no habían minado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa congelada en los labios.

—Por favor, no se moleste en buscar sus armas —dijo, viendo que el prusiano echaba un vistazo a la silla vacía donde las había dejado—. Ha sido usted un poco imprudente, si me permite la expresión, al instalarse tan cómodamente en una casa que oculta una colmena de pasadizos secretos detrás de cada muro. Le hará gracia saber que cuarenta hombres lo han estado vigilando mientras cenaba. ¡Ah! ¿Qué me dice a eso?

El capitán Baumgarten había dado un paso al frente con los puños apretados. El francés levantó el revólver que empuñaba con la mano derecha a la vez que sentaba al alemán de un empujón.

—Haga el favor de seguir sentado —dijo—. Y no es necesario que se preocupe por sus hombres. Ya se están encargando de ellos. Es increíble que con estos suelos de piedra apenas se oiga lo que pasa abajo. Queda usted

exonerado del mando y ahora solo tiene que pensar en sí mismo. ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Soy el capitán Baumgarten, del 24.º Regimiento de Posen.

—Su francés es excelente, aunque como la mayoría de sus compatriotas tiende a convertir la «p» en «b». Es muy gracioso oírlos cuando piden *biedad*. Sin duda sabe usted con quien está hablando.

—Con el conde de Château Noir.

—Exactamente. Habría sido una lástima que visitara mi castillo sin que yo pudiera cruzar unas palabras con usted. He tratado con bastantes soldados alemanes pero nunca con un oficial. Podría contarle muchas cosas.

El capitán Baumgarten estaba muy quieto. Aunque era un hombre valiente, había en la actitud del conde algo que le ponía la carne de gallina. Buscó sus armas con la mirada por todas partes pero se las habían llevado, y era consciente de que en el cuerpo a cuerpo sería poco más que un niño frente a aquel adversario gigantesco. El conde había cogido la botella de clarete y la estaba mirando a contraluz.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Esto es lo mejor que ha podido ofrecerle Pierre? Me avergüenza mirarlo a la cara, capitán Baumgarten. Tenemos que mejorar en este aspecto.

Llamó con un silbato que llevaba colgado de la chaqueta de caza. El criado se presentó al instante.

—¡Chambertin de la barrica 15! —ordenó, y en cuestión de minutos el mayordomo apareció con una botella gris cubierta de telarañas en los brazos como lleva una niñera a un niño de cuna. El conde llenó dos vasos hasta el borde.

—¡Beba! Es lo mejor de mis bodegas, y no hay nada igual entre Ruán y París. ¡Beba y disfrute, señor! Abajo hay fiambres y dos langostas recién traídas de Honfleur. ¿No querría una segunda cena más sabrosa?

El oficial alemán negó con la cabeza. Vació el vaso, eso sí, y su anfitrión volvió a llenarlo e insistió en que pidiera alguna exquisitez.

—No hay en mi casa nada que no esté a su disposición. No tiene más que decirlo. Bueno, permítame que le cuente una historia mientras se toma el vino. Hace tiempo que quiero contársela a algún oficial alemán. Es sobre mi hijo, mi único hijo, Eustace, a quien se llevaron prisionero y murió en un intento de fuga. Es una historia curiosa, y creo que puedo prometerle que nunca la olvidará.

»Debe saber, capitán Baumgarten, que mi hijo servía en el cuerpo de artillería y era un buen muchacho: el orgullo de su madre. Ella murió una

semana después de que nos llegara la noticia de la muerte de nuestro hijo. La trajo un oficial hermano que estuvo con él en todo momento y que logró escapar mientras mi hijo moría. Quiero contarle todo lo que me dijo.

»A Eustace lo capturaron en Weissenburg el 4 de agosto. Dividieron a los prisioneros en grupos y se los llevaron a Alemania por distintas rutas. El día 5 llegó a Lauterburg, un pueblo donde conoció la amabilidad del oficial alemán que estaba al mando. Este buen coronel invitó al hambriento muchacho a cenar, le ofreció lo mejor que tenía, descorchó una botella de buen vino, como acabo de hacer yo, y le dio un cigarro de su petaca personal. ¿Puedo pedirle que acepte usted uno de la mía?

De nuevo el alemán negó con la cabeza. El horror que le inspiraba su acompañante había aumentado en el rato que llevaba viendo aquella sonrisa en los labios y aquella mirada iracunda.

—El coronel, como digo, trató bien a mi hijo. Por desgracia, al día siguiente se llevaron a los prisioneros a Ettlingen, al otro lado del Rin. Allí no tuvieron la misma suerte. El oficial que los custodiaba era un villano y un rufián, capitán Baumgarten. Disfrutaba humillando y maltratando a los hombres valientes que habían caído en sus manos. Esa noche, cuando mi hijo respondió con rabia a alguna de sus provocaciones, le dio un golpe en el ojo, ¡así!

El puñetazo resonó en todo el salón. La cara del alemán cayó hacia delante y la sangre rezumó entre los dedos de la mano que había levantado. El conde tomó asiento una vez más.

—Mi hijo quedó desfigurado por el golpe, y aquel villano convirtió su aspecto en el blanco de sus burlas. Por cierto, ahora mismo tiene usted un aspecto algo cómico, capitán, y su coronel seguramente diría que ha estado usted haciendo alguna diablura. Pero continuemos. La juventud y la pobreza de mi hijo, porque tenía los bolsillos vacíos, despertaron la compasión de un comandante más amable, que le prestó diez napoleones de su propio bolsillo sin ninguna clase de garantía. En sus manos, capitán Baumgarten, deposito estas diez monedas de oro, dado que desconozco el nombre del prestamista. Le doy las gracias de todo corazón por esta deferencia que se tuvo con mi hijo.

»El vil tirano que estaba al mando de la escolta acompañó a los prisioneros hasta Durlach y de ahí a Carlsruhe. Sometió a mi hijo a toda clase de ultrajes, porque el espíritu de un Château Noir no se doblega olvidando su ira con fingida sumisión. Sí, ese cobarde villano, que algún día verá

coagularse la sangre de su corazón en esta mano, tuvo la osadía de abofetear a mi hijo, patearlo y arrancarle pelos del bigote: ¡así!, ¡así! y ¡así!

El alemán se encogió y opuso resistencia. Estaba indefenso en manos de aquel gigante que le asestaba una lluvia de golpes. Cuando, ciego y medio inconsciente, consiguió por fin ponerse en pie, el conde volvió a lanzarlo a la silla de roble, donde empezó a sollozar de rabia, impotencia y vergüenza.

—Mi hijo lloraba a menudo por las humillaciones que le infligieron —dijo el conde—. Ahora me comprenderá cuando le digo lo duro que es verse en manos de un enemigo insolente y despiadado. A su llegada a Carlsruhe, un joven subalterno bávaro, conmovido por las heridas que la brutalidad de su guardián le había infligido, le curó la cara. Siento ver que está sangrando por ese ojo. ¿Me permite que se lo vende con mi pañuelo de seda?

Se inclinó hacia delante, pero el alemán lo apartó con una mano.

—¡Estoy en tus manos, monstruo! Soportaré tu brutalidad pero no tu hipocresía.

El conde se encogió de hombros.

—Estoy siguiendo el orden en que ocurrieron las cosas —dijo—. Juré que se lo contaría al primer oficial alemán con el que pudiese hablar *tête-à-tête*. Veamos, habíamos llegado al oficial bávaro de Carlsruhe. Lamento muchísimo que no me permita hacer uso de mis modestos conocimientos de enfermería. En Carlsruhe encerraron a mi hijo en los antiguos barracones, y allí lo tuvieron dos semanas. Lo más doloroso de su cautiverio fue que algunos bellacos de la guarnición, hombres zafios, se burlaban de su situación cuando se sentaba por la noche al lado de la ventana. Eso me recuerda, capitán, que usted no está ahora precisamente en un lecho de rosas, ¿verdad? Ha venido aquí a dar caza a un lobo, amigo mío, y la bestia le ha clavado los colmillos en el cuello. Diría que también usted es padre de familia, viendo lo bien que llena la casaca. Bueno, una viuda más es una minucia, y normalmente tampoco siguen viudas demasiado tiempo. ¡Vuelve a tu silla, perro!

»En fin, sigamos con mi historia. Pasadas esas dos semanas mi hijo y su compañero se fugaron. Le ahorraré la descripción de los peligros que corrieron y las privaciones que soportaron. Baste decir que tuvieron que disfrazarse con la ropa de dos campesinos a quienes asaltaron en un bosque. Ocultándose de día y viajando de noche consiguieron entrar en Francia y llegar a Remilly, y cuando estaban a un kilómetro, solamente a un kilómetro, capitán, de cruzar las líneas alemanas, una patrulla de lanceros ulanos cayó

sobre ellos. ¡Ay! ¿Verdad que es duro que les pasara eso, después de haber llegado tan lejos y estar tan cerca de ponerse a salvo?

El conde tocó dos veces el silbato y tres campesinos mal encarados entraron en el comedor.

—Estos hombres harán el papel de mis ulanos —explicó el conde—. Pues bien, el capitán al mando, al ver que aquellos hombres eran soldados franceses vestidos de civiles dentro de las líneas alemanas, decidió ahorcarlos sin juicio y sin contemplaciones. Creo, Jean, que la viga del centro es la más resistente.

Arrastraron al desdichado alemán hasta la soga que habían colgado de una de las enormes vigas de roble que cruzaban el techo de lado a lado. El capitán notó la fuerza con que la soga le atenazaba el cuello después de que le pasaran la lazada por la cabeza. Los tres campesinos sujetaron la cuerda por el otro extremo mientras esperaban las órdenes del conde. El oficial, pálido aunque sereno, se cruzó de brazos y dirigió una mirada desafiante a su torturador.

—Ahora está cara a cara con la muerte, y veo por sus labios que está rezando. Mi hijo también estuvo cara a cara con la muerte y también rezó. Por lo visto apareció un general y se conmovió tanto al oír que el muchacho rezaba por su madre, porque él también era padre, que ordenó a sus ulanos que se retiraran y se quedó únicamente con su ayuda de campo junto a los condenados. Y cuando terminó de oír lo que el muchacho tenía que decir, que era el último descendiente de un linaje muy antiguo y que su madre estaba delicada de salud, soltó la soga, como suelto yo esta, y le besó en las mejillas, como yo le beso, y le pidió que se marchara, como yo se lo pido. Y ahora, que toda la bondad de ese noble general, aunque no bastó para aplacar la fiebre que se cobró la vida de mi hijo, caiga ahora sobre usted.

Y fue así como el capitán Baumgarten, desfigurado, ciego, sangrando y tambaleándose, se marchó bajo el viento y la lluvia de aquel crudo amanecer de diciembre.

LA TERCERA GENERACIÓN

(1894)

Scudamore Lane, el callejón que baja hacia el río justo desde detrás del Monumento al Gran Incendio de Londres, queda de noche a la sombra de dos muros negros y monstruosos que se alzan sobre el resplandor de las escasas farolas de gas. Las aceras son estrechas y la calzada pavimentada con adoquines redondeados convierte el paso incesante de los carros en un rugido como el de muchas olas rompiendo a la vez. Unas cuantas casas antiguas todavía siguen en pie entre los edificios comerciales, y en una de ellas, a mitad del callejón y a mano izquierda, es donde el doctor Horace Selby tiene su consulta. Es una calle extraña para un hombre tan importante como él, pero un especialista reconocido en toda Europa puede permitirse el lujo de vivir donde se le antoje. Además, en su profesión, los pacientes tampoco consideran que el aislamiento sea una desventaja.

Eran solo las diez. El rugido del tráfico que se juntaba a cualquier hora del día en el puente de Londres se había vuelto poco más que un murmullo confuso. Llovía a mares y la luz tenue de las farolas a través del cristal chorreante formaba círculos amarillos sobre los relucientes adoquines. La lluvia cargaba la atmósfera de ruido: un silbido fino al caer, el chorro más fuerte de los canalones, el borboteo en las acequias de la calle en pendiente y el remolino al colarse por las alcantarillas. Había solo una persona en todo el callejón, y se encontraba delante de la puerta del doctor Horace Selby.

Acababa de llamar y estaba esperando a que le abriesen. El tragaluz de la puerta iluminaba de lleno los hombros brillantes del impermeable y la cara vuelta hacia arriba. Era un joven de rasgos delicados y bien definidos, con cierta peculiaridad en la expresión indefinible y sutil: algo del caballo sobresaltado en el cerco blanco de los ojos, y algo también del niño indefenso en las mejillas demacradas y en el labio inferior caído. El criado supo que el desconocido era un paciente nada más ver aquellos ojos asustados. No era la primera vez que veía una mirada así al abrir la puerta.

—¿Está el doctor?

El criado dudó.

—Tiene invitados a cenar, señor. No le gusta que le molesten fuera de las horas de consulta habituales, señor.

—Dígale que es *necesario* que lo vea. Dígale que es de suma importancia. Tenga mi tarjeta. —No acertaba a sacarla del tarjetero con los dedos temblorosos—. Sir Francis Norton, así me llamo. Dígale que sir Francis Norton, de Deane Park, necesita verlo inmediatamente.

—Sí, señor. —El mayordomo cogió la tarjeta y el medio soberano que la acompañaba—. Cuelgue por favor el impermeable aquí en el vestíbulo. Está chorreando. Ahora, si hace el favor de esperar en la consulta, seguro que consigo que el doctor lo atienda.

El joven barón entró en una sala grande y de techos altos. La alfombra era tan gruesa y mullida que sus pasos no hicieron ningún ruido al pisarla. Las dos lámparas de gas estaban encendidas solo a media luz, y la penumbra, mezclada con la leve fragancia aromática que impregnaba el aire, evocaba vagamente un recinto religioso. Se sentó en una butaca de cuero reluciente, al lado del fuego, y miró con tristeza a su alrededor. Dos paredes estaban ocupadas por libros gruesos y oscuros con los lomos rotulados en oro. A su lado, en la antigua repisa de la chimenea, de mármol blanco, se amontonaban vendas, gasas de algodón, frascos y medidores. En el que estaba justo encima de él, uno de cuello ancho, había una piedra azul, y en otro más estrecho algo parecido a los restos de la caña de una pipa rota, marcado con una etiqueta que advertía en letras rojas: «sosa cáustica». Desperdigados por todas partes, tanto en la repisa como en la mesa del centro, había termómetros, jeringuillas hipodérmicas, bisturíes y espátulas. En la misma mesa, a la derecha, se apilaban ejemplares de los cinco libros que había escrito el doctor Horace Selby sobre la materia con que se asociaba principalmente su nombre, mientras que a la izquierda, encima de un anuario médico encuadernado en rojo, reposaba la gigantesca reproducción en cristal de un ojo humano del tamaño de un nabo, seccionado hasta el centro para mostrar el cristalino y las cámaras vítrea y acuosa.

Sir Francis Norton, que nunca había destacado por sus facultades de observación, se sorprendió examinando estos objetos sin importancia con el mayor interés. Hasta el corcho corroído de una botella de ácido atrajo su mirada, y le sorprendió que el doctor Selby no emplease tapones de cristal. Veía arañazos donde la luz iluminaba la mesa, manchas pequeñas en la superficie de cuero, fórmulas químicas garabateadas en las etiquetas de algunos frascos: nada era insignificante para su atención. Su sentido del oído se encontraba en el mismo estado de alerta. El potente tictac del solemne reloj

negro colgado encima de la chimenea le hacía daño en los oídos. A pesar del reloj, y también a pesar de los gruesos y antiguos tabiques de madera, oía voces masculinas en la sala de al lado y hasta captaba retazos de la conversación. «Tenía que salir en la segunda mano». «Pero ¡si has sacado tú los últimos!». «¿Cómo iba a sacar la reina sabiendo que me enfrentaba a un as?». Las frases le llegaban a rachas y se perdían en el murmullo de la conversación. De repente oyó el chirrido de una puerta seguido de unos pasos, y con una mezcla de impaciencia y horror supo que había llegado el momento decisivo de su vida.

El doctor Horace Selby era un hombre alto y corpulento, con una presencia imponente. Aunque tenía una nariz y una barbilla llamativas, sus rasgos abotargados componían una combinación más propia de la peluca y la corbata del reinado de los primeros Jorges que del pelo corto y la levita del siglo XIX. Iba bien afeitado porque tenía una boca demasiado bonita para ocultarla: grande, flexible y delicada, suavizada en las comisuras de los labios con un gesto bondadoso y humano que, con ayuda de los ojos castaños y comprensivos había arrancado numerosos secretos de pecadores avergonzados. Unas patillas densas y autoritarias nacían debajo de las orejas y subían formando una línea fina hasta confundirse con el pelo abundante y canoso. Había en su mera presencia y dignidad algo que infundía calma en sus pacientes. En medicina, como en la guerra, una actitud noble y natural deja entrever victorias pasadas a la vez que promete otras por venir. El doctor Horace Selby tenía una cara que consolaba, y lo mismo ocurría con la mano grande, blanca y tranquilizadora que tendió a su visitante.

—Siento haberle hecho esperar. Como ve, tengo un conflicto de intereses como anfitrión de mis invitados y consejero de mis pacientes. Pero ahora estoy a su entera disposición, señor Norton. ¡Madre mía, tiene usted mucho frío!

—Sí, tengo frío.

—Y está temblando de arriba abajo. Vaya, vaya. Esto nunca es buena señal. Se ha enfriado con esta noche de perros. Quizá un tónico suave…

—No, gracias. Prefiero no tomar nada. Y tampoco me he enfriado esta noche. Tengo miedo, doctor.

El doctor Selby se puso de perfil en el asiento y le dio unas palmaditas en la rodilla como las daría en el cuello de un caballo inquieto.

—¿Entonces? —preguntó, observando la cara pálida y los ojos asustados del barón.

El joven entreabrió los labios dos veces. Luego se agachó de repente, subió la pernera derecha de los pantalones, se bajó el calcetín y estiró la espinilla. Al verla, el médico chasqueó la lengua.

—¿En las dos piernas?

—No, solo en una.

—¿De repente?

—Esta mañana.

—¡Hmm! —El doctor Selby frunció los labios y se acarició la línea del mentón con el índice y el pulgar—. ¿Puede justificarlo? —preguntó sin rodeos. Sus grandes ojos castaños adoptaron una expresión inflexible cuando añadió—: No es necesario que le recuerde que si no me habla usted con toda franqueza…

El paciente se levantó de un salto.

—A Dios gracias, doctor, no tengo nada que reprocharme. ¿Me cree tan estúpido como para mentirle? Por última vez, no tengo nada de lo que arrepentirme.

Tenía un aspecto digno de lástima, entre trágico y grotesco, con una de las perneras del pantalón enrollada hasta la rodilla y la expresión de horror que seguía acechando en sus ojos. En la sala de al lado se oyó un estallido de carcajadas de los que jugaban a las cartas, y los dos hombres se miraron en silencio.

—¡Siéntese! —ordenó el médico—. Su afirmación me basta. —Se agachó para pasar un dedo por la espinilla del joven y lo apartó antes de llegar a un punto determinado—. ¡Hmm! ¡Serpiginosa! —murmuró moviendo la cabeza con preocupación—. ¿Algún otro síntoma?

—Me falla un poco la vista.

—¡Enséñeme los dientes! —Les echó un vistazo y repitió el mismo chasquido de disgusto y comprensión—. ¡A ver los ojos! —Encendió una lámpara al lado del paciente y, cogiendo una lente de cristal para concentrar la luz, la dirigió al ojo del joven en sentido oblicuo. Un gesto de satisfacción se extendió entonces por su rostro amplio y expresivo, y sus mejillas se encendieron con el entusiasmo del botánico al guardar en su mochila la variedad de planta rara o del astrónomo cuando el cometa que lleva tanto tiempo buscando surge por fin en el campo visual del telescopio—. Esto es muy típico, muy, muy típico —murmuró mientras se dirigía al escritorio para tomar unas cuantas notas en una hoja de papel—. Casualmente estoy escribiendo un tratado sobre este asunto. Es curioso que se presente usted ahora con un caso tan evidente.

Los síntomas le habían hecho olvidarse del enfermo hasta tal punto que casi parecía felicitarlo por manifestarlos. Recuperó la compasión humana mientras el joven le hacía unas preguntas muy concretas.

—Mi querido amigo, no hay necesidad de que usted y yo discutamos detalles estrictamente profesionales —contestó en un tono tranquilizador—. ¿De qué le serviría, por ejemplo, saber que tiene una queratitis intersticial? Hay señales de diátesis estrumosa. En términos corrientes, puedo decirle que la causa es constitucional y hereditaria[129].

El joven se sentó con aire abatido y bajó la cabeza. El doctor Selby se dirigió rápidamente a una mesa auxiliar, llenó medio vaso de *brandy* y lo acercó a los labios del paciente. Sus mejillas cobraron un poco de color mientras se lo tomaba.

—A lo mejor he sido un poco brusco —dijo el médico—. Pensaba que usted ya conocía su dolencia. Si no, ¿por qué ha acudido a mí?

—Lo sospechaba, pero no lo he sabido hasta hoy, al verme la pierna. Mi padre tenía una pierna igual.

—Entonces ¿lo ha heredado de él?

—No, de mi abuelo. ¿Ha oído usted hablar de sir Rupert Norton, el libertino?

El doctor Selby era hombre de amplias lecturas y buena memoria. Aquel nombre le trajo al instante el recuerdo de la siniestra reputación de su dueño, un famoso dandi de los años treinta, jugador y duelista que cayó en la bebida y el libertinaje hasta el punto de horrorizar incluso a la repugnante compañía que frecuentaba y verse condenado a una sórdida vejez con la camarera con la que se había casado estando borracho y de juerga. Mientras observaba al joven sentado en la butaca de cuero, por un instante le pareció ver en él vagamente la imagen de aquel inmundo dandi, con su emblema colgado de la cadena del reloj, su pañuelo con muchas vueltas alrededor del cuello y su maligna expresión de sátiro. ¿Qué quedaba de él? ¿Un montón de huesos en una caja enmohecida? Sus hazañas, en cambio, seguían vivas y corrompiendo la sangre de un inocente.

—Veo que ha oído hablar de él —asintió el joven—. Tuvo una muerte atroz, según me han contado, aunque no más de lo que fue su vida. Mi padre era su único hijo, un hombre estudioso, aficionado a los libros, los canarios y el campo. Llevar una vida inocente no bastó para salvarlo.

—Entiendo que sus síntomas eran cutáneos.

—Llevaba guantes dentro de casa. Eso es lo primero que recuerdo. Luego le afectó al cuello y luego a las piernas. Me preguntaba mucho por mi salud, y

a mí me parecía muy maniático. ¿Cómo iba a saber por qué preguntaba tanto? Me observaba a todas horas. Siempre estaba mirándome de reojo. Ahora por fin comprendo qué buscaba.

—¿Tiene usted hermanos o hermanas?

—¡No, gracias a Dios!

—Bueno, bueno, es un caso muy triste, y muy común en muchos que acuden a mí. No es usted el único que sufre, sir Francis. Son muchos miles los que cargan con la misma cruz.

—Y ¿eso es justo, doctor? —exclamó el joven, saltando de la butaca para ponerse a dar vueltas por la consulta—. Si hubiera heredado los pecados de mi abuelo, además de sus consecuencias, lo comprendería, pero yo soy como mi padre; me gustan la discreción y la belleza, la música, la poesía y el arte. Aborrezco lo burdo y lo animal. Cualquiera de mis amigos puede decírselo. Y ahora que esta odiosa y vomitiva enfermedad… ¡Aj! ¡Estoy contaminado hasta la médula, impregnado de esta cosa inmunda! ¿Por qué? ¿No tengo derecho a preguntar por qué? ¿Qué culpa tengo yo? ¿Acaso podía evitar nacer? Y ahora estoy destruido y condenado, ¡en el momento más dulce de la vida! ¡Para que luego digan de los pecados del padre! ¿Qué hay de los pecados del creador?

Lanzó los puños al aire, pobre e impotente átomo con un cerebro del tamaño de la punta de un alfiler atrapado en el remolino del infinito.

El médico se levantó y, apoyando las manos en sus hombros, le obligó a sentarse de nuevo.

—Vamos, vamos, muchacho. ¡No le conviene alterarse! Está temblando. Sus nervios no lo resistirán. Tenemos que hacer frente a estas grandes preguntas con confianza. ¿Qué somos, al fin y al cabo? Seres evolucionados solo a medias, en fase de transición; quizá más cerca de la medusa que de la humanidad perfecta. Con un cerebro incompleto no podemos aspirar a comprender un hecho completo en su totalidad, ¿o sí? Todo es vago y oscuro, eso es indudable, pero yo creo que el famoso pareado de Pope[130] resume perfectamente el asunto, y de corazón, con mis cincuenta años de experiencias diversas, puedo decir que…

Pero el joven le interrumpió con impaciencia e indignación.

—¡Palabras, palabras, palabras! ¡Qué fácil para usted decirlas ahí sentado tranquilamente en su butaca, y creérselas también, sin duda! Usted ya ha vivido. Yo no. Por sus venas corre sangre sana. La mía está putrefacta. Y eso a pesar de que soy tan inocente como usted. ¿De qué le servirían las palabras si estuviera usted en mi lugar y yo en el suyo? ¡Ah, es una burla y una

fantasía! No me tome por un grosero, doctor. No es mi intención. Solo digo que es imposible que ni usted ni nadie lo comprenda. Pero quiero hacerle una pregunta, doctor. Mi vida entera depende de eso.

Se retorció los dedos con angustia y temor.

—Adelante, amigo mío. Siento la mayor simpatía por usted.

—¿Cree… cree usted que el veneno se agota en mí? ¿Cree que si tuviera hijos ellos también padecerían la enfermedad?

—Únicamente puedo darle una respuesta. Ese texto tan trillado que habla de «la tercera y la cuarta generación»[131]. Con el tiempo conseguirá eliminarlo de su organismo, pero tendrán que pasar muchos años antes de que pueda pensar en casarse.

—Me caso el martes —susurró el paciente.

Esta vez fue el doctor Horace Selby quien sintió un escalofrío de horror. No eran muchas las situaciones que pudieran producir semejante sensación en su carácter bien templado. Se quedó callado mientras la cháchara de la mesa de cartas llegaba una vez más a la consulta. «Habríamos conseguido un doble triunfo si hubieras echado un corazón». «No tenía más remedio que soltar los triunfos». Los que hablaban parecían acalorados y enfadados.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —preguntó el médico con severidad—. Es un delito.

—Se olvida de que hasta hoy no sabía nada. —El joven se apretó las sienes con las manos en un gesto de desesperación—. Usted es un hombre de mundo, doctor Selby. Ya ha visto y oído antes cosas parecidas. Deme algún consejo. Estoy en sus manos. Es todo tan horrible y repentino que no me veo con fuerzas para soportarlo.

Las pobladas cejas del doctor Selby se espesaron en dos líneas rectas mientras se mordía las uñas con perplejidad.

—Esa boda no debe celebrarse.

—¿Qué hago entonces?

—No debe celebrarse de ningún modo.

—¿Tengo que renunciar a ella?

—¡Es incuestionable!

El joven sacó una libreta, y de sus páginas una fotografía que le pasó al médico. La expresión firme del doctor Selby se suavizó mientras la contemplaba.

—Sé que es muy duro para usted. Y lo comprendo aún mejor ahora que la he visto a ella. Pero no hay alternativa. Tiene que renunciar a la idea.

—Pero esto es una locura, doctor… ¡Le aseguro que es una locura! ¡No, no voy a levantar la voz! ¡He perdido los modales! ¿Se hace usted cargo de mi situación? Me caso el martes, el martes que viene. Y todo el mundo lo sabe. ¿Cómo voy a exponerla a semejante vergüenza pública? Sería monstruoso.

—Hay que hacerlo, a pesar de todo. No hay otra solución, amigo mío.

—¿Me está pidiendo que falte al compromiso y le escriba en el último momento una carta brutal sin dar ninguna explicación? Le aseguro que no puedo hacerlo.

—Hace años tuve un paciente en una situación similar —dijo el doctor en tono pensativo—. Se sirvió de un recurso curioso. Cometió deliberadamente un delito penal para obligar a su prometida a retirar su promesa de matrimonio.

El barón negó con la cabeza.

—Mi honor personal sigue intacto. No me queda mucho más que eso, y al menos eso quiero conservarlo.

—Bueno, es un dilema difícil, y la decisión es suya.

—¿No tiene ninguna otra sugerencia?

—¿Por casualidad tiene usted propiedades en Australia?

—Ninguna.

—Pero ¿tiene capital?

—Sí.

—Entonces, compre algo, mañana mismo. Mil acciones en una mina pueden valer. Después escriba y anuncie que un asunto urgente le ha obligado a salir de viaje sin previo aviso para atender un negocio. Eso le permitirá ganar al menos seis meses.

—Bueno, eso podría ser… Sí, creo que podría ser. Pero piense en ella… La casa llena de regalos de boda… Los invitados que vienen de fuera. Es tremendo. Y dice usted que no hay alternativa.

El médico se encogió de hombros.

—En tal caso podría escribir ahora y salir de viaje mañana, ¿no? ¿Haría el favor de prestarme su escritorio? ¡Gracias! Siento mucho apartarlo de sus invitados tanto tiempo. No tardaré más que un momento. —Redactó una nota brusca y breve. Luego, con un impulso incontenible, la rompió en pedazos y la arrojó al fuego—. No, no puedo mentir a mi prometida, doctor —dijo, poniéndose en pie—. Tenemos que encontrar otra salida. Lo pensaré y le comunicaré mi decisión. Permítame que doble sus honorarios, por haberle

retenido tan desconsideradamente. Ahora, adiós, y mil gracias por su compasión y su consejo.

—¡Vaya! Ni siquiera le he dado aún la receta. Aquí tiene la fórmula. Le recomiendo que tome una dosis de estos polvos todas las mañanas. El farmacéutico le dará todas las indicaciones oportunas para usar el ungüento. Su situación es muy cruel, pero espero que se trate de una nube pasajera. ¿Cuándo volveré a tener noticias suyas?

—Mañana por la mañana.

—Muy bien. Está lloviendo mucho. Ahí tiene su impermeable. Lo va a necesitar. Adiós, entonces. Hasta mañana.

Abrió la puerta de la calle. Una ráfaga de aire húmedo y frío entró en el vestíbulo. Aun así, el doctor Selby estuvo más de un minuto mirando la silueta solitaria del joven que avanzaba despacio entre las manchas amarillas de las farolas y las amplias franjas de oscuridad intermedia. Era solo su sombra la que recorría la pared al pasar por debajo de las luces y, sin embargo, el médico tuvo la sensación de estar viendo una figura enorme y oscura que caminaba al lado de un maniquí y lo guiaba en silencio por la calle desierta.

El doctor Horace Selby tuvo noticias de su paciente por la mañana, mucho más temprano de lo que esperaba. Un párrafo en el *Daily News* le hizo apartar su desayuno sin probarlo siquiera, y se mareó mientras leía. «Lamentable accidente», decía el titular. Y continuaba así:

> Un accidente fatídico y de naturaleza especialmente dolorosa ha ocurrido en King William Street. Alrededor de las once de la pasada noche, un joven resbaló cuando intentaba apartarse del camino de un carro tirado por dos caballos y terminó aplastado por las ruedas del vehículo. En el momento de recogerlo sus heridas eran aterradoras, y murió durante el traslado al hospital. El registro de su libreta y su tarjetero indica sin lugar a dudas que el fallecido no es otro que sir Francis Norton, de Deane Park, quien recibió su título de barón hace tan solo un año. El accidente es aún más deplorable dado que el joven acababa de alcanzar la mayoría de edad y estaba en vísperas de casarse con una dama perteneciente a una de las más ilustres familias del sur. Con su riqueza y su talento, el barón tenía la fortuna a sus pies, y sus numerosos amigos se apenarán mucho al saber que su prometedora carrera se ha visto interrumpida de una manera tan repentina y trágica.

EL ARCÓN DE RAYAS

(1897)

—¿Qué le parece, Allardyce? —pregunté.

Mi segundo oficial estaba conmigo en la toldilla, con las piernas robustas separadas para contrarrestar el oleaje que había dejado el temporal, tan fuerte que los botes salvavidas casi tocaban el agua con cada vaivén. Apoyó el catalejo en los obenques del palo de mesana para observar atentamente aquel barco desolado cada vez que se levantaba sobre la cresta de una ola y aguantaba unos segundos en equilibrio antes de caer de nuevo. Estaba tan hundido que solo de vez en cuando se veía la línea de la borda de color verde guisante.

Era un bergantín; el palo mayor se había partido a unos tres metros de la cubierta, y al parecer nadie se había molestado en cortar los restos de la percha y las velas que flotaban en el agua a su lado como el ala rota de una gaviota herida. El trinquete seguía en pie pero la gavia de proa estaba suelta y aleteando, y las velas cangrejas ondeaban delante de ella como largos pendones blancos. Nunca había visto yo un navío que pareciera haber sufrido experiencia más dura.

En realidad no podía sorprendernos, porque en los tres últimos días había habido momentos en los que pusimos en duda que nuestra corbeta volviese a avistar tierra. Pasamos treinta y seis horas peliagudas, y si el Mary Sinclair no hubiera sido un barco tan bueno como el mejor que había zarpado alguna vez del río Clyde, no lo habríamos superado. Pero el temporal había pasado y ahí estábamos, sin haber perdido nada más que un bote y parte de la mesa de guarnición de estribor. No nos sorprendió, sin embargo, al disiparse la niebla sofocante, ver que otros habían corrido peor suerte, y que aquel bergantín mutilado que se tambaleaba sobre un mar azul bajo un cielo sin nubes estaba allí, como un hombre deslumbrado por un fogonazo, para dar cuenta del terror vivido.

Allardyce, que era un escocés lento y metódico, estuvo un buen rato observando la nave mientras nuestros marineros se subían a la mesa de guarnición o se apiñaban en los obenques de proa para ver mejor el bergantín. A 20° de latitud y 10° de longitud, que eran más o menos nuestras

coordenadas, uno siente cierta curiosidad por quienes se encuentra en su camino, porque está fuera de las principales rutas comerciales del Atlántico norte. Llevábamos diez días navegando por un mar solitario.

—Creo que está abandonado —dijo el segundo oficial.

Yo había llegado a la misma conclusión, pues no veía señales de vida en la cubierta y nadie respondía a los cordiales saludos de nuestros marineros. La tripulación probablemente abandonó la nave con la impresión de que estaba a punto de irse a pique.

—No creo que aguante mucho más —añadió Allardyce con su mesura de costumbre—. Podemos verlo morro abajo y cola arriba en cualquier momento. El agua ya está empezando a lamer el filo de la borda.

—¿Qué bandera lleva? —pregunté.

—Eso intento distinguir. Está retorcida y enredada entre las escotas. Sí, ahora la veo bien. Es la bandera brasileña, pero está puesta del revés.

Eso significaba que la habían izado para lanzar una señal de socorro antes de que los tripulantes abandonaran el barco. Puede que acabaran de irse. Cogí el catalejo del oficial y busqué en la tumultuosa superficie del hondo Atlántico azul, todavía surcada de venas y marcada por líneas blancas y chorros de espuma. No vi por ningún lado un solo ser humano aparte de nosotros.

—Podría haber hombres vivos a bordo —dije.

—Podría haber objetos de valor que rescatar —murmuró el segundo oficial.

—En ese caso nos acercaremos por sotavento y nos pondremos al pairo.

No estábamos a más de cien metros del barco cuando viramos de bolina hasta que nuestra corbeta y el bergantín se saludaron con exageradas reverencias, como dos payasos en un baile.

—Arríen un bote —dije—. Llévese a cuatro hombres, señor Allardyce, y vaya a ver qué encuentran.

Pero justo en ese momento mi primer oficial, el señor Armstrong, salió a cubierta, pues acababan de sonar las siete campanas y faltaban unos minutos para el comienzo de su guardia. Me interesaba subir a bordo de aquel buque abandonado y ver qué había. Así que avisé a Armstrong, me encaramé a la borda, me deslicé por el costado y ocupé mi sitio en el bote.

A pesar de que la distancia era corta tardamos bastante en recorrerla, porque el oleaje era tan fuerte que varias veces, cuando estábamos en el seno de la ola, no veíamos ni la corbeta que habíamos dejado a la izquierda ni el bergantín al que nos dirigíamos. El sol poniente no llegaba a las concavidades

frías y oscuras, pero cuando la ola nos levantaba volvíamos a sentir su calidez.

En esos momentos, cuando flotábamos en lo alto de la cresta blanca entre dos valles oscuros, se vislumbraba la borda verde guisante y el cabeceo del trinquete del bergantín, y decidí llevar el bote hacia la popa para determinar cuál era el mejor modo de abordarlo. Al bordearlo vimos su nombre Nossa Senhora da Vittoria, pintado en el costado chorreante.

—Estamos a barlovento, capitán —dijo el segundo oficial—. ¡Lance el bichero, carpintero!

Al instante habíamos saltado por la borda del bergantín, apenas más alta que nuestro bote, y estábamos en la cubierta del navío abandonado.

Nuestra primera idea fue tomar precauciones por si el barco —cosa que parecía muy probable— se hundía mientras estábamos a bordo. A tal efecto, dos de nuestros cuatro hombres se quedaron sujetando la boza y alejaron el bote del costado del bergantín, para tenerlo a punto en caso de que tuviéramos que huir precipitadamente. Enviamos al carpintero a comprobar hasta dónde llegaba el nivel del agua y si seguía subiendo, mientras Allardyce y yo hacíamos una inspección rápida del buque y su cargamento con el otro marinero.

La cubierta estaba sembrada de residuos y jaulas en las que flotaban aves muertas. Quedaba un solo bote salvavidas, con el fondo roto, y era evidente que la tripulación había abandonado el barco. El puente de mando estaba dentro de una camareta destrozada por las olas en uno de sus lados. Allí encontramos la mesa del capitán tal como este la había dejado, con sus libros y sus papeles desparramados —todos en español o en portugués— y montones de ceniza de cigarrillos por todas partes. Busqué con la mirada el cuaderno de bitácora pero no lo encontré.

—A lo mejor no llevaba registro —sugirió Allardyce—. La vida en los cargueros sudamericanos es bastante laxa. No hacen más que lo imprescindible. Si había cuaderno de bitácora, deben de habérselo llevado en el bote.

—Me gustaría llevarme esos libros y esos papeles —contesté—. Pregunte al carpintero cuánto tiempo tenemos.

La respuesta fue tranquilizadora. El bergantín estaba inundado pero parte de su carga era flotante y no corría peligro de hundimiento inmediato. Probablemente nunca llegaría a hundirse, sino que resistiría a la deriva como esos peligrosos arrecifes que pasan desapercibidos y han echado a pique tantos barcos recios.

—En tal caso no hay peligro, señor Allardyce —dije—. Baje a ver qué encuentra y averigüe qué parte de la carga puede salvarse. Mientras, yo iré a echar un vistazo a los papeles.

Las facturas de flete, junto con algunas notas y cartas que había en el escritorio, me bastaron para saber que el bergantín brasileño Nossa Senhora da Vittoria había salido de Bahía un mes antes. El nombre del capitán era Texeira, pero no había ningún registro del número de hombres que formaban la tripulación. El destino del buque era Londres, y un simple vistazo a las facturas me indicó que no valía la pena rescatar la carga, que constaba de frutos secos, jengibre y madera, esta última en forma de troncos grandes de valiosas variedades tropicales. Sin duda eran los troncos lo que había impedido que el malhadado bergantín se fuera al fondo del mar, pero su tamaño no nos permitía llevárnoslos. Había también algunos artículos exóticos, como pájaros para adornar sombreros y unas cien cajas de fruta en conserva. Luego, entre los papeles, encontré una nota breve, en inglés, que llamó mi atención. Decía así:

> Se ruega que las diversas antigüedades indias y españolas procedentes de la colección Santarem, consignadas a Prontfoot y Neuman, de Oxford Street, en Londres, se conserven en un lugar donde estos valiosos artículos, únicos en su especie, no puedan sufrir daños o ser manipulados. Debe tenerse especial cuidado con el cofre del tesoro del señor Ramirez[132] di Leyra, que bajo ningún concepto puede dejarse al alcance de nadie.

¡El cofre del tesoro del señor Ramirez! ¡Artículos valiosos y únicos! ¡Por fin algo que valía la pena rescatar! Me había levantado, con el papel en la mano, cuando mi oficial escocés asomó por la puerta.

—Creo que ha ocurrido algo extraño en este barco, capitán —dijo.

Aunque era un hombre de rasgos duros, vi que Allardyce estaba asustado.

—¿Qué pasa?

—Un asesinato. Hay un hombre con los sesos fuera.

—¿Lo asesinaron durante la tormenta?

—Puede. Aunque me extrañaría que pensara eso cuando lo haya visto.

—¿Dónde está?

—Por aquí. En el castillo de la cubierta principal.

No parecía que hubiese camarotes debajo de la cubierta, pues solo habíamos visto el del capitán, a popa, otro al lado de la escotilla, pegado a la cocina, y un tercero en el castillo de proa para la tripulación. Fue a esta zona

intermedia adonde me llevó Allardyce. A la derecha, según se entraba, estaba la cocina, con platos y cacharros tirados por el suelo; y a la izquierda, un cuarto pequeño con dos literas para los oficiales. Detrás de este camarote había un almacén de unos once metros, lleno de banderas y lonas de repuesto. Alrededor de las paredes se veían varios paquetes envueltos en una tela tosca y atados con cuidado a unos soportes de madera. Al fondo había un arcón grande, con rayas rojas y blancas, aunque con el rojo tan descolorido y el blanco tan sucio que solo donde la luz le daba directamente se apreciaban los colores. El arcón, según una medición posterior, tenía 1,3 metros de largo, 1 metro de alto y 1 metro de fondo: mucho más grande que un baúl de marinero.

Pero no fue en el arcón en lo que puse la vista ni en lo que pensé al entrar en el almacén. En el suelo, tendido sobre el montón de banderines, había un hombre bajito y de piel oscura, con una barba corta y rizada. Estaba lo más lejos posible del arcón, con los pies hacia este y la cabeza al otro lado. Sobre el lienzo blanco en el que reposaba la cabeza había una mancha escarlata, y unos regueros rojos rodeaban el cuello moreno y caían al suelo, pero no vi ninguna herida, y su expresión de placidez era la de un niño dormido.

Solo al inclinarme sobre él vi la herida, y me aparté con una exclamación de horror. Por lo que parecía, le habían atacado por la espalda. Un golpe brutal le había destrozado el cráneo y atravesado el cerebro. Era normal que tuviera aquella expresión de placidez, porque la muerte debió de ser instantánea y la localización de la herida indicaba que no llegó a ver a su asesino.

—¿Cree que es juego sucio o accidente, capitán Barclay? —preguntó con prudencia mi segundo oficial.

—Tiene usted razón, señor Allardyce. A este hombre lo han asesinado, golpeándolo desde arriba con un arma afilada y de bastante peso. Pero ¿quién era, y por qué lo han matado?

—Era un simple marinero. Se le nota en los dedos —contestó el segundo oficial mientras daba la vuelta a los bolsillos del cadáver y sacaba una baraja de cartas, una cuerda alquitranada y un paquete de tabaco brasileño—. ¡Vaya! ¡Mire esto!

Se refería a una navaja grande, de resorte, que recogió del suelo. La hoja abierta estaba limpia y reluciente, y por tanto no podía relacionarse con el crimen, a pesar de que el fallecido debía de tenerla en la mano en el momento del ataque, porque seguía muy cerca de su alcance.

—Yo diría, capitán, que sabía que estaba en peligro y por eso tenía el cuchillo a mano —dijo el oficial—. Pero ya no podemos hacer nada por este pobre hombre. No entiendo qué son esas cosas atadas a la pared. Parecen ídolos, armas y objetos curiosos envueltos en arpillera vieja.

—Sí, y seguramente es lo único de valor que encontraremos. Avisa a la corbeta. Diles que nos envíen el otro bote para llevarnos todo esto.

Mientras Allardyce estuvo fuera, examiné el curioso botín que había caído en nuestras manos. Los objetos estaban tan envueltos que solo podía formarme una idea general de su género, pero el arcón de rayas se encontraba en un punto bien iluminado donde me fue posible examinarlo a fondo. En la tapa, reforzada con abrazaderas y con las esquinas de metal, había grabado un complicado escudo de armas, y debajo una inscripción en español que conseguí descifrar y que decía: «Cofre del tesoro de Ramirez di Leyra, Caballero de la Orden de Santiago, Gobernador y Capitán General de la Tierra Firme y la Provincia de Veraguas». En una esquina había una fecha, 1606, y en la otra una etiqueta grande y blanca con la siguiente advertencia en inglés: «Se ruega encarecidamente no abrir este arcón en ninguna circunstancia». La misma advertencia se repetía debajo en español. En cuanto a la cerradura, era muy complicada, de acero grabado y con un lema en latín que escapaba a los conocimientos de un marino.

Cuando terminé de examinar este cofre tan singular, el señor Armstrong, el primer oficial, ya había llegado con el otro bote, y empezamos a sacar los objetos curiosos que al parecer eran lo único que merecía la pena llevarse del bergantín abandonado. Una vez lleno el bote, lo envié a la corbeta, y luego, Allardyce y yo, con un carpintero y un marinero, trasladamos a nuestro bote el arcón de rayas, que era lo único que quedaba, y lo colocamos en equilibrio entre los dos asientos del centro, porque pesaba tanto que de haberlo puesto en cualquiera de los extremos la embarcación se habría escorado peligrosamente. Al hombre muerto lo dejamos donde lo habíamos encontrado.

El segundo oficial tenía la teoría de que, en el momento de abandonar el barco, el hombre se había puesto a saquear, y el capitán, con ánimo de imponer disciplina, le había golpeado con un hacha o un arma similar. Aunque parecía la explicación más probable, a mí no llegaba a convencerme del todo. Pero el mar está lleno de misterios, y nos contentamos con dejar que la suerte del marinero muerto del bergantín brasileño se sumara a la larga lista que todo marino se sabe de memoria.

Subieron el cofre a la cubierta del Mary Sinclair con una eslinga y entre cuatro hombres lo llevaron a la cámara de oficiales, donde entre la mesa y los

pañoles apenas había espacio justo para dejarlo. Allí estuvo mientras cenábamos, y los oficiales se quedaron conmigo a continuación para repasar los acontecimientos del día con un vaso de ponche. El señor Armstrong era un hombre alto y delgado, con cara de ave rapaz, y un marino excelente aunque con fama de tacaño y codicioso. Se había emocionado mucho con nuestro tesoro y ya había empezado a calcular, con los ojos chispeantes, cuánto nos tocaría a cada uno cuando hiciéramos el reparto de las mercancías rescatadas.

—Si el papel decía que eran únicas, capitán Barclay, entonces puede ponerles usted el precio que quiera. No se imagina las sumas que llegan a pagar los coleccionistas ricos. Mil libras no son nada para ellos. O mucho me equivoco o este viaje nos va a salir muy a cuenta.

—No lo creo —dijo—. Por lo que he visto no son muy distintas de otras curiosidades sudamericanas.

—Pues yo, señor, he hecho catorce viajes por la zona y nunca he visto nada como ese arcón. Tal como está ya vale un dineral. Y viendo lo que pesa seguro que hay algo valioso dentro. ¿No cree que podríamos abrirlo y verlo?

—Si lo abre, probablemente lo estropee —le advirtió el segundo oficial.

Armstrong se agachó delante del cofre, con la cabeza ladeada y la nariz larga y fina a unos centímetros de la cerradura.

—Es de roble —observó— y la madera se ha encogido un poco con el tiempo. Si tuviera un cincel o un cuchillo de hoja fuerte, podría forzar la cerradura sin hacerle ni un rasguño.

La alusión al cuchillo de hoja fuerte me hizo pensar en el cadáver del bergantín.

—Puede que él estuviera haciendo lo mismo cuando alguien lo sorprendió —dije.

—Eso no lo sé, pero estoy segurísimo de que puedo abrir el cofre. En ese pañol hay un destornillador. Sujéteme la lámpara, Allardyce, y en un pispás habré terminado.

—Un momento —dije, viendo que ya empezaba a agacharse sobre el cofre con un brillo de curiosidad y de avaricia en la mirada—. No hay razón para precipitarse. Ya ha leído esa carta que nos advierte que no lo abramos. Puede ser algo importante o puede no ser nada, pero yo me inclino a obedecer. De todos modos, lo que haya dentro seguirá estando ahí, y si es valioso valdrá lo mismo si se abre en las oficinas de su dueño como en la cámara de oficiales del Mary Sinclair.

El primer oficial se llevó un chasco enorme con mi decisión.

—Ya se ve que usted no es supersticioso, capitán —contestó con una leve mueca de desprecio—. Si nos lo quitan de las manos antes de que hayamos visto lo que hay dentro, podríamos perder nuestros derechos. Además…

—Ya está bien, señor Armstrong —le interrumpí con sequedad—. Tenga la tranquilidad de que no va a perder sus derechos, pero no quiero que se abra ese arcón esta noche.

—Bueno, esta etiqueta indica que ha sido examinado por europeos —añadió Allardyce—. Que sea un cofre del tesoro no significa que ahora mismo tenga un tesoro dentro. Mucha gente lo habrá mirado desde los tiempos del antiguo gobernador de Tierra Firme.

Armstrong dejó el destornillador sobre la mesa y se encogió de hombros.

—Como quieran —dijo.

Pero, aunque hablamos de otros muchos asuntos a lo largo de la velada, me fijé en que se le iban los ojos continuamente al arcón de rayas con la misma expresión de curiosidad y codicia.

Y hemos llegado a la parte de mi relato que aún hoy me produce un escalofrío de horror. Los camarotes de los oficiales estaban alrededor de la cámara, pero el mío era el que se encontraba más lejos de todos, al final del pasillo que llevaba a la escalera. Generalmente yo no hacía guardias, excepto en casos de emergencia, y los tres oficiales se repartían los turnos a partes iguales. Armstrong hacía la guardia intermedia hasta las cuatro de la madrugada, y Allardyce tomaba el relevo entonces. Siempre he dormido como un tronco y es raro que me despierte a menos que me pongan una mano en el hombro.

Pero esa noche me desperté; mejor dicho, ya estaba empezando a clarear. Eran solo las cuatro y media según mi cronómetro cuando algo hizo que me sentara en la cama, completamente despierto y con todos los nervios en tensión. Fue un ruido indefinido, un estruendo seguido de un grito humano que me perforó los oídos. Escuché con atención, pero todo estaba en silencio. Aun así, no era posible que aquel grito espantoso hubiera sido fruto de mi imaginación, porque seguía resonando en mi cabeza y parecía haber sonado muy cerca. Salté de la cama, me vestí un poco y fui a la cámara de oficiales.

Al principio no vi nada extraordinario. La luz fría y gris dejaba ver la mesa con su mantel rojo, las seis sillas giratorias, los pañoles de castaño, el barómetro oscilante y, al fondo, el arcón de rayas. Cuando estaba dando media vuelta con la intención de subir a cubierta y preguntar al segundo oficial si había oído algo, mis ojos tropezaron con algo que asomaba por debajo de la mesa. Era la pierna de un hombre… calzado con una bota alta de

marino. Me agaché y vi un cuerpo boca arriba, con los brazos tendidos hacia delante y el tronco retorcido. Me bastó una ojeada para comprobar que era Armstrong, mi primer oficial, y una segunda para saber que estaba muerto. Me quedé boquiabierto unos momentos. Luego subí corriendo a cubierta, pedí ayuda a Allardyce y volví con él a la cámara de oficiales.

Entre los dos sacamos al pobre desgraciado de debajo de la mesa y, al ver la sangre que goteaba de la cabeza, cruzamos una mirada. No sé quién de los dos estaba más pálido.

—Lo mismo que el marino español —dije.

—Lo mismísimo. ¡Dios nos guarde! ¡Es ese arcón infernal! ¡Mire la mano de Armstrong!

Levantó la mano del primer oficial, y allí estaba el destornillador que había querido usar la noche anterior.

—Ha intentado abrir el arcón, capitán. Sabía que yo estaba en cubierta y usted durmiendo. Se arrodilló ahí delante y empujó el cerrojo con esa herramienta. Entonces le pasó algo y dio un grito tan fuerte que usted lo oyó.

—Allardyce —susurré—, ¿qué puede haberle pasado?

El segundo oficial me cogió del brazo y me llevó a su cabina.

—Aquí podemos hablar, capitán. No sabemos si allí hay alguien escuchando. ¿Qué cree usted que puede haber en ese cofre, capitán Barclay?

—Le doy mi palabra, Allardyce, de que no tengo la menor idea.

—Pues a mí solo se me ocurre una teoría que encaja con todos los hechos. Piense en el tamaño del cofre. Piense en todas esas partes talladas y revestidas de metal que pueden ocultar diversos orificios. Piense en el peso: hicieron falta cuatro hombres para cargar con él. Y recuerde que dos hombres han intentado abrirlo y los dos han acabado muertos. Ahora, capitán, dígame qué puede significar.

—¿Quiere decir que hay un hombre dentro?

—Por supuesto que hay un hombre dentro. Ya sabe cómo son en esos países de América del Sur. Un hombre puede ser presidente un día y verse cazado como un perro al día siguiente. Siempre están huyendo para salvar la vida. Yo creo que hay alguien escondido en el cofre, que está armado, desesperado y dispuesto a pelear a muerte antes de caer prisionero.

—Pero necesitará agua y comida.

—El arcón es grande. Puede que lleve algunas provisiones. En cuanto al agua, quizá tuviera un amigo entre la tripulación del bergantín que se ocupaba de dársela.

—Entonces, ¿cree que esa etiqueta que ruega no abrir la caja se ha puesto únicamente por su interés?

—Eso creo, capitán. ¿Tiene usted otra explicación?

Tuve que confesar que no la tenía.

—La pregunta es qué hacemos —dije.

—Ese hombre es un rufián peligroso que no se detiene ante nada. Creo que no sería mala idea atar el arcón a una maroma y remolcarlo media hora. Después podríamos abrirlo tranquilamente. Aunque también valdría con atar el cofre sin necesidad de meterlo en el agua. O que el carpintero selle todos los respiraderos con una capa de barniz.

—Vamos, Allardyce —contesté enfadado—. No me estará diciendo en serio que toda una tripulación va a dejarse aterrorizar por un solo hombre encerrado en un cofre. ¡Si está ahí dentro, ahora mismo voy a sacarlo! —Fui a mi camarote y volví con el revólver en la mano—. Ahora, Allardyce, usted abrirá la caja y yo vigilaré.

—¡Por Dios, piense en lo que está haciendo, capitán! Dos hombres han perdido la vida, y la sangre de uno de ellos aún sigue fresca en la alfombra.

—Razón de más para vengarlo.

—Bueno, capitán, déjeme al menos que avise al carpintero. Mejor que seamos tres que dos, y él es un hombre fuerte.

Salió a buscarlo y me quedé a solas con el arcón de rayas en la cámara de oficiales. Creo que no soy un hombre nervioso, pero me pareció preferible que la mesa se interpusiera entre mi cuerpo y la antigua reliquia del Imperio español. Las rayas rojas y blancas empezaban a distinguirse a la creciente luz de la mañana, y las tallas de la madera, así como las curiosas volutas y coronas de metal, daban fe del cariño y arduo esfuerzo de los hábiles artesanos que la construyeron. El carpintero y el oficial llegaron en ese momento; el primero llevaba un martillo en la mano.

—Mal asunto, capitán —dijo, moviendo la cabeza con pesar mientras miraba el cuerpo sin vida del primer oficial—. Y ¿ustedes creen que hay alguien escondido en el cofre?

—No cabe duda —contestó Allardyce, empuñando el destornillador y apretando la mandíbula como quien necesita armarse de valor—. Abriré la cerradura si se quedan ustedes conmigo. Si ese hombre se levanta, ¡dele un martillazo en la cabeza, carpintero! Y usted, capitán, ¡dispare si ve que levanta la mano! ¡Vamos!

Se arrodilló delante del arcón y pasó el destornillador por debajo de la tapa. El cerrojo saltó con un chasquido fuerte.

—¡Cuidado! —gritó el oficial, y al momento levantó la enorme tapa. Mientras se abría, nos apartamos los tres de un salto, yo apuntando con la pistola y el carpintero con el martillo levantado. Luego, al ver que no pasaba nada, dimos un paso al frente y nos asomamos a mirar. El cofre estaba vacío.

No exactamente vacío, porque en una esquina había una vela amarilla, grabada con sumo detalle y de aspecto tan antiguo como el propio cofre. El tono amarillo intenso y la decoración artística sugerían que era un objeto valioso. Por lo demás, no había en el arcón de rayas nada de mayor peso o valor que el polvo.

—¡Caray! —exclamó Allardyce, mirando con perplejidad—. Entonces, ¿por qué pesaba tanto?

—Fíjese en el grosor de los lados y la tapa. Mide unos trece centímetros. Y mire ese resorte de metal.

—Es para sujetar la tapa —asintió el oficial—. Como ve, no se cae hacia atrás. ¿Qué dice esa inscripción en alemán?

—Que lo construyó Johan Rothstein de Augsburgo, en 1606.

—Y buen trabajo que hizo. Pero eso no nos aclara qué ha pasado, ¿verdad, capitán Barclay? La vela parece de oro. Al final recibiremos algo por las molestias.

Se inclinó para coger la vela, y desde ese instante nunca he puesto en duda la existencia de la inspiración, porque lo agarré del cuello y se lo impedí. Debió de ser alguna leyenda de la Edad Media que me vino a la cabeza, o tal vez que mis ojos se fijaron en algo rojo que no era la herrumbre de la parte superior de la cerradura, pero tanto a él como a mí siempre nos parecerá que fue una inspiración, por la rapidez con que reaccioné.

—Esto es brujería —dije—. Tráigame ese bastón del rincón.

Era un bastón corriente, con la empuñadura en forma de gancho. Enganché la vela con ella y di un tirón. Una hilera de dientes de acero bruñido saltaron con un destello del borde superior de la tapa y el arcón de rayas se cerró delante de nosotros como las fauces de un animal salvaje. La enorme tapa cayó con un estruendo metálico y los vasos que había en la alacena se agitaron sonoramente con la sacudida. El oficial se sentó en el borde de la mesa, temblando como un caballo asustado.

—¡Me ha salvado la vida, capitán Barclay!

O sea, que aquel era el secreto del arcón de rayas de don Ramirez di Leyra, y era así como este caballero protegía las ganancias que obtenía ilícitamente en Tierra Firme y la Provincia de Veraguas. Por astuto que fuese el ladrón, jamás pensaría que aquella vela de oro fuera distinta de los demás

objetos de valor encerrados en el arcón, y, justo al tocarla, saltaría el terrible resorte y los pinchos asesinos le atravesarían el cerebro: con la sacudida, la víctima caería de espaldas y el arcón se cerraría automáticamente.

Cuántos habrían caído víctimas, pensé, del ingenio del mecánico de Augsburgo. Y, mientras rumiaba la posible procedencia del siniestro arcón de rayas, tomé una decisión inmediata.

—Carpintero, venga con tres hombres y lleven esto a cubierta.

—¿Vamos a tirarlo por la borda, capitán?

—Sí, señor Allardyce. Por norma general no soy supersticioso, pero hay cosas que no se le pueden pedir a un marino.

—No me extraña que ese bergantín las pasara canutas con eso a bordo. La presión está bajando deprisa, y tenemos el tiempo justo.

Así, ni siquiera esperamos a los tres marineros, sino que entre el oficial, el carpintero y yo sacamos la caja y la arrojamos por la borda. Vimos saltar un chorro de agua blanca antes de que el arcón de rayas desapareciera. Ahora yace a mil brazas de profundidad y, si es cierto, como dicen, que el mar lo devolverá algún día a tierra, sufro por el hombre que encuentre ese arcón y trate de desvelar su secreto.

EL DEMONIO DE LA TONELERÍA

(1897)

No fue tarea fácil llegar hasta la isla con el Gamecock, porque el río había arrastrado tal cantidad de limo que sus orillas se extendían por las aguas del Atlántico a lo largo de muchos kilómetros. La costa apenas se distinguía cuando las primeras crestas blancas de las rompientes nos alertaron del peligro, y desde ahí avanzamos con sumo cuidado, con la mayor y el foque, dejando la orilla bien a la izquierda, como indicaba la carta de navegación. Más de una vez tocamos la arena con la quilla (el calado era algo inferior a los dos metros) pero siempre tuvimos espacio y suerte suficientes para seguir adelante. Al final, la profundidad del agua descendió muy deprisa, y nos enviaron una canoa de la fábrica, pilotada por un joven liberiano de la tribu de los krus que nos dejó a doscientos metros de la isla. Ahí fondeamos, pues según los gestos del negro no había esperanza de continuar. El agua azul del mar había cobrado el color chocolate del río, e incluso al abrigo de la isla la corriente zumbaba y formaba un remolino alrededor de la popa. El caudal había crecido hasta cubrir los pies de las palmeras, y la superficie del agua embarrada y grasienta estaba llena de troncos y residuos de todo tipo arrastrados por la riada.

Después de asegurarme de que estábamos bien amarrados y a salvo, pensé que lo mejor era aprovisionarnos de agua cuanto antes, porque el hedor presagiaba fiebres. La densidad del río, el fango, las orillas anegadas, el verde reluciente de la selva, la humedad en el aire vaporoso… todo eran señales de peligro para quien supiera verlas. Mandé por tanto el bote largo con dos cubas grandes que nos durarían hasta que llegáramos a San Pablo de Luanda. Mientras, yo cogí la yola y fui remando hasta la isla, pues vi ondear la bandera del Reino Unido por encima de las palmeras para indicar la posición del puesto comercial de Armitage y Wilson.

Pasado el palmeral vi un edificio bajo, alargado y blanqueado con cal, con un porche delante y una inmensa montaña de toneles de aceite de palma amontonados a ambos lados. Una hilera de botes y canoas cubría la playa, y un único embarcadero, pequeño, se adentraba en el río. Dos hombres con traje blanco y fajas rojas esperaban en el borde del embarcadero para recibirme.

Uno era grande, corpulento y con barba canosa. El otro era alto y delgado, con la cara pálida y tensa medio escondida por un sombrero grande en forma de champiñón.

—Encantado de conocerlo —dijo este último con cordialidad—. Soy Walker, el agente de Armitage y Wilson. Permítame que le presente al doctor Severall, de la misma compañía. No es frecuente ver una embarcación privada por aquí.

—Es el Gamecock —expliqué—. Soy su dueño y capitán. Me llamo Meldrum.

—¿De exploración? —preguntó.

—Soy entomólogo, cazador de mariposas. Estoy recorriendo la costa occidental desde Senegal hacia el sur.

—Y ¿va bien la caza? —preguntó el doctor Severall, mirándome despacio con los ojos inyectados de amarillo.

—Tengo cuarenta cajas llenas. Hemos venido aquí a por agua, y también a ver qué tienen relacionado con mi interés profesional.

Con estas presentaciones y explicaciones habíamos pasado el rato mientras mis dos ayudantes krus amarraban la yola. Entonces recorrí el embarcadero flanqueado por mis recién conocidos, que me acribillaron a preguntas porque hacía meses que no veían a un hombre blanco.

—¿Que qué hacemos? —dijo el doctor Severall cuando empecé yo a preguntar—. El trabajo nos tiene muy ocupados y en nuestro tiempo libre hablamos de política.

—Sí, por una bendición especial de la Providencia, Severall es un radical redomado, y yo un unionista duro de pelar, así que todas las noches dedicamos dos horas enteras a hablar del Estatuto de Autonomía de Irlanda.

—Y a tomar cócteles de quinina —añadió el médico—. Ahora estamos los dos bastante curtidos, pero nuestra temperatura normal el año pasado era de treinta y nueve y medio. Como asesor imparcial no le recomiendo que se quede aquí mucho tiempo, a menos que quiera usted coleccionar bacilos además de mariposas. En la desembocadura del río Ogüé nunca podrá construirse un balneario.

No hay nada más sutil que el humor macabro que estos hombres alejados de la civilización son capaces de destilar en su aislamiento y su manera no solo de plantar cara a las vicisitudes de la vida, sino también de reírse de ellas. Yendo desde Sierra Leona hacia el sur, en todas partes me he encontrado con las mismas ciénagas pestilentes, las mismas comunidades aisladas y arrasadas por la fiebre y los mismos chistes malos. Hay algo que se aproxima a lo

divino en esa capacidad del ser humano para sobreponerse a su situación y emplear su inteligencia para burlarse de los padecimientos corporales.

—La cena estará lista en cuestión de media hora, capitán Meldrum —dijo Severall—. Walker ha ido a ver cómo va. Esta semana es el encargado de los asuntos domésticos. Mientras, si le apetece, podemos dar un paseo y le enseñaré las vistas de la isla.

El sol ya se había puesto por detrás de la línea del palmeral y el amplio arco del cielo era como el interior de una concha gigantesca teñida de exquisitos destellos rosados y delicadas iridiscencias. Nadie que no haya vivido en una tierra donde el peso y el calor de una servilleta en las rodillas resultan insoportables puede imaginar el alivio infinito que trae consigo el frescor del atardecer. En aquel aire más dulce y puro rodeamos el doctor Severall y yo la pequeña isla, mientras él iba señalando los almacenes y explicando la rutina de su trabajo.

—Esto tiene un halo romántico —dijo, en respuesta a algún comentario mío sobre la monotonía de su vida—. Aquí vivimos en los márgenes de la inmensidad desconocida. Ahí arriba —añadió, señalando hacia el nordeste—, Du Chaillu encontró el territorio de los gorilas. Ese país es Gabón, la tierra de los grandes simios. En esa otra dirección, al sureste, nadie ha llegado muy lejos. Las tierras que baña este río son prácticamente desconocidas para los europeos. Cada tronco que arrastra la corriente viene de un país por descubrir. Cuando veo las orquídeas y otras plantas de aspecto curioso y singular que llegan a la punta oriental de la isla siento no ser mejor botánico.

La zona que señalaba Severall era una playa inclinada, de arena oscura, repleta de residuos depositados por la corriente. En cada extremo había una punta de tierra curvada, como una especie de barrera natural, que formaba entre medias una bahía pequeña. La bahía estaba llena de vegetación flotante, y en el centro había un árbol enorme, partido y varado en la orilla, con el costado alto y negro bañado por la corriente.

—Todos vienen del norte del país —explicó Severall—. Se quedan atrapados en la bahía y cuando hay una crecida el agua los arrastra y se los lleva al mar.

—¿Qué árbol es ese? —pregunté.

—Alguna variedad de teca, supongo, aunque parece bastante podrido. Por aquí pasan todo tipo de árboles, por no hablar de palmeras. Venga conmigo, por favor.

Me llevó a un edificio rectangular con una inmensa cantidad de duelas y flejes de hierro esparcidos por el suelo.

—Aquí es donde hacemos los toneles —dijo—. Nos traen las duelas en fardos y nosotros las armamos. Dígame, ¿verdad que no ve usted nada especialmente siniestro en este edificio?

Eché un vistazo al tejado de chapa de zinc, las paredes de madera blancas y el suelo de tierra. En un rincón había un colchón y una manta.

—No veo nada inquietante —dije.

—Pues hay algo que se sale de lo común —contestó—. ¿Ve esa cama? Tengo intención de dormir ahí esta noche. No pretendo darme importancia, pero será una especie de prueba para los nervios.

—¿Por qué?

—Bueno, han ocurrido cosas extrañas. Hablaba usted de nuestra vida monótona, pues le aseguro que a veces no querríamos que fuera tan emocionante. Más vale que volvamos a casa, porque en cuanto cae el sol empieza a levantarse la niebla que propaga la fiebre de la ciénaga. Mire cómo se acerca por el río.

Unos tentáculos largos de vapor blanco salían del denso sotobosque y se acercaban rozando la amplia y arremolinada superficie del río de aguas turbias. Al mismo tiempo, el aire se había vuelto de golpe húmedo y frío.

—Ese el gong de la cena —dijo Severall—. Si le interesa el asunto, se lo contaré después.

Me interesaba mucho, porque al entrar en la tonelería había adoptado una actitud seria y reservada que mi imaginación encontró muy sugerente. Era un hombre grande, campechano y cordial, este doctor Severall, pero había detectado que sus ojos cobraban una expresión curiosa cuando miraba, una expresión que no describiría tanto como de temor, sino más bien como la de un hombre que estaba sobre aviso y en guardia.

—Por cierto —dije cuando íbamos camino de la casa—, me ha enseñado las cabañas de muchos de sus ayudantes indígenas, pero a ellos no los he visto.

—Duermen en ese barracón de ahí —señaló una de las orillas del río.

—En ese caso no me habría imaginado que necesitaran las cabañas.

—Vivían allí hasta hace unos días. Los hemos trasladado al barracón hasta que recuperen un poco la confianza. Estaban medio locos de miedo y les hemos dejado que se fueran. Ahora nadie duerme en la isla, aparte de Walker y yo.

—¿Qué les daba miedo? —pregunté.

—Bueno, eso nos lleva a la misma historia. No creo que Walker tenga ninguna objeción en que se lo contemos todo. No veo por qué tendríamos que

guardarlo en secreto, aunque sin duda es un asunto muy feo.

No volvió a mencionarlo mientras dábamos cuenta de la excelente cena que habían preparado en mi honor. Daba la sensación de que, en cuanto vieron aparecer la pequeña gavia blanca del Gamecock bordeando el cabo López, estos amables caballeros habían empezado a preparar su famoso pimentero —un guiso picante típico de la costa occidental de África— y a hervir batatas y ñames. Disfrutamos de la mejor comida tradicional que uno podía pedir, servida por un muchacho de Sierra Leona muy competente. Estaba yo pensando que al menos aquel chico no había participado de la huida general cuando, después de servir el postre y el vino, se llevó una mano al turbante.

—¿Algo más, *massa* Walker? —preguntó.

—No, creo que no necesitamos nada, Moussa —contestó mi anfitrión—. Aunque no me encuentro muy bien esta noche y preferiría que te quedaras en la isla.

Vi que el temor y el deber libraban una batalla en la cara morena del africano. Su piel había cobrado ese tinte púrpura que denota palidez en los negros, y miró a su alrededor con recelo.

—No, no, *massa* Walker —dijo por fin—. Mejor que venga usted conmigo al barracón, señor. Allí lo cuido mucho mejor que aquí.

—Eso no puede ser, Moussa. Un hombre blanco no abandona el puesto que le han asignado.

De nuevo vi el violento combate en el rostro del negro y de nuevo prevaleció el miedo.

—Es imposible, *massa* Walker. No puedo. Si fuera ayer o mañana, sí podría, pero esta es la tercera noche, señor, y ya no aguanto más.

Walker se encogió de hombros.

—¡Vete entonces! Pero cuando venga el barco correo puedes volver a Sierra Leona, porque no quiero un criado que me abandona cuando más lo necesito. Supongo que todo esto es un misterio para usted, capitán Meldrum, ¿o le ha contado algo ya el doctor?

—Le he enseñado al capitán Meldrum la tonelería pero no le he contado nada —dijo Severall—. Tienes mala cara, Walker —añadió, mirando a su compañero—. Parece que has pillado algo fuerte.

—Sí, me he pasado todo el día tiritando y ahora tengo la cabeza como un bombo. Me he tomado diez gramos de quinina y me están silbando los oídos como un hervidor. Pero quiero dormir esta noche contigo en la tonelería.

—No, no, amigo mío. Ni hablar de eso. Tienes que irte a la cama ahora mismo. Seguro que el capitán Meldrum te disculpa. Yo pasaré la noche en la tonelería, y te prometo que estaré aquí con tu medicina antes del desayuno.

Era evidente que Walker sufría uno de esos ataques violentos y repentinos de fiebre intermitente que son la maldición de la costa africana. Las mejillas cetrinas se le habían enrojecido y tenía un brillo febril en los ojos. De buenas a primeras empezó a tararear una canción con la voz aguda del delirio.

—Vamos, vamos, tienes que irte a la cama, amigo mío —insistió el doctor, y con mi ayuda llevó al enfermo a su dormitorio. Allí lo desnudamos y, después de haber tomado un sedante fuerte, se quedó profundamente dormido.

—Pasará bien la noche —dijo Severall cuando volvimos a sentarnos y a llenar los vasos—. Unas veces me toca a mí y otras a él: por suerte nunca hemos caído los dos al mismo tiempo. Sentiría mucho estar enfermo esta noche, porque tengo un pequeño misterio que desentrañar. Ya le he dicho que pensaba dormir en la tonelería.

—Sí, eso ha dicho.

—Cuando digo dormir quiero decir montar guardia, porque no voy a pegar ojo. Los nativos están tan asustados que ninguno quiere quedarse después de que anochezca, y esta noche me propongo averiguar cuál puede ser la causa de tanto revuelo. Los vigilantes siempre han tenido la costumbre de dormir en la tonelería, para impedir que roben los flejes. Pues bien, hace seis días, el que dormía allí desapareció y no hemos vuelto a ver rastro de él. La verdad es que fue muy raro, porque no faltaba ninguna canoa, y estas aguas están demasiado infestadas de cocodrilos para que un hombre pueda alcanzar la costa a nado. Es un misterio total qué ha sido de él o cómo pudo salir de la isla. A Walker y a mí simplemente nos sorprendió, pero los negros estaban asustadísimos, y empezaron a circular extrañas historias de vudú. La estampida general se produjo hace tres noches, cuando el nuevo vigilante de la tonelería también desapareció.

—¿Qué le pasó?

—No solo no lo sabemos, sino que no encontramos ninguna explicación que encaje con los hechos. Los negros juran que en la tonelería hay un demonio que cada tres noches se cobra la vida de un hombre. No quieren quedarse en la isla, y no hay manera de convencerlos. Hasta Moussa, que es un chico de fiar, está dispuesto a dejar a su señor enfermo de fiebre antes que quedarse aquí de noche. Para seguir dirigiendo este negocio tenemos que tranquilizar a nuestros negros, y no se me ocurre nada mejor que pasar una

noche en la tonelería. Esta es la tercera noche, así que supongo que algo va a ocurrir, sea lo que sea.

—¿No tiene ninguna pista? —pregunté—. ¿No había indicios de violencia, manchas de sangre, huellas, nada que le indique a qué clase de peligro se enfrenta?

—Absolutamente nada. Esos dos hombres han desaparecido sin más. El segundo fue Ali, el encargado del embarcadero desde que empezó el negocio. Era un hombre formal como ninguno, y únicamente una desgracia le apartaría de su trabajo.

—Bueno, no creo que sea esta misión para un solo hombre. Su amigo está bien cargado de láudano y pase lo que pase no puede ayudarle en nada. Deje que me quede y le acompañe esta noche en la tonelería.

—¡Vaya! Es muy amable, Meldrum —asintió, estrechándome cordialmente la mano por encima de la mesa—. Nunca me habría atrevido a proponérselo, porque es demasiado pedir a alguien que está aquí por casualidad, pero si de verdad está dispuesto…

—Claro que sí. Si me disculpa un momento, voy a avisar al Gamecock para decir que no me esperen.

Cuando volvíamos desde el otro extremo del embarcadero nos impresionó a los dos el cariz de la noche. En el lado de tierra se había formado una masa de nubarrones de color negro azulado, y de ahí llegaban rachas de viento caliente que nos abofeteaban la cara como el golpe de calor que se siente al abrir un horno. El río bufaba y se arremolinaba debajo del embarcadero, lanzando chorros de espuma entre los tablones.

—¡Maldita sea! —exclamó el doctor Severall—. Puede que tengamos una inundación, para colmo de males. Esta crecida del río significa que está diluviando aguas arriba, y cuando empieza nunca se sabe hasta dónde puede llegar. Alguna vez ha llegado a cubrir la isla por completo. En fin, vamos a ver si Walker está cómodo, y luego, si le parece, nos instalamos en la tonelería.

El enfermo estaba profundamente dormido, y le dejamos a mano un vaso con zumo de lima por si se despertaba con sed por culpa de la fiebre. Después echamos a andar bajo la penumbra antinatural que producía el nubarrón amenazante. El río había crecido tanto que la bahía de la punta de la isla que he descrito más arriba casi se había borrado al quedar sumergida su península. El montón de madera arrastrado por la corriente, con el enorme árbol negro en el centro, se balanceaba en las aguas turbulentas.

—La inundación nos vendrá bien porque se llevará toda la materia vegetal acumulada en la punta oriental de la isla. Llegó con la riada del otro día y se quedará aquí hasta que otra inundación la arrastre a la corriente principal. Bueno, ya hemos llegado. Aquí tiene algunos libros y aquí mi petaca. Tenemos que pasar la noche lo mejor posible.

A la luz de nuestro único farol, el almacén solitario tenía un aspecto deprimente y tétrico. Aparte de los montones de duelas y flejes no había otra cosa que el colchón del doctor Severall en el rincón. Improvisamos un par de asientos y una mesa con las duelas y nos preparamos para una larga vigilia. Severall había traído un revólver para mí, y él iba armado con una escopeta de doble cañón. Cargamos las armas y las dejamos amartilladas y a mano. El círculo de luz del farol y los arcos de las sombras negras inspiraban una sensación tan melancólica que el doctor fue a casa y volvió con dos velas. Uno de los lados del edificio estaba perforado por varias ventanas abiertas y tuvimos que formar una pantalla con las duelas para evitar que las velas se apagaran.

Severall, que parecía un hombre de nervios de acero, se había puesto a leer un libro, aunque observé que de vez en cuando lo apoyaba en las rodillas y echaba un vistazo a un lado y a otro con gesto serio. Yo intenté ponerme a leer un par de veces, pero me era imposible concentrarme en el libro. Mis pensamientos volvían continuamente al almacén vacío y silencioso y al siniestro misterio que lo rodeaba. Me estrujé la cabeza buscando una posible teoría que explicara la desaparición de los dos vigilantes. Lo único cierto era el hecho aciago de que se habían esfumado sin dejar la más mínima prueba de por qué o adónde. Y Severall y yo esperábamos, los dos en el mismo sitio… sin la menor idea de lo que esperábamos. Estaba en lo cierto cuando dije que no era misión para un solo hombre. Ya era bastante dura siendo dos, y por nada en el mundo me habría quedado allí sin un compañero.

¡Qué noche tan interminable y tediosa! El borboteo del río se mezclaba con los suspiros del viento cada vez más fuertes. Dentro, aparte de nuestra respiración, del susurro del papel cuando el doctor pasaba una página y el silbido estridente de algún mosquito ocasional, el silencio era muy profundo. Me dio un vuelco el corazón cuando Severall tiró su libro al suelo de repente y se levantó de un salto sin apartar los ojos de una de las ventanas.

—¿Ha visto algo, Meldrum?

—No. ¿Usted?

—Bueno, he tenido la vaga sensación de que algo se ha movido por delante de esa ventana. —Cogió la escopeta y se acercó—. No, no se ve nada,

y sin embargo habría jurado que algo ha pasado lentamente por aquí.

—Quizá haya sido la hoja de una palmera —sugerí, porque el viento arreciaba por momentos.

—Es muy probable —dijo, y volvió a sentarse con su libro, aunque no paraba de mirar la ventana con recelo. Yo también la observaba, pero todo estaba tranquilo en el exterior.

De pronto, el estallido de la tormenta centró nuestra atención en otras cosas. A un relámpago cegador siguió un ruido estruendoso que sacudió el almacén. El intenso fulgor blanco estallaba sin tregua a la misma vez que el trueno, como el fogonazo y el rugido de una monstruosa descarga de artillería. Y entonces la lluvia tropical empezó a aporrear el tejado de chapa de la tonelería. El almacén grande y hueco resonaba como un tambor. De la oscuridad surgía una extraña combinación de ruidos: algo que hacía gluglú, sonidos como de metal o cristal, algo que chapoteaba, que burbujeaba, que goteaba; todos los sonidos líquidos que la naturaleza puede producir, desde el azote y el bufido de la lluvia hasta el bramido grave y regular del río. El ruido era más intenso de hora en hora.

—Esta va a ser una riada de padre y muy señor mío. Bueno, por fin empieza a amanecer, y es una suerte. De todos modos, casi hemos desmentido la superstición de la tercera noche.

Una luz grisácea empezaba a extenderse por el almacén y en un momento se había hecho de día. La lluvia había amainado, pero el río pasaba rugiendo como una catarata de color café. Su fuerza me hizo temer por el ancla del Gamecock.

—Tengo que volver a bordo —dije—. Si el agua arrastra el barco, será imposible remontar el río de nuevo.

—La isla es un buen rompeolas —me tranquilizó Severall—. Puedo ofrecerle una taza de café si viene a casa.

Estaba desanimado y aterido de frío, así que agradecí la invitación. Salimos de la aciaga tonelería con su misterio aún sin resolver y volvimos a casa chapoteando.

—Ahí tiene la lámpara de alcohol —dijo mi compañero—. Haga el favor de encenderla mientras voy a ver cómo se encuentra Walker esta mañana.

Me dejó solo, pero volvió enseguida con cara de consternación.

—¡Está muerto! —gritó con voz ronca.

La noticia me produjo un escalofrío de horror. Me quedé mirándolo, con la lámpara en la mano.

—¡Está muerto! —repitió—. ¡Venga a verlo!

Lo seguí sin decir palabra y lo primero que vi al entrar en el dormitorio fue a Walker acurrucado en la cama con el pijama de franela gris que le habíamos puesto la noche anterior.

—¡No está muerto! —exclamé, con la voz entrecortada.

Severall estaba alteradísimo. Le temblaban las manos como hojas al viento.

—Hace horas que murió.

—¿Ha sido la fiebre?

—¡La fiebre! ¡Mírele el pie!

Bajé los ojos y se me escapó un grito de horror. Tenía un pie no solo dislocado, sino completamente vuelto del revés, en una contorsión grotesca.

—¡Dios mío! ¿Qué puede haberle hecho eso?

Severall había puesto la mano en el pecho de su amigo muerto.

—Toque aquí —susurró.

Puse la mano en el mismo punto. No noté la menor resistencia. El cuerpo estaba totalmente blando y flácido. Era como apretar una muñeca de serrín.

—No tiene esternón —explicó Severall, con el mismo susurro sobrecogido—. Está hecho añicos. Gracias a Dios que se tomó el láudano. Se le nota en la cara que murió mientras dormía.

—¿Quién puede haber hecho esto?

—No puedo más —dijo el doctor, pasándose una mano por la frente—. No sé si soy aún más cobarde que los indígenas, pero esto me supera. Si va usted al Gamecock…

—¡Vamos! —contesté, y nos pusimos en camino. Si no echamos a correr fue porque cada uno quería conservar un mínimo de dignidad delante del otro. Era peligroso lanzarse en una canoa por aquel río turbulento pero ni siquiera nos paramos a pensarlo. Él achicando y yo remando, conseguimos mantener la embarcación a flote y alcanzar la cubierta del velero. Una vez allí, separados de aquella isla maldita por doscientos metros de agua, recuperamos la entereza.

—Volveremos dentro de una hora —dijo Severall—. Necesitamos un rato para tranquilizarnos. Ni aunque me diesen el salario de un año dejaría que los negros me vieran como estaba hace un momento.

—Le he pedido al camarero que prepare el desayuno. Volveremos después. Pero, por Dios, doctor Severall, dígame qué piensa de todo esto.

—No lo entiendo, no entiendo nada. Siempre que he oído hablar de brujería y de vudú me he burlado como todo el mundo. Pero que el pobre Walker, un hombre decente y temeroso de Dios, un inglés de su tiempo y

miembro de la Primrose League[133], pierda la vida así, sin esternón, me ha estremecido, no lo voy a negar. Pero, mire eso, Meldrum, ese marinero suyo ¿está loco o borracho, o qué le pasa?

Patterson, el mayor de la tripulación y un hombre recio como las pirámides, llevaba un rato en la proa alargando un bichero para alejar los troncos que arrastraba la corriente. En ese momento se le habían doblado las rodillas, miraba al frente con un gesto iracundo y apuñalaba furiosamente el aire con un dedo.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó.

Y entonces lo vimos.

Un tronco enorme y negro bajaba por el río, con el amplio lomo reluciente y lamido por el agua. Y delante de él, a cosa de un metro, con la cabeza arqueada como la de un mascarón de proa, asomaba un rostro horripilante que se movía despacio de lado a lado. Era un rostro plano, maligno, del tamaño de un barril de cerveza y de un color desvaído como un hongo; el cuello que lo sostenía estaba moteado de manchas negras y amarillo pálido. Mientras pasaba a toda velocidad al lado del Gamecock en las aguas arremolinadas, un inmenso cilindro enroscado salió de un agujero grande en el tronco, y la espantosa cabeza alcanzó de golpe una altura de entre dos y tres metros para observar el velero con unos ojos turbios y cubiertos por una escama. En un segundo el árbol había pasado de largo y se sumergía en las aguas del Atlántico con su horrendo pasajero.

—¿Qué era eso? —grité.

—Es nuestro demonio de la tonelería —contestó el doctor Severall, que en un instante volvía a ser el hombre campechano y seguro de sí mismo—. Sí, ese es el demonio que ha estado rondando nuestra isla. Es la gran pitón de Gabón.

Me acordé de las historias que había oído a lo largo de la costa sobre las monstruosas serpientes constrictoras de tierra adentro, su apetito periódico y los efectos letales de su abrazo. Y entonces todo cobró forma en mi cabeza. La crecida de la semana anterior había arrastrado aquel tronco enorme y hueco con su espantoso ocupante dentro. ¡Quién sabe de qué remota selva tropical podía venir! El tronco había estado varado en la bahía oriental de la isla y la tonelería era el sitio habitado más próximo. Dos veces, la serpiente se había llevado al vigilante al entrarle apetito. Era indudable que la noche anterior había vuelto, cuando Severall creyó haber visto algo que se movía en la ventana, pero las luces la ahuyentaron. Entonces siguió arrastrándose y mató al pobre Walker mientras dormía.

—¿Por qué no se llevó a Walker? —pregunté.

—Debió de asustarse con los truenos y los relámpagos. Ahí está su camarero, Meldrum. Cuanto antes desayunemos y volvamos a la isla, mejor. No vaya a ser que alguno de esos negros piense que tenemos miedo.

EL CAZADOR DE ESCARABAJOS

(1898)

—¿Una experiencia curiosa? —dijo el doctor—. Sí, amigos míos, he tenido una experiencia muy curiosa. No espero volver a tener otra, porque es contrario a todos los principios del azar que ese tipo de acontecimientos le ocurran a un mismo hombre dos veces en la vida. Pueden creerme o no pero todo ocurrió exactamente tal como aquí lo cuento.

Yo acababa de hacerme médico aunque aún no había empezado a practicar y vivía en una casa de huéspedes de Gower Street. La numeración de la calle ha cambiado, pero en aquel entonces era la única casa con mirador, a mano izquierda según se baja desde la estación del metropolitano. La viuda Murchison regentaba la casa en aquella época y tenía por huéspedes a tres estudiantes de medicina y un ingeniero. Yo ocupaba la habitación del último piso, que era la más barata, pero aun siendo barata estaba por encima de mis posibilidades. Mis escasos recursos se estaban agotando, y cada semana me era más necesario encontrar una ocupación. Lo cierto es que era muy reacio a dedicarme a la medicina general, dado que mis gustos me llevaban siempre a las ciencias naturales, y en especial a la zoología, por la que sentía una fuerte inclinación. Casi había renunciado a la lucha y empezaba a resignarme a ser médico y trabajar como un esclavo cuando la batalla conmigo mismo alcanzó un punto crítico de una manera muy extraña.

Una mañana, cogí el *Standard* y me puse a hojearlo. No había ni una sola noticia, y ya estaba a punto de tirarlo cuando un anuncio que encabezaba la sección personal llamó mi atención. Decía lo siguiente:

> Se precisan los servicios de un médico para uno o más días. Es esencial que sea un hombre fuerte, resolutivo y con temple. Se busca un entomólogo, preferiblemente especialista en coleópteros. Los interesados deben presentarse antes de las doce de hoy en el 77B de Brook Street.

Bien, ya he dicho que era un apasionado de la zoología. De todas las ramas de esta disciplina, la más atractiva para mí era el estudio de los insectos y, de todos los insectos, los escarabajos eran la especie que mejor conocía.

Coleccionistas de mariposas los hay a montones, pero los escarabajos son mucho más variados y abundantes en estas islas que las mariposas. Fue esto lo que me atrajo de ellos, y había ido reuniendo mi propia colección compuesta por más de un centenar de variedades. En cuanto a los demás requisitos del anuncio, estaba seguro de que podía confiar en mis nervios, y había ganado la competición de lanzamiento de peso en un torneo entre diversos hospitales. Era sin lugar a dudas el hombre ideal para el puesto. A los cinco minutos de leer el anuncio ya estaba en un coche camino de Brook Street.

A lo largo del trayecto no dejé de pensar en el asunto, y traté de adivinar qué clase de empleo podía requerir unas cualificaciones tan curiosas. Fuerza física, carácter resolutivo, formación médica y conocimiento de los escarabajos: ¿qué relación había entre requisitos tan dispares? Por otro lado, me desanimaba que el puesto no fuera permanente, sino revisable de día en día, según decía el anuncio. Cuantas más vueltas le daba, más incomprensible me parecía, aunque al final de mis cavilaciones siempre volvía al hecho fundamental de que, pasara lo que pasara, no tenía nada que perder, de que mis recursos estaban a punto de agotarse y de que estaba dispuesto a vivir cualquier aventura, por desesperada que fuese, que me permitiera embolsarme honradamente unos cuantos soberanos. Teme fracasar quien tiene que pagar por su fracaso, pero no había ningún castigo que pudiera exigirme la Fortuna. Era como el jugador con los bolsillos vacíos al que todavía se le permite probar su suerte con los demás.

El número 77B de Brook Street era una de esas casas lúgubres aunque imponentes, de color pardo y fachada plana, con ese aire profundamente respetable y sólido que caracteriza la arquitectura georgiana. Mientras me apeaba del coche, salió un joven por la puerta y se alejó rápidamente por la acera. Al pasar a mi lado, vi que me dirigía una mirada inquisitiva y algo malévola, y tomé el incidente por un buen augurio, pues el joven en cuestión me pareció un candidato rechazado, y si tanto le fastidiaba mi llegada era porque la vacante aún no se había cubierto. Muy esperanzado, subí la amplia escalera y llamé con el recio picaporte.

Un mayordomo de librea y con la cara empolvada abrió la puerta. No cabía duda de que iba a tratar con personas ricas y elegantes.

—¿Sí, señor? —preguntó el mayordomo.

—Vengo por el…

—Claro, señor. Lord Linchmere le recibirá enseguida en la biblioteca.

¡Lord Linchmere! Me sonaba vagamente el apellido, aunque en ese momento no pude recordar nada. Seguí al mayordomo hasta una sala grande y forrada de libros, con un escritorio detrás del que estaba sentado un hombre menudo, pulcramente afeitado, de facciones expresivas, con el pelo largo salpicado de canas y peinado hacia atrás. Me examinó de arriba abajo con una mirada perspicaz y penetrante, sosteniendo en la mano derecha la tarjeta que le había dado el mayordomo. Sonrió entonces con aire complacido, y tuve la impresión de que, al menos externamente, mis cualidades eran las que él buscaba.

—¿Viene usted por mi anuncio, doctor Hamilton? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Cumple los requisitos que se solicitan?

—Creo que sí.

—Veo que es un hombre fuerte, a juzgar por su físico.

—Me considero bastante fuerte.

—¿Y decidido?

—Yo diría que sí.

—¿Alguna vez se ha expuesto a un peligro inminente?

—No, creo que nunca.

—Pero ¿cree que sabría reaccionar con calma en un caso así?

—Eso espero.

—Pues yo creo que sí. Ver que no intenta asegurar lo que haría en una situación que le resulta nueva me da más confianza en usted. Tengo la sensación de que, en lo que atañe a las cualidades personales, es usted el hombre que estoy buscando. Aclarado esto, pasemos al siguiente punto.

—¿Cuál es?

—Hábleme de escarabajos.

Pensé que era una broma pero vi que, al contrario, se había inclinado sobre el escritorio con gesto serio y una mirada de algo parecido a la ansiedad.

—Me temo que no sabe nada de escarabajos —se lamentó.

—Todo lo contrario, señor, es el único asunto científico del que en realidad creo saber algo.

—No sabe cuánto me alegra oír eso. Por favor, hábleme de escarabajos.

Hablé. No puedo jactarme de haber dicho nada original, pero hice un breve resumen de las características de este insecto y hablé de las especies más comunes, introduciendo algunas alusiones a los ejemplares de mi

modesta colección y a mi artículo, «Escarabajos enterrados», un trabajo que había publicado en el *Journal of Entomological Science*.

—¡Cómo! ¿No será coleccionista? —exclamó lord Linchmere—. ¿No irá a decirme que usted también es coleccionista? —Le bailaban los ojos de alegría—. Está claro que es el hombre perfecto para mis fines. Ya imaginaba que entre cinco millones de personas tenía que haber en Londres un hombre como usted, aunque lo difícil sería dar con él. He sido inmensamente afortunado de encontrarlo.

Tocó un gong que había encima de la mesa, y enseguida apareció el mayordomo.

—Dígale a lady Rossiter que tenga la bondad de venir —dijo el señor.

Y momentos más tarde el mayordomo anunció a la señora en cuestión. Era una mujer menuda y de mediana edad, que tenía un gran parecido con lord Linchmere: la misma expresión rápida y vivaz, y el mismo pelo canoso. Sin embargo, el gesto de ansiedad que había observado en lord Linchmere era mucho más acusado en ella. Me pareció que una honda pena velaba sus rasgos. Mientras mi anfitrión me la presentaba, la mujer me miró de frente, y me horrorizó ver una cicatriz, todavía fresca y de unos cinco centímetros sobre su ceja derecha. La llevaba parcialmente escondida debajo de un apósito, pero aun así estaba claro que la herida había sido grave y que era reciente.

—El doctor Hamilton es el hombre que necesitamos, Evelyn —dijo lord Linchmere—. Colecciona escarabajos y ha escrito artículos sobre el tema.

—¡No me diga! —exclamó lady Rossiter—. Entonces habrá oído usted hablar de mi marido. Todo el mundo que sabe algo de escarabajos ha tenido que oír hablar de sir Thomas Rossiter.

Por primera vez un leve rayo de luz empezaba a iluminar el misterio. Por fin veía una relación entre aquellas personas y los escarabajos. Sir Thomas Rossiter era la máxima autoridad mundial en la materia. Había dedicado su vida al estudio de los escarabajos y escrito una obra de lo más exhaustiva. Me apresuré a asegurarle a su mujer que había leído el libro y lo apreciaba mucho.

—¿Conoce a mi marido? —preguntó.

—No, señora.

—Pues lo conocerá —afirmó lord Linchmere con determinación.

Lady Rossiter, que estaba al lado del escritorio, apoyó una mano en el hombro de lord Linchmere. Al ver sus caras juntas, no me cupo la menor duda de que eran hermanos.

—¿Estás preparado, Charles? Es muy noble de tu parte, pero tengo mucho miedo.

La voz de la mujer temblaba de temor, y me pareció que él estaba igual de alterado, aunque hacía un esfuerzo enorme por ocultar su nerviosismo.

—Sí, sí, querida. Ya lo hemos hablado; ya está decidido. La verdad es que no veo otra alternativa.

—Hay una muy obvia.

—No, no, Evelyn. Nunca te abandonaré: nunca. Todo saldrá bien, puedes estar segura. Saldrá bien. Además, parece obra de la Providencia que un instrumento tan perfecto haya caído en nuestras manos.

Me sentí incómodo, con la sensación de que se habían olvidado momentáneamente de mi presencia. Pero lord Linchmere enseguida volvió a ocuparse de mí y de mi contrato.

—El asunto para el que lo necesito, doctor Hamilton, exige que se ponga usted a mi entera disposición. Quiero que me acompañe en un breve viaje, que esté siempre a mi lado y me prometa que hará cualquier cosa que le pida, por poco razonable que pueda parecerle.

—Eso es mucho pedir —dije.

—Lamentablemente, no puedo ser más claro, pues yo mismo no sé qué rumbo pueden tomar las cosas. No obstante, tenga usted la certeza de que no se le pedirá hacer nada contrario a su conciencia; y le prometo que, cuando todo haya terminado, se sentirá orgulloso de haber tomado parte en tan buena acción.

—Si es que tiene un final feliz —precisó lady Rossiter.

—Exactamente. Si es que tiene un final feliz —repitió lord Linchmere.

—¿Cuáles son las condiciones? —pregunté.

—Veinte libras al día.

Me impresionó la suma, y debió de notarse mi sorpresa.

—Lo que pedimos es una rara combinación de cualidades, y me imagino que le sorprendería cuando leyó el anuncio —dijo lord Linchmere—. Una persona con talentos tan variados merece una buena compensación, y no voy a ocultarle que sus obligaciones pueden ser arduas, incluso peligrosas. Además, es posible que en un par de días el asunto haya concluido.

—¡Dios lo quiera! —suspiró su hermana.

—Entonces, doctor Hamilton, ¿puedo contar con su ayuda?

—Sin la menor duda. Solo tiene que decirme cuáles serán mis obligaciones.

—La primera es que vuelva usted a casa y prepare lo necesario para una breve excursión al campo. Salimos esta tarde de la estación de Paddington, a las 3:40.

—¿Vamos lejos?

—A Pangbourne. Lo espero en el quiosco de libros a las 3:30. Yo me ocupo de comprar los billetes. Adiós, señor Hamilton. Y, por cierto, hay dos cosas que me gustaría mucho que trajera, en el caso de que las tenga. Una es su recipiente para recoger escarabajos, y la otra, un bastón, cuanto más grueso mejor.

Como pueden imaginar, tuve mucho que pensar entre el momento en que salí de Brook Street y el momento de volver a ver a lord Linchmere en Paddington. La increíble misión no paró de componerse y descomponerse en mi cerebro como las formas de un caleidoscopio, hasta que se me ocurrieron una docena de explicaciones posibles, a cual más improbable y grotesca. Al final desistí de dar con la solución y me conformé con seguir a rajatabla las instrucciones que me habían dado. Con una maleta de mano, un estuche de muestras y un bastón, ya estaba esperando en el puesto de libros de Paddington cuando llegó lord Linchmere. Era aún más bajito de lo que me había parecido por la mañana, además de frágil, paliducho y bastante más nervioso. Llevaba un abrigo de viaje, largo y grueso, con capa en los hombros, y un garrote de endrino en la mano.

—Ya tengo los billetes —dijo mientras echaba a andar hacia el andén—. Ahí está nuestro tren. He reservado un compartimento completo, porque tengo muchas ganas de recalcarle un par de cosas importantes durante el viaje.

Sin embargo, todo se resumió en una sola frase y consistió en recordarme que mi misión era protegerlo y que en ningún caso podía dejarlo solo ni un instante. Me lo repitió continuamente cuando estábamos cerca de nuestro destino, con una insistencia que delataba su estado de profunda agitación.

—Sí —dijo por fin, en respuesta a mi expresión más que a mis palabras —. Estoy nervioso, doctor Hamilton. Siempre me he asustado con facilidad, porque soy un hombre de salud frágil. Pero tengo un temperamento firme y soy capaz de enfrentarme a un peligro ante el que un hombre menos nervioso que yo se acobardaría. Lo que estoy haciendo no lo hago por coacción, sino exclusivamente por sentido del deber, y aun así no cabe duda de que el riesgo es grave. Si algo saliera mal, tendré derecho a aspirar al título de mártir.

Esta eterna resolución de acertijos era superior a mis fuerzas. Pensé que tenía que ponerle fin.

—Creo que sería mucho mejor, señor, que confiara plenamente en mí —dije—. Me será imposible actuar con eficacia si no sé cuál es nuestro objetivo, ni tan siquiera adónde vamos.

—¿Adónde vamos? Bueno, no hay necesidad de convertir eso en un misterio. Vamos a Delamere Court, la residencia de sir Thomas Rossiter, cuyo trabajo ya conoce usted bien. En cuanto al objetivo exacto de nuestra visita, no creo que en esta fase del proceso ganemos nada si yo deposito toda mi confianza en usted. Puedo decirle que actuamos (y hablo en plural porque mi hermana, lady Rossiter, es de la misma opinión que yo) con el único propósito de evitar cualquier cosa que pueda derivar en un escándalo familiar. Siendo así, comprenderá usted que me resista a dar más explicaciones de las estrictamente necesarias. Sería distinto, doctor Hamilton, si yo le estuviera pidiendo consejo. Tal como están las cosas, lo único que necesito es su ayuda activa, y para eso le indicaré en cada momento de qué manera puede facilitármela mejor.

No había nada más que decir, y un hombre pobre es capaz de soportar muchas cosas por veinte libras al día, pero aun así me pareció que lord Linchmere se estaba comportando con mucha vileza. Quería convertirme en un instrumento pasivo, como el garrote que llevaba en la mano. Por otro lado, a la vista de su disposición susceptible, me imaginé que el escándalo le resultaría repugnante, y comprendí que solo depositaría su confianza en mí cuando no le quedara más remedio. Tenía que fiarme de mis propios sentidos para resolver el misterio, aunque con la plena confianza de que el esfuerzo no sería infructuoso.

Delamere Court se encuentra a sus buenos ocho kilómetros de la estación de Pangbourne, y fuimos hasta allí en un cabriolé. Lord Linchmere hizo el viaje ensimismado y no abrió la boca hasta que estábamos cerca de nuestro destino. Cuando se decidió a decir algo fue para darme una información que me sorprendió.

—Quizá no sepa que soy médico, como usted —dijo.

—No, señor. No lo sabía.

—Sí, terminé la carrera de joven, cuando varias vidas me separaban del título nobiliario. Aunque no he tenido ninguna oportunidad de practicar, siempre me ha parecido una formación útil. Nunca me he arrepentido de los años que dediqué al estudio de la medicina. Esa es la entrada de Delamere Court.

Habíamos llegado a dos columnas altas y coronadas por enormes escudos heráldicos al comienzo de una avenida sinuosa. Por encima de los laureles y los rododendros asomaba una mansión con muchos tejados y tapizada de yedra, a tono con el resplandor tenue, alegre y cálido de su fachada de ladrillo antiguo. Seguía absorto, admirando aquella casa deliciosa, cuando mi compañero me tiró de la manga con inquietud.

—Ahí está sir Thomas —susurró—. Por favor, hable de escarabajos todo lo que pueda.

Un hombre alto, delgado y de constitución curiosamente angulosa y huesuda había salido por un hueco del seto de laureles. Llevaba guantes de jardinería y una paleta en la mano. Un sombrero gris, de ala ancha, le ensombrecía la cara, que me pareció sumamente austera, con una barba descuidada y unos rasgos irregulares y duros. El cabriolé se detuvo y lord Linchmere bajó de un salto.

—Mi querido Thomas, ¿cómo estás? —dijo efusivamente.

Pero su efusividad no fue ni mucho menos correspondida. El dueño de la finca me lanzó una mirada furibunda por encima del hombro de su cuñado, y me vi atrapado entre fragmentos de frases entrecortadas: «como bien sabes… odio a los desconocidos… intromisión injustificable… de todo punto imperdonable». A esto le siguió una explicación malhumorada, y los dos se acercaron al costado del cabriolé.

—Permítame que le presente a sir Thomas Rossiter, doctor Hamilton —dijo lord Linchmere—. Pronto verá que tienen ustedes una sólida comunidad de intereses.

Me incliné. Sir Thomas estaba muy envarado y me miraba con gesto huraño por debajo del ala del sombrero.

—Lord Linchmere dice que entiende usted algo de escarabajos. ¿Qué sabe usted de escarabajos?

—Sé lo que he aprendido de su trabajo con los coleópteros, sir Thomas.

—Nombre las especies de escarabajos británicos más conocidas —ordenó.

No me esperaba un examen, pero por fortuna estaba preparado. Lord Rossiter parecía satisfecho con mis respuestas, pues vi que su expresión severa se relajaba.

—Parece que ha sacado algún provecho de la lectura de mi libro, señor —dijo—. Es raro conocer a alguien con interés y conocimiento de la materia. La gente encuentra tiempo para trivialidades como el deporte o la vida social, pero nadie se fija en los escarabajos. Le puedo asegurar que la mayor parte de los idiotas de esta zona del país ni siquiera saben que he escrito un libro… Y

eso que he sido el primero en describir la verdadera función de los élitros. Me alegro de conocerlo, señor, y no me cabe la menor duda de que puedo enseñarle algunos ejemplares que le interesarán.

Subió al cabriolé para acompañarnos hasta la casa y aprovechó el trayecto para exponerme ciertas investigaciones que había hecho recientemente sobre la anatomía de la mariquita.

Ya he señalado que sir Thomas Rossiter llevaba un sombrero grande y calado hasta las cejas. Al entrar en el vestíbulo se descubrió y al instante me fijé en una peculiaridad que el sombrero había ocultado hasta entonces. La frente, alta por naturaleza y aún más alta por las entradas en el pelo, se encontraba en un estado de continuo movimiento. Cierta debilidad nerviosa producía un espasmo incontenible de los músculos, que a veces se manifestaba con una simple contracción y a veces con un curioso movimiento rotatorio que yo no había visto jamás. El fenómeno resultó llamativamente visible cuando sir Thomas se volvió hacia nosotros después de entrar en el estudio, y más singular todavía por el contraste con los ojos grises, firmes y duros que observaban por debajo de aquella frente palpitante.

—Siento que lady Rossiter no esté aquí para ayudarme a recibirlo, doctor Hamilton. Por cierto, Charles, ¿te ha dicho Evelyn cuándo tiene pensado volver?

—Quería quedarse en la ciudad unos días más —dijo lord Linchmere—. Ya sabes la cantidad de compromisos sociales que acumulan las mujeres después de pasar una temporada en el campo. Mi hermana tiene muchas amistades en Londres ahora mismo.

—Bueno, es dueña de hacer lo que quiera y no tengo intención de alterar sus planes, pero me alegraré de volver a verla. Esto es muy solitario sin su compañía.

—Me temía que te sintieras solo, y en parte he venido por eso. Y, como mi joven amigo, el doctor Hamilton, está muy interesado en la materia que has hecho tuya, pensé que no te molestaría que me acompañase.

—Llevo una vida retirada, doctor Hamilton, y mi aversión por los desconocidos es cada vez mayor —dijo nuestro anfitrión—. A veces pienso que mis nervios ya no son lo que eran. Mis viajes de juventud en busca de escarabajos me llevaron a muchos lugares insalubres y plagados de malaria. Pero un hermano entomólogo como usted siempre es bienvenido, y será un placer enseñarle mi colección, que sin exagerar creo que puedo decir que es la mejor de Europa.

Y lo era, sin ningún género de duda. Tenía un enorme mueble de roble con cajones casi planos en los que, rigurosamente etiquetados y clasificados, conservaba escarabajos de todos los rincones del mundo: negros, marrones, azules, verdes y moteados. De vez en cuando, mientras señalaba con la mano las interminables hileras de insectos empalados, se fijaba en algún ejemplar raro, me lo entregaba con la misma delicadeza y reverencia con que se trata una reliquia valiosa y soltaba una perorata sobre sus peculiaridades y las circunstancias en que había llegado a sus manos. Resultaba evidente que era muy raro para él encontrar a alguien que lo escuchara y comprendiera, y habló sin parar hasta que el atardecer primaveral se adentró en la noche y el gong anunció que había llegado la hora de vestirse para la cena. Lord Linchmere no abrió la boca en toda la tarde, pero no se apartó de su cuñado en ningún momento, y le sorprendí lanzándole continuas miraditas interrogantes y curiosas. Expresaba una emoción, una aprensión, una compenetración y una expectación muy intensas: todo esto me pareció leer en su semblante. Yo estaba seguro de que se temía algo y esperaba algo, pero no alcanzaba a imaginar qué podía ser.

La velada transcurrió agradable y tranquila, y me habría sentido comodísimo de no haber sido por esa continua tensión que veía en lord Linchmere. Nuestro anfitrión, por otra parte, descubrí que mejoraba con el trato. Hablaba constantemente y con cariño de su mujer, y también de su hijo, un niño al que recientemente habían mandado a un internado. La casa, decía, no era la misma sin ellos. Si no fuera por sus estudios científicos, no sabría cómo soportar los días. Después de cenar pasamos un rato fumando en la sala de billar y por fin nos fuimos a la cama temprano.

Fue entonces cuando, por primera vez, se me pasó por la cabeza la sospecha de que lord Linchmere estaba loco. Vino a mi dormitorio cuando nuestro anfitrión ya se había retirado.

—Doctor —dijo, atropelladamente y en voz baja—, tiene que venir conmigo. Tiene que pasar la noche en mi dormitorio.

—¿Qué quiere decir?

—Prefiero no explicárselo. Pero forma parte de sus obligaciones. Mi habitación está cerca, y puede usted volver a la suya antes de que el mayordomo venga a despertarlo por la mañana.

—Pero ¿por qué?

—Porque me pone nervioso estar solo. Esa es la razón, ya que me pide una.

Su petición parecía pura y simple locura, pero el argumento de las veinte libras superaba muchas objeciones. Lo seguí a su dormitorio.

—Bueno, en esa cama solo hay sitio para uno —dije.

—Y solo la ocupará uno —contestó.

—¿Y el otro?

—Tiene que montar guardia.

—¿Por qué? Parece que espera que vengan a atacarlo.

—Puede ser.

—En ese caso, ¿por qué no cierra la puerta con llave?

—A lo mejor quiero que me ataquen.

Lo suyo parecía cada vez más un caso de locura. De todos modos, no había nada que hacer más que rendirse. Me encogí de hombros y me senté en la butaca, al lado de la chimenea vacía.

—Entonces ¿tengo que quedarme de guardia? —pregunté compungido.

—Dividiremos la noche. Usted vigile hasta las dos y yo vigilaré a partir de esa hora.

—Muy bien.

—Avíseme a las dos.

—De acuerdo.

—Tenga los oídos bien abiertos y, si oye algún ruido, despiérteme al instante. Al instante, ¿entendido?

—Puede confiar en mí —le aseguré, procurando ponerme tan solemne como él.

—Y, por Dios, no se quede dormido —me advirtió. Dicho esto, se quitó únicamente la chaqueta, se echó la colcha por encima y se dispuso a dormir.

Fue una vigilia melancólica, y la sensación se vio acrecentada por mis sospechas sobre su locura. Suponiendo que, por casualidad, lord Linchmere tuviera motivos para presentir que corría peligro en casa de sir Thomas Rossiter, ¿por qué demonios no se protegía cerrando la puerta con llave? La respuesta que me había dado, que a lo mejor quería que lo atacasen, era absurda. ¿Por qué razón podía querer que lo atacasen? Y ¿quién podía querer atacarlo? Estaba claro que lord Linchmere sufría algún tipo de delirio y que por eso yo iba a pasarme la noche sin dormir con un pretexto imbécil. Por absurda que fuera la situación, estaba decidido a cumplir sus órdenes al pie de la letra mientras me encontrara a su servicio. Así que me senté al lado de la chimenea vacía, atento a la sonora campanada de un reloj que repicaba cada cuarto de hora en algún punto del pasillo. Fue una vigilia interminable. Al margen del reloj, un completo silencio reinaba en la mansión. A mi lado, en la

mesa, tenía una lamparilla encendida que proyectaba un círculo de luz alrededor de mi butaca pero dejaba las esquinas de la habitación envueltas en la sombra. Lord Linchmere respiraba tranquilamente en la cama. Yo envidiaba su sueño y se me cerraban los párpados, pero mi sentido del deber acudía en mi ayuda en esos momentos y me obligaba a sentarme, frotarme los ojos y pellizcarme, con la determinación de presenciar el final de aquella guardia irracional.

Así lo hice. En el pasillo se oyeron las campanadas de las dos y apoyé una mano en el hombro de mi compañero dormido. Se incorporó al instante con una expresión de sumo interés.

—¿Ha oído algo?

—No, señor. Son las dos.

—Muy bien. Yo seguiré la guardia. Usted puede dormir.

Me acosté debajo de la colcha, como había hecho él, y no tardé en perder la conciencia. Lo último que recuerdo fue el círculo de la lámpara, con el rostro angustiado de lord Linchmere y su figura menuda encorvada y tensa en el centro.

No sé cuánto tiempo estuve dormido. Me despertó de pronto un fuerte tirón en la manga. A pesar de que el dormitorio estaba a oscuras, un intenso olor a aceite me indicó que la lámpara acababa de apagarse un segundo antes.

—¡Rápido! ¡Rápido! —me dijo lord Linchmere al oído.

Salté de la cama mientras él seguía tirándome del brazo.

—¡Por aquí! —susurró, mientras me llevaba a una esquina de la habitación—. ¡Calle! ¡Escuche!

En el silencio de la noche, oí con toda claridad que alguien se acercaba por el pasillo. Los pasos eran furtivos, intermitentes y leves, como de quien se para con cautela después de cada zancada. A veces no se oía nada en medio minuto, hasta que un crujido y un rumor indicaban un nuevo movimiento. Mi compañero estaba temblando de emoción. La mano con que seguía agarrado a mi manga se retorció como una rama al viento.

—¿Qué es? —murmuré.

—¡Es él!

—¿Sir Thomas?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—¡Calle! No haga nada hasta que se lo diga.

Noté que alguien intentaba abrir la puerta. La manivela hizo un chasquido levísimo, y a continuación vi una rendija de luz fina y tenue. Una lámpara

encendida en algún sitio iluminaba el pasillo desde la oscuridad del dormitorio. La rendija grisácea se fue ensanchando progresivamente, poco a poco y muy despacio, hasta dibujar la silueta oscura de un hombre. Era bajo y rechoncho, con los contornos de un enano contrahecho y corpulento. La puerta se abrió lentamente con la siniestra aparición enmarcada en el centro. Y entonces, en cuestión de un segundo, la figura agazapada se irguió sin previo aviso, saltó como un tigre y, zas, zas, zas, asestó tres golpes tremendos sobre la cama con un objeto contundente.

Estaba tan paralizado de asombro que me quedé muy quieto, observando, hasta que un grito de socorro de mi compañero me hizo reaccionar. Por la puerta abierta entraba la luz suficiente para vislumbrar los perfiles de las cosas, y allí estaba el menudo lord Linchmere, atenazando valientemente a su cuñado con los brazos como un bull-terrier que ha clavado los dientes en un ciervo escuálido. El hombre alto y huesudo forcejeaba y se retorcía a uno y otro lado intentando inmovilizar a su atacante, pero el otro, que lo había agarrado por detrás, seguía resistiendo, a pesar de que sus gritos de miedo indicaban que el combate era desigual. Me lancé al rescate, y entre los dos conseguimos derribar a sir Thomas, sin poder evitar que me mordiera en el hombro. Incluso contando con mi juventud, mi peso y mi fuerza, libramos una ardua batalla para vencer su resistencia colérica, pero al final le atamos los brazos con el cordón de la bata que llevaba. Yo le estaba sujetando las piernas mientras lord Linchmere intentaba encender la lámpara de nuevo cuando oímos en el pasillo los pasos de más de una persona, y el mayordomo, alertado por los gritos, entró precipitadamente con dos lacayos. Con su ayuda no tuvimos más dificultades para inmovilizar al prisionero, ya tendido en el suelo, con un gesto desafiante y echando espumarajos por la boca. Bastaba con mirarlo a la cara para confirmar que era un loco peligroso, del mismo modo que el martillo arrojado a los pies de la cama confirmaba sus intenciones asesinas.

—¡Nada de violencia! —dijo lord Linchmere mientras levantábamos a su cuñado, que seguía forcejeando—. Pasará por una fase de estupor después de tanto jaleo. Creo que ya está empezando.

Y no había terminado de decir estas palabras cuando las convulsiones perdieron intensidad y la cabeza del loco cayó sobre su pecho como si el sueño lo hubiera vencido. Lo llevamos por el pasillo y lo acostamos en su cama, inconsciente y con la respiración entrecortada.

—Dos de ustedes se quedarán a vigilarlo —dijo lord Linchmere—. Y usted, doctor Hamilton, si hace el favor de volver conmigo a mi habitación, le

daré la explicación que, por mi horror al escándalo, quizá he pospuesto demasiado tiempo. Pase lo que pase, nunca se arrepentirá de haber participado en la misión de esta noche.

»El caso puede explicarse con pocas palabras —añadió cuando ya estábamos solos—. Mi pobre cuñado es un hombre de lo mejor que ha pisado este mundo, un marido cariñoso y un buen padre, pero viene de una familia profundamente marcada por la locura. No es la primera vez que tiene estos arrebatos homicidas, aún más dolorosos por su tendencia a atacar siempre a quien más quiere. Tuvieron que enviar a su hijo a un internado para librarlo del peligro, y entonces intentó agredir a su mujer, mi hermana, que escapó con las heridas que quizá haya observado usted cuando la conoció en Londres. Naturalmente, no se acuerda de nada cuando está en su sano juicio, y se burlaría de la insinuación de que, en determinadas circunstancias, es capaz de hacer daño a su familia. Como bien sabe usted, una característica frecuente de este tipo de enfermedades es que resulta de todo punto imposible convencer de su existencia a quien las padece.

»Nuestro principal objetivo, por supuesto, era encerrarlo antes de que se manchara las manos de sangre, pero la tarea estaba llena de dificultades. Sir Thomas vive muy recluido y se negaba a consultar con un médico. Además, era necesario para nuestros propósitos que el médico concluyera que mi cuñado estaba loco, y, menos en estas ocasiones, muy raras, está tan cuerdo como usted y como yo. Afortunadamente, antes de estos ataques siempre se manifiestan algunos síntomas premonitorios que son señales de peligro providenciales para ponernos en guardia. La más evidente es ese espasmo nervioso en la frente que seguramente habrá visto usted. Este fenómeno se presenta siempre tres o cuatro días antes de los ataques. En el momento en que se manifestó, mi hermana buscó un pretexto para ir a la ciudad y refugiarse en mi casa de Brook Street.

»Me faltaba convencer a un médico de la locura de sir Thomas, pues sin eso era imposible llevarlo adonde no pudiera hacer daño a nadie. El primer obstáculo era cómo traer a un médico aquí. Pensé en su interés por los escarabajos y en su simpatía por cualquiera que compartiese sus gustos. Decidí poner un anuncio y tuve la suerte de dar con usted, que era justo el hombre que estaba buscando. Necesitaba un compañero fuerte, porque sabía que solamente podría demostrar su locura con un intento de asesinato, y tenía fundadas razones para creer que la víctima sería yo, dado que en sus momentos de cordura siente el mayor aprecio por mí. Supongo, doctor Hamilton, que su inteligencia puede completar los detalles que faltan. Aunque

no tenía la certeza de que la agresión fuera a producirse de noche, me parecía bastante probable, sabiendo que las crisis, en estos casos, suelen ocurrir de madrugada. Soy muy nervioso, pero no se me ocurrió otro modo de apartar este peligro de la vida de mi hermana. Necesito saber si está usted dispuesto a certificar su locura.

—Indudablemente. Pero hacen falta *dos* firmas.

—Olvida que yo también tengo un título de medicina. Los papeles están ahí, en esa mesa. Si tiene usted la amabilidad de firmarlos ahora, podremos trasladar al paciente esta mañana.

Esta fue mi visita a sir Thomas Rossiter, el famoso cazador de escarabajos, y este fue también mi primer peldaño en la escalera del éxito, pues lady Rossiter y lord Linchmere han demostrado ser unos amigos incondicionales y nunca han olvidado la ayuda que les presté cuando más la necesitaban. Sir Thomas ha recibido el alta, y dicen que está curado, aunque yo sigo pensando que si pasara otra noche en Delamere Court preferiría cerrar mi puerta con llave.

LA HABITACIÓN SELLADA

(1898)

Un abogado de costumbres activas y gustos atléticos a quien sus expectativas de prosperar le obligan a encerrarse entre las cuatro paredes de un despacho de diez a cinco tiene que hacer todo el ejercicio que pueda por las noches. Por eso había tomado la costumbre de dar largas caminatas nocturnas hasta la parte alta de Hampstead y Highgate con el fin de limpiar mi organismo del aire impuro de Abchurch Lane. Fue en el curso de uno de estos paseos sin rumbo cuando conocí a Felix Stanniford, y esto me condujo a lo que ha sido la aventura más extraordinaria de mi vida.

Una noche —fue en abril o a primeros de mayo de 1894—, me dirigí al punto más extremo de la periferia de Londres por el norte, e iba andando por una de esas bonitas avenidas con altas villas de ladrillo que la gigantesca ciudad empuja continuamente cada vez más hacia el campo. Era una noche de primavera agradable y clara; la luna brillaba en el cielo raso, y yo, que había recorrido ya bastantes kilómetros, me sentía inclinado a caminar despacio y atento a lo que iba encontrando. En este estado de ánimo, una de las casas me llamó la atención cuando pasaba por delante.

Era una casa muy grande y con un buen terreno, algo apartada de la calle. Tenía pinta de ser moderna, aunque ni mucho menos tanto como las viviendas vecinas, todas ellas grosera y dolorosamente nuevas. El trazado simétrico del vecindario quedaba interrumpido por el césped tachonado de laureles, con la casa enorme, oscura y tétrica erguida al fondo. Era evidente que había sido el retiro campestre de algún comerciante rico, y que se construyó cuando la calle más cercana se encontraba a más de un kilómetro de allí, aunque los tentáculos de ladrillo rojo del pulpo londinense la habían alcanzado y la rodeaban ahora. La fase siguiente, pensé, sería su digestión y absorción definitiva para que un constructor de casas baratas pudiera levantar en el jardín delantero una docena de viviendas en alquiler por una renta de ochenta libras anuales. Y entonces, mientras estas reflexiones me pasaban vagamente por la cabeza, se produjo un incidente que llevó mis pensamientos por un cauce muy distinto.

Un coche de cuatro ruedas, esa desgracia de Londres, pasaba en una dirección, mientras que en dirección contraria se acercaba el resplandor amarillo del faro de un ciclista. A pesar de que eran los únicos objetos que se movían en toda la calle larga e iluminada por la luna, terminaron chocando uno contra otro con la maligna exactitud de dos buques de pasaje en la inmensa extensión del Atlántico. La culpa fue del ciclista, que intentó cruzar por delante del coche, calculó mal la distancia y acabó en el suelo, derribado por el hombro del caballo. Se incorporó refunfuñando; el cochero le insultó y entonces, al caer en la cuenta de que el ciclista no había tenido tiempo de anotar su número, arreó al caballo y se dio a la fuga. El ciclista agarró el manillar de su bicicleta postrada, pero luego se sentó de repente con un gemido.

—¡Ay, Dios! —dijo.

Crucé la calle corriendo.

—¿Se ha hecho daño? —pregunté.

—En el tobillo. Creo que solo está torcido pero me duele bastante. ¿Me hace el favor de darme la mano?

Se había sentado en el círculo de luz amarilla que proyectaba el faro de la bicicleta, y mientras lo ayudaba me fijé en que era un joven elegante, con bigotito oscuro, grandes ojos castaños, con pinta de sensible y nervioso, y síntomas de salud frágil en las mejillas hundidas. El trabajo o las preocupaciones habían dejado huella en su rostro delgado y cetrino. Se levantó cuando le tiré de la mano, pero dejó un pie en el aire y gimió al intentar moverlo.

—No puedo apoyarlo —dijo.

—¿Dónde vive?

—¡Aquí! —Señaló con la cabeza la casa grande y oscura al fondo del jardín—. Iba hacia la verja cuando ese maldito coche me arrolló. ¿Podría ayudarme?

Fue sencillo. Dejé la bicicleta al lado de la verja, dentro del jardín, y ayudé al joven a recorrer la avenida y subir los peldaños que llevaban a la puerta principal. No había ninguna luz encendida, y la casa estaba oscura y silenciosa como si nunca se hubiera habitado.

—Ya me arreglo solo. Muchas gracias —dijo, mientras intentaba meter la llave en la cerradura.

—No. Permítame que le deje a salvo.

Formuló una protesta petulante y débil, y entonces comprendí que en realidad no podía hacer nada sin mí. La puerta se había abierto a un vestíbulo

oscuro como un pozo. El muchacho dio un paso hacia delante, con mi mano todavía en su brazo.

—Por esa puerta a la derecha —indicó, avanzando a tientas en la oscuridad.

Abrí la puerta, y en un momento él había conseguido prender una cerilla. Encima de una mesa había una lámpara que encendimos entre los dos.

—Ya estoy bien. Ya puede dejarme. ¡Adiós! —dijo, y con estas palabras se sentó en una butaca y se desmayó en el acto.

Me vi en una situación extraña. No estaba seguro de que el joven no hubiera muerto, a juzgar por su aspecto cadavérico. Entonces vi que le temblaban los labios y se le hinchaba el pecho, aunque los ojos eran dos rendijas blancas y tenía un color espantoso. La responsabilidad era excesiva. Tiré de un cordón y oí el furioso tintineo de la campana muy lejos. Pero no vino nadie. El repique se perdió en el silencio sin que ningún murmullo o movimiento lo interrumpiera. Esperé y llamé de nuevo, con el mismo resultado. Tenía que haber alguien más en la casa. Un joven elegante no podía vivir solo en aquel caserón. Pensé que debía poner a su familia al corriente de lo ocurrido. Si no respondían a la campana, tendría que ir a buscarlos. Cogí la lámpara y me adelanté rápidamente.

Lo que encontré me sorprendió. El vestíbulo estaba vacío. La escalera, sin alfombrar, estaba cubierta por una capa de polvo amarillento. Había tres puertas que daban a unas salas espaciosas, todas ellas sin alfombras ni cortinas, aparte de las telarañas grises que caían de la cornisa y de las escarapelas de liquen que se habían formado en las paredes. Mis pasos reverberaban en aquellos espacios vacíos y silenciosos. Después seguí adelante por el pasillo, con la idea de que al menos la cocina estaría habitada, de que habría algún guardés en algún cuarto solitario. Pues no: estaba igual de vacía y desolada. Sin esperanza de encontrar ayuda, recorrí otro pasillo y vi algo que me sorprendió más que todo lo anterior.

El pasillo terminaba en una puerta, grande y marrón, y la puerta tenía un sello de cera roja del tamaño de una moneda de cinco chelines en el ojo de la cerradura. Me pareció que el sello llevaba mucho tiempo allí, porque estaba descolorido y polvoriento. Seguía observándolo y pensando qué podía esconderse detrás de aquella puerta cuando oí que una voz me llamaba y, al volver corriendo, encontré al muchacho erguido en la butaca y muy asombrado al despertarse en la oscuridad.

—¿Por qué demonios se ha llevado la lámpara? —preguntó.

—He ido a buscar ayuda.

—Pues puede hartarse de buscar. Vivo solo.

—Eso es un inconveniente si cae enfermo.

—Ha sido una estupidez desmayarme. He heredado de mi madre un corazón débil, y el dolor o la emoción me afectan. Algún día acabará conmigo, como acabó con ella. ¿No será usted médico?

—No, abogado. Me llamo Frank Alder.

—Yo Felix Stanniford. Tiene gracia haber conocido a un abogado, porque mi amigo, el señor Perceval, dice que pronto vamos a necesitar uno.

—Con mucho gusto.

—Bueno, eso dependerá de él. ¿Dice usted que ha recorrido toda la planta baja con esa lámpara?

—Sí.

—¿Toda? —preguntó, con énfasis y mirándome a los ojos.

—Creo que sí. No perdía la esperanza de encontrar a alguien.

—¿Ha entrado en todas las habitaciones? —insistió, sin quitarme los ojos de encima.

—Bueno, en todas en las que se podía.

—Ah, ¡eso quiere decir que lo ha visto! —dijo, y se encogió de hombros con el aire de quien pone al mal tiempo buena cara.

—¿Qué he visto?

—La puerta sellada.

—Sí, la he visto.

—Y ¿no ha sentido curiosidad por saber qué había dentro?

—Bueno, me ha parecido extraño.

—¿Se cree capaz de vivir solo en esta casa, año tras año, queriendo saber lo que hay al otro lado de esa puerta y sin mirar?

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—Sé lo mismo que usted.

—Y ¿por qué no mira?

—No puedo.

Sus respuestas eran muy forzadas, y vi que había cometido el error de adentrarme en un terreno delicado. No creo ser más curioso de lo normal, pero había en la situación algo que despertó poderosamente mi curiosidad. Sin embargo, mi última excusa para seguir allí se había esfumado ahora que mi compañero había recobrado el conocimiento. Me levanté para marcharme.

—¿Tiene prisa? —preguntó.

—No, no tengo nada que hacer.

—En ese caso, me gustaría que se quedara un rato conmigo. La verdad es que llevo una vida muy aislada y recluida. No creo que haya en todo Londres un hombre que viva como yo. Con muy poca frecuencia tengo alguien con quien hablar.

Eché un vistazo al vestíbulo, pequeño y parcamente amueblado, con un sofá cama en un extremo. Luego pensé en el caserón vacío y en la siniestra puerta con el sello rojo descolorido. Había en la situación algo grotesco y singular que me dio ganas de saber más. Quizá si me quedaba, lo conseguiría. Le contesté que con mucho gusto.

—En esa mesita encontrará licores y un sifón. Discúlpeme por no hacer de anfitrión, pero es que no puedo andar. Y en esa bandeja de ahí tiene cigarros. Creo que yo voy a fumarme uno. Entonces, ¿es usted abogado, señor Alder?

—Sí.

—Yo no soy nada. Soy el ser más inútil del mundo, hijo de un millonario. Me educaron con la expectativa de amasar una fortuna, y aquí me tiene, pobre y sin oficio ni beneficio. Para colmo de males, me he quedado con esta mansión que no puedo mantener. ¿No le parece una situación absurda? Vivir en esta casa es para mí lo mismo que para un buhonero tirar del carro con un pura sangre. Un burro sería más útil para él, y una casita de campo para mí.

—Y ¿por qué no vende la casa?

—No puedo.

—Alquílela, entonces.

—Tampoco puedo.

Mi compañero sonrió al ver mi desconcierto.

—Si no le aburro, puedo contarle por qué.

—Al contrario, me interesa muchísimo —dije.

—Con lo amable que ha sido usted conmigo, lo menos que puedo hacer es satisfacer cualquier curiosidad que pueda sentir. Debe saber que mi padre era Stanislaus Stanniford, el banquero.

¡Stanniford, el banquero! Me acordé de ese nombre al momento. Su huida del país, unos siete años antes, había sido uno de los mayores escándalos y sensaciones del momento.

—Veo que lo recuerda —dijo mi compañero—. Mi pobre padre abandonó el país para evitar a sus muchos amigos, después de invertir sus ahorros en una operación especulativa que fue un fracaso. Era un hombre nervioso y sensible, y la responsabilidad le alteró el juicio. Legalmente, no había cometido ningún delito. La cuestión era estrictamente sentimental. Ni siquiera

se atrevía a mirar a la cara a su familia, y murió entre desconocidos, sin dejarnos saber dónde estaba.

—¡Murió! —exclamé.

—No pudimos demostrar su muerte, pero sabemos que tiene que haber muerto, porque el valor de las acciones ya se ha recuperado y no hay ningún motivo que le impida mirar de frente a cualquiera. De haber seguido con vida habría vuelto. Debió de morir en algún momento de estos dos últimos años.

—¿Por qué en estos dos últimos años?

—Porque hace dos años tuvimos noticias suyas.

—Entonces ¿no le dijo dónde vivía?

—La carta venía de París, pero no llevaba remite. Llegó cuando murió mi pobre madre. Mi padre escribió para darme algunas instrucciones y algún consejo, y desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

—Y ¿antes había escrito?

—Sí, antes había escrito. Y de ahí viene el misterio de la puerta sellada que ha visto usted esta noche. Haga el favor de pasarme esa carpeta. Aquí guardo las cartas de mi padre, y es usted el primer hombre que las ve, aparte del señor Perceval.

—¿Quién es el señor Perceval, si me permite preguntarlo?

—Era el empleado de confianza de mi padre, y ha seguido siendo amigo y consejero, primero de mi madre y ahora mío. No sé qué habríamos hecho sin él. Él sí ha visto las cartas, pero nadie más. Esta es la primera que recibimos, el mismo día en que se fugó mi padre. Léala usted.

Leí la siguiente carta:

> Mi queridísima esposa:
>
> Desde que sir William me dijo lo delicado que está tu corazón y lo mucho que puede perjudicarte cualquier disgusto, no he querido hablarte de mis negocios. Ha llegado el momento en que me es imposible seguir ocultándote que las cosas me han salido muy mal. Me veo obligado a dejarte temporalmente, pero ten la indudable certeza de que nos veremos muy pronto. Puedes confiar plenamente en que así será. Nuestra separación va a ser muy breve, cariño mío, así que no te angusties y, sobre todo, no permitas que esto afecte a tu salud, pues es lo que quiero evitar por encima de todo.
>
> Ahora tengo que pedirte algo, y te ruego, por todo lo que nos une, que hagas exactamente lo que te digo. Hay algunas cosas que no quiero que nadie vea en mi cuarto oscuro, el que utilizo para mis trabajos de fotografía, al final del pasillo que lleva hasta el jardín. Para ahorrarte

> especulaciones dolorosas, te garantizo desde este mismo instante, querida, que allí no hay nada de lo que pueda avergonzarme. De todos modos, no quiero que ni tú ni Felix entréis en ese cuarto. Está cerrado, y te suplico que, cuando recibas esta carta, selles la cerradura inmediatamente y la dejes así. No vendas la casa, porque entonces mi secreto se descubriría. Sé que Felix y tú respetaréis mis deseos mientras viváis en ella. Felix puede entrar en la habitación cuando cumpla veintiún años: antes no.
>
> Y ahora, adiós, mi queridísima esposa. Mientras dure esta breve separación, consulta con el señor Perceval cualquier asunto que pueda surgir. Ya sabes que Perceval cuenta con mi total confianza. Siento muchísimo dejaros a Felix y a ti, aunque sea solo temporalmente, pero lo cierto es que no tengo elección.
>
> De tu marido que te quiere y te querrá siempre,
> Stanislaus Stanniford,
> 4 de junio de 1887

—Lamento importunarle con asuntos familiares —se disculpó mi compañero—. Tómelo como un caso profesional. Hace años que quería contarlo.

—Me siento honrado por su confianza, y sumamente interesado por los hechos —contesté.

—Mi padre era un hombre conocido por su amor a la verdad, casi patológico. Y también de una exactitud pedante. Por eso, cuando dijo que confiaba en ver a mi madre muy pronto, y cuando dijo que no había en ese cuarto oscuro nada de lo que pudiera avergonzarse, puede usted estar seguro de que era cierto.

—¿Qué ha podido pasarle?

—Ni mi madre ni yo hemos sido capaces de imaginarlo. Respetamos sus deseos al pie de la letra y sellamos esa cerradura. Sellada sigue desde entonces. Mi madre vivió otros cinco años después de la desaparición de mi padre, aunque los médicos dijeron entonces que no resistiría mucho tiempo. Estaba muy enferma del corazón. A lo largo de esos primeros meses recibió dos cartas de mi padre. Las dos tenían matasellos de París, pero ningún remite. Eran breves y decían lo mismo: que pronto volverían a estar juntos y que no se angustiara. Después no hubo noticias hasta que ella murió; y entonces llegó una carta para mí, tan íntima que no puedo enseñársela, en la que mi padre me pedía que nunca pensara mal de él, me daba muchos buenos consejos y me decía que, aunque el sello de la puerta ya no era tan importante

como lo había sido en vida de mi madre, abrirla aún podía hacer daño a otras personas, y por tanto creía que lo mejor era esperar a que cumpliera los veintiún años, pues en ese intervalo las cosas podían resultar más fáciles. Mientras tanto me encomendaba el cuidado del cuarto. Ahora ya sabe usted por qué, a pesar de lo pobre que soy, no puedo ni alquilar ni vender esta casa tan grande.

—Puede hipotecarla.

—Mi padre ya la había hipotecado.

—Es una situación muy singular.

—Mi madre y yo tuvimos que ir vendiendo los muebles poco a poco y despidiendo a los criados. Y ahora, como ve, vivo sin servicio doméstico y en una sola habitación. Pero ya solo faltan dos meses.

—¿Qué quiere decir?

—Que dentro de dos meses seré mayor de edad. Lo primero que pienso hacer es abrir esa puerta; lo segundo, deshacerme de la casa.

—¿Qué razones podía tener su padre para seguir fuera del país cuando las inversiones ya se habían recuperado?

—Ninguna.

—¿Por qué no se llevó a su mujer con él?

—No lo sé.

—¿Por qué querría ocultar su dirección?

—No lo sé.

—¿Por qué permitió que su madre muriese y la enterraran sin que él hubiera vuelto?

—No lo sé.

—Querido amigo, si me permite hablarle con la franqueza de un consejero legal, yo diría que está muy claro que su padre tenía razones de peso para huir del país y, aunque no se le haya acusado de nada, al menos él temía que pudieran hacerlo, y se negaba a someterse al poder de la ley. Yo creo que eso es obvio. O ¿hay otra explicación para los hechos?

Felix Stanniford no aceptó esta sugerencia.

—Usted no conoce a mi padre —contestó con frialdad—. Yo no era más que un niño cuando nos dejó, pero siempre seguirá siendo mi modelo de hombre. Su único defecto es que era demasiado sensible y demasiado generoso. Que alguien pudiera perder dinero por su culpa le rompió el corazón. Tenía un sentido del honor inquebrantable, y cualquier teoría sobre su desaparición que lo contradiga se equivoca.

Me agradó la contundencia con que se expresaba el muchacho, aun cuando pensé que los hechos contradecían su visión de las circunstancias y que no era capaz de analizarlas sin prejuicios.

—Solo me limito a expresar la opinión de quien ve la situación desde fuera —señalé—. Y ahora tengo que irme, porque aún me queda un buen paseo por delante. Su historia me ha interesado mucho, y me gustaría estar al corriente de cómo evoluciona.

—Déjeme su tarjeta —dijo.

Y así me retiré después de darle las buenas noches.

Pasó algún tiempo sin que volviera a tener noticias del caso, y me temí que todo acabara siendo una de esas experiencias fugaces que se alejan de nuestra observación directa y se diluyen en una mera esperanza o sospecha. Pero una tarde me entregaron en mi oficina de Abchurch Lane una tarjeta con el nombre del señor J. H. Perceval, y su portador, un hombre bajito, seco y de ojos vivarachos, entró acompañado por mi pasante.

—Creo, señor, que mi amigo el señor Felix Stanniford ya le ha hablado de mí —dijo.

—Claro. Lo recuerdo.

—Tengo entendido que le habló de las circunstancias que rodean la desaparición de mi antiguo jefe, el señor Stanislaus Stanniford, y de la existencia de una habitación sellada en su antigua residencia.

—Así es.

—Y usted se mostró interesado por el caso.

—Me interesó muchísimo.

—¿Sabe usted que tenemos permiso del señor Stanniford para abrir la habitación el día en que su hijo cumpla veintiún años?

—Lo recuerdo.

—Hoy es su cumpleaños.

—¿La han abierto? —pregunté con impaciencia.

—Todavía no, señor —contestó en tono serio—. Tengo motivos para creer que sería conveniente contar con la presencia de testigos cuando abramos esa puerta. Usted es abogado y conoce los hechos. ¿Querría estar presente?

—Sin duda.

—Tanto usted como yo estamos ocupados todo el día. ¿Podemos vernos a las nueve en la casa?

—Iré con mucho gusto.

—Allí lo esperamos. Adiós, por ahora. —Hizo una solemne reverencia y salió de mi oficina.

Acudí a la cita esa noche con el cerebro cansado de buscar inútilmente alguna explicación verosímil al misterio que estábamos a punto de resolver. El señor Perceval y Felix Stanniford me esperaban en la habitación del muchacho. No me sorprendió que el joven estuviera pálido y nervioso, pero sí me chocó mucho ver que el seco empleado de la City se encontraba en un estado de agitación tan profunda que solo en parte conseguía disimular. Tenía las mejillas coloradas, no paraba de retorcerse las manos y era incapaz de estarse quieto un solo instante.

Stanniford me saludó con cordialidad y me agradeció muchas veces mi presencia.

—Bueno, Perceval —le dijo a su compañero—. Supongo que no hay ningún impedimento para que hagamos lo que tenemos que hacer sin más tardanza. Me gustaría quitármelo de encima cuanto antes.

El empleado del banquero cogió la lámpara y encabezó la marcha. Pero al llegar a la puerta se detuvo en el pasillo, y le temblaba tanto la mano que la luz no dejaba de bailar en las paredes sin adornos.

—Señor Stanniford —dijo, con la voz entrecortada—, espero que esté preparado para la impresión que puede llevarse cuando retiremos ese sello y abramos esa puerta.

—¿Qué puede haber ahí dentro, Perceval? Me está usted asustando.

—No, señor Stanniford, pero me gustaría que se prepare… que se arme de valor… que no se deje… —Tuvo que humedecerse los labios secos entre frase y frase, y entonces, con tanta claridad como si lo hubiera dicho explícitamente, vi que él sabía lo que había detrás de la puerta cerrada, y que era aterrador—. Aquí tiene las llaves, señor Stanniford, pero recuerde mi advertencia.

Tenía en la mano un manojo de llaves que el joven le arrebató con impaciencia. A continuación introdujo un cuchillo por debajo del sello descolorido hasta que logró desprenderlo. Viendo que la lámpara no paraba de moverse temblorosa en la mano de Perceval, se la quité y la acerqué a la cerradura mientras Stanniford iba probando llaves. Por fin una giró, la puerta se abrió de golpe, el muchacho dio un paso adelante y, con un grito terrorífico, cayó inconsciente a nuestros pies.

Si no hubiera hecho caso de la advertencia de Perceval, si no me hubiera preparado para llevarme un buen susto, seguramente se me habría caído la lámpara al suelo. La habitación, vacía y sin ventanas, estaba habilitada como

laboratorio fotográfico, con un grifo y un fregadero a un lado. En una pared había un estante con frascos y medidores, y un olor muy fuerte y peculiar, en parte químico y en parte animal, lo envolvía todo. Delante de nosotros teníamos una única mesa y una silla, y en la silla, dándonos la espalda, había un hombre sentado, como si estuviera escribiendo. Su actitud y sus contornos eran tan naturales como la vida misma, pero al iluminarlo con la lámpara me recorrió un escalofrío, pues vi que el cuello estaba negro y arrugado, y que tenía un grosor similar al de mi muñeca. Una capa de polvo denso y amarillento le cubría el pelo, los hombros y las manos marchitas del color de un limón. Tenía la cabeza apoyada en el pecho. Su pluma aún descansaba sobre una hoja de papel descolorido.

—¡Mi pobre director! ¡Mi pobre director! —exclamó el señor Perceval con las mejillas bañadas de lágrimas.

—¡Cómo! ¡Es el señor Stanislaus Stanniford!

—Aquí lleva sentado siete años. ¡Ay! ¿Por qué hizo eso? Le rogué, le imploré, se lo pedí de rodillas, pero no hubo forma de hacerle cambiar de opinión. ¿Ve esa llave que está encima de la mesa? Cerró la puerta por dentro. Y estaba escribiendo algo. Tenemos que llevárnoslo.

—Sí, sí, lléveselo y, por Dios, salgamos de aquí. El aire está viciado. ¡Vamos, Stanniford, vamos! —Cogiéndolo de un brazo cada uno, llevamos al aterrorizado muchacho a su habitación casi arrastrándolo.

—¡Era mi padre! —exclamó cuando por fin recuperó el conocimiento—. Estaba muerto en esa silla. ¡Usted lo sabía, Perceval! A eso se refería con su advertencia.

—Sí, lo sabía, señor Stanniford. He procurado hacer lo mejor en todo momento, aun viéndome en una situación tan complicada. Hace siete años que sé que su padre estaba muerto en esa habitación.

—¡Lo sabía y nunca nos lo dijo!

—No sea duro conmigo, señor Stanniford. Tenga en cuenta lo difícil que ha sido mi papel.

—La cabeza me da vueltas. ¡No lo entiendo! —El joven se levantó, tambaleándose, y se sirvió de la botella de coñac—. ¿Esas cartas que recibimos mi madre y yo eran falsas?

—No, señor. Su padre las escribió y me encargó que las enviara por correo. He seguido sus instrucciones al pie de la letra. Era mi jefe, y lo he obedecido.

El *brandy* había calmado los nervios descompuestos del muchacho.

—Cuéntemelo todo. Ahora estoy preparado —dijo.

—Bueno, señor Stanniford, ya sabe usted que su padre pasó una época muy difícil, y creyó que muchas personas pobres iban a perder sus ahorros por su culpa. Era un hombre de tan buen corazón que no pudo soportarlo. Atormentado por la preocupación, decidió poner fin a su vida. ¡Ay, señor Stanniford, si usted supiera cuánto le supliqué y cuánto discutí con él, jamás me culparía! Y él también me rogó, como ningún hombre me había rogado jamás. Dijo que había tomado una decisión y ya no había vuelta atrás; pero dependía de mí que su muerte fuera feliz y fácil o que fuera angustiosa. Vi en sus ojos que hablaba en serio. Y al final cedí a sus súplicas y consentí en acatar su voluntad.

»Su principal preocupación era que el mejor médico de Londres le había comunicado que el corazón de su mujer no soportaría el más mínimo disgusto, y aunque le horrorizaba ser él quien acelerase su final, la vida se le había vuelto insoportable. ¿Cómo quitarse la vida sin hacerle daño a ella?

»Ahora ya ve cuál fue su plan. Escribió esa carta para su mujer. No decía nada que no fuera estrictamente cierto. Cuando hablaba de que se verían pronto, se refería a que la muerte de ella estaba cerca, pues según le habían asegurado no duraría más de unos pocos meses. Tan convencido estaba que únicamente dejó otras dos cartas, para que se enviaran pasado algún tiempo después de su muerte. Ella vivió otros cinco años, y yo no tenía más cartas que enviar.

»Me dejó una última carta, con la orden de enviársela a usted a la muerte de su madre. Todas ellas las eché al correo en París para alimentar la idea de que estaba en el extranjero. Era su deseo que yo no dijera nada, y no he dicho nada. He sido un servidor fiel. Él creía que, pasados siete años de su muerte, la conmoción entre sus amigos vivos se atenuaría. Siempre fue muy considerado con los demás.

Hubo un silencio, interrumpido al cabo de un rato por el joven Stanniford.

—No puedo culparle, Perceval. Le ahorró usted a mi madre un disgusto que sin duda le habría destrozado el corazón. ¿Qué es ese papel?

—Es lo que estaba escribiendo su padre, señor. ¿Quiere que se lo lea?

—Léalo.

—«He tomado el veneno, y ya empiezo a notar el efecto en las venas. Es extraño pero no es doloroso. Cuando se lean estas palabras yo llevaré muerto muchos años, si es que mis deseos se han cumplido fielmente. Seguro que quien haya perdido dinero por mi culpa ya no me seguirá guardando rencor. Y tú, Felix, me perdonarás este escándalo familiar. ¡Que Dios permita descansar en paz a un espíritu agotado!».

—¡Amén! —exclamamos los tres.

EL GATO BRASILEÑO

(1898)

Es mala suerte para un hombre joven tener gustos caros, grandes ambiciones y amistades aristocráticas pero no dinero en el bolsillo y tampoco una profesión que le permita ganarlo. El caso es que mi padre, un hombre bueno, optimista y de trato fácil, tenía tanta confianza en la riqueza y la benevolencia de su hermano mayor y soltero, lord Southerton, que dio por hecho que yo, su único hijo, jamás me vería en la necesidad de ganarme la vida. Se imaginaba que, si no había una vacante para mí en las grandes plantaciones de los Southerton, al menos encontraría un puesto en el servicio diplomático, que aún sigue siendo dominio exclusivo de nuestras clases privilegiadas. Mi padre murió demasiado pronto para ver lo equivocados que eran sus cálculos. Ni mi tío ni el gobierno pusieron la más mínima atención en mí, y tampoco manifestaron el menor interés por mi carrera. Una brazada de faisanes o una cesta de liebres era lo único de vez en cuando que recibía para recordarme que era el heredero de la casa Otwell y de una de las fincas más prósperas del país. Mientras tanto, me vi soltero, merodeando por la ciudad y viviendo en unas habitaciones de Grosvenor Mansions, sin más ocupación que la práctica del tiro al pichón y los partidos de polo en Hurlingham. Un mes tras otro iba viendo cómo cada vez me resultaba más difícil que los acreedores prorrogaran el vencimiento de mis facturas y tampoco podía obtener más dinero en efectivo con cargo a alguna propiedad libre de restricciones de transmisión. La ruina se vislumbraba en mi camino, y cada día la veía con mayor claridad, más cerca y más de todo punto inevitable.

Lo que me hacía aún más consciente de mi pobreza era que, al margen de la inmensa fortuna de lord Southerton, todos mis familiares eran gente adinerada. El más cercano, Everard King, sobrino de mi padre y primo carnal mío, había llevado una vida aventurera en Brasil y había vuelto a Inglaterra con la intención de establecerse con su enorme fortuna. Nunca supimos cómo había ganado el dinero, pero al parecer tenía mucho, porque había comprado la finca de Greylands, en Suffolk, cerca de Clipton-on-the-Marsh. En todo el primer año después de su regreso no me prestó más atención que el miserable de mi tío, lord Southerton, pero una mañana de verano, con enorme alegría y

alivio, por fin recibí una carta en la que me pedía que fuera a visitarlo ese mismo día a Greylands Court y me quedara a pasar unos días con él. A mí, que en ese momento me esperaba una larga visita a la Bancarrota, la invitación me pareció casi providencial. Si era capaz de entablar una buena relación con este primo desconocido, tal vez lograra recuperar mi economía. Ordené a mi criado que preparase mi maleta, y esa misma tarde me puse en camino de Clipton-on-the-Marsh.

Después de hacer transbordo en Ipswich, un tren de cercanías me dejó en un apeadero desierto, en mitad de una pradera de hierba ondulante y surcada por un río sinuoso y de aguas mansas que atravesaba los valles entre altas orillas de cieno, lo que indicaba que estábamos al alcance de la marea. Ningún coche había ido a esperarme (más tarde supe que mi telegrama llegó con retraso), así que alquilé un carro en la posada del pueblo. El carretero, un hombre excelente, se deshizo en elogios sobre mi primo, y por él supe que el señor Everard King se había convertido en un nombre que abría todas las puertas en aquella región del país. Había invitado a su casa a los niños de la escuela, sus terrenos estaban abiertos al público y había contribuido a diversas obras benéficas: en resumidas cuentas, su benevolencia era tan universal que mi carretero únicamente podía explicarla con la sospecha de que tenía ambiciones parlamentarias.

Mi atención se desvió de este panegírico con la llegada de un pájaro precioso que se había posado en un poste del telégrafo, al lado del camino. Al principio me pareció un arrendajo, pero era más grande y tenía el plumaje de colores más vivos. El carretero explicó su presencia al instante, diciendo que el pájaro era del caballero al que íbamos a visitar. Por lo visto, la aclimatación de especies foráneas era una de sus aficiones, y había traído de Brasil varios pájaros y animales con la intención de criarlos en Inglaterra. Al otro lado de las verjas de Greylands Park encontramos abundantes pruebas de este gusto suyo. Un ciervo pequeño y moteado, un curioso jabalí conocido, creo, como pecarí, una oropéndola con un plumaje glorioso, algo parecido a un armadillo y un animal de andar torpe, con los dedos vueltos hacia dentro, como un tejón muy gordo, fueron algunos de los ejemplares que observé mientras recorríamos la sinuosa avenida.

El señor Everard King, mi primo desconocido, me esperaba personalmente en la escalera de su casa, pues nos había visto a lo lejos y se imaginó que sería yo. Tenía un aire muy hogareño y bondadoso, y era un hombre bajito y fuerte, de unos cuarenta y cinco años, con una cara afable y redonda bronceada por el sol tropical y surcada por un millar de arrugas.

Llevaba un traje de lino blanco, como los hacendados, un cigarro entre los labios y un sombrero panamá echado hacia atrás. Era uno de esos personajes a los que se asocia con una casa colonial y un porche, y parecía curiosamente fuera de lugar delante de aquella mansión de piedra inglesa, con sus alas geométricas y sus columnas de estilo palladiano en la entrada.

—¡Querida —llamó, mirando por encima del hombro—, querida, aquí está nuestro invitado! ¡Bienvenido, bienvenido a Greylands! Encantado de conocerte, primo Marshall. Tomo como un gran halago que honres con tu presencia este apartado rincón campestre.

Su actitud no podía ser más acogedora, y al instante me hizo sentirme como en casa. Pero toda esta cordialidad era indispensable para compensar la frialdad, incluso la grosería de la mujer, alta y macilenta, que acudió a su llamada. Creo que era de extracción brasileña, aunque hablaba un inglés excelente, y disculpé sus modales atribuyéndolos al desconocimiento de nuestras costumbres. Sin embargo, no hizo nada por disimular, ni en ese momento ni más adelante, que mi presencia en Greylands Court no era precisamente bienvenida. Pese a sus comentarios, en general corteses, tenía unos ojos oscuros y singularmente expresivos en los que vi con toda claridad desde el primer momento que su mayor deseo era que volviera a Londres.

Pero mis deudas eran demasiado acuciantes y mis expectativas con respecto a mi pariente rico demasiado vitales para permitir que el malhumor de su mujer desbaratara mis planes, así que pasé por alto la frialdad de ella y correspondí a la extrema cordialidad con que él me daba la bienvenida. No había escatimado esfuerzos para agasajarme. Mi habitación era preciosa. Me rogó que le pidiese todo lo que pudiera contribuir a mi felicidad. A punto estuve de decirle que un cheque en blanco sería una ayuda considerable, pero pensé que sería prematuro en aquella fase de nuestra relación. La cena fue magnífica y, después, cuando nos sentamos a disfrutar de unos habanos y un café, que según me contó más tarde se elaboraba especialmente en su plantación, me dije que todos los elogios del carretero estaban justificados, y que nunca había conocido a un hombre más hospitalario que mi primo o de mejor corazón.

A pesar de su carácter alegre, era un hombre de voluntad muy firme y temperamento visceral. De esto último tuve un ejemplo a la mañana siguiente. La extraña aversión que había inspirado a la señora King llegó al extremo de que sus modales durante el desayuno me parecieron casi ofensivos. Sin embargo, su intención resultó inconfundible cuando su marido se retiró del comedor.

—El mejor tren del día es el de las doce y cuarto —dijo.

—No tenía intención de irme hoy —contesté con franqueza, puede que hasta con desafío, pues había tomado la determinación de no consentir que aquella mujer me echase de allí.

—Bueno, si la decisión dependiera de usted… —empezó a decir, pero se interrumpió con una mirada de lo más insolente.

—Estoy seguro de que el señor Everard King me habría dicho algo si creyera que estoy abusando de su hospitalidad.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó una voz. Y al momento mi anfitrión había entrado en el comedor. Había oído sin querer mis últimas palabras, y le bastó con mirarnos un momento para adivinar todo lo demás. Una expresión de brutalidad total se apoderó al instante de su cara alegre y regordeta—. ¿Serías tan amable de salir un momento, Marshall? —me pidió. (No sé si he dicho que me llamo Marshall King).

Cerró la puerta detrás de mí y luego le oí hablarle a su mujer en voz baja y con ira concentrada. Estaba claro que esa flagrante violación de la hospitalidad le había tocado en un punto sensible. No soy de los que escuchan a escondidas, así que salí al jardín. Poco después oí pasos apresurados a mis espaldas, y allí estaba su mujer, nerviosa, pálida y con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Mi marido me ha pedido que me disculpe con usted, señor Marshall King —dijo, parándose delante de mí con la mirada baja.

—Por favor, no diga una sola palabra más, señora King.

De repente me lanzó una mirada furibunda.

—¡Idiota! —resopló, con una vehemencia desmedida. Y acto seguido dio media vuelta y volvió a la casa rápidamente.

El insulto fue tan ofensivo, tan intolerable, que solo acerté a quedarme viendo cómo se alejaba, completamente pasmado. Y allí seguía cuando mi anfitrión fue a buscarme, alegre y campechano como de costumbre.

—Espero que mi mujer te haya pedido disculpas por esos comentarios tan absurdos.

—Pues sí, sí, por supuesto.

Me puso una mano en el brazo y empezó a pasear conmigo de un lado a otro del césped.

—No te lo tomes a pecho —añadió—. Sentiría más de lo que puedo expresar que acortaras tu visita aunque fuera solamente una hora. Lo cierto es que… no hay motivo para que nos andemos con ocultaciones en la familia: mi pobre mujer es desmedidamente celosa. No soporta que nadie, ni hombre ni

mujer, se interponga un solo instante entre nosotros. Su ideal es una isla desierta y un eterno *tête-à-tête*. Eso te dará una pista de su comportamiento que, en este momento en particular, lo reconozco, no está muy lejos de la obsesión. Dime que no volverás a pensar en eso.

—No, no. Claro que no.

—Entonces, enciende ese cigarro y ven a dar una vuelta conmigo para ver mi pequeña colección de animales.

Pasamos la tarde ocupados con esta visita, que incluyó a todos los pájaros y animales, incluso los reptiles que había importado. Unos vivían en libertad, algunos en jaulas y otros dentro de la casa. Me habló con entusiasmo de sus éxitos y sus fracasos, sus nacimientos y sus muertes, manifestando una alegría infantil cuando un pájaro de colores vistosos alzaba el vuelo desde el césped a nuestro paso o un animal curioso se escabullía hacia algún escondite. Finalmente me llevó por un pasillo que recorría la casa de un ala a otra. Al fondo había un portón con una tronera, y a su lado, en la pared, una manivela de hierro acoplada a una rueda y un tambor. Una hilera de barrotes se extendía a lo largo del pasillo.

—Estoy a punto de enseñarte la joya de mi colección —dijo—. Solo hay otro ejemplar en toda Europa, ahora que el cachorro de Rotterdam ha muerto. Es un gato brasileño.

—¿En qué se diferencia de cualquier otro gato?

—Ahora lo verás —contestó, riéndose—. ¿Haces el favor de retirar ese postigo y echar un vistazo?

Lo hice, y vi una celda grande y vacía, con baldosas de piedra y varios ventanucos enrejados en la pared del fondo. En el centro de la celda, acostado en un círculo de luz dorada, había un animal enorme, del tamaño de un tigre, pero negro y reluciente como el ébano. Era sencillamente un gato negro, descomunal y muy bien alimentado, adormilado en aquel charco de luz del sol exactamente igual que haría un gato. Me pareció tan elegante, tan vigoroso, tan delicadamente diabólico que no podía apartar los ojos de él.

—¿Verdad que es espléndido? —preguntó mi primo con entusiasmo.

—¡Glorioso! Nunca he visto un animal tan noble.

—Algunos lo llaman puma negro, pero en realidad no tiene nada de puma. Este animal mide casi tres metros de punta a punta. Hace cuatro años era una bolita de peluche negra con dos ojos amarillos. Me lo vendieron recién nacido en una región salvaje, en la cabecera del río Negro. Mataron a su madre con lanzas después de que ella acabara con la vida de doce personas.

—Entonces ¿son feroces?

—Los animales más traicioneros y sanguinarios del mundo. Háblale de un gato brasileño a un indígena del norte del país y verás el susto que se lleva. Prefieren cazar hombres a animales. Este todavía no ha probado el sabor de la sangre humana, pero el día que lo haga será un terror. De momento no permite a nadie más que a mí entrar en su guarida. Ni siquiera Baldwin, el mozo de cuadra, se atreve a acercarse a él. Yo soy su padre y su madre al mismo tiempo.

De repente, para mi sorpresa, abrió la puerta, entró en la celda y cerró inmediatamente después. Al oír su voz, el enorme animal se levantó, bostezó y restregó cariñosamente la cabeza negra y redondeada en el costado de Everard King mientras este le daba palmaditas y lo acariciaba.

—¡Vamos, Tommy, a tu jaula! —le ordenó.

El monstruoso felino fue hasta un rincón y se coló por debajo de una reja horizontal. Everard King salió al pasillo, cogió la manivela de hierro que ya he mencionado antes y se puso a girarla. La verja del pasillo empezó entonces a atravesar una ranura de la pared y por fin se cerró delante de la reja hasta formar una jaula. Mi primo abrió la puerta de nuevo y me invitó a entrar en la celda, impregnada por el olor húmedo y acre característico de los grandes carnívoros.

—Lo hacemos así —dijo—. Le dejamos que se mueva libremente por la celda y de noche lo metemos en la jaula. Girando la manivela del pasillo, como acabas de ver, puedes soltarlo o encerrarlo. ¡No, no, no hagas eso!

Yo había metido la mano entre los barrotes para acariciar el flanco brillante del felino. Everard King me la apartó con gesto serio.

—Te aseguro que no te puedes fiar de él. No creas que porque yo me tome algunas libertades con él cualquiera puede hacer lo mismo. Es muy exclusivo con sus amigos, ¿verdad, Tommy? ¿Ah, ha oído que le traen la comida? ¿A que sí, chico?

Se oyeron pasos en las baldosas de piedra, y el animal se levantó y empezó a dar vueltas por la jaula estrecha, con un brillo intenso en los ojos amarillos y deslizando la lengua escarlata sobre la línea blanca de dientes afilados. Un mozo de cuadra entró con una pieza de carne en una bandeja y la arrojó entre los barrotes. El animal se abalanzó ágilmente sobre la carne y se la llevó a un rincón; allí la sujetó entre las zarpas y empezó a desgarrarla y a despedazarla, levantando de vez en cuando el hocico ensangrentado para mirarnos de reojo. Era un espectáculo maligno y fascinante al mismo tiempo.

—Supongo que no te extrañará que le tenga cariño a este animal —dijo mi anfitrión cuando salimos—, sobre todo si piensas que lo he criado yo. No fue

nada fácil traerlo desde el centro de América del Sur; pero aquí está, sano y salvo, y, como te digo, es el ejemplar más perfecto de Europa. Los del zoo se mueren por tenerlo, pero yo no puedo separarme de él. En fin, creo que ya te he aburrido bastante con mi afición, así que lo mejor que podemos hacer es seguir el ejemplo de Tommy, porque ya es hora de cenar.

Mi primo de América del Sur estaba tan fascinado con su finca y sus animales exóticos que al principio no creí que pudiera tener otros intereses. No tardé en ver que tenía algunos, y además acuciantes, a juzgar por la cantidad de telegramas que recibía. Llegaban a todas horas, y siempre los abría con un gesto de suma impaciencia y avidez. Unas veces me imaginé que serían de los corredores de apuestas del hipódromo, y otras de la Bolsa, pero estaba claro que tenía entre manos asuntos muy urgentes y que la operación no se llevaba a cabo en los Downs de Suffolk. A lo largo de los seis días de mi visita, nunca recibió menos de tres o cuatro telegramas al día, y a veces fueron hasta siete u ocho.

Yo aproveché tan bien aquellos días que cuando llegó el momento de marcharme había conseguido entablar una relación de lo más cordial con mi primo. Nos quedábamos todas las noches hasta muy tarde, en la sala de billar, y él me contaba historias fascinantes de sus aventuras en América, historias tan temerarias y desesperadas que me costaba mucho asociar con el hombre moreno, bajito y regordete que tenía delante. Por mi parte, yo me atreví a hablarle de algunos recuerdos de mi vida en Londres, y le interesaron tanto que prometió venir a pasar una temporada conmigo en Grosvenor Mansions. Tenía ganas de conocer el lado más libertino de la vida en la ciudad y, aunque esté mal que yo lo diga, no podía elegir un guía más competente. Hasta el último día de mi estancia no me atreví a plantear lo que tenía en mente. Le hablé con franqueza de mis dificultades pecuniarias y mi ruina inminente, y le pedí consejo, con la esperanza de recibir algo más tangible. Me escuchó atentamente mientras se fumaba un cigarro con fruición.

—Pero ¿tú no eres el heredero de nuestro tío, lord Southerton?

—Tengo fundadas razones para creer que lo soy pero nunca he recibido una asignación suya.

—No, claro. Ya he oído hablar de su tacañería. Mi pobre Marshall, tu situación es muy difícil. Por cierto, ¿has tenido noticias recientes de cómo se encuentra de salud?

—Desde que era pequeño llevo oyendo decir que su estado es crítico.

—Cierto, siempre ha estado hecho un cascajo. Tu herencia puede tardar mucho en llegar. ¡Qué situación tan incómoda para ti!

—Esperaba, señor, que, ahora que conoce todos los hechos, pudiera adelantarme…

—No digas una sola palabra más, querido muchacho —exclamó con la mayor cordialidad—. Hablaremos de eso esta noche, y te doy mi palabra de que haré todo cuanto esté en mi mano.

No lamenté que mi visita se acercara a su fin, porque la sensación de que había alguien impaciente por perderme de vista era muy desagradable. La cara cetrina y la mirada severa de la señora King se me habían vuelto cada vez más odiosas. Había dejado de mostrarse grosera conmigo —se lo impedía el miedo a su marido— pero llevaba sus celos descabellados al extremo de ni mirarme: nunca se dirigía a mí e intentaba por todos los medios que mi estancia en Greylands fuera lo más incómoda posible. El último día me trató de un modo tan ofensivo que me habría ido sin dudarlo si no hubiera sido porque esperaba tener una charla con mi anfitrión esa noche que quizá pudiera salvarme de la ruina.

Era muy tarde cuando por fin llegó la ocasión, pues mi primo, que había recibido más telegramas de lo habitual a lo largo del día, se retiró a su estudio después de cenar y no salió de él hasta que todo el mundo se había ido a la cama. Oí que cerraba con llave todas las puertas, como tenía por costumbre, y por fin vino a verme a la sala de billar. Apareció con una bata que envolvía su figura corpulenta y unas babuchas turcas de color rojo. Se acomodó en una butaca y se preparó un vaso de grog —me fue imposible no fijarme— con una cantidad de *whisky* considerablemente mayor que de agua.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Qué noche!

Tenía razón. El viento aullaba alrededor de la casa y las celosías de las ventanas no paraban de batir y golpear como si fueran a salir volando. Por contraste, el resplandor de las lámparas amarillas parecía más brillante y la fragancia de los cigarros más intensa.

—Bueno, hijo, ahora tenemos la casa y la noche para nosotros solos. Deja que me haga una idea de cuál es tu situación y a ver qué puedo hacer para arreglarla. Quiero que me cuentes hasta el último detalle.

Alentado por sus palabras, di comienzo a una larga exposición en la que sucesivamente fueron apareciendo todos mis proveedores y acreedores, desde mi casero hasta mi criado. Había tomado algunas notas en mi agenda que, puedo decirlo con orgullo, me permitieron ordenar los datos y ofrecer una exposición muy profesional de mis costumbres nada profesionales y de mis lamentables circunstancias. Me desanimó, sin embargo, ver que mi compañero tenía la mirada perdida y la atención en otra parte. Si hacía algún

comentario era siempre mecánico y sin sentido, lo que venía a confirmar que no estaba siguiendo mis explicaciones. De vez en cuando se concentraba y daba muestras de cierto interés, pidiéndome que repitiera o detallara algo, pero siempre volvía a perderse en sus pensamientos. Por fin se levantó y tiró la colilla del cigarro a la chimenea.

—La verdad, muchacho, es que nunca he tenido buena cabeza para los números —dijo—, así que tendrás que disculparme. Haz las cuentas completas en un papel y pásame una nota. Lo entenderé cuando lo vea negro sobre blanco.

La propuesta me dio esperanzas, y le prometí que así lo haría.

—Ya tendríamos que estar en la cama —dijo mi primo—. ¡El reloj del vestíbulo está dando la una!

El tintineo del carillón atravesó el rugido de la tormenta. El viento se precipitaba como un torrente.

—Tengo que ver a mi gato antes de acostarme. Se pone nervioso cuando el viento es tan fuerte. ¿Quieres venir?

—Claro.

—Pues no hagas ruido y no hables, porque todos están durmiendo.

Cruzamos con sigilo la alfombra persa del vestíbulo iluminado y salimos por la puerta del fondo. El pasillo de piedra estaba a oscuras, pero había un farol colgado de un gancho, y Everard King lo cogió y lo encendió. No se veía la verja en la pared, y eso indicaba que el animal estaba en su jaula.

—¡Pasa! —dijo mi primo a la vez que abría la puerta.

Un gruñido profundo indicó que el gato brasileño estaba muy alterado por la tormenta. Lo vimos a la luz parpadeante del farol enroscado en un rincón de la guarida, como un bulto enorme y negro que proyectaba una sombra agazapada y tosca en la pared encalada. La cola se movía con furia entre la paja.

—El pobre Tommy no está de muy buen humor —señaló Everard King, levantando la lámpara para observar al animal—. Parece un demonio negro, ¿eh? Tengo que darle algo de cenar para que se anime un poco. ¿Me sostienes un momento el farol?

Lo cogí de su mano mientras él se acercaba a la puerta.

—Su comida está aquí fuera —explicó—. Me disculpas un instante, ¿verdad? —Salió del recinto, y la puerta se cerró con un chasquido metálico.

El ruido fuerte y seco me paralizó el corazón. Sentí una oleada de pánico. La vaga sospecha de ser víctima de un engaño monstruoso me heló la sangre. Alcancé la puerta de un salto, pero no había manivela por dentro.

—¡Eh! ¡Déjame salir!

—¡No pasa nada! ¡No alborotes tanto! Tienes la luz.

—Sí, pero no me gusta quedarme aquí encerrado.

—¿No te gusta? —Oí su risa campechana—. No estarás solo mucho tiempo.

—¡Déjame salir! —repetí, enfadado—. No soporto este tipo de bromas.

—De eso se trata precisamente —dijo, con otra odiosa carcajada. Y entonces, entre el rugido de la tormenta, oí que la manivela crujía y chirriaba, y que la verja rozaba al entrar en su ranura. ¡Dios mío, estaba soltando al gato brasileño!

A la luz del farol vi cómo los barrotes se deslizaban despacio delante de mí. Ya había un hueco de dos palmos a un lado. Con un alarido, agarré el último barrote con las dos manos y tiré de él como loco. Estaba loco de rabia y de horror. Conseguí inmovilizar la verja por espacio de más de un minuto. Sabía que mi primo estaba girando la manivela con todas sus fuerzas y que la palanca pronto me vencería. Fui cediendo centímetro a centímetro, arrastrando los pies sobre las losas de piedra, rogando y suplicando a aquel monstruo inhumano que me salvara de una muerte tan cruel. Apelé a nuestra relación familiar. Le recordé que era su invitado y le rogué que me dijera qué daño le había hecho. A cada pregunta me respondía girando la manivela y, aunque yo seguía empujando la verja con todas mis fuerzas, a cada giro salía un barrote de la ranura. Aferrado a la verja iba resbalando poco a poco por delante de la jaula hasta que, con las muñecas doloridas y los dedos destrozados, desistí de aquella lucha inútil. La verja retrocedió con un estruendo cuando la solté finalmente, y un momento después oí el rumor de las babuchas turcas en el pasillo y un portazo a lo lejos. Luego todo quedó en silencio.

El animal no se había movido en todo este tiempo. Estaba quieto, en el rincón, y había dejado de mover la cola. Me pareció como si la llegada de un hombre que no paraba de gritar, aferrado a los barrotes y arrastrado por delante, lo hubiese dejado atónito. Vi que me miraba sin parpadear con aquellos ojos enormes. Se me había caído el farol al sujetar los barrotes pero seguía encendido en el suelo, y traté de recogerlo pensando que quizá la luz pudiera protegerme. Al primer movimiento que hice, la bestia soltó un gruñido profundo y amenazador. Me quedé quieto, temblando de pies a cabeza. El gato (si es que puede darse un nombre tan doméstico a un animal tan fiero) estaba a menos de tres metros de mí. Le brillaban los ojos como dos discos de fósforo en la oscuridad. Me horrorizaban y, al mismo tiempo, me

fascinaban. No podía dejar de mirarlos. La naturaleza nos gasta bromas extrañas en momentos de tanta intensidad, y aquellas dos luces trémulas crecían y menguaban con un movimiento rítmico hacia arriba y hacia abajo. A veces parecían dos puntos diminutos de un brillo extremo —como chispas eléctricas en la negra oscuridad— que se iban ensanchando poco a poco hasta envolver aquel rincón de la celda en una luz cambiante y siniestra. Y de golpe se apagaron.

La bestia había cerrado los ojos. No sé si hay algo de verdad en la antigua idea del dominio que ejerce la mirada humana, o si el enorme felino sencillamente tenía sueño, pero lo cierto es que, lejos de manifestar algún deseo de atacarme, se limitó a apoyar la cabeza reluciente sobre las poderosas pezuñas delanteras y pareció que se quedaba dormido. Yo seguía sin moverme del sitio, por miedo a despertarlo y devolverle su maligna existencia. Pero al menos podía pensar con claridad, ahora que la bestia había apartado de mí su mirada torva. Iba a pasar la noche encerrado con aquella fiera. Mi instinto, por no hablar de lo que me había dicho el villano que acababa de tenderme semejante trampa, me advertía de que el animal era tan salvaje como su dueño. ¿Cómo podía librarme de él hasta el día siguiente? Todo intento de abrir la puerta era inútil, y lo mismo pasaba con las ventanas enrejadas y estrechas. No había ningún refugio en la celda de piedra desnuda. Pedir ayuda era absurdo. Sabía que la celda era un anexo de la casa y que el pasillo que lo unía a esta medía como mínimo treinta metros. Además, con el estruendo de la tormenta, era poco probable que alguien oyera mis gritos. Únicamente podía confiar en mi valor y mi ingenio.

Y entonces, con una nueva sacudida de terror, me fijé en el farol. La vela se había consumido y estaba a punto de agotarse. En cuestión de diez minutos se habría apagado. Es decir, tenía solo diez minutos para hacer algo, pues sabía que cuando estuviera en la oscuridad con aquella bestia aterradora sería incapaz de actuar. Me quedaba paralizado solo de pensarlo. Examiné con desesperación aquella cámara de la muerte y me fijé en un detalle que prometía, no diré seguridad, pero sí un peligro menos inmediato e inminente que el suelo.

Ya he dicho que la jaula tenía una reja horizontal, que quedaba extendida cuando la verja corredera entraba en la ranura de la pared. Estaba hecha de barrotes separados unos centímetros y cubiertos con una malla de alambre resistente, y se apoyaba en un soporte fuerte en cada extremo. Ahora era como un dosel de barras sobre el felino acostado en el rincón. El hueco entre esta repisa de hierro y el techo era de algo menos de un metro. Si era capaz de

subir y meterme entre los barrotes y el techo, solamente tendría un lado vulnerable. Estaría a salvo desde arriba, desde atrás y desde ambos lados. La bestia solo podría atacarme por un lado. Cierto que por ese lado no tenía ninguna protección, pero al menos estaría fuera de su camino cuando le diera por dar vueltas en la celda. Para alcanzarme tendría que desviarse. Era cuestión de ahora o nunca, porque cuando se apagara la luz todo sería imposible. Con un nudo en la garganta, me colgué del barrote superior dando un salto y, jadeando, me impulsé para encaramarme. Entonces me tendí boca abajo, justo encima de los aterradores ojos del gato y su mandíbula mientras bostezaba. Su aliento fétido me golpeó en la cara como el vapor de una cazuela nauseabunda.

Sin embargo, el animal me miraba con más curiosidad que fiereza. Se desperezó ondeando con elegancia el lomo largo y negro, y luego, incorporándose sobre las patas traseras, con una de las delanteras apoyada en la pared, levantó la otra y metió las garras entre la malla de alambre por debajo de mí. Un gancho blanco y afilado me desgarró los pantalones —seguía vestido de etiqueta— y se me clavó en la rodilla. Fue un experimento más que un ataque, porque cuando solté un vivo grito de dolor, el animal bajó la zarpa y, con un salto ágil, empezó a dar vueltas alrededor de la celda, mirándome de vez en cuando. Yo retrocedí hasta pegar la espalda contra la pared y ocupar el menor espacio posible. Cuanto más me alejara, más le costaría atacarme.

El gato parecía más inquieto ahora que se había puesto en movimiento y trotaba con sigilo alrededor de la celda, pasando continuamente por debajo de mi cama de hierro. Impresionaba ver aquella mole deslizándose como una sombra, apenas con un levísimo susurro de las almohadillas aterciopeladas. La llama de la vela ya estaba muy baja, tanto que apenas veía al animal. Y entonces, con una última llamarada y un chisporroteo, se apagó definitivamente. ¡Estaba a solas con el gato en la oscuridad!

Es consolador, a la hora de enfrentarse a un peligro, saber que uno ha hecho todo lo que está en su mano. Ya no quedaba otra que esperar el desenlace en silencio. En mi caso, la única posibilidad era no moverme exactamente de donde estaba. Así que me estiré y me quedé muy quieto, con la esperanza de que la bestia se olvidara de mi presencia si yo no se la recordaba. Calculé que debían de ser las dos de la madrugada. A las cuatro sería de día. No faltaban más de dos horas para el amanecer.

La tormenta seguía rugiendo fuera y la lluvia azotaba sin tregua las ventanas de la celda. Dentro, el olor ponzoñoso y fétido era sofocante. No oía

ni veía al gato. Procuré pensar en otras cosas, pero solo una tenía la fuerza suficiente para distraer mi atención de mi aterradora realidad, y era pensar en la vileza de mi primo, en su hipocresía sin igual y en el odio perverso que sentía por mí. Detrás de aquella cara tan alegre acechaba el espíritu de un asesino medieval. Y, cuanto más pensaba en él, más claramente veía la astucia con que lo había planeado todo. En apariencia se había ido a la cama, como todos los demás. Seguramente tenía un testigo para demostrarlo. Luego, sin que nadie lo viese, había bajado a la sala de billar, me había llevado a aquella celda con engaños y me había abandonado allí. Su historia sería muy sencilla. Me dejó en la sala de billar, donde yo estaba terminando de fumar un cigarro. Yo fui por mi cuenta a echar un vistazo al gato. Entré en la cámara sin fijarme en que la verja estaba abierta, y me quedé atrapado. ¿Quién podía acusarlo de mi muerte? Puede que hubiera sospechas, pero pruebas ¡nunca!

¡Qué lentas y espantosas fueron esas dos horas! Una vez oí un ruido suave, como el de una lima, y pensé que el gato se estaba lamiendo el pelo. Varias veces los ojos verdosos me miraron en la oscuridad, pero sin detenerse, y con esto aumentó mi esperanza de que se hubiera olvidado de mí o de que no le interesara. Por fin, un leve resplandor entró por las ventanas, que al principio se dibujaron como dos tenues cuadrados grises en la pared negra; después el gris se volvió blanco y me permitió ver de nuevo a mi terrible compañero. Y, por desgracia, ¡él también me veía!

Era evidente que se había vuelto mucho más peligroso y agresivo que la última vez que lo vi. Le molestaba el frío de la mañana y además tenía hambre. Con un gruñido constante, iba y venía por la pared contraria a mi refugio, con los bigotes erizados de furia y blandiendo la cola como un látigo. Cada vez que daba la vuelta en una esquina, me miraba amenazante con sus ojos salvajes. Comprendí que iba a matarme. Aun así, era imposible no admirar la elegancia de aquella bestia diabólica, sus movimientos largos, ondulantes y sinuosos, el lustre de los magníficos flancos, el brillo rojo de la lengua viva y palpitante que colgaba del hocico negro como la tinta. El gruñido de amenaza se intensificaba por momentos, sin interrupción. Supe que se acercaba el punto crítico.

Era un momento horrible para morir de semejante modo: aterido, incómodo, acostado en aquel potro de tortura y tiritando con mi traje ligero de etiqueta. Traté de armarme de valor, animarme y, al mismo tiempo, con la lucidez de un hombre totalmente desesperado, busqué con la mirada alguna vía de escape. Una cosa estaba clara. Si la verja vertical volvía a su posición, podía encontrar un refugio seguro al otro lado. ¿Sería posible sacarla? Casi no

me atrevía a moverme, por miedo a llamar la atención de la fiera. Despacio, muy despacio, alargué la mano hasta agarrar el extremo del último barrote que sobresalía de la pared. Para mi sorpresa, respondió muy fácilmente a mi tirón. La dificultad para sacarlo radicaba, lógicamente, en que tenía que sujetarme a él. Tiré de nuevo, y la verja salió unos diez centímetros. Me dio la impresión de que se deslizaba sobre unas ruedecillas. Volví a tirar, y entonces ¡el gato saltó!

Su movimiento fue tan rápido, tan repentino que no lo vi venir. Simplemente oí un rugido salvaje y, un segundo después, los ojos amarillos, la cabeza negra y aplastada, la lengua roja y los dientes relucientes estaban a un palmo de mí. Sacudió de tal modo los barrotes en los que yo que estaba tumbado que pensé (en la medida en que podía pensar en un momento así) que iban a caerse. El gato se balanceó un momento, con la cabeza y las patas delanteras muy cerca de mí, a la vez que intentaba sujetar el borde de la verja con las patas traseras. Oí el arañazo de las garras al engancharse en la malla de alambre, y el aliento del animal me produjo arcadas. Pero había calculado mal el salto y no resistió mucho en aquella posición. Despacio, con una mueca de rabia y lanzando violentos zarpazos contra los barrotes, se echó hacia atrás y apoyó las patas delanteras en el suelo de un golpe. Al instante, con un gruñido, volvió a plantarme cara y se agazapó para atacar de nuevo.

Comprendí que mi destino iba a decidirse en cuestión de segundos. La bestia había aprendido de la experiencia y esta vez no fallaría al atacar. Tenía que actuar de inmediato y sin miedo, si es que había alguna posibilidad de salvación para mí. Tracé mi plan en un instante. Me quité la chaqueta y se la lancé a la bestia por encima de la cabeza a la vez que saltaba de mi refugio, agarraba el barrote de la verja vertical y tiraba de ella frenéticamente para sacarla de la pared.

Salió con más facilidad de lo que me esperaba. Crucé la celda rápidamente, arrastrando la verja conmigo pero, al moverme tan deprisa, casualmente me quedé fuera de la jaula. De haber sido al contrario habría salido ileso. El caso es que hubo una pausa mientras detenía la verja e intentaba colarme por el hueco que aún no se había cerrado. El momento bastó para que la fiera se quitara la chaqueta con la que yo la había cegado y se abalanzara sobre mí. Me escabullí por el hueco y tiré de los barrotes, pero el gato me enganchó la pierna antes de que pudiera cerrar la jaula del todo. De un zarpazo brutal me desgarró la carne de la pantorrilla como se enrosca una viruta de madera al paso de un cepillo. En un momento, sangrando y a punto de desmayarme, me vi tendido entre la paja maloliente, separado por una

hilera de amables barrotes de la bestia, que seguía arremetiendo violentamente contra ellos.

Demasiado herido para moverme y demasiado débil para tener miedo, solo pude quedarme allí, más vivo que muerto, observando a la fiera. Apretó el pecho amplio y negro contra los barrotes y encogió las garras como yo había visto hacer a un gatito delante de un cepo. Me desgarró la ropa pero, por más que alargaba las patas, no llegaba a alcanzarme. Yo había oído hablar del curioso efecto anestésico que producen las heridas de los grandes carnívoros, y en ese momento iba a experimentarlo porque había perdido toda sensación de identidad y estaba tan interesado en el éxito o el fracaso del felino como si no fuera yo su presa sino, un observador externo. Y entonces, poco a poco, mi conciencia se fue diluyendo en sueños confusos y extraños, siempre acechado por esa cara negra y esa lengua roja, hasta que me perdí en el nirvana del delirio, bendito consuelo de quienes pasan una prueba tan atroz.

Reconstruyendo más tarde la secuencia de los acontecimientos, creo que estuve unas dos horas insensible. Me devolvió la conciencia el mismo chasquido metálico que había señalado el comienzo de mi terrible experiencia. Era el ruido del cerrojo al retirarse. Luego, antes de que mis sentidos recobraran la claridad suficiente para comprender lo que ocurría, vi la cara redonda y bondadosa de mi primo que asomaba por la puerta abierta. Su sorpresa al ver la escena fue evidente. El gato estaba agazapado en el suelo. Yo tumbado de espaldas y en mangas de camisa dentro de la jaula, con los pantalones hechos jirones y un charco de sangre alrededor. Aún sigo viendo su cara de sorpresa iluminada por el sol de la mañana. Me miró atentamente, y volvió a mirar. A continuación cerró la puerta de la celda y se acercó a la jaula para comprobar si estaba muerto de verdad.

No soy capaz de explicar lo que ocurrió entonces. No me encontraba en condiciones de tomar nota de los acontecimientos. Solo puedo decir que de repente vi que apartaba la cabeza y miraba a la bestia.

—¡Querido Tommy! —gritó—. ¡Querido Tommy!

Y empezó a acercarse a los barrotes, andando hacia atrás.

—¡Túmbate, bestia estúpida! —rugió—. ¡Túmbate! ¿Es que no conoces a tu amo?

De golpe, incluso mi aturdido cerebro recordó aquellas palabras suyas, cuando dijo que el sabor de la sangre humana convertiría a aquel animal en un demonio. Mi sangre había sido la causa, pero él sería quien pagaría el precio.

—¡Aparta! —gritó—. ¡Aparta, demonio! ¡Baldwin! ¡Baldwin! ¡Ay, Dios mío!

Y entonces le oí caer, levantarse y caer de nuevo, con un ruido semejante al de un saco que se rasga. Sus gritos se debilitaron hasta perderse dentro del gruñido estremecedor. Después, cuando ya lo había dado por muerto, lo vi, como en una pesadilla, ciego, despedazado y empapado de sangre, corriendo desesperadamente por la celda, y esa fue la última imagen que tuve de él antes de perder el conocimiento una vez más.

Tardé muchos meses en recuperarme; de hecho, no puedo decir que me haya recuperado, pues hasta el fin de mis días llevaré un bastón como recuerdo de mi noche con el gato brasileño. Ni Baldwin, el mozo de cuadra, ni los demás criados supieron explicarse lo ocurrido cuando, alertados por los gritos desgarradores de su amo, me encontraron a mí en la jaula y los restos de Everard King —o lo que más tarde se descubrió que eran sus restos— entre las garras de la criatura a la que él mismo había criado. Inmovilizaron a la fiera con hierros candentes y le dispararon después por la tronera de la puerta antes de poder liberarme a mí. Me llevaron a mi dormitorio y allí, en la casa del hombre que quería asesinarme, pasé varias semanas debatiéndome entre la vida y la muerte. Trajeron un médico de Clipton y una enfermera de Londres, y en el plazo de un mes pudieron llevarme a la estación y trasladarme a mis habitaciones en Grosvenor Mansions.

Guardo un recuerdo de mi enfermedad que, si no estuviera tan grabado en mi memoria, tomaría por una escena del cambiante panorama de un cerebro en estado de delirio. Una noche, cuando la enfermera había salido, la puerta se abrió, y una mujer alta, vestida de luto, entró en mi dormitorio. Se acercó a mí y, al inclinar la cara cetrina, el leve resplandor de la lámpara de noche me mostró a la mujer brasileña con la que se había casado mi primo. Me observó atentamente, con una expresión de bondad que nunca había visto en ella.

—¿Está consciente? —preguntó.

Asentí con dificultad, pues lo cierto es que seguía muy débil.

—Bueno, solo quería decirle que la culpa es suya. ¿No cree que hice todo lo posible? Intenté desde el primer momento que se fuera de esta casa. Por todos los medios, menos delatando a mi marido, intenté salvarlo de él. Sabía que él tenía un motivo para hacerle venir y que no le permitiría salir de aquí con vida. Nadie lo conocía tan bien como yo, que he tenido que soportarlo tantas veces. No me atreví a decirle a usted todo esto. Me habría matado. Pero hice todo lo posible por salvarlo. Viendo cómo han salido las cosas, ha sido usted el mejor amigo que he tenido nunca. Me ha dado la libertad, cuando yo

ya creía que únicamente la muerte podría dármela. Siento mucho que esté usted herido pero no puedo reprochármelo. Ya le advertí de que era usted idiota, y eso es lo que ha sido.

Y, dicho esto, aquella mujer tan amargada y singular a la que jamás volvería a ver se retiró sigilosamente. Con lo que quedaba de la fortuna de su marido regresó a su país, y he oído que más tarde tomó los hábitos en Pernambuco.

Yo llevaba algún tiempo en Londres cuando los médicos por fin me declararon en condiciones de trabajar. No fue una autorización que recibiera precisamente con alegría, pues sospechaba que pudiera ser la señal para que una avalancha de acreedores cayera sobre mí, pero fue Summers, mi abogado, el primero en aprovechar la situación.

—Me alegra ver que el señor se encuentra mucho mejor —dijo—. Llevo tiempo esperando el momento de darle la enhorabuena.

—¿Qué quiere decir, Summers? No estoy para bromas.

—Quiero decir que hace ya seis semanas que es usted lord Southerton, pero temíamos que la noticia pudiera complicar su recuperación.

¡Lord Southerton! ¡Uno de los lores más ricos de Inglaterra! No podía creer lo que estaba oyendo. Y de pronto pensé en el tiempo transcurrido y vi que coincidía exactamente con mi convalecencia.

—Entonces lord Southerton debió de morir más o menos cuando resulté herido.

—Murió justo el mismo día —asintió Summers, mirándome con suma atención. Y estoy convencido, porque sé que era un hombre muy astuto, de que había adivinado la verdad del caso. Se calló un momento, como si esperara alguna confidencia de mí, pero yo no veía que fuese a ganar nada exponiendo a mi familia a semejante escándalo—. Sí, una coincidencia muy curiosa —añadió, con la misma mirada cómplice—. Por supuesto, ya sabe usted que su primo, Everard King, habría sido el heredero de las fincas de haber faltado usted: si hubiera sido usted en vez de él el que terminara despedazado por el tigre, o lo que fuera ese animal, naturalmente él sería ahora lord Southerton.

—Sin duda —asentí.

—Su primo estaba muy interesado en serlo —continuó Summers—. He sabido casualmente que compró al mayordomo de lord Southerton, y que este le enviaba telegramas cada pocas horas para informarle de su estado de salud. Debió de ser más o menos cuando usted estaba allí. Si no era el heredero directo, ¿no es raro que quisiera estar tan bien informado?

—Muy raro —dije—. Y ahora, Summers, si hace el favor de traerme las facturas y un talonario nuevo, empezaremos a poner las cosas en orden.

LA NUEVA CATACUMBA

(1898)

—Oye, Burger —dijo Kennedy—. Me gustaría que confiaras en mí.

Los dos famosos arqueólogos dedicados al estudio de los restos romanos se encontraban en el cómodo salón de Kennedy, con vistas a la Via del Corso. La noche era fría, y habían arrimado las butacas a la imperfecta estufa italiana que más que caldear el ambiente lo enrarecía. Fuera, bajo las relucientes estrellas del invierno, se extendían las calles de la Roma moderna, con sus farolas eléctricas en cada acera, los cafés rebosantes de luz, el trasiego de los coches de caballos y la multitud que abarrotaba la ciudad. Pero dentro, en el lujoso salón del joven y rico arqueólogo inglés, únicamente se veía la Roma antigua. Las paredes estaban decoradas con frisos agrietados y erosionados por el tiempo, y en los rincones asomaban bustos grises de senadores y soldados con cascos de combate y una expresión dura y cruel. En la mesa de centro, entre un montón de inscripciones, fragmentos y objetos decorativos, destacaba la famosa reconstrucción de las termas de Caracalla, obra de Kennedy, que tanto interés y admiración había despertado en su presentación en Berlín. Había ánforas colgadas del techo y un batiburrillo de objetos curiosos esparcidos por la suntuosa alfombra turca roja. Entre todos ellos, era imposible encontrar uno solo que no fuera incuestionablemente auténtico y sumamente raro y valioso. Y es que Kennedy, pese a sus poco más de treinta años, era un arqueólogo reconocido en toda Europa en su particular rama de investigación y contaba además con una fortuna que, o bien resulta un obstáculo fatídico para las energías del investigador, o bien, cuando este sigue fiel a sus propósitos, es una enorme ventaja en la carrera hacia la fama. Kennedy se dejaba seducir a menudo por caprichos y placeres que lo apartaban de sus estudios, pero tenía una inteligencia incisiva y capaz de largos períodos de concentración seguidos por fases de languidez sensual. Sus rasgos atractivos —la frente alta y blanca, la nariz agresiva y la boca ligeramente relajada y carnosa— eran un buen indicador del compromiso entre la fortaleza y la debilidad de su carácter.

Muy distinto de él era su compañero, Julius Burger, una curiosa mezcla de padre alemán y madre italiana en quien las sólidas cualidades del norte se

combinaban de un modo extraño con los encantos, más suaves, del sur. Unos ojos teutones, muy azules, aclaraban su tez bronceada, y sobre estos se alzaba una frente enorme y cuadrada, enmarcada por un flequillo de rizos rubios. La mandíbula, firme y fuerte, lucía un afeitado impecable, y su compañero señalaba con frecuencia su parecido con aquellos antiguos bustos romanos que asomaban entre las sombras en las esquinas del salón. Bajo su apariencia de fuerza y arrogancia alemanas se adivinaba siempre cierta sutileza italiana, pero su sonrisa era tan sincera y sus ojos tan francos que uno comprendía al instante que eso tan solo era un indicio de su ascendencia sin ninguna influencia real en su personalidad. Aunque su edad y su fama eran las mismas que las de su compañero inglés, su vida y su trabajo habían sido mucho más arduos. Había llegado a Roma doce años antes, siendo un estudiante pobre, y desde entonces vivía con una pequeña beca de investigación de la Universidad de Bonn. Despacio y a fuerza de constancia, con un tesón y un empeño extraordinarios, había ascendido por la escalera de la fama peldaño a peldaño y ahora era miembro de la Academia de Berlín y tenía fundadas razones para creer que pronto ocuparía la cátedra más importante de las universidades alemanas. Sin embargo, esta determinación que le había llevado al nivel de su rico y brillante compañero inglés era la causa de que en todo lo demás, al margen de su trabajo, se encontrara en una posición infinitamente inferior. Nunca había podido permitirse un descanso en sus estudios para cultivar sus cualidades sociales. Solamente cuando hablaba de su especialidad se llenaban de vida su expresión y su espíritu. En otras circunstancias se avergonzaba y guardaba silencio, demasiado consciente de sus limitaciones en asuntos más generales y sin paciencia para la conversación intrascendente que es el refugio habitual de quienes no tienen ninguna idea que expresar.

A pesar de todo, parecía que la relación entre estos dos rivales tan distintos había ido madurando poco a poco desde hacía algunos años hasta convertirse en una amistad. La base y el origen de este afecto fueron que, en su respectivo campo de estudios, cada cual era el único con conocimientos y pasión suficientes para apreciar al otro. Sus intereses y objetivos comunes los habían llevado a conocerse, y desde el primer momento los dos se sintieron atraídos por los conocimientos del otro. Luego, con el paso del tiempo, a esto se le fue añadiendo algo más. A Kennedy le divertían la sencillez y la franqueza de su rival, mientras que a Burger le fascinaban la inteligencia y la vitalidad por las que Kennedy había sido uno de los grandes favoritos de la sociedad romana. Digo que «había sido» porque justo en ese momento el nombre del joven inglés estaba envuelto en la sospecha. Una aventura

amorosa, cuyos detalles nunca llegaron a conocerse del todo, vino a mostrar una dureza y una crueldad por parte del joven que impresionaron a muchos de sus amigos. Pero en los círculos de estudiantes y artistas solteros en los que él prefería moverse no existe un código de honor demasiado rígido en estas cuestiones y, aunque más de uno pudiera manifestar su sorpresa moviendo la cabeza o encogiéndose de hombros al enterarse de que dos hubieran huido y solo uno regresara, el sentimiento predominante fue quizá de curiosidad, incluso de envidia, antes que de reproche.

—Oye, Burger —dijo Kennedy, mirando con dureza el gesto plácido de su compañero—. Me gustaría que confiaras en mí.

Mientras decía estas palabras, acercó la mano a una alfombrilla extendida en el suelo. Sobre la alfombrilla había un cesto de fruta alargado y plano, un ejemplo de la cestería de mimbre típica de la Campagna, lleno de fragmentos de cerámica decorada, inscripciones rotas, mosaicos agrietados, papiros desgarrados y adornos de metal herrumbrosos que para los no iniciados podían parecer sacados directamente del basurero, pero que un especialista reconocería al instante como únicos en su género. Los restos amontonados en el cesto de mimbre plano eran uno de esos eslabones perdidos del desarrollo social que tanto interesan al erudito. Era el alemán quien los había traído, y el inglés los examinaba con ojos hambrientos.

—No voy a entrometerme en tu tesoro, pero me gustaría mucho que me hablaras de él —añadió mientras Burger encendía un cigarro con mucha parsimonia—. Es evidente que se trata de un descubrimiento de la máxima importancia. Estas inscripciones causarán sensación en toda Europa.

—¡Por cada una que ves aquí allí hay un millón! —exclamó el alemán—. Son tantas que una docena de sabios podrían pasarse la vida entera estudiándolas y labrarse con ello una fama tan sólida como el castillo de Sant’Angelo.

Kennedy parecía pensativo, había fruncido la bonita frente y estaba jugueteando con su bigote rubio y largo.

—¡Te has delatado, Burger! —dijo por fin—. Tus palabras únicamente pueden significar una cosa: que has descubierto una nueva catacumba.

—Estaba seguro de que llegarías a esta conclusión en cuanto vieras estos restos.

—Bueno, es lo que indican sin lugar a dudas, pero esas últimas observaciones tuyas me lo han corroborado. Solo una catacumba puede albergar un almacén de reliquias tan grande como el que describes.

—Efectivamente. Eso no es ningún misterio. He descubierto una nueva catacumba.

—¿Dónde?

—Ah, ese es mi secreto, querido Kennedy. Solo te diré que, por su situación, no hay ni una posibilidad entre un millón de que alguien más la encuentre. Su fecha no coincide con la de ninguna otra catacumba, y se reservó para el enterramiento de los cristianos más relevantes, por eso los restos y las reliquias son muy distintos de todo lo que se ha encontrado hasta hoy. Si no fuera consciente de tus conocimientos y tu vitalidad, amigo mío, no dudaría en contártelo todo, previa promesa de guardar el secreto. Pero tal como son las cosas creo que tengo que preparar mi informe antes de exponerme a un competidor tan formidable.

Kennedy sentía por la arqueología un amor casi obsesivo, un amor fiel pese a las múltiples distracciones que encontraba a su paso un joven rico y libertino. Tenía ambición, pero su ambición iba por detrás del interés y la alegría abstracta que le inspirada todo cuanto tuviera que ver con la historia y la vida antigua de la ciudad. Y se moría por conocer ese mundo subterráneo que había descubierto su compañero.

—Oye, Burger —dijo con vehemencia—, te aseguro que puedes confiar plenamente en mí. Por nada del mundo pondría por escrito lo que vea sin tu consentimiento expreso. Comprendo los recelos, y son de lo más natural, pero no tienes nada que temer de mí. Por otro lado, si no me lo dices, emprenderé una búsqueda sistemática y seguramente acabaré por descubrirlo. En tal caso no tendría ninguna obligación contigo y, por supuesto, utilizaría la información como quisiera.

Burger sonrió con aire pensativo, con el cigarro entre los labios.

—He observado, amigo Kennedy, que cuando te pido alguna información sobre cualquier cosa tú nunca estás tan dispuesto a facilitarla.

—¿Cuándo te he negado algo que me hayas pedido? Te recuerdo, por ejemplo, que te cedí el material para ese artículo sobre el templo de las Vestales.

—Sí, bueno, eso no tenía demasiada importancia. Si te pidiera algo íntimo, no creo que me lo dieras. Esta catacumba es algo muy íntimo para mí, y lógicamente esperaría una muestra de confianza a cambio.

—No entiendo adónde quieres llegar —dijo el inglés—, pero, si lo que dices es que estás dispuesto a responder a mi pregunta sobre la catacumba si yo respondo a cualquier pregunta que quieras hacerme, te aseguro que te contestaré.

—Muy bien —asintió Burger, arrellanándose en el asiento y lanzando al aire un árbol azul de humo de cigarro—, háblame de tu relación con la señorita Mary Saunderson.

Kennedy se levantó de un salto y dirigió una mirada furibunda a su impasible compañero.

—¿Qué demonios te propones? —protestó—. ¿Qué clase de pregunta es esa? Si es una broma, es la peor que has hecho en la vida.

—No es una broma —contestó Burger tranquilamente—. Me interesan mucho los detalles del asunto. Sé poco del mundo, las mujeres, la vida social y todas esas cosas, y ese incidente tiene para mí la fascinación de lo desconocido. A ti te conozco bien, y a ella la conocía de vista, incluso llegamos a charlar en un par de ocasiones. Me gustaría mucho oír de tus labios qué ocurrió exactamente entre vosotros.

—No pienso decir una sola palabra.

—Me parece muy bien. Solo quería ver si eras capaz de revelar un secreto tan fácilmente como esperabas que yo te revelara mi secreto de la nueva catacumba. Veo que no, y es lo que suponía. Pero ¿por qué esperas tú otra cosa de mí? El reloj de San Juan está dando las diez. Ya debería estar camino de casa.

—No, Burger, espera un momento. La verdad es que me parece un capricho ridículo que preguntes por una aventura que se acabó hace meses. Tengo mucho interés por esa catacumba y no puedo olvidarla así como así. ¿Por qué no me preguntas otra cosa a cambio? Esta vez que sea algo menos excéntrico.

—No, no. Ya te has negado y no hay más que hablar —dijo Burger, con su cesto en el brazo—. Seguro que haces muy bien en no responder y seguro que yo también hago muy bien, así que, querido Kennedy, ¡buenas noches!

El inglés vio que Burger cruzaba el salón y que ya había puesto la mano en el pomo de la puerta antes de reaccionar, levantándose de un salto, como quien intenta hacer algo cuando la cosa ya no tiene remedio.

—¡Espera, amigo! Tu comportamiento me parece de lo más ridículo pero, en fin, si esa es tu condición, supongo que tengo que aceptarla. Detesto hablar de una muchacha pero, como bien dices, todo sea por Roma. Además, no creo que pueda contarte nada que no hayas oído decir ya a estas alturas. ¿Qué querías saber?

El alemán volvió a la estufa, dejó el cesto en el suelo y se acomodó una vez más en la butaca.

—¿Puedo fumarme otro cigarro? —preguntó—. ¡Muchas gracias! Nunca fumo mientras trabajo, pero disfruto mucho más de una conversación cuando estoy bajo la influencia del tabaco. Bueno, hablemos de esa joven con la que tuviste una aventurilla. ¿Qué demonios ha sido de ella?

—Está en casa, con su familia.

—¿Ah, sí? ¿En Inglaterra?

—Sí.

—¿En qué parte de Inglaterra? ¿En Londres?

—No, en Twickenham.

—Disculpa mi curiosidad, querido Kennedy, y achácala a mi desconocimiento del mundo. Seguro que es muy sencillo persuadir a una muchacha para que se fugue contigo tres semanas y devolvérsela luego a su familia en… ¿Dónde has dicho que era?

—Twickenham.

—Eso es, Twickenham. Es una situación tan ajena a mi experiencia que no soy capaz de imaginarme cómo se hace una cosa así. Por ejemplo, si tú quisieras a esa joven, no es posible que tu amor se esfumara en tres semanas; por tanto supongo que no la querías. Pero, si no la querías, ¿por qué has armado este escándalo que a ti te ha perjudicado y a ella la ha destrozado?

Kennedy contemplaba el ojo incandescente de la estufa con aire taciturno.

—Es lógico plantearlo así —asintió—. Amor es una palabra muy grande que representa sentimientos con matices muy diversos. Esa chica me gustaba y… bueno, dices que la conoces, así que ya sabes lo encantadora que es. Aun así, estoy dispuesto a admitir, mirándolo ahora, que nunca habría podido quererla de verdad.

—Entonces, querido Kennedy, ¿por qué hiciste eso?

—Creo que la sensación de aventura tuvo mucho que ver.

—¿Qué? ¡Cuánto te gustan las aventuras!

—¿Qué sería de la variedad de la vida sin aventuras? Fue la sensación de aventura lo que me hizo fijarme en ella por primera vez. He cazado mucho a lo largo de mi vida, pero no hay nada como perseguir a una mujer guapa. También me incitó la dificultad, porque era la acompañante de lady Emily Rood y casi no había manera de verla a solas. Y, aparte de todos los demás obstáculos que me atraían, supe de sus propios labios poco después de conocerla que estaba prometida.

—*Mein Gott*! ¿Con quién?

—No dio ningún nombre.

—No creo que nadie lo sepa. Y eso hizo que la aventura te sedujera más todavía, ¿no?

—Bueno, le daba un toque sabroso. ¿No crees?

—Ya te he dicho que soy muy ignorante en estas cosas.

—Amigo mío, seguro que recuerdas que la manzana que robaste del árbol de tu vecino era siempre más dulce que la que caía del tuyo. Y después vi que ella sentía algo por mí.

—¿Cómo? ¿De repente?

—No, no. Después de tres meses de trabajo de zapa. Pero al final la conquisté. Ella sabía que yo estaba separado legalmente de mi mujer y por tanto me era imposible hacer las cosas como es debido… Pero quiso venir conmigo de todos modos y pasamos unas semanas deliciosas, mientras duró.

—Y ¿qué hay del otro hombre?

Kennedy se encogió de hombros.

—Supongo que se trata de la supervivencia del más apto —dijo—. Si hubiera sido mejor que yo, ella no le habría abandonado. ¡Cambiemos de tema! ¡Ya estoy harto!

—Solo dime una cosa más. ¿Cómo te libraste de ella en tres semanas?

—Bueno, los dos nos habíamos enfriado un poco, como sabes. Ella se negaba rotundamente a volver a Roma y enfrentarse a la gente a la que había conocido aquí. Roma para mí es imprescindible, y tenía muchas ganas de volver a mi trabajo, así que esa fue una razón evidente para la separación. Luego, su padre se presentó en el hotel, en Londres, y montó una escena. Y todo se volvió tan desagradable que, si te soy sincero, aunque al principio la echaba de menos una barbaridad, me alegré mucho de escabullirme. Y, ahora, confío en que no le dirás a nadie lo que te he contado.

—Querido Kennedy, ni se me pasaría por la cabeza. Pero lo que dices me interesa muchísimo: me ayuda a entender tu forma de ver las cosas, que es totalmente distinta de la mía, porque he vivido muy poco. Y ahora quieres que te hable de mi nueva catacumba. Es inútil que te la describa porque con eso no la encontrarías nunca. Lo único que puedo hacer es llevarte allí.

—Eso sería estupendo.

—¿Cuándo quieres venir?

—Cuanto antes. Estoy impaciente por verla.

—Bueno, hace una noche preciosa, aunque algo fresca. ¿Qué te parece si salimos dentro de una hora? Tenemos que ser muy discretos para que nadie lo descubra. Si nos vieran por ahí juntos, sospecharían que estamos tramando algo.

—La discreción nunca sobra —dijo Kennedy—. ¿Está lejos?

—A unos kilómetros.

—¿No será demasiado para ir andando?

—No, no, podemos ir andando tranquilamente.

—Entonces mejor así. Un cochero sospecharía si le pedimos que nos deje a medianoche en un lugar solitario.

—Exacto. Lo mejor será que nos veamos a medianoche en la Puerta de la Via Apia. Tengo que pasar por casa, a por cerillas, velas y otras cosas.

—¡Muy bien, Burger! Eres muy amable haciéndome partícipe de este secreto, y te prometo que no escribiré nada antes de que hayas publicado tu artículo. ¡Hasta luego! Te estaré esperando en la Puerta a las doce.

La melodía de los carillones inundaba el aire frío y claro de aquella ciudad de relojes cuando Burger, enfundado en un abrigo italiano y con un farol en la mano, acudió a su cita. Kennedy salió de las sombras al ver a su amigo.

—¡Eres tan ardiente en el trabajo como en el amor! —exclamó el alemán con sorna.

—Sí, llevo casi media hora esperando.

—Espero que no hayas dejado pistas de adónde vamos.

—¡No soy tan idiota! ¡Caray, se me ha metido el frío en los huesos! Vamos, Burger, a ver si con la caminata entramos en calor.

Sus pasos secos resonaban en las piedras desniveladas de la decepcionante carretera que es cuanto queda de la calzada romana más famosa del mundo. Un par de campesinos que volvían a casa de la taberna y un par de carros con productos del campo que iban a Roma fue lo único que encontraron en el camino. Andando con brío entre los imponentes mausoleos que surgían en la oscuridad a ambos lados de la carretera llegaron hasta las catacumbas de San Calixto y se encontraron delante de la enorme fortaleza circular de Cecilia Metella, coronada por la luna creciente. Burger se paró entonces y se apretó el costado.

—Tienes las piernas más largas que yo y estás más acostumbrado a andar —dijo entre risas—. Creo que ya estamos cerca del sitio en que nos desviamos. Sí, está ahí, a la vuelta de la esquina de la *trattoria*. Ahora el camino se estrecha mucho, así que será mejor que yo vaya delante y tú me sigas.

Había encendido el farol y, con esta luz, pudieron recorrer un sendero estrecho y tortuoso que atravesaba los pantanos de la Campagna. El gran acueducto de la Roma antigua se tendía como una oruga monstruosa sobre el paisaje iluminado por la luna, y el sendero los llevó por debajo de uno de sus

arcos gigantescos hasta más allá del círculo de ladrillos desmoronados que señala el emplazamiento del antiguo anfiteatro. Burger se detuvo por fin junto a un solitario establo de madera y se sacó una llave del bolsillo.

—¡No irás a decirme que tu catacumba está dentro de una casa! —exclamó Kennedy.

—La entrada sí. Esa es precisamente nuestra garantía, en caso de que alguien la descubriera.

—¿Lo sabe el dueño?

—No. Me enseñó un par de restos que casi me garantizaron que su casa estaba construida en la entrada de una catacumba, así que se la alquilé para excavar por mi cuenta. Pasa y cierra la puerta.

Era un edificio alargado y vacío, con los pesebres de las vacas alineados en una pared. Burger dejó el farol en el suelo. Al lado había un hueco cuadrado y una escalera de piedra muy vieja que llevaba a las entrañas de la tierra.

—¡Ten cuidado! —gritó Burger cuando Kennedy, en su impaciencia, se precipitó hacia el agujero—. Lo que hay debajo es un auténtico laberinto. Si te perdieras ahí dentro, la probabilidad de salir sería de una entre cien. Espera a que traiga la luz.

—¿Cómo te orientas tú si es tan complicado?

—Al principio me libré por los pelos varias veces, pero he ido aprendiendo poco a poco. La construcción sigue cierto método, aunque sería imposible descubrirlo para un hombre perdido en la oscuridad. Todavía suelto un rollo de cuerda para adentrarme en la catacumba. Ahora verás que es difícil: cada uno de estos pasadizos se divide y subdivide una docena de veces en menos de cien metros.

Habían bajado unos seis metros desde el establo y estaban en una cámara cuadrada tallada en la toba blanda. El farol irradiaba una luz parpadeante, intensa por abajo y tenue por arriba, en las paredes agrietadas. De este centro común partían oscuros pasadizos en todas las direcciones.

—No quiero que te separes de mí, amigo mío —dijo Burger—. No te entretengas con nada en el camino porque todo lo que hay que ver, y más, está en el sitio al que voy a llevarte. Ahorraremos tiempo si vamos derechos allí.

Encabezó la marcha por uno de los pasillos, con el inglés pisándole los talones. De vez en cuando el pasadizo se bifurcaba, aunque era evidente que Burger seguía algunas marcas secretas, pues no dudó ni se detuvo en ningún momento. A lo largo de las paredes, apilados como las literas de un barco de emigrantes, se encontraban los nichos de los cristianos de la Roma antigua.

La luz amarillenta parpadeaba en las caras arrugadas de las momias y brillaba en las calaveras y en los huesos de los brazos blancos cruzados sobre pechos sin carne. Y por todas partes iba viendo Kennedy, con ojos de deseo, inscripciones, vasijas funerarias, retratos, vestidos y utensilios, todo exactamente tal como unas manos devotas lo habían depositado allí muchos siglos antes. Le pareció evidente, a pesar de que solo podía verlo de pasada, que aquella era la primera y la mejor de las catacumbas, un almacén de restos romanos como ningún arqueólogo había encontrado jamás.

—¿Qué pasaría si se apaga la luz? —preguntó, mientras seguían adelante.

—Llevo una vela de repuesto y una caja de cerrillas en el bolsillo. Por cierto, Kennedy, ¿tú tienes cerillas?

—No. Más vale que me des unas cuantas.

—Ah, no te preocupes. Es imposible que nos separemos.

—¿Vamos muy lejos? Tengo la sensación de que hemos recorrido como poco medio kilómetro.

—Algo más, creo. En realidad las catacumbas no tienen límite, o yo no he sido capaz de encontrarlo. Esta parte es muy complicada, así que creo que voy a utilizar el rollo de cuerda.

Ató el extremo de la cuerda a una piedra que sobresalía de la pared y se guardó el resto en el pecho, por debajo del abrigo, para ir soltándolo a medida que avanzaba. Kennedy comprobó que la precaución no era innecesaria, porque los pasadizos se habían vuelto aún más tortuosos y complicados, y formaban una red perfecta de corredores entrecruzados. Sin embargo, todos desembocaban en una sala amplia y circular, en la que había un pedestal de toba cuadrado y una lápida de mármol en un extremo.

—¡Caray! —exclamó Kennedy, fascinado, mientras Burger balanceaba el farol sobre la lápida—. Es un altar cristiano, probablemente el primero que existió. Aquí está la cruz de la consagración, grabada en la esquina. No cabe duda de que este espacio circular era una iglesia.

—Justamente —dijo Burger—. Si tuviera más tiempo, me gustaría enseñarte todos los cuerpos que hay enterrados en esos nichos de las paredes: son de los primeros papas y obispos de la Iglesia, y todos llevan su báculo, su mitra y su casulla. ¡Acércate a ese y échale un vistazo!

Kennedy fue a observar la cabeza cadavérica y descompuesta sobre la mitra destrozada y mohosa.

—Esto es interesantísimo —dijo, y dio la sensación de que su voz se estrellaba contra la bóveda—. Hasta donde llega mi conocimiento, es único. Trae aquí el farol, Burger, que quiero verlos todos.

Pero el alemán se había alejado, y ahora estaba al otro lado de la sala, en el centro de un círculo de luz amarilla.

—¿Sabes cuántas posibilidades de equivocarse de pasillo hay desde aquí hasta las escaleras? —preguntó—. Más de dos mil. Está claro que esa fue una de las medidas de protección que adoptaron los cristianos. Las posibilidades de que un hombre pueda salir de aquí, incluso con luz, son de una entre dos mil. Y, a oscuras, lógicamente le costaría mucho más.

—Ya me lo imagino.

—Y la oscuridad es aterradora. Una vez hice el experimento. ¡Vamos a hacerlo otra vez! —Se inclinó sobre el farol, y al instante fue como si una mano invisible apretara los ojos de Kennedy. Nunca había visto oscuridad semejante. Tuvo la sensación de que le aplastaba, de que le ahogaba. Era como una barrera, sólida, que impedía al cuerpo moverse. Alargó las manos para empujarla.

—Ya vale, Burger. Vuelve a encender la luz.

Pero su compañero se echó a reír, y daba la sensación de que su risa llegaba de todas partes al mismo tiempo en aquella sala circular.

—Pareces asustado, amigo Kennedy.

—¡Venga, hombre, enciende la vela! —dijo Kennedy con impaciencia.

—Es muy raro, Kennedy. Aunque preste atención a lo que dices no tengo la menor idea de dónde estás. ¿Tú podrías decir dónde estoy?

—No. Parece que estás a un lado, o a otro.

—Si no fuera por esta cuerda que tengo en la mano, no tendría la menor idea de por dónde ir.

—Supongo que no. Anda, enciende una cerilla y déjate de bromas.

—Bueno, Kennedy, creo que hay dos cosas que te atraen mucho. Una es la aventura y la otra superar obstáculos. La aventura consistirá en que encuentres la salida de esta catacumba. El obstáculo será la oscuridad y las dos mil desviaciones posibles que pueden complicarte un poco dar con el camino. Pero no te preocupes: tienes tiempo en abundancia. Y, cuando pares a descansar de vez en cuando, me gustaría que pensaras en la señorita Mary Saunderson, y en si la trataste bien.

—¿Qué pretendes, maldito? —rugió Kennedy. Corría en círculos, atrapando la densa oscuridad entre las manos.

—Adiós —dijo la voz burlona, que ya estaba algo lejos—. La verdad, Kennedy, es que a pesar de lo que me has contado no creo que te portaras bien con esa muchacha. Hay solo un detallito que por lo visto no sabes, y yo

puedo contártelo. La señorita Saunderson estaba prometida con un estudiante pobre y desgarbado que se llamaba Julius Burger.

Se oyó un rumor en alguna parte, el ruido vago de unos pasos en la piedra, y a continuación cayó el silencio sobre aquella antigua iglesia cristiana: un silencio denso y asfixiante envolvió a Kennedy y se lo tragó como el agua a un ahogado.

Unos dos meses más tarde, circuló por la prensa europea el siguiente párrafo:

> Uno de los descubrimientos más interesantes de los últimos años es el de la nueva catacumba de Roma, que se encuentra a cierta distancia de las famosas bóvedas de San Calixto. El hallazgo de este importante lugar de enterramiento, riquísimo en fascinantes restos de los primeros cristianos, es fruto del empeño y la sagacidad del doctor Julius Burger, el joven especialista alemán que se está convirtiendo rápidamente en la mayor autoridad sobre la Roma antigua. Si bien el doctor Burger ha sido el primero en publicar el descubrimiento, parece ser que un aventurero con menor fortuna se le había adelantado. Hace unos meses, el señor Kennedy, el famoso arqueólogo inglés, desapareció sin dejar rastro de sus habitaciones en el Corso. En su momento se especuló con la idea de que un escándalo reciente le había obligado a abandonar Roma. Ahora parece ser que cayó víctima de ese amor febril por la arqueología que le llevó a ocupar un lugar distinguido entre los especialistas actuales. Su cadáver se ha encontrado en el corazón de la nueva catacumba, y a juzgar por el estado de sus botas y sus pies es evidente que estuvo días vagando por los tortuosos pasadizos que convierten estas tumbas subterráneas en lugares tan peligrosos para los exploradores. Según ha podido saberse, el fallecido se adentró en este laberinto con una precipitación inexplicable, sin velas ni cerillas, de ahí que su triste destino fuera la consecuencia natural de esta temeridad. Lo más doloroso del caso es que el doctor Julius Burger era íntimo amigo del difunto. Su alegría por tan extraordinario hallazgo se ha visto profundamente enturbiada por el terrible final de su colega y compañero.

EL RETIRO DEL *SIGNOR* LAMBERT

(1898)

Sir William Sparter era un hombre que en el lapso de un cuarto de siglo había pasado de ganar veinticuatro chelines a la semana como obrero de los astilleros de Portsmouth a ser el dueño de un astillero y una flota propios. La casita de Lake Road, en Landport, donde un desconocido mecánico como él concibió por primera vez las calderas con las que hoy se asocia su nombre aún se sigue señalando al visitante curioso. Ahora, a sus cincuenta años, sir William Sparter tenía una mansión en Leinster Gardens, una casa de campo en Taplow y un coto de caza en Argyleshire con el mejor establo, las bodegas más selectas y la mujer más guapa del pueblo.

Incansable e inflexible como una de sus máquinas, la vida de sir William se había centrado en el afán de conseguir lo mejor que el mundo pudiera ofrecer. De cabeza cuadrada, hombros anchos, mejillas rasuradas y ojos lentos y hundidos, era la encarnación de la fuerza y la tenacidad. Ni una sola vez, desde los comienzos de su carrera, un fracaso público había empeñado su esplendor.

Sin embargo, había fallado en una cosa, y justo en la más importante de todas. Nunca logró ganarse el afecto de su mujer. Ella era hija de un médico, y la belleza oficial de una ciudad norteña cuando se casaron. Que él ya fuera rico y poderoso en esa época hizo que la joven pasara por alto los veinte años de edad que los separaban. Aun así, sir William había recorrido un largo camino desde entonces. Su importante contrato brasileño, su conversión en empresa, su título de barón, todas estas cosas eran posteriores al matrimonio. Únicamente en ese terreno no había progresado nada. Podía intimidar a su mujer, podía dominarla, podía hacer que admirase su fuerza y respetara su constancia, y podía modelar su voluntad en un sentido u otro, pero hiciera lo que hiciera no conseguía su amor.

Y no fue porque no lo intentara. Con la misma paciencia y constancia que lo llevaron a triunfar en los negocios había luchado año tras año por ganarse su cariño, pero las mismas cualidades que tanto le habían ayudado en su vida pública lo volvían insoportable en privado. Le faltaba delicadeza y era poco comprensivo, dominante, casi brutal a veces, totalmente incapaz de mostrar

esas pequeñas atenciones de palabra y de obra que las mujeres valoran mucho más que los grandes beneficios materiales. El cheque de cien libras lanzado sobre la mesa del desayuno es significativamente menos valioso para una mujer que el colgante de cinco chelines que demuestra la consideración y el esfuerzo de quien lo regala.

Sir William no fue capaz de ver esto. Con la cabeza siempre puesta en los asuntos de la empresa, tenía muy poco tiempo para las delicadezas de la vida y se empeñaba en compensarlo con alardes periódicos de munificencia. Al cabo de cinco años comprendió que en lugar de ganarse el cariño de su mujer lo había perdido. Esta sensación de fracaso desconocida para él empezó entonces a agitar el lado maligno de su carácter, y se volvió peligroso. El peligro aumentó más aún cuando, por la traición de un criado, llegó a sus manos una carta en la que sir William descubrió que, si su mujer únicamente tenía frialdad para él, para otro le sobraba pasión. Su empresa, sus acorazados, sus patentes, todo dejo de ser importante y entonces centró su energía desbordante en arruinar al hombre que le había agraviado.

Esa noche, a la hora de cenar, estuvo frío y callado, y su mujer se preguntó vagamente cuál podía ser la causa de este cambio. No había abierto aún la boca cuando se sentaron a tomar el café en el salón. Ella lo había mirado de reojo un par de veces, sorprendida, y había visto que sus ojos grises y hundidos en las cuencas la observaban con una nueva expresión. Aunque otro hombre ocupaba sus pensamientos, el silencio de su marido y su gesto inescrutable acapararon poco a poco su atención.

—Esta noche no pareces tú, William. ¿Qué te pasa? —preguntó—. Espero que no estés preocupado por nada.

Él seguía callado, recostado en la butaca y contemplando las preciosas facciones de su mujer, que se había puesto pálida con el presentimiento de una desgracia inminente.

—¿Puedo hacer algo por ti, William?

—Sí, puedes escribir una carta.

—¿Qué carta?

—Ahora te lo digo.

El último murmullo de actividad se desvaneció en la casa, y a continuación se oyeron los pasos discretos de Peterson, el mayordomo, y el chasquido de la cerradura cuando fue a asegurar la puerta. Sir William esperó un rato, atento, y luego se levantó.

—Ven a mi estudio —dijo.

El estudio estaba a oscuras, pero encendió la lámpara eléctrica con la pantalla verde que había encima del escritorio.

—Siéntate aquí —ordenó. Cerró la puerta y se sentó al lado de su mujer —. Solo quería decirte, Jacky, que sé lo de Lambert y lo del estudio de Warburton Street.

A ella se le escapó un leve grito, se estremeció y se apartó de su marido, protegiéndose con las manos como si temiera recibir un golpe.

—Sí, lo sé todo —repitió, y había tal convicción en su tono sereno que ella no se atrevió a cuestionar nada. En vez de responder, no se movió ni desvió la mirada del semblante impasible y serio de su marido. El fuerte tictac de un reloj en la repisa de la chimenea era lo único que se oía en la casa. Nunca se había fijado en ese ruido que ahora era como un martillo que le clavaba un clavo en la cabeza. Su marido se levantó y le puso delante una hoja de papel. Después se sacó un papel del bolsillo y lo desplegó en una esquina de la mesa.

—Aquí tengo un borrador de la carta que quiero que copies. Te lo puedo leer si quieres. «Queridísimo Cecil: Estaré en el número 29 a las seis y media, y te pido especialmente que pases por allí antes de ir a la Ópera. No me falles, porque tengo importantes razones para verte. Siempre tuya, Jacqueline». Coge una pluma y copia esta carta.

—William, estás tramando venganza. Ay, Willie, si te he ofendido, lo siento muchísimo…

—¡Copia esta carta!

—¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo, William? Sabes perfectamente que…

—¡Copia esta carta!

—Estoy empezando a odiarte, William. Parece que me he casado con un demonio en vez de con un hombre.

—¡Copia esta carta!

Gradualmente, la voluntad inflexible y el propósito inquebrantable fueron venciendo a la mujer nerviosa y temperamental. De mala gana, con rebeldía, cogió la pluma.

—¡No le hagas daño, William!

—¡Copia la carta!

—¿Me prometes que me perdonarás si la copio?

—¡Cópiala!

Ella lo miró con la intención de desafiarlo, pero aquellos ojos grises y autoritarios la dominaron. Parecía medio hipnotizada, resentida pero

obediente a pesar de todo.

—Ahí la tienes. ¿Ya estás contento?

Sir William cogió la nota y la guardó en un sobre.

—¡Ahora pon la dirección!

Y ella escribió con letra inquieta y descuidada: «Sr. D. Cecil Lambert, 133B, Half Moon Street, W.». Su marido secó la tinta pausadamente y se guardó la carta en el bolsillo.

—Espero que estés contento —dijo ella con débil petulancia.

—Mucho —contestó sir William, muy serio—. Puedes irte a tu dormitorio. La señora McKay tiene órdenes de dormir contigo y asegurarse de que no escribes ninguna otra carta.

—¡La señora McKay! ¡Me sometes a la humillación de que una criada me vigile!

—Vete a tu dormitorio.

—Si crees que voy a obedecer órdenes del ama de llaves…

—Vete a tu dormitorio.

—Ay, William, ¿quién iba a pensar que serías capaz de tratarme así? Si mi madre hubiera imaginado…

Él la cogió del brazo y la llevó hasta la puerta.

—¡Que te vayas a tu dormitorio! —repitió.

Y esperó mientras ella se alejaba por el pasillo en penumbra. Después cerró la puerta y volvió al escritorio. De un cajón sacó dos cosas que había comprado ese día: una era una revista y la otra un libro. La revista era un número reciente de *Musical Record* que incluía una biografía y un retrato del famoso *signor* Lambert, que con su prodigiosa voz de tenor había deleitado al público tanto como desesperaba a sus rivales. El retrato mostraba a un hombre bondadoso y satisfecho consigo mismo, joven y atractivo, de ojos grandes, bigote rizado y cuello corto y ancho. La biografía contaba que tenía solo veintisiete años, que su carrera había sido un éxito ininterrumpido, que vivía entregado a su arte y que su voz le reportaba, según cálculos muy moderados, unas veinte mil libras anuales. Todo esto lo había leído sir William Sparter con suma atención y un pliegue profundo entre las cejas grandes y fruncidas, como siempre que se concentraba en algo. A continuación dobló la revista y sacó el libro.

Era curioso que un hombre como él escogiera por lectura un tratado técnico sobre el aparato fonador y la producción de la voz. El libro incluía abundantes ilustraciones en color, que sir William examinó con hondo interés. La mayoría eran imágenes de la anatomía interna de la laringe, con las

cuerdas vocales plateadas por debajo de los cartílagos aritenoides. Bien entrada la noche, con aquellas cejas grandes y viriles aún fruncidas, sir William seguía enfrascado en esos dibujos irrelevantes, leyendo y releyendo el texto en el que se explicaban.

El doctor Manifold Ormonde, el famoso especialista de garganta de Cavendish Square, se llevó una sorpresa a la mañana siguiente cuando su mayordomo le entregó en su consulta la tarjeta de sir William Sparter. Se habían conocido cenando en la mesa de lord Marvin unas noches antes, y sir William había llamado la atención del médico por su constitución fuerte y saludable, tan poco común. Esto volvió a pensar cuando la figura cuadrada y corpulenta del armador entró en su consultorio.

—Me alegro de verlo, sir William —dijo—. Espero que no esté enfermo.

—No lo estoy, gracias.

—¿Y lady Sparter?

—Está perfectamente.

Sir William se sentó en la silla que el médico le había señalado y echó una mirada larga y atenta alrededor de la sala. El doctor Ormonde lo observaba con cierta curiosidad, notando que miraba como quien busca algo que espera encontrar.

—No, no vengo por mi salud —dijo por fin—. Vengo a pedirle información.

—Toda la que pueda darle está a su entera disposición.

—He estado estudiando un poco la garganta últimamente. Estoy leyendo el manual de McIntyre. Supongo que es bueno.

—Es un tratado elemental pero bastante preciso.

—Me imaginaba que tendría usted una reproducción o algo por el estilo.

A modo de respuesta, el doctor Ormonde abrió la cerradura de una caja amarilla y brillante que tenía encima de la mesa y levantó la tapa hasta que las bisagras se separaron del todo. Dentro había un modelo muy completo de los órganos vocales humanos.

—Sí, aquí lo tiene —dijo.

Sir William Sparter se levantó para inclinarse sobre la maqueta.

—Es una reproducción excelente —asintió, examinándola con el ojo crítico de un ingeniero—. Esto es la glotis, ¿no? Y eso la epiglotis.

—Exacto. Y aquí están las cuerdas.

—¿Qué pasaría si las cortara?

—¿Si cortara qué?

—Esto, las cuerdas vocales.

—No se pueden cortar. Están a salvo de accidentes.

—Pero ¿qué pasaría?

—No se conoce ningún caso, pero la persona se quedaría muda, claro está. Al menos temporalmente.

—Tiene usted mucha experiencia con cantantes, ¿verdad?

—Más que nadie en Londres.

—Supongo que estará de acuerdo con McIntyre cuando dice que una buena voz depende en cierto modo de las cuerdas.

—El volumen del sonido depende de la capacidad pulmonar, pero la claridad de la nota se corresponde con el dominio absoluto que ejerce el cantante sobre las cuerdas.

—Y ¿un roce o una muesca estropearían la voz?

—Para el canto sin duda… Aunque parece que su investigación ha tomado un rumbo muy curioso.

—Pues sí —dijo sir William mientras cogía su sombrero y dejaba un billete en una esquina de la mesa—. Son órganos que se salen de lo normal, ¿no?

Warburton Street se encuentra en la red de calles que comunican Chelsea con Kensington, y es famosa principalmente por su concentración de estudios, en los que se rumorea que de vez en cuando se cultivan otras artes además de la pintura. Disponer de una habitación cómoda, de acceso fácil y por un precio módico puede ser útil para otras personas aparte de los artistas que buscan discreción en Londres. El caso es que el *signor* Cecil Lambert, el famoso tenor, tenía un apartamento de estas características, y su cupé verde oscuro se veía aparcado varias veces a la semana en la entrada del largo pasaje que conducía a las habitaciones en cuestión.

Cuando sir William Sparter, bien enfundado en su abrigo y con un maletín de cuero negro en la mano dobló la esquina y vio las lámparas del coche pegado al bordillo, supo que el hombre al que iba a ver ya estaba en el sitio acordado. Dejó atrás el coche vacío y siguió adelante por el pasaje enlosado hacia el resplandor de una farola de gas amarilla al fondo.

La puerta estaba abierta y daba a un vestíbulo grande y vacío, alfombrado con una estera de coco con abundantes manchas de pisadas. El edificio, que ya de por sí era una madriguera secreta a la luz del día, estaba desierto ahora

que la jornada laboral había terminado. Una portera que ocupaba el sótano era su única residente. Sir William se detuvo: todo estaba en silencio y todo a oscuras, menos una puerta decorada con finas pinceladas amarillas. La empujó y entró. Echó la llave por dentro y se la guardó en el bolsillo.

Se encontró en una sala grande y con pocos muebles, iluminada por una única lámpara de aceite sobre una mesa central. Un adusto caballete guardaba las apariencias en un rincón, y tres estudios de figuras antiguas colgaban de las paredes sin empapelar. Completaban el mobiliario un par de butacas confortables, un aparador y un sofá. No había alfombra pero sí unas cortinas discretas en las ventanas. En una de las butacas, al otro lado de una mesa, estaba sentado un hombre que se levantó de un salto, lanzando una exclamación de alegría que sustituyó por una de sorpresa y culminó en una maldición.

—¿Por qué demonios ha cerrado esa puerta? ¡Vuelva a abrirla ahora mismo, señor!

Sir William ni siquiera se molestó en contestar. Se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de una butaca. Después se acercó a la mesa, abrió su maletín y empezó a sacar cosas: un frasco verde, una mordaza de dentista, un inhalador, unas tenazas, un bisturí de hoja curva y un par de tijeras extrañas. El *signor* Lambert lo miraba paralizado de rabia y perplejidad.

—Maldito sinvergüenza, ¿quién es y qué quiere?

Sir William ya había vaciado su maletín y miró al cantante por primera vez. Era más alto que él, pero mucho más delgado y débil. El ingeniero, aunque de escasa estatura, tenía una fuerza extraordinaria y unos músculos fortalecidos por el trabajo físico. Los hombros anchos, el pecho arqueado y las manos grandes y nudosas le daban el perfil de un gorila. Lambert retrocedió, asustado por su siniestra figura y sus ojos fríos e implacables.

—¿Ha venido a robarme? —preguntó, con un hilo de voz.

—He venido a hablar con usted. Me llamo Sparter.

Lambert intentó conservar la serenidad, que se le escapaba a marchas forzadas.

—¡Sparter! —dijo con fingido desenfado—. Sir William Sparter, supongo. He tenido el placer de conocer a lady Sparter, y la he oído hablar de usted. ¿Puedo preguntarle a qué se debe esta visita? —Se abotonó la chaqueta hasta el cuello con los dedos titubeantes y trató de parecer un rival peligroso.

—He venido a tratar su voz —dijo sir William, vertiendo parte del fluido del frasco verde en el inhalador.

—¿A tratar mi voz?

—Eso es.
—¡Usted está loco! ¿Qué quiere?
—Tenga la bondad de tumbarse en el sofá.
—¡Está delirando! Ya lo entiendo. Quiere asustarme. Está tramando algo. Se imagina que tengo una relación con lady Sparter. Le aseguro que su mujer…
—Mi mujer no tiene nada que ver con esto, ni ahora ni en lo sucesivo. Ni la nombre siquiera. Mis motivos son musicales, exclusivamente musicales. No me gusta su voz. Necesita un tratamiento. ¡Acuéstese en el sofá!
—Sir William, le doy mi palabra de honor…
—¡Acuéstese!
—¡Me está ahogando! ¡Es cloroformo! ¡Socorro, socorro, socorro! ¡Bestia! ¡Suélteme! ¡Le digo que me suelte! ¡Por favor! ¡Suelte… suelte… suel…!
Se le cayó la cabeza hacia delante, y estaba murmurando con la nariz pegada al inhalador. Sir William acercó la mesa con la lámpara y los instrumentos.

Momentos después de que el caballero con abrigo y maletín saliera a la calle, el cochero oyó una voz, ronca y rabiosa que venía del edificio. A continuación se oyeron pisadas, y su amo, rojo de ira, apareció tambaleándose en el círculo de luz amarilla que proyectaban las lámparas del coche.
—¡Holden! —gritó—. ¡Queda despedido desde esta noche! ¿Es que no me ha oído gritar? ¿Por qué no me ha ayudado?
El cochero miró a su jefe con desconcierto y se estremeció al ver el color de la pechera de su camisa.
—Sí, señor. Oí algo, pero no era su voz. *Era una voz que no había oído nunca*.

Esta fue la crónica de uno de nuestros críticos mejor informados:

> La semana pasada se vivió en la Ópera un notable descontento, al conocerse que el *signor* Cecil Lambert no podría interpretar los diversos papeles que estaban anunciados. La noche del martes, en el último momento, el gerente recibió la noticia de que el cantante sufría una indisposición grave, y hubo que recurrir a su suplente, Jean Caravatti, para no cancelar la función. Desde entonces hemos sabido,

lamentablemente, que el ataque del *signor* Lambert es más grave de lo que en un principio se creía: padece una laringitis aguda que se ha extendido a las cuerdas vocales y quizá pueda producir cambios irreversibles en la calidad de su voz. Todos los amantes de la música confían en que el tiempo invalide el pesimismo de esta noticia y pronto podamos volver a deleitarnos con el mejor tenor que ha pisado la escena operística de Londres desde hace años.

LA MANO MORENA

(1899)

Todo el mundo sabe que sir Dominick Holden, el famoso cirujano de la India, me nombró su heredero, y que su muerte me transformó de la noche a la mañana de esforzado médico sin peculio en rico terrateniente. Muchos saben también que al menos cinco personas se interponían entre esa herencia y yo, y que la elección de sir Dominick pareció un acto totalmente arbitrario y caprichoso. Puedo garantizarles, sin embargo, que están muy equivocados y que, aunque solo conocí a sir Dominick en los últimos años de su vida, hubo importantes razones para que me mostrara esta buena voluntad. De hecho, aunque esté mal que yo lo diga, nadie hizo más por otra persona que yo por mi tío de la India. No pretendo que se dé crédito a mi historia, pero es tan singular que sentiría que falto a mi deber si no la pongo por escrito: así que aquí la tienen, y ustedes verán si la creen o no.

Sir Dominick Holden, Caballero de la Orden del Baño y Caballero Comendador de la Estrella de la India, era el cirujano indio más distinguido de su tiempo. Tras su experiencia como médico militar se dedicó a la práctica civil en Bombay y visitó como especialista hasta el último rincón de la India. Su nombre se recuerda sobre todo por el Hospital Oriental, del que fue fundador y donante. Sin embargo, llegó el día en que su salud de hierro empezó a acusar el largo esfuerzo al que la había sometido, y sus compañeros de profesión (puede que no del todo desinteresadamente) recomendaron por unanimidad su regreso a Inglaterra. Sir Dominick resistió cuanto pudo, hasta que terminó desarrollando síntomas graves de tipo nervioso y volvió, destrozado, a su condado natal de Wiltshire. Allí compró una finca de tamaño considerable, con una antigua casa solariega en el linde de las llanuras de Salisbury, y dedicó sus años de vejez al estudio de la patología comparada, la disciplina que había sido su erudita afición a lo largo de toda la vida y en la que era una de las autoridades más destacadas.

En la familia, como es de imaginar, recibimos con mucha ilusión la noticia del regreso a Inglaterra de este tío rico y sin hijos. Él, por su parte, aunque en modo alguno pródigo en su hospitalidad, manifestó cierto sentido del deber con sus parientes, y todos fuimos recibiendo por turnos una

invitación para visitarlo. A juzgar por los relatos de mis primos la experiencia había sido más bien triste; por eso cuando finalmente me llegó la convocatoria para presentarme en Rodenhurst la recibí con sentimientos contradictorios. Al ver que la invitación excluía expresamente a mi mujer, mi primer impulso fue rechazarla, pero había que tener en cuenta los intereses de los niños, y así, con el consentimiento de ella, una mañana de octubre me puse en camino de Wiltshire, sin pensar apenas en lo que esta visita iba a acarrear.

La finca de mi tío se encontraba en esa zona en que el terreno cultivable de las llanuras empieza a elevarse hacia los redondeados montes de caliza característicos de la región. Mientras iba en el coche que me llevó desde la estación de Dinton, en el atardecer de aquel día de otoño, me impresionó el paisaje misterioso. Los pocos caseríos dispersos quedaban tan empequeñecidos por los imponentes restos de vida prehistórica que el presente parecía un sueño y el pasado una realidad imperiosa y molesta. La carretera recorría los valles formados por una sucesión de colinas de hierba, todas ellas con la cima esculpida por fortificaciones de gran complejidad, unas circulares y otras redondas, pero todas a una escala que ha desafiado a la lluvia y al viento a lo largo de los siglos. Unos dicen que son romanas y otros que son britanas, aunque nunca se ha llegado a establecer con claridad su verdadero origen ni tampoco los motivos por los que hay tantas trincheras intercaladas en esta región en particular. Las largas y suaves laderas de color aceitunado están salpicadas de pequeños montículos redondeados. Debajo de estos túmulos se enterraron las cenizas de la tribu que habitó los rincones más aislados de estos montes, aunque sus sepulturas solo dicen que una urna llena de cenizas representa al hombre que en otro tiempo trabajaba al aire libre.

Fue este extraño paisaje el que recorrí mientras me acercaba a la residencia de mi tío, en Rodenhurst, donde resultó que la casa estaba en total armonía con su entorno. Dos columnas de piedra, rotas, teñidas por la erosión y coronadas con un emblema heráldico mutilado, flanqueaban la entrada de una avenida de aspecto abandonado. Un viento frío silbaba entre los olmos que bordeaban la avenida y llenaba el aire de hojas en movimiento. Al fondo, entre la oscuridad de la bóveda de los árboles, ardía una única lámpara amarilla y fija. En la tenue penumbra del crepúsculo, se divisaba un edificio bajo y rectangular, con dos alas irregulares, aleros profundos, un tejado a dos aguas con faldones de distinta inclinación y vigas de madera entrecruzadas en los muros, al estilo Tudor. La alegre luz de un fuego parpadeaba en el amplio ventanal emplomado, a la izquierda de la puerta de porche bajo, en la pieza

que resultó ser el estudio de mi tío, pues fue allí adónde me llevó el mayordomo para presentarme a mi anfitrión.

Sir Dominick estaba encogido sobre el fuego, tiritando por culpa del frío y la humedad del otoño inglés. Tenía la lámpara apagada, y solamente acerté a ver el resplandor rojizo de las brasas proyectado en una cara enorme y de rasgos angulosos, con pómulos y nariz de indio piel roja, surcada por profundas arrugas y pliegues de los ojos al mentón, como las marcas siniestras de un fuego volcánico oculto. Se levantó de un salto, a mi llegada, con una nota de cortesía antigua, y me dio su más cálida bienvenida a Rodenhurst. Al mismo tiempo, cuando trajeron la lámpara, tomé nota de los ojos azul claro que me miraban con aire crítico por debajo de unas cejas muy peludas, como exploradores agazapados en un arbusto, y vi que mi estrafalario familiar estudiaba atentamente mi carácter con la facilidad de un observador experto y un hombre de mundo.

Yo lo miré y remiré a mi vez, porque nunca había visto a un hombre con una presencia tan llamativa. Tenía el esqueleto de un gigante en declive, con la chaqueta colgada de un modo rarísimo de unos hombros huesudos y anchos. Las extremidades eran muy grandes, aunque escuálidas, y me era imposible apartar la vista de las muñecas flacas y las manos largas y nudosas. Pero sus ojos —esos ojos penetrantes y azules— eran su principal atractivo. No era su color, y tampoco el pelo que les servía de escondite para tender su embocada: era la expresión que detecté en ellos. Uno esperaba encontrar en los ojos de aquel hombre cierta arrogancia, en armonía con su presencia y su porte impresionantes. Sin embargo, lo que vi fue la mirada de un espíritu acobardado y aplastado, el gesto ansioso y furtivo del perro que ve a su amo empuñar el látigo. Hice mi propio diagnóstico médico con solo echar un vistazo a esos ojos críticos y suplicantes al tiempo. Pensé que padecía una enfermedad mortal, que era consciente de que podía morir en cualquier momento y vivía aterrorizado por eso. Este fue mi dictamen: falso, tal como demostraron los hechos. Lo señalo igualmente para que puedan hacerse ustedes una idea de la expresión que vi en sus ojos.

El recibimiento de mi tío fue, como ya he dicho, muy cortés, y en cuestión de aproximadamente una hora me vi sentado a la mesa entre su mujer y él, disfrutando de una agradable cena, con curiosos manjares picantes desplegados sobre la mesa y un sigiloso camarero oriental de ojos rápidos apostado detrás de mi tío. La pareja de ancianos había llegado a esa trágica imitación del amanecer de la vida, a ese momento en que, perdidos ya todos sus más íntimos allegados, o desperdigados por el mundo, marido y mujer se

encuentran de nuevo frente a frente y solos, con su misión cumplida y acercándose rápidamente al final. Quienes han alcanzado esta fase de ternura y amor, quienes pueden transformar su invierno en un dulce veranillo de san Miguel son solo quienes han salido victoriosos de todas las experiencias dolorosas de la vida. Lady Holden era una mujer menuda, vivaracha y de ojos amables, que miraba a su marido con una expresión que era todo un certificado de respeto y reconocimiento. Sin embargo, aunque veía en sus ojos que se querían, también veía cierto horror compartido, y reconocí en las facciones de ella un reflejo del mismo temor furtivo que había visto en las de él. Su conversación era unas veces alegre y otras triste, pero había una nota forzada en su alegría, mientras que la naturalidad de su tristeza revelaba la inmensa pesadumbre que afectaba a los dos corazones que latían a mi lado.

Estábamos tomando la primera copa de vino, y los criados se habían retirado, cuando la conversación dio un giro que produjo un curioso efecto en mis anfitriones. No recuerdo cómo salió el tema de lo sobrenatural, pero sí que terminó con una demostración por mi parte de que las experiencias psíquicas anormales eran un asunto en el que, como tantos neurólogos, yo había puesto un interés considerable. Concluí relatando una experiencia personal que había tenido como miembro de la Sociedad de Investigación Psíquica, cuando me sumé a un comité integrado por tres hombres para pasar una noche en una casa encantada. A pesar de que nuestras aventuras no habían sido ni emocionantes ni concluyentes, me pareció que la historia interesaba muchísimo a mis interlocutores. Me escucharon con un silencio expectante, y les sorprendí cruzando una mirada de complicidad que no fui capaz de entender. Lady Holden se retiró del comedor inmediatamente después.

Sir Dominick me acercó la caja de puros, y fumamos un rato en silencio. Su mano enorme y huesuda temblaba cada vez que se acercaba el cigarro a los labios, y tuve la sensación de que le vibraban los nervios como las cuerdas de un violín. Mi instinto me indicó que estaba a punto de hacerme alguna confidencia íntima, y no me atrevía a hablar, por miedo a interrumpirle. Por fin se volvió hacia mí, con el gesto espasmódico de quien echa por la borda todos sus escrúpulos.

—Por lo poco que nos conocemos, doctor Hardacre, yo diría que es usted justo el hombre que buscaba.

—No sabe cuánto me alegro, señor.

—Me parece que tiene usted una cabeza serena y fría. No me culpe de hacerle falsos halagos: las circunstancias son demasiado graves para faltar a la

sinceridad. Tiene usted conocimientos especializados sobre esos fenómenos, y es evidente que al analizarlos desde un punto de vista filosófico los despoja de toda relación con lo que es el terror vulgar. Supongo que no se alteraría demasiado si viera una aparición.

—Creo que no, señor.

—Incluso le parecería interesante.

—Muchísimo.

—Y, como observador psíquico, probablemente la examinaría con la misma objetividad con que un astrónomo examina un cometa.

—Exactamente.

Suspiró con fuerza.

—Créame, doctor Hardacre, que hubo un tiempo en el que también yo podría haber dicho lo mismo. Mi serenidad era famosa en la India. Ni siquiera en el Motín me temblaron las piernas un solo instante. Y ya ve en lo que me he convertido: en el hombre más temeroso de todo el condado de Wiltshire. No presuma demasiado de valiente, porque podría verse obligado a soportar una prueba tan larga como la mía: una prueba que solamente puede terminar en el manicomio o en el cementerio.

Esperé con paciencia a ver si consideraba oportuno ahondar en sus confidencias. No hace falta que diga que su preámbulo había despertado enormemente mi interés y mi curiosidad.

—Desde hace unos años, doctor Hardacre —añadió—, mi vida y la de mi mujer se han convertido en un suplicio, por algo tan grotesco que raya en lo ridículo. Sin embargo, que haya llegado a convertirse en familiar no ha hecho que me resulte más fácil soportarlo: al contrario, con el paso del tiempo tengo los nervios cada vez más débiles y destrozados por este desgaste continuo. Si no tiene usted miedos físicos, agradecería mucho su opinión sobre este fenómeno que tanto nos angustia.

—Mi opinión, si de algo vale, está enteramente a su servicio. ¿Puedo preguntarle de qué índole es ese fenómeno?

—Creo que sus experiencias tendrán mayor valor probatorio si no le digo de antemano lo que va a encontrar. Usted conoce bien las sutilezas de la actividad cerebral inconsciente y de las impresiones subjetivas, que un científico escéptico podría utilizar para poner en duda su descripción de los hechos. Es mejor precaverse para que eso no ocurra.

—¿Qué quiere que haga, entonces?

—Se lo diré enseguida. ¿Me hace el favor de acompañarme?

Salimos del comedor y sir Dominick me llevó por un pasillo largo hasta una puerta que había en un extremo. Al otro lado había una sala grande y sin adornos, habilitada como laboratorio, con numerosos frascos e instrumentos científicos. Un estante ocupaba una pared entera con una larga fila de recipientes de cristal llenos de muestras anatómicas y patológicas.

—Como ve, todavía sigo haciendo ensayos en mi antiguo campo de estudio —explicó sir Dominick—. Estos recipientes son los restos de una excelente colección que, por desgracia, perdí en su mayor parte en el año 92, cuando se incendió mi casa de Bombay. Fue una desgracia por diversos motivos. Había reunido muestras de muchas enfermedades raras, y mi colección de bazos era probablemente única. Aquí están los supervivientes.

Eché un vistazo y comprobé que, en efecto, eran piezas de gran valor y raras desde un punto de vista patológico: órganos hinchados, quistes descomunales, huesos deformes y parásitos odiosos: una curiosa exposición de productos de la India.

—Ahí tenemos un pequeño sofá —dijo mi anfitrión—. Ni mucho menos era nuestra intención ofrecer a un invitado un alojamiento tan austero pero, a la vista del giro que han dado los acontecimientos, le agradecería mucho que accediera a pasar la noche aquí. Por favor, si la idea le horroriza, no dude en decírmelo.

—Al contrario, me parece más que aceptable.

—Mi dormitorio es el segundo a la izquierda, así que si necesita compañía, no tiene más que llamar.

—Espero no verme en la necesidad de molestarlo.

—Es poco probable que me encuentre dormido. No duermo mucho. No dude en avisarme.

Y con este acuerdo fuimos a reunirnos con lady Holden, en el salón, y seguimos charlando de cosas más livianas.

No fue afectación por mi parte decir que me gustaba la perspectiva de vivir aquella aventura nocturna. No me jacto de ser más valiente que los demás ante el peligro físico, pero la familiaridad con una situación acaba por quitarle esos terrores indefinidos y vagos tan atractivos para la imaginación. El cerebro humano solamente es capaz de sentir una emoción intensa a la vez y, cuando está lleno de curiosidad o de entusiasmo científico, no hay cabida en él para el miedo. Es cierto que mi tío me había señalado que él era de mi misma opinión al principio, pero pensé que la causa de su debilitamiento nervioso podían ser los cuarenta años pasados en la India tanto como cualquier experiencia física que hubiera podido vivir. Yo al menos tenía el

cerebro y los nervios sanos, y noté el agradable cosquilleo de la emoción que siente el cazador al ocupar su puesto en las zonas frecuentadas por su presa cuando cerré la puerta del laboratorio y, sin desnudarme del todo, me acosté sobre la manta que cubría el sofá.

El ambiente no era ideal para un dormitorio. El aire estaba cargado de olores químicos, entre los que predominaba el del alcohol desnaturalizado. Tampoco el decorado era precisamente relajante. La horrible hilera de tarros de cristal con sus reliquias de enfermedad y sufrimiento se desplegaba justo delante de mis ojos. La ventana no tenía persiana, y una luna en su último cuarto creciente bañaba el laboratorio de luz blanca, dibujando en la pared de enfrente un cuadrado de plata con delicadas filigranas de encaje. Cuando apagué la vela, este paño blanco y luminoso que ocupaba el centro de la oscuridad cobró un aspecto inquietante y misterioso. Un silencio tenso y total reinaba en la vieja casa, hasta el punto de que el suave balanceo de las ramas en el jardín llegaba a mis oídos como un murmullo continuo y suave. Tal vez fuera el hipnótico arrullo de estos susurros tan dulces, o tal vez el cansancio del día, pero lo cierto es que después de muchas cabezadas y muchos esfuerzos por recuperar la claridad de percepción por fin me quedé profundamente dormido.

Me despertó un ruido, y me incorporé al instante apoyándome en un codo. Habían pasado unas horas, porque el cuadrado de plata de la pared se había deslizado hacia abajo y en diagonal, y ahora estaba sesgado a los pies de mi cama. Todo lo demás estaba a oscuras. Al principio no vi nada pero luego, cuando mis ojos se acostumbraron a la escasa luz, con un escalofrío que mi concentración científica no consiguió impedir del todo, noté que algo se movía despacio a lo largo de la pared. Un ruido suave y áspero, como el rumor de unas zapatillas, llegó a mis oídos, y vislumbré vagamente una figura humana que echaba a andar sigilosamente desde la puerta. Al pasar por delante de la mancha de luz de luna distinguí con claridad qué era y qué hacía. Era un hombre, bajito y ancho, vestido con una especie de túnica gris oscuro que le colgaba de los hombros hasta los pies. La luna le iluminaba un lado de la cara, y vi que tenía la piel marrón chocolate y que llevaba un moño negro en la nuca, como una mujer. Andaba despacio y sin quitar los ojos de los tarros con aquellos truculentos restos humanos. Me pareció que examinaba los recipientes, muy atento, uno a uno, antes de pasar al siguiente. Cuando llegó al final, justo delante de mi cama, se detuvo, me miró, levantó las manos con un gesto de desesperación y desapareció de mi vista.

Digo que levantó las manos, aunque tendría que haber dicho los brazos porque, cuando hizo aquel gesto de desesperación, me fijé en una peculiaridad física. ¡Tenía una sola mano! Al elevar los brazos, las mangas resbalaron: le vi perfectamente la mano izquierda, pero la derecha terminaba en un muñón huesudo y feo. Por lo demás, su aspecto era tan normal que, después de verlo y oírlo tan claramente, me habría sido fácil tomarlo por un criado indio de sir Dominick que hubiera entrado a buscar algo en el laboratorio. Fue que se esfumara de repente lo que me sugirió algo más siniestro. Así, me levanté de un salto, encendí una vela y examiné el laboratorio con la mirada. Al no encontrar ni rastro del visitante, me vi obligado a concluir que su aparición era ciertamente una anomalía, contraria a las leyes de la naturaleza. Me pasé el resto de la noche despierto, sin que nada más viniera a inquietarme.

Soy madrugador, pero mi tío había madrugado aún más que yo. Lo encontré dando vueltas por el césped, a un lado de la casa, y en cuanto me vio salir por la puerta echó a correr hacia mí, lleno de impaciencia.

—¡Bueno! —gritó—. ¿Lo ha visto?

—¿Un indio zurdo?

—Exacto.

—Sí, lo he visto.

Y le conté todo lo que había ocurrido. Entonces me llevó a su estudio.

—Aún tenemos un rato antes de desayunar —dijo—. Será suficiente para darle una explicación de este caso tan extraordinario, en la medida en que se puede explicar algo que es esencialmente inexplicable. En primer lugar, si le digo que desde hace cuatro años no he pasado una sola noche, ni en Bombay, ni en el barco en el que hice la travesía, ni aquí en Inglaterra, sin que ese individuo haya venido a interrumpir mi sueño, comprenderá usted por qué no soy ni la sombra de lo que era. La pauta siempre es la misma. Aparece al lado de mi cama, me zarandea, va de mi dormitorio al laboratorio, pasa despacio por delante de mis tarros y se esfuma. Más de mil veces ha seguido la misma rutina.

—¿Qué quiere?

—Quiere su mano.

—¿Su mano?

—Sí, ahora verá. Me convocaron en Peshawar para hacerme una consulta, hará unos diez años, y mientras estuve allí me pidieron que atendiera la mano de un nativo que pasaba por allí con una caravana afgana. El hombre era de alguna de esas tribus de las montañas que viven en lugares remotos, al otro lado de Kafiristán. Hablaba un pastún impuro, y me costaba mucho

entenderlo. Padecía una leve hinchazón sarcomatosa en una articulación metacarpiana, y le hice entender como pude que solamente perdiendo la mano podría salvar la vida. Después de muchos intentos de persuadirlo, por fin consintió en dejarse operar y, una vez operado, me preguntó cuáles eran mis honorarios. El pobrecillo era casi un indigente, de modo que la idea de cobrarle habría sido absurda; pero le contesté, en broma, que mis honorarios serían su mano, que me gustaría incorporar a mi colección de muestras patológicas.

»Para mi sorpresa, puso muchos reparos a mi petición y explicó que, según su religión, era importantísimo que el cuerpo se reuniera después de la muerte, para ofrecer al espíritu una morada perfecta. Esto es una creencia muy antigua, claro. Las momias egipcias parten de una superstición análoga. Le dije que la mano ya no estaba unida al cuerpo y le pregunté cómo pensaba conservarla. Su contestación fue que podía ponerla en salazón y llevársela. Le sugerí que estaría más segura en mi poder, que yo tenía mejores medios para conservarla que la sal. Cuando vio que mi intención de cuidarla era sincera, su oposición se esfumó instantáneamente. Y me dijo: “Pero recuerde, *sahib*, que querré recuperarla cuando haya muerto”. Yo me reí de su advertencia, y así nos despedimos. Volví a mi consulta, y él, con el tiempo, sin duda continuó su viaje a Afganistán.

»Bueno, como le conté anoche, hubo un incendio grave en mi casa de Bombay. Perdí la mitad de mis cosas, entre ellas la mayor parte de mi colección de muestras patológicas. Lo que ha visto aquí son unos pocos restos insignificantes. La mano del montañés se quemó con todo lo demás, aunque entonces no le di demasiada importancia. De eso hace seis años.

»Hace cuatro años, dos después del incendio, me desperté una noche con la sensación de que me tiraban con fuerza de la manga, y me senté en la cama, pensando que mi mastín favorito estaba intentando despertarme. Lo que vi, en cambio, fue a mi paciente indio de años antes, con la túnica larga y gris que era el emblema de su tribu. Tenía el muñón en alto y me miraba acusadoramente. Se acercó a mis tarros, que por aquel entonces yo guardaba en mi dormitorio, los examinó atentamente y después puso un gesto de rabia y desapareció. Comprendí que acababa de morir y había venido a reclamar la mano que yo le había prometido guardar a salvo.

»Ahora lo sabe todo, doctor Hardacre. Esta ceremonia se viene repitiendo todos los días a la misma hora desde hace cuatro años. En sí misma es muy sencilla, pero a mí me ha erosionado, como el goteo constante del agua en la piedra. Me ha producido un insomnio espantoso, porque ya no puedo dormir

sin esperar su visita. Ha envenenado mi vejez y la de mi mujer, que es quien comparte esta enorme preocupación. Ah, ya suena el gong del desayuno, y lady Holden estará impaciente por saber cómo ha pasado usted la noche. Le estamos los dos sumamente agradecidos por su amabilidad, porque nos quita un peso de encima compartir esta desgracia con un amigo, aunque solo sea una noche, y nos convence de que seguimos cuerdos, cosa que a veces llegamos a dudar.

Este fue la curiosa historia que sir Dominick me confió: un relato que a muchos quizá les haya parecido imposible y grotesco pero que yo, tanto por la experiencia de la noche anterior como por mi conocimiento previo de estos asuntos, estaba preparado para aceptar como un hecho incontestable. Me entregué a fondo a reflexionar sobre el asunto, poniendo en ello todos mis conocimientos y mi experiencia. Después del desayuno, sorprendí a mis anfitriones anunciándoles que volvía a Londres en el primer tren.

—Querido doctor —exclamó sir Dominick, muy disgustado—, me hace sentir culpable de ser un grosero, de haber faltado a la hospitalidad importunándole con semejante asunto. Tendría que haber cargado yo solo con este peso.

—Es este asunto el que me lleva a Londres, sí —dije—. Pero le aseguro que se equivoca si cree que la experiencia de anoche me resultó desagradable. Al contrario: iba a pedirle permiso para pasar también esta noche en su laboratorio. Tengo ganas de volver a ver esa aparición.

Mi tío estaba intrigadísimo por saber qué me proponía, pero el miedo a despertar falsas esperanzas me impidió decirle nada. Volví a mi consulta poco después de la hora de almorzar, y estaba confirmando si recordaba bien un pasaje que había leído recientemente, en un libro de ocultismo, cuando algo me llamó la atención al releerlo.

«En el caso de espíritus prosaicos —decía mi fuente autorizada—, basta con que una idea dominante los obsesione, en la hora de la muerte, para retenerlos en este mundo terrenal. Son los anfibios de esta vida y la siguiente, capaces de pasar de la una a la otra como la tortuga de la tierra al agua. Entre las causas que pueden obligar a un alma a seguir aferrada a una vida que el cuerpo ya ha abandonado figura cualquier emoción violenta. Se sabe que la codicia, la venganza, la angustia, el amor y la compasión han producido este efecto. Normalmente el motivo es un deseo incumplido, y el vínculo material se suelta cuando el deseo se cumple finalmente. Se han registrado muchos casos que demuestran la singular persistencia de estos visitantes, así como su

desaparición una vez han visto cumplido su deseo o, en otros casos, les ha sido posible llegar a un acuerdo razonable».

«Llegar a un acuerdo razonable». Estas eran las palabras a las que llevaba yo toda la mañana dando vueltas en la cabeza, y que el libro vino entonces a confirmar. Una reparación completa era imposible en este caso pero… ¡un acuerdo razonable! Me puse en camino tan pronto como un tren me lo permitió hacia el Hospital de la Marina de Shadwell, donde mi viejo amigo Jack Hewett era cirujano residente. Sin explicarle la situación le di a entender lo que necesitaba.

—¡Una mano morena! —exclamó con asombro—. ¿Para qué demonios la quieres?

—Eso da igual. Ya te lo contaré otro día. Sé que estos pabellones están llenos de indios.

—Pues sí. Pero… una mano… —Se quedó unos momentos pensativo antes de tocar una campanilla—. Travers —le dijo a su ayudante—. ¿Qué habéis hecho con las manos que le amputamos ayer a ese marinero? Me refiero al hombre del vapor de la East India Dock que se quedó atrapado con el cabrestante.

—Están en la sala de autopsias, señor.

—Pues envuelve una con antiséptico y dásela al doctor Hardacre.

Y así volvía a estar yo en Rodenhurst, antes de cenar, con esta curiosa adquisición de mi excursión a la ciudad. De momento no quise decirle nada a sir Dominick, pero guardé la mano del marinero en uno de los tarros de cristal, a los pies del sofá, y pasé la noche en el laboratorio.

Dormir estaba fuera de lugar, tal era mi interés por el resultado del experimento. Me senté con una lámpara a un lado y esperé con paciencia al visitante. Esta vez lo vi perfectamente desde el primer momento. Apareció a un lado de la puerta, borroso al principio, hasta que sus contornos cobraron la nitidez de los de un hombre vivo. Las babuchas rojas y sin talones que asomaban por debajo de la túnica gris explicaban el rumor que hacía al andar. Lo mismo que la noche anterior, recorrió despacio la hilera de tarros hasta que se detuvo delante del que tenía la mano. Se estiró para alcanzarlo, con todo el cuerpo temblando de emoción, antes de cogerlo y examinarlo con impaciencia. Luego, con el gesto desencajado de rabia y decepción, lo arrojó al suelo. El ruido resonó en toda la casa, y cuando levanté los ojos el indio mutilado había desaparecido. Al instante la puerta se abrió de golpe y sir Dominick entró precipitadamente.

—¿Está herido?

—No, solo muy decepcionado.

Se quedó mirando con perplejidad los cristales rotos y la mano morena tirada en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Le expliqué mi plan y su desastroso desenlace. Me escuchó atentamente pero negó con la cabeza.

—Estaba bien pensado —asintió—, pero me temo que no es tan fácil acabar con mi sufrimiento. Ahora tengo que pedirle una cosa, y es que de ninguna manera vuelva usted a ocupar este laboratorio. El miedo a que pudiera haberle pasado algo, al oír ese golpe, ha sido la peor de las agonías que he vivido. No quiero exponerme a que suceda de nuevo.

Me permitió, de todos modos, que acabara de pasar la noche en el sofá, y allí me quedé, dando vueltas a lo ocurrido y lamentando mi fracaso. Con las primeras luces del día, la mano del marinero indio, aún tirada en el suelo, vino a recordarme el fiasco. Estaba observándola cuando, de repente, una idea me atravesó la cabeza como una bala y me hizo levantarme del sofá temblando de emoción. Recogí la macabra extremidad de donde había caído. Sí, efectivamente. Era la mano *izquierda* del marinero.

Con el primer tren estaba yo camino de la ciudad, y otra vez fui derecho al Hospital de la Marina. Recordaba que al marinero le habían amputado las dos manos, pero me aterraba pensar que el preciado órgano que iba buscando pudiera haberse incinerado en las últimas horas. Mi intriga no tardó en desvanecerse. La mano seguía en la sala de autopsias. Y por fin volví a Rodenhurst, a última hora de la tarde, con mi misión cumplida y el material para un nuevo experimento.

Pero sir Dominick Holden se negó a que durmiese en el laboratorio. Hizo oídos sordos a mis súplicas. Ofendía su sentido de la hospitalidad, y no estaba dispuesto a consentirlo. Dejé, así pues, la mano en un tarro, como había hecho con su compañera la noche anterior, y me instalé en un cómodo dormitorio en otra parte de la casa, algo apartado del escenario de mis aventuras.

A pesar de todo, el destino no quiso que mi sueño estuviera libre de interrupciones. Mi anfitrión irrumpió en mi habitación a media noche, con una lámpara en la mano. Su figura alta y adusta, envuelta en un batín holgado, podía resultar incluso más formidable que la del indio de la noche anterior para un hombre con los nervios delicados. Pero no fue su irrupción tanto como su expresión lo que me asombró. Había rejuvenecido lo menos veinte años de golpe. Le brillaban los ojos y estaba resplandeciente. Hizo un gesto con la mano para indicar su victoria. Me incorporé, sorprendido y adormilado,

para observar mejor a mi extraordinario anfitrión. Sus palabras pronto me espabilaron.

—¡Ya está! ¡Lo hemos conseguido! —exclamó—. Querido Hardacre, ¿cómo podré pagarle lo que ha hecho usted por mí?

—¿Me está diciendo que todo se ha resuelto?

—Eso es. He pensado que no le molestaría que le despertase para darle una noticia tan maravillosa.

—¡Molestarme! Claro que no. Pero ¿de verdad es cierto?

—No me cabe la menor duda. Tengo una deuda con usted, querido sobrino, como no la he tenido nunca con nadie y tampoco esperaba llegar a tener. ¿Cómo puedo corresponderle debidamente? Seguramente ha sido la Providencia quien le ha enviado a socorrerme. Me ha salvado tanto la razón como la vida: de haber seguido así otros seis meses, habría acabado en una celda o en un ataúd. Y a mi mujer… la estaba viendo consumirse día a día. Nunca me habría imaginado que un ser humano pudiera quitarme semejante peso de encima.

Me cogió la mano y la estrujó con sus dedos huesudos.

—Ha sido un simple experimento, una esperanza remota, pero me alegro de todo corazón que haya dado resultado. Aunque ¿cómo sabe que ha salido bien? ¿Ha visto algo?

Se sentó a los pies de mi cama.

—He visto lo suficiente. Me basta para saber que este tormento se acabó. Es fácil contar lo que ha pasado. Ya sabe que esa aparición venía siempre a la misma hora. Esta noche ha llegado a la hora de costumbre y me ha despertado con más violencia de lo habitual. Supongo que el disgusto de anoche acrecentó su amargura y su rencor contra mí. El caso es que me ha mirado con rabia y se ha ido a hacer su ronda, como siempre, pero luego, por primera vez desde que empezó esta persecución, ha vuelto a mi dormitorio al cabo de unos minutos. Y estaba sonriendo. He visto el brillo de los dientes blancos en la penumbra. Se ha puesto, a los pies de la cama, delante de mí y ha hecho tres veces el *salaam*, la solemne reverencia oriental de despedida. Y, al inclinarse por tercera vez y levantar los brazos por encima de la cabeza, he visto que tenía las dos manos extendidas. Luego se esfumó, creo que para siempre.

Y esta es la curiosa experiencia que me granjeó el afecto y la gratitud de mi célebre tío, el famoso cirujano indio. Sus presentimientos se vieron

confirmados, y nunca más tuvo que soportar las visitas del montañés desesperado por encontrar su mano perdida. Sir Dominick y lady Holden vivieron una vejez muy feliz, libre de preocupaciones, que yo sepa, y murieron finalmente en la gran epidemia de gripe, con unas semanas de diferencia. Mientras vivió, mi tío siempre vino a pedirme consejo sobre los pormenores de la vida inglesa, tan poco conocida para él, y también le presté mi ayuda en la compra y la explotación de sus terrenos. Así, no me sorprendió demasiado ascender de la noche a la mañana, para exasperación de mis cinco primos, de esforzado médico rural a cabeza de una importante familia de Wiltshire. Al menos yo tengo motivos para bendecir la memoria del hombre de la mano morena y el día en que tuve la fortuna de liberar a Rodenhurst de su ingrata presencia.

JUGAR CON FUEGO

(1900)

No puedo decir qué ocurrió el pasado 14 de abril en el número 17 de Badderly Gardens. Negro sobre blanco, mis conjeturas pueden parecer demasiado burdas, demasiado inverosímiles para merecer una consideración seria. Aun así, que algo ocurrió, y que por su naturaleza dejará huella en todos nosotros de por vida, es tan cierto como cinco testigos son capaces de demostrar con su testimonio unánime. No voy a especular ni a entrar en discusiones. Me limitaré a una exposición fiel de los hechos, se la enviaré a John Moir, Harvey Deacon y la señora Delamere, y no permitiré que se publique a menos que los tres estén en condiciones de corroborar todos los detalles. No me es posible contar con la autorización de Paul Le Duc, pues parece ser que ha abandonado el país.

Fue John Moir (el famoso socio fundador de Moir, Moir y Sanderson) quien llamó nuestra atención por primera vez sobre los fenómenos ocultos. Como muchos hombres de negocios, prácticos y curtidos, tenía un lado místico que le había llevado a investigar y a aceptar, con el tiempo, ese tipo de sucesos escurridizos y agrupados junto a un sinfín de sandeces y fraudes bajo el epígrafe común de espiritismo. Sus investigaciones, que empezaron con una mentalidad abierta, terminaron por desgracia cayendo en el dogma, y él convertido en un hombre intolerante y categórico como un fanático cualquiera. Moir representaba, en nuestro pequeño grupo, esa categoría de hombres que han convertido estos fenómenos singulares en una nueva religión.

La señora Delamere, nuestra médium y su hermana, estaba casada con Delamere, el escultor de moda. La experiencia nos había demostrado que trabajar en aquel terreno sin un médium era tan inútil como para un astrónomo observar sin un telescopio. Por otro lado, a todos nos repugnaba la idea de introducir en nuestro grupo a un médium pagado. ¿No era evidente que esa persona se sentiría en la obligación de devolver algo a cambio del dinero recibido, y que su tentación de engañar sería incontenible? Era imposible confiar en un fenómeno producido a razón de una guinea la hora. Por desgracia, Moir había descubierto que su hermana era médium, es decir,

una batería de esa fuerza magnética animal que es la única forma de energía lo suficientemente sutil para actuar tanto en el plano espiritual como en el físico. Por supuesto, no es mi intención cuestionar nada; me limito tan solo a señalar las teorías en las que, acertadamente o no, nos basábamos para explicar lo que observábamos. La señora Delamere se sumó al grupo, sin que su marido acabase de verlo con buenos ojos, y a pesar de que nunca dio muestras de tener demasiados poderes, al menos nos permitió experimentar el conocido fenómeno de la inclinación de la mesa, tan pueril como inexplicable al mismo tiempo, para recibir mensajes de los espíritus. Todos los domingos por la noche nos reuníamos en Badderly Gardens, en el estudio de Harvey Deacon, la primera casa antes de la esquina de Merton Park Road[134].

El trabajo artístico de Harvey Deacon, por su carácter imaginativo, podía predisponer a cualquiera a pensar que nuestro anfitrión era un amante de todo lo *outré* y sensacionalista. Era la parte pintoresca del ocultismo lo que originalmente le había impulsado a estudiarlo, pero su atención se centró muy pronto en algunos de esos fenómenos a los que antes me he referido y enseguida llegó a la conclusión de que lo que a primera vista le había parecido un escarceo divertido, un simple pasatiempo para después de la cena, era de hecho una realidad formidable. Deacon tiene un cerebro extraordinariamente claro y lógico —es un fiel descendiente de su antepasado, el famoso profesor escocés—, y representaba en nuestro reducido círculo el elemento crítico, al hombre sin prejuicios y dispuesto a ceñirse a los hechos en la medida en que es capaz de verlos, y que se niega a teorizar antes de reunir los datos necesarios. Su prudencia molestaba a Moir tanto como la fe inquebrantable de este último divertía a Deacon, pero los dos, cada cual a su manera, estaban igual de interesados en el tema.

¿Y yo? ¿Qué puedo decir que representaba yo? No era el devoto. No era el crítico científico. El mayor mérito que puedo atribuirme es quizá el del diletante que merodea por la ciudad ávido de sumergirse en cualquier movimiento innovador, que agradece cualquier sensación nueva que le saque de sí mismo y le abra posibilidades de existencia inéditas. No soy un entusiasta, pero me gusta la compañía de quienes sí lo son. La conversación de Moir, que me hacía sentir como si tuviéramos la llave para abrir las puertas de la muerte, me producía una satisfacción difusa. Me encantaba el ambiente relajante de la sesión, con las luces tenues. En resumidas cuentas, la cosa me hacía gracia, y por eso estaba allí ese día.

Fue, como ya he dicho, el pasado 14 de abril cuando ocurrió el rarísimo suceso del que me dispongo a dejar constancia. Aunque fui el primero de los

hombres de fuera de la casa en llegar al estudio, la señora Delamere ya estaba allí, porque había cenado con la mujer de Harvey Deacon. Los encontré a los tres delante del caballete del artista, contemplando un cuadro inacabado. No soy experto en arte, y nunca he presumido de entender la pintura de Harvey Deacon, pero en este caso vi que el cuadro era muy ingenioso, muy imaginativo, con hadas, animales y todo tipo de figuras alegóricas. Las mujeres se deshacían en elogios, y es cierto que el efecto del color era admirable.

—¿Qué te parece, Markham? —me preguntó Deacon.

—Bueno, yo no entiendo de esto. Esas bestias… ¿qué son?

—Monstruos mitológicos, criaturas imaginarias, emblemas heráldicos: una especie de desfile estrafalario y raro.

—¡Con un caballo blanco en cabeza!

—No es un caballo —contestó Deacon, muy molesto. Y esto me sorprendió, porque normalmente tenía muy buen carácter y casi nunca se tomaba en serio.

—¿Qué es, entonces?

—¿No ves que tiene un cuerno? Es un unicornio. Ya te he dicho que son animales heráldicos. ¿No lo reconoces?

—Lo siento mucho, Deacon —me disculpé, porque parecía sinceramente disgustado.

Y entonces se rió por habérselo tomado a mal.

—¡Perdona, Markham! Es que ese animal me ha dado un trabajo enorme. Llevo todo el día pintando y borrando, venga a imaginar cómo sería de verdad un unicornio rampante. Por fin lo conseguí, tal como esperaba, y por eso me ha dolido que no lo reconocieras.

—Bueno, está claro que es un unicornio —asentí, consciente de lo mucho que le había desanimado mi cerrilidad—. Veo perfectamente el cuerno, pero es que nunca había visto un unicornio, aparte de en el Royal Arms, y por eso nunca había pensado en ese animal. ¿Los demás son grifos, basiliscos y distintos tipos de dragones?

—Sí, con eso no he tenido ninguna dificultad. Ha sido el unicornio el que me ha dado más trabajo. Pero bueno, ya me puedo olvidar hasta mañana.

Y con esto puso el cuadro del revés en el caballete y pasamos a hablar de otras cosas.

Moir se retrasó esa noche y apareció por fin acompañado, para nuestra sorpresa, por un francés bajito y corpulento al que nos presentó como *monsieur* Paul Le Duc. Digo «para nuestra sorpresa», porque teníamos la

teoría de que cualquier intromisión en nuestro círculo modificaba las condiciones e introducía un elemento de sospecha. Teníamos que confiar, pero la presencia de un extraño viciaba los resultados. Sin embargo, Moir no tardó en reconciliarnos con la novedad. *Monsieur* Paul Le Duc era un famoso estudioso del ocultismo, vidente, médium y místico. Estaba de viaje por Inglaterra, con una carta de presentación a Moir del presidente de la Fraternidad Parisina de la Rosacruz. ¿Qué cosa más natural que traerlo a nuestra pequeña sesión, o que nos honrara con su presencia?

Era, como acabo de decir, un hombre bajito y corpulento, de aspecto corriente, bien afeitado y con una cara ancha en la que solamente destacaban unos ojos grandes, castaños y aterciopelados, que miraban al frente con aire distraído. Vestía bien, sus modales eran los de un caballero y tenía unos giros curiosos al hablar inglés que hacían sonreír a las señoras. En cuanto la señora Deacon, que estaba en contra de nuestras investigaciones, nos dejó a solas, atenuamos las luces, como teníamos por costumbre, y acercamos las sillas a la mesa cuadrada de caoba que ocupaba el centro del estudio. La luz, aunque suave, bastaba para que pudiéramos vernos unos a otros con claridad. Recuerdo que incluso me fijé en las curiosas manos, pequeñas, rechonchas y con las puntas de los dedos cuadradas, que el francés puso encima de la mesa.

—¡Qué divertido! —exclamó—. Hace muchos años que no hago esto y me divierte. *Madame* es médium. ¿Entra en trance, *madame*?

—Bueno, no tanto —contestó la señora Delamere—. Pero sí me adormilo muy profundamente.

—Esa es la primera fase. Si se empeña un poco, después viene el trance. Cuando viene el trance, el espíritu sale del cuerpo y otro espíritu entra en él, y entonces uno puede comunicarse directamente, hablando o por escrito. Uno deja que otro maneje la maquinaria. Pero ¿qué tiene que ver con todo esto un unicornio? ¿Eh?

Harvey Deacon dio un bote en el asiento. El francés había vuelto despacio la cabeza y estaba escudriñando entre las sombras que envolvían las paredes.

—¡Qué divertido! —repitió—. Siempre unicornios. ¿Quién ha pensado tanto en una cosa tan estrambótica?

—¡Esto es increíble! —contestó Deacon—. Llevo todo el día intentando pintar uno. Pero ¿cómo lo sabe?

—Porque ha pensado en él en esta sala.

—Cierto.

—Y los pensamientos son cosas, amigo mío. Cuando alguien imagina una cosa la está creando. No lo sabía, ¿eh? Yo puedo ver sus unicornios, porque

no veo únicamente con los ojos.

—¿Quiere decir que puedo crear algo que no ha existido nunca simplemente pensándolo?

—Pues claro. Eso es lo que se esconde debajo de todo lo demás. Y también la razón de que los malos pensamientos sean peligrosos.

—Lo son, supongo, en el plano astral —dijo Moir.

—Bueno, amigos, eso no son más que palabras. Los pensamientos están ahí: en otra parte… en todas partes. No lo sé. Pero los veo. Podría tocarlos.

—Pero no puede hacer que *nosotros* los veamos.

—Eso sería materializarlos. ¡Un momento! Es un experimento interesante. Aunque hace falta poder. Veamos primero cuánto poder tenemos, y luego ya pensamos qué podemos hacer. ¿Puedo colocarlos como quiera?

—Es evidente que entiende usted mucho más que nosotros —dijo Harvey Deacon—. Me parece bien que dirija la sesión.

—No estoy seguro de que las condiciones sean buenas, pero vamos a intentarlo. *Madame* se quedará sentada donde está, yo a continuación y este caballero a mi lado. *Meester* Moir se sentará al lado de *madame*, porque conviene alternar personas morenas con rubias. ¡Así! Y ahora, con su permiso, voy a apagar todas las luces.

—¿Cuál es la ventaja de la oscuridad? —pregunté.

—La fuerza a la que nos enfrentamos es una vibración del éter, lo mismo que la luz. Y así todos los cables son para nosotros solos, ¿eh? ¿No tendrá usted miedo a la oscuridad, *madame*? ¡Qué sesión tan divertida!

Al principio la oscuridad parecía impenetrable, pero pasados unos momentos los ojos se acostumbraron lo suficiente para distinguir la presencia de los demás, bien es verdad que muy vagamente. Yo no veía nada en el estudio aparte de la forma oscura de las figuras inmóviles. Nos estábamos tomando la sesión mucho más en serio que nunca.

—Pongan las manos delante. Es inútil que nos toquemos, porque somos muy pocos alrededor de una mesa tan grande. Prepárese, *madame*, y, si le entra sueño, no intente resistirse. Ahora nos quedamos callados y esperamos, ¿de acuerdo?

Así que nos quedamos callados y esperamos, escudriñando la oscuridad que nos rodeaba. Del pasillo llegaba el tictac de un reloj. Un perro ladraba a lo lejos de vez en cuando. Un par de veces pasó un coche de caballos por la calle y el resplandor de sus lámparas se coló entre la rendija de las cortinas, interrumpiendo alegremente la lúgubre vigilia. Empecé a sentir esos síntomas físicos que ya conocía de sesiones anteriores: la frialdad en los pies, el

cosquilleo en las manos, el brillo en las palmas, la sensación de un viento frío en la espalda. Sentía como unos pinchazos en los brazos, sobre todo en el izquierdo —o eso me pareció—, que era el que estaba más cerca de nuestro visitante francés. Aunque la causa seguramente era la alteración del sistema vascular, los pinchazos merecían cierta atención de todos modos. Al mismo tiempo, la tensión de la intriga era casi dolorosa. Por el silencio, rígido y total, supe que mis compañeros tenían los nervios tan tensos como yo.

Y entonces, de pronto brotó un ruido en la oscuridad: era suave y sibilante; la respiración ligera y rápida de una mujer. Se volvió cada vez más ligera y más rápida, como si el aire pasara entre los dientes apretados, y derivó en un fuerte jadeo acompañado de un leve rumor de faldas.

—¿Qué es eso? ¿Va todo bien? —preguntó alguien en la oscuridad.

—Sí, todo va bien —dijo el francés—. Es *madame*. Ha entrado en trance. Ahora, caballeros, si se quedan callados y esperan, verán algo que les va a interesar mucho.

Aún el tictac en el pasillo. Aún la respiración de la médium, más fuerte y más profunda ahora. Aún el destello esporádico, más reconfortante que nunca, de las luces de los coches que pasaban. Estábamos tendiendo un puente sobre el abismo, entre el velo de lo eterno a un lado —que ya iba descorriéndose poco a poco— y los coches de Londres al otro. Una potente vibración había empezado a sacudir la mesa. Seguía un balanceo rítmico y regular como el movimiento de una cuchara al subir y bajar. Se oían crujidos y chasquidos suaves en su materia: una sucesión de disparos o una salva; las notas de un fagot ardiendo con un vivo chisporroteo una noche de escarcha.

—Hay mucha fuerza —dijo el francés—. ¡Miren la mesa!

Yo creía que eran imaginaciones mías, pero entonces lo vimos todos. Era una luz fosforescente, de color amarillo verdoso —o, mejor dicho, un vapor luminoso, más que una luz—, que se esparcía sobre la mesa.

Se deslizaba, la envolvía y se ondulaba formando pliegues de un brillo trémulo y apagado que giraban y se enroscaban como nubes de humo. Vi las manos blancas y los dedos cuadrados del médium francés bajo aquella luz siniestra.

—¡Qué divertido! —exclamó—. ¡Es magnífico!

—¿Empezamos a decir el alfabeto? —sugirió Moir.

—¡No! Podemos hacer algo mucho mejor —dijo nuestro invitado—. Es muy incómodo inclinar la mesa para cada letra, y con una médium como *madame* podemos hacer algo mejor.

—Sí, lo haréis mejor —dijo una voz.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha hablado? ¿Ha sido usted, Markham?

—No, yo no he dicho nada.

—Ha sido *madame*.

—Esa no era su voz.

—¿Ha sido usted, señora Delamere?

—No es la médium, sino la fuerza que se sirve de sus órganos —dijo la voz desconocida y grave.

—¿Dónde está la señora Delamere? Espero que no le haga nada malo.

—La médium está feliz en otro plano de la existencia. Ha ocupado mi lugar mientras yo ocupo el suyo.

—¿Quién eres?

—Quien yo sea da lo mismo. Soy alguien que vivió como vivís vosotros, y que murió como moriréis.

Oímos el rechinar de un coche que se detenía en la puerta de al lado. Había una discusión por el precio del servicio, y las quejas del cochero resonaban en toda la calle. La nube de color amarillo verdoso seguía envolviendo débilmente la mesa, opaca en todas partes, y fue cobrando un tenue resplandor a medida que se acercaba a la médium. Pareció que se elevaba delante de ella. Una sensación de miedo y frío me encogió el corazón. Me di cuenta de que, a la ligera, habíamos llegado al más auténtico y augusto de los sacramentos, esa comunión con los muertos de la que hablaban los padres de la Iglesia.

—¿No creen que estamos yendo demasiado lejos? ¿No tendríamos que interrumpir la sesión? —dije.

Pero los demás estaban impacientes por ver cómo terminaba todo y se burlaron de mis reparos.

—Todos los poderes se han hecho para utilizarse —dijo Harvey Deacon —. Si *podemos* hacer esto, *tenemos que* hacerlo. Siempre que se abre un rumbo nuevo para el conocimiento, al principio se considera ilícito. Es lógico y natural que nos interesemos por la naturaleza de la muerte.

—Es lógico y natural —repitió la voz.

—¿Lo ven? ¿Qué más se puede pedir? —exclamó Moir, que estaba emocionadísimo—. Vamos a hacer una prueba. ¿Puede darnos una señal de que de verdad está ahí?

—¿Qué señal quieres?

—Bueno, por ejemplo… Tengo un puñado de monedas en el bolsillo. ¿Podría decirme cuántas?

—Volvemos a este mundo con la esperanza de enseñar y de elevar, no para resolver acertijos infantiles.

—Ja, ja, *meester* Moir, ahí lo ha pillado —se rió el francés—. Está claro que este espíritu habla con mucho sentido común.

—Esto es una religión, no un juego —contestó la voz dura y fría.

—Yo pienso exactamente lo mismo —dijo Moir—. Siento mucho haber pedido una cosa tan tonta. ¿No va a decirme quién es?

—¿Qué más da eso?

—¿Hace mucho tiempo que es un espíritu?

—Sí.

—¿Cuánto?

—No calculamos el tiempo igual que vosotros. Nuestras condiciones son distintas.

—¿Es feliz?

—Sí.

—¿No querría volver a la vida?

—No, la verdad es que no.

—¿Tiene tareas que hacer?

—No seríamos felices si no las tuviéramos.

—¿Qué hacen?

—Ya he dicho que las condiciones son totalmente distintas.

—¿Puede darnos una idea de cómo es su trabajo?

—Trabajamos para nuestra superación personal y para que otros progresen.

—¿Le gusta venir aquí esta noche?

—Vengo con gusto si sirve de algo bueno que venga.

—Entonces ¿su objetivo es hacer el bien?

—Ese es el objetivo de la vida en cualquier plano.

—Ya lo ha oído, Markham. Eso debería quitarle los reparos.

Y era cierto, porque mis dudas habían quedado atrás y ahora solamente sentía interés.

—¿Existe el dolor en su vida? —pregunté.

—No, el dolor es cosa del cuerpo.

—¿Y el dolor anímico?

—Sí; siempre hay motivos de tristeza o de preocupación.

—¿Está con los amigos a los que conoció en la tierra?

—Con algunos.

—¿Por qué solo con algunos?

—Solo con los que son fieles.

—¿Y están los maridos con las mujeres?

—Sí, cuando se han querido de verdad.

—¿Y los demás?

—No significan nada los unos para los otros.

—¿Hace falta una conexión espiritual?

—Por supuesto.

—¿Está bien esto que hacemos?

—Sí, cuando la intención es buena.

—¿Cuándo es mala?

—Cuando es simple frivolidad y ligereza.

—¿Se puede hacer daño entonces?

—Mucho daño.

—¿De qué tipo?

—Podéis convocar fuerzas sobre las que no tenéis ningún control.

—¿Fuerzas malignas?

—Fuerzas sin desarrollar.

—Dices que son peligrosas. ¿Peligrosas para el cuerpo o para el espíritu?

—A veces para las dos cosas.

Hubo un silencio, y pareció que la oscuridad se acentuaba cuando la bruma de color amarillo verdoso formó sobre la mesa un remolino como una voluta de humo.

—¿Le gustaría hacer alguna pregunta, Moir? —dijo Harvey Deacon.

—Solo una. ¿Rezan en ese mundo?

—Hay que rezar en todos los mundos.

—¿Por qué?

—Porque es el modo de reconocer las fuerzas que están fuera de nosotros.

—¿Qué religión practican?

—Tenemos exactamente las mismas diferencias que vosotros.

—¿No tienen un conocimiento incuestionable?

—Solo tenemos fe.

—Estos debates sobre religión —dijo el francés— que a ustedes los ingleses, que son gente seria, les interesan tanto no son muy divertidos. Yo creo que podríamos tener una experiencia grande con toda la fuerza que tenemos aquí, ¿no creen? Algo digno de contar.

—No hay nada más interesante que esto —dijo Moir.

—Bueno, me parece muy bien que usted lo crea —contestó el francés de mal humor—. Yo creo que todo esto ya lo he oído otras veces, y esta noche

me gustaría hacer algún experimento con toda esta fuerza que se nos ha dado. Pero, si tiene más preguntas, hágalas, y cuando haya terminado ya probaremos algo distinto.

Pero el hechizo se había roto. Por más que preguntamos, la médium no volvió a decir nada. Únicamente su respiración, profunda y regular, indicaba que estaba presente. La bruma seguía enroscándose en la mesa.

—Se ha alterado la armonía. No volverá a responder.

—Pero ya hemos oído todo lo que nos puede decir, ¿no? A mí me gustaría ver algo que no haya visto antes.

—¿Qué?

—¿Me dejan que lo intente?

—¿Qué quiere hacer?

—Ya les he dicho que los pensamientos son cosas. Ahora quiero demostrarlo, y enseñarles algo que únicamente es un pensamiento. Sí, sí, soy capaz de hacer eso. Ya lo verán. Ahora les pido que no se muevan ni digan nada, y que dejen las manos quietas sobre la mesa.

El estudio estaba más oscuro y silencioso que nunca. El mismo recelo intenso que había sentido al principio de la sesión volvió a atenazarme. Tenía el vello de punta.

—¡Está funcionando! ¡Está funcionando! —exclamó el francés. Y supe, por cómo se le quebró la voz, que también su estado era de máxima tensión.

La niebla luminosa se retiró despacio de la mesa y recorrió el estudio ondulando y parpadeando. Por fin se concentró en el rincón más apartado y oscuro, lanzó un destello y se endureció hasta convertirse en un bulto reluciente, en una extraña mancha que cambiaba de forma y resplandecía, aunque al mismo tiempo no iluminaba nada, que brillaba pero sin proyectar rayos en la oscuridad. Había pasado del amarillo verdoso a un rojo apagado. Luego, alrededor de ese centro original se enroscó una sustancia oscura y parecida al humo que se volvió poco a poco más espesa, dura, densa y negra. Y entonces el resplandor se apagó, ahogado por aquella envoltura.

—Se ha ido.

—Callad… Hay alguien aquí.

Lo oímos en el rincón donde hasta hacía un momento habíamos visto el resplandor. Era algo que resoplaba y se movía con inquietud en la oscuridad.

—¿Qué es eso? Le Duc, ¿qué ha hecho?

—No se asusten. No pasa nada —dijo el francés, con la voz temblando de emoción.

—¡Dios mío, Moir! Hay un animal grande en el estudio. Está aquí, ¡al lado de mi silla! ¡Aparta! ¡Aparta!

Era la voz de Harvey Deacon, y después se oyó un golpe contra algo sólido. Y luego… Y luego… ¿cómo decirles lo que ocurrió a continuación?

Algo enorme nos embistió en la oscuridad, encabritándose, pisoteándonos, y nos aplastó entre saltos y bufidos. La mesa se hizo astillas. Salimos despedidos por todas partes. La cosa se lanzaba estrepitosamente de una esquina a otra, abriéndose paso entre nosotros con un ímpetu brutal. Estábamos todos gritando de miedo y andando a gatas para librarnos de ella. Algo me pisó la mano izquierda, y noté que el peso me agrietaba los huesos.

—¡Luz! ¡Luz! —gritó alguien.

—¡Moir, usted tiene cerillas! ¡Cerillas!

—No, no tengo. Deacon, ¿dónde hay cerillas? ¡Cerillas, por favor!

—No las encuentro. Oiga, usted, francés, ¡deténgalo!

—No depende de mí. ¡*Mon Dieu*, no puedo detenerlo! ¡La puerta! ¿Dónde está la puerta?

Mi mano tuvo la fortuna de tocar la manivela mientras tanteaba en la oscuridad. La criatura pasó a mi lado como una exhalación, jadeando y resoplando, y acabó estrellándose contra el tabique de roble. En cuanto pasó de largo, abrí la puerta, y en un momento estábamos todos fuera, con la puerta cerrada detrás de nosotros. Al otro lado se oían porrazos, desgarraduras y coces.

—¿Qué es eso? ¿Por Dios, qué es?

—Un caballo. Lo he visto al abrir la puerta. Pero ¿y la señora Delamere…?

—Tenemos que sacarla de ahí. Vamos, Markham. Cuanto más esperemos, menos nos apetecerá.

Abrimos la puerta de un empujón y entramos corriendo. La señora Delamere estaba en el suelo, entre los restos astillados de su silla. La arrastramos sin perder tiempo y, al llegar a la puerta, eché un vistazo por encima del hombro. Vi el brillo de un par de ojos extraños que nos observaban en la oscuridad, oí las pezuñas martilleando el suelo y tuve el tiempo justo de cerrar la puerta antes de que un golpe estruendoso la rajara de arriba abajo.

—¡La está embistiendo! ¡Va a salir!

—¡Corran, pónganse a salvo! —gritó el francés.

Otro golpe estruendoso, y algo atravesó la raja de la puerta. Era como una lanza larga, blanca, que brillaba a la luz de la lámpara. Relució un momento

delante de nosotros y desapareció después con un chasquido.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Por aquí! —gritó Harvey Deacon—. ¡Tráiganla aquí! ¡Deprisa!

Nos habíamos refugiado en el cuarto de estar, con la recia puerta de roble cerrada a cal y canto. Tendimos a la mujer inconsciente en el sofá y, en ese momento, Moir, el curtido hombre de negocios, se desmayó en la alfombrilla de la chimenea. Harvey Deacon estaba blanco como un cadáver y se movía espasmódicamente como un epiléptico. La puerta del estudio saltó en pedazos, y oímos bufidos y pisotones yendo y viniendo de un lado a otro del pasillo con una furia que hacía temblar la casa. El francés había escondido la cara entre las manos y sollozaba como un niño asustado.

—¿Qué vamos a hacer?

Lo cogí del hombro y lo zarandeé.

—¿Sirve de algo un arma?

—No, no. La fuerza se debilitará. Luego se agotará.

—¡Insensato! ¡Podría habernos matado a todos con sus experimentos diabólicos!

—No lo sabía. ¿Cómo iba a imaginarme que se asustaría tanto? Está loco de miedo. La culpa es de él, por pensarlo.

Harvey Deacon se levantó de un salto.

—¡Dios mío!

Un alarido resonó en toda la casa.

—¡Es mi mujer! Voy a salir. ¡Aunque sea el mismísimo Maligno voy a salir!

Abrió la puerta y se precipitó al pasillo. Al fondo, al pie de las escaleras, la señora Deacon estaba inconsciente, del susto que acababa de llevarse. No había nada más.

Echamos un vistazo horrorizados, pero todo estaba en calma. Me acerqué muy despacio al hueco negro de la puerta del estudio, temiendo, a cada paso, que una bestia atroz se abalanzara sobre mí. No ocurrió nada, y dentro del estudio solo encontré silencio. A tientas y con el corazón en un puño llegamos hasta el umbral y nos asomamos a mirar en la oscuridad. Seguíamos sin oír ningún ruido, pero una parte del estudio no estaba a oscuras. Una nube radiante y luminosa, con el centro incandescente, flotaba en un rincón del cuarto. Se fue difuminando y apagando poco a poco, adelgazando y atenuando hasta que la misma oscuridad densa y aterciopelada se extendió por todo el estudio. Y, con el último parpadeo de aquel siniestro resplandor, el francés entró en el estudio con un grito de alegría.

—¡Qué divertido! Nadie está herido. Solo se ha roto la puerta y las señoras se han asustado. Amigos míos, hemos hecho algo que nadie había hecho nunca.

—Y mientras yo pueda evitarlo, nunca se volverá a hacer —contestó Harvey Deacon.

Y esto fue lo que ocurrió el pasado 14 de abril en el número 17 de Badderly Gardens. Aunque empecé diciendo que sería grotesco dogmatizar sobre lo que pasó realmente, ofrezco no obstante mis impresiones, nuestras impresiones (Harvey Deacon y John Moir las han corroborado), por si tuvieran algún valor. Pueden ustedes, si les parece bien, imaginar que fuimos víctimas de una broma elaboradísima y extraordinaria. O pueden creer, como nosotros, que vivimos una experiencia real y aterradora. Incluso puede que sepan más que nosotros de estos asuntos ocultos y les sea posible informarnos de algún suceso similar. En este último caso, una carta dirigida a William Markham, 146M, The Albany, podría arrojar un poco de luz sobre este fenómeno tan oscuro para nosotros.

EL EMBUDO DE CUERO

(1902)

Mi amigo, Lionel Dacre, vivía en París, en la Avenue de Wagram. Su casa era esa pequeña que se ve a mano izquierda viniendo desde el Arco del Triunfo, la de las verjas de hierro con el césped delante. Supongo que la casa ya estaba ahí mucho antes de que se construyera la avenida, porque tiene las tejas cubiertas de liquen y la fachada enmohecida y descolorida por los años. Desde la calle parecía una casa pequeña, con cinco ventanas en la parte delantera, si mal no recuerdo, pero detrás tenía una única habitación larga y ancha. Era aquí donde Dacre había instalado su singular biblioteca de ocultismo y guardaba las fantásticas curiosidades que a él le servían de afición y a sus amistades de entretenimiento. Dacre, un hombre rico, de gustos exquisitos y excéntricos, había dedicado buena parte de su vida y fortuna a reunir lo que, según algunos, era una colección privada excepcional de obras talmúdicas, cabalísticas y de magia, en muchos casos de enorme rareza y valor. Sentía inclinación por lo maravilloso y lo monstruoso, y he oído decir que sus experimentos en el terreno de lo desconocido han transgredido todos los límites del decoro y la civilización. Con sus amigos ingleses nunca hablaba de estas cosas, sino que adoptaba el tono propio del erudito o del artista virtuoso; pero un francés que comparte con él gustos similares me ha asegurado que en esa biblioteca, amplia y espaciosa, con las paredes forradas de libros y entre las vitrinas de su museo particular, se han celebrado misas negras y se han cometido los peores excesos.

La fisonomía de Dacre bastaba para demostrar que su profundo interés por estos fenómenos psíquicos era más intelectual que espiritual. No había ni rastro de ascetismo en sus facciones toscas, pero sí una extraordinaria fuerza mental en el cráneo enorme y abombado entre un pelo que ya empezaba a ralear, como una cumbre nevada sobre su franja de abetos. Su conocimiento era mayor que su sabiduría y sus facultades muy superiores a su carácter. Los ojillos brillantes y hundidos en la cara carnosa, aunque tenían la chispa de la inteligencia y una curiosidad insaciable por la vida, eran los ojos de un ególatra sensual. Pero dejemos en paz al hombre, que ya ha muerto, pobre diablo, justo cuando estaba convencido de haber descubierto el elixir de la

vida. No es de su complicada personalidad de lo que quiero hablar, sino del extraño e inexplicable incidente que ocurrió cuando fui a visitarlo, a principios de la primavera del año 1882.

Yo había conocido a Dacre en Inglaterra, cuando mi etapa de investigación en la Sala Asiria del Museo Británico coincidió con la época en la que él estaba empeñado en encontrar el significado místico y esotérico de las tablillas babilonias, y esta comunidad de intereses nos llevó a entablar relación. El intercambio ocasional de impresiones dio paso a conversaciones diarias y estas a algo muy cercano a la amistad. Le prometí que en mi próxima visita a París pasaría a verlo. En la época en que pude cumplir mi promesa, yo vivía en una casita de campo, en Fontainebleau, y, como el horario de los trenes a última hora de la tarde no era bueno, Dacre me invitó a pasar la noche en su casa.

—Solo puedo ofrecerte este sofá —dijo, señalando un sofá amplio en la gran biblioteca—. Espero que te resulte cómodo.

Era un dormitorio peculiar, con sus altas paredes tapizadas de volúmenes oscuros, pero no había mobiliario más agradable para un ratón de biblioteca como yo, ni perfume más placentero para mi olfato que el hedor leve y sutil de un libro viejo. Le aseguré que no podía pedir ni una habitación más encantadora ni un entorno más de mi gusto.

—Aunque no son ni cómodas ni convencionales, estas instalaciones al menos son caras —dijo, recorriendo los anaqueles con la mirada—. Me he gastado casi un cuarto de millón en estos objetos que te rodean. Libros, armas, gemas, tallas, tapices, imágenes: no hay prácticamente nada aquí que no tenga su historia particular y normalmente digna de ser contada.

Dacre estaba sentado a un lado de la chimenea abierta y yo al otro. La mesa de lectura quedaba a su derecha, y la luz fuerte de la lámpara que había en la mesa trazaba un círculo dorado muy intenso. En el centro había un palimpsesto a medio enrollar, y alrededor un batiburrillo de objetos curiosos. Uno de ellos era un embudo grande, de los que se emplean para llenar toneles de vino. Parecía hecho de madera negra y con el borde de latón descolorido.

—¡Qué cosa tan curiosa! —dije—. ¿Cuál es su historia?

—Ah, justo eso mismo me he preguntado yo más de una vez. Daría mucho por saberlo. Cógelo y míralo.

Eso hice, y comprobé que lo que había tomado por madera era en realidad cuero, resecado con el paso del tiempo hasta cobrar una dureza extrema. El embudo era grande, con capacidad para un litro cuando estaba lleno. El aro de latón rodeaba el borde ancho, y también el vértice tenía la punta de metal.

—¿Qué te parece? —preguntó Dacre.

—Supongo que sería de un fabricante de vino o cerveza de la Edad Media. En Inglaterra he visto jarras de cuero del siglo XVIII del mismo color que este embudo e igual de duras.

—Yo diría la misma fecha —asintió Dacre—, y también que se usaba para llenar de líquido un recipiente. Ahora bien, si mi intuición es cierta, el vinicultor en cuestión debía de ser muy raro, y el tonel que llenaba con él muy peculiar. ¿No notas nada extraño en el pitorro?

Al examinarlo a la luz, vi que a unos doce centímetros del extremo de latón, en el cuello estrecho del embudo de cuero, había una muesca sucia, como si alguien hubiera hecho un corte alrededor con un cuchillo romo. Solo en ese punto se encontraba alguna rugosidad en la superficie lisa y negra.

—Alguien ha intentado cortar el pitorro.

—¿Tú dirías que es un corte?

—El cuero está desgarrado. Hace falta algo de fuerza para dejar estas señales en un material tan duro, con el instrumento que sea. ¿Tú qué crees? Está claro que sabes más de lo que dices.

Dacre sonrió, y vi en sus ojillos el brillo del conocimiento.

—¿Has incluido la psicología de los sueños entre tus doctas lecturas? —preguntó.

—Ni siquiera tenía noticia de que existiera una psicología de los sueños.

—Querido amigo, ese estante, el de encima de la vitrina de gemas, está lleno de libros que no hablan de otra cosa desde la época de Alberto Magno. El asunto es una ciencia en sí misma.

—Una ciencia de charlatanes.

—El charlatán siempre es el pionero. El astrólogo se convirtió en astrónomo, el alquimista en químico, el hipnotizador en psicólogo experimental. El charlatán de ayer es el profesor de mañana. Incluso cosas tan sutiles y escurridizas como los sueños se estructurarán con el paso del tiempo en un sistema ordenado. Cuando llegue ese momento, las investigaciones de nuestros amigos de ese anaquel ya no serán las distracciones del místico, sino los cimientos de una ciencia.

—Suponiendo que eso sea cierto, ¿qué tiene que ver la ciencia de los sueños con un embudo grande y negro con el borde de latón?

—Ahora lo verás. Ya sabes que tengo un ayudante que anda siempre buscando curiosidades y rarezas para mi colección. Hace unos días oyó que un vendedor de los muelles había comprado un trasto viejo que se encontró en el armario de una casa antigua, al final de la Rue Mathurin, en el Barrio

Latino. En el comedor de esa casa hay un escudo de armas, con galones y barras rojas sobre un campo de plata, que, al examinarse, resultó ser el emblema de Nicholas de la Reynie, un alto oficial del rey Luis XIV. No cabe duda de que los demás objetos del armario datan de los primeros tiempos de ese reinado. La deducción, por tanto, es que todos eran propiedad de este Nicholas de la Reynie, que, al parecer, era el principal responsable del cumplimiento y la ejecución de las leyes draconianas de la época.

—¿Y?

—Ahora voy a pedirte que cojas de nuevo el embudo y examines el aro de latón. ¿Ves una inscripción?

Era cierto que había unas marcas, casi borradas por el tiempo. El efecto que producían en conjunto era el de varias letras, y la última guardaba cierto parecido con una B.

—¿Te parece una B?

—Sí.

—A mí también. En realidad, no me cabe la menor duda de que es una B.

—Pero la inicial de ese noble del que hablabas sería una R.

—¡Exacto! Eso es lo bonito. Este objeto tan curioso era suyo, y sin embargo lo grabó con las iniciales de otra persona. ¿Por qué lo haría?

—No se me ocurre. ¿A ti?

—Bueno, me hago una vaga idea. ¿Ves algo más dibujado en el aro?

—Yo diría que es una corona.

—Es una corona, sin duda. Pero si la examinas con buena luz verás que no es una corona cualquiera. Es una corona heráldica, un distintivo de rango, decorada con una alternancia de cuatro perlas y hojas de fresa: concretamente el distintivo de un marqués. Por tanto, podemos deducir que la persona cuyas iniciales terminan por B tenía derecho a llevar esa corona.

—Entonces ¿este sencillo embudo de cuero era de un marqués?

Dacre respondió con una sonrisa peculiar.

—O de algún miembro de la familia de un marqués —dijo—. La inscripción de este aro nos permite hacer todas estas deducciones.

—Pero ¿qué tiene todo esto que ver con los sueños? —No sé si fue un gesto de Dacre, o alguna sugerencia sutil en su actitud, pero una sensación de repugnancia, de horror irracional, se apoderó de mí mientras observaba el trozo de cuero viejo y retorcido.

—Más de una vez he recibido información importante en sueños —dijo mi compañero, en ese tono didáctico que tanto le gustaba adoptar—. Ahora tengo por norma, cuando dudo de algún objeto material, dormir con él a mi

lado y confiar en que algo me ilumine. El proceso no parece demasiado oscuro, aunque de momento no ha recibido la bendición de la ciencia ortodoxa. Según mi teoría, cualquier cosa que haya estado íntimamente relacionada con una emoción humana llevada a su paroxismo, ya se trate de alegría o de dolor, conservará cierta relación o cierto clima emocional que es capaz de comunicarse con una mente delicada. Cuando digo una mente delicada, no hablo de una mente anormal, sino de una entrenada y educada, como la tuya o la mía.

—¿Quieres decir, por ejemplo, que, si durmiera con esa espada vieja que está colgada en la pared a mi lado, podría soñar con algún incidente sanguinario en el que participó en algún momento?

—Un ejemplo perfecto, porque lo cierto es que yo mismo he hecho la prueba con esa espada, y en mi sueño vi la muerte de su dueño, que pereció en una emocionante escaramuza. Aunque no he sido capaz de identificarla, sé que ocurrió en la época de la guerra de la Fronda. Si lo piensas, algunas prácticas populares muestran que nuestros antepasados ya reconocían este fenómeno, mientras que nosotros, con la sabiduría que nos caracteriza, lo hemos incluido en el catálogo de las supersticiones.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, colocar la tarta nupcial debajo de la almohada para tener sueños placenteros. Es uno de los ejemplos que encontrarás en un folleto que estoy escribiendo sobre el tema. Pero, volviendo a lo que hablábamos, una noche dormí con este embudo a mi lado, y tuve un sueño que da un cariz muy curioso a su uso y su origen.

—¿Qué soñaste?

—Soñé que… —Se quedó callado, y su cara grandota cobró de pronto una expresión de hondo interés—. ¡Caray, qué buena idea! Este va a ser un experimento interesantísimo. El sujeto del experimento psíquico eres tú mismo, con unos nervios que responden de inmediato a cualquier impresión.

—Nunca me he puesto a prueba en ese sentido.

—Pues esta noche lo vamos a hacer. ¿Puedo pedirte, como favor especial, que esta noche, cuando te acuestes en ese sofá, duermas con el embudo al lado de la almohada?

La petición me pareció grotesca, pero una parte de mi carácter complicado es la sed de todo lo que sea extraño y fantástico. No tenía la más mínima fe en la teoría de Dacre, ni tampoco esperanzas de que el experimento diera resultado, pero el mero hecho de hacerlo me divertía. Dacre, con mucha ceremonia, acercó un escabel a la cabecera del sofá y dejó allí el embudo.

Seguimos charlando un poco más y después me dio las buenas noches y me dejó a solas.

Seguí un rato al calor de los rescoldos, fumando y pensando en el curioso incidente y en la extraña experiencia que quizá estaba a punto de vivir. A pesar de mi escepticismo, había en la seguridad de Dacre algo que me impresionaba, y el entorno pintoresco, el enorme salón con sus objetos, extraños y siniestros en muchos casos, infundía solemnidad en mi espíritu. Por fin me desvestí, apagué la lámpara y me acosté en el sofá. Después de dar muchas vueltas me quedé dormido. Permítanme que intente describir con la mayor precisión posible la escena que viví en sueños. La guardo en la memoria con mucha más claridad que cualquier cosa que haya podido ver estando despierto.

Había algo que parecía un sótano. Cuatro arcos salían de las esquinas y se unían para formar la honda bóveda del techo. La arquitectura era tosca pero muy sólida. Indicaba sin lugar a dudas que el sótano formaba parte de un edificio grande.

Tres hombres de negro y con curiosos sombreros de copa de terciopelo del mismo color estaban sentados en fila, en un estrado sobre una alfombra roja. Su expresión era triste y solemne. A la izquierda había dos hombres con túnicas hasta los pies y carpetas en la mano que parecían llenas de papeles. A la derecha, mirando hacia mí, había una mujer menuda, rubia, y con unos ojos de color azul claro muy peculiares: los ojos de una niña. A pesar de que había dejado atrás la juventud hacía algunos años, aún no podía decirse que fuera una persona de mediana edad. Era tirando a fuerte, y tenía un aire orgulloso y confiado. Estaba pálida, pero parecía serena. Tenía una cara curiosa, agradable aunque con un gesto felino, una sutil insinuación de crueldad en la boca pequeña, fuerte y recta, y en la mandíbula regordeta. Vestía una especie de túnica holgada y blanca. A su lado estaba un sacerdote delgado, muy serio, que le susurraba algo al oído y le ponía continuamente un crucifijo delante de los ojos. La mujer volvió la cabeza y miró por encima del crucifijo a los tres hombres de negro que, me dio la sensación, eran sus jueces.

Mientras yo seguía observando, los tres hombres se levantaron e intercambiaron unas palabras que no alcancé a distinguir, aunque vi que quien hablaba era el del centro. Después salieron del sótano, seguidos por los dos hombres con los papeles. En ese mismo instante, entraron rápidamente varios individuos de aspecto tosco y con jubones de tela fuerte y retiraron primero la

alfombra roja y luego los tablones que formaban el estrado, hasta dejar la sala totalmente vacía. Cuando retiraron el estrado me fijé en unos muebles curiosos que había detrás. Uno de ellos parecía una cama con rodillos de madera en un extremo y una manivela para regular su longitud. Otro era un potro de madera. Había más objetos raros y cuerdas que se movían con poleas. No era distinto del equipo de un gimnasio moderno.

Cuando terminaron de vaciar la sala, entró en escena un personaje nuevo. Era un hombre alto, delgado y vestido de negro, de rostro austero y demacrado. Tenía una pinta que me daba escalofríos. Llevaba la ropa cubierta de grasa brillante y salpicada de manchas. Se movía con una lentitud y una dignidad impresionantes, como si se pusiera al mando desde el mismo instante en que entraba. A pesar de su aire sórdido y desaseado, era el encargado, el dueño de la sala, el que mandaba allí. Llevaba un rollo de cuerdas por encima del brazo izquierdo. La mujer lo miró de arriba abajo aunque sin cambiar de expresión. Tenía un gesto confiado, incluso desafiante. El del sacerdote era muy distinto. Estaba blanco como un cadáver, y vi el brillo del sudor que le cubría la frente inclinada y alta. Alzó las manos en actitud de oración, agachando continuamente la cabeza para murmurar frenéticamente algo en el oído de la mujer.

El hombre de negro avanzó entonces y maniató a la mujer con una de las cuerdas que llevaba en el brazo. Ella tendió las manos mansamente mientras se las ataban. A continuación, el hombre la agarró de un brazo y la empujó hacia el potro de madera, que le llegaba ligeramente por encima de la cintura. La obligó a subirse y acostarse de espaldas, mirando al techo, mientras el sacerdote salía precipitadamente y temblando de horror. La mujer empezó a mover los labios muy deprisa y, aunque no llegué a oír nada, me di cuenta de que estaba rezando. Le colgaban los pies por los dos lados del potro, y los toscos ayudantes le habían pasado unas cuerdas alrededor de los tobillos y las habían atado a unas argollas de hierro en el suelo de piedra.

Me dio un vuelco el corazón al presenciar estos siniestros preparativos, pero al mismo tiempo estaba atrapado por la fascinación del horror y me era imposible apartar la vista del extraño espectáculo. Un hombre había entrado con un cubo de agua en cada mano. Otro venía detrás, con un tercer cubo. Dejaron los cubos al lado del potro. El segundo hombre llevaba un cazo de madera —un cuenco con el mango recto— en la otra mano. Se lo dio al hombre de negro. En ese mismo instante, uno de los criados se acercó con un objeto oscuro que incluso en el sueño me resultó vagamente familiar. Era un embudo de cuero. Lo encajó con una fuerza tremenda, pero no fui capaz de

aguantar más. Se me pusieron los pelos de punta. Me encogí, forcejeé hasta romper las cadenas del sueño, volví a la realidad lanzando un alarido y me encontré, temblando de terror, en la enorme biblioteca, donde la luz de la luna que entraba a raudales por el ventanal dibujaba extrañas formas negras y plateadas en la pared de enfrente. ¡Ah, qué inmensa alegría sentí al verme de nuevo en el siglo XIX, lejos de aquella bóveda medieval y en un mundo donde los hombres tenían un corazón compasivo! Me senté en el sofá, temblando de arriba abajo, dividido entre el agradecimiento y el horror. Parecía inconcebible que alguna vez se hubieran hecho cosas así: que hubieran podido hacerse sin que Dios fulminara a semejantes villanos. ¿Era todo una fantasía, o ciertamente representaba algo que había ocurrido en los tiempos crueles y oscuros de la historia? Hundí la cabeza palpitante entre las manos temblorosas. Y entonces, de repente, tuve la sensación de que se me paraba el corazón y ni siquiera podía gritar, tan grande era mi terror. Algo se me acercaba en la oscuridad de la biblioteca.

Es la suma de un horror con otro lo que quiebra el espíritu de un hombre. No podía razonar; no podía rezar. Solamente podía quedarme inmóvil como una estatua de hielo, contemplando la forma oscura que cruzaba el enorme salón. Cuando pasó por la franja de luna blanca por fin pude respirar de nuevo. Era Dacre, y parecía tan asustado como yo.

—¿Eras tú? ¡Por Dios! ¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca.

—¡Ay, Dacre, cuánto me alegro de verte! He estado en el infierno. Ha sido espantoso.

—Entonces has sido tú quien ha gritado.

—Creo que sí.

—Ha sonado en toda la casa. Los criados están aterrorizados. —Prendió una cerilla y encendió la lámpara—. Parece que aún se puede avivar el fuego —añadió, arrojando unos leños a las brasas—. ¡Dios mío, qué blanco estás, amigo! Parece que hubieras visto un fantasma.

—Pues sí, han sido varios.

—Entonces, ¿el embudo de cuero ha surtido efecto?

—Ni por todo el oro del mundo volvería a dormir al lado de ese artilugio infernal.

Dacre se echó a reír.

—Ya me imaginaba que pasarías una noche animadita pero me has dejado de piedra. No ha sido nada agradable oír ese grito a las dos de la madrugada. Por lo que dices, supongo que has visto todo el horror.

—¿Qué horror?

—La tortura del agua: el «interrogatorio extraordinario», así lo llamaban en los amables tiempos del Rey Sol. ¿Has resistido hasta el final?

—No, gracias. Me he despertado antes de que empezase.

—¡Ah! Mejor para ti. Yo aguanté hasta el tercer cubo. Pero, bueno, es cosa del pasado y, ahora que ya están todos muertos, ¿qué más da cómo llegaron a la tumba? Supongo que no te haces una idea de lo que has visto.

—La tortura de una delincuente. Si el castigo es proporcional al delito, debió de ser una malhechora peligrosa.

—Bueno, nos queda ese pequeño consuelo —dijo Dacre, envolviéndose con el batín y arrimándose un poco más al fuego—. Sí fue proporcional al delito. Es decir, si no me equivoco en la identidad de esa mujer.

—¿Cómo puedes saber quién era?

A modo de respuesta, Dacre cogió de la estantería un viejo volumen con las tapas de vitela.

—Escucha —dijo—. Está escrito en francés del XVII, pero te iré dando una traducción aproximada a medida que voy leyendo. Juzga tú mismo si he resuelto el acertijo o no.

—«Llevaron a la rea ante el Gran Jurado del Tribunal Parlamentario de Justicia Penal, acusada del asesinato del señor Dreux d'Aubray, su padre, y de sus dos hermanos, los señores d'Aubray, uno teniente civil, y el otro consejero del Parlamento. Viéndola costaba creer que hubiera cometido actos tan malvados, pues tenía un aire dócil y era una mujer menuda, de piel clara y ojos azules. Pero el tribunal, habiéndola declarado culpable, la condenó al interrogatorio ordinario y al extraordinario, para forzarla a nombrar a sus cómplices, y luego la llevaron en un carro a la Place de Grève, donde fue decapitada. Después incineraron su cuerpo y esparcieron sus cenizas al viento». La fecha de esta entrada es el 16 de julio de 1676.

—Es interesante, pero no convincente —dije—. ¿Cómo demuestras que las dos mujeres son la misma?

—A eso iba. La crónica sigue hablando del comportamiento de la mujer cuando la interrogaron. «Al acercarse el verdugo, ella lo reconoció por las cuerdas que llevaba en el brazo, y enseguida le tendió las manos, mirándolo de arriba abajo sin decir palabra». ¿Qué te parece?

—Sí, ha sido así.

—«La mujer miró sin parpadear el potro y los aros que tantos miembros habían descuartizado y tantos gritos de agonía producido. Sus ojos se fijaron

entonces en los tres cubos de agua preparados para ella y, con una sonrisa, dijo: “Toda esa agua debe de ser para ahogarme, *monsieur*. Espero que no sepa cómo hacérsela tragar a una persona de mi estatura”». ¿Quieres que lea los detalles de la tortura?

—No, por Dios.

—Esta frase te demostrará con certeza que lo que aquí se cuenta es la misma escena que tú has visto esta noche: «El buen *abbé* Pirot, incapaz de contemplar el tormento de su penitente, abandonó la sala con precipitación». ¿Eso te convence?

—Sí, completamente. No cabe duda de que se trata del mismo suceso. Pero, entonces, ¿quién fue esa mujer tan atractiva que tuvo un final tan estremecedor?

Dacre se me acercó y dejó la lamparilla en el escabel que seguía al lado del sofá. Cogió el aciago embudo y giró el aro de latón para que la luz le diera justo encima. Vista así, la inscripción parecía más clara que la noche anterior.

—Estamos de acuerdo en que este es el emblema de un marqués o una marquesa —dijo—. Y también coincidimos en que la última letra es una B.

—No hay duda.

—Ahora voy a sugerirte las demás letras, de izquierda a derecha: M, M, una «d» minúscula, A, una «d» minúscula, y la B final.

—Sí, seguro que tienes razón. Veo perfectamente las dos «d».

—Lo que acabo de leerte —dijo Dacre— es la crónica oficial del juicio de Marie Madeleine d’Aubray, marquesa de Brinvilliers, una de las envenenadoras y asesinas más famosas de todos los tiempos.

Me quedé callado, abrumado por el extraordinario incidente y la prueba incontestable con que Dacre acababa de revelar su verdadero sentido. Recordé vagamente algún detalle de la vida de aquella mujer, su libertinaje desenfrenado, la sangre fría con que sometió a su padre enfermo a una larga tortura y el asesinato de sus hermanos por un beneficio insignificante. Recordé también que la valentía con que afrontó su final vino a compensar en cierto modo el horror de su vida, y que todo París se compadeció de ella en sus últimos momentos y la bendijo como a una mártir pocos días después de haberla maldecido por asesina. Se me ocurrió una única objeción.

—¿Cómo llegaron al embudo sus iniciales y su emblema? No creo que llevaran el respeto medieval por la nobleza al extremo de decorar los instrumentos de tortura con sus títulos.

—A mí también me desconcertó eso —dijo Dacre—, pero tiene una explicación sencilla. El caso suscitó un interés notable en su día, y fue de lo

más natural que La Reynie, el jefe de policía, conservara este embudo como macabro recordatorio. No era frecuente someter a una marquesa de Francia al interrogatorio extraordinario. Y eso de grabar las iniciales de la acusada, para información de otros, seguramente era un procedimiento muy habitual.

—¿Y esto? —pregunté, señalando las marcas en el cuello de cuero.

—Esa mujer era una tigresa cruel —dijo Dacre, dando media vuelta—. Yo creo que es evidente que tenía los dientes fuertes y afilados, como toda tigresa.

EL TARRO DE CAVIAR

(1908)

Era el cuarto día del asedio. Tanto la munición como las provisiones se estaban agotando. Cuando la Revuelta de los Bóxers[135] prendió de pronto y se propagó como el fuego en la hierba seca por todo el norte de China, los pocos europeos dispersos en las provincias periféricas tuvieron que congregarse en el puesto de defensa más cercano y aferrarse a la vida hasta que fueran a socorrerlos… o no. En el último caso, cuanto menos se hablara de su destino, mejor para ellos. En el primero, volverían al mundo con ese gesto indicador de lo cerca que habían estado de un final que los perseguiría en sus sueños para siempre.

Ichau se encontraba a solo setenta y cinco kilómetros de la costa, y había una escuadra europea en el golfo de Liantong. La guarnición, de un tamaño insignificante, constaba de cristianos nativos y trabajadores del ferrocarril —con un oficial alemán al mando y cinco civiles europeos para ayudarlo— que resistieron con valentía, convencidos de que la ayuda no tardaría en llegar por los cerros bajos que se alzaban al este. El mar se divisaba desde los cerros, y en el mar estaban sus compatriotas armados. Por tanto, de ningún modo podían sentirse abandonados. Con valeroso ánimo guarnecieron las troneras de las paredes de ladrillo, a punto de desmoronarse, que delimitaban el diminuto barrio europeo, y abrieron fuego enérgicamente, aunque sin eficacia, contra el rápido avance de los *sangars*, los puestos de observación fortificados de los bóxers. Era evidente que en cuestión de un par de días sus recursos se habrían agotado, pero igualmente lo era que en cuestión de uno o dos días vendrían a rescatarlos. Podía ser un poco antes o un poco después, pero nadie se habría atrevido jamás a insinuar que los refuerzos no llegarían a tiempo de arrancarlos del fuego. Hasta la noche del martes no se oyó una sola palabra de desánimo.

Era cierto que el miércoles su inquebrantable fe en lo que se acercaba por detrás de aquellos cerros orientales había menguado un poco. Las laderas grises seguían indiferentes y desiertas, mientras que los mortíferos *sangars* estaban cada vez más cerca: tan cerca que los temibles rostros que de vez cuando soltaban imprecaciones desde la cima resultaban perfectamente

visibles en todos sus horrorosos rasgos. No se veían ya tantos, ahora que el joven Ainslie, del servicio diplomático, con su estupenda carabina de caza de cartuchos del calibre .303 se había apostado dentro de la achaparrada torre de la iglesia y se pasaba el día abatiendo hostigadores. Pero un *sangar* mudo es aún más impresionante que uno clamoroso, y poco a poco, irresistiblemente, inevitablemente, los parapetos de ladrillo y escombros estaban cada vez más cerca. Pronto se habrían acercado lo suficiente para que sus desquiciados espadachines pudieran lanzar un ataque contra la frágil trinchera. La noche del viernes todo pintaba muy negro. El coronel Dresler, antiguo soldado de infantería del ejército alemán, iba de un lado a otro con el semblante impasible pero el ánimo por los suelos. Ralston, empleado del ferrocarril, se pasó la mitad de la noche en vela, escribiendo cartas de despedida. El anciano profesor Mercer, el entomólogo, estaba aún más callado y pensativo de lo habitual. Ainslie había perdido en parte su ligereza. En general, las señoras —la señorita Sinclair, la enfermera de la Misión Escocesa, y la señora Patterson y su guapa hija Jessie— eran las más serenas del grupo. El padre Pierre, de la Misión Francesa, tampoco parecía afectado, como era natural en un hombre que veía en el martirio una corona de gloria. Los bóxers que pedían a gritos su sangre desde el otro lado de la muralla le molestaban menos que su relación forzosa con la corpulenta presencia escocesa del señor Patterson, el sacerdote presbiteriano con quien llevaba diez años disputándose las almas de los nativos. Ahora se cruzaban los dos en los pasillos como el perro y el gato, vigilándose atentamente, no fuera a ser que el otro, incluso en las trincheras, birlase alguna oveja del rebaño rival susurrándole herejías al oído.

Pero la noche del miércoles pasó sin que estallara la crisis y el jueves volvía a reinar el optimismo. Fue Ainslie, desde la torre del reloj, el primero en oír el estruendo de un cañón lejano. A continuación lo oyó Dresler, y media hora más tarde lo habían oído todos: una poderosa voz de hierro que los llamaba a través de la distancia, pidiéndoles que se animaran, porque la ayuda ya estaba en marcha. Era evidente que el grupo de desembarco de la escuadra llevaba un buen trecho recorrido. No tardarían demasiado en llegar. Los cartuchos casi se habían acabado. Pronto tendrían que reducir las medias raciones de comida a cantidades aún más miserables. Pero ¿qué necesidad había de preocuparse ahora que el rescate estaba garantizado? Ese día no habría ataque, pues se veía a la mayoría de los bóxers dispersándose en dirección a los cañones lejanos, y las largas hileras de los *sangars* estaban mudas y abandonadas. Gracias a tal situación pudieron reunirse todos alrededor de la mesa a la hora de comer y formar un grupo alegre y

parlanchín, lleno de esa alegría de vivir que despide sus destellos más brillantes bajo la sombra inminente de la muerte.

—¡El tarro de caviar! —gritó Ainslie—. ¡Vamos, profesor, saque ese tarro de caviar!

—*Potz-tausend!*[136] Sí —resopló Dresler—. Ya va siendo hora de abrir ese famoso tarro.

Las señoras se sumaron al coro, y de todas partes de la larga y mal provista mesa llegó la petición de caviar.

Era un momento extraño para pedir esta delicia, pero pronto se conocerá la razón. El profesor Mercer, el entomólogo californiano, había recibido un tarro de caviar en una cesta de comida que le había llegado de San Francisco un par de días antes de que estallara la revuelta. Ese manjar, junto con tres botellas de Lacryma Christi de la misma cesta, se excluyó y apartó del fondo común de provisiones. Habían decidido, de común acuerdo, reservarlos para la feliz ocasión de la última comida, cuando ya vislumbraran el fin del peligro. El ruido sordo de los cañones que llegaba a sus oídos era una música más suntuosa que la que se podía ofrecer en el restaurante más sibarita de Londres. La ayuda habría llegado seguramente antes de la noche. ¿Por qué no ensalzar su pan rancio con el preciado caviar?

Pero el profesor negó con la cabeza enjuta y esbozó una sonrisa inescrutable.

—Mejor esperar —dijo.

—¡Esperar! ¿Por qué? —exclamó el grupo.

—Aún falta mucho para que lleguen.

—Estarán aquí como muy tarde a la hora de cenar —contestó Ralston, del ferrocarril, un hombre con la cara afilada como un pájaro, los ojos brillantes y una nariz larga y prominente—. Ya no pueden estar a más de quince kilómetros. Aunque solo avancen tres kilómetros por hora, a las siete deberían estar aquí.

—Hay una batalla en el camino —recordó el coronel—. Cuente con dos o tres horas para el combate.

—Ni media hora —contestó Ainslie—. Los atravesarán y pasarán de largo como si no estuvieran. ¿Qué va a hacer un puñado de bandidos con espadas y arcabuces frente a las armas modernas?

—Eso depende de quién comande la columna de rescate —replicó Dresler—. Si tienen la suerte de contar con un oficial alemán…

—¡Para mí un inglés! —exclamó Ralston.

—Dicen que el comodoro francés es un estratega excelente —señaló el padre Pierre.

—Eso a mí me importa un pito —dijo el entusiasta Ainslie—. El señor Mauser y el señor Maxim[137] son quienes nos sacarán de aquí, y con ellos a nuestro lado ningún mando puede equivocarse. Seguro que los barren y pasan de largo tranquilamente. Así que, profesor, ¡saque ese tarro de caviar!

Pero el científico seguía sin convencerse.

—Lo reservaremos para cenar —insistió.

—Bueno —dijo el señor Patterson con su entonación escocesa, lenta y precisa—, será una cortesía ofrecer algo agradable de comer a nuestros invitados… a los oficiales que vienen a auxiliarnos. Coincido con el profesor en que reservemos el caviar para la cena.

El argumento apelaba al sentido de la hospitalidad del grupo. Además, había una nota agradable y caballerosa en la idea de reservar su única delicia para agasajar a sus salvadores. Y no se habló más del caviar.

—Por cierto, profesor —dijo el señor Patterson—. Hoy mismo me he enterado de que es la segunda vez que vive usted un asedio. Seguro que a todos nos interesa conocer los detalles de su experiencia anterior.

El profesor puso un gesto muy serio.

—Fue en Sung-tong, en el sur de China, en el 89.

—Es una coincidencia extraordinaria que se encuentre por segunda vez en una situación tan peligrosa —observó el misionero—. Cuéntenos cómo los rescataron en Sung-tong.

El rostro cansado del profesor se ensombreció más todavía.

—No nos rescataron.

—¿Qué? ¿Cayó la plaza?

—Sí, cayó.

—Y usted salió con vida.

—Soy médico, además de entomólogo. Hubo muchos heridos. Yo me salvé.

—¿Y los demás?

—*Assez! Assez!*[138] —exclamó el misionero francés, levantando la mano en señal de protesta. Llevaba veinte años en China. Aunque el profesor no había dicho nada, había algo en sus ojos grises y apagados, una especie de horror, que hizo palidecer a las mujeres—. Lo siento —se disculpó el misionero—. Veo que es un tema doloroso. No tendría que haber preguntado.

—No —contestó el profesor, despacio—. Es más prudente no preguntar. Es mejor no hablar de estas cosas nunca. Pero parece que esos cañones están

mucho más cerca, ¿no?

No cabía la menor duda. Después de un rato de silencio, los cañonazos se habían reanudado, con una alegre oleada de disparos de fusil entre su nota grave dominante. Debían de estar justo al otro lado del cerro más próximo. Apartaron las sillas y salieron corriendo a las murallas. Los criados chinos de pies sigilosos entraron a recoger los restos de la comida frugal. Pero, cuando ya se habían retirado, el profesor seguía allí, con la enorme cabeza coronada de gris apoyada entre las manos y la misma expresión pensativa y de horror en la mirada. Hay fantasmas de los que uno puede librarse durante años pero, cuando se despiertan, no es fácil conseguir que se duerman de nuevo. Los cañonazos se habían interrumpido sin que el profesor se diera cuenta, porque estaba absorto en el recuerdo supremo y más aterrador de su vida.

La entrada del comandante vino a interrumpir por fin sus pensamientos. El oficial traía una sonrisa complaciente en su ancha cara de alemán.

—El káiser se alegrará mucho —dijo, frotándose las manos—. Sí, seguro que esto merece una condecoración. «Defensa de Ichau contra los bóxers al mando del coronel Dresler, antes comandante del 114.º Regimiento de Infantería de Hanover. Formidable resistencia de pequeña guarnición con abrumadoras posibilidades de derrota». Seguro que sale en los periódicos de Berlín.

—Entonces, ¿cree que estamos salvados? —preguntó el profesor, sin emoción ni euforia.

El coronel sonrió.

—Pero bueno, profesor, lo he visto más ilusionado esta mañana, cuando devolvió su *Lepidus Mercerensis* a su colección.

—Eso es porque la mosca ya estaba antes en mi caja —contestó el entomólogo—. He visto tantos giros extraños del destino a lo largo de mi vida que ya no sufro ni me alegro por nada hasta que estoy seguro de tener motivos. Pero cuénteme qué noticias hay.

—Bueno —dijo el coronel mientras encendía su larga pipa y estiraba las piernas enfundadas en unas botas altas—, apuesto mi reputación militar a que todo sale bien. Están avanzando deprisa y el fuego ha dejado de oírse. Lo que demuestra que la resistencia ha terminado y en cuestión de una hora los veremos asomar por la cima del cerro. Ainslie va a disparar tres veces desde la torre de la iglesia para dar la señal, y entonces haremos una pequeña incursión por nuestra cuenta.

—Y ¿ahora están esperando esa señal?

—Sí, estamos esperando los disparos de Ainslie. Se me ha ocurrido pasar el rato con usted, porque quería preguntarle algo.

—¿De qué se trata?

—Bueno, ha hablado usted de este otro sitio: del sitio de Sung-tong. Me interesa mucho desde un punto de vista profesional. Ahora que las señoras y los civiles no están aquí, espero que no tenga reparo en hablar de eso.

—No es un tema agradable.

—No, ya me lo imagino. *Mein Gott*! Lo cierto es que fue una tragedia. Pero ya ha visto usted cómo he dirigido la defensa aquí. ¿Lo he hecho con inteligencia? ¿Lo he hecho bien? ¿He estado a la altura de las tradiciones del ejército alemán?

—No creo que haya podido hacer más.

—Gracias. Pero esa otra plaza ¿se defendió con la misma destreza? La comparación es muy interesante para mí. ¿Pudo haberse salvado?

—No. Se hizo todo lo posible, menos una cosa.

—¡Ah! Hubo una omisión. ¿Cuál fue?

—No se debió permitir que nadie, las mujeres en particular, cayera con vida en manos de los chinos.

El coronel alargó su mano ancha y colorada para envolver con ella los dedos largos, blancos y nerviosos del profesor.

—Tiene usted razón. Mil veces. Pero no crea que he pasado por alto semejante idea. Por mi parte, moriría luchando, y Ralston y Ainslie harían lo mismo. Lo he hablado con ellos y está acordado. Con los demás también lo he hablado, pero ¿usted qué haría? Están el sacerdote, el misionero y las señoras.

—¿Ellos se dejarían prender con vida?

—No han prometido que pudieran tomar medidas para evitarlo. No se atreverían a quitarse la vida. Su conciencia no se lo permitiría. Por supuesto, todo ha terminado y ya no es necesario que hablemos de cosas tan horribles. Pero ¿qué habría hecho usted en mi lugar?

—Matarlos.

—*Mein Gott*! ¿Los mataría?

—Los mataría, por piedad. Lo he estado pensando. He visto la muerte con huevos calientes; he visto la muerte con agua hirviendo; he visto a las mujeres… ¡Dios mío! Me extraña haber podido volver a conciliar el sueño después de eso. —Su expresión, normalmente impasible, se había alterado por la angustia del recuerdo, y le temblaba toda la cara—. A mí me ataron a una estaca, con espinas en los párpados, para que no pudiera cerrar los ojos, pero ni siquiera el dolor que sentí viendo cómo torturaban a las mujeres me

angustió tanto como los reproches que me hice al pensar que un tubo de insípidas tabletas habría bastado para arrebatarlas de las garras de sus torturadores en el último momento. ¡Asesinato! ¡Estoy dispuesto a comparecer ante el tribunal Divino y responder por mil asesinatos así! ¡Pecado! Bueno, yo creo que es un acto que viene a limpiar la mancha del verdadero pecado del alma. Pero, si sabiendo lo que ahora sé no me atreviera a hacerlo, por segunda vez, ¡Dios mío!: no habrá infierno ni fuego suficiente para acoger mi espíritu cobarde y culpable.

El coronel se levantó y volvió a estrechar la mano del profesor.

—Habla usted con sentido común. Es un hombre valiente y fuerte que se conoce bien. ¡Dios mío! Habría sido usted muy útil si las cosas hubieran sido al contrario. He pasado muchas horas, en la oscuridad de la madrugada, pensando y haciéndome preguntas, pero no se me ocurría cómo hacerlo. Bueno, ya tendríamos que haber oído los disparos de Ainslie. Voy a ver qué pasa.

De nuevo, el anciano científico se quedó a solas con sus pensamientos. Por fin, al no oír los cañones de las tropas que venían en su auxilio ni ninguna otra señal de su llegada, se levantó, y estaba a punto de acercarse a las murallas para informarse cuando se abrió la puerta y el coronel Dresler entró en el comedor tambaleándose. Tenía el color blanco amarillento de un cadáver y el pecho hinchado como si acabase de dar una carrera agotadora. Había una botella de *brandy* en una mesa supletoria y se bebió un vaso de un trago. Después se desplomó en una silla.

—¿Y bien? —preguntó el profesor con frialdad—. ¿No llegan?

—No, no pueden llegar.

El silencio se prolongó más de un minuto mientras los dos hombres se miraban con perplejidad.

—¿Lo saben todos?

—Solo lo sé yo.

—¿Cómo se ha enterado?

—Estaba en la muralla, cerca de la puerta lateral, de la portezuela de madera que da a la rosaleda. Vi algo que se arrastraba entre los rosales. Llamaron a la puerta. Abrí. Era un tártaro cristiano y malherido, acribillado a espadazos. Venía del campo de batalla. Lo enviaba el comodoro Wyndham, el inglés. Los bóxers les han cortado el paso. La fuerza de socorro se ha quedado casi sin munición. Han tenido que atrincherarse y esperar a que lleguen repuestos de los barcos. Pueden tardar tres días. El mensajero no pudo decir nada más. ¡Dios mío! Ha sido suficiente.

El profesor arqueó las cejas grises y peludas.

—¿Dónde está ese hombre?

—Ha muerto. Se ha desangrado. Su cadáver sigue en la puerta lateral.

—Y ¿nadie lo ha visto?

—Nadie ha hablado con él.

—¡Ah! Entonces ¿lo han visto?

—Ainslie ha debido de verlo desde la torre de la iglesia. Seguramente sabe que he recibido noticias. Querrá saber qué pasa. Si se lo cuento, tendré que decírselo a todos.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir?

—Una o dos horas como máximo.

—¿Está completamente seguro?

—Pongo mis méritos militares como garantía.

—Entonces ¿vamos a caer?

—Sí, vamos a caer.

—¿No hay ninguna esperanza?

—No.

La puerta se abrió de golpe y el joven Ainslie entró como un torbellino. Lo seguían Ralston, Patterson y una multitud de hombres blancos y cristianos nativos.

—¿Ha recibido noticias, coronel?

El profesor Mercer dio un paso al frente.

—El coronel Dresler acaba de informarme. No hay de qué preocuparse. Nuestros rescatadores se han detenido pero estarán aquí mañana a primera hora. Ya ha pasado el peligro.

El grupo estalló en vítores. Todos se reían y se estrechaban la mano.

—Pero… ¿y si nos atacaran antes de mañana? —preguntó Ralston con petulancia—. ¿Por qué no siguen avanzando esos malditos idiotas? ¡Son unos vagos del demonio y se merecen un consejo de guerra, todos ellos!

—No hay peligro —dijo Ainslie—. Les han dado una buena paliza. Hemos visto cómo se llevaban a los heridos por el cerro, a cientos. Han debido de perder a muchos hombres. No atacarán antes de mañana.

—No, no —asintió el coronel—. Seguro que no atacan antes de mañana. De todos modos, vuelvan a sus puestos. No podemos descuidarnos.

Salió del comedor con los demás, pero volvió la cabeza un momento y miró a los ojos del viejo profesor. «Lo dejo en sus manos» fue el mensaje que le transmitió.

El profesor respondió con una grave sonrisa.

La tarde transcurrió sin que los bóxers se lanzaran al último ataque. Para el coronel Dresler estaba claro que la inusitada calma solo significaba que se estaban reagrupando después del combate con la columna de auxilio, concentrándose para el ineludible ataque definitivo. Todos los demás creían que el sitio efectivamente había terminado, que los enemigos habían sufrido demasiadas bajas y estaban paralizados. Así pues, fue un grupo muy alegre y bullicioso el que se reunió a la hora de la cena, cuando se descorcharon las tres botellas de Lacryma Christi y por fin se abrió el famoso tarro de caviar. Era bastante grande y, aunque cada uno tomó una cucharada, el manjar no llegó a terminarse ni mucho menos. Ralston, como buen epicúreo, se permitió una ración doble y la picoteó como un pájaro hambriento. También Ainslie había repetido. El profesor se sirvió una cucharada grande y el coronel Dresler, que no le quitaba los ojos de encima, hizo lo mismo. Las señoras comieron de buena gana, menos la guapa señorita Patterson, a quien no le gustaba el sabor fuerte y salado. A pesar de los corteses ofrecimientos del profesor, su parte seguía casi intacta a un lado del plato.

—No le gusta este manjar —dijo el profesor—. Vaya decepción, porque quería que todos lo disfrutaran. Le ruego que se tome el caviar.

—Nunca lo he probado. Seguro que con el tiempo me irá gustando.

—Bueno, pues en algún momento hay que empezar. ¿Por qué no empieza a educar su gusto ahora? ¡Por favor!

La cara guapa y alegre de Jessie Patterson resplandeció con su radiante sonrisa infantil.

—¡Vaya, qué serio se pone, profesor Mercer! —dijo, riéndose—. No sabía que fuera usted tan cortés. Aunque no me lo tome, se lo agradezco igualmente.

—Es tonta si no se lo toma —contestó el profesor, con tanta brusquedad que la sonrisa se borró de los labios de la muchacha y sus ojos adquirieron una expresión tan seria como los del anciano—. Le aseguro que es una tontería no comer caviar esta noche.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque lo tiene en el plato. Porque es pecado desperdiciarlo.

—¡Bueno! ¡Bueno! —terció la corpulenta señora Patterson, inclinándose hacia ellos—. No insista más. Está claro que a la chica no le gusta. Pero no lo vamos a desperdiciar —añadió. Y, con la hoja del cuchillo, pasó el caviar del plato de Jessie al suyo—. Así no se desperdicia. Ya puede quedarse tranquilo, profesor.

Pero no podía quedarse tranquilo. Al contrario, su expresión se alteró como si topara de pronto con un obstáculo inesperado y formidable. Se enfrascó en sus pensamientos.

El alegre murmullo de la conversación continuaba. Todo el mundo rebosaba de planes para el futuro.

—No, no, para mí no hay vacaciones —dijo el padre Pierre—. Los sacerdotes no nos tomamos vacaciones. Ahora que la misión y la escuela ya están funcionando, voy a dejarlo todo en manos del padre Amiel para fundar otra más hacia el oeste.

—¿Se marcha de aquí? —preguntó el señor Patterson—. ¿No me diga que se va de Ichau?

El padre Pierre movió la venerable cabeza con un aire entre admonitorio y burlón.

—No se alegre usted tanto, señor Patterson.

—Bueno, bueno, tenemos opiniones muy distintas —dijo el presbiteriano—, pero no le guardo ningún rencor, padre Pierre. Aun así, no entiendo que un hombre educado y sensato, a estas alturas de la historia, pueda enseñar a esos pobres paganos que…

Un murmullo general de censura puso fin a la discusión teológica.

—¿Usted qué hará, señor Patterson? —preguntó alguien.

—Bueno, voy a pasar tres meses en Edimburgo, para asistir al encuentro anual. Seguro que tú te alegrarás de hacer algunas compras en Princess Street, Mary. Y tú, Jessie, conocerás a gente de tu edad. Volveremos en otoño, cuando se os hayan calmado un poco los nervios.

—Desde luego que buena falta nos hace —dijo la señorita Sinclair, la enfermera de la misión—. Esta tensión prolongada me afecta de un modo rarísimo. Ahora mismo me están zumbando los oídos.

—¡Vaya! Eso tiene gracia porque a mí me está pasando justo lo mismo —contestó Ainslie—. Un absurdo zumbido que sube y baja, como una moscarda azul borracha que intentara hacer experimentos con su registro musical. Como bien dice, debe de ser por la tensión nerviosa. Yo vuelvo a Pekín, y espero conseguir un ascenso. Allí puedo jugar buenos partidos de polo, y eso, que yo sepa, viene muy bien para renovarse. ¿Qué hará usted, Ralston?

—No lo sé. Casi no he tenido tiempo de pensarlo. Quiero pasar unas buenas vacaciones al sol, disfrutar y olvidarme de todo. Me ha hecho gracia ver todas esas cartas en mi habitación. El miércoles por la noche lo vi tan negro que decidí poner en orden mis asuntos y escribí a todos mis familiares y amigos. La verdad es que no sé cómo esperaba enviar las cartas, pero

confiaba en la suerte. Creo que voy a guardarlas de recuerdo. Siempre me recordarán que nos hemos salvado por los pelos.

—Sí, yo las guardaría —coincidió Dresler.

Lo dijo con una voz tan grave y solemne que todas las miradas se volvieron hacia él.

—¿Qué pasa, coronel? Parece melancólico esta noche. —Fue Ainslie quien hizo este comentario.

—No, no. Estoy muy contento.

—Y no es para menos, viendo la victoria tan cerca. Estamos todos en deuda con usted, por sus conocimientos y su habilidad. No creo que hubiéramos podido resistir sin su ayuda. Señoras y señores, propongo que bebamos a la salud del coronel Dresler, del Ejército Imperial Alemán. *Er soll leben… hoch!*[139]

Todos se pusieron en pie y levantaron sus copas por el soldado, entre sonrisas e inclinaciones de cabeza.

El coronel se ruborizó de orgullo profesional.

—Siempre he llevado mis libros conmigo. No he olvidado nada. No creo que hubiera podido hacerse más. Si las cosas hubieran salido mal, si hubiéramos caído, estoy seguro de que ustedes me habrían librado de toda culpa o responsabilidad —dijo, mirando con tristeza a su alrededor.

—Hablo en nombre de todos, coronel Dresler —contestó el sacerdote escocés—, cuando digo que… ¡Dios nos guarde! ¿Qué le pasa al señor Ralston?

Se había quedado plácidamente dormido, con la cabeza sobre los brazos cruzados.

—No se preocupen —se apresuró a decir el profesor—. Estamos empezando a reaccionar. No me cabe la menor duda de que todos podemos venirnos abajo. Hasta esta noche creíamos que no saldríamos de esta.

—Yo lo comprendo perfectamente —dijo la señora Patterson—. Nunca había tenido tanto sueño. Casi no puedo sostener la cabeza. —Y con esto se reclinó en la silla y cerró los ojos.

—Bueno, es la primera vez que le veo hacer esto a Mary —dijo su marido, riendo con ganas—. ¡Dormirse cenando! ¿Qué dirá cuando se lo contemos? Pero ¡qué calor hace! El ambiente está muy cargado. Yo desde luego puedo disculpar a cualquiera por quedarse dormido. Me parece que yo también estoy a punto de caer.

Ainslie estaba muy animado y hablador. Había vuelto a levantarse, con la copa en la mano.

—Creo que tenemos que beber todos juntos y cantar luego el *Auld Lang Syne*[140] —dijo, sonriendo a la compañía—. Llevamos una semana en el mismo barco, y hemos llegado a conocernos de un modo que no es posible en la quietud de la paz. Hemos aprendido a apreciarnos y a apreciar el país de origen del otro. Aquí el coronel representa a Alemania. Y el padre Pierre a Francia. El profesor viene de Estados Unidos. Ralston y yo somos británicos. Y las señoras, ¡benditas sean! Han sido como ángeles de misericordia y compasión desde que empezó el sitio. Creo que tenemos que beber a su salud. Es admirable su valor sereno… su paciencia, su… ¿cómo decirlo?… su fortaleza, su…, su… ¡caramba, miren al coronel! También se ha quedado dormido… Este clima es soporífero.

La copa se estrelló contra la mesa, y el joven volvió a sentarse, murmurando para sus adentros. La señorita Sinclair, la pálida enfermera de la misión, también se había quedado dormida y estaba desmadejada sobre el brazo de la silla como un lirio roto. El señor Patterson echó un vistazo y se levantó de un salto. Se pasó la mano por la frente acalorada.

—Esto no es natural, Jessie. ¿Por qué están todos dormidos? Mira al padre Pierre, también ha caído. Jessie, Jessie, tu madre está fría. ¿Estará muerta? ¡Hay que abrir las ventanas! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Se puso en pie, tambaleándose, y echó a correr hacia las ventanas, pero a medio camino agachó la cabeza, se le doblaron las rodillas y cayó de bruces.

Jessie también se había levantado de un salto. Con los ojos llenos de horror, miró a su padre postrado y al círculo de personas calladas.

—¡Profesor Mercer! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —preguntó a gritos—. ¡Ay, Dios mío! ¡Se están muriendo! ¡Están muertos!

El anciano consiguió incorporarse, con un supremo esfuerzo de la voluntad, a pesar de que la oscuridad ya había empezado a espesarse a su alrededor.

—Mi querida muchacha —tartamudeó, tropezando con las palabras—, queríamos ahorrarle esto. No habría sido doloroso mental ni físicamente. Era cianuro. Lo he puesto en el caviar. Pero no ha querido probarlo.

—¡Dios mío! —La joven se alejó del profesor con los ojos dilatados de espanto—. ¡Monstruo! ¡Monstruo! ¡Los ha envenenado!

—¡No! ¡No! Los he salvado. Usted no conoce a los chinos. Son terribles. Dentro de una hora habríamos caído todos en sus manos. Tómeselo, hija. —No había terminado la frase cuando una descarga de disparos estalló justo debajo de la ventana—. ¡Mire! ¡Ya están aquí! Deprisa, hija, deprisa, ¡todavía puede librarse de ellos! —Pero sus palabras cayeron en oídos sordos, porque

la muchacha se había desmayado en la silla. El profesor se quedó un instante escuchando los disparos. ¿Qué era aquello? ¡Dios misericordioso! ¿Qué era aquello? ¿Se estaba volviendo loco? ¿Eran los efectos del veneno? ¿No oía claramente vítores europeos? Sí: alguien daba órdenes en inglés. Oyó las voces de los marineros. Ya no le quedaba la menor duda. Milagrosamente, la columna de auxilio había llegado a pesar de todo. Alzó los largos brazos al cielo con desesperación—. ¿Qué he hecho? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Fue el propio comodoro Wyndham el primero que entró en el funesto comedor después de haber emprendido con éxito su desesperado ataque nocturno. Únicamente en la muchacha, que gimió y se movió levemente, quedaba algún indicio de vida. Aun así, hubo en el círculo una persona que encontró fuerzas para cumplir un último deber supremo. Desde la puerta, donde se había quedado atónito, el comodoro vio que una cabeza grande y gris se levantaba despacio de la mesa, y la silueta alta del profesor se erguía un instante, tambaleándose.

—¡Cuidado con el caviar! ¡Por Dios, no toquen el caviar! —advirtió con voz ronca.

Luego volvió a hundirse en el asiento y pasó a completar el círculo de cadáveres.

EL ESPEJO DE PLATA

(1908)

3 de enero. Esto de la contabilidad de White y Wotherspoon se está convirtiendo en una tarea titánica. Hay veinte libros enormes que examinar y revisar. ¿Quién querría ser asociado? Pero este es el primer encargo importante que dejan totalmente en mis manos y tengo que estar a la altura. El caso es que hay que terminarlo y entregar el informe a los abogados a tiempo para el juicio. Johnson me ha dicho esta mañana que antes del 20 de este mes tengo que haber repasado hasta el último número. ¡Dios mío! En fin, ¡al ataque! Y, si el cerebro y los nervios resisten el esfuerzo, saldré ganando por otro lado. Tengo que trabajar en la oficina de diez a cinco y hacer luego una segunda sesión desde aproximadamente las ocho hasta la una de la madrugada. Hay dramatismo en la vida de un contable. A esas horas de la noche, mientras el mundo duerme y yo repaso columnas y columnas en busca de esos números suprimidos que transformarán a un respetado concejal en un felón, pienso que la profesión en el fondo no es tan prosaica.

El lunes detecté el primer indicio de desfalco. Ningún cazador ha sentido nunca mayor emoción al dar con el rastro de su presa. Pero cuando veo los veinte libros solo pienso en la selva que tengo que atravesar para encontrarla antes de abatirla. Un trabajo arduo… aunque ¡también una diversión extraña, en cierto modo! He visto a ese tipo una vez, en una cena de la City: gordo, con la cara colorada y brillante, y una servilleta blanca alrededor del cuello. Observaba al hombrecillo pálido sentado al otro extremo de la mesa. Él también se habría puesto pálido si hubiera sabido la tarea que iba a recaer sobre mí.

6 de enero. ¡Qué ridículo que los médicos receten descanso cuando es imposible descansar! ¡Idiotas! Es como si le gritaran a un hombre que lleva una manada de lobos pisándole los talones que se quede completamente quieto. Mis números tienen que estar listos para una fecha determinada: de lo contrario perdería la oportunidad de mi vida, así que ¿cómo demonios voy a descansar? Ya me tomaré una semana libre después del juicio.

Puede que haya sido una tontería ir al médico pero es que me pongo muy nervioso y tenso por las noches, cuando estoy trabajando solo. No es dolor: es

la sensación de tener la cabeza cargada y a veces la vista borrosa. Pensé que podía sentarme bien un poco de bromuro o de clorato. Pero ¿dejar de trabajar? Es una petición absurda. Esto es como una carrera de fondo. Al principio te sientes raro, se te dispara el corazón y te estallan los pulmones, pero quien tiene el coraje de aguantar consigue recuperar fuelle. Así que seguiré trabajando, a ver si recupero fuelle. Y, si no lo consigo, da igual: seguiré trabajando. Ya he terminado dos libros y llevo el tercero bastante avanzado. El sinvergüenza ha cubierto su rastro con mucho cuidado, pero aun así no se me escapa.

9 de enero. No tenía intención de volver al médico pero no me ha quedado más remedio. «Estoy forzando los nervios, al borde del colapso, incluso poniendo en peligro mi cordura». Bonita frase para dispararla a bocajarro. Bueno, he decidido resistir el esfuerzo y correr el riesgo: mientras sea capaz de seguir sentado en la silla y mover la pluma seguiré persiguiendo a ese rufián.

Por cierto, quizá debería contar la extraña experiencia que me ha hecho ir al médico por segunda vez. Voy a llevar un registro riguroso de mis síntomas y sensaciones, porque son interesantes en sí —«un curioso caso psicofisiológico», dice el médico— y también porque estoy segurísimo de que cuando haya pasado todo me parecerá irreal y confuso, como un sueño extraño, sin estar ni dormido ni despierto. Por eso quiero tomar nota de todo, mientras lo tenga fresco en la memoria, aunque solo sea para despejar un poco la cabeza después de tantos números.

Hay un espejo antiguo en mi habitación, con el marco de plata. Me lo regaló un amigo aficionado a las antigüedades y, por lo que sé, lo compró en una liquidación, sin tener la menor idea de su procedencia. Es grande —mide un metro de ancho y sesenta de alto— y está apoyado sobre una mesita auxiliar que tengo a mi izquierda mientras escribo. El marco es plano, de unos diez centímetros de ancho, y muy antiguo; demasiado antiguo para determinar su edad por el sello de la plata o por cualquier otro procedimiento. El cristal está biselado y tiene el magnífico poder reflectante que, en mi opinión, solo se ve en los espejos muy antiguos. Mirarse en él produce una sensación de perspectiva que los espejos modernos nunca ofrecen.

Tal como está colocado, cuando estoy sentado a la mesa normalmente solo veo el reflejo de las cortinas rojas. Pero anoche ocurrió algo curioso. Llevaba unas horas trabajando, muy a contrapelo, con continuos ataques de esa visión borrosa de la que ya me he quejado. Tenía que descansar de vez en cuando para que se me aclarasen los ojos. Pues bien, en una de estas paradas,

miré por casualidad hacia el espejo. Fue rarísimo. Las cortinas rojas que tendría que haber visto reflejadas en él no estaban, y el vidrio parecía turbio y empañado, no en la superficie, que brillaba como el acero, sino muy dentro, en el propio material. Esta opacidad, cuando la miré atentamente, me pareció que giraba muy despacio en distintos sentidos hasta componer una nube blanca y densa que se movía en grandes espirales. La imagen era tan sólida y tan real, tan razonable, que recuerdo que volví la cabeza con la idea de que las cortinas estaban ardiendo. Pero una quietud total reinaba en la habitación: ni un solo ruido, aparte del tictac del reloj; ni un solo movimiento, aparte de la lenta rotación de la extraña nube lanosa en las profundidades del espejo antiguo.

Y entonces, mientras seguía observando, fue como si la bruma, o el humo, o la nube, o como quiera llamarse, se fundiera o solidificara en dos puntos muy juntos; y, con un escalofrío de interés más que de miedo, vi que los puntos eran dos ojos que miraban hacia la habitación. Vislumbraba el perfil de una cabeza: de mujer, a juzgar por el pelo, aunque estaba demasiado oscuro. Solo los ojos se veían con claridad. Eran unos ojos oscuros, brillantes, cargados de una emoción muy fuerte: no sabía decir si de ira o de horror. Jamás he visto unos ojos tan intensamente llenos de vida. No me miraban a mí, sino la habitación. Luego, cuando me erguí en el asiento y me pasé una mano por la frente, haciendo un esfuerzo consciente por tranquilizarme, la cabeza borrosa se diluyó en la opacidad general, el espejo se aclaró poco a poco, y las cortinas rojas reaparecieron.

Una persona escéptica diría, sin duda, que me quedé dormido entre mis números y que esta experiencia fue un sueño. Lo cierto es que en la vida he estado más despierto. Era capaz de reflexionar sobre lo que estaba viendo y de decirme que se trataba de una impresión subjetiva —una quimera de los nervios— concebida por el insomnio y la preocupación. Pero ¿por qué aquella forma en particular? Y ¿quién es la mujer, y cuál la fuerte emoción que leí en aquellos fascinantes ojos castaños? Esos ojos me distraen de mi tarea. Por primera vez he hecho menos de la parte diaria que me había propuesto. Quizá por eso esta noche no haya tenido sensaciones anormales. Mañana tendré que espabilar, pase lo que pase.

11 de enero. Todo en orden, y avanzando a buen ritmo en mi trabajo. Voy estrechando el cerco, paso a paso, alrededor del gordo. Aunque puede que él sea el último en reír si llegaran a fallarme los nervios. El espejo parece una especie de barómetro que marca mi presión cerebral. Noche tras noche he observado que se empañaba antes de que hubiera podido terminar mi tarea.

El doctor Sinclair (que, por lo visto, tiene dotes psicológicas) se interesó tanto por mi relato que ha venido esta noche a echar un vistazo al espejo. Me había fijado en que había algo escrito por detrás del marco de metal, con una caligrafía antigua muy apretada. Ha estado examinando la inscripción con una lupa, pero no la entendía. Su última lectura ha sido «Sanc. X. Pal.», cosa que no nos aclara nada. Me ha recomendado que me lleve el espejo a otra habitación, aunque en definitiva, eso ha dicho, lo que veo en el espejo no es más que un síntoma. Es en la causa donde reside el peligro. Tendría que deshacerme de los veinte libros si pudiera: no del espejo de plata. Ya voy por el octavo, o sea, que he progresado.

13 de enero. Puede que al final hubiera sido más prudente llevarme el espejo a otro lado. Anoche tuve una experiencia extraordinaria. Aun así, me parece tan interesante, tan prodigiosa, que he decidido dejar el espejo en su sitio. ¿Qué narices significa todo esto?

Sería sobre la una de la madrugada, y estaba cerrando mis libros antes de irme a la cama dando tumbos cuando vi a la mujer delante de mí. La fase de bruma y movimiento debía de haber pasado sin que yo lo notara, y allí estaba ella, con toda su belleza, su angustia y su pasión, tan nítida como si fuera de carne y hueso. Tenía el cuerpo pequeño aunque muy bien definido: hasta su último rasgo y el último detalle de su vestido se han quedado grabados en mi memoria. Está sentada en el borde izquierdo del espejo. Agachada, a su lado, hay una figura oscura —distingo vagamente que es un hombre—, y detrás de ellos está la bruma, en la que veo más figuras: figuras en movimiento. No es un simple cuadro lo que estoy viendo. Es una escena viva, un episodio real. La mujer se encoge y tiembla. El hombre que está a su lado se acobarda. Las figuras confusas gesticulan y se mueven bruscamente. El interés se traga todos mis temores. Era desesperante ver tanto y no ver más.

Pero al menos puedo describir a la mujer hasta el último detalle. Es muy guapa y bastante joven: yo diría que no tiene más de veinticinco años. Tiene el pelo oscuro, de un color castaño cálido que tira cada vez más a dorado en las puntas. Lleva un gorrito plano en ángulo sobre la frente y hecho de encaje y perlas. La frente es alta, quizá demasiado para que su belleza sea perfecta; pero nadie querría cambiarla, porque le da un toque de fuerza y poder a lo que de otro modo sería un dulce rostro femenino. Las cejas componen un arco delicadísimo sobre los párpados caídos, y luego están esos ojos fascinantes: tan grandes, tan oscuros, tan llenos de una emoción abrumadora, de ira u horror, en combate con un orgullo que la obliga a dominarse para no caer en la desesperación. Las mejillas son pálidas; los labios están blancos de

angustia; y tanto la barbilla como el cuello tienen una redondez exquisita. La mujer está sentada en una silla, inclinada hacia delante, rígida y en tensión, cataléptica de puro horror. Lleva un vestido de terciopelo negro, con una joya que brilla como una llama en el pecho, y un crucifijo dorado arde en la sombra de un pliegue de la tela. La imagen de esta mujer sigue viva en el antiguo espejo de plata. ¿Qué aciago suceso ha dejado aquí su impronta para que ahora, en otra época, si el espíritu de un hombre se roza con él, pueda tomar conciencia de su presencia?

Otro detalle: en el lado izquierdo de la falda del vestido negro, al principio me pareció que había un montón informe de cinta blanca. Luego, porque miré con más atención o porque la visión se volvió más nítida, por fin vi lo que era. Era la mano de un hombre, apretada y retorcida de dolor, que se aferraba convulsivamente a un pliegue de la falda. El resto de la figura agazapada era poco más que un vago perfil, pero esta mano tenaz destacaba claramente contra el fondo oscuro, y había en su modo desesperado de agarrar una siniestra insinuación de tragedia. El hombre está asustado, asustadísimo. Eso salta a la vista. ¿Qué ha podido ocurrir que tanto lo aterra? ¿Por qué se aferra al vestido de la mujer? La respuesta reside en las figuras que se mueven al fondo. Les han puesto en peligro, a él y a ella. Me fascinaba la curiosidad del caso. Dejé de pensar que guardaba relación con mis nervios y seguí mirando como si estuviera viendo una obra de teatro. Pero no descubrí nada más. La niebla se diluyó. Todas las figuras se vieron vagamente envueltas en un movimiento tumultuoso. Y luego, el espejo recuperó la claridad.

El médico dice que tengo que descansar un día, y puedo permitírmelo porque últimamente he avanzado a buen ritmo. Es obvio que las visiones dependen únicamente de mi estado nervioso, porque esta noche he pasado una hora sentado delante del espejo sin ningún resultado. Mi día de descanso las ha ahuyentado. ¿Llegaré alguna vez a saber qué significan? Esta tarde he examinado el espejo con buena luz y, aparte de esa misteriosa inscripción, «Sanc. X. Pal.» me ha parecido ver en la plata restos de marcas heráldicas, muy leves. Deben de ser muy antiguas porque están casi borradas. Por lo que he podido distinguir, eran tres puntas de lanza: dos arriba y una abajo. Voy a enseñárselas al médico cuando venga mañana.

14 de enero. Me encuentro perfectamente y me he propuesto que nada vuelva a apartarme del trabajo hasta que haya terminado. Le he enseñado al médico las marcas del espejo y coincide en que son emblemas heráldicos. Le interesa mucho todo lo que he contado, y me ha hecho un interrogatorio exhaustivo para conocer los detalles. Me divierte verlo escindido entre dos

deseos contrarios: uno es que los síntomas de su paciente desaparezcan, y el otro que el médium —pues así es como me ve— resuelva este misterio del pasado. Me ha aconsejado que prolongue el descanso, pero tampoco se opuso con demasiada contundencia cuando le dije que eso sería imposible hasta que haya revisado los dos libros que faltan.

17 de enero. Llevo tres noches sin tener experiencias: el día de descanso ha surtido su efecto. Me queda por hacer solo una cuarta parte de mi tarea pero tengo que avanzar a marchas forzadas porque los abogados están reclamando material. Voy a darles material más que de sobra. Tengo pillado a ese ladrón en cien apuntes. Cuando vean lo escurridizo y astuto que es, espero que se me reconozca algún mérito en el caso. Cuentas de resultados falsas, balances falseados, fraude en el reparto de dividendos, pérdidas anotadas como beneficios, ocultación de gastos, malversación de gastos menores… ¡qué historial!

18 de enero. Dolor de cabeza, calambres, visión borrosa, presión en las sienes: todos los síntomas que anuncian la llegada del trance; y el trance llegó sin falta. Pero lo que más siento no es tanto que la visión se presente como que se interrumpa antes de haberlo revelado todo.

Esta noche he visto más cosas. El hombre agachado y agarrado al vestido de la mujer aparecía tan claro como ella. Es pequeño y de tez morena, con una barbita de chivo negra. Lleva una túnica de damasco holgada y con ribete de piel. El color predominante de su indumentaria es el rojo. ¡Qué asustado está! Se agazapa, tiembla y mira con terror por encima del hombro. Tiene un cuchillo en la otra mano, pero con tanto miedo y tanto temblor no es capaz de usarlo. Ahora empiezo a distinguir vagamente las figuras del fondo. Veo caras brutales, oscuras y con barba, perfiladas en la bruma. Hay un ser espantoso, un hombre esquelético, con las mejillas cóncavas y los ojos hundidos en las cuencas. También tiene un cuchillo en la mano. A la derecha de la mujer hay un hombre alto, muy joven, de pelo lacio y gesto huraño y malhumorado. La hermosa mujer lo mira con aire suplicante. Lo mismo hace el hombre que está en el suelo. Parece que el joven es el árbitro de su destino. El hombre agazapado se esconde entre las faldas de la mujer. El joven alto se inclina para apartarla. Hasta ahí vi anoche antes de que el cristal se aclarase. ¿Nunca sabré cómo termina todo y por qué empezó? No es una fantasía, de eso estoy muy seguro. En alguna parte y en algún momento se ha representado esta escena, y este espejo antiguo la ha reflejado. Pero ¿cuándo…, dónde?

20 de enero. Mi trabajo se acerca a su fin, y ya iba siendo hora. La sensación de tensión y de presión en el cerebro es insoportable y me está

advirtiendo de que algo se va a romper. El trabajo me ha llevado al límite. Pero esta noche debería ser la última. Tengo que hacer un esfuerzo supremo para terminar el último libro y completar el caso antes de poder levantarme de la silla. Y lo voy a hacer. Sí.

7 de febrero. Lo he hecho. ¡Dios mío, qué experiencia! Ni siquiera sé si aún tengo la fuerza necesaria para escribir.

Permítanme que explique, en primer lugar, que escribo estas líneas en la clínica privada del doctor Sinclair, unas tres semanas después de la última entrada de mi diario. La noche del 20 de enero, mi sistema nervioso por fin se derrumbó, y no recuerdo nada de lo que pasó desde entonces hasta hace tres días, cuando me trajeron a la casa de reposo. Puedo descansar con la conciencia tranquila. Terminé mi cometido antes de desmoronarme. Mis cuentas están en manos de los abogados. La caza ha terminado.

Y ahora voy a describir esa última noche. Había jurado terminar mi tarea, y cumplí mi palabra con tanto celo que aunque me estallaba la cabeza no levanté la vista hasta que hube añadido la última columna. A pesar de mi contención, en todo momento era consciente de que en el espejo estaban ocurriendo cosas extraordinarias. Hasta el último nervio de mi cuerpo así me lo decía. Si miraba, adiós a mi trabajo. Por eso no miré antes de terminar. Después, cuando con un dolor punzante en las sienes solté la pluma y levanté los ojos: ¡qué imagen!

El espejo con el marco de plata era como un escenario, lleno de luz, en el que se estaba desarrollando una tragedia. En ese momento no había bruma. Mi tensión nerviosa había forjado aquella sorprendente claridad. Hasta el último rasgo y movimiento era tan nítido como en la vida real. ¡Quién iba a imaginarse que yo, un contable cansado, el hombre más prosaico del mundo, con los libros de contabilidad de una estafa financiera delante de mí, sería el elegido entre todos los seres de la tierra para presenciar semejante escena!

La escena y los personajes eran los mismos, pero la situación había avanzado. El joven alto estaba abrazando a la mujer. Ella intentaba apartarse de él y lo miraba con un gesto de odio. Habían conseguido apartar al hombre agachado de las faldas de la mujer. Una docena de salvajes barbudos lo rodeaban. Lo estaban acuchillando. Todos le clavaban el cuchillo al mismo tiempo. Subían y bajaban los brazos al compás. El hombre sangraba a chorros. Tenía la túnica roja empapada de sangre. Se revolvía a uno y otro lado, púrpura sobre carmesí, como una ciruela más que madura. Seguían acuchillándolo, y el hombre seguía sangrando a chorros. Era espantoso: ¡espantoso! Lo arrastraron hasta la puerta a patadas. La mujer lo miraba todo

por encima del hombro, atónita. Yo no oía nada pero sabía que ella estaba gritando. Y entonces, no sé si fue por la salvajada que estaba viendo o porque, una vez concluida mi tarea, todo el sobresfuerzo de las últimas semanas me aplastó de golpe, la habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor, sentí que el suelo se hundía debajo de mis pies y no recuerdo nada más. Mi casera me encontró a primera hora de la mañana, tirado delante del espejo de plata, pero he estado inconsciente hasta hace tres días, cuando me desperté en la profunda paz de esta clínica.

9 de febrero. Hoy por fin le he contado al doctor Sinclair mi experiencia completa. Hasta ahora no me había dejado que hablara de ella. Me ha escuchado con el máximo interés. «¿No identifica la escena con algún acontecimiento histórico famoso?», me ha preguntado con un gesto de recelo. Le he asegurado que no sé nada de historia. «¿No tiene ni siquiera una vaga idea de de dónde salió ese espejo y de quién era?», ha añadido. «¿Y usted?», he contestado, viendo que sabía algo. «Es increíble —ha dicho—. Pero ¿cómo explicarlo si no? Las escenas que me ha descrito lo insinuaban, pero ahora ya excede totalmente de la mera coincidencia. Esta tarde le traeré unas notas».

Más tarde. Acaba de marcharse. Permítanme que transcriba sus palabras con toda la exactitud que las recuerdo. Para empezar ha dejado varios volúmenes mohosos encima de mi cama.

—Puede consultarlos cuando le parezca —ha dicho—. Aquí tengo algunas notas que puede usted confirmar. No cabe duda de que lo que ha visto es el asesinato de Rizzio a manos de los nobles escoceses en presencia de la reina María, en marzo de 1566[141]. Su descripción de la mujer es exacta. La frente alta y los párpados caídos, combinados con tanta belleza, difícilmente pueden atribuirse a dos mujeres. El joven alto era su marido, Darnley. Rizzio, según las crónicas, «vestía una túnica de damasco holgada y ribeteada en piel, con calzas de terciopelo rojizo». Con una mano se aferraba al vestido de María, y en la otra sostenía una daga. Ese hombre del espejo cadavérico, el de los ojos hundidos, era Ruthven, que acababa de levantarse de la cama tras una larga enfermedad. Todos los detalles son exactos.

—Pero ¿por qué yo? —le he preguntado, lleno de perplejidad—. ¿Por qué yo entre todos los seres humanos?

—Porque su estado mental era el idóneo para recibir la impresión. Porque se da la casualidad de que el espejo que la transmitía es suyo.

—¡El espejo! Entonces ¿usted cree que el espejo era de la reina María y estaba en la sala donde se cometió el asesinato?

—Estoy convencido de que era el espejo de la reina María. Había sido reina de Francia. Sus objetos personales llevarían grabados el escudo real. Lo que usted tomó por tres cabezas de lanza eran flores de lis.

—¿Y la inscripción?

—«Sanc. X. Pal.». Es la abreviatura de Sanctae Crucis Palatium. Alguien quiso dar fe de la procedencia del espejo. Venía del palacio de la Santa Cruz.

—¡El palacio de Holyrood!

—Exacto. Su espejo venía de Holyrood. Ha tenido usted una experiencia extrañísima y ha salido ileso. Espero que no vuelva a arriesgarse a tener otra similar.

EL TERROR DE LA CUEVA DE BLUE JOHN

(1910)

La siguiente narración se encontró entre los papeles del doctor James Hardcastle, que murió de tisis el 4 de febrero de 1908, en el número 36 de Upper Coventry Flats, South Kensington. Quienes lo conocían bien, aun cuando se niegan a formular una opinión sobre esta declaración en singular, afirman unánimemente que era un hombre sobrio y de mentalidad científica, sin una pizca de imaginación y muy improbablemente capaz de inventar una serie de sucesos anormales. El papel estaba dentro de un sobre con la siguiente etiqueta: «Breve relato de los hechos ocurridos cerca de la granja de las señoritas Allerton, al noroeste de Derbyshire, en la primavera del año pasado». El sobre estaba cerrado y, en el reverso, llevaba esta nota escrita a lápiz:

> Querido Seaton:
>
> Quizá te interese, y te duela, saber que la incredulidad con que recibiste mi historia me ha impedido desde entonces volver a abrir la boca sobre ella. Dejo esta crónica, llegada la hora de mi muerte, con la esperanza de que un desconocido cualquiera tenga más confianza en mí que mi amigo.

La investigación no ha logrado aclarar quién puede ser este Seaton. Me permito añadir que la visita del fallecido a la granja de las Allerton y la alarma general que allí se vivió han quedado plenamente acreditadas al margen de esta explicación concreta. Adjunto a estas palabras el relato del doctor Hardcastle, exactamente tal como él lo dejó. Su forma es la de un diario, con algunas entradas ampliadas y otras suprimidas.

17 de abril. Ya siento el beneficio de este maravilloso aire de las tierras altas. La granja de las Allerton se encuentra a cuatrocientos treinta y dos metros sobre el nivel del mal, y es muy posible que el clima aquí sea tonificante. Al margen de la tos habitual por las mañanas, casi no noto ningún malestar, y entre la leche fresca y el cordero de cría casero, tengo muchas posibilidades de engordar. Creo que Saunderson se alegrará.

Las hermanas Allerton son dos mujeres encantadoras, amables y curiosas, de esas que se matan a trabajar y están dispuestas a prodigar todo el amor que podrían haber dedicado a su marido y a sus hijos a un enfermo desconocido. La verdad es que las solteronas son personas utilísimas, una de las principales reservas de la comunidad. Se habla mucho de la mujer superflua pero ¿qué sería del pobre hombre superfluo sin esta presencia bondadosa? Por cierto que, en su simpleza, enseguida han revelado el motivo por el que Saunderson me recomendó su granja. Resulta que el profesor ha medrado en la vida, aunque parece que en su juventud era muy dado a asustar a los cuervos en estos mismos campos.

El paraje es de lo más solitario y los paseos sumamente pintorescos. La granja tiene sus pastos en el fondo de un valle recortado. A cada lado se levantan los fantásticos cerros de caliza, una piedra tan blanda que se puede partir con los dedos. Toda esta región está hueca. Si fuera posible golpearla con un martillo gigantesco, resonaría como un tambor, o podría hundirse y dejar al descubierto un inmenso mar subterráneo. Que hay un mar es indudable, porque los arroyos se meten en la montaña por todas partes y no vuelven a aparecer. Las rocas están llenas de grietas, y al cruzarlas te ves dentro de enormes cuevas que se adentran como un laberinto en las entrañas de la tierra. Tengo un faro de bicicleta, y es una fuente de placer inagotable para mí entrar con él en estas extrañas soledades y contemplar los magníficos efectos negros y plateados que produce su luz en las estalactitas colgadas de los altos techos. Si apagas la lámpara, te hundes en la más negra oscuridad. Si la enciendes, te ves en una escena de las *Mil y una noches*.

Pero hay una de estas curiosas cavidades de la tierra que tiene un interés especial, por ser obra del ser humano y no de la naturaleza. Nunca había oído hablar de la fluorita antes de venir aquí. Es el nombre de un curioso mineral, de una preciosa tonalidad azulada, que solo se encuentra en unos pocos lugares del mundo. Es tan raro que un jarrón corriente de fluorita alcanzaría un precio muy alto. Los romanos, con ese instinto tan extraordinario que los caracterizaba, descubrieron que había fluorita en este valle, y abrieron un pozo horizontal en un lado del monte. A la boca de esa mina la llamaron la cueva de Blue John, y es un corte limpio en la roca, en forma de arco, con la entrada cubierta de maleza. El túnel que abrieron los mineros romanos tiene un tamaño considerable y se cruza con varias cuevas grandes creadas por la erosión del agua; por eso, quien entre en la cueva de Blue John más vale que vaya dejando señales a lo largo del camino y lleve una buena provisión de velas si es que quiere volver a ver la luz del día. Yo no he llegado muy

adentro todavía, pero hoy mismo me he parado en la entrada del túnel y, al asomarme a sus negros recovecos, me he prometido que cuando recupere la salud dedicaré unas vacaciones a explorar estos abismos misteriosos y a averiguar por mí mismo hasta dónde perforaron los romanos las entrañas de los montes de Derbyshire.

¡Qué supersticiosa es esta gente de campo! No me lo habría imaginado en el caso de Armitage, porque es un joven con carácter y de cierta educación, un hombre excelente para su condición social. Estaba yo en la entrada de la cueva de Blue John cuando Armitage llegó por los campos.

—Vaya, doctor, parece que usted no tiene miedo —dijo.

—¡Miedo! ¿Miedo de qué?

—De eso —contestó señalando con el pulgar hacia la bóveda negra—. Del terror que vive en la cueva de Blue John.

¡Qué absurda la facilidad con que se crea una leyenda en un lugar solitario! Lo interrogué sobre los motivos de tan extravagante creencia. Parece ser que de vez en cuando desaparecen ovejas de los campos, que se las llevan por la fuerza, según Armitage. No aceptaba la explicación de que las ovejas se han ido por su propio pie y se han perdido en los montes. Dice que una vez encontraron un charco de sangre y unos mechones de lana. Eso también, señalé, tenía una explicación de lo más simple. Añadió que las noches en las que desaparecían las ovejas siempre eran muy oscuras, noches nubladas y sin luna. Mi réplica obvia fue que esas eran las noches que cualquier ladrón de ovejas escogería naturalmente para hacer su trabajo. Dice que una vez hicieron un agujero en una cerca y que las piedras acabaron desperdigadas a una distancia considerable. Obra del ser humano, en mi opinión. Al final, Armitage zanjó la discusión contándome que él mismo había oído a esa Cosa: que todo el que se quedara un buen rato en la cueva podía oírla. Era un rugido lejano, de un volumen descomunal. No pude aguantar la sonrisa, conociendo como conozco los extraños ecos que produce un sistema de aguas subterráneas a través de los abismos de una formación caliza. Mi incredulidad molestó a Armitage, que dio media vuelta y se marchó con cierta brusquedad.

Y ahora viene lo más extraño de todo. Seguía yo cerca de la boca de la cueva, dando vueltas a los diversos comentarios del joven y pensando en lo fácil que resultaba rebatirlos cuando, de repente, de las profundidades del túnel salió un ruido extraordinario. ¿Cómo describirlo? Lo primero es que parecía venir de muy lejos, de muy dentro de las entrañas de la tierra. Lo segundo es que, a pesar de la sensación de lejanía, era muy fuerte. Por último,

no era un rugido ni tampoco nada estruendoso, como lo que uno asociaría con una cascada de agua o un desprendimiento de piedras, sino un gemido agudo, trémulo y vibrante, casi como el relincho de un caballo. La experiencia fue de lo más curiosa y, por un momento, lo reconozco, dio un significado inédito a las palabras de Armitage. Esperé en la entrada de la cueva una media hora, puede que más, pero el ruido no volvió a repetirse, y al final me fui a la granja paseando, bastante desconcertado por lo ocurrido. Decididamente quiero explorar la cueva cuando haya recuperado las fuerzas. Está claro que la explicación de Armitage es tan absurda que no merece discutirse, pero lo cierto es que el ruido era muy extraño. Aún sigue resonando en mis oídos mientras escribo.

20 de abril. En los últimos tres días he hecho varias excursiones a la cueva de Blue John, incluso he entrado un poco, pero mi faro de bicicleta es tan pequeño y débil que no me he atrevido a llegar demasiado lejos. Tengo que volver bien preparado. No he oído ningún ruido, y casi podría afirmar que esa otra vez fui víctima de una alucinación, quizá propiciada por la conversación con Armitage. Es evidente que la idea es absurda y, sin embargo, confieso que, a juzgar por el aspecto de los matorrales que hay en la entrada de la cueva, parece que un gigante los hubiera forzado para abrirse paso. Empiezo a estar profundamente intrigado. No les he dicho nada a las hermanas Allerton, porque bastantes supersticiones tienen ya, pero he comprado velas y tengo la intención de investigar personalmente.

Esta mañana me he fijado en que uno de los muchos mechones de lana de oveja que hay entre los matorrales, cerca de la cueva, estaba manchado de sangre. Naturalmente, mi razón me dice que, si una oveja se extravía en una zona tan rocosa, es probable que resulte herida, pero aun así me asustó la mancha roja, y por un momento el miedo me hizo retroceder y alejarme del viejo arco romano. Tuve la sensación de que de las negras profundidades de la cueva a la que estaba asomado salía un olor fétido. ¿De verdad era posible que una cosa sin nombre, una presencia aterradora, acechara allí dentro? Yo nunca habría tenido estas sensaciones cuando era un hombre fuerte, pero uno se vuelve más nervioso y más imaginativo cuando la salud se debilita.

Mi determinación flaqueó de momento, y ya estaba dispuesto a dejar el secreto de la vieja mina, si es que existe, sin resolver para siempre. Pero esta noche he recuperado el interés y me encuentro más tranquilo. Mañana espero ahondar un poco más en el asunto.

22 de abril. Intentaré describir con la mayor exactitud posible mi extraordinaria experiencia de ayer. Salí por la tarde y me encaminé hacia la

cueva de Blue John. Confieso que mis recelos se avivaron al escrutar sus profundidades y que lamenté no tener un compañero que me acompañase en la exploración. Por fin recuperé la determinación, encendí mi vela, me abrí camino entre las matas de brezo y entré en la cueva de roca.

Descendía en ángulo agudo, alrededor de quince metros, y el suelo estaba cubierto de trozos de piedra. A partir de ahí empezaba un pasillo largo y recto que atravesaba la roca. No soy geólogo, pero la superficie de este pasillo era de un material más duro que la caliza, porque en algunos puntos veía las marcas de las herramientas que emplearon los mineros para excavar, tan recientes como si las hubieran hecho ayer mismo. Bajé a trompicones por esta extraña galería del mundo antiguo envuelto en el círculo de luz tenue de mi débil llama, que volvía las sombras más amenazantes y oscuras. Por fin llegué a un punto donde el túnel romano se abría a una cueva creada por la erosión del agua: era una sala enorme, con largos carámbanos blancos de sedimentos calcáreos que colgaban del techo. De esta cámara central, según veía vagamente, partían varios pasadizos abiertos por las aguas que surcan las profundidades de la tierra. Estaba allí, debatiendo si era mejor volver o si me atrevía a aventurarme un poco más en aquel peligroso laberinto, cuando mis ojos se detuvieron en algo que había a mis pies y que me llamó poderosamente la atención.

La mayor parte del suelo de la caverna era de rocas grandes con incrustaciones de caliza dura, pero justo en ese punto el goteo del techo alto había formado una capa de barro blando. En el centro exacto había una muesca grande: una marca mal definida, profunda, ancha e irregular, como si hubiera caído un pedrusco. Sin embargo, no se veían piedras sueltas alrededor y tampoco nada que explicase la impresión. Era demasiado grande para ser la huella de un animal; además, solamente había una, y la capa de barro tenía un tamaño imposible de abarcar de una zancada. Cuando terminé de examinar la curiosa señal y me fijé en la negra oscuridad que me rodeaba, confieso que por un momento sentí una desazón desagradabilísima y, por más que intentaba evitarlo, la vela no paraba de temblar en mi mano extendida.

Pronto recuperé la calma, no obstante, diciéndome que era ridículo relacionar una señal tan informe y grande con la huella de ningún animal conocido. Ni siquiera podía ser de un elefante. Decidí, por lo tanto, no permitir que un temor vago y sin sentido me impidiese proseguir mi exploración. Antes tomé buena nota de una curiosa formación rocosa en la pared, que me permitiría reconocer la entrada de la galería romana. La precaución era muy necesaria, pues, por lo que alcanzaba a ver, eran muchos

los pasillos que se cruzaban en la inmensa cueva. Una vez seguro de mi posición y tranquilo después de comprobar que tenía velas y cerillas suficientes, avancé despacio por el suelo desnivelado y pedregoso de la cueva.

Y ahora llega el momento en que ocurre un desastre imprevisto y fatal. Un arroyo de unos seis metros de ancho atravesaba mi camino, y recorrí un trecho por la orilla, buscando un punto en el que fuera posible cruzarlo sin mojarme los pies. Por fin una piedra plana, más o menos en el centro, que podía alcanzar de una zancada. Pero resultó que la piedra estaba suelta y la fuerza del agua la volvía inestable, de tal modo que, al pisarla, se hundió y me lanzó al agua helada. Se me apagó la vela y me vi envuelto en la más completa oscuridad.

Me levanté, tambaleándome, más divertido que asustado por la aventura. La vela se me había caído de la mano y la di por perdida en el agua, pero llevaba más en el bolsillo, así que eso era lo de menos. Ya tenía una preparada y saqué las cerillas para encenderla. Fue entonces cuando comprendí la situación. La caja se había mojado al caerme en el arroyo. Era imposible encender las cerillas.

Al darme cuenta, fue como si una mano fría me atenazara el corazón. La oscuridad era espeluznante. Era tan densa que instintivamente levanté una mano a la altura de la cara, como si intentara apartar algo sólido. Me quedé paralizado y tuve que hacer un esfuerzo enorme para tranquilizarme. Traté de dibujar un mapa mental del suelo de la cueva, tal como lo había visto por última vez. Por desgracia, las indicaciones que había memorizado se encontraban en zonas altas de la pared y era imposible encontrarlas a ciegas. A pesar de todo, recordaba en general cómo eran los lados, y confié en que a tientas finalmente pudiera llegar a la entrada de la galería romana. Muy despacio, y tropezando continuamente entre las piedras, emprendí esta empresa desesperada.

Pero enseguida vi que era imposible. En aquella oscuridad, negra y aterciopelada, uno perdía al instante el sentido de la orientación. Antes de haber dado una docena de pasos ya no tenía las más remota idea de dónde estaba. El rumor del arroyo, que era lo único que se oía, me indicaba dónde estaba el agua, pero en cuanto me alejaba de la orilla me sentía completamente perdido. La idea de encontrar el camino en la más absoluta oscuridad por aquel laberinto de caliza era decididamente imposible.

Me senté en una piedra a analizar mi difícil situación. No le había dicho a nadie que iba a la mina y era improbable que fuesen a buscarme allí. Por lo tanto, tenía que confiar en mis propios recursos para salir del peligro. Me

quedaba una única esperanza, y era que se secaran las cerillas. Al caer en el arroyo me había mojado solo a medias. El hombro izquierdo no había llegado a tocar el agua. Cogí la caja de cerillas y me la puse en la axila izquierda. Era posible que el calor corporal compensara el ambiente húmedo de la cueva pero, aun así, sabía que tendrían que pasar muchas horas antes de que pudiera encender una cerilla. Mientras tanto, no me quedaba más remedio que esperar.

Por suerte me había echado al bolsillo unas galletas al salir de la granja. Las devoré, regándolas con un trago del maldito arroyo que había sido la causa de todos mis males. Después busqué a tientas un asiento cómodo entre las rocas, hasta que descubrí una zona en la que podía apoyar la espalda y estirar las piernas, y allí me senté a esperar. Estaba empapado y aterido, pero procuré animarme recordando que lo que la ciencia moderna prescribía para mi enfermedad era abrir las ventanas y pasear hiciera el tiempo que hiciese. Poco a poco, arrullado por el monótono borboteo del arroyo y por la oscuridad total, fui cayendo en un sopor inquieto.

No sé decir cuánto tiempo estuve así. Pudo ser una hora o pudieron ser varias. De repente me incorporé en el lecho de roca, con todos los nervios en tensión y una profunda sensación de alarma. Era indudable que había oído algo: un ruido muy distinto del murmullo del agua. Había dejado de oírse pero el eco seguía resonando en mis oídos. ¿Venían a buscarme? En tal caso habrían gritado. Y, aunque vago, el ruido que me había despertado era muy diferente de una voz humana. Se me disparó el corazón y casi no me atrevía a respirar. ¡Otra vez volví a oírlo! ¡Y otra! Se había vuelto continuo. Eran pasos: sí; estaba seguro de que eran los pasos de un ser vivo. Pero ¡qué pasos! Parecía como si alguien cargara un peso enorme sobre unos pies como esponjas que emitían un ruido suave y penetrante a la vez. La oscuridad seguía siendo tan densa como antes, pero los pasos eran firmes y decididos. Y sin lugar a duda se acercaban.

Estaba helado, con los pelos de punta, atento a las pisadas constantes, lentas y fuertes. Había alguien en la cueva y, a juzgar por la velocidad a la que avanzaba, era capaz de ver en la oscuridad. Me pegué a la roca todo lo que pude, tratando de fundirme con ella. Los pasos estaban cada vez más cerca; luego se detuvieron, y entonces oí que algo chapoteaba. La criatura estaba bebiendo en el arroyo. De nuevo reinó el silencio, pero algo seguía husmeando y resoplando con un volumen y una intensidad formidables. ¿Me habría olido? Yo tenía la nariz saturada por un olor putrefacto, sulfuroso y repugnante. Los pasos volvieron a resonar. Ahora los oía en mi orilla del

arroyo. Las piedras retumbaron a pocos metros de donde estaba tendido. Sin atreverme a respirar apenas, me apreté contra la roca. Los pasos se alejaron. Después oí chapoteos, como si cruzara el arroyo, y el ruido se perdió en la distancia por donde había venido.

Seguí un buen rato acostado en la roca, paralizado de pánico. Pensé en el ruido que había oído salir de las profundidades de la cueva, en los miedos de Armitage, en la extraña marca en el barro, y en esta última prueba irrefutable de que efectivamente había un monstruo inconcebible, sobrenatural y terrorífico que acechaba en las cavernas de las montañas. Era incapaz de hacerme una idea de su naturaleza o de su forma, más allá de que tenía los pies ligeros y gigantescos. El combate encarnizado entre mi razón, que me decía que tales cosas no existían, y mis sentidos, que me aseguraban que sí, me desgarraba por dentro. Al final estaba casi dispuesto a convencerme de que la experiencia había sido una pesadilla y de que mi estado anómalo podía haber producido una alucinación. Sin embargo, aún me quedaba por vivir una experiencia concluyente que descartó de mi pensamiento esta última posibilidad de duda.

Me había sacado las cerillas de la axila. Las palpé y me pareció que estaban secas y duras. Traté de encender una al abrigo de una grieta de las rocas. Me llenó de alegría que prendiese a la primera. Encendí la vela y, con una mirada de terror al oscuro abismo de la caverna, me encaminé deprisa hacia la galería romana. En el trayecto pasé por la capa de barro en la que había visto la huella descomunal. Me quedé atónito, porque ahora había tres huellas similares, de un tamaño enorme, de forma irregular y de una profundidad que daba cuenta de la magnitud del peso que las había dejado allí. Un terror desmedido se apoderó de mí. Inclinado y protegiendo la vela con una mano, hui despavorido hacia el pasadizo abovedado, subí a todo correr, sin detenerme en ningún momento hasta que, jadeando y con los pies doloridos, recorrí a toda prisa el último tramo de piedras, atravesé las matas de brezo y me derrumbé, rendido, sobre la hierba mullida a la plácida luz de las estrellas. Eran las tres de la madrugada cuando llegué a la granja, y hoy estoy desencajado y estremecido después de esta aventura aterradora. De momento no se lo he dicho a nadie. Tengo que ser cauto. ¿Qué pensarían estas pobres mujeres que viven tan aisladas, o esos palurdos ignorantes, si les contara mi experiencia? Buscaré a alguien que pueda comprenderlo y aconsejarme.

25 de abril. He pasado dos días postrado en la cama después de mi increíble aventura en la caverna. Escribo este adjetivo con un sentido muy

concreto, porque desde entonces he tenido otra experiencia que me ha impresionado casi tanto como la anterior. Dije que pensaba buscar a alguien que pudiera aconsejarme. Hay un médico, el doctor Mark Johnson, que tiene su consulta a unos kilómetros de aquí; el profesor Saunderson me había escrito una carta de recomendación para él. He ido a verlo, en cuanto me he sentido con fuerzas suficientes para levantarme, y le he contado el extraordinario suceso. Primero me escuchó atentamente y luego me examinó a fondo, poniendo especial interés en mis reflejos y en las pupilas. Pero, al terminar, se negó a hablar de mi aventura —con el argumento de que se le escapaba por completo—, me dio la tarjeta de un tal señor Picton, de Castleton, y me aconsejó que fuera a verlo de inmediato y le contara la historia tal como se la había contado a él. Este Picton era, según mi consejero, el hombre más indicado para ayudarme. Así, fui a la estación y me puse en camino de la pequeña ciudad de Castleton, que se encuentra a unos dieciséis kilómetros. El señor Picton parecía ser un hombre importante, a juzgar por la placa de bronce en la que vi su nombre grabado en la puerta de un edificio de tamaño considerable, a las afueras de la ciudad. Cuando ya estaba a punto de tocar la campanilla, me entraron las dudas y crucé la calle para entrar en una tienda del vecindario y preguntar al dependiente si podía decirme algo del señor Picton. «Bueno, es el mejor loquero de Derbyshire, y eso de ahí es su manicomio». Como pueden ustedes imaginar, no tardé en largarme de Castleton hecho una furia, y volví a la granja maldiciendo a todos esos pedantes sin imaginación, incapaces de concebir que hay en el mundo cosas que su vista de topo no les permite percibir. Después de todo lo ocurrido, ahora que estoy más tranquilo reconozco que no he sido con Armitage más comprensivo de lo que lo ha sido conmigo el doctor Johnson.

27 de abril. En mis tiempos de estudiante tenía fama de ser un hombre valiente y emprendedor. Recuerdo que, cuando se organizó una caza de fantasmas en Coltbridge, fui yo quien se pasó la noche en vela en la casa encantada. ¿Será el paso de los años (en realidad solo tengo treinta y cinco) o será esta enfermedad la causa de mi degeneración? Lo cierto es que se me encoge el corazón cuando pienso en esa cueva espeluznante, y estoy convencido de que en ella vive un monstruo. ¿Qué voy a hacer? No hay hora del día que no pase debatiendo conmigo mismo. Si me callo, el misterio se quedará sin resolver. Si digo algo, cabe la posibilidad de que cunda el pánico en toda la comarca, y de toparme con una incredulidad insalvable que podría acabar con mi encierro en un manicomio. En general, creo que lo mejor es esperar y preparar una expedición más reflexiva y mejor planificada que la

última. Mi primer paso ha sido ir a Castleton y hacerme con unas cuantas cosas indispensables: lo primero un farol de acetileno grande y lo segundo un buen fusil de caza de doble cañón. El fusil lo he alquilado, pero he comprado una docena de cartuchos de caza mayor capaces de tumbar a un rinoceronte. Ahora estoy listo para mi amigo el troglodita. En cuanto mi salud mejore un poco y tenga una buena racha, pondré a prueba con él mis conclusiones. Pero ¿quién y qué es? ¡Ah! Esa es la incógnita que me quita el sueño. ¡La cantidad de teorías que he formulado y descartado una tras otra! Es todo inconcebible. Aun así, el grito, las huellas, los pasos en la cueva: ningún razonamiento puede pasar por alto todas estas cosas. Pienso en esas leyendas antiguas de dragones y otros monstruos. ¿Es posible que no fueran cuentos de hadas, tal como hoy creemos? ¿Podría haber algo detrás de tales historias, y resulta que soy yo, entre todos los mortales, el elegido para descubrirlo?

3 de mayo. He estado varios días fuera de circulación, por las rarezas de la primavera inglesa, y entretanto han sucedido cosas que solo yo puedo apreciar en su verdadero y siniestro significado. Digamos que últimamente hemos tenido varias noches nubladas y sin luna, que según mis informaciones eran los momentos en que desaparecían las ovejas. Pues bien, han desaparecido varias ovejas. Dos de las señoritas Allerton, una de Pearson, el del Cat Walk, y otra de la señora Moulton. Cuatro en total en las tres noches. No hay ni rastro de ellas, y en toda la comarca se rumorea que hay gitanos y ladrones de ovejas rondando por aquí.

Pero ha ocurrido algo más grave. El joven Armitage también ha desaparecido. Salió de su casita en el páramo, el miércoles por la noche, y no ha vuelto a saberse nada de él. Como estaba soltero, su desaparición no ha causado tanta alarma como si fuera casado. La idea más extendida es que debe dinero y ha encontrado trabajo en otra región del país, y que pronto escribirá para pedir que le envíen sus cosas. Pero yo tengo grandes dudas. ¿No es mucho más probable que la reciente tragedia de las ovejas le llevara a dar un paso que haya podido arrojarlo a su destrucción? Por ejemplo, que esperase escondido para ver al monstruo y que este se lo llevara a los recovecos de la montaña. ¡Qué final tan inconcebible para un inglés civilizado del siglo XX! Así y todo, tengo la sensación de que es posible, incluso probable. Aunque en este caso, ¿hasta qué punto soy responsable tanto de su muerte como de cualquier otra desgracia que pueda producirse? Sabiendo lo que sé, está claro que es mi deber asegurarme de que se hace algo o, en caso necesario, de hacerlo yo. Tendrá que ser esto último, porque esta mañana he ido a la comisaría de policía a contar mi historia. El inspector lo ha registrado

todo en un libro grande, y me ha despedido con una circunspección encomiable, pero antes de que hubiera llegado al sendero del jardín he oído carcajadas. Seguramente les estaba contando a los suyos mi aventura.

10 de junio. Escribo esta entrada incorporado en la cama, seis semanas después de mi última anotación en este diario. He sufrido una conmoción profunda, tanto anímica como física, a raíz de una experiencia que rara vez ha conocido un ser humano. Pero he alcanzado mi objetivo. El peligro que entraña el terror que habita en la cueva de Blue John ha pasado para siempre. Esto es lo que un enfermo desahuciado como yo al menos ha sido capaz de hacer por el bien común. Voy a contarles lo que ocurrió con la mayor claridad posible.

La noche del viernes, 3 de mayo, fue una noche oscura y nublada: perfecta para que el monstruo saliera de paseo. A eso de las once, salí de la granja con mi farol y mi fusil, dejando previamente en la mesa de mi dormitorio una nota en la que decía que, en caso de desaparición, me buscaran en la cueva. Me encaminé a la boca de la mina romana, me acomodé entre las rocas, cerca de la entrada, y apagué el farol, dispuesto a esperar pacientemente con el fusil cargado y listo para disparar.

Fue una vigilia melancólica. Veía las luces de los caseríos desperdigados por el valle sinuoso y el tañido del reloj de la iglesia de Chapel-le-Dale llegaba a mis oídos. Estas señales de existencia humana servían únicamente para que me sintiera menos solo y me obligaban a esforzarme aún más para superar el terror que de minuto a minuto me tentaba a volver a la granja y desistir para siempre de tan peligrosa búsqueda. Pero todo hombre lleva en lo más hondo una dignidad que le impide echarse atrás una vez se ha comprometido a hacer algo. Este amor propio fue mi salvación, y solamente él me obligó a resistir cuando todos mis instintos me empujaban a abandonar. Ahora me alegro de haber tenido la fortaleza necesaria. Pese a lo mucho que me ha costado, al menos mi hombría está a salvo de reproches.

Dieron las doce en el reloj de la iglesia lejana, y después la una, y después las dos. Era la hora más oscura de la noche. Las nubes estaban muy bajas y no se veía una sola estrella en el cielo. Una lechuza ululaba en alguna parte entre las rocas, pero más allá de eso lo único que llegaba a mis oídos era el suave rumor del viento. Y ¡de pronto lo oí! Desde el fondo del túnel se acercaban esos pasos tan leves a la vez que lentos y densos. Oí también el ruido de las piedras que hacían saltar aquellos pies gigantescos. Se aproximaban. Estaban muy cerca de mí. Oí un crujir de ramas alrededor de la entrada y, vagamente, en la oscuridad, vislumbré una figura descomunal, un ser monstruoso, a

medio formar, que salió del túnel muy deprisa y con sigilo. Yo estaba paralizado de miedo y asombro. A pesar de que llevaba un buen rato esperándolo, ahora que por fin lo veía no estaba preparado para la impresión. Me quedé inmóvil, sin respirar, mientras la enorme masa oscura pasaba a mi lado como una exhalación y la noche lo devoraba.

Después me armé de valor para esperar su regreso. Ningún ruido en los campos dormidos indicaba que el terror andara suelto. Me era imposible saber cuánto se había alejado, qué estaba haciendo o cuándo volvería. Pero no permitiría que los nervios me fallaran por segunda vez, no dejaría pasar la oportunidad por segunda vez. Así me lo juré, apretando los dientes, mientras apoyaba en la piedra el fusil amartillado.

Aun así, faltó muy poco. Nada advertía de su acercamiento ahora que el monstruo andaba por la hierba. De buenas a primeras, como una sombra oscura a la deriva, la mole gigantesca surgió delante de mí camino de la cueva. Una vez más, la misma parálisis de la voluntad impidió a mi dedo impotente apretar el gatillo. Hice un esfuerzo desesperado por reaccionar. Mientras las ramas de los matorrales aún seguían moviéndose y el monstruo se fundió con la sombra del pozo, disparé contra su forma en retirada. Con el fogonazo del disparo alcancé a ver la enorme masa peluda: era una bestia con el pelo hirsuto, de un color gris desvaído, casi blanco en las puntas, y un cuerpo descomunal apoyado en unas piernas cortas, gruesas y arqueadas. Esta imagen fugaz es lo único que vi antes de oír los golpes de las piedras cuando la bestia se metió a toda prisa en su guarida. Al instante, venciendo mi repugnancia, había abandonado toda precaución y, provisto de mi potente farol, con el fusil en la mano, salté de la roca y eché a correr detrás del monstruo por la galería romana.

Mi lámpara lanzaba un potente chorro de luz viva delante de mí, muy distinto del resplandor amarillento que me había guiado por el mismo túnel solo doce días antes. Seguí corriendo sin perder de vista a la enorme bestia que iba dando tumbos delante de mí, llenando con su enorme mole el espacio de pared a pared. El pelo era un amasijo de estopa basta y descolorida que oscilaban con el movimiento en greñas largas y densas. Con aquellas lanas podía pasar fácilmente por una gigantesca oveja sin esquilar, aunque en realidad superaba en tamaño al elefante más grande y daba la impresión de ser tan alto como ancho. Todavía me llena de asombro pensar cómo pude atreverme a seguir a semejante horror por las entrañas de la tierra pero, cuando a uno se le sube la sangre a la cabeza y la presa parece que huye, el

instinto primitivo del cazador se despierta y la prudencia se arroja por la borda. Fusil en mano, seguí la pista del monstruo a toda velocidad.

Sabía que la criatura era rápida. Ahora iba a tener la ocasión de ver que también era muy astuta. Creí que había huido despavorida y que solo tenía que perseguirla. En ningún momento se le ocurrió a mi cerebro alterado la idea de que pudiera atacarme. Ya he dicho que la galería por la que iba corriendo se abre a una gran cueva central. Hacia allá fui a toda prisa, temiendo perderle el rastro. Resultó que había dado media vuelta y en unos momentos nos encontraríamos cara a cara.

La imagen, vista a la luz blanca y brillante del farol, se ha grabado en mi memoria para siempre. Se puso de pie, como un oso, enorme y desafiante: en ninguna pesadilla había concebido mi imaginación un ser parecido. He dicho que se puso de pie como un oso, y había algo de oso —si uno es capaz de imaginar a un oso diez veces más grande que un oso normal— en su pose y su actitud, en las patas delanteras, grandes y torcidas, en las garras de color marfil, en la cara tosca y en la boca entreabierta y roja, con una orla de colmillos espeluznantes. Solamente en una cosa se diferenciaba de un oso, o de cualquier otro animal de este mundo, e incluso en aquel momento crítico me recorrió un escalofrío de terror al ver que aquellos ojos que refulgían en la penumbra eran enormes, como bulbos, blancos y ciegos. La bestia movió un momento las zarpas por encima de mi cabeza y un segundo más tarde me atacó: me vi en el suelo, con el farol roto, y no recuerdo nada más.

Cuando recuperé el conocimiento estaba en la granja de las Allerton. Habían pasado dos días desde mi terrorífica aventura en la cueva de Blue John. Por lo visto pasé la noche en la caverna, con conmoción cerebral y el brazo izquierdo fracturado, además de dos costillas. Por la mañana encontraron mi nota, y los doce granjeros que formaron la partida de búsqueda lograron dar conmigo y llevarme a mi dormitorio, donde estaba delirando desde entonces. Por lo visto no vieron ni rastro de la bestia, y tampoco manchas de sangre que indicaran que mi bala la hubiese alcanzado. Aparte de mi estado y de las huellas en el barro, nada demostraba la veracidad de mi historia.

Ahora han transcurrido seis semanas y ya puedo sentarme a tomar el sol. Tengo justo delante de mí la abrupta ladera de pizarra gris, y un poco más allá de la falda está la grieta oscura que señala la entrada de la cueva de Blue John. Pero ha dejado de ser una fuente de terror. Ninguna extraña criatura

volverá a salir de ese funesto túnel al mundo de los seres humanos. Puede que los científicos y los sabios, el doctor Johnson y los hombres como él, se rían de mi relato, pero la gente humilde del campo jamás ha puesto en duda que sea cierto. Un día después de que recuperase la conciencia, cientos de personas se reunieron en la boca de la cueva de Blue John. El *Castleton Courier* lo contó así:

> Fue inútil que nuestro corresponsal, lo mismo que los audaces caballeros llegados de Marlock, Burton y otros lugares, se ofreciera a explorar la cueva hasta el fondo con objeto de poner a prueba el extraordinario relato del doctor James Hardcastle. Los vecinos de la comarca habían tomado cartas en el asunto y, desde primera hora de la mañana, trabajaban sin descanso para sellar la entrada del túnel. La pendiente es muy brusca al comienzo de la cueva, y muchas manos dispuestas han lanzado desde allí grandes peñascos hasta sellarla por completo. Así termina el episodio que ha conmocionado a la región. La opinión de los vecinos está profundamente dividida. Por un lado se encuentran los que apuntan a la mala salud del doctor Hardcastle, así como a la posibilidad de que ciertas lesiones cerebrales originadas por la tuberculosis hayan podido producirle alucinaciones. Cierta *idée fixe*, según estos caballeros, empujó al médico a adentrarse en el túnel, y una caída entre las piedras sería más que suficiente para explicar sus heridas. Por otro lado, la leyenda de que en la cueva vive una extraña criatura existía desde hacía meses, de ahí que los lugareños hayan visto en el relato del doctor Hardcastle y en sus heridas la corroboración definitiva de sus sospechas. Así están las cosas, y así continuarán, pues no nos parece posible hallar una explicación concluyente. El argumento científico que podría esclarecer los presuntos hechos trasciende el entendimiento humano.

Quizá habría sido más prudente que el *Courier* enviara a su corresponsal a hablar conmigo antes de redactar esta noticia. He analizado el caso como nadie más ha tenido la oportunidad de hacer, y tal vez pudiera haber eliminado alguno de los principales escollos del relato para acercarlo un grado más a la aceptación de la ciencia. Permítanme por tanto que ofrezca la única hipótesis que a mi juicio aclara una serie de hechos para mí incuestionables. Por improbable y descabellada que pueda parecer mi teoría, al menos nadie se atreverá a decir que es imposible.

Mi opinión —formada, tal como se demuestra en mi diario, ya antes de mi aventura personal— es que en esta zona de Inglaterra hay un inmenso lago o mar subterráneo que se alimenta de los muchos arroyos que atraviesan la caliza. Donde existe una masa de agua importante siempre hay cierta evaporación, en forma de niebla o de lluvia, y por consiguiente posibilidad de vegetación. Esto a su vez sugiere que puede haber vida animal, surgida, lo mismo que la vegetal, a partir de semillas y especies que proliferaron en una etapa previa de la historia de la tierra, cuando la comunicación con el aire exterior resultara más fácil. Esta cueva desarrolló así una flora y una fauna propias, entre ellos monstruos como el que yo había visto, que bien pudiera ser un descendiente del antiguo oso cavernario, muchísimo más grande y modificado por su nuevo entorno. Estos mundos interior y exterior pasaron milenios separados y en continua evolución, muy lejos el uno del otro. En algún momento se abrió una grieta en las profundidades de la montaña que permitió a algún animal subir y, gracias al túnel romano, salir al aire libre. Como toda criatura subterránea, ha perdido el sentido de la vista, facultad que la naturaleza sin duda ha compensado con otras capacidades. Es evidente que tenía algún medio para orientarse y cazar a las ovejas en el monte. Y, en cuanto a su elección de noches oscuras, parte de mi teoría consiste en que la luz le resultaba dolorosa, con esos globos oculares tan enormes, y únicamente soportaba la oscuridad total. De hecho, es posible que fuese el resplandor de mi farol lo que me salvó la vida en el momento fatídico de encontrarnos cara a cara. Así es como interpreto yo el enigma. Les dejo aquí estos hechos, con la idea de que si les es posible los expliquen o si prefieren ponerlos en cuestión así lo hagan. Su confianza o su incredulidad no podrán alterarlos, como tampoco afectar a un hombre cuya misión casi ha concluido.

De este modo terminaba el extraño relato del doctor James Hardcastle.

A TRAVÉS DEL VELO

(1910)

Era un hombre de la frontera, grandote, peludo y pecoso, descendiente directo de un clan de ladrones de ganado de Liddesdale. Aun con estos orígenes, no había ciudadano más sobrio y cabal: concejal de Melrose, miembro del consejo parroquial y presidente de la sección local de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Brown era su apellido, y «Brown y Handiside» el nombre impreso en la fachada de su almacén de comestibles en la calle principal. Su mujer, Maggie Brown, de soltera Armstrong, venía de una antigua familia de ganaderos de la remota zona de Teviothead. Era menuda, morena y de ojos oscuros, y tenía un carácter nervioso impropio de una escocesa. No había mayor contraste que el de aquel pelirrojo grandullón y su mujer menuda y morena, aun cuando los dos venían de la misma tierra desde tiempos inmemoriales.

Un día —era el primer aniversario de su boda— fueron a ver las excavaciones del castro romano de Newstead. El lugar no era especialmente pintoresco. A partir de la orilla norte del Tweed, justo donde el río forma un meandro, se extiende una suave pendiente de tierras de cultivo atravesadas por las zanjas abiertas por los excavadores, en las que de vez en cuando aparecen las piedras que muestran los cimientos de las antiguas murallas. El asentamiento debió de ser enorme, viendo que el campamento abarcaba veinte hectáreas y la fortaleza seis. Pero todo el mundo se había esforzado para facilitarles la visita, porque el señor Brown conocía al agricultor que era el dueño de las tierras. Con él como guía pasaron una larga tarde de verano recorriendo las trincheras, los fosos, las murallas y los variopintos objetos que esperaban el momento de su traslado al Museo de Antigüedades de Edimburgo. Ese mismo día habían desenterrado la hebilla de un cinturón de mujer, y el agricultor estaba disertando sobre la pieza cuando reparó en la cara de la señora Brown.

—Esta buena mujer está cansada —dijo—. Igual quieren descansar un poquillo antes de seguir.

Brown miró a su mujer. Era cierto que estaba muy pálida. Y tenía un brillo extraño en los ojos oscuros.

—¿Qué tienes, Maggie? Te estoy cansando. Creo que ya va siendo hora de volver.

—No, no, John, sigamos. ¡Esto es maravilloso! Es como un mundo encantado. Me resulta todo muy cercano y familiar. ¿Cuánto tiempo estuvieron aquí los romanos, señor Cunningham?

—Bastante, señora. Por cómo están los fosos de residuos de la cocina se adivina que debieron de tardar mucho tiempo en llenarlos.

—Y ¿por qué se marcharon?

—Bueno, todo indica que se fueron porque no les quedó más remedio. En los alrededores estaban hartos de ellos, así que un día vinieron a quemar el castro y arrasaron con todo. En las piedras se ven las marcas del fuego.

La señora Brown se estremeció ligeramente.

—Fue una noche brutal… una noche aterradora —dijo—. Esa noche el cielo debió de ponerse rojo, y también estas piedras grises se pondrían rojas.

—Sí, creo que se pusieron rojas —asintió su marido—. Es raro, Maggie, y no sé si habrá sido por lo que has dicho, pero me parece estar viendo lo que pasó como si lo tuviera delante. La luz brillaba en el agua.

—Sí, la luz brillaba en el agua. Y el humo te atragantaba. Y los salvajes aullaban a coro.

El agricultor se echó a reír.

—Esta señora podría escribir una historia sobre el castro —dijo—. Le he enseñado este sitio a mucha gente, pero nadie lo ha expresado nunca tan claro como ella. Hay quien tiene ese don.

Habían ido paseando por el borde de la excavación, y a su derecha se abría un agujero.

—Ese agujero mide cuatro metros de profundidad —dijo el agricultor—. ¿Qué dirían que sacamos del fondo? Pues el esqueleto de un hombre con una lanza al lado. Yo creo que la estaba empuñando cuando murió. Pero ¿cómo puede un hombre con una lanza hacer un hoyo de cuatro metros? No es que estuviera enterrado ahí, porque los romanos incineraban los cadáveres. ¿Qué explicación se le ocurre, señora?

—Se escondió para huir de los salvajes.

—Pues es muy probable. Ni los profesores de Edimburgo podrían dar una respuesta mejor. Ojalá la tuviéramos a usted aquí para sacarnos de dudas tan fácilmente. Miren, este altar lo encontramos la semana pasada. Lleva una inscripción. Me han dicho que es latina y que significa que los hombres de este castro daban gracias a Dios por su seguridad.

Examinaron la piedra vieja y erosionada. En la parte de arriba había dos letras grandes y muy marcadas: «VV».

—¿Qué quiere decir «VV»? —preguntó el señor Brown.

—Nadie lo sabe —contestó el guía.

—*Valeria Victrix*[142] —dijo la señora Brown en voz baja. Se había puesto aún más pálida y tenía la mirada perdida en la distancia, como quien busca algo en la penumbra de los abovedados pasillos de los siglos.

—¿Qué pasa? —preguntó su marido con impaciencia.

Ella lo miró como si acabara de despertar de un sueño.

—¿De qué estábamos hablando?

—De estas uves grabadas en la piedra.

—Seguramente sería el nombre de la legión que levantó el altar.

—Sí, pero tú has dicho un nombre concreto.

—¿Sí? ¡Qué absurdo! ¿Cómo voy yo a saber el nombre?

—Has dicho algo parecido a *victrix*, creo.

—Eran suposiciones. Este sitio me da una impresión rarísima, como si fuera otra persona en vez de yo.

—Sí, es un sitio extraño —asintió su marido mirando a un lado y a otro con un gesto casi de temor en los vivos ojos grises—. A mí me pasa lo mismo. Creo que vamos a dar las buenas tardes al señor Cunningham y a volver a Melrose antes de que oscurezca.

Ninguno de los dos podía quitarse de encima la curiosa sensación que les había dejado la visita a las excavaciones. Era como si de aquellas zanjas húmedas salieran miasmas que se les hubieran metido en la sangre. Pasaron la tarde callados y pensativos, y los pocos comentarios que hicieron indicaban que los dos estaban pensando en lo mismo. Brown pasó una noche intranquila y tuvo un sueño singular, tan nítido que se despertó tembloroso y sudando como un caballo asustado. Intentó contárselo a su mujer cuando se sentaron a desayunar por la mañana.

—Era todo clarísimo, Maggie. Nunca, estando despierto, he visto nada con más claridad. Creo que tengo las manos manchadas de sangre.

—Cuéntamelo… Cuéntamelo despacio —dijo ella.

—Empezaba en la ladera de un monte. Yo estaba tumbado en el suelo. El terreno era pedregoso y había matas de brezo. Oía la respiración y los murmullos de los hombres en la oscuridad que me rodeaba. Aunque no veía a nadie, al parecer había una multitud a los dos lados. A veces se oía el leve tintineo del acero, seguido de varias voces que susurraban: «¡Chss!». Yo llevaba en la mano un garrote retorcido y con pinchos de hierro en la punta.

El corazón me latía muy deprisa y tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo, de que corría un peligro grave. Una vez se me cayó el garrote, y de todas partes llegaron voces que pedían silencio en la oscuridad. Estiré una mano y toqué el pie del hombre que estaba tendido delante de mí. Tenía a alguien pegado a mi costado por ambos lados, pero nadie decía nada.

»Entonces empezamos a movernos. Parecía como si toda la ladera del monte resbalara hacia el valle. Al fondo había un río y un puente de madera que formaba un arco alto. Al otro lado del puente se veían muchas luces: antorchas en una pared. Todos los hombres agazapados íbamos hacia el puente como un río. Hasta ese momento no se oía ningún ruido: había como una quietud aterciopelada. Y de pronto un grito resonó en la oscuridad: era el grito de un hombre apuñalado por sorpresa en el corazón. El grito se intensificó unos momentos y dio paso al rugido de un millar de gargantas enfurecidas. Yo iba corriendo. Todo el mundo corría. De repente se encendió una luz roja, y el río era como una línea roja. Por fin veía a mis compañeros. Eran más diablos que hombres: salvajes de barba y pelo largo cubiertos con pieles. Estaban todos locos de rabia: daban saltos a la vez que corrían, con la boca abierta y sacudiendo los brazos. La luz roja les daba en la cara. Yo también corría y maldecía, igual que los demás. Entonces oí un fuerte chasquido y supe que la empalizada de madera se había partido. Un silbido intenso en los oídos me indicaba que volaban flechas alrededor de mi cabeza. Me caí al fondo de un terraplén y vi una mano que alguien me tendía desde arriba. Me agarré a ella y me subieron a la cima. Miramos hacia abajo y vimos hombres de plata armados con lanzas. Algunos de los nuestros se abalanzaron contra las lanzas. Los demás nos sumamos y matamos a los soldados antes de que pudieran sacar de nuevo las lanzas. Gritaban en un idioma desconocido, pero no tuvimos clemencia con ellos. Los arrollamos como una ola y los pisoteamos en el barro, porque eran pocos, y nosotros montones.

»Me encontré rodeado de edificios, y uno de ellos estaba ardiendo. Veía salir las llamas por el tejado. Seguí corriendo hasta que me quedé solo entre los edificios. Alguien pasó corriendo por delante de mí. Era una mujer. La cogí del brazo, la sujeté de la barbilla y le volví la cabeza para verle la cara a la luz del fuego. ¿Quién crees que era, Maggie?

Su mujer se humedeció los labios secos.

—Era yo —dijo.

Él la miró, sorprendido.

—Lo has adivinado. Sí, eras tú. No es que se te pareciera. Es que eras tú. Veía la misma alma en tus ojos asustados. Estabas blanca, preciosa y espléndida a la luz del fuego. Yo solo tenía una idea en la cabeza: llevarte conmigo a casa, al otro lado de los montes, y tenerte solo para mí. Me arañaste la cara. Te cargué al hombro y busqué la salida con la luz de las casas en llamas hasta que volví a verme envuelto en la oscuridad.

»Entonces ocurrió lo que recuerdo mejor de todo. No te encuentras bien, Maggie. ¿Quieres que pare? ¡Dios mío! ¡Tienes exactamente la misma cara que tenías anoche en el sueño! Te pusiste a gritar. Un hombre vino corriendo a la luz del fuego. Llevaba la cabeza descubierta y tenía el pelo negro y rizado. En la mano empuñaba una espada, corta y ancha, poco más que una daga. Me apuñaló, pero resbaló y cayó al suelo. Yo seguía sujetándote con una mano mientras con la otra…

Su mujer se había levantado de un salto, con la cara desencajada.

—¡Marcus! —gritó—. ¡Mi hermoso Marcus! ¡Fuiste tú, salvaje! ¡Salvaje! ¡Salvaje!

Y las tazas de té chocaron unas con otras al caer Maggie inconsciente sobre la mesa.

A lo largo de su vida conyugal, jamás hablaron de este extraño incidente aislado. La cortina del pasado se había abierto unos instantes para ofrecerles un desconcertante atisbo de una vida olvidada. Pero se cerró de nuevo y ya nunca más se abrió. Siguen viviendo en su pequeño entorno —él en su tienda, ella en su casa—, a pesar de que, desde esa tarde de verano en las ruinas del castro romano, nuevos y más amplios horizontes se habían dibujado vagamente a su alrededor.

CÓMO OCURRIÓ

(1913)

Era una médium que se comunicaba por escrito con los espíritus. Y esto es lo que escribió:

Recuerdo con toda claridad algunas cosas de esa noche, y otras las veo borrosas como retazos de sueños. Por eso me cuesta tanto hilar bien la historia. Ahora mismo no tengo la menor idea del motivo que me llevó a Londres y me hizo volver tan tarde. La visita a la ciudad se funde con todas las demás, pero desde el instante en que bajé del tren en la pequeña estación rural todo cobra una nitidez extraordinaria. Soy capaz de revivirlo segundo a segundo.

Recuerdo perfectamente que eché a andar por el andén y me fijé en que el reloj, iluminado al fondo, marcaba las once y media. Recuerdo también que no estaba seguro de si llegaría a casa antes de medianoche. Recuerdo el automóvil grande que me esperaba en la puerta, con sus faros deslumbrantes y sus adornos de reluciente metal bruñido. Era mi nuevo Robur de treinta caballos, que me habían entregado ese mismo día. Recuerdo también que le pregunte a Perkins, mi chófer, qué tal funcionaba, y dijo que le parecía un coche excelente.

—Ahora lo veremos —dije, y subí al asiento del conductor.

—El cambio de marchas es distinto, señor. Quizá sea mejor que conduzca yo.

—No, quiero probarlo —insistí.

Y fue así como empezamos el viaje de ocho kilómetros hasta casa.

Mi coche antiguo tenía las marchas como todos los coches por aquel entonces, montadas sobre un eje dentado. En este otro la palanca tenía que pasar por una ranura para subir de marcha. No era difícil dominar el mecanismo, y pronto me pareció que lo había entendido. Era un disparate empezar a aprender el funcionamiento de un sistema nuevo en la oscuridad, pero todos cometemos disparates con frecuencia y no siempre acabamos pagando del todo el precio. Se me dio estupendamente hasta que llegamos a Claystall Hill, que es una de las peores cuestas de Inglaterra, de más de dos

kilómetros de largo, muy empinada en algunos tramos y con tres curvas muy cerradas. La verja de mi finca se encuentra justo a los pies de este cerro, en la carretera principal de Londres.

Acabábamos de pasar la cima, donde la pendiente es máxima, cuando las cosas empezaron a complicarse. Había subido con la marcha más alta y quise entonces poner el punto muerto, pero la palanca se atascó entre dos velocidades y tuve que seguir con la misma marcha. El coche se estaba embalando, así que eché los dos frenos, pero fallaron los dos. No me asusté demasiado al notar que el cable del pedal se rompía pero, cuando tiré con todas mis fuerzas del freno de mano y la palanca llegó hasta el tope sin agarrar, sentí que me corría un sudor frío. Íbamos cuesta abajo volando. Gracias a que los faros eran muy potentes conseguí pasar la primera curva sin contratiempos. Llegamos a la segunda y nos libramos por los pelos de caer en la cuneta. A continuación venía una recta de un kilómetro y medio, al final de la recta la tercera curva y por fin la verja de mi casa. Si conseguía llegar a ella, estaríamos salvados, porque el coche perdería velocidad en la cuesta que subía hacia la casa.

Perkins se portó de maravilla, y quiero que se sepa. Estuvo en todo momento frío y atento. Al principio se me ocurrió echarme a la cuneta, pero Perkins me leyó el pensamiento.

—Yo no haría eso, señor. A esta velocidad volcaríamos y el coche nos aplastaría.

Naturalmente, tenía razón. Dicho esto desconectó el contacto eléctrico, así que íbamos sin motor, a una velocidad tremenda. Luego agarró el volante con las dos manos y me dijo:

—Yo lo sujeto. Usted intente saltar si quiere. Va a ser imposible tomar esa curva. Es mejor que salte, señor.

—No. Me quedo aquí. Salte usted si quiere.

—Me quedo con usted, señor.

Si hubiera sido el coche antiguo, habría metido la marcha atrás, a ver qué pasaba. Me imagino que los engranajes se habrían desencajado o roto, pero al menos habría hecho la prueba. Con este coche no había nada que hacer. Perkins intentó ponerse al volante, pero era imposible a la velocidad que llevábamos. Las ruedas zumbaban como un vendaval y la carrocería no paraba de gemir y chirriar. Pero los faros eran muy potentes y permitían calcular la distancia al centímetro. Recuerdo que pensé que, si por casualidad alguien nos estuviera viendo, el espectáculo seguramente le parecería espeluznante aunque majestuoso. En una carretera tan estrecha, habríamos

sido una muerte formidable, rugiente y dorada, para quien se cruzara en nuestro camino.

Tomamos la curva con una rueda levantada un metro por encima de la cuneta. Creí que todo había terminado, pero después de dar un par de bandazos, el coche se enderezó y siguió su camino. Esa había sido la tercera y última curva. Ya solo quedaba pasar la verja de la finca. La teníamos delante, que no enfrente. Estaba a unos veinte metros a la izquierda de la carretera principal en la que habíamos desembocado. No sé si habría podido evitarlo, aunque creo que la dirección se bloqueó cuando caímos en la zanja. El volante no giraba bien. Salimos disparados de la carretera. Vi la verja abierta a la izquierda. Giré el volante, apretando las muñecas con todas mis fuerzas. Choqué con Perkins y, un instante después, a ochenta por hora, la rueda derecha se estrelló contra el pilar derecho de la verja. Oí el golpe. Fui consciente de que volaba por el aire y luego… ¡y luego…!

Recuperé el conocimiento entre la maleza, a la sombra de los robles, en el lado de la avenida donde está la casa del guarda. Había un hombre a mi lado. Al principio pensé que sería Perkins, pero enseguida vi que era Stanley, un compañero al que había conocido años antes, en la universidad y por el que sentía un afecto sincero. Siempre hubo en la personalidad de Stanley algo que me inspiraba una simpatía especial, y me enorgullecía pensar que yo ejercía una influencia parecida sobre él. Me sorprendió verlo en ese momento, pero me sentía como si estuviera soñando: mareado, confuso y dispuesto a aceptar lo que veía sin cuestionar nada.

—¡Qué golpe! —exclamé—. ¡Dios mío, qué golpe tan brutal!

Stanley asintió con la cabeza. A pesar de la penumbra, vi que me sonreía, con esa sonrisa nostálgica que yo siempre asociaba con él.

Era totalmente incapaz de moverme. La verdad es que no tenía ningunas ganas de intentarlo. Pero todos mis sentidos se habían agudizado. Vi los restos del coche iluminados por unos faroles que se acercaban. Vi al pequeño grupo de gente que venía y les oí hablar en voz baja. Eran el guardés y su mujer, con otras dos personas más. No me habían visto, y estaban muy ocupados con el coche. Entonces oí un grito de dolor.

—Lo ha aplastado —anunció una voz—. Levantadlo con cuidado.

—¡Es solo mi pierna! —exclamó otra voz, que reconocí como la de Perkins—. ¿Dónde está el señor?

—Estoy aquí —contesté, aunque parecía que no me oían. Estaban todos agachados alrededor de algo tendido en el suelo, delante del coche.

Stanley me puso una mano en el hombro y me embargó una tranquilidad inexpresable. Me sentía ligero y feliz a pesar de todo.

—¿Verdad que no te duele nada? —preguntó.

—Nada.

—Nunca duele —asintió.

Y entonces me vi a merced de la perplejidad. ¡Stanley! ¡Stanley había muerto de fiebres tifoideas en la Guerra de los Bóeres!

—¡Stanley! —grité, pero se me atragantaron las palabras—. Stanley, tú estás muerto.

Me miró con la misma sonrisa dulce y nostálgica.

—Tú también —dijo.

EL HORROR DE LAS ALTURAS

(1898)

(Incluye el manuscrito conocido como Fragmento Joyce-Armstrong)

La idea de que el extraordinario relato que se ha dado en llamar Fragmento Joyce-Armstrong es la broma pesada de un individuo anónimo y maldecido por un perverso y siniestro sentido del humor ha sido descartada por todos los que han estudiado el caso. Hasta los conspiradores más imaginativos y macabros dudarían antes de relacionar las fantasías morbosas de este individuo con los trágicos e incuestionables sucesos que corroboran la declaración. Aun cuando las afirmaciones que esta contiene son sorprendentes, incluso monstruosas, se ha impuesto la creencia general de que son ciertas y eso nos obliga por tanto a ajustar nuestras ideas a la nueva situación. Parece ser que el margen que separa este mundo nuestro de un peligro de lo más inesperado y singular es estrecho y precario. En esta narración, que reproduce el documento original en su forma forzosamente fragmentada, trataré de ofrecer al lector todos los datos que se conocen hasta la fecha, señalando, a modo de introducción, que, aun cuando alguien pusiera en duda el relato de Joyce-Armstrong, es imposible cuestionar los hechos relacionados con el teniente Myrtle y el señor Hay Connor, quienes indudablemente encontraron la muerte de la manera aquí descrita.

El Fragmento Joyce-Armstrong se encontró en el campo que se conoce como Lower Haycock, a un kilómetro y medio al oeste del pueblecito de Withyham, en la frontera entre Kent y Sussex. El pasado 15 de septiembre James Flynn, un peón agrícola de Mathew Dodd, el dueño de la granja Chauntry, se encontró una pipa de brezo cerca del sendero que bordea el seto de Lower Haycock. Unos pocos pasos más adelante recogió un par de gafas rotas. Luego, entre unas ortigas de la cuneta, vio un libro plano, con la parte de atrás de tela, que resultó ser un cuaderno con las hojas desprendibles, del que unas cuantas se habían soltado y estaban revoloteando a los pies del seto. James Flynn las recogió, aunque algunas, entre ellas la primera, no fue posible recuperarlas, y han dejado una lamentable laguna en esta declaración tan importante. Flynn le entregó el cuaderno a su señor, quien a su vez se lo

enseñó al doctor J. H. Atherton, de Hartfield. Este caballero reconoció al instante la necesidad de solicitar el examen de un experto, y así se envió el manuscrito al Club Aéreo de Londres, donde ahora se conserva.

Las dos primeras páginas del manuscrito han desaparecido. Hay también otra arrancada, al final del relato, pero ninguna de las tres afecta a la coherencia general de la historia. Se cree que la introducción perdida guarda relación con la hoja de servicios y los méritos del señor Joyce Armstrong como aviador —que pueden consultarse en otras fuentes—, a quien se considera que ningún piloto aéreo de Inglaterra ha superado en destreza. Durante muchos años se le ha considerado uno de los aviadores más intrépidos e intelectuales, combinación esta que le ha permitido tanto inventar como poner a prueba diversos artefactos, entre ellos el popular giroscopio que lleva su nombre. Mientras que el texto principal está pulcramente escrito con tinta, las últimas líneas se escribieron a lápiz y con una letra tan descuidada que apenas resultan legibles: lo cierto es que da la impresión de que se garabatearon atropelladamente en el asiento de un aeroplano en marcha. Cabe añadir que hay varias manchas, tanto en la última página como en la cubierta del cuaderno, que según los expertos del Ministerio del Interior son de sangre, probablemente humana y con certeza de un mamífero. El hecho de que algo muy parecido al organismo de la malaria se encontrara en esta sangre, y es sabido que Joyce-Armstrong ha sufrido de fiebres intermitentes, es una muestra notable de las nuevas armas que la ciencia moderna ha puesto en manos de nuestros detectives.

Y ahora unas pocas palabras sobre la personalidad del autor de este testimonio que ha hecho época. Joyce-Armstrong, según los pocos amigos que de verdad sabían algo de él, era poeta y soñador, además de mecánico e inventor. Era un hombre de notable fortuna, que invirtió en buena parte en su afición aeronáutica. Tenía cuatro aviones privados en sus hangares, cerca de Devizes, y dicen que a lo largo del último año hizo nada menos que ciento setenta ascensos. Era retraído y pasaba por momentos de humor sombrío en los que evitaba la compañía de sus semejantes. El capitán Dangerfield, que lo conocía mejor que nadie, cuenta que a veces su excentricidad amenazaba con convertirse en algo más grave. La costumbre de llevar siempre una escopeta cuando subía a su avión era una manifestación de estas rarezas.

Otra era el morboso efecto que le causó la caída del teniente Myrtle. Myrtle, que intentaba batir un récord aéreo, cayó al suelo desde unos nueve mil metros de altitud. Su cabeza, es pavoroso señalarlo, prácticamente había desaparecido, aunque el cuerpo y las extremidades conservaban su forma. En

todas las reuniones de aviadores, Joyce-Armstrong, según Dangerfield, preguntaba con una sonrisa enigmática: «¿Dónde, si se puede saber, está la cabeza de Myrtle?».

En otra ocasión, después de cenar en el comedor de la Escuela de Vuelo de Salisbury Plain, Joyce-Armstrong inició un debate sobre cuál era el peligro más común al que se enfrentan los pilotos. Después de oír las sucesivas opiniones sobre turbulencias, defectos en la construcción de la máquina y bancos de nubes, se encogió de hombros y se negó a dar su parecer, que por lo visto difería de todo lo manifestado por sus compañeros.

Es conveniente señalar que, a raíz de su desaparición, se descubrió que había dejado sus asuntos personales ordenados con una pulcritud que podría indicar una fuerte premonición de accidente. Dadas estas explicaciones esenciales, paso a transcribir la narración exacta, a partir de la página tres del cuaderno manchado de sangre:

> De todos modos, cuando cené en Rheims con Coselli y Gustav Raymond vi que ninguno de los dos era consciente de que existiera un peligro particular en la capas altas de la atmósfera. No les dije exactamente lo que pensaba pero me acerqué bastante, y si ellos hubieran tenido una idea similar no habrían podido dejar de expresarla. Pero son un par de vanidosos y cabezas huecas que solo piensan en ver su nombre impreso en los diarios. Interesa notar que ninguno de los dos había volado nunca por encima de los seis mil metros. Por supuesto que otros hombres han superado esa altitud, tanto en globo como escalando una montaña. Debe de ser bastante por encima de ese punto cuando el avión entra en la zona de peligro, suponiendo, claro, que mi premonición sea cierta.
>
> Si pensamos que la aviación lleva más de veinte años con nosotros, bien podríamos preguntarnos: ¿por qué este peligro no se ha revelado hasta hoy? La respuesta es obvia. En los comienzos, cuando las máquinas eran débiles y un Gnome o un Green de cien caballos se consideraban más que válidos para cubrir cualquier necesidad, los vuelos estaban muy limitados. Ahora que los trescientos caballos de potencia son la norma más que la excepción, las visitas a las capas altas resultan más fáciles y más comunes. Algunos recordamos los tiempos de nuestra juventud, cuando Garros se hizo mundialmente famoso por alcanzar los cinco mil setecientos noventa metros, y cuando sobrevolar los Alpes se tenía por una hazaña. El nivel ha subido enormemente desde entonces, y por cada vuelo de ayer hoy tenemos veinte. Muchos

de ellos se han llevado a término y los pilotos han salido totalmente indemnes. Los nueve mil metros se alcanzan a todas horas, sin mayores incomodidades que el frío y el asma. ¿Qué demuestra esto? Un visitante podría bajar mil veces a este planeta sin ver nunca un tigre. Ahora bien, los tigres existen y, si el visitante bajara por casualidad a una selva, es posible que acabase devorado por esta fiera. En la atmósfera hay selvas, y en ellas viven cosas peores que los tigres. Creo que, con el tiempo, se harán mapas exactos de estas selvas. Ahora mismo podría nombrar dos. Una de ellas se encuentra en Francia, en la zona de Pau y Biarritz. La otra la tengo justo encima de la cabeza mientras escribo estas líneas en mi casa de Wiltshire. Mi sensación es que hay una tercera en Alemania, sobre las ciudades de Homburg y Wiesbaden.

Fue la desaparición de los pilotos lo que me hizo pensar. Todo el mundo, cómo no, dijo que habían caído al mar, pero esa explicación a mí no me convencía en lo más mínimo. El primero fue Verrier, en Francia: su máquina apareció cerca de Bayona, pero su cuerpo nunca lo recuperaron. Y está también el caso de Baxter, que se esfumó sin dejar rastro, aunque en un bosque de Leicestershire encontraron el motor de su avioneta y algunas piezas de hierro. El doctor Middleton, de Amesbury, que estaba observando el vuelo con un telescopio, ha afirmado que justo antes de que el cielo se nublara vio que la máquina, que volaba a una altura enorme, se elevaba de pronto en perpendicular, con sucesivas sacudidas, de una manera que parecía imposible. Esta fue la última vez que se vio a Baxter. Se publicó un anuncio en los periódicos, pero todo fue en vano. Hubo otros casos similares, y después vino la muerte de Hay Connor. Aunque se habló mucho de los indescifrables misterios del aire, y corrió la tinta en los tabloides, ¡qué poco se hizo por llegar hasta el fondo de la cuestión!

Connor realizó un tremendo descenso sin motor desde una altitud desconocida. No consiguió salir de la máquina y murió en el asiento. ¿De qué murió? «De una enfermedad coronaria», según los médicos. ¡Mentira! El corazón de Hay Connor estaba tan sano como el mío. ¿Qué dijo Venables? Venables era la única persona que se encontraba a su lado cuando murió. Dijo que Connor estaba temblando y que parecía muy asustado. «Murió de miedo», aseguró Venables, aunque no se imaginaba qué pudo asustarle tanto. Connor solamente le dijo a Venables una palabra: algo parecido a «monstruos». A los investigadores esto no les decía nada. A mí sí. ¡Monstruos! Esta fue la

última palabra del pobre Harry Hay Connor. Y sí, murió de miedo, tal como pensaba Venables.

Y después pasó lo de la cabeza de Myrtle. ¿De verdad creen ustedes —de verdad lo cree alguien— que el impacto de la caída puede hacer que la cabeza de un hombre acabe metida dentro del cuerpo? Bueno, a lo mejor es posible, pero yo, por lo pronto, nunca he creído que fuera eso lo que le ocurrió a Myrtle. Y lo de la ropa sucia —«pringada de grasa», según una persona que participó en la investigación—, ¡es raro que a nadie le diera que pensar! A mí sí, aunque yo llevo ya mucho tiempo pensando. He hecho ya tres ascensos —¡cómo se reía Dangerfield de mi escopeta!—, pero nunca he alcanzado la altitud suficiente. Ahora, con esta nueva Paul Veroner, una máquina ligera de ciento setenta y cinco caballos, fabricada por Robur, mañana debería llegar fácilmente a los nueve mil. Voy a intentar batir el récord. Y puede que intente otra cosa además. Es peligroso, desde luego. Al que quiera evitar el peligro más le vale abandonar del todo la idea de volar y apoltronarse en un sillón, en bata y zapatillas de franela. Pero yo pienso visitar la selva aérea mañana y, si hay algo allí, lo voy a descubrir. Si vuelvo, me convertiré en una celebridad. Si no, este cuaderno tal vez pueda explicar qué me propongo y cómo perdí la vida en el intento. Pero ¡nada de tonterías de accidentes o misterios, por favor!

He elegido para la misión mi monoplano Paul Veroner. No hay nada como un monoplano cuando se trata de un trabajo importante. Beaumont lo descubrió enseguida. Para empezar, no le afecta la humedad, y parece que vamos a estar todo el vuelo dentro de las nubes. Es un modelo precioso y responde a mis manos como un caballo sensible al bocado. Lleva un motor Robur, rotatorio y de diez cilindros, que alcanza los doscientos ochenta kilómetros por hora. Cuenta con todas las mejoras modernas —fuselaje cerrado, patín de aterrizaje de alta curvatura, frenos, estabilizadores giroscópicos y tres velocidades— y funciona por una alteración del ángulo de las alas, según el mismo principio que una persiana veneciana. He cogido una escopeta y una docena de cartuchos de caza mayor. Tendrían que haber visto la cara de Perkins, mi mecánico, cuando le he pedido que los llevara al avión. Me he vestido como un explorador del Ártico, con dos jerséis encima del mono, unos calcetines gruesos, botas forradas, gorro de tormenta con orejeras y mis gafas de mica. Fuera de los hangares hacía un calor

asfixiante, pero yo iba a escalar el Himalaya y tenía que vestirme en consonancia. Perkins se ha olido algo y me ha suplicado que le dejara acompañarme. Lo haría si fuera a volar con el biplano pero, cuando uno quiere subir hasta el último metro posible, en un monoplano solo hay sitio para un hombre. He cogido una bolsa de oxígeno, claro: el que intente batir el récord de altitud sin una, o se congela o se asfixia: o las dos cosas.

Hice una buena revisión de planos, timón y palanca de ascenso antes de embarcar. Me pareció que todo estaba en orden. Después arranqué el motor y comprobé que iba suave. El avión cogió altura casi instantáneamente a la velocidad mínima. Luego di un par de vueltas al campo de mi casa, para que entrase en calor y, después de despedirme con la mano de Perkins y los demás, enderecé las alas y marqué la altitud máxima. Me dejé llevar unos quince o dieciséis kilómetros como una golondrina antes de levantar un poco el morro y emprender la escalada, en una espiral grande, hacia el banco de nubes que me cubría. Es esencial subir muy despacio para adaptarse poco a poco a la presión.

El cielo estaba nublado, la temperatura era agradable para el mes de septiembre en Inglaterra, y el silencio y la densidad del aire presagiaban que iba a llover en cualquier momento. De vez en cuando venían rachas de viento del suroeste: hubo una tan repentina y fuerte que me pilló desprevenido y me zarandeó. Recuerdo los tiempos en que las rachas de viento, los remolinos y las turbulencias eran cosas peligrosas, antes de que supiéramos dar a los motores una potencia imbatible. Justo cuando entraba en el banco de nubes, con el altímetro señalando los novecientos metros, empezó a llover. ¡Qué diluvio! La lluvia aporreaba las alas, me abofeteaba en la cara y me empañaba tanto las gafas que casi no veía. Aflojé la velocidad, porque era muy molesto volar en semejantes condiciones. A medida que ascendía, el agua se convirtió en granizo y tuve que huir. Uno de los cilindros no funcionaba —una bujía sucia, supongo—, pero seguí elevándome de todos modos, a ritmo constante y a plena potencia. El contratiempo, fuera cual fuera, se solucionó muy poco después, porque oí el murmullo completo y grave de los diez cilindros a coro. En eso reside la belleza de los silenciadores modernos. Al menos podemos controlar los motores por el oído. ¡Cómo chillan, chirrían y gimen cuando les pasa algo! Todas estas señales de alerta se perdían en los viejos tiempos, cuando el rugido bestial de la máquina se tragaba cualquier otro ruido. ¡Ojalá los primeros aviadores

pudieran ver la belleza y la perfección de este mecanismo que han pagado con su vida!

A eso de las nueve y media estaba cerca de las nubes. Debajo de mí, desdibujada y ensombrecida por la lluvia, se extendía la inmensa llanura de Salisbury. Media docena de avionetas paseaban a mil metros de altitud, como golondrinas negras contra el fondo verde. Me imagino que se preguntarían qué estaría haciendo yo en las nubes. De pronto, una cortina gris se extendió delante de mí y un remolino de vapores húmedos me envolvió la cara. Noté una sensación pegajosa y fría, muy desagradable. Pero por fin estaba por encima del granizo y algo había ganado. La nube era tan densa y oscura como la niebla en Londres. En mi impaciencia por salir de ahí, levanté el morro hasta que sonó la alarma automática y empecé a caer hacia abajo. Las alas, empapadas y chorreando, pesaban más de lo que imaginaba, pero enseguida entré en una nube más ligera y pronto había superado la primera capa. Había una segunda capa —algodonosa y opalina— muy por encima de mí: un techo blanco y sin interrupción arriba; un suelo oscuro y sin interrupción abajo; y entre medias el avión, que se elevaba en una enorme espiral. La soledad de las nubes es inmensa. En cierto momento, una bandada de aves acuáticas pasó a mi lado, muy deprisa, hacia el oeste. El rápido rumor de sus alas y sus graznidos melódicos me alegraron los oídos. Me pareció que eran cercetas, pero soy un zoólogo pésimo. Ahora que los seres humanos nos hemos convertido en pájaros tendríamos que aprender a reconocer a nuestros hermanos a simple vista.

El viento formaba remolinos debajo de mí y movía la amplia llanura de nubes. En determinado momento se levantó un torbellino de vapor y, a través de él, como si fuera un túnel, vislumbré el mundo a lo lejos. Un biplano grande y blanco pasó muy por debajo de mí. Supongo que sería el servicio postal de la mañana entre Bristol y Londres. Luego, la corriente volvió a girar hacia dentro y el espacio de soledad se cerró de nuevo.

Justo después de las diez rocé el borde inferior del estrato superior de las nubes, compuesto por el fino vapor diáfano que venía rápidamente del oeste. La velocidad del viento había ido aumentando sin parar desde el principio, y ahora soplaba con bastante fuerza: a veintiocho por hora, según mi anemómetro. Hacía mucho frío, y eso que el altímetro solamente marcaba dos mil setecientos metros. Los

motores funcionaban de maravilla, y seguimos zumbando y ganando altitud. Aunque el banco de nubes era más denso de lo que suponía, por fin se fue aclarando hasta convertirse en una neblina dorada, y segundos más tarde volaba en un cielo raso y bajo un sol radiante: arriba todo era azul y dorado; abajo, hasta donde alcanzaba la vista, todo era una llanura resplandeciente, inmensa y plateada. Eran las diez y cuarto, y la aguja del barógrafo marcaba doce mil ochocientos. Seguí ascendiendo con los oídos concentrados en el profundo runrún del motor y los ojos siempre atentos al reloj, el indicador de revoluciones, la palanca del combustible y la bomba de aceite. No me extraña que se diga de los aviadores que son gente intrépida. Con tantas cosas que pensar no hay tiempo de preocuparse de uno mismo. Más o menos entonces me fijé en lo poco fiable que es la brújula a partir de determinada altitud. A los cuatro mil quinientos metros la mía señalaba al sureste. El sol y el viento me daban la orientación real.

Yo esperaba alcanzar una quietud eterna en aquellas alturas, pero cada cien metros de escalada el temporal arreciaba un poco más. Hasta la última junta y el último remache temblaban al enfrentarse al vendaval, que arrastró el avión como una hoja de papel cuando me ladeé para girar, a una velocidad posiblemente superior a la que nadie haya alcanzado nunca. Pero tenía que virar continuamente en la dirección de la que soplaba el viento, porque batir el récord de altitud no era mi único propósito. Según mis cálculos, mi selva aérea se encontraba sobre Wiltshire, y todo mi esfuerzo se iría al traste si me desviaba en el ascenso hacia las capas superiores.

Cuando alcancé el nivel de los cinco mil ochocientos metros, a eso del mediodía, la fuerza del viento era tal que miré con preocupación los cables de las alas, pensando que podían partirse o soltarse en cualquier momento. Incluso llegué a coger el paracaídas y a asegurar el gancho a la hebilla de mi cinturón de cuero, preparado para lo peor. Había llegado el momento en que un trabajo chapucero del mecánico se pagaba con la vida del piloto. Pero el avión resistía con valentía. Hasta el último cable y la última riostra zumbaban y vibraban como las cuerdas de un arpa, y aun así era maravilloso ver que, pese a las sacudidas y los golpes, la máquina seguía siendo la conquistadora de la naturaleza y la dueña de los cielos. Es evidente que hay algo de divino en el ser humano para que quiera elevarse tan por encima de los límites que parece imponerle la creación; elevarse también mediante una

devoción tan heroica y generosa como esta conquista del aire ha demostrado. ¡Para que luego digan de la degeneración de la especie! ¿Cuándo se ha escrito una historia así en los anales de la humanidad?

Estos pensamientos me vinieron a la cabeza mientras escalaba por aquel monstruoso plano inclinado con el viento unas veces golpeándome en la cara y otras silbando detrás de mis oídos, y la planicie de nubes que tenía debajo quedaba ya tan lejos que los pliegues y montículos plateados se habían fundido en una única llanura brillante. Y de repente tuve una experiencia horrenda y sin precedentes. Ya me ha ocurrido en otras ocasiones verme atrapado en lo que nuestros vecinos llaman un *tourbillon*, pero nunca de semejante magnitud. Este viento tan fuerte del que ya he hablado tenía, por lo visto, remolinos igual de monstruosos. Sin previo aviso me vi arrastrado hasta el corazón de uno de ellos. Allí estuve dando vueltas uno o dos minutos, a tal velocidad que casi pierdo el conocimiento, hasta que empecé a caer, con el ala izquierda por delante, por el túnel de vacío de su centro. Caí a plomo y perdí casi trescientos metros de altura. Aunque gracias al cinturón de seguridad no llegué a salir disparado del asiento, el susto y la dificultad para respirar me dejaron medio insensible, con medio cuerpo colgando de un lado del fuselaje. Sin embargo, siempre consigo hacer un esfuerzo supremo: he aquí mi gran mérito como aviador. Vi que el descenso se había vuelto más lento. El torbellino era un cono más que un túnel, y había llegado a su vértice. Con un tirón descomunal, echando todo el peso a un lado, nivelé las alas para alejarme del viento. Al instante había salido de las turbulencias y volvía a deslizarme por el cielo. Entonces, estremecido aunque triunfante, levanté el morro y emprendí de nuevo la ardua escalada constante en espiral. Dando un buen rodeo para evitar el peligro del remolino no tardé en ponerme a salvo por encima de él. Justo después de la una me encontraba a seis mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Sentí una inmensa alegría al ver que había superado el temporal y que la atmósfera se iba calmando en el ascenso. Por otro lado, hacía mucho frío y notaba esa náusea peculiar relacionada con el aire enrarecido. Por primera vez desenrosqué el tapón de la bolsa de oxígeno para inhalar de vez en cuando el gas glorioso. Lo sentía correr por mis venas como un cordial que me causaba una euforia muy parecida a la embriaguez. Me puse a gritar y a cantar mientras me remontaba por el aire silencioso y frío del mundo exterior.

Está muy claro para mí que la insensibilidad que afectó a Glaisher y, en menor medida a Coxwell, cuando en 1862 subieron en globo hasta los nueve mil metros de altitud se debió a la velocidad extrema del ascenso perpendicular. Cuando el gradiente es cómodo, y uno se va acostumbrando poco a poco al descenso de la presión barométrica, esos síntomas horribles no se presentan. A la misma altitud comprobé que, incluso sin el inhalador de oxígeno, podía respirar sin angustiarme demasiado. Pero hacía un frío brutal: mi termómetro marcaba diecisiete bajo cero. A la una y media me había alejado casi once kilómetros de la superficie de la tierra y seguía escalando a un ritmo constante. Sin embargo, vi que en el aire enrarecido las alas se sostenían mucho peor y que tenía que reducir notablemente el ángulo de ascenso. Era obvio que, a pesar de la ligereza de la máquina y la potencia del motor, tenía por delante un punto en el que iba a necesitar mayor sustentación. Para colmo de males, una de las bujías volvía a dar problemas y producía un fallo intermitente en el motor. Estaba agobiado y temía fracasar.

Fue más o menos entonces cuando tuve una experiencia extraordinaria. Algo pasó zumbando a mi lado, dejó una estela de humo y explotó con un silbido fuerte, lanzando por delante una nube de vapor. En un primer momento no entendía qué había pasado. Luego recordé que la Tierra recibe continuamente un bombardeo de meteoritos y que sería inhabitable si no fuera porque prácticamente todos ellos se convierten en vapor en las capas exteriores de la atmósfera. Este es otro de los peligros para quien sube a las alturas, pues otras dos piedras me pasaron por el lado cuando me acercaba a la marca de los doce mil. No pongo en duda que en el extremo de la envoltura terrestre el peligro sea muy grave.

La aguja del barógrafo señalaba cuarenta y un mil trescientos cuando comprendí que no podía continuar. El esfuerzo físico no era insoportable todavía, pero mi máquina había llegado al límite. La levedad del aire no proporcionaba a las alas un sostén firme, y la más ligera inclinación se convertía en un deslizamiento lateral; además, el avión no respondía bien a los mandos. Es posible que con el motor a pleno rendimiento hubiera podido subir otros trescientos metros, pero seguía fallando y me pareció que dos de los diez cilindros no funcionaban. Como no llegase enseguida a la zona que buscaba puede que nunca la encontrara en aquel viaje. Pero ¿no era posible que la hubiera alcanzado? Planeando sin motor y en círculos ascendentes por

encima de los doce mil metros, como un halcón monstruoso, dejé que el monoplano siguiera su curso y, con mi catalejo de Maguncia, hice un reconocimiento exhaustivo de los alrededores. El cielo estaba completamente despejado y no había un solo indicio de los peligros que imaginaba.

He dicho que iba planeando sin motor y en círculos ascendentes. De pronto se me ocurrió que estaría bien ampliar la trayectoria y abrir una nueva ruta aérea. Si un cazador entrara en una selva terrestre, tendría que atravesarla para dar con su presa. Mi razonamiento me llevó a creer que la selva aérea que yo había imaginado estaba más o menos encima de Wiltshire. Eso debía de ser al suroeste de mi posición. Me orienté por el sol, porque la brújula había dejado de funcionar y no se veía ni rastro de la tierra: únicamente se vislumbraba la llanura de nubes plateada. Aun así, calculé la dirección lo mejor posible y fui derecho hacia ella. Pensaba que el combustible no duraría más de una hora, pero podía permitirme apurar hasta la última gota y volver a la tierra en cualquier momento planeando majestuosamente.

Entonces vi algo nuevo. El aire que tenía delante había perdido su transparencia cristalina. Estaba compuesto de multitud de jirones largos, de algo que solamente puedo comparar con humo de tabaco muy fino. Por todas partes flotaban coronas y volutas que giraban y se enroscaban despacio a la luz del sol. Mientras el monoplano atravesaba esta zona, noté un leve sabor a aceite en los labios y me fijé en que las partes de madera del avión se habían cubierto de una capa de grasa. Una sustancia orgánica infinitamente fina parecía suspendida en el ambiente. Allí no había vida. Todo era una extensión informe y difusa que abarcaba muchas hectáreas y bordeaba con el vacío. No, no era vida. Pero ¿no serían restos de vida? Sobre todo, ¿no sería el alimento de la vida, de una vida monstruosa, igual que la humilde grasa del océano es el alimento de la poderosa ballena? En eso estaba pensando cuando miré hacia arriba y me encontré con la imagen más increíble que nadie haya visto jamás. Espero ser capaz de describirlo tal como lo vi el jueves pasado.

Imaginen una medusa como las que nadan en verano en nuestros mares, acampanada y enorme: yo diría que más grande que la cúpula de San Pablo. Era de color rosa claro, con unas vetas verdes muy delicadas, aunque de una textura tan tenue como la silueta de un hada sobre el fondo azul intenso del cielo. Latía con un ritmo suave y

regular. De la campana colgaban dos lánguidos tentáculos largos y verdes que oscilaban despacio adelante y atrás. Esta visión espléndida se deslizó plácidamente por encima de mí en solemne silencio, ligera y frágil como una pompa de jabón, y siguió su majestuoso camino empujada por el viento.

Estaba girando el monoplano con la intención de seguir a la hermosa criatura cuando, en un abrir y cerrar de ojos, me vi rodeado por una flota perfecta de seres como ella, de todos los tamaños, aunque ninguno igual de grande. Algunos eran bastante pequeños y la mayoría tenía el tamaño de un globo mediano, con una curvatura muy similar en la cima. La delicadeza de su textura y su colorido me recordaba al más fino cristal de Murano. Predominaban las tonalidades suaves del rosa y el verde, y todas tenían una preciosa iridiscencia en las partes donde el sol iluminaba sus formas exquisitas. Pasaban flotando a mi lado a cientos, como una maravillosa escuadra de fantasía compuesta por extraños y desconocidos galeones del cielo: seres de formas y sustancias tan en plena armonía con la pureza de las alturas que era imposible concebir una imagen o un sonido de parecida delicadeza en la tierra.

Pero un fenómeno nuevo atrajo mi atención poco después: las serpientes del aire. Eran unas espirales fabulosas, largas y finas, de una sustancia semejante al vapor, que giraban y se retorcían a gran velocidad, en círculos tan vertiginosos que casi era imposible seguirlas con la vista. Algunos de estos seres fantasmagóricos medían entre medio metro y un metro de largo, aunque era difícil calcular su circunferencia con aquellos perfiles tan difusos que parecían fundirse con el aire. Estas serpientes aéreas eran de un color gris muy claro, como el humo, salpicado de vetas más oscuras, y daban la clara sensación de ser un organismo. Una de ellas me rozó la cara al pasar, y noté su textura fría y viscosa, pero su composición era tan liviana que no podía relacionarlas con un peligro físico, lo mismo que me había ocurrido con las hermosas medusas que las precedieron. No había en su estructura nada más sólido que la espuma de una ola al romper.

Sin embargo, me esperaba una experiencia sobrecogedora. De una altura inmensa bajó flotando una masa de vapor violáceo que era pequeña cuando la vi por primera vez y crecía muy deprisa a medida que se acercaba, hasta que alcanzó un tamaño de varias docenas de metros. Aunque estaba hecha de alguna sustancia transparente, como la

gelatina, no tenía una forma definida y tampoco una consistencia sólida que me fuera posible relacionar con nada que hubiera visto antes. Por otro lado, presentaba algunos rasgos de organización física, en particular dos discos a cada lado, enormes y oscuros, que podrían ser ojos, y entre medias una protuberancia blanca y completamente sólida, tan curvada y cruel como el pico de un buitre.

En general, el monstruo tenía un aspecto formidable y desafiante, y cambiaba constantemente de color, de un malva muy claro a un morado oscuro y agresivo, tan denso que proyectó una sombra al deslizarse entre mi monoplano y el sol. En la curva superior del cuerpo gigantesco sobresalían tres bultos que únicamente puedo describir como burbujas gigantescas, y mientras las contemplaba llegué a la conclusión de que estaban cargadas de algún gas extremadamente ligero que servía para mantener a flote aquella masa parcialmente sólida y deforme en el aire enrarecido. La criatura se desplazaba deprisa, siguiendo cómodamente el ritmo de mi máquina, y fue mi espeluznante escolta a lo largo de más de treinta kilómetros, cernida sobre mí como un ave de presa a la espera del momento de atacar; su método de avance —a una velocidad que no era fácil de seguir— consistía en lanzar por delante una especie de cinta glutinosa que a su vez parecía arrastrar el cuerpo contorsionado. Era elástica y como de gelatina: no conservaba la misma forma más de unos momentos y con cada transformación se volvía más repugnante y amenazadora.

Supe que no tramaba nada bueno. Cada destello morado de aquel cuerpo aterrador así me lo decía. Los ojos desorbitados que me observaban con un gesto de odio viscoso eran fríos e implacables. Hundí hacia abajo el morro del monoplano con la intención de escapar. Nada más hacer la maniobra, a la velocidad del rayo, la grasienta masa flotante lanzó un tentáculo largo que vino a aterrizar, ligero y sinuoso como un látigo, en la parte delantera del avión. Con un fuerte silbido se posó un segundo sobre el motor caliente y luego volvió a sacudirse en el aire, contrayendo de repente el cuerpo gigantesco y plano en un gesto de dolor. Descendí en picado, pero otro tentáculo cayó sobre el monoplano y la hélice lo cortó como si fuera una voluta de humo. Una de las espirales parecidas a serpientes, larga, escurridiza y pegajosa, se acercó por detrás, me rodeó por la cintura y me sacó del fuselaje. Tiré de ella, con los dedos hundidos en una superficie suave como el pegamento, y conseguí liberarme unos instantes, pero otra espiral me

atrapó enseguida, enrollándose en mi bota y dando un tirón que casi me hizo tumbarme de espaldas.

Mientras descendía disparé sin tregua con los dos cañones de la escopeta, aunque lo cierto es que pensar que un arma humana podía paralizar aquella masa descomunal era como atacar a un elefante con un tirachinas. Aun así, apunté mejor de lo que acostumbraba, pues, con una detonación muy fuerte, una de las enormes ampollas de la espalda del monstruo estalló al ser perforada por el cartucho. Era evidente que mis conjeturas iban bien encaminadas y que aquellas enormes vejigas de color claro estaban llenas de algún gas propulsor porque, al momento, la inmensa mole parecida a una nube cayó hacia un lado y se retorció desesperadamente para recuperar el equilibrio, abriendo y cerrando el pico blanco con una furia pavorosa. Mientras tanto, yo había salido disparado, inclinando la proa hacia abajo lo máximo que me atreví y con la máquina todavía completa, impulsado como un bólido por la hélice y la fuerza de gravedad. Muy por detrás de mí vi una mancha violácea que se empequeñecía por momentos y se fundía con el fondo del cielo azul. Había salido ileso de la selva mortal del aire.

En cuanto me vi fuera de peligro apagué el motor, pues no hay nada mejor para destrozar un avión que llevarlo a plena potencia desde una gran altura. Hice un majestuoso vuelo en espiral desde una altitud cercana a los trece kilómetros: primero hasta el nivel del banco de nubes plateado, luego hasta las nubes de tormenta que había debajo y por fin, azotado por la lluvia, hasta la superficie de la tierra. Vi el canal de Bristol a mis pies al salir de las nubes pero, como aún me quedaba algo de combustible en el depósito, volé más de treinta kilómetros tierra adentro antes de quedarme varado en un campo, a menos de un kilómetro del pueblo de Ashcombe. Le compré tres latas de gasolina al conductor de un automóvil que pasó por allí, y a las seis y diez minutos de la tarde aterrizaba suavemente en mi prado de Devizes, después de un viaje que nadie en la tierra ha hecho hasta hoy, y vivo para contarlo. He visto la belleza y he visto el horror de las alturas: y no hay mayor belleza ni mayor horror al alcance de un ser humano.

Y ahora me propongo volver de nuevo antes de revelar al mundo mis descubrimientos. La razón que me mueve es que necesito algo que ofrecer a mis semejantes como prueba de mi relato. Es cierto que otros no tardarán en seguirme y confirmar mi testimonio, pero aun así quiero

> que sea incuestionable desde el primer momento. No debería ser difícil capturar una de esas iridiscentes y preciosas burbujas del aire. Como se desplazan flotando despacio, la velocidad del monoplano podría interceptarlas en su curso pausado. Es bastante probable que se disuelvan en las capas más densas de la atmósfera y al final no consiga traer a la tierra más que un montoncillo de gelatina amorfa. De todos modos, eso ya sería algo para confirmar mi historia. Sí, volveré, a sabiendas de que el riesgo que corro es grande. No parece que haya muchos de esos monstruos morados. Es probable que no me tope con ninguno. Si lo veo, bajaré en picado de inmediato. En el peor de los casos siempre tendré la escopeta y mis conocimientos de…

Aquí, por desgracia, falta una página del manuscrito. La siguiente, con letra grande y temblorosa, dice:

> Trece mil cien metros de altitud. Nunca volveré a ver la tierra. Están debajo de mí: son tres. Que Dios me ayude. ¡Qué forma de morir tan espantosa!

Esta es la declaración completa de Joyce-Armstrong. No ha vuelto a saberse nada de él desde entonces. Varias piezas del monoplano, hecho pedazos, se han recuperado en los terrenos del señor Budd-Lushington, en la frontera entre Kent y Sussex, a escasos kilómetros del lugar donde apareció el cuaderno. De ser cierta la teoría del desafortunado aviador, si de verdad existe sobre el suroeste de Inglaterra esa selva del aire, como él la llamaba, todo indica que intentó huir con su avión a la máxima velocidad, pero se vio atrapado y devorado por estas horripilantes criaturas en algún punto de la atmósfera por encima del lugar donde se encontraron las siniestras reliquias. La imagen del monoplano surcando el cielo y de estos aterradores seres sin nombre que volaban por debajo de él a la misma velocidad, cortándole continuamente el paso hacia la tierra, a la vez que rodeaban poco a poco a su víctima, es de las que un hombre que aprecie su cordura prefiere olvidar. Son muchos, me consta, los que todavía se burlan de los hechos que aquí se relatan, pero incluso ellos se ven en la obligación de reconocer que Joyce-Armstrong ha desaparecido, y yo les recordaría estas palabras del aviador: «Este cuaderno tal vez pueda explicar qué me propongo y cómo perdí la vida en el intento. Pero ¡nada de tonterías de accidentes o misterios, por favor!».

EL MATÓN DE BROCAS COURT[143]

(1921)

Aquel año —fue en 1878—, el regimiento de caballería voluntario de South Midland se encontraba en los alrededores de Luton, y la pregunta que se hacía todo el mundo en el gran campamento no era cómo prepararse para una posible guerra en Europa[144], sino otra mucho más vital: dónde encontrar a un hombre que fuera capaz de resistir diez asaltos frente al herrero-sargento Burton. Slogger Burton era una buena mole de noventa kilos de hueso y músculo, con unas manazas capaces de dejar inconsciente a cualquier hombre normal. Había que encontrar en alguna parte a alguien dispuesto a enfrentarse a él para bajarle los humos. Por eso enviaron a Londres a sir Fred Milburn, más conocido como «Murmullos», a ver si entre los mejores boxeadores no había alguno dispuesto a hacer un viaje para derrotar al temerario dragón.

Corrían malos tiempos para el boxeo profesional. La antigua costumbre de pelear «a puño limpio» había muerto, a fuerza de escándalos y deshonor, ahogada por la maloliente multitud de apostadores y rufianes de toda laya que merodeaban en los márgenes del espectáculo y que llevaron a la ruina y la deshonra a los púgiles decentes, en su mayoría héroes humildes y de una valentía nunca superada. Un aficionado honrado que quisiera presenciar un combate acababa normalmente atacado por villanos a quienes no podía denunciar, porque técnicamente estaba cometiendo un delito. Lo desvalijaban en la calle a la vista de todo el mundo, le quitaban la cartera y, si se atrevía a resistirse, le abrían la cabeza. Al *ring* solo podían acercarse los que estaban dispuestos a abrirse camino con garrotes y fustas. Así, a nadie le extrañaba que el público del deporte clásico fuera gente sin nada que perder.

Por otro lado, la época del local reservado y el combate legal con guantes no había llegado aún, y el culto se encontraba en una extraña etapa intermedia. Era imposible regularlo y era igualmente imposible abolirlo, pues no hay nada que produzca en el británico medio una atracción tan poderosa como el boxeo. De ahí que hubiera caóticos combates en establos y graneros, viajes relámpago a Francia, encuentros secretos al amanecer en solitarios rincones del campo y todo tipo de subterfugios y experimentos. La insatisfacción de los boxeadores era la misma que la de su círculo. No podían

pelear honradamente sin esconderse, y el más farruco era el que se ponía en cabeza de lista. Únicamente en la otra orilla del Atlántico había surgido la inmensa figura de John Lawrence Sullivan, el hombre destinado a ser el último representante del sistema anterior y el primero del nuevo.

En esta situación, no fue tarea fácil para el capitán del regimiento encontrar entre los salones de boxeo de Londres y los bares deportivos a un hombre de confianza para dar su merecido al gran herrero-sargento. Los pesos pesados se cotizaban mucho. Su elección recayó finalmente sobre Alf Stevens, de Kentish Town, un excelente peso medio en ascenso que no conocía la derrota y hasta había sido varias veces campeón. Su experiencia y su pericia compensarían con creces los diecinueve kilos de diferencia con el peso del formidable dragón. Con esta esperanza lo contrató sir Fred Milburn y lo subió a su carro de dos ruedas, tirado por una briosa pareja de caballos rucios, para llevarlo al campamento de los voluntarios. Saldrían a media tarde por la gran carretera del norte, pasarían la noche en St. Albans y completarían el viaje al día siguiente.

El boxeador se reunió con el barón en la venta de La Cruz Dorada, donde Billly Bates, el mozo de cuadra de sir Frederick, estaba embridando a los nerviosos caballos. Stevens, un joven bien afeitado y de cara pálida, se sentó al lado del barón y dijo adiós con la mano al puñado de púgiles y de golfos de camisa sin cuello y chaqueta cruzada que se habían reunido para despedirlo. «¡Buena suerte, Alf!», corearon con voz ronca cuando Bates soltó las bridas de los caballos y subió al pescante de un salto mientras el carro alto enfilaba deprisa la curva para entrar en Trafalgar Square.

El barón estaba tan ocupado esquivando el tráfico de Oxford Street y Edgware Road que apenas podía pensar en otra cosa, pero, cuando llegó a la orilla de los campos, cerca de Hendon, y los setos sustituyeron por fin al interminable panorama de edificios de ladrillo, aflojó las riendas para que los caballos fueran cómodos mientras él dedicaba su atención al joven que tenía a su lado. Había dado con él por correspondencia y recomendación, y sentía cierta curiosidad por examinarlo en ese momento. Empezaba a caer la tarde y la luz era tenue, pero al barón le gustó lo que veía. Stevens era un boxeador de los pies a la cabeza: musculoso, de pecho poco prominente, la mandíbula larga y recta, y la mirada penetrante que acompaña al valor y la obstinación. Sobre todo era un hombre al que nadie había doblegado y aún conservaba esa profunda confianza tan sólida que nunca vuelve a ser la misma del todo después de una primera derrota. Sir Fred se rió para sus adentros al ver el paquete sorpresa que llevaba al norte para el herrero-sargento.

—Supongo que seguirá algún tipo de entrenamiento, Stevens —dijo, volviéndose hacia su compañero.

—Sí, señor. Estoy en condiciones de pelear a muerte.

—Yo diría que sí.

—Llevo una vida muy ordenada, señor, pero la semana pasada tuve que pelear contra Mike Connor y bajé a setenta y dos. Él perdió el combate y yo estoy aquí en plena forma.

—Me alegro porque le va a hacer falta para enfrentarse con un hombre que le saca diecinueve kilos y diez centímetros.

El joven sonrió.

—Me las he visto en peores, señor.

—Eso parece. Pero él también boxea.

—Bueno, uno lo hace lo mejor que puede.

Al barón le agradó el tono humilde aunque seguro del joven púgil. De pronto se acordó de algo divertido y se echó a reír.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Tendría gracia que el Matón saliera esta noche!

A Alf Stevens le picó la curiosidad.

—¿De qué matón habla, señor?

—Bueno, lo mismo se pregunta todo el mundo. Unos dicen que lo han visto y otros que es un cuento, pero hay pruebas de que es un hombre de carne y hueso, con unos buenos puños que dejan buenas marcas.

—Y ¿dónde se supone que vive?

—En esta misma carretera. Entre Finchley y Elstree, por lo que he oído. Va siempre con otro y los dos salen las noches de luna llena a retar a los transeúntes a que peleen a la antigua. Uno pelea y el otro pasa la gorra. ¡Caramba! Dicen que boxea como nadie. Más de uno ha aparecido por la mañana con la cara destrozada, para demostrar que el Matón se ha ocupado de él.

Alf Stevens estaba intrigadísimo.

—Siempre he querido probar un combate a la vieja usanza, señor, pero nunca se me ha presentado la ocasión. Creo que me iría mejor sin guantes.

—Entonces ¿no rechazaría al Matón?

—¡Rechazarlo! Iría donde hiciera falta para encontrarlo.

—¡Caramba! ¡Eso sería estupendo! Bueno, hay luna llena y el sitio está cerca de aquí.

—Si es tan bueno como usted dice, habría que conocerlo en el *ring* —señaló Stevens—, a menos que sea un simple aficionado que pelea por

diversión.

—Hay quien dice que es un palafrenero, o uno de la hípica de ahí. Donde hay caballos siempre hay boxeo. Si es verdad lo que se cuenta de él, ese hombre tiene algo estrafalario y raro. ¡Eh, mire! ¡Maldita sea! ¡Mire!

La voz del barón había adoptado un tono y un volumen de sorpresa y contrariedad. En aquel punto, la carretera baja hasta una hondonada y está tan oscurecida por los árboles que de noche se abre como la boca de un túnel. A los pies de la cuesta hay dos grandes pilares de piedra, en los que a plena luz del día se observan la erosión y las manchas de líquenes, con emblemas heráldicos que el tiempo ha mutilado y reducido a poco más que unos bultos en la piedra. Una elegante verja de hierro, con los goznes sueltos y oxidados, proclama tanto el pasado glorioso como la decadencia presente de Brocas Old Hall, al fondo de una avenida invadida por las malas hierbas. Fue de las sombras de esta antigua entrada de donde una figura ágil saltó de pronto en mitad del camino y, con una destreza extraordinaria, detuvo a los caballos, que se pusieron de manos y piafaron cuando los obligaron a apoyarse de nuevo en las patas traseras.

—¡Ven, Rowe, sujeta a estos zopencos! —gritó una voz estridente—. Tengo una cosita que decirle aquí a este señorón tan fino antes de que siga su viaje.

Un segundo hombre había salido de las sombras y, sin decir palabra, cogió las bridas de los caballos. Era bajito y gordo, y vestía un curioso abrigo marrón, con varias capas, que le llegaba hasta las rodillas. Debajo del abrigo llevaba botas y polainas. Iba sin sombrero y, cuando se puso delante de los faroles laterales del carro, sus ocupantes vieron una cara colorada y hostil, afeitada y con el labio inferior torcido, y un fular negro anudado en un lazo fuerte debajo de la barbilla. Mientras sostenía las riendas, su compañero, el ágil, dio un salto hacia delante, posó una mano huesuda a un lado del salpicadero y, con la luz en la cara, observó atentamente a los viajeros con una expresión de ira en los ojos azules. Llevaba un gorro calado hasta las cejas, pero, a pesar de la sombra, el barón y el púgil vieron lo suficiente para asustarse de él, porque tenía un rostro malvado; malvado aunque impresionante: violento, de facciones duras, con la nariz alta y una boca inexorable que delataba una naturaleza que ni pedía clemencia ni la concedía. En cuanto a su edad, se podía decir con certeza que un hombre con aquella cara era aún lo bastante joven para conservar toda su virilidad a la vez que tenía edad suficiente para haber conocido todas las perversiones de la vida.

Los ojos, salvajes y fríos, examinaron a fondo primero al barón y después al joven que iba a su lado.

—Sí, Rowe, es un señorón muy fino, como ya he dicho —informó a su compañero por encima del hombro—. Pero el otro podría ser un buen candidato. Si no es boxeador, tendría que serlo. De todos modos, lo vamos a probar.

—Verá —dijo el barón—. No sé quién es usted, pero es un impertinente redomado. ¡Me dan ganas de cruzarle la cara con el látigo!

—¡Para el carro, jefe! No es prudente hablarme así.

—¡Ya he oído hablar de ti y de cómo te las gastas! —contestó airadamente el capitán—. ¡Te voy a enseñar yo a parar a mis caballos en la carretera de la reina! Esta vez te has equivocado de hombres, amigo mío. Enseguida lo vas a ver.

—Puede ser —dijo el desconocido—. A lo mejor todos aprendemos algo antes de despedirnos, jefe. Uno de los dos, que baje y se ponga en guardia antes de que sigas diciendo tonterías.

Stevens no tardó un segundo en saltar a la carretera.

—Si buscabas pelea, has acertado —dijo—. Que sepas que esa es mi profesión, para que luego no digas que te pillé desprevenido.

El desconocido lanzó un grito de alegría.

—¡Toma ya! Es un boxeador, como pensaba. Se acabaron los paletos. Este es de verdad. Muy bien, chaval, acabas de conocer al que va a derrotarte. ¿Por casualidad has oído lo que dijo de mí lord Longmore? «El hombre que te derrote tiene que ser muy especial». Eso dijo lord Longmore.

—Eso fue antes de que apareciera el Toro —gruñó el hombre que estaba delante, interviniendo por primera vez.

—¡Déjate de majaderías, Joe! No vuelvas a nombrar al Toro si no quieres que acabemos mal. Me ganó una vez, pero como volvamos a encontrarnos no habrá quien se atreva a aceptar las apuestas. Bueno, chaval, ¿qué piensas de mí?

—Que eres un jeta.

—¿Un jeta? ¿Y eso qué es?

—Un insolente, un farolero… Un fanfarrón, si lo prefieres.

Esta última palabra tuvo un efecto asombroso sobre el desconocido. Se dio una bofetada en la pierna y soltó una risotada que sonó como un relincho y a la que se sumó su bronco compañero.

—Has dicho la palabra exacta, guapito —dijo este—. La palabra es «fanfarrón», no hay duda. En fin, tenemos buena luna, aunque se está

nublando. Más vale que aprovechemos la luz mientras podamos.

Mientras se producía esta conversación, el barón había estado observando con creciente asombro la indumentaria del desconocido.

Buena parte de las prendas que llevaba venía a confirmar la idea de que estaba relacionado con alguna hípica, aunque con todo y con eso tenía un aire de lo más anticuado y excéntrico. Llevaba un gorro de pelo de castor, blanco amarillento, como el que gastan todavía algunos cocheros, con la copa acampanada y el ala ondulada. Su atuendo consistía en una chaqueta de talle alto, con faldones, de color tabaco y con botones de metal. La prenda abierta por delante mostraba un chaleco de seda a rayas, mientras que las piernas iban embutidas en bombachos de gamuza, con medias azules y zapatos bajos. Tenía un cuerpo anguloso y duro que insinuaba una intensa actividad nerviosa. Estaba claro que este Matón era todo un personaje, y el joven capitán de dragones se rió por lo bajo, pensando en la historia tan increíble que contaría en la cantina de oficiales gracias a este pintoresco personaje de otro mundo y a la paliza que el famoso boxeador de Londres estaba a punto de darle.

Billy, el mozo de cuadra, se había encargado de los caballos, que estaban sudorosos y temblando.

—¡Por aquí! —dijo el hombre corpulento, dirigiéndose hacia la verja. Era un lugar siniestro, negro y raro, con las columnas medio desmoronadas y el túnel de los árboles en la avenida. Ni al barón ni al púgil les gustaba la pinta que tenía.

—¿Adónde vamos?

—Este no es sitio para pelear —contestó el tipo corpulento—. Ahí dentro tenemos uno bien bonito, tanto como Molesey Hurst.

—Para mí el camino está bien —dijo Stevens.

—El camino está bien para los novatos —replicó el del gorro de castor—, pero no para dos pedazos de profesionales como tú y como yo. No tendrás miedo, ¿verdad?

—Ni de ti ni de diez como tú —fue la tajante respuesta de Stevens.

—Muy bien. Entonces ven conmigo y haz las cosas bien.

Sir Frederick y Stevens intercambiaron una mirada.

—Me animo —asintió el boxeador.

—Vamos, pues.

Cruzaron la verja los cuatro. Poco a poco dejaron atrás a los caballos inquietos y encabritados, y la voz del muchacho que intentaba tranquilizarlos inútilmente. Cuando habían recorrido unos cincuenta metros por la avenida

invadida de hierba, el guía giró a la derecha, hacia un denso cinturón de árboles, hasta que llegaron a una explanada de hierba circular, blanca y clara a la luz de la luna. A un lado se levantaba un terraplén, y al fondo se veía una de esas casas de verano con columnas de piedra que tanto gustaban a los primeros georgianos.

—¿Qué había dicho? —exclamó el corpulento en tono triunfal—. ¿A que no encontrarían un sitio mejor a treinta kilómetros de la ciudad? Se construyó para esto. Venga, Tom. Dale duro y demuestra lo que vales.

Todo se había convertido en una especie de sueño extraño. Los desconocidos, su curiosa indumentaria, su pintoresca manera de hablar, el círculo de hierba a la luz de la luna y la casa de verano con columnas se fundieron en un todo fantástico. Únicamente la imagen de Alf Stevens, con su traje de *tweed* mal ajustado y su cara de inglés, tan típica, devolvían al barón al mundo cotidiano. El desconocido delgado se había quitado el gorro de castor, la chaqueta con faldones y el chaleco de seda, y después su ayudante le ayudó a quitarse la camisa por la cabeza. Stevens imitó los preparativos de su rival con frialdad y sin prisas. Y entonces los dos púgiles se pusieron frente a frente.

Pero Stevens no pudo evitar una exclamación de sorpresa y horror. Sin el gorro de castor, la cabeza de su oponente dejaba a la vista una mutilación horrenda. Toda la parte superior de la frente estaba hundida, y tenía una especie de verdugón ancho y rojo entre el pelo, muy corto, y las cejas, muy densas.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¿Qué le pasa a este hombre?

La pregunta pareció incitar en su adversario una rabia fría.

—Tú preocúpate de tu cabeza, jefe —contestó—. Me da que con eso vas a tener tarea de sobra para no hablar de la mía.

Esta respuesta arrancó una áspera risotada de su ayudante.

—¡Así se habla, mi Tommy! Vamos a ver lo que hace un auténtico boxeador contra uno de pacotilla.

El hombre al que había llamado Tom estaba en el centro del *ring* natural con las manos en alto. Vestido ya imponía y en cueros todavía más: el torso fuerte, los hombros inclinados y los brazos musculosos y ágiles eran perfectos para el deporte. El brillo macabro de los ojos, que asomaban por debajo de las cejas deformadas, y los labios congelados en una sonrisa inmutable componían un gesto más temible que un simple ceño fruncido. El púgil confesó, al acercarse a su oponente, que nunca había visto un cuerpo más formidable. Pero su espíritu audaz se creció al recordar que aún no había

encontrado al hombre capaz de derrotarlo, y parecía poco creíble que ese acabara siendo un desconocido vestido a la antigua en una carretera rural. Así, sonriendo, tomó posiciones y levantó las manos.

Pero lo que vino a continuación resultó completamente ajeno a su experiencia. El desconocido amagó rápidamente con la izquierda y lanzó un gancho con la derecha, tan deprisa y con tanta fuerza que Stevens apenas tuvo tiempo de esquivarlo y responder con un directo corto mientras su contrincante se le echaba encima. En un momento el otro lo había atenazado entre los brazos huesudos y, de un crochet por encima de la cadera, lo lanzó al aire como una peonza que aterrizó en la hierba con un golpe seco. El desconocido retrocedió y se cruzó de brazos mientras Stevens se ponía en pie, tambaleándose, con las mejillas encendidas de ira.

—Pero ¡bueno! ¿Qué manera de boxear es esta?

—¡Eso es juego sucio! —protestó el barón.

—¡Sucio! ¡Un carajo! ¡Es lo más limpio que he visto en la vida! —dijo el corpulento—. ¿Qué reglas seguís vosotros?

—Las de Queensberry, naturalmente.

—Nunca he oído hablar de ellas. Nosotros seguimos las del Cuadrilátero Profesional de Londres.

—¡Muy bien! —dijo Stevens con furia—. Yo puedo pelear tanto con unas como con otras. No volverás a pillarme desprevenido.

Y no fue así. La segunda vez que el desconocido arremetió contra él, Stevens lo agarró con fuerza y, después de bailar y balancearse un rato, cayeron los dos juntos al suelo. La escena se repitió tres veces, y en todas ellas el desconocido fue andando hasta donde estaba su compañero y se sentó unos momentos en la hierba del terraplén antes de continuar.

—¿Qué le parece? —le preguntó el barón a Stevens en uno de estos descansos.

Alf Stevens estaba sangrando por una oreja, aunque por lo demás no parecía tener más secuelas.

—Se las sabe todas —dijo el púgil—. No sé dónde habrá aprendido pero ha entrenado mucho. Es fuerte como un león y duro como una piedra, a pesar de esa cara tan extraña.

—Hágale pelear con golpes largos. Yo creo que ahí domina usted.

—No estoy seguro de dominar en nada pero haré lo que pueda.

Fue un combate desesperado, y a medida que se iban sucediendo los asaltos quedó claro, incluso para el atónito barón, que el campeón de los pesos medios había encontrado la horma de su zapato. El desconocido tenía

un gancho inteligente y una rapidez que, sumada a sus impactantes saltos, lo convertían en un enemigo peligrosísimo. Su cabeza y su cuerpo parecían insensibles a los golpes, y la horrenda sonrisa maligna no se borró ni por un instante de sus labios. Pegaba con una fuerza brutal, con unos puños como piedras, y atacaba desde todos los ángulos posibles. Tenía un golpe realmente asesino, un gancho directo a la mandíbula que una y otra vez estuvo a punto de alcanzar su objetivo, hasta que finalmente logró burlar la guardia y derribó a Stevens. El hombre corpulento lanzó una exclamación de triunfo.

—¡El golpe en las patillas! ¡Caray! ¡Mi Tommy es un caballo contra una gallina! Otro así, muchacho, y lo habrás derrotado.

—Oiga, Stevens, yo creo que esto se nos está yendo de las manos —dijo el barón mientras sostenía al muchacho agotado—. ¿Qué dirán en el regimiento si aparezco con un hombre destrozado en una pelea de andar por casa? Dele la mano a su adversario y deséele lo mejor, o no estará usted en condiciones de hacer su trabajo.

—¿Que le desee lo mejor? ¡Ni hablar! —protestó Stevens, lleno de rabia —. No pienso parar hasta que le haya borrado esa puñetera sonrisa de esa cara tan fea.

—Y ¿qué hay del sargento?

—Prefiero volver a Londres sin ver al sargento antes de que este me quite el puesto.

—¿Qué? ¿Ya es suficiente? —preguntó su rival con desprecio mientras se levantaba del terraplén.

A modo de respuesta, Alf Stevens se abalanzó contra su rival y atacó con todas las fuerzas que le quedaban. Le hizo retroceder con la furia de la embestida y estuvo un minuto largo llevando las de ganar. Pero aquel luchador de hierro no parecía cansarse nunca. Terminado el asalto sus pasos seguían siendo igual de rápidos y sus golpes igual de fuertes que al principio. Stevens había aflojado de puro agotamiento. Su rival, sin embargo, no aflojaba. Lanzó sobre el púgil una lluvia de golpes bestiales que derribaron sus débiles defensas. Alf Stevens había llegado al límite de sus fuerzas y se habría desplomado en cuestión de unos segundos de no haber sido por una intervención de lo más curiosa.

Antes se ha dicho que, camino del *ring*, el grupo había cruzado una arboleda. Desde los árboles se oyó un grito agudo y peculiar, un grito de agonía que podía de ser de un niño o de un animalillo angustiado. Era un grito sin palabras, penetrante y de una melancolía inexpresable. Al oírlo, el desconocido, que acababa de poner a Stevens de rodillas, retrocedió

tambaleándose y miró a un lado y a otro con un gesto de espanto impotente. La sonrisa se había borrado de sus labios, en los que únicamente quedaba la laxitud de quien experimenta un horror extremo.

—¡Viene a por mí, compañero! —gritó.

—¡Aguanta, Tom! ¡Ya casi lo has derrotado! No puede hacerte daño.

—¡Sí que puede! ¡Me lo hará! —chilló el boxeador—. ¡Dios mío! ¡No puedo hacerle frente! ¡Ah, lo estoy viendo! ¡Lo estoy viendo!

Con un alarido de pánico, dio media vuelta y echó a correr entre la maleza. Su compañero, maldiciendo a grito pelado, recogió el montón de ropa y salió tras él. Las sombras oscuras los engulleron en su huida.

Stevens, medio inconsciente, se había caído de espaldas y estaba tendido en el terraplén de hierba, con la cabeza apoyada en el pecho del joven barón, que le acercaba la petaca de *brandy* a los labios. Los dos oían los gritos, que se habían vuelto más fuertes y agudos. Luego, de los matorrales salió corriendo un terrier blanco y pequeño que lo olisqueaba todo, como si buscara un rastro, con unos gemidos de lo más lastimeros. Pasó corriendo por el terraplén, sin hacer caso de los dos jóvenes, hasta que también se esfumó entre las sombras. Entonces, los dos espectadores se levantaron de un salto y salieron disparados hacia la verja y el carro. El terror se había apoderado de ellos: un terror pavoroso que escapaba a toda lógica o razón. Tiritando y temblando subieron al carro y no se atrevieron a decir palabra hasta que los serviciales caballos se hubieron alejado sus buenos tres kilómetros de aquel aciago rincón.

—¿Había visto alguna vez un perro como ese?

—No —gritó Stevens—. Y Dios quiera que no vuelva a verlo nunca.

Esa noche, ya tarde, los viajeros hicieron alto en la Venta del Cisne, cerca de Harpenden Common. El dueño era un viejo conocido del barón, y se sumó a ellos de buen grado para compartir una copa de oporto después de la cena. El señor Joe Horner, que era muy aficionado al boxeo, podía pasarse horas contando leyendas del cuadrilátero, tanto presentes como pasadas. El nombre de Alf Stevens le era bien conocido, y observó al joven con profundo interés.

—Amigo mío, está claro que viene usted de un combate —dijo—. No he visto anunciado ninguno en los periódicos.

—No quiero hablar de eso —contestó Stevens con hostilidad.

—¡Bueno, no pretendía ofenderlo! ¿No será que… —la cara sonriente del posadero se había puesto de pronto muy seria—… no será que de camino aquí por causalidad han visto a ese al que llaman el Matón de Brocas…?

—Y ¿qué si lo hubiéramos visto?

El posadero se había tensado de emoción.

—Le faltó muy poco para matar a Bob Meadows. Lo asaltó en el camino, justo delante de las verjas de Brocas Old Hall. Iba con otro hombre. Bob era un boxeador hasta la médula, pero lo encontraron reventado entre la hierba, dentro de la finca, ahí donde está esa casa de verano.

El barón asintió.

—¡Ah! ¡Han estado allí! —dijo el posadero.

—Bueno, nos confesamos culpables —contestó el barón mirando a Stevens—. De allí venimos, y hemos conocido a ese hombre del que habla usted: ¡qué tío tan feo!

—¡Díganme! —continuó el posadero, bajando la voz hasta un susurro—. ¿Es cierto lo que dice Bob Meadows: que esos dos van vestidos como nuestros abuelos y que el boxeador tiene la cabeza hundida?

—Pues la verdad es que era un tipo anticuado y tenía la cabeza más rara que he visto en la vida.

—¡Dios mío! —exclamó el posadero—. ¿Sabe usted, señor, que Tom Hickman, el famoso boxeador, y su amigo Joe Rowe, un herrero de Londres, encontraron la muerte justo en ese lugar, en 1822, cuando Hickman iba borracho y quiso adelantar una carreta por donde no debía? Murieron los dos, y la rueda del carro aplastó la frente de Hickman.

—¡Hickman! ¡Hickman! —coreó el barón—. ¿Ese no era el Fanfarrón?

—Sí, señor. El Fanfarrón lo llamaban. Y ganaba los combates con lo que entonces se conocía como «el golpe en las patillas». Nadie pudo con él hasta que Neate, ese al que llamaban el Toro de Bristol, lo derribó.

Stevens se había levantado de la mesa, blanco como la cal.

—Salgamos de aquí. Necesito aire fresco. Sigamos el viaje.

El posadero le dio una palmada en la espalda.

—¡Ánimo, muchacho! Piense que ha resistido, y eso ya es más de lo que nadie había logrado hasta ahora. Siéntese y tome otro vaso de vino, pues si un hombre en toda Inglaterra se lo ha ganado esta noche, es usted. Son muchas las deudas que se habrán saldado si le ha dado usted una buena paliza al Fanfarrón, ya sea vivo o muerto. ¿Sabe lo que hizo en esta misma sala?

Los viajeros observaron con curiosidad el amplio salón, con el suelo de piedra, las paredes de roble y su chimenea abierta en un rincón.

—Sí, en esta misma sala. Me lo contó el hidalgo Scotter, que estaba aquí esa noche. Fue el día en que Shelton derrotó a Josh Hudson cerca de St. Albans, y el Fanfarrón se embolsó un montón de dinero por el combate. Paró aquí de camino, con su amigo Rowe, se emborrachó como una cuba y se

volvió loco. La gente tuvo que refugiarse en los rincones y debajo de las mesas cuando se puso a dar vueltas con el atizador de la cocina en la mano y una sonrisa de asesino. La bebida le volvía temerario y cruel, y se convertía en un terror para el mundo. Bueno, ¿qué creen que hizo al final con el atizador? Pues había un perrito, creo que era un terrier, acurrucado delante del fuego, porque era diciembre y la noche era gélida. El Fanfarrón le partió el lomo de un golpe con el atizador. Después se echó a reír a carcajada limpia, lanzó un par de maldiciones a la gente que seguía huyendo de él y se fue a la calesa que le esperaba en la puerta. Lo siguiente que supimos de él fue que lo habían llevado a Finchley con la cabeza hecha papilla por la rueda de un carro. Sí, dicen que desde entonces se ha visto al perrillo, sangrando y con el lomo partido, arrastrándose y aullando por Brocas Corner, como si buscara al canalla que lo mató. Así que ya ve, señor Stevens, que al darle su merecido al Fanfarrón estaba usted peleando por algo más que su propia gloria.

—Puede ser —asintió el joven boxeador—, pero no quiero más peleas como esa. Me conformo con el herrero-sargento, y si no tiene usted inconveniente, señor barón, volveremos en tren a la ciudad.

UN SALONCITO DE PESADILLA

(1921)

El saloncito de los Mason era muy extraño. Un rincón estaba amueblado con extraordinario lujo. Sofás mullidos, butacas bajas y caras, voluptuosas estatuillas y ricos cortinajes que colgaban de grandes biombos decorativos de metal componían el marco ideal para la encantadora dueña de la casa. Se notaba que Mason, un hombre de negocios joven pero de gran fortuna, no había escatimado esfuerzos ni gastos para satisfacer hasta la última necesidad y el último capricho de su hermosa mujer. Era natural que lo hiciese, porque ella había renunciado a muchas cosas por él. La bailarina más famosa de Francia, la heroína de una docena de sonados romances había dejado atrás una vida de placer deslumbrante para compartir el destino de un joven estadounidense de costumbres austeras muy distintas de las suyas. Él intentaba compensarla por lo que había perdido ofreciéndole todo cuanto la riqueza pudiera comprar. Algunos pensarán que habría sido de mejor gusto que Mason no proclamara esto —ni que hubiera permitido siquiera su publicación—, pero al margen de ciertas peculiaridades de semejante índole, su actitud fue siempre la de un marido que ni por un instante dejó de ser un hombre enamorado. Ni siquiera en presencia de espectadores se guardaba de exhibir su apabullante amor.

Pero el saloncito era extraño. Si a primera vista parecía familiar, con la costumbre se descubrían en él rasgos siniestros. Era silencioso: muy silencioso. Los pasos se ahogaban en aquellas lujosas alfombras y alfombrillas. Una pelea —o la caída de un cuerpo— no haría allí ningún ruido. Llamaba igualmente la atención su falta de color, la luz que parecía siempre atenuada. No toda la salita estaba amueblada con el mismo gusto. Se diría que cuando el joven banquero llevaba derrochados miles en este tocador, este joyero en el que guardar su bien más preciado, sin haber calculado el precio, algo le hizo parar de pronto como si viera su solvencia amenazada. El lujo se concentraba en la parte que daba a la calle concurrida. El lado contrario era desnudo, espartano, sin adornos, y reflejaba más bien los gustos de un hombre sumamente ascético que los de una mujer amante del placer. Quizá por eso Lucille Mason solo pasaba aquí unas horas al día, a veces dos,

a veces cuatro, pero eran horas que vivía intensamente y en este saloncito de pesadilla era una mujer muy distinta y más peligrosa que en ninguna otra parte.

Peligrosa: esta era la palabra. Nadie que hubiera visto su cuerpo delicado tendido en la enorme piel de oso que cubría el sofá lo habría dudado. Estaba apoyada sobre el codo derecho, con la barbilla fina aunque enérgica posada en la mano, y sus ojos, grandes y lánguidos, cautivadores pero inexorables, miraban al frente sin pestañear, con una intensidad sobrecogedora. Tenía una cara preciosa, la cara de una niña en la que la naturaleza había dejado cierta huella sutil, cierta expresión indefinida que revelaba que un demonio acechaba dentro de ella. Se había observado que los perros se asustaban al verla y los niños gritaban y huían de sus caricias. Hay instintos que son más profundos que la razón.

Esta tarde en particular algo la había alterado profundamente. Tenía en la mano una carta que leía y releía con una contracción de las cejas finas y delicadas y una mueca severa en los labios deliciosos. Se sobresaltó de pronto, y una sombra de temor suavizó la amenaza felina de sus rasgos. Se incorporó sobre el brazo y clavó la mirada en la puerta. Escuchó atentamente… a la espera de oír algo que inspiraba pavor. Una sonrisa de alivio jugueteó un instante en su rostro expresivo. Luego, con un gesto de horror, se escondió la carta en el vestido. Casi no había terminado de hacerlo cuando se abrió la puerta y un joven entró en la sala con paso vivo. Era Archie Mason, su marido: el hombre al que tanto había amado, el hombre por quien había sacrificado su fama en Europa, el hombre a quien ahora miraba como el único obstáculo para vivir una experiencia nueva y maravillosa.

Mason era un hombre de unos treinta años, pulcramente afeitado, atlético e impecablemente vestido con un traje de corte ajustado que realzaba su silueta perfecta. Se quedó en la puerta cruzado de brazos, sin apartar la vista de su mujer, con una cara que habría podido tomarse por una máscara hermosa y bronceada de no haber sido por aquellos ojos tan vivos. Lucille seguía tendida y apoyada en el codo, con los ojos clavados ahora en los de su marido. Había algo escalofriante en su diálogo mudo. Se interrogaban mutuamente y ambos se transmitían que la respuesta a lo que buscaban era vital. Él quizá preguntaba: «¿Qué has hecho?». Y ella, a su vez, parecía decir: «¿Qué sabes?». Mason avanzó por fin, se sentó encima de la piel del oso, al

lado de su mujer, y, cogiendo entre sus dedos la delicada oreja de Lucille, la obligó a volver la cara hacia él.

—Lucille, ¿me estás envenenando?

Ella se apartó para que no pudiera tocarla, con un gesto de horror en la cara y murmullos de protesta en los labios. Demasiado conmocionada para decir nada, su sorpresa y su rabia se manifestaron en el temblor de sus facciones y en la violencia con que movió las manos. Trató de levantarse, pero él la sujetaba de la muñeca y aumentó la presión. Repitió la pregunta, ahondando esta vez en su terrible significado.

—Lucille, ¿por qué me estás envenenando?

—¡Tú estás loco, Archie! ¡Loco! —contestó ella, atónita.

La reacción de su marido le heló la sangre. Con los labios pálidos y entreabiertos, y las mejillas blancas, no supo hacer otra cosa que mirarlo en un silencio impotente mientras él se sacaba un frasco del bolsillo y se lo ponía delante de los ojos, gritando.

—¡Esto estaba en tu joyero!

Dos veces intentó hablar Lucille y no pudo. Por fin, las palabras salieron una a una, despacio, de sus labios apretados:

—Pero no lo he usado nunca.

Otra vez Archie Mason rebuscó en su bolsillo. Sacó un papel, lo desdobló y se le puso a Lucille delante de los ojos.

—Es el certificado del doctor Angus. Demuestra que en ese frasco hay doce gramos de antimonio. Tengo también la declaración de Du Val, el químico que lo vendió.

Asustaba ver la cara de Lucille. No podía defenderse. Solo acertó a quedarse quieta, con esa mirada desesperada, como una fiera atrapada en una trampa mortal.

—¿Y bien? —preguntó su marido.

No hubo más réplica que un movimiento de desesperación y súplica.

—¿Por qué? —insistió Mason—. Quiero saber por qué.

En ese momento vio el borde de la carta que ella se había metido en el escote. En un instante se la había arrancado. Lucille gritó con desesperación e intentó recuperarla, pero él la apartó con una mano mientras leía el papel rápidamente.

—¡Campbell! —exclamó—. ¡Era Campbell!

Lucille había recuperado el valor. Ya no tenía nada que ocultar. Su expresión se volvió dura y firme y sus ojos letales como dagas.

—Sí —asintió—, es Campbell.

—¡Dios mío! ¡Precisamente Campbell!

Mason se levantó y cruzó la sala a grandes zancadas. Campbell, el tipo más extraordinario que había conocido, con una vida que era una larga cadena de abnegación, de valor, de todas las cualidades que caracterizan al hombre elegido. También él era una víctima de esta sirena, se había dejado arrastrar hasta el extremo de traicionar, de pensamiento, si no de obra, al hombre al que estrechaba la mano como a un amigo. Parecía increíble, pero ahí estaba la apasionada carta en la que Campbell le suplicaba a su mujer que huyera con él y compartiera su destino de hombre pobre. Al menos, todas y cada una de sus palabras demostraban que Campbell no pensaba en matar a Mason, aunque con eso pudiera eliminar todos los obstáculos. La diabólica solución era producto del astuto y perverso cerebro que cavilaba en aquella residencia perfecta.

Mason era un hombre entre un millón: un filósofo, un pensador lleno de ternura y compasión por los demás. Por un instante, su alma se sumió en la amargura. En ese momento habría sido capaz de matar a su mujer y a Campbell y morir luego con la serenidad de quien sencillamente se ha limitado a cumplir con su deber. Pero ya empezaban a imponerse en su cerebro pensamientos más benignos mientras seguía paseando por el saloncito. ¿Cómo podía echar la culpa a Campbell? Conocía mejor que nadie el encanto irresistible de Lucille: además de una belleza física extraordinaria, tenía un poder único para simular interés por un hombre, meterse hasta en lo más íntimo de su conciencia, atravesar esos rincones sagrados de su naturaleza escondidos del resto del mundo y animarlo en apariencia a la ambición, incluso a la virtud. Precisamente ahí se revelaba la astucia mortal de sus engaños. Mason recordaba lo que le sucedió a él. Lucille estaba libre entonces —o eso creía él—, y pudo casarse con ella. Pero supongamos que no hubiera estado libre. Supongamos que hubiera estado casada. Y supongamos que se hubiera apoderado de su alma del mismo modo. ¿Eso le habría hecho detenerse? ¿Habría sido capaz de retirarse sin saciar sus anhelos? No tuvo más remedio que reconocer que ni con toda su fuerza de hombre de Nueva Inglaterra habría podido hacer eso. Entonces ¿por qué tanto rencor a este pobre amigo que ahora se veía en su lugar? Y Mason se llenó de simpatía y compasión al pensar en Campbell.

¿Y ella? Estaba tendida en el sofá, como una pobre mariposa rota, con sus sueños evaporados, su intriga descubierta, su porvenir oscuro y peligroso. Incluso para ella, a pesar de que era una envenenadora, había piedad en el corazón de Mason. Conocía algunos detalles de su vida. Sabía que la habían

mimado desde que nació, que era una fuerza indómita, imparable, que arrasaba con todo lo que se pusiera por delante sirviéndose de su astucia, su belleza y su encanto. Jamás había encontrado ningún obstáculo. Y ahora que uno se interponía en su camino había querido apartarlo en un arranque de locura y maldad. Pero el hecho de que quisiera apartarlo ¿no era en sí mismo una señal de que él tenía alguna carencia importante, de que no era el hombre capaz de procurarle paz de espíritu y satisfacción interior? Él era demasiado severo y comedido para un temperamento tan fogoso y volátil. Él era del norte, ella del sur, y la ley de los contrarios había creado entre ellos una poderosa atracción temporal, pero su unión permanente era imposible. Él tendría que haberlo previsto, que haberlo comprendido. Era en él, por su inteligencia superior, en quien residía la responsabilidad de la situación. Se compadeció de ella como de una niña desamparada en un momento de dificultad. Llevaba un rato paseando por la sala en silencio, con los labios tensos, los puños apretados hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. De pronto, bruscamente, se sentó con Lucille y le cogió la mano inerte y fría. Un pensamiento latía en su cerebro: «¿Es esto caballerosidad o es cobardía?». La pregunta resonó en sus oídos, se dibujó delante de sus ojos, y casi se imaginó que se materializaba, que la veía escrita con letras reconocibles para cualquiera.

La lucha había sido tremenda para Mason, pero había vencido.

—Querida, tienes que elegir entre los dos —dijo—. Si de verdad estás convencida (*convencida*, ¿lo entiendes?) de que Campbell puede hacerte feliz como marido, yo no seré un obstáculo.

—¡Me ofreces el divorcio! —exclamó ella.

Él abarcó el frasco de veneno con la mano y cerró el puño.

—Puedes llamarlo así —asintió.

Un raro resplandor iluminó los ojos de Lucille mientras miraba a su marido. El hombre que tenía delante era un desconocido para ella. El estadounidense duro y práctico se había esfumado. En su lugar le pareció vislumbrar a un héroe y a un santo, a un hombre capaz de alcanzar una altura sobrehumana por su virtud y generosidad. Envolvió con sus manos la mano con la que Mason sujetaba el frasco fatídico.

—Archie, ¿hasta eso serías capaz de perdonarme?

Él sonrió.

—En realidad no eres más que una niña caprichosa.

Ella iba a abrazarlo justo cuando llamaron a la puerta y la doncella entró con el extraño sigilo con que se movían todas las cosas en aquel saloncito de

pesadilla. Traía una tarjeta en la bandeja. Lucille la miró.

—¡Es el capitán Campbell! No voy a recibirlo.

Mason se puso en pie de un salto.

—Al contrario, lo recibiremos con mucho gusto. Que pase ahora mismo.

Momentos después, la doncella acompañaba hasta la puerta a un soldado alto, joven y bronceado. Entró con una sonrisa en el rostro agradable pero, al cerrarse la puerta, cuando las dos caras que tenía delante recobraron su expresión natural, se detuvo con aire indeciso y miró rápidamente primero a una y luego a la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Mason se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—No te guardo rencor —dijo.

—¿Rencor?

—Sí, lo sé todo. Pero quizá habría hecho lo mismo si estuviera en tu lugar.

Campbell dio un paso atrás y dirigió a la dama una mirada interrogante. Ella asintió con la cabeza y encogió sus hombros encantadores. Mason sonrió.

—No te asustes: no es una trampa para que confieses. Hemos estado hablando con franqueza. Verás, Jack, tú siempre has sido un caballero. Mira este frasco. Da igual cómo ha llegado aquí. Basta con que uno de los dos se lo beba para resolver la situación. —Hablaba como fuera de sí, casi delirando—. ¿Quién va a bebérselo, Lucille?

A todo esto, una fuerza extraña operaba en el saloncito de pesadilla. Había allí un tercer hombre, aunque ninguna de las tres personas que se encontraban en el momento crítico del drama de su vida tenía ni tiempo ni pensamientos para él. Nadie podía decir desde cuándo llevaba ahí o cuánto había escuchado. Estaba agazapado contra la pared, en el rincón más alejado del grupo, como un reptil siniestro y silencioso que apenas se movía, más allá de un temblor nervioso en el puño apretado de la mano derecha. Lo ocultaban de la vista una caja cuadrada y un paño oscuro hábilmente echado por encima como para esconderle la cara. Había seguido ávidamente cada fase del drama, y casi había llegado el momento de que interviniera. Pero los otros tres no se lo esperaban. Absortos en el juego de sus propias emociones habían perdido de vista una fuerza superior a ellos: una fuerza capaz de dominar la escena en cualquier momento.

—¿Estás dispuesto, Jack? —preguntó Mason.

El soldado asintió.

—¡No! ¡Por Dios, no! —gritó la mujer.

Mason había quitado el tapón del frasco y, volviéndose hacia una mesa lateral, sacó una baraja de cartas. Dejó las cartas al lado del frasco.

—No podemos cargarle esta responsabilidad a ella —dijo—. Venga, Jack: lo echaremos a suertes.

El soldado se acercó a la mesa y toqueteó las fatídicas cartas. La mujer, apoyada en una mano, echó la cabeza hacia delante para observar la escena con ojos fascinados.

Entonces y solo entonces cayó el rayo.

El extraño se había levantado, pálido y serio.

Los otros tres cobraron conciencia bruscamente de que estaba allí y se volvieron hacia él con un gesto interrogante y ansioso. Él los miró con frialdad, con pena, con algo en su actitud del que ordena y manda.

—¿Qué tal? —preguntaron los tres a coro.

—¡Horrible! —contestó él—. ¡Horrible! Mañana volveremos a rodar la escena completa.

EL ASCENSOR

(1922)

El comandante de vuelo Stangate tenía motivos para estar contento. Había salido de la guerra indemne y con un buen nombre en el más heroico de los servicios. Acababa de cumplir los treinta años y le esperaba una brillante carrera. Por encima de todo, la hermosa Mary MacLean paseaba a su lado y le había prometido quedarse ahí toda la vida. ¿Qué más podía pedir un joven? Sin embargo, algo le atenazaba el corazón.

No era capaz de explicarlo, y trataba por todos los medios de razonar consigo mismo. Sobre su cabeza se encontraba el cielo azul, delante el mar azul y a su alrededor los preciosos jardines, con su multitud de felices buscadores del placer. Por encima de todo estaba el dulce rostro de Mary, que lo miraba con desconcierto y preocupación. ¿Por qué no podía responder a un ambiente tan alegre? Por más que lo intentaba, sus esfuerzos no eran lo bastante convincentes para burlar el rápido instinto de una mujer enamorada.

—¿Qué te pasa, Tom? —le preguntó con angustia—. Veo que algo te está nublando el ánimo. Dime si puedo ayudarte de algún modo.

Stangate se rió con un gesto avergonzado.

—Es un pecado estropear nuestra salida —dijo—. La verdad es que podría perderme deambulando por estos jardines. No te preocupes, cariño: sé que la nube no tardará en pasar. Supongo que soy un hombre nervioso, aunque a estar alturas ya tendría que haberlo superado. Se supone que las Fuerzas Aéreas o te rompen o te salvan para siempre.

—Entonces ¿no es nada concreto?

—No, no es nada concreto. Eso es lo peor. Si lo fuera, me resultaría más fácil combatirlo. Es como si tuviera un peso muerto aquí, en el pecho y en la frente. Pero ¡perdóname, mi niña! Qué bruto soy por preocuparte así.

—A mí me encanta compartir contigo hasta la más pequeña preocupación.

—Bueno, ya está: se ha ido… Se ha esfumado. No le demos más vueltas.

Mary le dirigió una mirada rápida y penetrante.

—No, no, Tom. Dices que lo sientes en la frente, pero es que además se te nota. Dime, cariño, ¿lo has sentido a menudo? Pareces muy enfermo. Siéntate aquí, a la sombra, y cuéntamelo.

Se sentaron a la sombra de la gran torre de hierro calado que se alzaba 168 metros a su lado.

—Tengo un don absurdo —explicó Stangate—. Creo que nunca se lo he contado a nadie. Cuando estoy amenazado por un peligro inminente me asaltan extraños presentimientos. Está claro que es ridículo que eso me ocurra hoy, en este ambiente tan apacible. Solo demuestra lo raras que son estas cosas. Pero hasta ahora nunca me había engañado.

—¿Te ha pasado otras veces?

—Me pasó una mañana, cuando era un chaval. Esa tarde estuve a punto de ahogarme. Me pasó cuando entró un ladrón en Morton Hall, me disparó y el disparo me atravesó el abrigo. Y luego otras dos veces, en la guerra, cuando me derrotaron y escapé de milagro, tuve esta extraña sensación antes de subir al avión. Luego desaparece de repente, como la neblina con el sol. Ya se está yendo. ¡Mírame! ¿No lo ves?

Sí, lo veía. En un minuto, el hombre demacrado se había convertido en un niño risueño. A Mary se le contagió la risa. Una oleada de vitalidad y buen humor barrió el extraño presentimiento de Stangate y colmó su espíritu de la intensa alegría danzarina de la juventud.

—¡Menos mal! —dijo—. Creo que son tus queridos ojos quienes lo han conseguido. No soporto ver en ellos esa expresión de añoranza. ¡Qué pesadilla tan tonta y disparatada! Se acabó para siempre lo de creer en los presentimientos. Y ahora, mi niña, tenemos el tiempo justo para dar una buena vuelta antes de comer. A partir de esa hora los jardines están abarrotados y es imposible hacer nada. ¿Te apetece ver una función, subir a la noria o al hidroavión, o qué?

—¿Qué tal la Torre? —contestó Mary, mirando al cielo—. Seguro que ese aire maravilloso y la vista desde las alturas se llevan de tu ánimo los últimos jirones de nubes.

Stangate miró el reloj.

—Bueno, son más de las doce, pero creo que en una hora habremos terminado. Aunque parece que no está abierto. ¿Pasa algo, señor cobrador?

El cobrador negó con la cabeza y señaló a un grupo de personas reunidas en la entrada.

—Están todos esperando, señor. El ascensor se ha quedado colgado, pero están revisando el mecanismo y espero recibir la señal para abrir en cualquier momento. Si se suman al grupo, les prometo que no tardarán mucho.

Casi no habían tenido tiempo de llegar hasta donde estaba el grupo cuando la puerta de acero del ascensor se desplazó hacia un lado: señal de que

había esperanza. La variopinta multitud entró por el hueco y aguardó con expectación en la plataforma de madera. No eran muchos, porque los jardines no se llenan hasta la tarde, pero eran buenos ejemplos de la gente del norte del país, amable y de buen humor, que pasa sus vacaciones anuales en Northam. Todos tenían la cara vuelta hacia arriba y observaban con sumo interés a un hombre que estaba bajando por la estructura de acero. Aunque parecía una empresa arriesgada y peligrosa, el hombre iba tan deprisa como cualquier hijo de vecino por una escalera.

—¡Madre mía! —exclamó el cobrador, mirando hacia lo alto—. Jim no ha parado en toda la mañana.

—¿Quién es? —preguntó el comandante Stangate.

—Es Jim Barnes, señor, el mejor obrero que ha pisado un andamio. Se podría decir que vive ahí arriba. Es el encargado de los pernos y los remaches. Jim es un prodigio.

—Pero no discutan de religión con él —dijo un hombre del grupo.

El cobrador se echó a reír.

—¡Vaya! Se ve que usted lo conoce. No, no discutan de religión con él.

—¿Por qué no? —preguntó el comandante.

—Bueno, se lo toma muy a pecho. Es la luz que ilumina su secta.

—Eso tampoco es difícil —señaló el enterado—. Me han dicho que solo son seis. Jim es de los que se imaginan que el cielo tiene el tamaño exacto de su conventículo del callejón, y a todos los demás los deja fuera.

—Mejor que no le diga eso mientras tenga el martillo en la mano —susurró rápidamente el encargado—. Hola, Jim. ¿Cómo va la mañana?

El mecánico bajó rápidamente los últimos diez metros, se plantó en equilibrio sobre un travesaño y miró al grupo del ascensor. Enfundado en un mono de cuero, con sus alicates y otras herramientas colgadas del cinturón marrón, Jim era un personaje que fascinaría a un artista: muy alto y delgado, con las extremidades largas y desproporcionadas y trazas de tener la fuerza de un gigante. Tenía una cara que llamaba la atención, noble y siniestra al mismo tiempo, con el pelo y los ojos oscuros, la nariz ganchuda y prominente y una barba que le cubría el pecho. Se apoyó con una mano huesuda mientras con la otra empuñaba un martillo de acero que se balanceaba junto a su rodilla.

—Ya está listo —anunció—. Subiré con ustedes si me lo permiten.

Y bajó de su percha de un salto para sumarse al grupo en el ascensor.

—Supongo que estará siempre vigilándolo —dijo Mary.

—Para eso me han contratado, señorita. De la mañana a la noche, y con frecuencia de la noche a la mañana estoy aquí arriba. A veces tengo la

sensación de que no soy un hombre, sino un ave. Los pájaros revolotean a mi alrededor mientras estoy tendido en las vigas, y me graznan hasta que me sorprendo respondiendo a los graznidos de esos pobres bichos sin alma.

—Es una gran responsabilidad —asintió el comandante, contemplando el prodigioso encaje de hierro perfilado contra el cielo profundamente azul.

—Sí, señor, y no hay tuerca o tornillo que no esté a mi cuidado. Aquí tengo el martillo para encajarlos bien y la llave inglesa para apretarlos. Lo que Dios es al mundo, eso soy yo, yo, a la Torre: tengo poder sobre la vida y poder sobre la muerte; sí, sobre la muerte y sobre la vida.

El sistema hidráulico se había puesto en funcionamiento y el ascensor se elevaba muy despacio. A medida que subía, el espléndido paisaje de la costa y la bahía se desplegó poco a poco alrededor. Tan fascinante era la vista que los pasajeros casi no se dieron cuenta de que la plataforma se había parado bruscamente entre dos pisos, a 152 metros de altura. Barnes, el mecánico, murmuró que algo pasaba, saltó como un gato por el hueco que separaba el ascensor de la celosía de metal y se perdió de vista en las alturas. El variopinto grupo suspendido en el aire perdió parte de su recato británico al verse en esta situación inesperada y los pasajeros empezaron a intercambiar impresiones. Un hombre y una mujer, que se llamaban respectivamente Billy y Dolly, se presentaron como las estrellas de la función que en ese momento estaba en cartel en el teatro del Hipódromo, e hicieron reír a los ocupantes del ascensor con su ingenio bastante burdo. Una madre pechugona, su hijo precoz y dos matrimonios que estaban de vacaciones componían su complacido público.

—¿Verdad que te gustaría ser marinero? —preguntó Billy el comediante, en respuesta a algún comentario del niño—. Ten cuidado, chaval, si no quieres morir joven. Miren cómo se acerca al borde. No soporto ver eso a estas horas de la mañana.

—¿Qué tiene que ver la hora? —dijo un corpulento viajante de comercio.

—Antes de mediodía mis nervios no valen para nada. Si miro abajo y veo a esa gente, que parecen puntitos, me pongo malo. En mi familia por la mañana somos todos iguales.

—Supongo —contestó Dolly, una chica muy pizpireta— que ya eran todos iguales la noche anterior.

Hubo una carcajada general, encabezada por el comediante.

—Esta vez has dado en el blanco, Dolly. Has dejado KO a Battling Billy: la última vez que se tuvo noticia de él seguía inconsciente. Si alguien se ríe de mi familia, me voy de aquí.

—Ya va siendo hora de irse —asintió el viajante de comercio, que era un hombre colorado y colérico—. Es vergonzoso que nos tengan parados aquí arriba. Voy a escribir a la empresa.

—¿Dónde está el timbre? —preguntó Billy—. Voy a llamar.

—¿A quién… al camarero? —dijo Mary MacLean.

—Al encargado, al conductor, a quien sea el que maneje el autobús arriba y abajo. ¿Se han quedado sin gasolina o se ha roto un muelle o qué?

—Por lo menos tenemos buenas vistas —señaló el comandante.

—Bueno, yo ya las he visto —replicó Billy—. Me he cansado y soy partidario de seguir adelante.

—Me estoy poniendo nerviosa —dijo la madre pechugona—. Espero que no le pase nada al ascensor.

—Oye, Dolly, sujétame de la cola de la chaqueta. Voy a asomarme a ver qué pasa. ¡Ay Dios, me mareo y se me revuelven las tripas! Hay un caballo ahí abajo y no es más grande que un ratón. No veo que nadie nos esté ayudando. ¿Qué ha sido del que venía con nosotros, del profeta Isaías?

—Se ha largado muy deprisa al ver que la cosa se ponía fea.

—¡Vaya! —saltó Dolly, que parecía muy alterada—. Esto no me hace ninguna gracia. Estamos colgados a 152 metros del suelo y tiene pinta de que vamos a pasarnos el día aquí. Yo tengo que estar en el Hipódromo para la *matinée*. Se va a enterar la empresa como no me bajen a tiempo. Han anunciado mi nueva canción por toda la ciudad.

—¡Una canción nueva! ¿Cuál es, Dolly?

—Una muy animada, la verdad. Se llama «Camino de Ascot». La canto con una pamela de un metro y medio de ancho.

—Pues venga, Dolly, ensaya un poco mientras esperamos.

—No, no. La señorita, aquí presente, no lo entendería.

—Me encantaría oírla —protestó Mary MacLean.

—La letra va escrita en la pamela. Sin ella no la puedo cantar. Aunque tiene estribillo muy pegadizo:

> Si en el camino de Ascot
> te apetece compañía,
> busca una pamela grande
> como la rueda de un tranvía.

Dolly tenía una voz melodiosa y un sentido del ritmo que hicieron que todos marcaran el compás con la cabeza.

—Ahora vamos a intentarlo todos juntos —propuso.

Y el pintoresco grupo reunido por azar cantó la cancioncilla a pleno pulmón.

—Digo yo que a alguien habremos despertado —dijo Billy—. ¡Venga! Vamos a gritar todos a coro.

Fue un buen intento pero no hubo respuesta. Era evidente que los encargados de abajo o no se enteraban o no podían hacer nada. Ni un solo ruido llegaba a los oídos de los ocupantes del ascensor.

Se asustaron. El viajante de comercio estaba mucho menos colorado. Billy intentó seguir gastando bromas, pero sus esfuerzos no hallaron buena acogida. El comandante Stangate, con su uniforme azul, pasó inmediatamente a interpretar su legítimo papel de líder en la crisis. Todos lo miraban y le pedían consejo.

—¿Qué propone, señor? No creerá que hay peligro de que esto se caiga, ¿verdad?

—Ninguno. Pero de todos modos es un fastidio quedarse aquí atrapados. Creo que podría saltar a esa viga. A lo mejor desde ahí veo qué está pasando.

—No, no, Tom. ¡Por Dios, no nos dejes solos!

—Los hay con buenos nervios —dijo Billy—. ¡Figúrese si se cae desde 152 metros de altura!

—Yo diría que este señor ha hecho cosas peores en la guerra.

—Pues yo no lo haría ni aunque me llenaran el pecho de estrellas —insistió Billy—. Que se ocupe Isaías, que para eso está. No seré yo quien le quite el trabajo.

Tres lados del ascensor estaban cerrados con paneles de madera en los que se habían abierto unas ventanas para disfrutar de las vistas. El cuarto lado, el que miraba al mar, estaba abierto. Stangate se acercó todo lo que pudo y miró hacia arriba. En esas estaba cuando en lo alto se oyó un curioso y sonoro tañido metálico, como si alguien hubiera pulsado la cuerda de un arpa gigantesca. A cierta distancia —puede que a unos treinta metros más arriba—, el comandante vio un brazo largo, moreno y fibroso que trabajaba con furia entre el cordaje de alambre. Aunque no alcanzaba a ver el resto del cuerpo, estaba fascinado por la fuerza con que aquel brazo desnudo tiraba, tensaba, caía y golpeaba.

—Todo va bien —dijo, y el anuncio suscitó un suspiro de alivio general en sus extraños compañeros—. Hay alguien arriba reparando la avería. Es Isaías —confirmó, asomando el cuello alrededor de la esquina—. No lo veo pero me apuesto un dólar a que ese es su brazo. ¿Qué tiene en la mano? Parece un destornillador o algo así. No, ¡caramba! Es una lima.

Otro fuerte tañido acompañó a estas palabras. Stangate frunció el ceño con preocupación.

—¡Habrase visto! Suena exactamente igual que nuestra guindaleza cuando se rompió, cable a cable, en Dixmude. ¿Qué demonios se traerá entre manos ese hombre? ¡Eh, usted! ¿Qué intenta hacer?

Jim Barnes había dejado su tarea y bajaba despacio por la estructura de hierro.

—Muy bien, ya vuelve —anunció Stangate a sus desconcertados compañeros—. No pasa nada, Mary. Que nadie se asuste. No tiene sentido que ese hombre quiera aflojar el cable que nos sostiene.

Aparecieron un par de botas altas. A continuación se vieron los pantalones de cuero, el cinturón con sus herramientas colgadas, el cuerpo musculoso y, por fin, la cara de águila del mecánico, curtida y con un gesto fiero. Se había quitado la chaqueta y se le veía el pecho peludo por debajo de la camisa abierta. Justo en el momento de su aparición se oyó arriba otro chasquido fuerte y vibrante. Barnes terminó de bajar tranquilamente hasta que puso los pies en la viga transversal, se apoyó contra la pieza lateral, se cruzó de brazos y miró por debajo de las cejas gruesas y negras a los pasajeros amontonados en la plataforma.

—¡Eh! —dijo Stangate—. ¿Qué pasa?

El mecánico seguía impasible y callado, mirando al grupo sin parpadear y con un indescriptible gesto de amenaza.

El comandante de aviación se estaba enfadando.

—¡Eh! ¿Está sordo? ¿Cuánto tiempo piensa tenernos aquí atrapados?

Barnes no decía nada. Había algo en su aspecto diabólico.

—Pienso presentar una queja, amigo mío —le advirtió Billy con la voz temblorosa—. Esto no va a terminar, se lo prometo.

—¡Oiga! —dijo el comandante—. Aquí hay señoras y las está usted asustando. ¿Por qué estamos parados? ¿Se ha estropeado la maquinaria?

—Están aquí —contestó Barnes—, porque he puesto una cuña en la guindaleza, ahí arriba.

—¡Ha bloqueado el cable! ¿Cómo se atreve a hacer una cosa así? ¿Con qué derecho asusta a las mujeres y nos preocupa a todos? Quite ahora mismo la cuña o será peor para usted.

El mecánico no respondía.

—¿No oye lo que le digo? ¿Por qué demonios no contesta? ¿Es una broma o qué? Que conste que ya estamos hartos.

Mary MacLean se había cogido del brazo de su enamorado en un arranque de pánico.

—¡Ay, Tom! —exclamó—. ¡Mírale los ojos! ¡Mira qué ojos tan horribles! Ese hombre está loco.

De repente, Jim Barnes cobró vida siniestramente. Sus facciones oscuras se estremecieron de cólera y sus ojos violentos resplandecieron como ascuas mientras golpeaba el aire con un brazo largo y vociferaba:

—He aquí que los que se enfurecen con los hijos de este mundo son en verdad los ungidos por el Señor y los habitantes del templo interior. Y yo estoy dispuesto a testificar hasta el final, porque ¡en verdad ha llegado el día en que se exaltará a los humildes y se cerrará el paso a los pecados de los viles!

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó el niño, aterrorizado.

—¡Vamos, vamos! No pasa nada, Jack —dijo la madre pechugona; y luego, con un arrebato de ira femenina, añadió—: ¿Por qué hace llorar al niño? ¡Menudo hombre es usted!

—Mejor que llore aquí y no en las tinieblas de ahí fuera. Que se ponga a salvo mientras esté a tiempo.

El comandante midió el tamaño del hueco con ojo experto. Tenía casi un metro de ancho, y el mecánico podía empujarlo antes de que consiguiera sujetarse. Sería un intento desesperado. Probó a decir de nuevo unas palabras para tranquilizarlo.

—Bueno, hijo, ya has llevado la broma demasiado lejos. ¿Por qué quieres hacernos daño? Sube a quitar esa cuña, y nadie dirá una palabra.

El chasquido de otro cable desgarrado llegó de arriba.

—¡Demonios! ¡La guindaleza se está soltando! —exclamó Stangate—. ¡Apártense! Voy a subir a verla.

Jim Barnes se había sacado el martillo del cinturón y lo blandía en el aire con furia.

—¡No te acerques, muchacho! ¡No te acerques! O ven… si lo que quieres es precipitar tu final.

—¡Tom, Tom, no saltes, por favor! ¡Socorro! ¡Socorro!

Todos los ocupantes se sumaron al grito de auxilio. Jim Barnes los observaba con una sonrisa malévola.

—Nadie os puede ayudar. No podrían venir aunque quisieran. Más os vale pensar en vuestra alma para que no os arrojen a las llamas. Mirad cómo se parte, fibra a fibra, el cable que os sostiene. Huy, se oye otro, y con cada uno

que se rompe aumenta la tensión que soportan las demás. Dentro de cinco minutos todo será eternidad.

Los atrapados en el ascensor respondieron con un gemido de miedo. Un sudor frío cubrió la frente de Stangate mientras abrazaba a la asustada Mary. Si conseguía que aquel diablo vengativo se apartara solo un momento, podría saltar y correr el riesgo de enfrentarse a él en una lucha cuerpo a cuerpo.

—¡De acuerdo, amigo! ¡Tú ganas! No podemos hacer nada. Sube y corta el cable si es lo que quieres. ¡Venga, hazlo ya, y termina cuanto antes!

—Sí, claro, para que salgan ilesos. Ya he empezado con esto y no pienso dar marcha atrás.

La furia se apoderó del joven comandante.

—¡Eres un demonio! ¿De qué te ríes? Te voy a dar motivos para reír. Que alguien me dé un bastón.

Jim Barnes blandió el martillo.

—¡Ven! ¡Ven al Juicio Final! —aulló.

—¡Te va a matar, Tom! ¡No vayas, por Dios te lo pido! Si vamos a morir, que sea juntos.

—Yo no lo intentaría, señor —le aconsejó Billy—. Lo derribará antes de que consiga sujetarse. ¡Aguanta, Dolly, querida! Que te desmayes no nos ayuda nada. Hable con él, señorita. A lo mejor a usted la escucha.

—¿Por qué quiere hacernos daño? —preguntó Mary—. ¿Qué le hemos hecho nosotros? Seguro que se arrepiente si salimos heridos. Por favor, sea bueno y razonable y ayúdenos a volver a tierra.

Es posible que la mirada iracunda de Jim Barnes se ablandara un instante mientras contemplaba el dulce rostro de la muchacha vuelto hacia él. Luego, sus rasgos recobraron una siniestra expresión de maldad.

—Ya he emprendido mi misión, mujer. No puede el criado abandonar su tarea.

—Pero ¿por qué tiene que ser esta su tarea?

—Porque una voz dentro de mí me lo ordena. La oigo de noche, y también de día, cuando estoy solo, tumbado en las vigas, y veo a mucha gente malvada como motas en la calle a mis pies; todos tan atareados en sus particulares propósitos infames. «John Barnes, John Barnes[145] —decía la voz—. Estás aquí para dar una señal a una generación de pecadores: una señal que les indique que el Señor vivió en este mundo y que el pecado tendrá su castigo». ¿Quién soy yo para desobedecer la voz del Señor?

—La voz del diablo —dijo Stangate—. ¿Qué pecado ha cometido esta muchacha, o estas otras personas, para que quieras quitarles la vida?

—Sois como todos los demás: ni mejores ni peores. Los veo pasar todos los días, a riadas, con sus gritos absurdos, sus canciones vacuas y su huero murmullo de voces. Solo piensan en las cosas de la carne. Llevo al margen demasiado tiempo, observando y negándome a testificar. Pero el día de la ira ha llegado y el sacrificio está dispuesto. No creáis que las palabras de una mujer van a apartarme de mi tarea.

—¡Es inútil! —dijo Mary—. ¡Inútil! Veo la muerte en sus ojos.

Otro cable había dado un chasquido.

—¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! —gritó el loco—. ¡Uno más y todo habrá terminado!

El comandante Stangate tenía la sensación de que todo era un sueño extraordinario, una pesadilla monstruosa. ¿Era posible que, habiéndose librado tantas veces de la muerte en combate, estuviera ahora en el corazón de la apacible Inglaterra a merced de un loco asesino, y que su querida Mary, el único ser al que querría proteger hasta de la sombra del peligro, estuviera indefensa por culpa de aquel hombre horroroso? Toda su fuerza y su hombría despertaron con un último esfuerzo.

—¡No vamos a dejarnos llevar al matadero como corderos! —gritó, lanzándose contra la pared de madera del ascensor y empezando a darle puntapiés con todas sus fuerzas—. ¡Vamos, amigos! ¡A patalear! ¡A romperla! No es más que una plancha de madera y está cediendo. ¡Abajo con ella! ¡Así se hace! ¡Una vez más, todos juntos! ¡Allá va! ¡Ahora a por el costado! ¡A derribarlo! ¡Estupendo!

Primero el fondo y luego el costado del pequeño compartimento cayeron al vacío entre una lluvia de astillas. Barnes seguía bailando en su viga con el martillo en el aire.

—¡No es esforcéis! —gritó—. Es perder el tiempo. Ha llegado el día.

—Tenemos la viga lateral a menos de medio metro —dijo el comandante —. ¡Vamos! ¡Deprisa! ¡Deprisa! Todos. ¡Yo retendré a este diablo! —Había empuñado un recio bastón del viajante de comercio y con él se enfrentó al loco, retándolo a que saltase—. ¡Ven ahora, amigo mío! —dijo, resoplando—. ¡Ven, con tu martillo y todo! Estoy preparado.

Stangate oyó otro chasquido arriba y la frágil plataforma empezó a balancearse. De un vistazo por encima del hombro vio que todos sus compañeros estaban a salvo en la viga lateral. Aferrados caóticamente, uno tras otro, a la celosía de hierro, componían un extraño grupo de náufragos despavoridos. Con dos zancadas y un salto el aviador se sumó al grupo. En ese mismo instante, el asesino, martillo en mano, saltó a la plataforma. Allí lo

vieron —una visión que no abandonará sus sueños— con la cara desencajada, los ojos llameantes, el pelo negro azabache sacudido por el viento. En cuestión de segundos, la madera se desgarró estrepitosamente y el hombre y la plataforma desaparecieron. Hubo un largo silencio y luego, muy abajo, se oyó el estruendo de un golpe colosal.

Pálidos y abatidos, los pasajeros seguían sujetándose a los fríos barrotes, mirando hacia el abismo aterrador. Fue el comandante quien rompió el silencio.

—Ahora vendrán a buscarnos. Ya ha pasado el peligro —dijo, secándose la frente—. Pero ¡diantre, qué cerca hemos estado!



ARTHUR CONAN DOYLE. Nació en Edimburgo en 1859, en una familia católica de origen irlandés. Su padre era un funcionario alcohólico y epiléptico, pero pertenecía a una familia rica e influyente de artistas. Arthur fue educado en un internado jesuita inglés y estudió Medicina en Edimburgo, donde se licenció en 1885. Trabajó en un hospital de su ciudad, fue médico a bordo de un ballenero y, a la vuelta, abrió consulta en Southsea, sin mucho éxito.

En 1879 había publicado su primer relato, *The Mystery of the Sasassa Valley*, pero no sería hasta 1887 cuando crearía al personaje que habría de hacerle célebre, el detective Sherlock Holmes, en *Un estudio en escarlata*. Con *El signo de los cuatro* (1890) y *La compañía blanca* (1891) pudo abandonar el ejercicio de la medicina y dedicarse a escribir. *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892) y *Las memorias de Sherlock Holmes* (1894) fueron un gran éxito, pero el detective no reaparecería en su obra hasta *El perro de los Baskerville* (1891) y, por la generosa oferta de una revista neoyorquina, en *El regreso de Sherlock Holmes* (1903). En 1900 había combatido en la guerra de los bóers y en 1902 publicó *The War in South Africa: Its Causes and Conduct*, por el que fue condecorado. *El mundo perdido* (1912) y *El valle del terror* (1915) se cuentan entre sus últimas obras de ficción. La magia y el

espiritismo (sobre el que escribió varios libros) fueron sus intereses de esa última época. Murió en 1930 en Crowborough, Hampshire.

Notas

[1] Arthur Conan Doyle, *The Crowborough Edition, XXIV. Memories and Adventures*, Nueva York, Garden City, 1930, p. 242. **<<**

[2] *Memories and Adventures*, p. 86. <<

[3] *Memories and Adventures*, p. 117. <<

[4] Se ha escrito mucho sobre el relato gótico y la literatura por entregas de la época victoriana. Véase, por ejemplo, la introducción de Darryl Jones a su edición de *Horror Stories: Classic Tales from Hoffmann to Hodgson*, ed., con introducción y notas de Jones, Oxford, 2014, pp. XI-XXX. <<

[5] Hay importantes obras fundacionales de la moderna interpretación del género gótico como, por ejemplo, David Punter, *The Literature of Terror*, Londres, 1979; Fred Botting, *Gothic*, Londres, 1996. Una excelente introducción moderna es el estudio crítico de Nick Groom, *The Gothic: A Very Short Introduction*, Oxford, 2012. La mejor perspectiva de conjunto sobre el siglo XIX se encuentra en Jarlath Killeen, *Gothic Literature 1825-1914*, Cardiff, 2009. <<

[6] Catherine Wynne ofrece un argumento similar a este en *The Colonial Conan Doyle: British Imperialism, Irish Nationalism and the Gothic*, Westport, Connecticut, 2002, pp. 2-3. <<

[7] Doyle, «A Case of Identity», en *Sherlock Holmes, The Complete Stories*, Londres, 1928, p. 56. <<

[8] Peter Keating, *The Haunted Study: A Social History of the English Novel 1875-1914*, Londres, 1989, p. 26. En las páginas 9-91 se ofrece una visión general del mercado literario en la época eduardiana y el final del período victoriano en la que se basa ampliamente esta parte de nuestra Introducción. <<

[9] Keating, *The Haunted Study*, p. 35. <<

[10] Véase Chris Baldick y Robert Mighall, «Introduction» a *Tales of Terror from Blackwood’s Magazine*, ed., con introducción y notas de Baldick y Mighall, Oxford, 1995, pp. VI-XVIII. <<

[11] Andrew Lycett, *Conan Doyle: The Man Who Created Sherlock Holmes*, Londres, 2007, p. 170. <<

[12] Douglas Kerr, *Conan Doyle: Writing, Profession and Practice*, Oxford, 2013, I. <<

[13] John Michael Gibson y Richard Lancelyn Green, «Introduction» a Arthur Conan Doyle, *The Unknown Conan Doyle: Letters to the Press*, ed. Gibson y Green, Londres, 1986, I. <<

[14] Doyle, «*Gelseminum as a Poison*», en *Letters to the Press*, p. 13. <<

[15] *Memories and Adventures*, p. 16. <<

[16] Lycett, *Conan Doyle*, op. cit., p. 3. <<

[17] «The Copper Beeches», en *Sherlock Holmes: The Complete Short Stories*, p. 286. <<

[18] «The Hound of the Baskervilles», en *Sherlock Holmes: The Complete Long Stories*, Londres, 1929, pp. 329, 345. Basándose en los diarios de Doyle de 1901, Christopher Frayling ha sugerido que Dartmoor era literalmente un lugar imaginario para Doyle, que posiblemente no lo visitó hasta después de haber escrito *El sabueso de los Baskerville*, sino que se inspiró en su lectura de *A Book of Dartmoor* (1900), de Sabine Baring-Gould. Véase Frayling, «Nothing But a Hound Dog», en *Inside the Bloody Chamber: On Angela Carter, the Gothic, and Other Weird Tales*, Londres, 2015, pp. 193-212. <<

[19] Lycett, *Conan Doyle*, pp. 109, 160. <<

[20] Doyle, *The Stark Munro Letters: Being a series of sixteen letters written by J. Stark Munro, M. B., to his friend and former fellow student, Herbert Swanborough, of Lowell, Massachusetts, during the years 1881-1884,* Londres, 1895, p. 73. <<

[21] *Memories and Adventures*, p. 28. <<

[22] *Memories and Adventures*, p. 168. <<

[23] *Memories and Adventures*, pp. 178-9. <<

[24] *Memories and Adventures*, p. 215. <<

[25] «The Cause and Conduct of the War», *The Times*, 4 de febrero de 1902, en *Letters to the Press*, pp. 85-7. La traducción al galés se consideró necesaria a la vista de que «la mayor parte de la prensa vernácula era partidaria de los bóeres y los galeses tenían un información muy distorsionada sobre la causa por la que sus compatriotas luchaban con tanta valentía en el campo de batalla»: *Memories and Adventures*, pp. 219. <<

[26] «Home Rule: Letter to R. J. Kelly of Dublin», *Irish Times*, 4 de abril de 1912, en *Letters to the Press*, p. 164. <<

[27] «On Ireland and the Empire», *Freeman’s Journal*, Dublín, 3 de agosto de 1914, en *Letters to the Press*, p. 207. <<

[28] *Memories and Adventures*, p. 344. <<

[29] *Memories and Adventures*, p. 151. <<

[30] *Memories and Adventures*, p. 196. <<

[31] Doyle, *The Lost World*, Londres, 1912, pp. 13, 19. <<

[32] *Memories and Adventures*, p. 147. <<

[33] *Memories and Adventures*, p. 149. <<

[34] Sven Lindqvist, *Exterminate All the Brutes*, trad. Joan Tate, Nueva York, 1996, p. 52. <<

[35] Doyle, «Dr Conan Doyle on his Defence», *Daily News*, 31 de enero de 1902, en *Letters to the Press*, p. 84. <<

[36] Christopher Frayling, «Introduction» a Doyle, *The Hound of the Baskervilles*, ed., con introducción y notas de Frayling, Londres, 2001, p. XXII. <<

[37] *Memories and Adventures*, p. 47. <<

[38] *Memories and Adventures*, p. 54. <<

[39] *Memories and Adventures*, p. 57. <<

[40] *Memories and Adventures*, p. 55. <<

[41] Doyle, *The Adventures of Sherlock Holmes*, Richard Lancelyn Green ed., Oxford, 1998, p. 361. <<

[42] La Rebelión de la India (1857-1858) o Primera Guerra de Independencia India. <<

[43] Wynne, *The Colonial Conan Doyle*, p. 2. <<

[44] *Memories and Adventures*, pp. 17-18. <<

[45] «To the Electors of the Border Burghs», *Border Telegraph*, 9 de enero de 1906, en *Letters to the Press*, p. 113. **<<**

[46] Para un argumento similar al que aquí se expone, y sirviéndose de algunas de las mismas fuentes, véase Wynne, *The Colonial Doyle*, pp. 103-5. **<<**

[47] Doyle, «The Crime of the Congo», Nueva York, 1909, p. III. <<

[48] Doyle, «England and the Congo», en *The Times*, 18 de agosto de 1909, en *Letters to the Press*, p. 128. <<

[49] Doyle, «The Vital Message» (1909), en *The New Revelation and the Vital Message*, Londres, 1981, p. 78. <<

[50] Para estas citas, véase Wynne, *The Colonial Conan Doyle*, 105-6. <<

[51] Doyle, *The Crime of the Congo*, p. III. **<<**

[52] Doyle, *Why He is Now in Favour of Home Rule*?, Liberal Publication Department Leaflet, n.º 2399; Londres, 1911. <<

[53] Doyle, «Conan Doyle and Home rule: How I Stand in the Matter», *Belfast Evening Telegraph*, 22 de septiembre de 1911, en *Letters to the Press*, p. 157. <<

[54] *Daily News*, 5 de marzo de 1912, en *Letters to the Press*, pp. 162-163. <<

[55] *The Lost World*, p. 319. <<

[56] Doyle no fue el único escritor con conexiones irlandesas que exploró las posibilidades de un horror típicamente británico en el distrito de los Picos en esta época. La última novela de Bram Stoker, *La guarida del gusano blanco* (1911), se desarrolla en un escenario idéntico al de «El terror de la cueva de Blue John» y está ampliamente basada en las investigaciones del propio Stoker sobre una tradición folclórica típicamente británica. **<<**

[57] Doyle, *The New Revelation*, p. 58. <<

[58] Doyle, *The History of Spiritualism*, Londres, 1926, II, p. 284. <<

[59] Janet Oppenheim, *The Other World: Spiritualism and Psychical Research in England, 1850-1914*, Cambridge, 1985, p. 4. <<

[60] Max Weber, «La ciencia como vocación», en *Max Weber: Essays in Sociology*, trad. y ed. inglesa de H. H. Gerth y C. Wright Mills, Oxford y Nueva York, 1958, p. 155. Para un análisis de la importancia del *Entzauberung* en el movimiento espiritualista, en la que aquí me baso, véase Alex Owen, *The Place of Enchantment: British Occultism and the Culture of the Modern*, Chicago y Londres, 2004, pp. 10-16. <<

[61] Roger Luckhurst, *The Invention of Telepathy, 1870-1901*, Oxford, 2002, pp. 54-56. <<

[62] Doyle, *The Mistery of Cloomber*, Londres, 1896, p. 114. <<

[63] Doyle, *The New Revelation*, p. 21. <<

[64] Véase, p. ej, Oppenheim, *Other World*, pp. 1-4; Luckhurst, *Invention of Telepathy*, pp. 9-59. Sobre el naturalismo científico victoriano véase, p. ej., Bernard Lightman y Gowan Dawson, eds., *Victorian Scientific Naturalism: Community, Identity, Continuity*, Chicago, 2014. **<<**

[65] Doyle, *The Parasite*, Clowborough Edition, XXIII. <<

[66] Doyle, *The Letters of Stark Munro*, 16, p. 280. <<

[67] M. R. James, «Introduction», V. H. Collins ed., *Ghosts and Marvels*, Oxford, 1924; recogido en Darryl Jones, ed., en *Collected Ghost Stories*, Oxford, 2011, p. 407. <<

[68] Doyle, «The Sussex Vampire», en *Sherlock Holmes: The Complete Short Stories*, p. 1179. <<

[69] Doyle, *The Vital Message*, pp. 79, 149. <<

[70] Véase, p. ej., «Germany’s “Policy of Murder”», *New York Times*, 6 de febrero de 1915, en *Letters to the Press*, pp. 216-219; «Compulsory National Service», *Daily Chronicle*, 23 de agosto de 1915, en *Letters to the Press*, pp. 223-226; «Reprisal», *The Times*, 15 de octubre de 1915, en *Letters to the Press*, pp. 226-227. <<

[71] Doyle, *The Vital Message*, pp. 124-125. <<

[72] Doyle, *The History of Espiritualism*, II, p. 224. <<

[73] Se llamó «filibusteros» a los estadounidenses que, con financiación privada, invadían y colonizaban territorios fronterizos. William Walker (1824-1860) organizó la invasión de Baja California en 1853 y en 1855 la de Nicaragua, donde se estableció como dictador y fue así reconocido, por una breve temporada, por el gobierno de Estados Unidos. <<

[74] El cartismo fue un movimiento principalmente obrero en pro de reformas parlamentarias que se extendió significativamente en la década de 1840. Muchos de sus líderes fueron encarcelados u obligados a exiliarse. <<

[75] Samuel Pepys (1633-1703), famoso diarista inglés. Normalmente cerraba las entradas de su diario diciendo: «Y con esto a la cama». **<<**

[76] El tiempo a bordo se mide tradicionalmente tocando las campanas cada media hora. La primera guardia de la noche se hace entre las doce y las cuatro de la madrugada. Cuatro campanas en la primera guardia indican que son las dos de la madrugada. <<

[77] Henry Slade (1835-1905) fue un fraudulento médium estadounidense posteriormente defendido por el autor en *La historia del espiritismo*. <<

[78] Adaptación del Salmo 91, 6: «No temerás ni la pestilencia que anda en tinieblas ni la destrucción que hace estragos en medio del día». <<

[79] Dos clubes de caballeros de Londres, relacionados con el juego y las carreras de caballos. <<

[80] Se refiere al segundo período de gobierno del político liberal William Ewart Gladstone (1809-1898), que fue primer ministro cuatro veces, y en todas ellas tuvo que lidiar, a favor o en contra, con el nacionalismo irlandés. <<

[81] Tanto uno como otro barco son históricos. El Mary (no Marie) Celeste fue descubierto a unas seiscientas millas de Portugal y lo que pasó en él sigue siendo un misterio. <<

[82] Génesis, 4, 9: «Y el Señor le preguntó a Caín: “¿Dónde está tu hermano?”». <<

[83] Matthew Fontaine Maury (1806-1873), marino, oceanógrafo y cartógrafo estadounidense, creador de las cartas de navegación que sirvieron de modelo en el siglo XIX. <<

[84] Thomas de Quincey escribió en 1827 un artículo satírico titulado *Del asesinato como una de las bellas artes*. <<

[85] Grupo étnico que vive en el sur de Gambia y en Costa del Marfil. <<

[86] La guerra anglo-persa (1856-1857) enfrentó a los ejércitos del Reino Unido y Persia por el control de la ciudad afgana de Herat, y terminó con la victoria británica y la retirada de los persas. <<

[87] La rebelión de 1857-1958, también llamada Primera Guerra de Independencia India, fue un levantamiento infructuoso contra el gobierno del Imperio británico. <<

[88] Capitán Frederick Marryat (1792-1848), marino y novelista inglés de notable éxito por sus narraciones de aventuras navales. El episodio al que se refiere está en su novela *The Phantom Ship* (1839). <<

[89] Barón Karl Friedrich Hieronymus von Münchausen (1720-1797), soldado alemán que escribió fantasiosamente sobre sus hazañas y luego protagonista de *Las aventuras del barón Munchausen*, novela en inglés del escritor y científico alemán Rudolf Erich Raspe, fuente de posteriores adaptaciones a otras lenguas. <<

[90] «El joven Casio es enjuto y parece enfadado; / piensa demasiado: estos hombres son peligrosos», Shakespeare, *Julio César*, I, II. **<<**

[91] La Rebelión de la India (1857-1858) o Primera Guerra de Independencia India. <<

[92] 22 de agosto de 1138: una milicia de Yorkshire derrotó a las tropas invasoras del rey David I de Escocia. <<

[93] *The Harying of Borrodaile*: el poema del tío Jeremy probablemente aluda a la llamada Masacre del Norte (1069-1070), una serie de incursiones de Guillermo el Conquistador para someter el norte de Inglaterra. Borrodaile (Borrowdale) está en Cumbria. <<

[94] Noble indio (1824-c. 1857) que se encontraba al mando de las tropas de su país en el asedio de la guarnición británica en Kanpur durante la Rebelión India. <<

[95] Hechos de los Apóstoles, 26, 24. <<

[96] Extranjeros. <<

[97] Líder de la secta de los thugs, una red de fraternidades hinduistas y musulmanas integradas por ladrones y asesinos profesionales que estrangulaban a sus víctimas según un ritual obligatorio. A veces se considera a esta secta la primera mafia del mundo. <<

[98] El pañuelo que utilizaban los thugs para estrangular a sus víctimas. <<

[99] En la distribución de funciones de la secta, los *lughaee* eran los cavadores de tumbas. <<

[100] La voz de un animal que los thugs interpretaban como augurio o señal de la divinidad. <<

[101] De *Confesiones de un comedor de opio* (1821), de Thomas de Quincey. <<

[102] Pertenecientes a la casta de príncipes y guerreros del antiguo reino hindú de Maharashtra, en la India central. <<

[103] Sacrificio ritual que hacen los thugs después de asesinar a una víctima, tendiendo una manta o sábana en el suelo. <<

[104] Estranguladores. <<

[105] Philip Meadows Taylor (1808-1876), administrador en la India británica, escritor y autor de la novela *Confessions of a Thug* (1839). <<

[106] Azúcar sin refinar. <<

[107] Yacimiento arqueológico a orillas del Nilo que comprende las ruinas de la ciudad de Nejab, capital del III nomo del Alto Egipto en la época del Imperio Nuevo. <<

[108] Karl Richard Lepsius (1810-1884), egiptólogo alemán a quien se considera fundador de la arqueología moderna. Jean-François Champollion (1790-1832), egiptólogo y lingüista francés que descifró la piedra Rosetta. <<

[109] ¿Dónde está la colección de Memphis? <<

[110] Ahí. <<

[111] Es usted egipcio, ¿verdad? <<

[112] No, señor. Soy francés. <<

[113] ¡Mi pequeña! […]. ¡Mi pobre pequeña! <<

[114] Dios egipcio de la sabiduría, inventor de la palabra y la escritura. **<<**

[115] August Mariette (1821-1881), arqueólogo francés, fundador del departamento de Antigüedades Egipcias. El gobierno egipcio le concedió los títulos de *bey* y *pasha*. <<

[116] Terroríficos. <<

[117] ¡Ah, qué tristes e inhóspitas son esas colinas! <<

[118] 3 de julio de 1866: el ejército prusiano derrotó al austríaco en esta decisiva batalla, también llamada de Königgrätz (hoy Hradoc Králové, en la República Checa). <<

[119] Leopold Von Ranke (1795-1886), historiador alemán y autor de un estudio monumental del cristianismo titulado *Historia de los papas*. **<<**

[120] Inglés valiente. <<

[121] *Media vita in morte sumus*. Primer verso de un canto gregoriano escrito en forma de responso y conocido como *Antiphona pro peccatis*. **<<**

[122] *De profundis clamavi ad te, Domine* («Desde lo más profundo te invoco, señor»): principio del Salmo 130. <<

[123] Monumento erigido en Waterloo en el sitio donde fue despedido de su caballo el príncipe Guillermo III de Orange (1792-1849). <<

[124] Probablemente inspirado en alguno de los *colleges* más antiguos de Oxford: el University College (fundado en 1249) o el New College (fundado en 1379). <<

[125] Nombre que se le da al Támesis a su paso por Oxford. **<<**

[126] La primera ejecución (del asesino convicto William Kemmler) en la silla eléctrica fue el 6 de agosto de 1890. <<

[127] William Kemmler tardó ocho minutos en morir, aun después de un aumento de descarga a 2000 voltios. <<

[128] La guerra franco-prusiana de 1870. <<

[129] La «causa» es la sífilis. <<

[130] El pareado al que se refiere no se sabe, pero sin duda procede de *An Essay on Man* (1733-1734) de Alexander Pope. **<<**

[131] Éxodo, 34, 6-7: «Entonces pasó el Señor por delante de él y proclamó: el Señor, “El Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y fidelidad; el que guarda misericordia a millares, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, y que no tendrá por inocente [al culpable]; el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación”». <<

[132] Sic en el original. <<

[133] Movimiento político conservador de Gran Bretaña fundado en 1883 y contrario al Estatuto de Autonomía de Irlanda. <<

[134] Aunque Badderly Gardens es una calle ficticia, la zona residencial suburbana de Merton Park existe, en el sudoeste de Londres, cerca de Wimbledon, y en ella eran frecuentes las sesiones de espiritismo. Este es, por cierto, el primer cuento de Conan Doyle dedicado plenamente al tema. **<<**

[135] Sublevación nacionalista china (1899-1901) que alcanzó su punto crítico con el asedio durante cincuenta y cinco días de las misiones y legaciones internacionales en Beijing. «Bóxers» era como los occidentales llamaban a la sociedad secreta Yihequan, que desempeñó un importante papel en la rebelión y cuyos miembros, expertos en artes marciales, creían que estas los volvían inmunes a las armas extranjeras. <<

[136] Interjección alemana equivalente a «pardiez» o «caramba». <<

[137] Paul Mauser (1838-1914) y Hiram Stevens Maxim (1840-1916), inventores respectivamente del fusil de cerrojo y de la ametralladora. <<

[138] ¡Basta! ¡Basta! <<

[139] ¡Que viva muchos años! <<

[140] Canción escocesa, basada en un poema escrito en 1788 por Robert Burns, que suele cantarse en momentos solemnes (despedidas, Año Nuevo, etcétera). <<

[141] Davide Riccio (c. 1533-1566) fue músico, cortesano y favorito de la reina María de Escocia. Su marido, Enrique Estuardo, lord Darnley, sospechaba que eran amantes, y los nobles protestantes lo asesinaron el 9 de marzo de 1566. <<

[142] Valeria victoriosa, vigésima legión del ejército romano, estacionada en Gran Bretaña entre los siglos I y IV. <<

[143] Más adelante, en el relato, Doyle llama a la mansión Brocas Old Hall. <<

[144] De las innumerables guerras que hubo en Europa en el siglo XIX, el autor se refiere probablemente a la guerra ruso-turca de 1877-1878 entre los Imperios ruso y otomano. <<

[145] El personaje aquí cambia de nombre, probablemente por despiste del autor. <<

ÍNDICE

Sobre el autor